ISAAC R. PEARSON

HISTORIA DE AMERICA

Y DEL PERIODO COLONIAL EN EL RIO DE LA PLATA

Editor: MANUEL TATO

ISAAC R. PEARSON

MIEMBRO DEL PROFESORADO DE CIENCIAS Y LETRAS EN
COLEGIOS NACIONALES E INSTITUTOS INCORPÓRADOS
DE LA CAPITAL

HISTORIA DE AMERICA

Y DEL PERIODO COLONIAL DEL RIO DE LA PLATA

Escrita con sujeción al programa oficial de
"HISTORIA AMERICANA Y ARGENTINA"

EDITOR: MANUEL TATO
Librería "LA NENA"
Bmé. MITRE 2102 — BUENOS AIRES
1935

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. ANICETO LOPEZ, Córdoba 2082. Buenos Aires

EXPLICACIÓN DEL PROPÓSITO Y EL PLAN DIDÁCTICO A QUE RESPONDE LA PRESENTE OBRA

La presente obra ha nacido de un doble propósito: el de facilitar a la juventud que sigue los cursos de los Colegios nacionales, Escuelas Normales, Liceos, etc., un texto que responda a las exigencias del programa de la materia, pero que responda de una manera completa; y el de que, al propio tiempo sirva este texto para lectura agradable y fructuosa a las numerosas personas que, sin sujetarse a disciplinas metódicas regulares, desean y procuran ensanchar sus conocimientos sobre el pasado histórico de la humanidad en general y de las naciones americanas en particular.

Para satisfacer el doble propósito dicho, se ha cuidado, por una parte, de que no quede sin respuesta pregunta ninguna del programa de la materia y, por la otra, de que la obra llegue a los demás temas conexos con dicho programa, mas que éste no menciona, siempre que ellos revistan importancia e interés.

No corresponde al que firma, decir si los objetivos perseguidos se han logrado. Es un pronunciamiento que sólo corresponde al público, el cual lo hará dispensándole o no a esta obra su favor.

Lo único que al autor le es dable afirmar es que, pudiendo haberlo hecho surgir de la improvisación a este libro, puesto que las circunstancias le exigieron improvisar el curso cuando lo dictó por primera vez en el carácter de profesor, prefirió dejar que un mayor estudio y la experiencia docente

sazonasen sus apuntes iniciales, que son los que, debidamente reajustados, llenan las páginas presentes.

Los estudiantes que deseen sacarles a ellas todo el posible provecho, hagan de cuenta, al leer las partes de cuerpo 10 impresas en cada capítulo, que contemplan desde una torre un paisaje de la Naturaleza. Con esa lectura, enfocarán el personaje, el suceso, la época; y se les grabará en la retina, abarcando de conjunto, el panorama de tal época o sucesos o personaje. Para la retención de los detalles, para la lección de la clase propiamente dicha, acudan los estudiantes al Resumen, que hará las veces de las fotos parciales que tomamos de los paisajes, a fin de no olvidarlos o renovar cuando nos plazca, con sólo contemplarlos, la impresión que dejó en nuestro espíritu el cuadro general.

I. R. P.

APENDICE DE TEMAS AGREGADOS A ESTA MATERIA POR LOS NUEVOS PROGRAMAS

BOLILLA I

Prehistoria e Historia

Prehistoria, es el tiempo anterior a la historia.

La historia nos habla de la vida de la sociedad humana o de la de una nación, sobre la base de tradiciones orales o documentos escritos que revisten todos los aspectos de lo cierto.

La prehistoria hace lo propio utilizando elementos de inducción que encuentra, aislados o en grupo, ora acá, ora allá y los coordina hasta alcanzar una reconstrucción probable de lo que pasó en los tiempos a donde no llegan ni las tradiciones orales bien cimentadas ni la escritura.

Cuando la prehistoria se circunscribe a una determinada región del globo, agrega a su nombre el de esta región. Así tenemos la Prehistoria Americana, por limitarse en sus investigaciones al continente de América, bien que entrando en el campo de la prehistoria general cuando ello le resulta conveniente o necesario.

Objeto y modalidades del estudio de la Prehistoria

Fluye de lo dicho el objeto de los estudios prehistóricos; persíguese con ellos el conocimiento de la vida humana anterior al período en que comienza su historia; y, en lo

que concierne a los americanos, el conocimiento de lo que fué América antes de su descubrimiento y colonización.

Las modalidades del estudio de la Prehistoria, se ajustan a los elementos de que hay que valerse para efectuarlo. La Historia tiene como auxiliar precioso al hombre mismo, que habla a las generaciones con lo que escribió o transmitió por los relatos orales. La Prehistoria reemplaza a ese valioso auxiliar que no posee, con la mineralogía, la estatigrafía, la lingüística, la arqueología, la paleontología, la cronología y la cosmografía.

La mineralogía, reconoce y clasifica los minerales y estudia sus asociaciones, sus orígenes y su estructura. La estatigrafía, examina y analiza las formaciones sedimentarias. La lingüística, estudia los idiomas, sus raíces, sus elementos de formación y la manera como los unos influyeron sobre los otros en el sentido de su composición definitiva. La arqueología, observa los monumentos o las ruinas de ellos, interrogándolos en lo que representan y significan como expresión de la capacidad física o cultural de quienes los construyeron. La antropología, estudia el cuerpo del hombre procurando inferir de sus esqueletos lo que fueron aquellos seres que los tuvieron revestidos con el espíritu y la carne de la vida. La paleontología, reconstruye los mónstruos prehistóricos y antediluvianos utilizando sus restos óseos e investiga la relación que pudieran tener esos animales con la existencia del ser humano. La cronología, es la ciencia de las épocas. Y, finalmente, la cosmografía tiene por objeto el estudio del origen del mundo.

Teorías de Hrdlicka, Ameghino y Rivet

Hemos dicho en la página 30, que son muchas las teorías existentes sobre el poblamiento de América.

Tres son las más mentadas: la de Ales Hrdlicka, norteamericano; la de Florentino Ameghino, nuestro compatriota; y la de Paul Rivet, francés.

A juicio de Hrdlicka, el hombre que pobló la América primitiva habría provenido del Oriente de Siberia y llegado a nuestro continente por el estrecho de Behring. Ubica Hrdlicka el suceso, en una fecha anterior en unos 10.000 años a la venida de Cristo; y lo supone producido por una emigración de los chuchki y otros pueblos paleosiberianos, y desprende de su teoría la conclusión de que hubo en el remoto pasado un tipo de hombre americano, con medidas intermedias que señala y precisa tanto para el que habitó el norte de América como para el que vivió en su zona sur.

En concepto de Ameghino, para averiguar el origen de la población de América hay que remontarse al origen del mundo. Habría habido un tronco primitivo y ese tronco se habría dividido en ramas que habrían producido, unas los hominideos, y otras, los monos antropomorfos. Los monos antropomorfos, por transformaciones sucesivas, habrían llegado al "Prothomo", antecesor del hombre cual lo conocemos, cuya primera aparición se habría producido en América. De este hombre habrían salido emigraciones al Africa, y de allí a Europa y todo el universo, y estas emigraciones habrían dado origen a las distintas razas. Del hombre ameghiniano que quedó en América habría procedido la población de la misma, habiendo pasado él de la América del Sur a la del Norte, cuando surgió de las aguas el istmo de Panamá. No se ha encontrado hasta el presente ninguna comprobación de los tipos de eslabón que habrían sido necesarios para las transformaciones sucesivas de los antropomorfos ameghinianos. Tampoco se ha encontrado rastro del prothomo. Los esqueletos de los monos de las épocas más pretéritas, acusan la misma conformación ósea, inadaptable a la posición erecta, que ofrecen los cuerpos de los monos de hoy.

La teoría de Rivet atribuye la población de América a emigraciones de hombres europeos por la vía del Océano Pacífico, con escalas en las islas de Pascua. Comparten esta opinión otros etnógrafos y etnólogos, como por ejemplo Imbelloni, que la ha reforzado con hallazgos de rastros corroborantes que sería una ligereza desestimar.

Los estudios de Rivet sobre la población de América, se han especializado en lo referente a los idiomas hablados en nuestro continente, acerca de los cuales ha hecho una clasificación minuciosa. Señala Rivet 20 grupos o familias de idiomas en América del Sur y las Antillas, y 26 en América del Norte. Los más importantes de esos idiomas que, según Rivet, se hablaron en América, son los siguientes: América del Sur: atahuaco, araucano, guaycurú, huelche, tehuelche, amará, quichua, caribe, guaraní, diaguita, chibcha y charrúa; América Central: maya, zapoteca, utoazteca, misquito y tarasco; América del Norte: algonquín, utoazteca, esquimal, iriquois y sioux.

BOLILLA II

Los grandes focos culturales y las poblaciones primitivas de América

Los grandes focos culturales de América, no entendiendo la palabra cultura en su acepción amplia sino en un sentido cultural solamente relativo, encendiéronlos con su orden y estado de vida, los chibchas y los incas en el sur y los mayas y mejicanos en el centro y norte de nuestro continente.

Menciónase otro conglomerado social más antiguo, con su campo de manifestación entre los ríos Orinoco y Amazonas, en la Guayana o país de los guayas; pero de su exis-

tencia sólo existe una vaga tradición oral que encontraron los españoles cuando sentaron su planta en América y que los llevó a búsquedas vanas, durante largo tiempo, de un país *semifabuloso en el que suponían los dones más maravillosos* y al que dieron el nombre de "El Dorado".

Sobre las poblaciones primitivas de América no concuerdan del todo las conclusiones de los entendidos. La tesis de dos estudiosos que gozan de alto concepto, los americanistas Ratzel y Deckert, es de que existieron en América los siguientes conglomerados indígenas:

América del Sur: chibchas, caribes, quichuas, chiriguanos, macusis, arnacos, aimarás, guayaros, panas, manducurús, mifangas, itambés, mocobís, paratintín, batarás, guaraníes, mastoi, araucanos, tupinambás, balocudos y guarayos.

América Central y Méjico: mayas, aztecas, miztecas, toltecas, taranmarás y caribes.

Islas de Cuba y proximidades: arnacos, caribes y ciburey.

América del Norte: algonquinos del Norte, algonquinos orientales, atapastas, esquimales, hurones, apaches, sioux o dakotas, natches, utes, cados y seminolas.

Los Mayas

Hemos nombrado a los mayas entre los pobladores primitivos de América Central y Méjico. A la llegada de los españoles, habíanlos sucedido los aztecas en el dominio de la zona mejicana. De la época de los mayas se han descubierto, en nuestro tiempo, ruinas numerosas de palacios y templos y de ciudades.

Al número de las ciudades pertenecen Palenque, Chitchen, Itza, Copam, Mérida, Habú, Uxmal, Quirigua, Yzamal y otras, hasta completar un número que no baja de 40.

Todas estas ciudades fueron extensas y ofrecen señales

claras de haber sido importantes, estando las de Palenque, Copam y Quirigua, en el centro de los bosques de Chiapas y Guatemala.

Los viajeros del presente contemplan en las ciudades de que hablamos, con explicable curiosidad e interés, monumentos como los que vamos a enumerar a continuación.

En Uxmal: la casa de los gobernadores, construída sobre triple y altísima terraza, con columnas y concavidades como grutas, paredes de piedra labrada unidas con arcilla y esculturas representativas de cabezas humanas y animales y de adornos.

En Palenque: el templo de la cruz, el del Sol y un palacio de 103 metros de largo por 64 de ancho y 15 de alto, realzado el primero con bajo relieves.

En Chitchen Itza: la casa de las Monjas, la que llaman la Encarnada y el Castillo.

En Copam: ídolos monumentales.

En Yzamal: la casa del Sol, construída en pirámide.

Además de la casa del Gobernador están, en Uxmal, las llamadas del Enano, del Palomar y de las Tortugas.

Finalmente, consérvase en la plaza de Méjico una enorme piedra con inscripciones que parecen haber servido para medir el tiempo e indicar las fechas de las ceremonias religiosas y sacrificios.

Esos y otros vestigios de la vida de los mayas, revelan que fueron un pueblo organizado con los elementos característicos de una civilización.

Si se pudieran descifrar las inscripciones o pictografías que dejó este pueblo en piedras y monumentos, se podría ahondar mucho en el conocimiento de las formas a que se ajustó su vida, hombres que lo gobernaron, costumbres, etc. Por desgracia, este trabajo ofrece dificultades que sólo en parte se han podido allanar, no siendo la menor de ellas el estar

incompletas las inscripciones o pictografías por la destrucción de que fueron objeto durante la conquista y la colonización.

De los estudios a que nos estamos refiriendo, desprénde se que los mayas tuvieron un sistema de escritura muy aproximado al de la escritura fonética; y que también tuvieron un año solar dividido en 365 días, agrupados en ciclos de 52 y subciclos de 4, que a su vez se subdividían en dos partes: una de 360 días, o sean 18 meses de 20 días, y otra de 5 días, que se añadían al último mes para completar los 365 del año.

BOLILLA III

Las primitivas civilizaciones mejicanas. Area de difusión. Organización social y económica. La Cultura

Las primitivas civilizaciones mejicanas encarnáronlas, además de los mayas, los nahuas, los toltecas y los chichimecas, que reunidos forman en filología la familia uto-azteca.

Fueron campo originario de estos pueblos, las ciudades de Puebla, Nuevo Méjico y Arizona, cuyas montañas próximas ofrecen ruinas diversas que lo atestiguan. De esos lugares debieron descender estos pueblos al Sur, hasta Méjico, persiguiendo tal vez un clima mejor. Lo cierto es que esta última ciudad fué la sede principal de la civilización que acabaron por desarrollar y nos muestran, cada día más, las ruinas que las exploraciones vienen poniendo al descubierto.

Por lo común, estas ruinas aparecen en el centro de las selvas; y son de templos, palacios y pirámides, estas últimas importantes por su tamaño; y los primeros, con un precioso contenido de esculturas que deponen inequívocamente sobre

los conocimientos y el gusto de sus autores en materia de arte.

La más grande de las pirámides de los uto-aztecas es la de Choluba, cerca de Puebla de los Angeles. Descansa sobre una base dos veces mayor que la de la pirámide egipcia de Cheops; pero su altura solamente alcanza a 60 metros. Está hecha de adobes de arcilla, unidos con argamasa y revestidos de estuco. Estaba consagrada esta pirámide, al dios del viento.

Otras ruinas que merecen también el concepto de monumentales, son las de Xochicalca y Tula, ciudades que con la antes nombrada de Cholula, más Lorillard, Town, Tical, Tayalal y Petú constituyen los exponentes importantes que conocemos hasta ahora, de la civilización uto-azteca.

La organización social y económica uto-azteca, está definida por la condición guerrera de los pueblos que comprendió. Vencían; y el vencido soportaba una ley dura, propia de los tiempos. Eran además, los vencidos, los que sustentaban en mayor proporción, con sus tributos, la economía de los pueblos vencedores.

El dominio correspondió primero a los toltecas, considerados como el tronco de la familia de los nahuas. En el siglo XI, guerras enconadas produjeron alternativas en dicho dominio, el que pasó al fin a los chichimecas. A los chichimecas los sucedieron los aztecas, cuya historia y civilización delineamos en nuestro capítulo IV.

Tanto los toltecas como los chichimecas conocieron el trabajo de los metales, el teñido, tejido y bordado de las telas, el pulimento de las piedras preciosas, la agricultura en su aspecto primario y una forma de intercambio en especies que podríamos llamar comercio, si hubiera revestido caracteres de regularidad.

BOLILLA IV

Los Chibchas

Los pueblos que en el siglo XVI poblaron la región comprendida entre el itsmo de Panamá, Colombia y Costa Rica, son los que conocemos por el nombre de chibchas o muiscas. Anteriormente habían ocupado las altiplanicies de Bogotá y Tunjá y los llanos de Meta.

Bogotá fué la metrópoli de los chibchas, hasta la guerra que tuvieron con el reino de Tungá, el cual los venció obligándolos a refugiarse en las montañas. Los chibchas fueron agricultores y tuvieron una abundante producción en tejidos, joyas y cerámica.

Llegaron a poseer mercados y ferias con movimiento comercial bastante activo, particularmente en el intercambio de oro, cobre y piedras finas. Adoraban todas las manifestaciones de la naturaleza y practicaron los sacrificios humanos.

Entre las leyendas chibchas figura la que tiene como protagonista al "Cacique Dorado", nombre que dió pie para las empresas de los españoles en busca de un país de riqueza fabulosa, a que nos hemos referido en otro lugar.

Las culturas preincásicas de la costa del Perú

Las culturas preincásicas de la costa del Perú, desarrolláronse una al noroeste y la otra al sur de ese país. Abarcó la primera, que se denomina cultura chimú (del nombre de uno de sus reyes, el que llevó también su ciudad capital), una gran llanura hoy repleta de ruinas, que se extiende en las proximidades de la actual ciudad peruana de Trujillo. La segunda, hiciéronla los aimarás y tuvo su foco mayor en la

ciudad de Tiahuanaco, en la frontera de Bolivia y la República Argentina.

Los chimús han dejado como huellas de su acción, murallas, pirámides, cimientos de grandes palacios, ruinas de canales de riego y acequias, trabajos en metales y alfarería, pinturas, concavidades con nichos sepulcrales en profusión, etc.

De la cultura que emanó de Tiahuanaco son testimonio palpable, en nuestros días, además de las ruinas de esa ciudad, interesantísimas por lo que muestran y sugieren, las de Pampallacta, Llactamanca, Machú - Pichú e Yncallanda. Los aimarás fueron agricultores en vasta escala, construyendo para ello obras artificiales de riego.

Cultivaron también la ganadería. Se distinguieron además por sus trabajos en hilados y alfarería ornamentada.

La cultura aimará y la chimú, penetraron en territorio de nuestro país. De la aimará quedan aún rastros en el territorio de los Andes, en la Banda (Santiago del Estero) y en Cruz del Eje y proximidades (Córdoba).

La cultura chimú descendió del Perú, por la quebrada de Humahuaca, hasta nuestra actual provincia de Tucumán.

La ofensiva que hacia el siglo XII llevaron a los aimarás y chimises, diaguitas y calchaquíes procedentes del Norte de Chile, desalojólos de nuestro territorio; y el predominio que conquistaron los últimos, lo perdieron a su vez cuando Manco Capac fundó al norte del Perú el imperio de los Incas del Cuzco, que impuso la ley en todo el Perú, Bolivia y una buena parte del Norte argentino.

La organización social y la cultura incásica, son objeto de amplio estudio en nuestro capítulo VI.

BOLILLAS VI y VII

Indígenas del territorio argentino en el momento del descubrimiento. — Aborígenes del oeste; influencias de las culturas del norte. Comercio y medio de transportes. Los indígenas del Chaco y del litoral.

Habitaban el territorio de la actual República Argentina, al producirse el descubrimiento de América, numerosas tribus indígenas cuya determinación no es fácil porque las líneas que separaban a las unas de las otras son confusas y porque a veces discrepan los entendidos en la calificación de las mismas.

Ateniéndonos a las opiniones más corrientes, haremos esa distribución.

Zona Sur de la República. En concreto, provincia de Buenos Aires en su mayor parte, gobernación de la Pampa, parte llana de Córdoba, Santa Fe hasta Rosario, parte meridional de San Luis y parte Sudeste de la provincia de Mendoza: poblaban todo esto los indios pampas, que formaban numerosas tribus, entre ellas la de los querandíes.

Zona del Litoral. En concreto, el delta de la provincia de Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes y territorio nacional de Misiones (comprendida la actual república del Paraguay): poblada por los caracaes, timbúes, charrúas, mocoretás, chanás, calchines, minuanes, mbeyuas, yaros y bohanes.

Zona guaraní. En concreto, parte Norte de la provincia de Corrientes, territorio nacional de Misiones (comprendía también el Paraguay al oriente del río del mismo nombre y la zona del Brasil hacia el Atlántico y el Amazonas): poblada por los indios guaraníes.

Zona de Cuyo. En concreto, provincias de Mendoza,

San Juan y San Luis de hoy; poblada por los huerpes, comechingones y los araucanos.

Zona Norte. En concreto, parte Sudeste de Salta, parte occidental de Tucumán, Catamarca, La Rioja excepto su porción meridional y parte de Santiago del Estero: poblada por los indios diaguitas, subdivididos en tribus como las de los calchaquíes, quilmes, yamatinas, andalgalás, etc.

Zona céntrica. En concreto, sierras de Córdoba y las del Sur de Santiago del Estero, mitad Norte de San Luis, Sudeste de San Juan y Norte de Mendoza: poblada por los huerpes y comechingones.

Zona del Chaco. En concreto, territorios nacionales del Chaco y Formosa, parte oriental de la provincia de Salta, Santiago del Estero desde el río Dulce, parte oriental de la provincia de Tucumán, ángulo Nordeste de Córdoba y gran parte de Santa Fe: poblada por los matacomataguayos y los guaycurúes.

Zona de Atacama. En concreto, parte de Jujuy al Oeste de la quebrada de Humahuaca, mitad Norte de la gobernación de los Andes y ángulo Nordeste de Salta; poblada por los indios atacamas.

Zona de Humahuaca. En concreto, parte de Jujuy, valles convergentes de la quebrada de Humahuaca y quebrada del Toro de la provincia de Salta: poblada por los tilcaras, maymarás, jujuys, etc.

Zona de la Patagonia. En concreto, desde Río Negro hasta el estrecho de Magallanes: poblada por los indios tehuelches.

Zona de Tierra del Fuego. En concreto, Estrecho de Magallanes y archipiélagos vecinos desde el golfo de Peñas en las costas del Pacífico al Cabo de Hornos: poblada por los indios onas.

Todas las tribus que hemos nombrado tuvieron la ca-

racterística común de la vida a plena naturaleza, con una autoridad generalmente omnímoda: la de los respectivos caciques; y de la vida que llevaron hay vestigios en nuestro territorio, desprendiéndose de ellos que los núcleos o conglomerados que alcanzaron una mejor y más estable organización, con un trabajo de formas en cierto modo avanzadas, ya en la agricultura, ya en las industrias del metal o la arcilla, fueron los diaguitas, los huerpes-comechingones, los guaraníes y los calchaquíes.

El estudio de estas tribus revela también que algunas de ellas, como las que poblaron Mendoza, recibieron la influencia de las que dominaban en Chile; y otras, como las que poblaron Tucumán, Salta, Jujuy, etc., la de aquellos otros que dominaron en el Perú.

El comercio que desenvolvieron fué de carácter primitivo, no obstante haber estado facilitado por redes extensas de caminos; y, en cuanto a medios de transporte, hasta la venida de los españoles salvaron los indígenas las distancias a pie, por un sistema de mensajeros escalonados y posteriormente por medio del caballo, que acabó por ser no sólo su medio de comunicación habitual, sino el elemento fundamental de sus ofensivas.

BOLILLA XXIII

Descubrimiento de las Islas Malvinas

Las islas Malvinas fueron descubiertas en enero del año 1600 por el holandés Sebald de Wert, que navegaba con una expedición por el estrecho de Magallanes. No llegó Sebald a tomar posesión de estas islas, por falta de elementos de desembarco; pero consiguió su latitud y distancia del continente,

con datos cuya exactitud tuvo la comprobación más amplia. Las islas Malvinas figuraron, desde entonces, en los mapas, con el nombre de Sebaldes o Sebaldinas en honor de su descubridor. Mucho más tarde, en el siglo XVIII, marinos franceses de Saint Maló las visitaron con cierta asiduidad en sus viajes de comercio por la costa del Pacífico y comenzaron a denominarlas Malouinas, por el puerto de donde ellos procedían. Al pasar las islas al dominio de la corona española, el diptongo de Malouinas se convirtió en v y quedaron, desde esa época, con el nombre de Malvinas.

Los ingleses, que se apoderaron de las Islas Malvinas en 1833 por un golpe de mano, expulsando violentamente de ellas a las autoridades argentinas, que las gobernaban en el concepto de ser parte de la herencia colonial de nuestro país, no pueden justificar la posesión, en la fuerza, que no es recurso admisible para el derecho; y pretenden que antes del descubrimiento de Sebald, habían visto y señalado las islas Malvinas, Thomas Cavendish y John Davis, navegantes ingleses: en 1502 y 1594, respectivamente; desprendiendo de esto la conclusión de que Holanda no pudo ceder las islas Malvinas a España, porque no le pertenecían; y la de que, consiguientemente, no pudo heredarlas la República Argentina.

Pero las medidas de longitud y latitud dadas por Cavendish y Davis de las tierras que denunciaron, no fueron las que corresponden a las islas Malvinas, por lo cual: o hablaron ellos de una tierra que no existía, engañados por su imaginación; o carece la pretensión a este descubrimiento, de la base indispensable para su reconocimiento, que es la determinación precisa y fiel del lugar.

BOLILLA XXVII

El Virreinato de Nueva España: fundación. La conquista espiritual. El arte; reformas administrativas; acción de José de Gálvez.

Terminada la conquista militar de Méjico, procedió España a la organización del gobierno en esa zona de América. Creó, primeramente, un capitán general y gobernador, que lo fué Hernán Cortés (1522); y luego una Real Audiencia (1527). Denominó a Méjico "Virreinato de Nueva España" y en 1535 nombre el primer virrey por tiempo ilimitado, estableciendo que sus sucesores lo serían por 6 años. Instituyó también un arzobispado y ocho obispados.

Respondía esto último a la necesidad de completar lo ganado mediante las armas con la conquista espiritual de la población autóctona, que continuaba apegada a sus viejas formas de organización y vida. Realizaron la conquista espiritual de Méjico las órdenes religiosas, en un largo proceso que tuvo etapas muy honrosas, como aquellas de la actuación de Fray Bartolomé de las Casas, apóstol del buen trato de los indígenas, tiranizados y explotados por encomenderos duros y rapaces.

Méjico entró pronto en progreso, tanto en lo comercial como en lo tocante al arte. En 1535 ya tuvo moneda y desde 1508 contó con tres puertos: los de Veracruz y Jalapa, sobre el Atlántico; el de Acapulco, en la costa del Pacífico. También en 1535 se introdujo en Méjico la imprenta. En 1553 se estableció una Universidad, fundación que había sido precedida de la de varios colegios de cierto rango y de numerosas escuelas primarias en todo el Virreinato, estas últimas atendidas en su casi totalidad por religiosos.

La influencia de España se aplicó también con eficacia

al desenvolvimiento del arte. Como consecuencia de ello florecieron algunos ingenios. Así sor Juana Inés de la Cruz, figura consagrada de la literatura americana.

Fué ésta la época en que se construyó la catedral de Méjico, monumento arquitectónico que goza de justa reputación.

Promovió todas estas gallardas manifestaciones del espíritu, y otras que alcanzaron a los trabajos en madera, piedra y bronce, un caracterizado español que había llegado a Méjico con el cargo de Visitador General y se llamaba don José de Gálvez.

Estableció además, Gálvez, los buques de registro, que podían navegar con un permiso especial en el intervalo del viaje de dos flotas comerciales, lo que intensificó el tráfico marítimo; reformó beneficiosamente el régimen de las encomiendas de indios; y creó las Intendencias y las milicias compuestas por blancos y mestizos.

Con las reformas antedichas extendióse de tal modo el prestigio de Gálvez, a pesar de sus maneras autoritarias y su carácter esquivo, que se le concedió el título de marqués de Sonora y fué más tarde ministro universal de las Indias en España.

BOLILLA XXVIII

Virreinato de Nueva Granada: las dos fundaciones. Acción de los comuneros. La cultura del Virreinato

El virreinato de Nueva Granada se organizó con las Audiencias de Quito y Panamá y las provincias de Santa Marta, Cartagena y Maracaibo. Fué el primer virrey, Don Antonio de la Pedrosa y Guerrero. Esta organización duró muy poco tiempo, pues a raíz de la visita de un representante

de la metrópoli que juzgó era excesiva la preeminencia que se había dado a estos lugares con un funcionarismo tan ostentoso, resolvió la Corona colocarlos en la condición que tenían antes de establecerse el Virreinato. Protestada esta resolución de manera insistente, volvió la Corona sobre sus pasos y quedó subsistente el virreinato de Nueva Granada, creado por segunda vez.

Después del virreinato de Don Sebastián de Eslava, bajo el cual se produjeron los ataques ingleses a los puertos de Portobello y Cartagena, resistidos con valor y denuedo extraordinarios, fueron virreyes de Nueva Granada: Don Alfonso Pizarro, que fundó varias nuevas poblaciones; Don José Solís Folch de Cardona, que construyó caminos y puentes e hizo un censo; Don Pedro Messia de la Cerda, que impulsó la reducción de los indios; Don Manuel Guirió, que intentó la fundación de una universidad y creó una biblioteca; y Don Antonio Flores, a quien tocó afrontar la lucha con los comuneros.

Eran éstos, pobladores del virreinato en su mayor parte criollos, que resistían las contribuciones exhorbitantes ordenadas por el visitador Gutiérrez de Piñeres y que resistían también la separación de Nueva Granada, resuelta por la corte, de las islas de Trinidad y Margarita, las provincias de Guayana y Cumaná y los territorios del lago Maracaibo. Este movimiento creció grandemente y sólo pudo ser dominado por el engaño, puesto que pactada la cesación de los nuevos impuestos, con más el agregado de que se daría participación en el gobierno a los criollos —esto, en 1773— se procedió después como si ningún compromiso se hubiera contraído y, apresados los principales jefes de los comuneros, se les aplicó la pena capital.

Posteriormente, bajo el gobierno del arzobispo Caballero de Góngora, tuvo Nueva Granada un muy apreciable ade-

lanto cultural. Es la época en que se inició la fundación de la universidad de Santa Fe de Bogotá y en que se creó el Instituto de Ciencias Naturales, con el astrónomo y naturalista José Celestino Muti, a la cabeza. El virrey don José de Espeleta continuó la obra de Caballero de Góngora, fundando el primer periódico y un observatorio que dirigió el sabio Don José Caldas y construyendo además un teatro.

BOLILLA XXIX

Capitanía General de Venezuela: su organización. — Población, industria y comercio

La creación de la Capitanía General de Venezuela se produjo en 1731, siendo su primer gobernador Don Sebastián García de la Torre. Con ampliaciones que sucesivamente se le fueron haciendo, llegó a comprender el territorio entre Maracapana y el cabo Vila, las provincias de Caracas, Cumaná, Guayana, Maracaibo, Barnias y las islas de Trinidad y Margarita, estas últimas hasta 1797 en que las ocuparon los ingleses.

Desde 1537 tuvo esta Capitanía un Obispado con la ciudad de Coro por sede, la cual en 1636 pasó a Caracas.

La población de la Capitanía General de Venezuela alcanzó cierta importancia. Era de unas 900.000 almas, cuando terminó la dominación española en América.

Las industrias tuvieron un desarrollo muy precario. No así los cultivos, que se extendieron sin mayor esfuerzo, particularmente las del cacao y el tabaco, la caña de azúcar y el añil. El comercio de Venezuela fué muy activo con los holandeses, y la benefició en proporción apreciable, decidiendo a la Corona, en 1787, a crear la superintendencia de Caracas.

Capitanía General de Cuba: su importancia en el comercio marítimo

La Capitanía General de Cuba comprendió, además del territorio de la islas, los de Florida y Luisiana. La Corona dividió esta Capitanía en dos secciones, una oriental y otra occidental, con la Habana como capital de la última y Santiago de la primera.

La Capitanía General de Cuba revistió importancia para el comercio marítimo por su ubicación en la ruta más frecuentada de la navegación, que hacía casi forzosa la escala en sus poblaciones costeras.

Zona extraordinariamente propicia para el cultivo del tabaco, fué éste su riqueza, como sigue ahora mismo siéndolo. La caña de azúcar fué otro renglón importante de su prosperidad, en la era colonial. Las minas de oro que, a poco del descubrimiento de América, parecieron hacer de Cuba una tierra de ensueño, se agotaron en breve tiempo. No así la feracidad de su suelo, verdadera mina inagotable que produce bien, además del tabaco y la caña de azúcar, el cacao, el coco y el café.

Audiencia de Quito: su creación. Desarrollo de Guayaquil y Quito

Con dependencia del Virreinato del Perú en lo político y administrativo, España instituyó en 1564 una Audiencia Real en Quito, cuya jurisdicción de gobierno comprendió, además de la zona territorial de este nombre, la de otras provincias, entre ellas, Guayaquil, Popayán y Cuenca.

Esta organización sufrió variantes. Desapareció en 1718, al ser incorporados al Virreinato de Nueva Granada los territorios de la Audiencia de Quito; volvió a aparecer en 1723, por

haber escuchado el rey las reclamaciones que se le habían formulado; y se modificó en 1740, colocando a la Audiencia de Quito en dependencia política y administrativa del Virreinato de Nueva Granada y suprimiéndole la que tenía con respecto al Virreinato del Perú.

Los territorios de la Audiencia de Quito dieron una fácil y vasta producción, particularmente en café, algodón, maíz y cacao; y el movimiento comercial que de esto se siguió hizo prosperar de singular manera a sus dos puertos, que eran los de Quito y Guayaquil.

No solamente se trató de una riqueza material. La Audiencia de Quito alcanzó también a poseer riqueza espiritual. Tuvo universidad desde 1620, que fué la de San Gregorio, convertida bajo Carlos III en la Real Universidad de Santo Tomás; y contó en la era colonial con varios colegios importantes.

Figuras destacadas de la cultura quitense en la época a que nos estamos refiriendo, fueron: José Mejía, escritor y orador, que actuó con brillo en las Cortes de Cádiz; Miguel de Santiago, pintor; y Bernardo Legarda, escultor.

BOLILLA XXX

Capitanía General de Chile: área de su jurisdicción

La Capitanía General de Chile fué, en sus comienzos y por mucho tiempo, simple gobernación con límites jurisdiccionales muy amplios: en la costa del Pacífico, desde el grado 26 de latitud al 41; en el Norte y Sur, dos líneas perpendiculares a ese océano hacia el oriente; y, como fondo, una línea de meridiano que cruzaba equidistante entre la boca del Río de la Plata y la Cordillera de los Andes.

La región de Cuyo

Cuyo, que era el nombre que se daba a nuestras provincias actuales de Mendoza, San Juan y San Luis, quedaba dentro de los límites que hemos enunciado, como también una parte de nuestra provincia de Tucumán del presente. Pero la comunicación de estas últimas zonas territoriales con Chile, solamente se podía hacer por la Cordillera, cuyos pasos se cierran durante el invierno. Estableció por eso España, para Cuyo, una tenencia de gobierno, cuya sede era Mendoza.

El teniente gobernador de Cuyo, aunque dependía de la gobernación de Chile, debía desenvolverse, una buena parte del año, como si sólo dependiese de sí mismo. En esto ha de buscarse el origen de las corrientes comerciales y afectivas que se fueron creando entre Cuyo y las provincias argentinas de este lado de los Andes y que determinaron, con el tiempo, su incorporación a nuestra unidad nacional.

Dependencia del Virreinato del Perú

La gobernación de Chile estuvo en dependencia administrativa, política y militar del Virreinato del Perú, hasta el año 1778 en que fué elevada a Capitanía General. Judicialmente dependió también la gobernación de Chile del Virreinato del Perú; más sólo hasta 1609 en que se creó la Real Audiencia de Chile, cuyo presidente fué desde entonces, comúnmente, quien ejerció la gobernación.

Guerra contra los indios

Las guerras contra los indios que relatamos in extenso en nuestro capítulo VI (páginas 192 a 199), no terminaron al

recibirse Villagrán del gobierno que ejerciera Don García. Por el contrario, continuaron ardorosamente debiendo insumirse en ellas mucho dinero y sacrificar mucha sangre. Cuando al fin pudo concertarse la paz con los indígenas, le fué forzoso a la Corona ceder a la pretensión de los araucanos de ser respetados en su organización racial. Los demás territorios pasaron sin restricciones al dominio colonial.

Reformas de 1776 - 1778: desmembramiento de Cuyo

Subsiguió a la paz con los araucanos, un período de grandes progresos materiales y culturales en Chile. La ciudad de Santiago creció hasta ser, por su población, la primera entre las del Pacífico. Debía este progreso intensificarse más todavía, con las reformas de 1776 - 1778 que si territorialmente perjudicaron a Chile, le beneficiaron en amplia escala bajo otros aspectos.

Las reformas de que hablamos separando de Chile la zona de Cuyo e incorporándosela al Virreinato del Río de la Plata; pero, quitándole al comercio chileno las trabas del monopolio, permitiéronle expandirse en una forma que convirtió en leyenda cuanto se creía y decía sobre la pobreza de ese suelo. Los vinos chilenos, señoreáronse de todas las poblaciones de la costa del Pacífico. También el aceite de sus olivares y el trigo y las harinas. En cuanto a las industrias de la pesca, Chile las poseyó todas y le dieron, no solamente dinero, sino rol de dirección en esa parte de América.

Institución de la Capitanía General

Llegóse con esto el año 1778, que ya dijimos fué el de la creación de la Capitanía General de Chile, a la que se le dieron como límites, por el Este y el Norte, el Virreinato del Río de la Plata; y por el Sur y el Oeste, el Océano Pacífico.

CAPITULO I

EL MUNDO AL FINALIZAR LA EDAD MEDIA

La historia de América anterior al descubrimiento. — El continente americano tiene una historia anterior a su descubrimiento: la de las razas que primitivamente la poblaron y que, aunque ignoradas del mundo, vivieron un vasto período de tiempo organizadas a su manera. Conoceremos más adelante a esas razas en sus elementos componentes, procedencia probable, costumbres, etc.; pues nuestro punto de partida en el presente capítulo, debe ser el período en que sale nuestro continente de la noche de su existencia aislada y desconocida, o sea las postrimerías del siglo XV, y se abre el de su descubrimiento y conquista.

Situación política y económica de Europa. — ¿Cuál era en ese entonces la división política y la situación económica del mundo conocido y civilizado y de dónde arrancó el esfuerzo que rasgó la tiniebla que envolvía el secreto de la existencia de América? Sin este conocimiento, no podrían ser comprendidos ni el mérito ni la trascendencia del acontecimiento que ensanchó en 1492 los horizontes del globo. Hemos de comenzar, pues, por delinear el estado de Europa en las vísperas de tan magno suceso.

Estaba por finalizar la Edad Media y Europa hallábase dividida en imperios, reinos, principados y ciudades libres.

Los imperios. — Los imperios eran dos: **Alemania**, formada por más de trescientos Estados de unión bastante precaria, por cuanto la autoridad de su Emperador sufría el retaceo y los asedios de una "Dieta" fiscalizadora muy celosa de sus facultades e influjo, y de los siete grandes electores de quienes dependía la provisión de las vacantes del trono; y **Turquía**, que habiendo conquistado los reinos balcánicos y la península helénica, no era ya solamente una potencia asiática y, en el máximo de su poder ofensivo, aspirando a dominar más todavía en Europa, paseaba arrogante sus formidables escuadras por todo el litoral del Mediterráneo, efectuando depredaciones de todo género.

Los reinos. — Los reinos eran once: **Francia**, con una población de cinco millones de habitantes aproximadamente, todavía sin marina ni marinos y que, aunque debilitada por la guerra de los cien años, había ya iniciado la obra de su unidad bajo Luis XI; **Inglaterra**, con un millón y medio de habitantes, con sus industrias y su marina nacientes bajo Enrique VII, monarca que presidió el período de paz ulterior a la terrible guerra de las rosas, en que se desangrara Inglaterra durante 30 años y en la que había perdido un millón de hombres; **Escocia**, sin mayor figuración ni relieve en la historia mundial de esos días; **España**, cuya población se aproximaba a los quince millones, lo que por sí solo da idea de la gravitación poderosa que le correspondió en el desarrollo y los destinos de Europa; **Portugal**, en uno de los momentos esplendorosos de su historia, reino ensanchado y robustecido por vastas posesiones coloniales que le había conquistado el expedicionar constante y audaz de sus navegantes; **Polonia**, **Hungría**, **Suecia** y **Dinamarca**, que a duras penas sobrellevaban el jaqueo incesante de los turcos, afanados en extenderse más y más a expensas de estas cuatro naciones; **Nápoles**, bajo

el gobierno de un miembro de la familia de los Aragón, reinantes en España, y en el estado de supeditación a este país que se puede suponer; y los **Estados Pontificios**, comprendiendo la Italia central de hoy.

Los principados. — Los principados eran ocho: los de **Borgoña**, **Bretaña**, **Orleans**, **Anjou** y **Borbón**, formados en el territorio de Francia por el sistema que aplicaron los reyes anteriores a Luis XI de regalar tierra en condominio a sus hijos segundos, de donde el nombre de "infantazgos" que también tenían; el de **Saboya**, perdido a la sazón por Francia; el de **Milán**, en poder de la familia de los Sforza; y el de **Florencia**, con la mayor parte de la Toscana, bajo la dominación de los Médicis.

Las repúblicas. — Las repúblicas eran tres: **Suiza**, famosa en esos días por sus soldados que se los disputaban los pueblos guerreros, obteniéndolos ya unos, ya otros; **Génova**, muy desarrollada en su comercio, particularmente el que hacía en el Mediterráneo; y Venecia, la más célebre de estas repúblicas —denominadas así, sin que institucionalmente lo fuesen— con una flota de más de 3.000 barcos y 300.000 hombres hechos a navegar, extendida en un activísimo comercio por el Adriático, el mar Egeo, el mar Negro y el Mediterráneo.

Las ciudades libres. — Las principales ciudades libres eran tres: Bremen, Hamburgo y Lubeck. Vinculadas por una liga de pueblos con solo un fin utilitario que pudo ser transitorio, las ciudades libres no llegaron a confundirse en lo político; pero sus acuerdos fueron sólidos al efecto de protegerse recíprocamente en el comercio que desarrollaban, circunstancia que hizo adquiriesen grande importancia.

Centros comerciales. — Dentro de esta organización que tenía Europa al finalizar la Edad Media, desenvolvíase con bastante intensidad su vida comercial. Los centros más importantes de ella fueron: Génova y Venecia, de donde partía una activísima corriente de explotación de los productos asiáticos y africanos; Marsella y Barcelona, que tenían casi acaparado el comercio con el Egipto; Hamburgo y demás ciudades libres, que dominaban en los mares del norte de Europa y en el Báltico; y Lisboa, a donde afluían todos los productos de las vastas posesiones coloniales de Portugal.

Vida industrial. — El movimiento industrial tenía como centros más importantes a Florencia, Milán y Flandes, que fabricaban tejidos de todo género, de excelente calidad y en amplia medida; Barcelona y Venecia, muy nombradas entonces por sus cristales; Holanda, Noruega e Inglaterra, que explotaban las pesquerías, con particularidad el arenque y el bacalao; Segovia y Toledo, célebres por sus armas y paños finos; Valladolid, sin rival en la industria de platería; y Valencia y Granada, que producían riquísimas sedas y terciopelos.

Declinación del feudalismo y consolidación del poder real. — El feudalismo había sufrido, en la época a que nos estamos refiriendo, golpes muy recios en Francia, Inglaterra y España.

En la primera de estas naciones, el señorío feudal tenía como su base más sólida a los infantazgos. Luis XI los destruyó, utilizando para el efecto el ingenio político y la fuerza. Mediante el ingenio, obtuvo de Margarita de Anjou que cediese a su corona la Provenza y el Maine y concertó el casamiento de Ana de Bretaña con su hijo Carlos, que debía heredarlo y lo heredó. Mediante la fuerza, se impuso al du-

ISAAC R. PEARSON

Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata

que de Borgoña que, vencido, perdió su principado. Los infantazgos pasaron, pues, a la historia, en Francia, bajo aquel monarca, al que se le ha dado el nombre de "araña universal" y que persiguió con perseverancia y eficacia el propósito de afianzar y ensanchar la autoridad real.

En Inglaterra, el poderío de Ricardo de York había sido destruído y anulado. Con Ricardo de York tenían hecha causa común los más conocidos y fuertes señores feudales de dicho país. El feudalismo estaba, pues, también profundamente sacudido en Inglaterra, habiéndose afirmado como nunca, a sus expensas, el dominio de la Corona.

En España, el casamiento de Fernando e Isabel creó, según ya lo veremos, un poder al lado del cual resultaba muy poca cosa el de los señores feudales, y a esto añadióse poco después la destrucción de los principados moros.

Otras dos fuerzas debían además concurrir a la desvalorización de los señoríos feudales: la pólvora y la imprenta.

El descubrimiento de la pólvora. — Rogelio Bacón y Bertoldo Schwartz no pudieron imaginar los efectos políticos que tendría el descubrimiento que hicieron de que, mezclando el azufre, el carbón y el salitre, resultaba una substancia, a la que se dió el nombre de pólvora, que puesta al contacto de una chispa explotaba con fuerza de impulsión considerable.

La invención de las armas de fuego. — Pero este descubrimiento generó el invento de las armas de fuego, y las armas de fuego, que por su peso excesivo, cuando sus primeras aplicaciones, se hacían difíciles de llevar en la caballería, en la cual se alistaban todos los nobles, al ser dedicadas a la infantería, formada por las gentes de obscuro linaje, fortalecieron a las últimas. La infantería, con armas de fuego, llegó un momento en el cual atemorizó más que la caballería con armas

blancas. El pueblo, pues, podía pesar en una contienda, tanto como los nobles y aun tal vez más. Percibirse esto y quedar los últimos menos considerados, fué todo uno. La nobleza, virtualmente, entró en crisis. Aunque había nobles buenos con los pueblos, los más no lo eran así. Sobre todo, los pueblos los tenían encima, con la obligación de un vasallaje ni cómodo ni grato. Los pueblos, perdido el concepto que existía sobre su impotencia en el terreno de la ofensiva militar, no pudieron tardar, como no tardaron, en sentir la tentación de suprimir aquella superioridad.

La pólvora y los chinos y árabes. — Sobre si Bacón y Schwartz fueron o no, realmente, los primeros inventores de la pólvora, se ha discutido mucho. Parece ser que, antes de que se conociese la pólvora en Europa, estaba no sólo descubierta sino aplicada a los usos de la guerra por los chinos y los árabes. Lo indudable es que éstos fueron los que construyeron las primeras armas de fuego.

Etapa recorrida por las armas de fuego. — La aplicación de la pólvora a los usos de la guerra en Europa, recorrió la siguiente etapa: 1º, las "bombardas", que lanzaban proyectiles de piedra; 2º, las "culebrinas", que lanzaban proyectiles de hierro, invento ellas de dos artilleros franceses, los hermanos Bureau, bajo el reinado de Carlos VII de Francia; 3º, las armas portátiles, invento de los italianos, o sea los arcabuces, pistolas y mosquetes; 4º, los fusiles, perfeccionamiento éste debido en gran parte a Gustavo Adolfo de Suecia.

La brújula. — La invención de la brújula debe señalarse como hecho que concurrió también al descubrimiento de América. Sin la brújula, la navegación habríase mantenido con la necesaria limitación de la proximidad a las cos-

tas y no habría podido desarrollarse vastamente el comercio marítimo. La brújula apareció en Europa en el siglo XIII, introducida por los árabes que la habían conocido de los chinos. Mas las brújulas de un perfeccionamiento relativo, sólo las tuvo Europa en el siglo XIV.

La imprenta. — Las dificultades con que las clases humildes tropezaban para ilustrarse, eran otra causa concurrente a mantenerlas feudatarias de los grandes señores. Los libros eran rarísimos y carísimos. No podía instruirse el que quería, sino el que conseguía llegar hasta las pocas personas o entidades poseedoras de aquéllos, los cuales estaban escritos en papirus (hojas del Nilo) o en pergamino (piel de animales). La única excepción en punto a facilitar el acceso de los pobres a las regiones del saber, dábanla los conventos, en casi todos los cuales conservábanse como tesoro los libros legados a ellos por sus amigos muertos o depositados en los mismos para salvarlos de los riesgos inherentes al constante combatir y destruir de la época medioeval. El sacerdocio católico se reclutó siempre en todas las clases sociales. El estímulo de las vocaciones producía, pues, aquella facilidad, que sólo, empero, era relativa y que, con respecto a la totalidad de las muchedumbres entonces vivientes, resultaba lo que una gota de agua en el mar, puesto que los pueblos eran muchos y los conventos pocos. Esta situación vino a modificarla fundamentalmente el descubrimiento de la imprenta.

Caster y Guttemberg. — El primer inventor de la imprenta, el holandés Caster, sólo resolvió el problema a medias, porque combinó la impresión de la palabra humana mediante caracteres movibles de madera que eran muy caros. El alemán Guttemberg, de Maguncia, fué el que operó la modi-

ficación fundamental a que nos hemos referido, al inventar los caracteres movibles de metal, hechos de una mezcla de plomo y antimonio.

El primer libro impreso. — Cuando se imprimió el primer libro con caracteres de metal, que fué la Biblia, pues Guttemberg había consagrado su invento a Dios, vióse que se había abierto una era inmensa para la difusión general de los conocimientos. Los libros resultaban reproducibles sin mayor dificultad y a poco costo.

Efectos sociales del descubrimiento de la imprenta. — Desapareció, con esto, otro privilegio de las clases nobles: el que emanaba de la posesión por ellas, casi exclusivamente, de las fuentes de la ilustración. El ser más obscuro pudo conocer, desde el rincón de su aislamiento, tanto como el señor más linajudo (supuesto que éste se preocupara de otra cosa que sus placeres) las producciones del pensamiento humano que facilitan para desenvolverse en la vida. Y no se necesitó mucho tiempo para que, sintiéndose iguales los que habían sido siempre inferiores, se acrecentara la corriente de descontento por el régimen feudal, ya vacilante y que tenía que concluir por caer.

Importancia política de las ciudades libres. — Ya hemos dicho que la vinculación de las ciudades libres, no las confundía en lo político. Pero esto no qniere decir que no produjera efectos políticos la actuación que alcanzaron.

Los grandes señores feudales ejercían, desde sus dominios, la piratería terrestre y fluvial. No pasaba por los territorios de los señores ni por las aguas en que podían tener barcos armados, nada que no se sujetase a los tributos que imponían. Ahora bien: las ligas de los pueblos que crea-

ron las ciudades libres, la más fuerte de las cuales fué la Liga Anseática o "Hansa" (reunión o agrupación), aseguraron los productos que ponían en circulación con elementos de fuerza superiores a los que podían poner en juego los grandes señores aislados. Mostraron así que sobre el interés o la voluntad arbitraria de éstos, estaban, y podían más, el interés y la voluntad de los pueblos, los cuales tenían más ventaja en comerciar para sí que para el enriquecimiento de los dueños de feudos.

Todo, pues, iba conspirando contra la subsistencia del régimen de los señores absolutos.

Las sedes comerciales principales de la "Liga Anseática" tuvieron el nombre de "factorías" y estuvieron en Bergen (Noruega), en Hijni Novgerod (Rusia), en Londres (Inglaterra) y en Brujas (Flandes).

Otra influencia importante que tuvo la "Liga Anseática" fué la de que, con las reglas que puso en práctica para la defensa de los productos que amparaba, sentó las bases del derecho marítimo internacional.

Descubrimientos marítimos de los portugueses. — El desarrollo industrial de Europa hallábase estorbado por la escasez de las materias primas que requieren las industrias. Esas materias primas se encontraban abundantemente en la India. Pero la India estaba muy distante de Europa. El encuentro de una vía más corta de comunicación con ella que la que existía, explica el afán de que se muestran dominados todos los hombres emprendedores y audaces del siglo XV.

Entre ellos descuellan notablemente los portugueses.

Don Enrique el navegante. — La costa occidental de Africa había sido objeto de numerosas exploraciones, unas afortunadas, otras infaustas, pero ninguna de verdadera y real tras-

cendencia en sus resultados, cuando comenzó a hacerse notar un príncipe portugués, a quien se dió el nombre de Don Enrique el navegante, por el empeño que ponía en dichas empresas y los estudios que les consagraba. Don Enrique alcanzó una larga vida y toda ella la llenaron, durante más de 50 años, las exploraciones marítimas, a su cargo personal o fomentadas por él con su prestigio, ciencia y fortuna.

Como consecuencia de este intrépido y tesonero esfuerzo, realizáronse descubrimientos importantes que hicieron de Portugal la nación de más vastas posesiones coloniales en esa época.

González Zarco; Vaz y Perestrello. — González Zarco, Tristán Vaz y Bartolomé Moniz Perestrello, con una hija del último de los cuales casó más tarde Cristóbal Colón, descubrieron las Islas Madera. Luis Cademosto y Antonio Da Noli, descubrieron las islas de Cabo Verde. Fernando Poo descubrió las del Golfo de Guinea y Vasco de Gama descubrió la Isla de Zanzíbar, pudiendo llegar desde allí a Calicut, en la India.

Yáñez y Vasco de Gama. — Paralelamente a estos descubrimientos, Gil Yáñez dobló el Cabo Bojador, llegando hasta la desembocadura del río Senegal; Vasco de Gama hizo lo propio, doblando en expedición el Cabo de Buena Esperanza; y Alburquerque, en nombre de Portugal, tomó posesión de Socotura, Ormus, Ceylán, Malaca y Cantón.

Lo que pudo hacer y no hizo Portugal. — Fué, con todo esto, un verdadero imperio colonial el que llegó a tener Portugal en esos días. ¡Si hubiera sabido y podido conservarlo! Pero la riqueza que sus colonias le aportaron, desvió la atención de los monarcas de Lisboa, de la obra de penetración que aquéllas requerían. Por otra parte, tratábase de una nación

pequeña, para un imperio que resultaba colosal. El solo hecho de haberse cuidado Portugal de sacar beneficio de sus colonias sin darles nada y las acometidas que con el correr del tiempo llevaron a las mismas los holandeses, franceses e ingleses, debían disipar, como un sueño grandioso, aquel poderío que, sin embargo, fué una realidad.

RESUMEN

Al finalizar la Edad Media, Europa hallábase dividida políticamente en dos imperios: el alemán y el Turco; once reinos: Francia, Inglaterra, Escocia, España, Portugal, Polonia, Hungría, Suecia, Dinamarca, Nápoles y los Estados Pontificios; ocho principados: los de Borgoña, Bretaña, Orleáns, Anjou, Borbón, Saboya, Milán y Florencia; tres repúblicas: Suiza, Génova y Venecia y numerosas ciudades libres, a la cabeza de las cuales figuraban Bremen, Hamburgo y Lubeck. Los centros más importantes del comercio europeo eran Génova y Venecia (productos asiáticos y africanos); Marsella y Barcelona (Egipto); Hamburgo y demás ciudades libres (mares del Norte de Europa y Báltico) y Lisboa (productos de sus colonias). Los del movimiento industrial: Florencia, Milán y Flandes (tejidos y lencerías); Barcelona y Venecia (cristales); Holanda, Noruega e Inglaterra (pesquerías); Segovia y Toledo (armas y paños finos); Valencia y Granada (sedas y terciopelos); y Valladolid (platerías).

El feudalismo había sufrido golpes muy recios: en Francia, con la destrucción de los infantazgos o principados hecha por Luis XI; en Inglaterra, con la guerra de las Rosas, fatal para Ricardo de York y demás señores feudales que hicieron con él causa común; y en España con la unión de los reinos de Castilla y Aragón por el casamiento de Fernando e Isabel, unión que hizo la España grande y trajo entre sus consecuencias la destrucción de los principados moros.

La pólvora, descubierta en Europa por Bacón y Schwartz, y las armas de fuego, que se inventaron poco después, concurrieron también a debilitar el poderío de los grandes señores. La principal ocupación de los tiempos era la guerra y en los ejércitos los nobles formaban todos en la caballería, dejándose la infantería para las plebes. Las primeras armas de fuego eran muy pesadas y se entregaron por eso a la infantería. Pero la superioridad de las armas de fuego sobre las blancas: sable, lanza, cuchillos, tenía que imponerse. Al imponerse, como sucedió, fué mayor el poder de los clases inferiores que el de las que se consideraban entonces superiores, o sea la nobleza.

Otros factores en la caída del feudalismo: la invención de la brújula y el descubrimiento de la imprenta. Los descubridores de esta última, el holandés Caster, que inventó los caracteres movibles de madera, muy caros; y el alemán Guttemberg, de Maguncia, que inventó los caracteres movibles de metal, hechos de una mezcla de plomo y antimonio, que permitieron la reproducción fácil y económica de los libros. No fueron ya éstos patrimonio de unos pocos, sino que estuvieron al alcance de todos, conduciendo a una igualdad en los conocimientos, que debía generar la aspiración de la igualdad también en el terreno social.

Las ciudades libres se ayudaban para defender su comercio de todo peligro, y entre él, el de la piratería terrestre y fluvial de los grandes señores feudales, que imponían a los productos que pasaban por sus posesiones, o cerca de ellas, los tributos que se les antojaban. Las ciudades libres, asociadas, eran más fuertes que los grandes señores aislados. Pudieron así hacerse respetar, percibiendo los pueblos la mayor ventaja de comerciar para sí, antes que para el enriquecimiento de los dueños de feudos. Nombres que tuvieron las sedes comerciales de las ciudades libres: "factorías". Las más importantes de ellas: Bergen, en Noruega; Nijni Novgorod, en Rusia; Londres, en Inglaterra; y Brujas, en Flandes.

Los descubrimientos marítimos de los portugueses debieron su primer grande impulso al príncipe Don Enrique el navegante, que consagró al fomento de ellos toda su vida, que fué muy larga. En el afán de encontrar una vía de comunicación más corta que la que se conocía entre Europa y la India, habíanse hecho numerosas exploraciones de la costa occidental de Africa. Las superó a todos ellas la obra de Don Enrique, por virtud de cuyos esfuerzos o influencia hizo Portugal, entre otros, los siguientes descubrimientos: Islas Madera (González Zarco, Tristán Vaz y Bartolomé Perestrello); Islas de Cabo Verde (Luis Cademosto y Antonio da Noli); Islas del Golfo de Guinea (Fernando Poo); Isla de Zanzíbar (Vasco de Gama) quien desde allí pudo llegar hasta Calicut en la India.

Paralelamente a estos descubrimientos, Gil Yáñez dobló el Cabo Bojador hasta la desembocadura del río Senegal; Vasco de Gama hizo lo propio, doblando con su expedición el Cabo de Buena Esperanza; y Albuquerque, en nombre de Portugal, tomó posesión de Socotora, Ormuz, Ceylán, Malaca y Cantón. Surgió, con todo esto, el imperio colonial portugués.

CAPITULO II

ESPAÑA, AMÉRICA Y COLÓN

Castilla y Aragón en la segunda mitad del siglo XV.— Los reinos de Castilla y Aragón eran los más fuertes y mejor consolidados de España en la segunda mitad del siglo XV. Habíanse formado, los dos, después de un largo período de guerra entre los condes a quienes fuera otorgado el territorio que los constituía.

Territorio que ambos reinos comprendían. — Este territorio era: del reino de Aragón, la provincia española actual de este nombre, más Cataluña; y del reino de Castilla, las provincias españolas actuales llamadas Castilla la Nueva y Castilla la Vieja y las de Madrid, Toledo y León.

Sus respectivos monarcas. — Fallecido en 1479 don Juan II, había heredado el reino de Aragón su hijo don Fernando; e Isabel, reina de Castilla, había visto acrecentados sus dominios con la muerte sin sucesión directa de Bernardo III de León, cuyo reino pasó a sus manos.

Instituciones. — La primera particularidad que se nota estudiando los reinos de Aragón y de Castilla en la época a que nos venimos refiriendo, es la limitación de las facultades de los respectivos monarcas. Obligados éstos a un guerrear

ímprobo y continuo con la morisma, necesitaron, para sostenerlo, de grandes sacrificios de los pueblos que gobernaban, los cuales al realizar esos sacrificios adquirieron plena conciencia de que quienes resistían y quienes vencían eran ellos, no los monarcas. Los reyes de Castilla y Aragón viéronse, pues, forzados a oírles haciendo concesiones a esos pueblos; y se fueron desprendiendo de facultades que en épocas anteriores tuvieron al grado más absoluto. Creáronse las Cortes, que restringieron grandemente la libertad y la acción de los reyes. Hasta en lo que gastaban los soberanos, inmiscuyéronse las Cortes de Castilla. Y las de Aragón no se conformaron con funcionar solamente una parte del año. Para los períodos de su receso, constituyeron la "Diputación de Aragón", sin cuyo beneplácito no podían los reyes imponer ningún nuevo tributo ni dictar una sola ley.

No fué meramente nominal este institucionalismo. — Las características individuales de los castellanos y aragoneses de entonces, todavía muchas de ellas mantenidas en los de hoy, hacían que este institucionalismo no fuese solamente nominal. Ni el castellano ni el aragonés ceden con facilidad. Dueños de un derecho, o que lo creen tal, defiéndenlo con calor extremo. Tienen que ser razones o necesidades públicas muy obvias, las que les hagan no jugar la misma vida en la brega por lo que consideran les pertenece legítimamente.

Los reyes pudiéronlo todo con los pueblos y nada sin ellos. — Siendo, pues, los reinos de Castilla y Aragón los más consolidados y fuertes de España, en los tiempos que estudiamos, no eran, sin embargo, omnímodos. Lo podían todo, teniendo de su parte a los pueblos, representados en las Cortes; pero podían muy poco, si les faltaba el favor y la cooperación populares.

ISAAC R. PEARSON

Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata

ESPAÑA EN LA EPOCA DE LOS REYES CATOLICOS

Castilla y Aragón unidos. — Entre aragoneses y castellanos tenía que existir una grande afinidad. De otra manera no habrían llegado, unos y otros, a instituciones casi idénticas. Así, pues, cuando Fernando de Aragón e Isabel de Castilla unieron por el matrimonio su suerte en la vida, y juntáronse con ello sus respectivos reinos en uno solo, no fué violenta esta unión política. Por el contrario, fué naturalísima y popularísima. Era la sanción, por los hechos, de lo que ya habían sancionado los sentimientos y las costumbres.

Una unidad, la de España, que se iniciaba así, tenía que ser sólida y debía ir muy lejos. Afianzábala la armonía; afirmábase en las fortaleza del espíritu y del cuerpo, que fuertes de corazón y de músculos eran los castellanos y los aragoneses; y hasta hermoseábala con lampos de luz irizada, un noble connubio de amor.

Las industrias y el comercio. — Dentro de lo que permitía el estado casi permanente de guerra, las industrias y el comercio tenían vitalidad halagadora en los reinos de Castilla y Aragón. En el primero, la explotación de las minas ocupaba muchos brazos y rendía beneficios cuantiosos, a lo que hay que agregar la fabricación de armas y el tejido de telas, con sus sedes principales en Zaragoza y Toledo; y en el otro todos los cultivos estaban plantados en su suelo, siendo empero la principal y más vasta de sus producciones, entonces, el aceite.

El reino de Granada. — La reconquista cristiana de España que emprendiera y realizara el gran Pelayo, no destruyó por completo el imperio moro. Quedaron los restos de él, incesantemente batidos. Perdidos por el poder musulmán sus reinos de Córdoba, Zaragoza, Toledo y Sevilla, só-

lo le restó el dominio de una parte de Andalucía que formó el último reino moro: el de Granada. Contra él se dirigieron los esfuerzos de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, que se habían propuesto consumar la unidad de España, tan adelantada con la unión de dichas dos coronas.

Moros y cristianos: no era posible la unidad política de España, sin unidad previa en lo religioso. — Tanto Fernando e Isabel cuanto los pueblos que ellos regían, sólo concebían la obra de la unidad política de España sobre la base de la previa unidad religiosa. Mediaba, en efecto, un insondable abismo entre la mentalidad y las habitudes de los moros y la mentalidad y las habitudes de los cristianos. La fusión de moros y cristianos era imposible: aferrados a sus respectivas ideas y tradiciones, la subsistencia de unos y otros implicaba fatalmente el mutuo hostilizarse y perseguirse. Lo primero que tenía que hacer España para ser una en lo político, era ser una en la concepción de la vida, en la organización de la familia, en la orientación de sus instituciones: esa unidad espiritual que sólo podía darle la profesión de la misma religión.

La campaña contra el poder musulmán. — Fué en 1496 cuando Fernando e Isabel abrieron su campaña contra el reino de Granada. Lucha recia y que tiene capítulos de honda emoción. Se abrevió para las tropas de Fernando e Isabel, por hondas divergencias que surgieron entre Muley Ben Hacen, el último rey moro, y su hijo Boabdil.

Apoderados los españoles de Málaga, formidable plaza militar de aquellos días, no tardaron en sitiar a Granada, cuya capitulación obtuvieron en siete meses.

La guerra mora quedó con esto terminada y la España unida, la España grande, surgió.

Los reyes católicos: porqué tienen en la historia esta denominación. — Fernando e Isabel contrajeron un gran mérito ante la Santa Sede con la destrucción del poder musulmán. Bien que no sólo los guiara, al hacerlo, una finalidad religiosa, el hecho era que el cristianismo veíase libertado en España de su más irreductible enemigo. La Santa Sede, agradecida, confirióles a Fernando e Isabel el título de "reyes católicos", con el que han pasado a la historia.

Lo que fueron para España Fernando e Isabel. — No tiene la historia para estos monarcas sino un recuerdo honrosímo, porque Fernando e Isabel fueron, sin disputa, dos grandes reyes. El período de su reinado evoca uno de los más gloriosos de España, el más glorioso de su historia tal vez.

Los mentados abusos del poder civil respecto de la morisma. — Se ha dicho que el poder civil se excedió en la extirpación de la morisma. Juzgadas las cosas con el criterio de hoy, así lo parece. Pero los tiempos de entonces no eran los actuales y, por otra parte, donde quiera que hubo luchas de religión, predominase o no el catolicismo, sobrevinieron excesos. Lo que no se puede desconocer y no se debe un solo momento olvidar, es que por haber suprimido a la herejía, con toda la dureza que se quiera, libróse España de desangrarse en horrores mayores con una lucha religiosa que habría estado siempre latente en su seno, sin darle los beneficios políticos que logró: la unidad española y la grandeza de España.

El retorno al absolutismo monárquico. — Los reyes católicos, consolidados en su poder, no tardaron en procurar librarse de las trabas que habíanse ido creando en torno de su autoridad. A las Cortes, comenzaron a sólo convocarlas de tarde en tarde; de la Santa Sede agradecida, obtuvieron con-

cesiones especiales para la provisión de los Obispados, que fueron acrecentando la influencia de la Corona; establecieron la Santa Hermandad, gendarmería volante cuya verdadera aunque disimulada misión fué poner coto a los desmanes de la nobleza; y restringieron, cauta pero firmemente, los privilegios de que gozaban las altas clases y las ciudades. Como los reyes católicos habían realizado una obra grande, los pueblos no resistieron esta política, que tornó a dar a la monarquía española el carácter absolutista que le hicieran perder las divisiones y su consecuencia obligada: la debilidad.

América precolombiana. — Mientras en España ocurrían los sucesos que hemos narrado, muy lejos de ella y del continente europeo, de este lado del océano Atlántico, numerosos pueblos, totalmente ignorados por Europa en su existencia del propio modo que era ignorada la del territorio que habitaban, desenvolvíanse ora en la barbarie nómade ora en el trabajo organizado bajo sistemas que conoceremos a su tiempo. Nos referimos a los pueblos que habitaban el continente nuestro.

Cómo se pobló, probablemente, el continente americano. — ¿Cómo se había poblado éste? He ahí la primera pregunta que acude a la mente y que es imposible contestar a plena satisfacción porque, si bien las teorías existentes son muchas, o dejan siempre ellas lugar para objeciones, o no reposan sino sobre la probabilidad, nunca sobre la certidumbre.

Se supone, por ejemplo, que los primeros pobladores del Nuevo Mundo fueron fenicios, cartagineses, mongoles, tártaros, australianos, polinesios. Pero hay ruinas, del remoto pasado americano, en que no se descubre la menor relación con las modalidades de aquellos pueblos; y lenguas indígenas, en cuya raíz no se encuentra la semejanza más leve

con las que hablaron los fenicios, los mongoles y demás. A la inversa, encuéntranse concordancias o resabios ya de lo mongol, ya de lo fenicio, etc., en otras ruinas y otras lenguas de América. Y, por lo que toca a la teogonía de los aztecas, de los pueblos incásicos y, en general, de todas las tribus indígenas americanas, obsérvasela como emanada de un conocimiento recibido en algún momento, pero luego trastocado, de algunos de los principios de la religión cristiana.

Sintetizando en una conclusión concreta lo más admisible entre cuanto se ha escrito respecto del origen de la población de América, diremos que ésta ha debido ser poblada por emigraciones de las razas humanas asentadas en los continentes africano, asiático y europeo y también, tal vez, por desprendimientos ocurridos en el mundo primitivo de zonas territoriales habitadas del mismo, que se hayan incorporado o que lo hayan formado al continente nuestro, en algún colosal cataclismo de tiempos sumamente distantes, al que aluden siempre las antiguas fábulas.

Europa y sus rutas comerciales. — El continente europeo, fuera del comercio entre las naciones que lo constituían, tenía otro bastantemente desarrollado que le proveía, transportados desde el Asia, del algodón, el azúcar, diversas materias empleadas en el tinte de las telas, las perlas, el coral y el ámbar, maderas y gomas odoríficas, el opio, el ruibarbo y sobre todo la canela, el jengibro, la pimienta, las nueces moscadas y el clavo de olor.

La navegación para la obtención de estos productos, era difícil y larga; y la ruta que se seguía, para el efecto, denominábase ruta de la India. ¡Si un descubrimiento la acortase! He aquí una aspiración que alentó fuertemente en los hombres de aquellos días y que determinó estudios y expediciones en buen número.

Cristóbal Colón: su nacimiento. — Se había creído hasta hace poco tiempo que Cristóbal Colón fué genovés, nacido en Cogoletto el año 1436. El fundamento de esta creencia reposaba sobre manifestaciones hechas por Colón mismo, ya en sus presentaciones por escrito a los Reyes de España, ya en sus "Memorias", y en su testamento. Hoy el punto es muy controvertido, existiendo en contra de la teoría de la nacionalidad italiana del descubridor de América, el hecho comprobado de que apenas conoció el idioma italiano, habiéndolo hablado muy mal y escrito peor; así como antecedentes categóricos sobre la radicación en Galicia, entre los años 1400 y 1450, de una familia apellidada Colón. Llama también la atención la circunstancia de no encontrarse, entre los nombres dados por Colón a ríos y lugares, ninguno que pudiera evocar el recuerdo de la nación en que se le ha supuesto nacido y que sean ellos, casi en su totalidad, nombres evocativos de regiones gallegas.

¿Porqué se habría Colón declarado italiano, sin serlo?— ¿Porqué se habría declarado italiano Colón, no siéndolo? Es el argumento con que de inmediato tropieza la teoría de su nacimiento en España. Empero, quienes la sustentan explican las declaraciones de Colón diciendo —y demostrando en cierto modo— que tuvo él sangre judía y que se vió obligado a ocultar su nacionalidad verdadera a fin de no tropezar con los inconvenientes que tal circunstancia le habría creado, inconvenientes que habrían sido muchos, en efecto, dados los sentimientos y hasta las leyes que imperaban entonces.

Cómo llegó Colón a presentir la existencia de América. — De cualquier manera, haya sido nacido Colón donde fuere, es lo cierto que cuando apareció en Lisboa proponiendo una expedición al rey Juan II de Portugal, tenía cuarenta años

y estaba casado con doña Felipa Moniz, hija de don Bartolomé Moniz Perestrello, uno de los descubridores, como se ha dicho antes, de las islas Madera. Desde los 14 años no había hecho Colón otra cosa que navegar y, por lo común, en naves portuguesas, dedicando al estudio cuantas horas tenía libres. Llegó a adquirir, por virtud de esto, conocimientos más profundos que los de la mayor parte de sus contemporáneos, en matemáticas y en cosmografía. Se había familiarizado, además, por la lectura asidua, con los autores clásicos de la primera edad humana. Era, pues, un erudito además de matemático y cosmógrafo distinguido.

En muchos viejos libros, había encontrado Colón referencias a un continente que se suponía existente más allá del Atlántico. Parecióle que eso no debía ser solamente una fantasía, puesto que sus estudios conducíanle a la conclusión de que la tierra era redonda y no plana como en aquellos tiempos se creía, siendo punto menos que imposible que toda la enorme extensión del globo no conocida, fuera mar. Si la tierra era redonda y si más acá del Atlántico existía en realidad el continente a que aludían los viejos libros, tradiciones y fábulas, debía poderse llegar a él navegando desde Europa hacia el Occidente y, persistiendo en esa ruta, debía poderse llegar a las Indias Orientales por el rumbo opuesto al que seguían los portugueses que era el del Este.

Porqué se obsesionó en su teoría. — Esta fué la teoría de Colón, con la que se obsesionó fuertemente por las siguientes razones: si existía más acá del Atlántico un continente desconocido, estaría poblado o despoblado; si lo primero, habría gentes que incorporar a las actividades del mundo y almas que convertir a la fe católica, que profesaba ardorosísimamente; si lo otro, habría riquezas que se podrían obtener, con las cuales la nación que lo ayudase se engrande-

cería y él, particularmente, satisfaría el anhelo que sentía del rescate del Santo Sepulcro del poder de los turcos.

Ante Don Juan II de Portugal. — Don Juan II se interesó bastante, al principio en las teorías de Colón; pero sometido el asunto al dictamen de los sabios y grandes de su corte, y siendo éste adverso para las dichas teorías, el monarca lusitano dejó de recibir al marino y lo abandonó a su suerte. Empero, Don Juan II quedó impresionado por las conversaciones que tuviera con Colón. De loco presuntuoso calificábanlo los consejeros de la Corona en estos asuntos; mas, ¿si a pesar y todo de las apariencias Colón estaba en lo cierto? Los reyes de Portugal se ufanaban de ser los más grandes impulsores de descubrimientos, por aquella época. ¿Don Juan II no haría honor a su estirpe?

Colón desoído y traicionado. — El monarca procuró retener bien los datos que arrancó a Colón sobre su plan y sigilosamente hizo salir de Lisboa una carabela que obtuviera para la Corona lusitana, solamente, la gloria de aquel descubrimiento, si realmente era posible. La carabela, que apareció enviada a las islas de Cabo Verde con provisiones y socorros para los portugueses que las poblaban, hubo de regresar maltrecha por las tempestades y sin haber conseguido descubrir nada. Divulgado con este motivo el objetivo secreto que la había guiado, sufrió Colón el doble desengaño de la deslealtad de don Juan II y del fracaso aquel, que parecía colocar una lápida sobre su proyecto.

Piensa Colón en Francia e Inglaterra. — Pero no se desalentó por esto. Resolvió buscar el apoyo de Francia y de Inglaterra, a cuyo efecto para este último punto envió en misión a su hermano Bartolomé y para Francia decidió ir él mismo.

Porqué pasó por España y porqué se detuvo en la Rábida. — Los viajes éranle muy difíciles a Colón, porque había enviudado y tenía consigo a un hijo de tierna edad, Diego Colón. Pero en Huelva, España, residía una hermana de su extinta esposa y pasó a España a fin de entregar el niño a su tía, doña Violante Moniz, una vez hecho lo cual se dirigiría a Francia. Viajaba Colón sin recursos y al pasar por la villa de Palos, su hijo clamaba por pan y agua. Veíase cercano un convento, el de la Rábida, y Colón llamó a las puertas de él. El prior del monasterio, Fray Juan Pérez, acogiólo con toda bondad, supo después quién era Colón y en lo que andaba y le ofreció su ayuda, la que Colón aceptó.

Recomendado por Fray Pérez y por otro fraile caracterizado del convento, el P. Marchena, al duque de Medina Sidonia apareció Colón en Sevilla. El duque de Medina Sidonia recomendólo a su vez al de Medinacelli, que en su residencia de Santa María recibió la propuesta de Colón de acometer la empresa particularmente entre los dos. El duque de Medinacelli fué de parecer que aquello correspondía al reino de España y no a ninguno de sus hijos en privado. Disuadió a Colón de su viaje a Francia y con su valioso apoyo pudo el hasta entonces infortunado marino presentarse ante los reyes católicos.

RESUMEN

Castilla y Aragón, durante la segunda mitad del siglo XV, eran los dos más importantes y fuertes reinos de España. Territorio que comprendían : el reino de Aragón, la provincia española de este nombre y Cataluña; y el reino de Castilla, las provincias españolas actuales llamadas Castilla la Nueva y Castilla la Vieja y las de Madrid, Toledo y León.

Las instituciones, industrias y comercio de los reinos de Castilla y Aragón, hallábanse en un estado de visible adelanto con relación a las demás naciones de esos días. Los pueblos, en Aragón como en Castilla, poseían influencia real sobre los monarcas, que de hecho habían dejado de ser absolutos por haberse visto obligados a conceder a sus gobernados derechos y franquicias que retaceaban grandemente su autoridad o la sometían en su ejercicio a muy severas reglas. Aragoneses y castellanos tenían grandes afinidades de carácter. Cuando, pues, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, se unieron en matrimonio, uniéndose sus respectivos reinos, no fué eso sino la sanción de los hechos para una comunidad de vida que en el orden de los sentimientos y los afectos estaba ya creada. Fué, pues, una unión fuerte, que tenía que hacer la España grande que hizo. Había actividad industrial y comercial, tanto en el reino de Aragón como en el de Castilla, siendo particularmente de notar, en el primero, su producción ya entonces muy vasta de los aceites; y en el otro, la explotación de sus minas y la fabricación de armas y el tejido de telas.

Frente a los reinos de Aragón y de Castilla se alzaba el de Granada, último vestigio que restaba del poderoso imperio moro abatido y desmembrado por la reconquista cristiana de España emprendida y realizada por Pelayo. Fernando e Isabel querían completar la unidad española, tan adelantada con la unión de sus reinos. Más: necesitaban realizar esa unidad, para ser dignos del momento histórico en que actuaban. Atacaron de consiguiente el reino de Granada y, conquistándolo, desapareció de España la morisma y se hizo una y grande esta nación.

El título de reyes católicos con que Fernando e Isabel figuran en la historia se los otorgó la Santa Sede en agradecimiento a la victoria que

obtuvieron sobre los moros. Después de ella, en efecto, el cristianismo pudo expandirse en toda España sin enemigo ninguno que pudiera dificultarle el camino. El período en que gobernaron los reyes católicos marca uno de los más culminantes y gloriosos de la historia de España, en todos los órdenes de la actividad humana.

Desígnase con el nombre de América precolombiana, todo el período anterior a Colón, de la vida en nuestro continente. Porque cuando Colón llegó a él y lo descubrió, ya estaba poblado. ¿Cómo se había poblado? Las hipótesis son varias. La más probable es que América haya sido poblada por emigraciones de las razas humanas asentadas en los continentes africano, asiático y europeo y también, tal vez, por desprendimientos ocurridos en el mundo primitivo de zonas territoriales habitadas del mismo que se hayan incorporado o que hayan formado el continente nuestro, en algún colosal cataclismo de tiempos sumamente distantes.

Las rutas comerciales de Europa, antes de Colón, no se reducían a las que ligaban entre sí a las naciones que la poblaban. Existía además la ruta comercial de la India, como se la llamaba, por la cual Europa se comunicaba con el Asia, de donde le llegaban el algodón, el azúcar, diversas materias empleadas en el tinte de las telas, las perlas, el coral y el ámbar, maderas y gomas odoríficas, el opio, el ruibarbo, la canela, el jenjibre, la pimienta, las nueces moscadas y el clavo de olor. ¡Si un descubrimiento acortase esta ruta! He aquí una aspiración que alentó fuertemente en los hombres de aquellos días y que determinó estudios y expediciones en buen número.

Se había creído hasta poco tiempo que Cristóbal Colón fué genovés, nacido en Cogoleto el año 1436. Hoy este punto es muy controvertido, pareciendo ser que donde nació fué en España mismo, en Galicia; y suponiéndose que si se declaró italiano, fué porque descendía de judíos y temió no poderse abrir camino si se conocía su verdadera ascendencia famílica. Colón sintió desde niño la vocación de las expediciones marítimas. Muy estudioso, llegó a distinguirse notablemente en matemáticas y cosmografía. Las referencias que encontrara en viejos libros a un continente que se suponía existente más acá del Atlántico, unidas a la presunción que había llegado a adquirir de que la tierra no podía ser plana, como se creía en su tiempo, sino que debía ser redonda y, en este caso, debía haber tierra más acá del Atlántico y debía poderse llegar a las Indias Orientales navegando desde Europa al Occidente de la misma manera que se llegaba por el oriente de ella, condujéronle al descubrimiento que ha hecho glorioso su nombre.

De existir la tierra que presentía —decíase Colón— tenía que estar poblada o despoblada. Estando poblada, habría gentes que incorporar a las actividades del mundo y almas que convertir a la fe católica, que profesaba ardorosísimamente. Estando despoblada, habría riquezas inexplotadas con las cuales la nación que lo ayudase se engrandecería y él, particularmente, satisfaría el anhelo que sentía del rescate del Santo Sepulcro del poder de los turcos. Colón propuso su proyecto a Portugal, donde el rey Juan II aparentando desecharlo envió sigilosamente un barco utilizando los datos que se le dieran, barco que batido por recios temporales regresó desmantelado sin haber podido comprobar que tuvieran fundamento serio las teorías de Colón. Amargado éste al punto que se puede suponer por el doble concepto de la deslealtad y el repudio de que se le hiciera objeto en Portugal, resolvió buscar el apoyo de Francia e Inglaterra, a cuyo efecto para este último punto envió a su hermano Bartolomé. A Francia iría él mismo, luego de desprenderse en Huelva (España) de una impedimenta que tenía para viajar: su hijo Diego, de tierna edad y del que era él el único amparo porque se había quedado sin madre. En Huelva residía una hermana de su extinta esposa y hacia Huelva se encaminó Colón. Viajaba sin recursos y al pasar por la villa de Palos su hijo clamaba por pan y agua. Veíase cercano un convento, el de la Rábida, y llamó a sus puertas. El prior del monasterio, Fray Juan Pérez, acogiólo con toda bondad, supo después quién era Colón y en lo que andaba y le ofreció su ayuda, la que Colón aceptó. Recomendado por Fray Pérez y por otro fraile caracterizado del convento, el P. Marchena, al duque de Medina Sidonia, apreció Colón en Sevilla. El duque de Medina Sidonia recomendólo a su vez al de Medinacelli, que en su residencia de Santa María recibió la propuesta de Colón de emprender la empresa particularmente entre los dos. El duque de Medinacelli fué de parecer que aquello correspondía al reino de España y no a ninguno de sus hijos en privado. Disuadió a Colón de su viaje a Francia y con su valioso apoyo pudo el marino hasta entonces tan infortunado, presentarse ante los reyes católicos.

CAPITULO III

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Colón ante los reyes de España. — Colón fué recibido por los Soberanos de España, a principios de 1486. Convínose en que explicara su proyecto ante una Junta de notables que se reuniría en la ciudad de Córdoba, donde residían los Reyes en aquellos días.

La Junta de Córdoba. — Colón sentíase cohibido para hablar, por el temor de que le sucediera lo que en Portugal con don Juan II. Esto, y el estado general entonces de los conocimientos, que por una parte permitía concebir una teoría como la de la esferoicidad de la tierra mas no demostrarla científicamente a satisfacción plena; y que, por la otra llevó a la asamblea personajes eminentes en el funcionarismo pero incapaces de entender y apreciar una teoría científica de cierta complejidad, hicieron que las explicaciones fuesen insuficientes en el sentido de operar la convicción en la Junta de Córdoba, la cual informó a los Reyes desfavorablemente en punto a la proyectada expedición.

La de Salamanca: el proyecto aprobado, pero no para su ejecución inmediata. — Habría podido quedar, con esto, fracasada la gestión de Colón en España. Mas en el curso de sus diligencias habíanle salido otros protectores, entre ellos dos

que se interesaron señaladamente en su favor: el cardenal Mendoza y Fray Diego de Deza. Por otra parte, le reina Isabel no había perdido, con la opinión emitida por la Junta de Córdoba, la buena impresión que tenía del proyecto de Colón. El Padre Deza promovió entonces la reunión de otra Junta en Salamanca y, cambiando Colón ante ella su plan de conducta, esto es: hablando con franqueza y explayándose ampliamente sobre su idea, fuéle esta vez favorable el pronunciamiento.

La hora propicia. — Sólo que no era posible darle a su proyecto consumación inmediata, por la situación especial en que se hallaba España, comprometida como se veía en la guerra con los moros. Mientras esta guerra no terminase, toda la potencia de España y toda la preocupación de sus monarcas tenían, como era lógico, que llevar ese rumbo. Colón fué invitado a esperar, a lo que accedió, siendo incorporado, con este motivo, al personal de servicio de la reina Isabel, con residencia en la casa real.

Caída la Alhambra, no se vió Colón defraudado en sus esperanzas. La reina Isabel le allanó las dificultades que se oponían a su proyecto, con una magnanimidad que le hace el más grande honor.

Contribución de la Corona. — Habilitado por la Corona con una suma de oro equivalente a 350.000 pesetas para el equipo de tres barcos y reconocido como Virrey y almirante de cuantas tierras descubriese, abandonó la Corte para acometer su empresa.

Contribución de los hermanos Pinzón. — Si habían creído en Colón los monarcas, debían también otros creer en él. Así los hermanos Pinzón, ricos armadores del puerto de

Palos, que aventuraron en la expedición doble capital que la Corona. Los nombres de estos grandes cooperadores de la empresa del descubrimiento de América, no pueden dejar de figurar en la historia. Eran tres los hermanos a que hemos hecho referencia y se llamaban Martín Alonso, Francisco y Vicente Yáñez Pinzón.

La partida. — Por fin estuvieron listas las tres carabelas en que realizó Colón su primer viaje. Diéronseles los nombres de "Santa María", "Pinta" y "Niña"; embarcáronse en ellas los 120 hombres que debían tripularlas; tomó el mando Colón de la "Santa María", Martín Alonso Yañez Pinzón el de la "Pinta" que llevaba como piloto a Francisco Yañez Pinzón; y el de la "Niña" Vicente Yañez Pinzón; y zarparon del puerto de Palos aquellas tres embarcaciones, que se lanzaban a lo desconocido siendo de un tamaño que no inspiraría hoy confianza ni para una travesía desde esta ciudad de Buenos Aires hasta la vecina de Montevideo.

Viajes de Colón: el primero. — No cabe duda de que el primer viaje de Colón se habría malogrado, sin el carácter de éste que no le consentía dejarse intimidar por nada ni por nadie; sin los conocimientos científicos que poseía; y sin la manera habilidosa cómo supo aprovecharlos a estos últimos. Era además Colón bastante psicólogo y, como en tal virtud conocía el alma de los que le acompañaban, se previno contra las fallas posibles de ella llevando un doble diario de navegación: uno, reservado para su uso exclusivo, donde consignaba los datos exactos de los recorridos que hiciera; y el otro, para uso y conocimiento general, en el que los datos que anotaba eran desfigurados, a fin de que la tripulación no se espantase de la distancia a que iba quedando el mundo conocido.

Novedad en la brújula. — Colón había conseguido ori-

llar con este sistema, el peligro más inmediato de la expedición, cuando estuvo a punto de desbaratárselo todo un fenómeno que observaron los marineros y que los alarmó hasta lo indecible: la aguja de la brújula cambió de dirección; no marcó ya el rumbo de la estrella polar sino que se inclinó hacia el noroeste. Colón dió una explicación como pudo de este fenómeno, cuya causa ahora mismo no se puede precisar; y como se tenía fe en su ciencia, fué creído.

Ante el temor de embicar. — A lo de la brújula se agregó después la aparición en el mar de yerbas en gran número que eran interpretadas como indicativas de la proximidad de escollos o grandes tierras sumergidas: Colón acertó a dar con otra explicación ingeniosa que tranquilizó a los alarmados.

Tras la ruta de las aves. — Estando todavía bajo la impresión agradable de este éxito, aparecieron revoloteando alrededor de los barcos bandadas de aves que se dirigían en seguida hacia el oeste. Pensó Colón que en la dirección que seguían estas aves debía estar la tierra y no tuvo desde ese momento otra ruta que esa. Pero los días pasaban y, aunque las bandadas eran cada vez más numerosas, la tierra no aparecía. La tripulación comenzó a dar señales de impaciencia e irritación; quería regresar; quería que se diese proa hacia atrás; quería esto y lo exigió semiamotinada. Tuvo que apelar Colón a los recursos extremos de su autoridad, acompañados de las promesas más seductoras, para dominar ese movimiento, que sería la última dificultad que venciese.

La tierra soñada. — En efecto, pocos días después encontráronse aves de las que se alejan poco de la costa, luego un junco verde, más adelante un madero labrado y una rama de árbol con fruto fresco, después la sonda tocó fondo, cam-

bió el aspecto de las nubes, el aire se hizo más suave y caliente y, por último, tras una noche entera pasada por Colón en vela al acecho de la costa, hirió la atmósfera el grito de ¡tierra! ¡tierra! dado por el marinero de la "Pinta" Rodrigo Berguemo, natural de Triana, arrabal de la ciudad de Sevilla.

A dónde había llegado Colón. — La tierra estaba, en efecto, a corta distancia: una legua aproximadamente. A medida que aclaró el día 12 de Octubre de 1492, en que se había producido el suceso, pudo verse una costa cubierta de vegetación y por la cual circulaban, atisbando la novedad, varias decenas de seres humanos de tez cobriza y cuerpos desnudos. El lugar a que habían arribado Colón y sus compañeros era una de las islas que forman el archipiélago de las Lucayas, no se sabe cuál a punto fijo.

La toma de posesión. — Vistióse Colón con la mayor esplendidez que le fué posible, y bajó a tierra en compañía de sus capitanes y de un núcleo de marineros. Había llevado consigo el estandarte real, afirmándolo al cual sobre el suelo, tomó posesión de éste en nombre de la Corona de Castilla.

El agradecimiento a la divinidad. — Hemos ya dicho que Colón era profundamente religioso. No pisó la tierra soñada, por cuyo presentimiento había sido calificado de loco, sin caer de rodillas para agradecer a Dios el beneficio; y su primer acto de autoridad en la tierra descubierta fué darle el nombre de San Salvador, en homenaje al que lo fué del linaje humano por el suplicio de la Cruz. Los naturales dábanle a esta isla la denominación de "Guanahaní".

La Isabela, Fernandina y Cuba. — Los primeros días de su arribo a San Salvador dedicólos Colón al reconocimien-

to de las tierras próximas. Fué así como descubrió las de Acklin y Crocked, a las que llamó Concepción e Isabela, respectivamente; y una angosta y larga faja de tierra a que dió el nombre de Fernandina y que es Long Island de hoy día. Pero en ninguna de estas partes había encontrado Colón metales preciosos, riquezas; y éstas eran tanto la obsesión de él cuanto la de los que con él se habían lanzado tras de lo desconocido. Inquiriendo aquí y allá de los naturales, obtuvo datos que lo condujeron hasta la isla de Cuba, donde se le informó que hacia el occidente estaba una tierra en que se hallaba el oro en abundancia.

Deserción de uno de los Pinzones. — Yendo en este rumbo Colón sufrió la deserción de Martín Alonso Yañez Pinzón con la "Pinta", que quiso ganarle de mano en el hallazgo de lo que les fuera indicado en Cuba.

Haití y Santo Domingo. — No encontró Colón la tierra del oro sino la isla de Haití, a que llamó "Española", y poco después la de Santo Domingo. Construyendo un Fuerte en esta última, dejó en la misma 30 soldados al mando de don Diego Arana y regresó a España.

El retorno a España. — Estuvo en este viaje a punto de naufragar, siendo en cierto momento tal la convicción de que no podría evitarlo que confió a un papel depositado dentro de un tonel y arrojado al mar el secreto de su descubrimiento, a fin de que no quedara ignorado del mundo. Pero no solamente no naufragó sino que pudo prestar ayuda a su ex compañero desertor de la "Pinta", a quien encontró en apurado trance y cuyas artificiosas explicaciones sobre la separación aparentó creer. La separación entre ellos volvió empero a producirla otra tempestad, que arrastró a Colón hacia Portugal,

cerca de Lisboa. Don Juan II, que tan mal se comportara con Colón, seguía reinando en ese país; y el descubridor del nuevo mundo pensó que, conocedor de su descubrimiento, no le haría, como antes, objeto de su menosprecio. Tuvo razón, porque don Juan II, bien que deplorando haberle desoído, sin cuya circunstancia el descubrimiento se habría hecho bajo la bandera de Portugal, facilitóle a Colón cuantos elementos estaban a su alcance para que pudiese llegar pronto a España, a donde llegó el 15 de Marzo de 1493, por el mismo puerto de Palos de donde saliera y sorprendiendo a todo el pueblo que dábalos a él y sus acompañantes por perdidos. Veinticuatro horas más tarde hacía su aparición en el mismo puerto la "Pinta" con el desertor Pinzón, el despecho del cual fué tan grande al saberse en retardo, que se enfermó y murió.

El trayecto que hizo Colón de Palos a Barcelona, donde estaban los Reyes, fué triunfal. Las muchedumbres se congregaban a su paso para aclamarlo y, cuando se entrevistó con los monarcas, no hubo honor que no se le discerniese ni recursos que se le denegasen.

España y Portugal: la bula de Alejandro VI. — Al júbilo de Fernando e Isabel por el descubrimiento de Colón, no tardó en suceder la preocupación inherente a los conflictos que podían sobrevenir con Portugal. Esta nación, en efecto, hacía apresuradamente preparativos para recuperar la primacía en las expediciones por el rumbo que siguiera Colón. Los Reyes Católicos dieron el ejemplo al mundo de no pensar en la fuerza para solucionar los pleitos que en ese momento viéronse inevitables. No podía arredrarlos a Fernando e Isabel una guerra con Portugal, pues todas las probabilidades de victoria habrían estado de parte de España; empero la política en Europa presagiaba todo género de complicaciones aconsejando a los Reyes Católicos el ahorrarse conflictos.

Se adelantaron además a su tiempo los Reyes Católicos viendo entonces lo que sólo ahora, en nuestros días, está apareciendo con los caracteres de la evidencia para el orbe; es a saber, que las cuestiones internacionales deben resolverse por arbitraje y no al precio de la devastación y de la sangre y horrores inevitables en las guerras. Sometieron el caso, en efecto, al fallo de Alejandro VI; y este gran pontífice, por medio de una célebre Bula titulada "Inter cœtera", trazó una línea imaginaria sobre el globo, a uno y otro de cuyos lados tendrían su campo de acción, sin chocar, España y Portugal.

Esta línea no fué la que prevaleció en definitiva, por convenio posterior que hicieron las partes en el tratado de Tordesillas: la línea de Alejandro VI pasaba cien leguas al oeste de Cabo Verde y las Azores y el tratado a que aludimos estableció la a 370 leguas de esos mismos lugares.

Mas el hecho de haberse inclinado España y Portugal ante un tercero que examinase sus respectivos derechos, en tiempos tan remotos, así como el de haberse fijado para el efecto en el Papado, marcan un acontecimiento de trascendencia que la historia no puede silenciar.

El arbitraje, como solución de los pleitos entre naciones, debía parecer una utopía en la época de los Reyes Católicos; hoy se le preconiza, hasta como solución que haya de imponerse "velis nolis".

También el árbitro que se escogió entonces, no tendrá la simpatía de todos.

Pero lo que no se puede desconocer es que el Pontificado es la expresión más alta, menos personal y más internacional de las existentes en el mundo.

Lo que tampoco se puede desconocer es que, si resulta fácil denostar el arbitraje y la bula de Alejandro VI explotando el aspecto de propietario del globo en que ese hecho y ese documento en cierto modo lo presentan ante los espíritus

predispuestos contra lo religioso, es bien difícil y bien fausto lograr lo que el mencionado Pontífice logró: evitar que dos naciones se desangrasen y destruyesen por el mayor o menor derecho a descubrir y colonizar tierras que se desconocían en su extensión y su calidad.

Viajes de Colón: el segundo. — Volviendo a Colón, luego de publicada la bula de Alejandro VI, pudo emprender su segundo viaje. Ocurrió esto el 25 de Septiembre de 1493, antes del primer aniversario del glorioso descubrimiento que realizara. Fueron esta vez diez y siete las naves que Colón pudo equipar y no menos de un mil quinientas personas las que lo acompañaron, entre ellas caballeros y nobles en buen número y también muchos artesanos.

Varios descubrimientos, hasta el de Jamaica. — Condujo el almirante en su segundo viaje cuanto requería una obra de colonización; mas como al llegar al Fuerte que construyera lo encontrara destruído, por traición de los indígenas pobladores de la isla de Santo Domingo, buscó otro lugar para establecer población y fundó otra nueva a la que le puso el nombre de Isabela, en memoria de la reina que lo protegiera tanto. La Isabela es también designada en los documentos de la época con el nombre de "Isla Española" o "La Española". Dejando esa población bajo el gobierno de su hermano Diego, Colón lanzóse a navegar de nuevo, descubriendo las islas "Deseada", "Dominica", "Mari-galante", "Guadalupe", "Montserrat", Santa Cruz", "San Martín", "Santa María la Redonda", "Santa María la Antigua" y "Puerto Rico" (Boriquen, según los nativos). Costeando después la parte sur de Cuba, descubrió la isla de Jamaica.

En conflicto. — Sin una tempestad que lo obligó a bus-

car refugio en la Isabela o Española, sabe Dios hasta dónde habría seguido el Almirante en sus descubrimientos. Desde luego, no cabe dudar de que los habría seguido aumentando. Pero su presentación en la Isabela púsole en el trance de no poderse mover de ella. Durante su ausencia habíase producido el alzamiento contra su autoridad de una parte de los pobladores españoles que allí dejara, los cuales apoderándose de una de las naves del almirante habían emprendido viaje de regreso a España para quejarse a los monarcas del abandono en que los tenía. Colón envió en seguida a la metrópoli a su hermano Diego, a fin de que expusiera las cosas como eran y se quedó en persona al frente de la Isabela a la espera de lo que la Corona resolviese, que fué el envío de un comisario especial, don Juan de Aguado.

Colón y el Comisario Real Aguado. — La conducta de este comisario fué tan contraria al almirante que éste creyó no podía dejarlo regresar solo a España. Abandonó, pues, nuevamente la tierra que descubriera y retornó con Aguado a la corte.

El fallo de la Corona. — Los monarcas, lejos de prestar oídos a las detracciones de que era objeto, colocáronse de su lado y le estimularon a proseguir en su empresa aunque no fuesen "sino piedras y peñas las que descubriese", pues "el gasto que en ello se hacía lo tenían en nada; que en otras cosas no tan grandes gastaban mucho más y que lo tenían todo por muy bien gastado, lo del pasado y lo que se gastara en adelante, porque creían que nuestra Santa Fe sería acrecentada y su Real Señorío ensanchado". Estas palabras, que tanto honor hacen a los Reyes Católicos, fueron la respuesta que Colón obtuvo de ellos al quererse disculpar por el escaso resultado material que su descubrimiento había dado a la Corona hasta esa fecha.

Viajes de Colón: el tercero. — El tercer viaje de Colón fué confirmación elocuente de la buena voluntad real para con él, pues a pesar de que España sostenía en esos momentos guerras en Italia y Flandes que la obligaban a transportes considerables de tropas por agua, fuéronle facilitados doce barcos.

El Almirante fraccionó esta expedición a fin de que pudieran ser auxiliados lo más pronto posible los colonos de la Isabela.

Trinidad y las bocas del Orinoco. — Con tres barcos que se reservó partió otra vez, desde las islas de Cabo Verde, en busca de lo desconocido, llegando a una isla que denominó "La Trinidad", y descubriendo, al seguir la costa de Venezuela, las bocas del Orinoco y la isla Margarita.

De todos los descubrimientos de Colón, el que más luz y contento llevó a su espíritu, fué el de las bocas del Orinoco. Un río como aquel tenía que arrancar de un continente: debía, pues, ser no una isla sino la tierra firme y grande que soñara, aquella que costeaban sus naves.

Nuevos conflictos. — Empero para continuar explorando necesitaba reparar a sus naves. Puso, pues, proa a la Isabela. ¿Presintió que sus planes encontrarían allí de nuevo interrupción? Es posible; mas el arribo a la Isabela érale forzoso. Y en verdad que si la vez anterior encontró a esta población en situación deplorable, la que vieron los ojos de Colón en su tercer viaje era todavía peor. Las divisiones entre los pobladores habíanse ahondado a tal punto, que no le quedó más solución que reembarcar para España a los descontentos, prefiriendo el riesgo de que lo indispusieran ellos ante la Corte con sus quejas, a la turbulencia perenne que ocasionaban.

Los Reyes, impresionados contra Colón. — Los Reyes se impresionaron desfavorablemente, en efecto, respecto del Almirante. Aseveran algunos que fué por haberles hecho él en esa ocasión una remesa de esclavos, contra la prohibición de ello que había recibido al hacerles anteriormente otra remesa análoga. Cuesta creerlo, porque la esclavitud no era mirada en aquellos tiempos como hoy. No horrorizaba, ni siquiera extrañaba. Mas, fuera lo que fuese, el caso es que los Reyes tomaron pie del pedido que les había hecho Colón de un magistrado recto que administrase justicia, para enviar a la Isabela una especie de Interventor munido de las más amplias facultades y que lo fué don Francisco Bobadilla.

Bobadilla y su conducta. — Lo que Bobadilla hizo no admite excusa. Ya los monarcas se habían equivocado una vez enviando a Aguado como Comisario Real; se equivocaron aun más al enviar a Bobadilla, que comenzando por pasar, en todo, por encima de la autoridad del Almirante, púsolo preso como a un delincuente y lo remitió engrillado a España.

Colón desagraviado. — Los Reyes atenuaron esta segunda equivocación de su criterio electivo, ordenando cuanto era menester para que Colón se presentase ante ellos con el decoro que le correspondía, depusieron dspués a Bobadilla, absolvieron a Colón de toda indagación jurídica sobre su conducta y ordenaron se esclareciesen los agravios de que se le había hecho objeto, así como los perjuicios que se le hubiesen irrogado, a fin de indemnizarlo. Mas ha de tenerse presente que Colón era ya en España un hombre nimbado por la gloria y que la noticia del trato que se le había dado creó en su favor, inmediatamente de esparcida, una poderosa corriente de opinión pública que habría que ver hasta donde quitó la plena espon-

taneidad a las resoluciones de la Corona de que se ha hecho mención.

Viajes de Colón: el cuarto y último. — El cuarto de sus viajes, emprendiólo Colón el 9 de Mayo de 1502.

En la Isabela había reemplazado a Bobadilla, como comisionado especial de los Reyes, don Nicolás de Ovando y como éste realizaba averiguaciones sobre la conducta de Bobadilla con Colón, ordenósele al Almirante que no tocara en la isla de Santo Domingo sino al regreso de su expedición, que todo auguraba sería larga, y, eso mismo, en caso de necesidad y tan sólo de pasada.

O Colón quiso eludir esa orden con un pretexto o fué exacto el motivo que dió, de llegar a la referida isla, al comienzo de su expedición, arrastrado hasta ella por las tormentas.

Caben entrambas suposiciones, porque las tormentas en el derrotero que el Almirante siguió eran y son muy frecuentes y porque el interés del descubridor de América en los sucesos de la Isabela era tan grande, que le hacía fácilmente perder la serenidad. Su propio "Diario" confirma esto: basta leerlo.

Como quiera que fuere, es el hecho que Ovando tuvo un disgusto grandísimo al saber que el Almirante pedía anclar en la Isabela y la substitución de uno de sus buques, que hacía agua, por otro de los que el reemplazante de Bobadilla tenía a su disposición.

Las diferencias del Almirante con Ovando. — No cabe desconocer, en justicia, que para Ovando la presencia de Colón era de todo punto inconveniente. Hemos ya dicho que la isla estaba dividida en dos bandos enconadísimos: la misión del representante enviado por los Reyes para pacificar aquella

población, tenía, pues, que complicarse mucho con el arribo del Almirante.

Así y todo, produce una impresión poco lisonjera acerca del carácter y el tacto de don Nicolás de Ovando, y sugiere la idea de ser, su nombramiento, la equivocación número 3 de los Reyes de España, la resolución que adoptó negando a Colón permiso para anclar y prohibiéndole en los términos más severos que lo hiciese. Pudo Ovando haberlo mantenido al Almirante circunscripto al límite de sus buques, sin desembarcar; mas ni siquiera le consintió guarecerse en el puerto, contra una tempestad próxima que Colón vaticinaba.

Lo que le costó a Ovando no creer en la ciencia de Colón. — Es evidente que Ovando no creyó en la realidad de los motivos aducidos por el descubridor de América para su presentación en la Isabela. En cuanto al vaticinio de Colón, no resultó fallido y a Ovando le hubiera ido mejor tomándolo en cuenta. Haciendo gala del menosprecio que le merecía la proximidad de la tempestad que el Almirante anunciara, el representante de la Corona hizo salir de la Isabela varios barcos que tenía prontos, llenos de presos y descontentos que enviaba a España. Fué una verdadera catástrofe la que sobrevino. Casi todos esos reembarcados perecieron por virtud del huracán que se desató en el plazo que indicara Colón; y en cuanto a éste, salvando por obra de las precauciones que adoptó, reanudó su interrumpido viaje, pudo llegar hasta el golfo de Honduras y recorrió de norte a sur las costas de la América Central hasta el Golfo de Darien.

En el golfo de Honduras. — Empero allí, debido a los excesos de algunos tripulantes, los indios se le mostraron hostiles y dos de sus barcos se le habían inutilizado. Abandonando a éstos y la expedición por esos lugares, dirigióse a la isla

de Jamaica, donde los dos barcos que le restaban tuvo que abandonarlos deshechos también.

Colón náufrago en Jamaica. — A los padecimientos del marino agregáronse pues en él los del náufrago, que no otra cosa era el descubridor de América, incomunicado con todo el mundo y en una costa sólo habitada por indígenas que, aunque parecían buenos, pues se comprometieron a suministrarle víveres a Colón y su gente, podían a lo mejor cambiar de actitud.

Pide auxilios que sólo le son concedidos a los siete meses. — La primera preocupación del Almirante fué, de consiguiente, obtener ayuda de sus connacionales de la Isabela, la cual no estaba tan distante que fuese imposible la comunicación con ella. Dos hombres valientes y audaces de la expedición animáronse a la empresa de cruzar el mar hasta Santo Domingo en una de las canoas de los indios, y lo consiguieron después de esfuerzos estupendos y de vicisitudes de todo género. Diego Méndez llamábase uno de esos dos valientes, el que más se destacó en la empresa y el que la consumó. Mas Ovando, que continuaba gobernando en la Isabela, dió largas al despacho del pedido de auxilio. Nada menos que siete meses tardó en acordarlo, durante los cuales puede imaginarse la situación de Colón y sus compañeros.

Desobedecido y sin víveres. — Una parte de éstos se le amotinó al Almirante, suponiendo muertos a Méndez y su compañero, de quienes no se sabía nada en tanto tiempo. Los amotinados se apoderaron de diez canoas de los indios para cruzar el mar y lo intentaron; mas como fracasaran en la empresa, no les quedó sino merodear por la isla proveyéndose de víveres donde los encontraban y por la fuerza.

Otra vez sus conocimientos científicos lo salvan a Colón. — Fuera que estos sucesivos asaltos exacerbaran a los indígenas o que ellos se hubieran cansado de estar suministrando provisiones al Almirante, de súbito comenzaron a retacearlas, hasta que derechamente se las negaron. Colón y los adictos que le restaban habrían perecido, a no darse cuenta el primero, por sus conocimientos científicos, de la proximidad de un eclipse de luna. Con él salvó la situación, pues convocando a los jefes de las indiadas amenazóles con la cólera del cielo si no le prestaban ayuda, en señal de la cual cólera verían cómo la luna se obscurecía en un plazo que les señaló. Realizado el fenómeno tal como lo predijera el Almirante, confirmóse en los indios la creencia de que eran, los náufragos, protegidos de los dioses y reanudaron sus servicios como antes.

El Almirante en Santo Domingo. — Entre tanto, salían de la Isabela los auxilios que al fin concediera Ovando y pudieron los náufragos ser conducidos a ella.

Dará idea de la hazaña realizada por los dos emisarios que en una débil canoa llevaron la demanda de aquella ayuda, el siguiente dato: yendo en barcos y no en canoas, tardaron un mes y medio los salvados en llegar hasta la isla de Santo Domingo.

Regreso de Colón a España y su muerte. — Una vez en la Isabela, Ovando colmó de atenciones al Almirante. Con su morosidad casi le dió la muerte; empero esta conducta posterior del representante de los Reyes, deja de él una impresión menos ingrata. Ovando facilitó a Colón los medios de que regresara a España.

Ya se comprenderá que no podía estar para otras expediciones quien, a la edad del Almirante, había sufrido lo que él. Colón, en efecto, llegó enfermo a Sanlúcar de Barrameda,

en España, donde tuvo que detenerse para ponerse en cura. Supo allí que la reina Isabel, su gran protectora, estaba en grave estado y, sin esperar a restablecerse, se trasladó a Segovia, donde la reina residía. No la pudo ver, porque cuando llegó, la ilustre señora había pasado a mejor vida.

El dolor de esta pérdida añadido a la postración en que ya se hallaba el Almirante, fuéronle fatales. Dejó de existir, en efecto, poco después en Valladolid, el 20 de Mayo de 1506, preparado para el supremo tránsito con todos los auxilios de la Fe que profesaba y sin haber podido completar, por la serie de adversidades que hemos referido, el descubrimiento glorioso y trascendental de que fuera autor.

Gaboto, Vespucio y Ojeda. — El camino que abriera Cristóbal Colón para las expediciones marítimas, no quedó abandonado al desaparecer él. Por el contrario, sus imitadores fueron muchos; al punto de hacerse imposible tan siquiera mencionarlos a todos en una obra como ésta, que pide concisión y brevedad.

Tampoco el orden cronológico de dichas expediciones se aviene con el programa oficial en vigor para esta materia.

Digamos, pues, que después del descubrimiento del Océano Pacífico que hizo Vasco Núñez de Balboa, el afán de los navegantes fué encontrar la comunicación por agua que se pensaba debía existir entre ese Océano y el Atlántico; que por virtud del mencionado afán Juan Díaz de Solís hizo una expedición que le condujo al descubrimiento del Río de la Plata; y que luego Hernando de Magallanes dió con el estrecho que lleva su nombre, corroborando así concluyentemente las ideas y los deseos de la gente de aquel tiempo.

Tras de estos esforzados exploradores, cuyos hechos reseñaremos más adelante por separado, vino la expedición de Sebastián Gaboto al Río de la Plata, el cual tomó este nombre, perdiendo el de Río de Solís con que se le designó pri-

mero, por haberse extendido la creencia de que conducía a la Sierra de la Plata: un lugar que se suponía existente en el centro de nuestro continente y al regresar del cual, según sentir también muy difundido, "pajes y marineros volverían tan ricos como nadie lo fué jamás".

Nos corresponde mencionar aquí a otros navegantes cuyos apellidos quedaron ligados, por esta época, a la historia americana; y comenzaremos por el que, con más suerte que ninguno, resultó dando su nombre al continente que descubriera Cristóbal Colón.

Nos referimos, se habrá adivinado, a Américo Vespucio.

Era éste un navegante italiano que del servicio de Portugal pasó al de España. Sus descubrimientos no tuvieron una importancia que sin la intervención del factor de lo casual, justifique o siquiera explique el honor tan grande que le tocó. Junto con Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa descubrió el golfo de Venezuela y la laguna de Maracaibo; solo, exploró la costa oriental de Sud América hasta el cabo San Agustín; y cuando los exploradores de su tiempo continuaban creyendo que las tierras descubiertas eran parte de Asia, él sostuvo, el primero, que eran un nuevo continente. Vespucio tenía una pluma fácil que la utilizó para la narración, en forma de cartas, de las exploraciones ajenas y propias, callando desde luego los nombres de los autores de las primeras. Aquellas cartas circularon mucho entre los hombres de ciencia, dando lugar a que se hiciesen con frecuencia referencias a las tierras de Américo: aquellas de que hablaban las cartas de Américo. El editor alemán de un mapa de esas tierras que se confeccionó en aquel entonces, las señaló con el nombre de Américas. Este nombre fué después América para mapas posteriores, pasando de ellos a los relatos. El nombre de América quedó desde entonces generalmente adoptado para este continente, sancionando una injusticia que no ha sido posible hasta la fecha suprimir, para con su descubridor real.

Hemos nombrado a Ojeda entre los participantes del descubrimiento del golfo de Venezuela. Era un noble español con gran reputación de valentía que se lanzó, como otros muchos de su clase, en busca de gloria y de fortuna a estas soledades. Terminado el período de su actuación en compañía de Vespucio y de la Cosa, obtuvo autorización de los Reyes para fundar ciudades. Ejercitándola, fundó la de San Sebastián en la margen oriental del golfo de Darien. En lucha constante con los indígenas de aquella región, fué destruída esa ciudad y herido de gravedad Ojeda, el cual trasladándose a Santo Domingo para curarse, falleció allí.

Pinzón, Lepe, Niño, Bastidas y Cabral. — También navegó un tiempo como asociado de Vespucio, Vicente Yáñez Pinzón, cuyo nombre se ilustró por haber recorrido toda la costa oriental de Sur América hasta el cabo San Roque y por ser el primer europeo que avistó las bocas del Amazonas.

Otros navegantes que no pueden ser pasados por alto: Diego de Lepe, que exploró como Vespucio la costa oriental de Sur América hasta el cabo San Agustín; Pedro Niño, descubridor del golfo de Paria y la costa de Cumaná en Venezuela; Rodríguez de Bastidas, que descubrió el golfo de Darien y fundó la ciudad de Santa Marta en la desembocadura del río Magdalena y Alvarez Cabral, portugués que descubrió el Brasil.

Tierras descubiertas y exploradas. — Lo que va dicho muestra a una buena parte de América ya descubierta y explorada. La respectiva síntesis se obtiene con sólo releer lo escrito y, a mayor abundamiento, seguir en los mapas los itinerarios de las principales expediciones.

RESUMEN

El descubrimiento de América se realizó por obra, en gran parte, de la protección que dispensaron a Colón los Reyes Católicos, particularmente la reina Isabel. Examinado el plan del marino genovés por una junta de sabios que los monarcas hicieron reunir en Córdoba, Colón no fué al respecto suficientemente franco ni claro. Cohibíalo el temor. Pero el cardenal Mendoza y Fray Diego de Deza, nuevos protectores que le habían salido, consiguieron la convocatoria de otra Junta en Salamanca y, variando ante ella Colón su conducta, obtuvo un pronunciamiento favorable. La expedición en busca de la tierra soñada, fué ya sólo cuestión de momento: España estaba en guerra con los moros; apenas terminada esta guerra se tendría la protección de la Corona. Esperó esto Colón incorporado al personal de servicio de la reina Isabel y, apenas caída la Alhambra, fuéle cumplida la promesa recibiendo 350.000 pesetas para el equipo de tres barcos y el reconocimiento como Virrey y Almirante de cuantas tierras descubriese. Con esa ayuda y la de los hermanos Martín Alonso, Francisco y Vicente Yáñez Pinzón, ricos armadores del puerto de Palos que pusieron en la empresa doble capital que la Corona, pudo zarpar Colón del mencionado puerto de Palos, con tres carabelas tripuladas por 120 hombres y arribar, después de accidentes diversos, a la isla Guanahaní, del grupo de las Antillas, el 12 de Octubre del mismo año 1492, a los tres meses y nueve días de la partida. El visionario, el loco, el postulante casi menesteroso desoído en todas las cortes menos la de España, había triunfado y nacido a la inmortalidad. El primer acto de Colón, al pisar tierra, fué caer de rodillas para agradecer a Dios el beneficio y dar a la isla descubierta el nombre de San Salvador, en homenaje al que lo fué del linaje humano por el suplicio de la Cruz.

En su primer viaje Colón llegó hasta la parte norte de la isla de Cuba y la parte también norte de la isla de Santo Domingo, donde construyó un Fuerte y dejó una guarnición al regresar a España, lo que hizo en seguida. Fué recibido como triunfador que era, no habiendo honor que no le fuese discernido.

Pero la noticia de su éxito había puesto en actividad frenética y en camino de pleitos delicados a Portugal. Los Reyes Católicos, dando el gran ejemplo de no fiar a la fuerza la decisión de los reclamos que tenían encima, obtuvieron de Portugal el sometimiento al arbitraje del pontífice Alejandro VI de la zona de desbrimientos que correspondían y corresponderían a cada país. El Papa, por medio de una célebre Bula, trazó una línea imaginaria sobre el globo, a uno y otro de cuyos lados tendrían su campo de acción, sin chocar, España y Portugal. Un convenio posterior que hicieron las partes, en el tratado de Tordesillas, rectificó un tanto esa resolución arbitral, que en tiempos tan remotos evitó se desangrasen y destruyesen dos naciones por el mayor o menor derecho a descubrir y colonizar tierras desconocidas en su extensión y en su calidad.

El segundo viaje de Colón fué demorado hasta la aparición de la Bula de Alejandro VI. Lo inició el Almirante el 25 de Setiembre de 1493, con 17 naves y no menos de un mil quinientos acompañantes, caballeros y nobles muchos de ellos y otros artesanos. El Fuerte que dejara al partir encontrólo destruido, por lo que buscó otro lugar para establecer población y fundó la Isabela o la Española en la misma isla de Santo Domingo. Dejándola bajo el gobierno de su hermano Diego, lanzóse a navegar de nuevo costeando la parte sur de Cuba y descubriendo la Jamaica. Durante su ausencia una parte de la población de la Isabela se amotinó y, apoderándose de un barco, regresó a España. Al saberlo Colón, púsose a la cabeza de la población en persona y envió a la Corte a su hermano Diego, para que explicara las cosas como eran.

La resolución de la Corona fué enviar a la Isabela un comisionado real, que lo fué don Juan de Aguado. La conducta de éste fué hostil en todo a Colón, por lo que éste juzgó conveniente no dejarlo regresar solo a la Corte y lo acompañó. Los Reyes dieron la razón al Almirante y lo estimularon a proseguir en su empresa.

El tercer viaje a América debió hacerlo Colón en circunstancias que España guerreaba en Italia y Flandes. No obstante, fuéronle facilitados doce barcos. El estado de la Isabela era la preocupación que dominaba en Colón, pero no podía retardar más sus exploraciones. Dividió, pues, su flotilla, enviando nueve de sus doce barcos directamente a la Isabela y tomando otra vez él, con los restantes, desde las islas de Cabo Verde, el rumbo de lo desconocido. Descubrió una isla a la que dió el nombre de "La Trinidad" y llegó después a las bocas del Orinoco. De todos los descubrimientos de Colón, éste fué el que más luz y contento llevó a su

espíritu. Un río como aquél tenía que arrancar de un continente; debía, pues, ser no una isla sino la tierra firme y grande que soñara, aquella que costeaban sus naves. La necesidad de reparar a éstas llevólo a la Isabela, donde encontró una tan profunda división de ánimos que hubo de reembarcar para España a numerosos pobladores. Quejándose éstos a los Reyes predispusiéronlos a éstos contra el Almirante, generando esto el nombramiento de don Francisco Bobadilla como Interventor real en la Isabela.

Lo que Bobadilla hizo, no admite excusa. Comenzando por pasar, en todo, por encima de la autoridad de Colón, púsolo preso como a un delincuente y lo remitió engrillado a España. Los monarcas no se hicieron solidarios de esta conducta de su enviado, al que luego depusieron absolviendo a Colón de toda indagación jurídica sobre su conducta.

El Almirante salió de España para su cuarto y último viaje, el 9 de mayo de 1502. Como en la Isabela actuaba todavía don Nicolás de Ovando en reemplazo de Bobadilla, ordenóse a Colón que no tocara en la isla de Santo Domingo sino al regreso de su expedición, que todo auguraba sería larga. Habría así tiempo para que Ovando recibiera orden de regreso a la Corte y la cumpliese. Pero Colón, sea que, realmente o no, lo arrastraran a la Isabela las tormentas, cual lo dijo, se presentó en esa población. Ovando le prohibió desembarcar y le ordenó el abandono del puerto. Estaba próxima una tempestad y ella arrastró al Almirante lejos de toda ruta conocida. Pudo, sin embargo, orientarse después de toda suerte de peligros y trabajos y llegó hasta el golfo de Honduras, donde siendo hostilizado por los indios y habiéndosele inutilizado dos barcos, resolvió dirigirse a la isla de Jamaica. Apenas pudo llegar a ella, porque los otros barcos se le deshicieron cerca de la costa. Encontróse, pues, náufrago en Jamaica y a la merced de las tribus indígenas que la poblaban Ganándose la buena voluntad de éstas por cuanto recurso le sugirió su ingenio, pudo resistir hasta que Diego Méndez, uno de sus acompañantes, salvó en una canoa la distancia que mediaba entre Jamaica y la Isabela y llegaron de ella auxilios merced a los cuales pudo el Almirante regresar a España, donde falleció. Su deceso ocurrió en Valladolid el 20 de mayo de 1506.

Antes que los viajes de Vespucio y demás de que habla el programa oficial de este curso, están los de Núñez de Balboa, Díaz de Solís y Magallanes, que dieron como fruto los descubrimientos del Océano Pacífico, el Río de la Plata y el Estrecho de Magallanes. Dejando su respectivo relato para más adelante, diremos que Américo Vespucio fué un

navegante italiano que recorrió el golfo de Venezuela y el lago de Maracaibo, haciendo igual cosa más tarde con la costa oriental de Sur América hasta el cabo San Agustín: las crónicas de estos viajes de Vespucio daban mucho que hablar en Europa y fué ese el momento en que un editor alemán terminaba el primer mapa que se conoce de las tierras encontradas de este lado del Atlántico; no sabiendo cómo denominarlas púsoles el nombre de "tierras de Américo", de donde el nombre de América que le quedó al nuevo mundo. Alonso de Ojeda fué un noble español que tuvo participación en el descubrimiento del golfo de Venezuela y fundó la ciudad de San Sebastián, en la margen oriental del Darien, recibiendo en lucha con los indígenas una herida que lo llevó a morir en la isla de Santo Domingo. Vicente Yáñez Pinzón recorrió la costa de Sud América hasta el cabo San Roque y fué el primer europeo que dió con las bocas del Amazonas. Diego de Lepe fué un navegante que, como Vespucio, recorrió la costa oriental de nuestro continente hasta el cabo San Agustín. Pedro Niño descubrió el golfo de Paria y la costa de Cumaná en Venezuela. Rodríguez de Bastidas descubrió el golfo de Darien y fundó la ciudad de Santa Marta en la desembocadura del río Magdalena y Alvarez Cabral, navegante portugués, fué el descubridor del Brasil.

CAPITULO IV

LA CONQUISTA DE MÉJICO

La conquista española y sus hombres. — Dáse el nombre de la Conquista, al período de tiempo durante el cual se operó la ocupación del territorio americano por expediciones de europeos.

La conquista ofrece distintas fases, ingratas las unas, simpáticas y admirables las otras. Los excesos de fuerza en que, respecto de los naturales, incurrieron casi todos los expedicionarios, deben tener por parte de la historia la sanción reprobatoria condigna, bien que no puedan extrañarse dados los tiempos, la índole de los únicos hombres a quienes podía seducir el internarse en las soledades de América y el magno esfuerzo que debían realizar para asegurarse la vida y la posesión de lo que descubrían.

Pero la intrepidez en ese desafiar de los peligros y las fatigas, escrita con hechos innúmeros por los conquistadores, impónese al espíritu como una de las manifestaciones más altas de la potencia humana.

Hoy mismo: con los grandes progresos que ha alcanzado el continente, poblado como está él y con vías abundantes de comunicación en casi toda su extensión, arredraría a hombres animosos hacer las marchas que los conquistadores realizaron luchando contra el doble obstáculo de la naturaleza virgen y la resistencia de las razas bárbaras que vivían en América y, además, puede decirse que abandonados de

todo el mundo, ya que la protección que tuvieron de los monarcas fué sólo al efecto de partir desde España para las nuevas tierras, debiendo luego cada expedicionario desenvolverse como pudiera en los riesgos de la empresa. Si les fueron prometidos auxilios, ellos nunca llegaron en tiempo. No podían llegar tampoco, dada la distancia y dadas las dificultades punto menos que invencibles que obstaban a que pudieran ser recabados. Raro es, por eso, el conquistador que no pagó con la vida el arrojo de lanzarse a las entonces misteriosas tierras del continente americano.

Aumenta el mérito de los hombres que realizaron la conquista, la circunstancia obvia de que cuanto consiguieron ellos fué por iniciativa propia. Los monarcas autorizaban las giras, es verdad, y concedían los honores y recompensas. Mas los proyectos que se combinaban en Europa, caían por tierra a poco de emprendida su realización y los substituían otros que la mayor parte de las veces fueron los que prosperaron y que no habrían podido ser adoptados sin el desprecio temerario por los peligros de que hicieron gala aquellas fuertes voluntades.

Ciertamente, no sólo la ambición de la gloria inspiró a los conquistadores. En igual o tal vez mayor medida, entró en ellos el afán del enriquecimiento. Mas eran riquezas que, por decirlo así, se ennoblecían con el sacrificio y a las cuales debemos gratitud los americanos —a las que realmente proporcionó nuestro territorio y a las incomparablemente mayores que se soñaron y no pasaron de imaginarias— porque de otra manera, sin ese poderoso acicate, habríase retardado mucho tiempo nuestra incorporación al concierto de la civilización humana.

No obstante, pues, sus lunares y sus borrones, la Conquista representa uno de los esfuerzos grandiosos de la energía humana y, balanceado lo que dió a la civilización con lo

que la agravió, el saldo le es a todas luces favorable, mereciendo de consiguiente honrosa recordación.

Ocupación del Darien: Descubrimiento del mar del Sur. — Las huellas dejadas por Rodrigo de Bastidas, Diego de Nicuesa y el bachiller Enciso —quienes recorriendo el golfo de Darien y el río Magdalena fundaron, respectivamente, las poblaciones de Santa Marta, San Sebastián y Nombre de Dios— facilitaron el descubrimiento del Océano Pacífico, hecho por Vasco Núñez de Balboa.

Era éste un hijo de Jérez de los Caballeros, en España, tan animoso cuanto infortunado en sus primeras expediciones por estas tierras americanas, en las cuales contrajo deudas que le obligaron a fugar de las Antillas, oculto dentro de un barril, en uno de los barcos de la expedición de Enciso. Bien sabía Balboa lo que hacía, cuando se ocultó así. Enciso no lo habría admitido en su compañía, de haber conocido su embarque, pues era Núñez de Balboa un verdadero desacreditado en ese momento de su vida. Cuando Enciso tuvo noticia del huésped que se le había introducido, irritóse grandemente. Su primer impulso fué abandonar al intruso en una isla desierta; empero los ruegos de Balboa ablandáronlo y desistió, en definitiva, de ese pensamiento.

Durante algún tiempo no tuvo Enciso motivo de arrepentimiento por esto. Balboa le resultó un auxiliar de mérito. Fué el primero en desdeñas las dificultades y el primero en la resistencia moral y física durante la recorrida que practicó Enciso del golfo de Darien y la fundación que hizo de Santa María la Antigua. Pero esto le conquistó a Balboa un ascendiente tal sobre los expedicionarios, que no se movían ellos sino bajo su inspiración y mandatos. Incomodado Enciso por esta situación pensó en remediarla, mas habién-

dolo sabido Balboa sublevó las fuerzas contra su jefe y, deponiéndolo, se puso en su lugar.

El audaz jerezano no se limitó a esto sino que, para asegurarse respecto del futuro, retiró de la escena a Enciso enviándolo preso a España. ¿Se daba cuenta Balboa de la responsabilidad grave que había asumido con semejante escamoteo de la autoridad? Parece ser que sí, porque se lanzó frenéticamente a tentar aventuras, como si comprendiese que sólo en un golpe de la suerte estaba su salvación. Y la suerte lo favoreció. Andando y andando por el territorio del Darien en combates sucesivos con los indígenas que lo poblaban, llegó a la costa del istmo de Panamá. La persecución de los indígenas que constantemente lo acosaban, arrastrólo hacia el rumbo opuesto de ella; siguiendo cuyo rumbo avistó al poco tiempo una inmensa superficie de agua, un mar nuevo, desconocido, al que puso el nombre de Mar del Sur, modificado después por el de Océano Pacífico.

Núñez de Balboa había hecho, con esto, el descubrimiento que debía resonar más en su tiempo. Ya podía esperar tranquilo las consecuencias de su insubordinación: la fama orlaría sus sienes; era un ilustre; había reparado, en gran parte, su falta ante la Corona. Del lado de ésta, en efecto, no hubo empeño por llamarlo a juicio y la usurpación de autoridad, que realizara Balboa, quedó prevalente.

Ganando más y más territorio para el dominio de los Reyes de España, sometió Balboa a numerosas tribus indígenas, entre ellas la del cacique Comagre, al que supo ganar no sólo por el temor sino también por el afecto. El hijo del cacique Comagre, muy ayudado por Balboa en cuestiones que hubo de ventilar con los suyos, le correspondió dándole noticias de un grande y riquísimo imperio al que un hombre de las condiciones de Balboa era capaz de llegar y conquistar. Tratábase del imperio incásico, cuya existencia

el descubridor del Océano Pacífico fué el primero en conocer, entre los europeos. Disponíase Vasco Núñez de Balboa a ilustrar más su nombre ganando para la Corona española aquel imperio, cuando se confirmó en él la ley superior que aún en esta vida suele hacer pagar la inconducta.

Balboa tenía autoridad de hecho, pero no de derecho. La Corona no había querido proceder contra él, pero había nombrado Gobernador del Darien a Pedrarias Dávila. Las relaciones entre el representante legal de los Reyes y Balboa, si hubiesen estado próximos, seguramente no habrían sido cordiales. Mas las distancias eran enormes; y había campo sobrado para que se desenvolvieran uno y otro sin chocar. Este estado de cosas vino a ser modificado por los preparativos que le requirió a Balboa su proyecto de conquista del imperio incásico. Emprendió la construcción de barcos y comenzó a reclutar fuerzas en vasta escala. ¡Qué no sería Balboa si se hacía dueño del mar y quién eclipsar podría su fama si penetraba vencedor, con sus armas, hasta el Perú!

Pedrarias Dávila comprendió que, de no proceder en ese momento, su papel no podría después ser otro que el de satélite oscuro de aquel astro que se elevaba cada día más en los horizontes de la nombradía. Movió sus elementos, sobrevinieron las asperezas, tras éstas una ruptura entre Pedrarias y Balboa y se libró a la fuerza el fallo del pleito.

No sólo lo perdió a este Balboa sino que, junto con él, perdió la vida, malográndose de esa manera el plan de la conquista del Perú que había concebido y que no es difícil, dada su intrepidez, lo hubiera podido consumar.

Conquista de Cuba y de Boriquen. — Cuando se emprendió la conquista de Cuba, era Gobernador de las Antillas don Diego Colón. Por esta circunstancia vino a quedar li-

gado con esta conquista el apellido del descubridor de América.

Realizó la conquista de Cuba, el capitán Diego de Velázquez. No fué empresa que le demandase ni mucho trabajo ni mucho tiempo. Los naturales de la isla, aunque resistieron, no persistieron en esta actitud hasta verse diezmados y deshechos, como había de ocurrir en otras partes del continente.

Velázquez, pues, más que como conquistador, distinguióse por otras calidades que acreditó después: las de explorador y fundador de poblaciones. La Habana, Santiago, Trinidad, Puerto Príncipe y demás hoy importantes ciudades de Cuba deben su nacimiento a este capitán, que concluyó por ser el gobernador de la Isla; y gobernador no exento de espíritu de iniciativa pues promovió, desde ese cargo, diversas expediciones de conquista de las regiones próximas a Cuba; entre otras, como veremos, la que llevó hasta Méjico a Hernán Cortés.

Boriquen era el nombre que se daba al territorio actual de la ciudad y provincias de Puerto Rico. La iniciativa de su conquista corresponde al comisionado real en Santo Domingo, don Nicolás de Ovando; el honor del comienzo de la misma, al capitán don Juan Serón; y el de la consumación de esta conquista, al capitán Juan Ponce de León.

La civilización azteca. — ¿Era civilización? No, si por civilización entendemos una sociedad con todas las necesarias garantías para la vida, en la que los hombres sean libres y de la que estén eliminados los actos de barbarie. Los aztecas (del mejicano: "aztall", garza, y "tlacatl", pueblo: pueblo de la garza o de las garzas) formaban un imperio o confederación regido por la ley de la fuerza, en el que

existían los sacrificios humanos a los dioses y del que no estuvo desterrado el mismo canibalismo.

Desde este punto de vista no resulta, pues, bien empleada la palabra civilización, aplicada a los aztecas.

Pero, si interpretamos a esa palabra como expresiva de un orden cualquiera de convivencia social, el caso varía.

En este sentido hubo en América una civilización azteca; y una civilización digna bajo múltiples aspectos, particularmente el de su antigüedad, de ser conocida y estudiada.

Quiénes eran los aztecas. — Seres humanos de estatura mediana, cabellos negros y espesos, cabeza alargada, frente estrecha, nariz achatada y labios carnosos, que en la época del descubrimiento de América habitaban el territorio de la actual república de Méjico, las provincias mejicanas hoy incorporadas a los Estados Unidos y toda la América Central.

Al consignar lo que antecede, recojemos el concepto de los cronistas de la Conquista, que contemplaron como a un solo pueblo al que habitaba la extensa zona territorial que hemos mencionado. Pero nos adaptaremos al resultado de los posteriores estudios, precisando que no se trataba de un solo pueblo sino de una Confederación de tribus, las más grandes de las cuales eran dos: los aztecas, que ocupaban el centro de Méjico; y los mayas, radicados en Guatemala y la parte de Méjico denominada Yucatán.

De dónde probablemente procedieron. — Aunque sobre el particular la ciencia ha investigado mucho, esta es la hora en que no puede todavía afirmarse con seguridad si los aztecas llegaron a Méjico por emigración, desde Europa, Asia u otras partes del globo. Hay diversas teorías, apoyada cada una de ellas en la natural serie de razones.

Los que creen a los aztecas procedentes de inmigraciones del viejo mundo o de Asia, suponen que pasaron por el Asia oriental o salieron de ella a través del estrecho de Bering y las Alentianas, o por las islas madrepólicas de la Polinesia, o por el occidente de la Europa Septentrional.

Otros, los creen originarios de un continente intermedio desaparecido: la Atlántida de las viejas fábulas.

Y están, finalmente, las nuevas teorías sobre la antigüedad del hombre americano, según las cuales los aztecas no habrían procedido sino de América misma.

Lo cierto es que ni se sospechaba en Europa la existencia de nuestro continente, separado de ella por un vasto océano que sus naves sólo osaron cruzar guiadas por el genio y el fuerte espíritu de Colón, y ya en Méjico existía una sociedad humana con muy larga historia: una historia de siglos.

La historia de los aztecas anterior al descubrimiento de América. — Los primeros en poblar el territorio de Méjico fueron los toltecas, raza fuerte y valerosa que, sin embargo, con el correr del tiempo, perdió el dominio de la región. Pasó éste a los aztecas, que hicieron sus tributarios a los vencidos. Entre los emperadores aztecas cercanos al descubrimiento de América sobresale Moctezuma el viejo, concertador de una alianza entre las ciudades principales de la era de Méjico que llamaremos indígena. Por virtud de esta alianza que formaban, entre otras, las ciudades de Tenochtlitan (Méjico actual), Texcuco y Tacuba, el poderío azteca habíase hecho punto menos que inconmovible, y quienes únicamente lo resistían, y esto mismo con intermitencias y de manera débil, eran los tlaxcalenses, tribus organizadas en una forma de gobierno a que daban el nombre de república. La república llamada de Tlaxcala manteníase independiente de los aztecas, pero muy cuidadosa de no incurrir en su desagra-

do. En el fondo del alma de los tlaxcalenses había un hondo sentimiento de aversión para con el poderoso imperio que privaba a Tlaxcala del primer puesto entre los pueblos de aquella zona y que le había hecho pagar su aspiración de primacía con humillaciones dolorosas. Mas de ahí no se pasaba, porque los tlaxcalenses comprendían que la ira del dominador podía serles perjudicial y aún funesta.

Organización política: el trabajo entre los aztecas; organización social. — Los aztecas estaban divididos en tribus y cada una de las ciudades aliadas —Tenochtlitan, Texcuco y Tacuba— tenía su rey. Estos reyes, unidos a los jefes de tribus, formaban el Consejo elector del Emperador, omnímodo en su autoridad y al cual lo heredaban sus hijos empero sin prelación de edad, pues antes que la primogenitura imperial estaba, para los aztecas, la condición que había de reunir el Emperador de ser el primer guerrero de su raza.

Las tribus tenían entre los aztecas la propiedad de la tierra, pues en el sentido individual sólo conocieron ellos la propiedad de las armas, los vestidos y objetos de uso personal. Una parte de la tierra se destinaba para que subviniese con su producto a las necesidades del gobierno y de los templos. El resto se entregaba a los jefes de familia, con la obligación de cultivar la respectiva parcela, pues si transcurrían dos años sin que esto ocurriera, perdía el favorecido la tierra y era expulsado del núcleo social a que había estado incorporado.

Los aztecas producían, ayudados por ingeniosos sistemas de irrigación, el maíz, la vainilla, el tabaco, el cacao, el algodón y el magüey, artículo éste del que sacaban el pulque (una especie de chicha), y un papel que los pintores utilizaban como lienzo. Era abundante entre los aztecas la producción de alfarería, distinguiéndose ésta por la perfección de la cocción y la firmeza de los colores. Conocían el laboreo de

los minerales y el modo de trabajar los metales, excepto el hierro; y obtenían bronces comparables a los mejores de la producción europea. En las artes textiles substituyeron los vestidos de pieles y de fibras de pita por tejidos de algodón bordados en colores de origen vegetal y con muy curiosas y hermosas aplicaciones de plumas. Tejidos de esta especie, los aztecas los produjeron finísimos.

Las clases sociales en que estaban divididos los aztecas, eran las de los sacerdotes, los guerreros, los nobles, los mercaderes, la plebe y los esclavos. Con excepción de estos últimos, que llegaban a la esclavitud por deudas o como prisioneros de guerra, los aztecas podían pasar de una clase a otra por motivos de capacidad o merecimientos. Empero la clase que llevaba a las mayores dignidades y la predilecta, era la de los guerreros.

Usaban los aztecas en la guerra un escudo de cañas tejidas y una clava de doble filo en sus lados y de acerada punta. Usaban también armas arrojadizas, valiéndose de un tubo con piedras silex o puntas de madera afiladas que se lanzaban con la honda. Precavíanse contra los golpes de sus enemigos mediante una camisa de algodón acolchado y una coraza del mismo material. Como insignias llevaban símbolos a manera de banderas, izadas en un palo que se sujetaba a la espalda.

Creencias. — En materia de religión los aztecas eran politeístas, esto es, adoraban a muchos dioses, siendo el principal "Teotl", ser superior y absoluto. Pero en su mitología asoman ciertos principios sugeridores de la existencia, entre los aztecas, de alguna predicación remota o conocimiento del cristianismo. Así los principios del bien y del mal, representado el primero en "Teotl" y el otro en "Tlacatecotl", dios del mal; "Tercatlipoca", que personificaba la divina provi-

dencia, creador del cielo y de la tierra y señor de todas las cosas; y "Quetzatcoatl", que quiere decir mujer serpiente, diosa representativa del origen del género humano. Adoraban también a un dios del aire que tenía el nombre de "Quetzacoatl", y creían había venido a la tierra viviendo en el valle de Méjico. De "Quetzatcoatl" provenían, según los aztecas, los conocimientos que tenía el hombre, así como las instituciones adoptadas en Méjico. "Quetzatcoatl" volvería a la tierra encarnado en un hombre alto, pálido y barbado, siendo este última creencia la que facilitó mayormente la conquista de Hernán Cortés, que tenía tales características físicas e imaginaron muchos aztecas, entre ellos Moctezuma, según veremos, que podía ser el dios esperado.

El centro más populoso del imperio o confederación azteca, donde residían el Emperador y sus principales funcionarios auxiliares, era Tenochtitlán, edificada sobre las islas del lago de Méjico. Tenía esta ciudad obras de importancia, como acueductos, puentes, palacios, templos; y para llegar hasta ella era menester, partiendo de la costa, atravesar un vasto territorio semidesierto, que no permitía suponer condujese a una expresión semejante del crecimiento y la potencia de la raza aborígen.

Tiene, así, perfecta explicación la sorpresa descripta por el cronista Bernal Díaz, que perteneció al número de los primeros españoles que llegaron a la capital azteca, cuando dice en líneas que reproducimos con todo el sabor de su antigua sintaxis y ortografía: "Nos quedamos admirados y dezíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y "cues" y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados dezían que si aquello que vían si hera entre sueños. . ."

Conquista de Méjico: Hernán Cortés. — La conquista de Méjico por Hernán Cortés legó a la historia de América páginas en que se combinan, por admirable modo, lo épico y lo curioso. Tiene esta conquista todo el interés de una novela y las enseñanzas múltiples de cuanto ha sido realidad vivida La primera dificultad con que se tropieza para referir la conquista de Méjico, es que suministra, ella sola, material para un libro. Reducirla al capítulo de una obra, implica un verdadero esfuerzo. Hay que pasar por alto, o mencionar sólo de ligero, muchos de sus episodios: hay que dejar con lineamientos incompletos las figuras de no pocos de los que tuvieron en ella una actuación importante, bien que no decisiva; hay que narrar los accidentes de la inmensa empresa, los combates que produjo y las pasiones que encendió, con una rapidez que hace punto menos que imposible infundirles el soplo de grandeza que por ellos pasó. Con todo, el esfuerzo hay que tentarlo, porque la juventud que pasa por las aulas necesita la síntesis de éste y los demás acontecimientos que han hecho la historia de América. Darle a la juventud conocimientos incompletos sobre el particular, no será cosa que satisfacer pueda los deseos de los que escribimos habiendo profundizado un tanto en este género de estudios; mas el programa no pide la profundización de la materia. Los mayores conocimientos, habrá de adquirirlos después cada joven de por sí.

Cortés joven y en España. — Cortés vino a nuestro continente bajo el gobierno de don Nicolás de Ovando en Santo Domingo. ¿Porqué vino? Ante todo, por su natural inquieto y movedizo. Enviado por sus padres a estudiar derecho a Salamanca cuando tenía catorce años de edad, retornó de esa ciudad a Medellín (Extremadura) donde naciera, por haber abandonado aquella carrera para la que no se sentía

nacido. Prodújose este retorno en circunstancias que Ovando, oriundo también de Medellín, se disponía a salir para América a fin de reemplazar a Bobadilla. Los padres de Cortés eran nobles, mas no tenían fortuna. Fuera que se interesaran ellos con Ovando para que los ayudara a encaminar por vías de provecho al hijo aquél; o fuera que el joven mismo hiciera tal gestión, es el hecho que Cortés figuró entre el personal de acompañantes escogido por el reemplazante de Bobadilla.

Sin embargo Ovando partió sin el joven, por un accidente que lo postró a éste en el lecho. Muy inclinado a las aventuras de amor, al escalar una tapia ruinosa respondiendo a una cita de ese género, derrumbóse la tapia encima de su cuerpo. Pues se le había malogrado el programa de la expedición de Ovando, resolvió Cortés emprender la carrera militar.

Gonzalo de Córdoba, el gran capitán español, estaba glorificando con su fama el nombre de España en Italia. Cortés pidió y obtuvo su incorporación a las fuerzas de Gonzalo de Córdoba y salió de Medellín para efectuarla. Empero en Valencia, punto de tránsito, sorprendiólo una enfermedad grave que frustró también su segundo propósito, pues entre tanto él se curaba terminó la guerra de Italia.

Hacia América. — Vuelto Cortés a Medellín, la primitiva idea reapareció en su espíritu. Ovando continuaba en Santo Domingo y a Santo Domingo se dirigió. Ovando fué sorprendido por la aparición inesperada de aquel joven, que acudía a cumplir su compromiso anterior sin que lo hubieran arredrado los riesgos e inconvenientes de los viajes de entonces para América. Que el rasgo fuéle simpático, pruébalo el hecho de que le dió ocupación en seguida. El capitán Diego de Velázquez estaba en lucha con los indígenas de los contornos. Ovando lo puso a Cortés a las órdenes de dicho capitán.

Guerrero, minero y funcionario en Cuba. — Cuando Ovando resolvió conquistar y colonizar la isla de Cuba, envió también a Cortés en compañía de Diego de Velázquez; y algunos títulos es de presumir que le ganase al joven su comportamiento en tal empresa, puesto que, una vez conquistada la isla, aparece como Alcalde de Santiago de Cuba.

Cortés, por ese tiempo, tomó estado con una dama de linaje y "de posibles" y se dedicó a la explotación de minas. Al efecto dispuso de indios en abundancia; y, seguramente, sin cuidarse mucho de la suerte de ellos, pues que el célebre Padre de Las Casas ha dejado escritas las siguientes líneas respecto de dicho momento de la vida de Cortés: "del número de los indios que murieron extrayendo el oro para él, Dios lleva mejor cuenta que yo".

Estas nuevas actividades no modificaron en Cortés las fuertes inclinaciones pasionales de su adolescencia. Entre Velázquez y él surgió una rivalidad por las preferencias de cierta dama y, como Cortés llevara ventaja en la aventura, Velázquez hízolo prender a pretexto de que conspiraba contra su autoridad. Cortés se fugó de la cárcel en la primera oportunidad propicia y, vuelto a ser detenido, logró evadirse una segunda vez, debiendo para este efecto atravesar a nado un ancho río.

Ignórase cómo y por qué, después de esto, sobrevino una reconciliación entre Cortés y Vélazquez. Pero se sabe que la reconciliación existió.

Fué ella el punto de partida de la autorización que Cortés necesitaba para llegar al campo de acción en que había de inmortalizarse.

Porqué pidió Cortés la comisión de una expedición a Méjico. — Cortés quería salir de Cuba, lo que se explica después de las incidencias en que lo hemos visto envuelto; y

a Velázquez no podía sino serle agradable que se alejara de su lado quien atraía sobre sí, tanto más que él, la atención de las gentes.

En esta concordancia de recíprocos deseos, reservados o confesos, encuéntrase seguramente el motivo de la comisión que pidió Cortés a Velázquez, y obtuvo de él, para seguir tras las huellas que dejaran en Méjico sus dos primeros exploradores: Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva.

Inmediatamente de obtener esta autorización, Cortés, que era de una actividad extraordinaria, trasladóse a Trinidad para organizar su expedición y luego a la Habana. Entretanto, a los oídos de Velázquez soplaban sus íntimos la voz de que, lo que Cortés buscaba yéndose a Méjico, era emularlo en hazañas a él que era la primera autoridad de la isla de Cuba. Velázquez no necesitaba que se le insistiese mucho en este sentido: siempre habíase sentido molestado por los éxitos de aquel su subordinado. Resolvióse en definitiva a retirarle la autorización que le había conferido y así se lo hizo saber, enviando la respectiva contraorden a Trinidad y a la Habana para que no pudiera alegar Cortés el no haberla recibido.

Pero ya era tarde para detener al expedicionario. La obediencia de la contraorden dependía exclusivamente de la voluntad de Cortés, que era más fuerte, al recibirla, que los representantes de la autoridad del gobernador, pues disponía de 10 naves armadas con 10 cañones de bronce, 550 soldados y 300 indios auxiliares.

La resolución de Cortés fué levar anclas rumbo a la isla de Cazumel, en la costa de Yucatán, luego de escribir a Velázquez quejándose ásperamente de su versatilidad.

Características salientes, en este momento, del futuro

conquistador. — Las características más resaltantes de Hernán Cortés, nos las muestran bien claramente los hechos de su vida que hemos narrado.

Resumiéndolas, podemos decir que son ellas: la avidez de emociones, el desprecio por los peligros y la fe interior en un algo misterioso que llamaremos su buena estrella.

La verdad es que, en los comienzos de su adultez, pudo más bien considerarse Cortés perseguido por adversos hados. Empero el momento de su vida en que se hallaba, tenía que haber borrado en él el recuerdo de los fracasos de su iniciación en la vida.

A la edad en que se hallaba, su situación era lisonjera y estimuladora: había salido de España sin capital ninguno, ni de dinero ni de merecimiento; y se veía, al emprender la conquista de Méjico, hombre de figuración en la isla de Cuba, que había ganado y gastado mucho dinero y que poseía ascendiente sobre las gentes.

El desembarco. — Apenas llegado a la costa mejicana, pudo Cortés darse cuenta de que no era una fácil empresa la que había acometido. Para hacer pie en la costa fué menester que venciese por la fuerza la resistencia de los naturales, que eran muchos y, según los informes que obtuvo, no podrían ser dominados sino por un muy grande ejército y luego de combatir mucho tiempo, tal vez largos años.

Aguilar y Doña Marina. — Pero al desembarcar en la isla Guzumel había tenido la suerte de dar con un compatriota, náufrago de otra expedición anterior de españoles: Jerónimo de Aguilar, que había permanecido largo tiempo entre los indígenas de Méjico, conociendo sus costumbres y su lengua. Y al atacar y tomar la ciudad de Tabasco recibió, entre los tributos que los vencidos viéronse obligados a ofrendarle,

una esclava azteca que se enamoró perdidamente del capitán español y por ese amor hizo lo que no habría hecho bajo el mayor de los tormentos: ponerse al servicio incondicional del conquistador.

Con Aguilar y doña Marina, que éste fué el nombre que adoptó la esclava azteca, pudo Cortés adquirir los conocimientos que le eran indispensables para combinar un plan eficaz de avance hacia el interior de Méjico y para desbaratar los riesgos en que de otra manera habría seguramente sucumbido.

Plan de Cortés. — El plan de Cortés fué entenderse con las tribus indígenas que, sometidas a los aztecas, los odiaban, anhelando una oportunidad de sacudir su yugo.

Como lo pensó lo hizo y esta concepción, bien que la facilitaran los preciosos auxiliares casuales que obtuvo, perfila la personalidad de Cortés, señalando una de las causas en que estribó el éxito asombroso que logró, de conquistar con un puñado de hombres el más vasto y poderoso imperio que existía en América.

Fundación de Veracruz. — Dueño Cortés de Tabasco, preocupóse de encontrar un fondeadero cómodo y seguro para sus naves, que fué cerca de San Juan de Ulúa, hacia el norte de este lugar, donde fundó una población a la que dió el nombre de Villa Rica de la Vera Cruz.

Capitán general y justicia mayor. — Había llegado el momento de que se definiera la situación personal de Cortés. ¿Realizaría el plan que se había trazado, como subordinado de Velázquez o por propia cuenta? Ante las autoridades de la nueva población, que por supuesto las nombró él mismo, hizo renuncia de la comisión que le había dado el goberna-

dor de Cuba; y ellas, ciertamente que seguras de no contrariarlo, diéronle el título de capitán general y justicia mayor de la nueva colonia, "hasta que S. M. (el rey de España) otra cosa mandase".

Quemando las naves. — Pero entre los que le acompañaran desde Cuba había partidarios del gobernador Velázquez, que dieron señales de descontento.

La unidad en la acción que Cortés iba a emprender, imponíase como necesidad ineludible. Los descontentos no tendrían más remedio que seguirlo a ciegas, si perdían toda posibilidad de regresar a Cuba.

Jugando Cortés resueltamente a los dados su destino y el de todos los expedicionarios, dió fuego según unos y sólo desmanteló según otros las naves que los habían conducido, excepto una que envió a España con emisarios que defendieran su conducta ante la Corte. Viene de aquí la expresión: "quemar las naves", de uso tan corriente cuando queremos referirnos a una decisión para cuya ejecución no se deja puerta de escape o retroceso.

En los campos tribales de Tlaxcala. — Una vez puestos los expedicionarios en la necesidad de avanzar so pena de carecer de todo, dió Cortés la orden de marcha el 16 de Agosto de 1519. Fatigosísimas jornadas lleváronle hasta los campos tribales de la llamada república de Tlaxcala, la concordancia con la cual entraba en los planes del conquistador.

Pero los tlaxcalenses no estaban todavía en disposición de negociar. Opusieron a los españoles una resistencia enérgica; y únicamente después de ser derrotados en varias acciones y de malográrseles, por la vigilancia de Cortés advertido por doña Marina, una sorpresa nocturna que intentaron contra el campamento español, consintieron en concertar, con in-

vasores que se mostraban tan poderosos, una alianza ofensiva y defensiva que al fin y a la postre iría contra el enemigo secular de ellos: el emperador de los aztecas.

Moctezuma. — Era este Moctezuma el joven, que llevaba diez y siete años de reinado cuando apareció Cortés en Méjico.

Hemos ya dicho que la sucesión imperial transmitíase entre los aztecas al hijo del emperador muerto que merecía del Consejo elector el concepto de ser el primer guerrero de su raza. Moctezuma era de un valor, una soberbia y una ferocidad que no se concilian con la actitud que le vamos a ver asumir.

Pero hay que tener en cuenta, para comprender esto, la influencia que ejercían sobre los indígenas de Méjico, y que ejercen sobre todos los de su condición, los conceptos emanados de las viejas tradiciones.

Una vieja tradición azteca que favoreció a los invasores. — Había entre los aztecas una vieja tradición, que ya hemos consignado: la de "Quetzatcoatl", dios del aire, que había vivido en Méjico y volvería encarnado en forma singular. "Quetzatcoatl" era contrario a los ritos sangrientos, que los aztecas de los días de Moctezuma practicaban, en homenaje a otro de sus dioses que los autorizaba y requería: el dios "Tetzcalipoca". La tradición contenía un presagio: que este último dios sería vencido por el otro cuando retornase, y que todos los practicantes de los ritos sangrientos serían destruidos, por no haber creído en aquel que había de volver, y por no haber obedecido a sus mandatos.

Tanto el Emperador cuanto sus consejeros, sintiéronse dominados por la idea de que no podían ser sino enviados de "Quetzacoatl", aquellos seres que llegaban en casas ala-

das y flotantes, sus barcos; que tenían una parte de hombres y otra de animales, pues esto se imaginaban los aztecas viéndolos a caballo; y que tenían consigo al trueno y los rayos, por el estampido de los disparos de fusiles y cañones.

La acción concurrente de otros siniestros vaticinios. — Mediaban, además, una serie de sucesos extraños en que la precaria mentalidad azteca veía un vaticinio siniestro.

En 1510 el lago Texcoco había crecido extraordinariamente y después habíase incendiado una de las torres del templo elevado en Tenochtitlan al dios de los ritos sangrientos. Había también aparecido un cometa; el volcán de Popocatepetl ardía en llamas; según referencias corrientes, un indio había sido arrebatado por un águila; y una hermana de Moctezuma, por éste muy querida y que era muerta, se le había aparecido al Emperador en sueños y anunciádole la próxima destrucción de él y de su imperio.

Para el poder de los aztecas, que podían reunir trescientos mil combatientes, el número de los invasores era despreciable. No así el carácter que les atribuían, pues siendo enviados de "Quetzatcoatl" el resistirlos a ellos implicaría el empeño inútil de resistirlo a él.

Los consejos de resistencia, son desoídos. — Así pues, aunque la opinión de uno de los principales jefes aztecas, Cuitlahuac, hermano del Emperador, fué que debía resistirse y sin demora a los invasores, los jefes restantes y Moctezuma inclináronse en el sentido de cederles libre paso si no era posible detenerlos en la costa y ganarse su buena voluntad.

Consecuencia de esa disposicón de ánimo fueron las embajadas que envió Moctezuma a Cortés, apenas sentó sus reales en Villa Rica de la Veracruz, presentándole la bien-

venida y pidiéndole no avanzara hacia el interior del país. Cortés no accedió a este ruego y, junto con la noticia de ella, llególe a Moctezuma la de las derrotas que había infligido el extranjero a los tlaxcalenses y la alianza que había pactado con ellos. Con esto ya no fué inclinación sino decisión de no resistir, la que dominó en Moctezuma. Unido a los tlaxcalenses, que podían suministrarle soldados por decenas y decenas de millares, Cortés se tornaba poderoso aún en la hipótesis de no ser un enviado de "Quetzacoatl".

Resolvió, pues, Moctezuma que emisarios suyos de categoría fuesen al encuentro del jefe español, le rindiesen pleito homenaje y le ofreciesen ricos presentes.

Cortés en Cholula. — Cholula era una ciudad sagrada para los aztecas, por estar en ella los templos más suntuosos elevados a sus dioses y por residir en la misma las personalidades más encumbradas de la casta sacerdotal. Había Cortés tomado posesión de esta ciudad sin resistencia, cuando se le presentaron los emisarios de categoría que le enviaba Moctezuma. Recibiólos el jefe español con especiales honores, mas sin distraerse mucho con ellos por cuanto doña Marina no dejaba un solo instante de advertirle que su situación en Cholula era peligrosa. Provenían los recelos de la esclava azteca que había entregado su corazón a Cortés, de no ser comprensible para ella la conducta de los aztecas no oponiéndose a la entrada del extranjero en el centro más importante del culto a sus dioses, sin algún plan oculto que ella se empeñó en descubrir por sus contactos de raza. Ese plan existía, en efecto, y doña Marina llegó a conocerlo: consistía en la destrucción de los invasores en fecha prefijada, cuando estuviesen entregados al sueño.

Aplicando Cortés el criterio de: "a traición traición y media", invitó a los directores del complot a una conferen-

cia y, mientras los tenía en su poder, hizo que sus soldados cargasen contra las fuerzas indígenas que, so pretexto de los honores debidos a los dioses, se estaban aprontando contra él. Mataron en esta ocasión los españoles, sin piedad ni medida, destruyendo a continuación los templos de Cholula y sus ídolos.

Sólo fueron perdonados del escarmiento los emisarios de Moctezuma. Cortés los sabía conocedores de la trama que acababa de desbaratar y probables participantes en ella una vez que hubiera llegado la oportunidad. Pero los disculpó astutamente, para que llevaran al Emperador azteca la noticia de lo que eran los españoles, puestos en el trance de proceder por la fuerza; y para que al propio tiempo le hicieran presente que le había hecho la justicia de no creerlo capaz, dándole como le había dado tan cordial bienvenida, de estar complicado en aquella inicua conjuración.

En marcha hacia Tenochtitlán. — Poco después de este sangriento episodio reanudaba Cortés su marcha hacia Tenochtitlán o Méjico, a cuyas inmediaciones llegó el 8 de Noviembre de 1519.

Moctezuma en persona acudió a recibirlo, precedido de varios caciques que habían ido saliéndole al paso al conquistador.

Veíase a las claras que Moctezuma no lo cedía de buen grado.

Era un indeciso o un intimidado, no un rendido.

Cortés, vencedor e impotente. — Alojados Cortés y su gente en pleno centro de la populosa Tenochtitlán, su situación podía tornarse insostenible al menor gesto adverso del Emperador azteca. ¿Qué eran, en efecto, los españoles sino un puñado de hombres al lado de los que podía lanzar

contra ellos en cualquier momento Moctezuma? Con rodearlos en el perímetro de la ciudad que ocupaban, su suerte sería fatal, porque lo que no consiguiesen los indígenas por las armas, lo conseguirían por el hambre.

Cortés se dió cuenta de esta situación, como también de otra circunstancia que la agravaba aún, a saber: que por el contacto de su gente con la población iba disminuyendo el terror que inspiraban sus caballos, sus fusiles y sus cañones. Pero ¿cómo salir de la ciudad? Si lo intentaba, se mostraría poco confiado en su poder, señal de debilidad tras de la cual podría sentirse estimulado a atacarlo toda la inmensa y aguerrida población aborigen de Tenochtitlán y la del vasto territorio que habría de recorrer hasta llegar a la costa.

La fuga, pues, lo podía perder; y de la misma manera la permanencia en Tenochtitlán.

Por doña Marina púsose al tanto Cortés de que en la corte de Moctezuma reinaba ya una honda división de pareceres respecto del trato que se le debía dar a él y su gente. Los partidarios de que se le mirase como a enemigo, crecían en número día por día. Tenía, pues, Cortés que decidirse por algún temperamento y la conclusión a que arribó fué la de que su salvación estaba en la audacia temeraria e inescrupulosa.

El pretexto de circunstancias. — El jefe español necesitaba un pretexto para aplicar el pensamiento a que arribó y dióselo la noticia que le llegó de haber el jefe azteca de Villa Rica de la Veracruz atacado a la guarnición europea dejada en ese punto.

Moctezuma no había salido aún de la influencia de los malos presagios; y si bien en su torno abundaban ya, como hemos dicho, los partidarios de la resistencia al invasor, que podía presumirse concluirían por decidirlo en tal sentido, no se había pasado de ahí

Por otra parte, Moctezuma necesitaba ganar tiempo para reunir sus tribus. Supuesto que se decidiese a una ruptura, no la podía precipitar.

Así pensó Cortés y pensó bien.

Moctezuma, prisionero de Cortés. — Exigió, pues, el conquistador satisfacción por lo sucedido en Villa Rica de la Veracruz y se le ofrecieron, en respuesta, todas las que desease.

Pero Cortés se hizo el incrédulo en la buena fe de los aztecas. Si estaba equivocado, si realmente eran amigos de él, ¿qué inconveniente podía tener el Emperador en darse él mismo, como garantía o fianza del acuerdo a que arribaran?

Que se constituyese Moctezuma en prisionero voluntario de los españoles, en prenda de la sinceridad de sus súbditos en la amistad: entonces, sí, sólo entonces creería Cortés en las escusas del Emperador por lo sucedido.

Por más que parezca increíble, Moctezuma accedió a esta exigencia.

Las diversas versiones de este suceso. — ¿Cobardía? ¿Paso inicial de la traición de Moctezuma a su pueblo? ¿O bien obra del propósito secreto de provocar por medio de la prisión del Emperador el levantamiento de los aztecas? No se sabe.

Hay otra versión de este suceso que no da carácter voluntario a la prisión de Moctezuma, sino la presenta obtenida mediante una invitación que Cortés le habría hecho a conferenciar con él. El Emperador azteca habría caído incautamente en la celada y su prisión habría sido consumada a raíz de un gran combate en las calles mismas de Tenochtitlán.

Los rastros de este combate se encuentran claros en la historia. Lo que no está claro, es si ocurrió después de la prisión de Moctezuma o simultáneamente con ésta.

Como quiera que sea, lo indudable es que Moctezuma quedó en poder de Cortés y se convirtió en instrumento de su voluntad hasta el punto de ordenar que fueran quemados los jefes aztecas que habían atacado a la guarnición española de Villa Rica de la Veracruz y hasta el de jurar obediencia al Emperador de España Carlos V.

El que parte y reparte . . . — Luego de alejar Cortés de esta manera los graves peligros en que lo colocara su entrada en Tenochtitlán, procedió a repartir entre sus soldados el botín obtenido, que era muy grande, pues los expedicionarios de aquellos tiempos no entendían de respeto por los bienes de las ciudades en que llegaban a vencer ni por los de sus habitantes.

Cortés que, como jefe, debía sobresalir entre sus camaradas, no dejó de hacerlo, según parece, en lo de quedarse no solamente con su parte, sino además con otra parte oculta del oro y piedras de que los españoles se incautaran.

El refrán ya lo había dicho y no fué desmentido: el que parte y reparte se queda con la mejor parte.

Cortés, con sus soldados descontentos, es atacado por Narváez. — Había surgido con este motivo, el natural descontento entre los expedicionarios, cuando se le presentó a Cortés otro peligro tan serio como el que había conjurado.

No surgía él de los aztecas sino de Velázquez, el gobernador de Cuba, que no perdonando la desobediencia a la orden de suspender la conquista de Méjico ni el haberse dado Cortés autoridad no emanada de la de él, había enviado contra su ex-subordinado una fuerte expedición al mando de Pánfilo de Narváez.

Cortés pudo sentirse amilanado ante esta contingencia que se le presentaba en momento tan inoportuno. Pero no

se amilanó. A pesar del espíritu turbulento que notaba en su gente, dejó una parte de ella en Tenochtitlán, al mando de su cooperador predilecto y que con el tiempo debía hacerse célebre: el capitán Alvarado; y marchó con la otra al encuentro de Narváez.

Los atacantes, batidos e incorporados a las fuerzas de Cortés. — ¿Quién vencería? Debió vencer Narváez, puesto que tenía doble tropa, y descansada, y mejor armada; pero el enviado de Velázquez no contó sino con sus armas y Cortés sabía reforzarlas a éstas con los recursos del ingenio. Cortés obró de manera que los soldados de su contendor recibieran oro y piedras de las que poseía, junto con promesas de participaciones mayores si se ponían de su lado.

Antes de combatir Narváez ya estaba, pues, batido, como en efecto sucedió, siendo tal su desastre que él mismo quedó prisionero de Cortés.

Los 1 500 hombres en que se apoyaba en Méjico la autoridad del gobernador de Cuba, pasaron con sus caballos, cañones, fusiles y municiones, a engrosar las fuerzas del conquistador de Méjico, el cual al regresar a Tenochtitlán pudo considerarse más consolidado que nunca.

Tenochtitlán, excitada. — Sin embargo, lo que para Cortés se aproximaba era su hora más trágica y sombría.

Alvarado, en su ausencia, había interrumpido brutalmente los sacrificios de los indígenas al dios protector de sus cosechas, haciendo en Tenochtitlán un tan copioso cuanto inmotivado derramamiento de sangre. Con esto, la ciudad habíase excitado al más alto grado, habiéndose sólo detenido el asalto de los españoles por los indígenas, ante intervenciones repetidas de Moctezuma, dejado por Cortés bajo la custodia de Alvarado.

La hora de Guitlahuac. — Reprobando el conquistador la conducta de su subalterno, quiso calmar la excitación indígena con la liberación de los jefes aztecas que Alvarado aprisionara, entre ellos la de Cuitlahuac, el hermano de Moctezuma partidario, desde el primer momento, de la defensa palmo a palmo del territorio invadido.

Cuitlahuac había encontrado al fin, para sus ideas, el ambiente que precisaba.

Desde que fuera puesto en libertad, Cuitlahuac no hizo otra cosa que enardecer los ánimos de la población indígena en contra del Emperador, a su juicio indigno, que tenían los aztecas; un Emperador que no había hecho sino ponerse él y poner a su pueblo a la merced del extranjero invasor. Tanto habló Cuitlahuac y tanto eco encontró su propaganda, que se impuso una reunión especial, para deliberar, del Consejo que elegía los Emperadores aztecas.

Cortés tuvo conocimiento de esto, pero no se intranquilizó mayormente. Creía tenerlo todo, teniéndolo a Moctezuma.

El furor azteca en desborde. — Cortés no se mostró con la perspicacia de otras veces al permanecer despreocupado por estos sucesos. Reunido el consejo elector de los Emperadores aztecas, su resolución fué la que podía preveerse: destituyó a Moctezuma, desligando al pueblo de los deberes de obediencia para con él; y nombró en su lugar a Cuitlahuac.

El furor azteca, contenido durante tanto tiempo, surgió con esto como un mar en desborde y Cortés y los suyos viéronse en un instante atacados en el recinto que ocupaban en la ciudad. Cortés apeló a Mactezuma. ¿Cómo era esto? ¿Dábasele como amigo y por aliado y bajo cuerda movía a la población indígena en contra de él? Moctezuma, todavía

temeroso de las iras del dios enviado del cual suponía a Cortés, trató de congraciárselo interviniendo de nuevo en favor del extranjero. Envió emisarios a los atacantes y, como éstos no fuesen escuchados, salió él mismo en persona a pedirles depusiesen su actitud y se retiraran. Sólo obtuvo por respuesta pedradas y flechazos. Estas salidas las repitió Moctezuma tres veces. A la tercera, una de las flechas que le fueran disparadas hirióle y, cómo estaba envenenada, esa herida fué mortal. A los pocos días Cortés quedaba sin más apoyo que el de sus armas, por la muerte de aquel Emperador que tuviera a su merced, en quien los vaticinios agoreros operaran un eclipse tan completo de la decisión y el valor.

La desaparición de Moctezuma consolidó a Cuitlahuac al punto que se puede imaginar. Desautorizado y todo aquél por su conducta y por la destitución que sufriera, algunos elementos adictos le quedaban que, si no en el momento de la pública y general excitación azteca, al menor éxito de Cortés hubieran podido complicar la continuidad del esfuerzo iniciado por el nuevo Emperador. La flecha homicida varió fundamentalmente la situación. No quedaba sino un Emperador a los aztecas y ese Emperador era Cuitlahuac que había levantado el estandarte de la guerra santa y que no daba ni daría cuartel.

Los asaltos al reducto español sucediéronse cada día con mayor ardor. Los españoles batíanse con asombroso denuedo: no sólo rechazaban a las masas indígenas, sino que las atacaban a su vez y las diezmaban en sus propias posiciones, aprovechando al efecto la superioridad de sus armas. Pero unas tropas eran reemplazadas por otras: el pueblo azteca había reventado de ira como un colosal hormiguero. Tanto Cuitlahuac como su sobrino Quauhtemoc, que lo acompañaba en la dirección de las masas aztecas indómitas y fieras, adquirieron la seguridad de que la rendición de los españoles era sólo cuestión de días, acaso de horas.

No encontrarían tal vez sino cadáveres y escombros en el recinto donde se hallaban guarecidos, porque no solamente sabían pelear los españoles sino que sabían morir; pero, de todas suertes, el grito de la rebeldía azteca coronaría una vez más la invencibilidad de su raza y su derecho a no dejarse subyugar.

La "noche triste". — Las impresiones de Cuitlahuac y Quauhtemoc habrían tenido la sanción de una realidad inevitable, sin el coraje de Cortés que resolvió librarse de la suerte fatal que le esperaba, en un supremo y en alto grado heroico esfuerzo. Es el que originó el episodio que se conoce en la historia con el nombre de "La noche triste".

¡Vaya si debió serlo para Cortés aquella en que decidió evacuar a Tenochtitlán! Pudo hacerlo, pero ¿cómo? Con sacrificios que no son narrables; y batiéndose él y su gente, como se baten los leones.

Los aztecas habían previsto esta retirada y con el fin de dificultársela habían retirado los puentes que comunicaban unas con otras las aceras de la ciudad, edificada según antes lo hemos dicho sobre un lago. Cortés, que también había previsto esta hostilidad, preparó antes de moverse un puente portátil. La evacuación inicióla el conquistador poco después de pasada la media noche, noche que era oscurísima y en la que llovía torrencialmente. Fué romper la marcha y comenzar la lucha más encarnizada de que haya memoria. No se sabía quién hería a quien y las voces e interjecciones de los combatientes, entremezcladas con los ayes de dolor, coreado todo ello por el rumor cavernoso de los truenos y el zigzagear intimidador de las descargas eléctricas, dieron a la marcha aquella los contornos de lo pavoroso. Había que abrirse camino a espada y cuchillo, pues las armas de fuego resultaban de utilización imposible, y ganando el terreno

palmo por palmo. Cada final de cuadra era una batalla: apenas colocaban los soldados de Cortés el puente portátil, eran acosados por los indígenas que como sierpes se les ceñían al cuello; y como los atacados no podían ver en su torno sino bultos informes, creyendo matar aztecas dábanse muerte, muchas veces, los españoles entre sí.

Cuando al amanecer hallóse Cortés en el cerro de Topoltepec, pudo recién medir la enormidad de su desastre. De la columna que saliera de Tenochtitlán, no quedaba sino la mitad. Los cañones, los caballos y los tesoros, habían en su mayor parte desaparecido.

Al pie de un árbol que, renovado por plantaciones sucesivas, se conserva todavía y es mostrado al viajero como una curiosidad, lloró Cortés amarguísimamente, según el cronista Bernal Díaz, las inmensas proporciones de su infortunio.

La esperanza última: los tlaxcalenses. — Sólo quedaba al conquistador español una esperanza: la de los tlaxcalenses que, como se recordará, habían pactado alianza con él. Mas no podía ocultársele a Cortés que esa alianza había sido hija del temor que les impusiera con sus armas. Derrotado y en fuga, desaparecía el motivo fundamental del concurso aquel. La república de Tlaxcala había encontrado conveniencia en obligarse a ayudar al conquistador, en cuanto éste pudiera a su vez ayudarla a ella.

Con el alma llena de ingratos presentimientos, pero asiéndose de la última esperanza que le restaba, resolvió Cortés encaminarse a Tlaxcala.

Batalla de Otumba. — Sólo que los aztecas empeñados en expulsarlo, habían previsto también este movimiento; de suerte que cuando, seis días después, llegó el conquistador al

valle de Otumba, por el que necesariamente debía de pasar, hallólo ocupado por una innúmera muchedumbre azteca resuelta a impedirle el avance.

Algunos de los emisarios que enviara Cortés a sus aliados habían tenido tiempo de llegar hasta Tlaxcala y regresar, antes de que la inmensa muralla de aztecas se hubiera formado del todo en el valle de Otumba. Por las respuestas que esos emisarios le trajeron, evasivas todas, pudo darse Cortés cuenta perfecta de su situación: los tlaxcalenses estarían con él, si salía afortunadamente de la batalla a que se le obligaba; y contra él, si la suerte en ésta le era desfavorable.

El conquistador comprendió que había que jugarse por entero en aquella partida y supo infundir esa íntima convicción en todos sus soldados, los cuales lucharon como se lucha por la última posibilidad de conservar la vida.

Los pocos caballos y cañones y los fusiles y municiones que felizmente en relativa abundancia restaban a Cortés, desempeñaron un papel tan decisivo que los esfuerzos de Cuitlahuac y Quauhtemoc concluyeron por ser impotentes para impedir la desorganización y los desbandes en la masa colosal que congregaron.

La batalla de Otumba se decidió, en definitiva, en favor de las armas españolas, salvándose con ella del fracaso la conquista del imperio azteca para la civilización.

Tlaxcala, cuartel general para el refuerzo reconquistador de Tenochtitlán. — La primera consecuencia, y trascendental, de la victoria de Otumba, fué el pronunciamiento definitivo que operó de los tlaxcalenses en favor de Cortés. Perdiendo el temor que los contuviera de una posible venganza en ellos del imperio azteca, pusiéronse decididamente del lado del conquistador para vencer a su enemigo secular.

Tlaxcala fué el cuartel general de los preparativos que en el acto emprendió Cortés para recuperar a Tenochtitlán, empresa que no habría podido realizar ni siquiera acometer sin tal cooperación.

La capital azteca, sitiada. — Resolvió Cortés atacar a Tenochtitlán por agua y por tierra, formando una escuadrilla especial a efecto de lo primero.

El sitio de la capital azteca quedó establecido el 21 de Mayo de 1521 y constituye en la historia de América un hecho tan admirable como cualquiera de los episodios de la guerra de Troya en el pasado helénico.

Duró ese sitio ochenta y cinco días, produciéndose en éstos, actos asombrosos de abnegada valentía, tanto de parte de los sitiadores como de los sitiados.

Muerte de Cuitlahuac y su reemplazo por Quauhtemoc. — Sin agua los defensores de Tenochtitlán, pues los españoles les cortaron el acueducto de Chapultepec; asolados por las pestes, una de las cuales, la de viruela, llevó a la tumba al Emperador Cuitlahuac, sucediéndole Quauhtemoc y sin víveres, pues el asedio de la plaza manteníalo Cortés con el rigor más extremado, fueron ellos reduciéndose en número, primero; y perdiendo después barrio por barrio, calle por calle, casa por casa la ciudad, que al fin cayó cuando no era sino un montón de ruinas.

El gran imperio azteca se desmoronó con esto, agregando al monumento de su larga duración el de su resistencia espartana.

La suerte del último Emperador azteca. — Cortés había vencido y entre sus prisioneros tenía al propio nuevo Emperador: a Quauhtemoc, que huía en una canoa cuando

fué detenido y cuya respuesta, al ser interrogado por el conquistador, merece conservarse en la historia.

Esa respuesta fué la siguiente:

"Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad, y no puedo más. Pues vengo por fuerza y preso ante tu persona, toma tu puñal que llevas en la cinta y mátame con él."

Accediendo Cortés a este pedido del valeroso cuanto infortunado último Emperador de los aztecas, habría hecho un acto de caridad y se habría evitado resoluciones ulteriores que son un borrón en su nombre y en su vida.

El descontento por el botín de guerra resurgió, en efecto, y con mayor intensidad que anteriormente, entre los soldados del conquistador. Como Cortés alegaba que no se había podido dar con el secreto del lugar en que estaban depositadas las riquezas del imperio caído, exigiósele que diera tormento a Quauhtemoc hasta tanto lo revelara; y el conquistador dió esa orden que se cumplió sin éxito.

Aun en esto pasó un soplo de grandeza trágica por el postrer representante coronado de la raza aborígen mejicana, el cual sufrió sin un gemido los dislocamientos y el fuego.

Conmovido y admirado Cortés, suspendió el suplicio.

Empero algún tiempo después, so pretexto de traición, hizo ahorcar, sin formación de causa tan siquiera, al bravo Quauhtemoc.

Cortés en su acción de gobernante y sus vicisitudes hasta morir. — Seguir al gran conquistador en su ulterior actuación, nos demandaría un espacio que reclaman imperativamente los demás temas del programa de este curso.

Sintetizando, diremos que, Cortés reedificó a Tenochtitlán y le dió un orden y leyes que lo acreditan como gobernante; que realizó desde esa ciudad, que tomó el nombre de Méjico, vastas expediciones, unas veces personalmente y

otras por medio de comisionados, a todos los rumbos de lo que fuera el imperio azteca, expediciones con resultados fructuosos, las más de ellas, para el ensanche de los conocimientos del mundo en esos días; que si las intrigas de Velázquez, el gobernador de Cuba, priváronlo durante un tiempo de autoridad legal en Méjico, fué al fin nombrado por la Corona gobernador, capitán general y justicia mayor de la nueva España, como empezó a ser llamada la región de sus hazañas; que durante una de sus numerosas expediciones, los enemigos que tenía consiguieron hacer nombrar un comisionado especial de la Corona que investigara su conducta, molestándolo tanto esto al conquistador que se trasladó a España, de donde volvió a Méjico con grandes extensiones de tierra que le concedieron los monarcas en Caxaca, mas sin mando; que reanudó por cuenta propia, como simple particular, expediciones hacia el territorio actual de los Estados Unidos, en las cuales fué desgraciado e invirtió cerca de doscientos mil castellanos de oro, no reintegrados ni a él ni a sus herederos por el tesoro real español; y, por último, que cansado y decepcionado se ausentó para siempre de América en 1540, estableciéndose en Castilleja de la Cuesta, provincia de Sevilla, España, donde olvidado de todos rindió su espíritu a Dios el 2 de Diciembre de 1547.

La gloria que envuelve la figura histórica de Hernán Cortés, consagrándola como una de las más grandes de la conquista española americana, no lo coronó en vida.

Pagó Cortés como la generalidad de los mortales su tributo al dolor, viendo y palpando la fugacidad y vanidad de las humanas cosas, después de haber ensanchado los dominios de su patria más que lo que lo hicieran los propios Reyes de ella; y después de haber abierto para la civilización un imperio que la afrentaba, bien que tuviese la calidad meritoria y simpática de haber sido constituído por hijos del suelo mejicano, sin las poderosas ayudas del contacto exterior.

RESUMEN

Dase el nombre de la Conquista al período de tiempo durante el cual se operó la ocupación del territorio americano por expediciones de europeos. La conquista ofrece distintas fases, ingratas las unas, simpáticas y admirables las otras. No es posible aprobar las crueldades y abusos de toda especie que se realizaron por los conquistadores en América. Pero no se puede desconocer tampoco el valor temerario que representaba lanzarse a estas desconocidas regiones para recorrerlas en todos sus ámbitos y la dificultad enorme de mantener la posesión de lo que se descubría sin que la fuerza dictase e impusiese la ley. Hecho el balance de lo que la Conquista dió a la civilización con lo que la agravió, el saldo le es a todas luces favorable, mereciendo así honrosa recordación.

Los primeros ocupantes del Darién fueron Rodrigo de Bastidas, Diego de Nicuesa y el bachiller Enciso, que fundaron las poblaciones de Santa Marta, San Sebastián y Nombre de Dios. Una de las expediciones de Enciso fué la conductora al Darién de Vasco Núñez de Balboa, nacido en Jerez de los Caballeros, España, y que había pasado varios años en las Antillas luchando por abrirse camino, sin conseguirlo. Núñez de Balboa estaba tan desacreditado en ese momento de su vida que hubo de esconderse dentro de un barril para poder tomar parte en la expedición de Enciso. Al descubrirlo éste, fué su primer propósito desembarcarlo en una isla desierta; pero consintió al fin, ante sus ruegos, en conservarlo a bordo. Hízole con esto el más grande de los servicios, al cual por cierto Núñez de Balboa correspondió con la deslealtad. Conduciéndose, como se condujo Balboa, como el primero en la resistencia moral y física de la recorrida del Darién y la fundación de Santa María la Antigua, adquirió un ascendiente enorme sobre los expedicionarios. Molestado Enciso por esto se preparaba a desprenderse de Balboa y éste se le anticipó sublevando a la tropa contra Enciso y remitiéndolo preso a España. Ya árbitro exclusivo de lo que había de hacerse, Balboa lanzóse de combate en combate por el territorio del Darién. Arrastrado hacia el sur en la persecución de los indígenas, avistó una inmensa superficie de agua, un mar nuevo, desconocido, al que puso el nombre de Mar del Sur. Había hecho el más

grande de los descubrimientos de esa época: el del Océano Pacífico. Balboa continuó guerreando con las tribus salvajes que poblaban aquellas tierras, a la mayoría de las cuales logró someter. Por ellas tuvo noticia de la existencia del imperio incásico en el Perú, cuya conquista se dispuso a emprender. En los preparativos de esta campaña chocó con Pedrarias Dávila, gobernador del Darién. Sobrevino un combate entre fuerzas de uno y otro y Balboa sucumbió en él, malográndose de esa manera el plan de la conquista del Perú que había concebido y que no es difícil, dada su intrepidez, lo hubiera podido consumar.

La conquista de Cuba realizóla el capitán Diego de Velázquez. No le demandó mucho esfuerzo, porque los naturales de la isla hicieron poca resistencia. Velázquez distinguióse, más que como guerrero, como explorador y fundador de poblaciones. La Habana, Santiago, Trinidad, Puerto Príncipe y demás hoy importantes ciudades de Cuba, deben su nacimiento a este capitán, que concluyó por ser el gobernador de la isla. Las islas de Puerto Rico, conocidas entonces bajo el nombre de Boriquen, fueron conquistadas por iniciativa del comisionado real en Santo Domingo, don Nicolás de Ovando. El honor del comienzo de esta campaña corresponde al capitán don Juan Serón y el de su consumación al capitán Juan Ponce de León.

Todo el territorio de la actual república de Méjico, las provincias mejicanas hoy incorporadas a los Estados Unidos y toda la América Central, estaban habitados en la época del descubrimiento de América por numerosas tribus indígenas reunidas en una vasta confederación o imperio. Era el imperio de los aztecas (del mejicano "aztall", garza, y "tlacatl", pueblo: pueblo de la garza o de las garzas). Características físicas de los aztecas: cabellos negros y espesos, cabeza alargada, frente estrecha, nariz achatada y labios carnosos. Los aztecas, llegados a Méjico por emigración de Europa o de Asia, no fueron los primeros en poblar el territorio aquel. Habíanlos precedido, primero, los mayas, y luego los toltecas, raza fuerte y valerosa ésta, que, sin embargo, perdió el dominio de la región. Pasó éste a los aztecas, que hicieron sus tributarios a los vencidos. Los principales reinos confederados del imperio azteca eran los de Tenochtitlán (Méjico actual), Texcuco y Tacuba, ligados por un pacto de alianza hecho por Moctezuma el Grande. Entre las tribus sometidas al imperio azteca, empero anhelosas de sacudir este dominio, figuraban los tlaxcalenses, organizados en una forma de gobierno a que daban el nombre de república. Los reyes de las ciudades aztecas aliadas, unidos a los jefes de tribus, formaban el Consejo elector del Emperador. Era éste omnímodo

en su autoridad y heredaban el imperio sus hijos empero sin prelación de edad, pues antes que la primogenitura imperial estaba, para los aztecas, la condición que había de reunir el Emperador de ser el primer guerrero de su raza. Productos que rendía el trabajo de los aztecas: el maíz, la vainilla, el tabaco, el cacao, el algodón y el maguey, artículo éste del que sacaban el pulpe (una especie de chicha) y un papel que los pintores utilizaban como lienzo. Distinguiéronse además los aztecas por su producción de alfarería, de bronces y de tejidos de algodón bordados en colores de origen vegetal. Clases sociales en que se hallaban divididos los aztecas: sacerdotes, guerreros, nobles, mercaderes, plebe y esclavos. Armas de los aztecas en la guerra: un escudo de cañas tejidas, una clava de doble filo en sus lados y de acerada punta, el arco, las flechas y la honda. Creencias religiosas de los aztecas: adoraban a muchos dioses, siendo el principal "Teotl", ser superior y absoluto que representaba el principio del bien. El del mal tenía también su dios, habiendo además un Dios providencia y otro representativo del origen del género humano en cuyo nombre estaba asociada la idea de la mujer serpiente. En todo esto se funda la hipótesis de que los aztecas debieron tener alguna predicación remota o conocimiento del Cristianismo. Los aztecas rendían sacrificios humanos a sus dioses, conservándose todavía la gran piedra que tenían destinada para ese efecto en el centro más populoso del imperio, la ciudad de Tenochtitlán, donde residían el Emperador y sus principales funcionarios auxiliares.

La conquista de Méjico legó a la historia de América páginas en que se combinan, por admirable modo, lo épico y lo curioso. Tiene esta conquista todo el interés de una novela y las enseñanzas múltiples de cuanto ha sido realidad vivida. Realizó la conquista de Méjico, Hernán Cortés, nacido en Medellín (Extremadura), en quien desde niño observáronse las condiciones de amor por el peligro y de intrepidez que tan difícil obra reclamaba. Vino Cortés a América, bajo el gobierno de don Nicolás de Ovando en Santo Domingo. Ovando era de Medellín, como él; y lo eligió para formar parte de su personal cuando la Corona lo designó reemplazante de Bobadilla. Circunstancias diversas impidieron al joven Cortés hacer el viaje en compañía de Ovando; pero lo efectuó solo más tarde, a pesar de la dificultad y de los riesgos que implicaba en aquellos tiempos la travesía del Océano. Ovando ocupó a Cortés dándole participación en la guerra que, por medio del capitán don Diego de Velázquez, mantenía con los indígenas de los contornos de Santo Domingo. Al emprenderse la conquista y colonización de la isla de Cuba, siguió Cortés a las órdenes de Velázquez. Efectuada la conquista de Cuba e

iniciada su colonización, Cortés aparece como Alcalde de la ciudad de Santiago, primero; y luego, como empresario de vastas explotaciones mineras. Muy aficionado Cortés a las aventuras galantes, una de ellas púsole en rivalidad con Velázquez, gobernador de Cuba, a la sazón. Perseguido fué encerrado en la cárcel so pretexto de conspirar, evadiéndose de ella; y vuelto a prender, volvió a escaparse. Posteriormente vino una reconciliación entre Velázquez y Cortés; pero la situación de éste en Cuba no era cómoda, surgiendo en su espíritu, con ese motivo, el deseo de otro campo en qué desenvolver sus actividades. Gestionó de Velázquez autorización para emprender la conquista de Méjico, cuyos primeros exploradores, Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, habían pintado como un enorme y riquísimo país. Velázquez, que también sentíase molesto por la presencia de Cortés en Cuba, otorgó la autorización que éste pidiera, con la cual pudo Cortés armar en guerra 10 navíos. Sospechas que se sembraron en el ánimo de Velázquez acerca de que el propósito de Cortés era aventajarlo en figuración y celebridad, decidieron al gobernador a retirar la autorización que concediera. Mas Cortés era a la sazón más fuerte que los representantes del gobernador que le intimaron la suspensión de la empresa. No hizo caso, pues, y levó anclas, en desobediencia de su superior, rumbo a la isla de Guzumel, en la costa de Yucatán.

Conforme desembarcó Cortés, pudo darse cuenta de que su propósito tropezaría con dificultades muy grandes. Los naturales del país eran muchos y le obligaron a combatir en seguida. Pero tuvo éxito en esas primeras acciones, que le dieron además dos preciosos e inesperados auxiliares: un compatriota náufrago de otra expedición anterior de españoles, Jerónimo de Aguilar, que había permanecido largo tiempo entre los indígenas de Méjico, conociendo sus costumbres y su lengua; y una esclava azteca que figura en la historia con el nombre de doña Marina, la cual habiéndole sido ofrendada como tributo al atacar y vencer a la ciudad de Tabasco, se enamoró perdidamente del capitán español y por ese amor hizo lo que no habría hecho bajo el mayor de los tormentos: ponerse al servicio incondicional del conquistador. Utilizando los informes y consejos de estos auxiliares, Cortés trazóse su plan, que fué entenderse con las tribus indígenas que estaban sometidas a los aztecas, empero odiándolos y anhelando una oportunidad de sacudir su yugo. Eran éstas las tribus tlaxcalenses o de Tlaxcala, que podían proporcionarle a Cortés, si las lograba poner de su lado, varias decenas de miles de soldados.

Luego de fundar la ciudad de Villa Rica de la Veracruz, para fon-

BIBLIOTECA NACIONAL

deadero seguro y cómodo de sus barcos, y de independizar su esfuerzo de la autoridad de Velázquez por acto oficial que comunicó directamente a la Corona, resolvió avnzar hacia el interior del país. Pero entre sus soldados había algunos de ánimo pusilámine, que se mostraban temerosos de no poder retroceder una vez que avanzasen; y había otros, partidarios de Velázquez, que manifestaban deseos de regresar a Cuba. Para forzar a todos a no tener más esperanza que en el combatir, pegó Cortés fuego, según unos, y solo desmanteló, según otros, las naves que habían conducido la expedición, excepto una que envió a España con emisarios que defendieran su conducta ante la Corte. Partiendo Cortés rumbo a Tlaxcala el 16 de agosto de 1519, encontróse al llegar con que los tlaxcalenses se negaban a negociar con él y le presentaban combate. Los venció. Parecieron después de esto conformes con pactar una alianza, mas en secreto conspiraban. La sagacidad de doña Marina salvó a Cortés y la expedición, de un descalabro mortal. Sólo entonces, sólo luego de ver los tlaxcalenses que ni de frente ni a traición podían deshacer a los invasores, aceptaron la alianza ofensiva y defensiva con ellos.

Al ocurrir estos sucesos era Emperador de los aztecas Moctezuma el joven. Llevaba a la sazón 17 años de reinado y era de un valor, una soberbia y una ferocidad que no se concilian con la actitud que le vamos a ver asumir. Pero tanto el Emperador como sus gobernados tenían ciega fe en las agüerías. Varios signos que se presentaron hicieron creer a Moctezuma que los invasores eran enviados del dios azteca "Quetzacoatl", que antes de emigrar en misterioso rumbo había prometido volver a los valles mejicanos para derrotar a "Tetzcalipoca", dios protector de los ritos sangrientos y desterrar a éstos del Anahuac, destruyendo a los que habían practicado y practicaban, como Moctezuma, los tales ritos. Los aztecas, que podían reunir 300.000 combatientes, no podían sentirse intimidados por el número de los invasores, para ellos despreciable. Mas si eran enviados de "Quetzatcoatl", toda resistencia parecíales infructuosa. "Quetzatcoatl" lo podía todo. Sólo Cuitlahuac, hermano del Emperador Moctezuma, fué de opinión que se debía combatir a los españoles. Pero Cuitlahuac fué desoído, prevaleciendo el criterio de Moctezuma del envío a Cortés de una embajada que le presentase la bienvenida y le suplicara no avanzara hacia el interior del país. Cortés no accedió a este ruego y, junto con la noticia de ello, llególe a Moctezuma la de las derrotas de los tlaxcalenses y su alianza con el invasor. El desconcierto de Moctezuma y sus parientes, subió con esto de punto hasta lo indecible. La hipótesis de que "Quetzatcoatl" protegía a Cortés, se robusteció. Sólo así podían explicarse aquellas derrotas y aquella alianza. Re-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

suelto por Moctezuma el envío de emisarios suyos de categoría que fuesen al encuentro del jefe español, le rindiesen pleito homenaje y le ofreciesen ricos presentes, alcanzáronlo esos emisarios en Cholula, ciudad sagrada de los aztecas, de la que había tomado posesión sin resistencia el conquistador. Aquella aparente rendición escondía un plan traicionero que Cortés conoció por doña Marina y con motivo de lo cual éste se creyó autorizado para hacer una matanza horrorosa de aztecas, de la que por cálculo político hizo exceptuar a los emisarios del Emperador. Cuando Cortés, a raíz de eso, emprendió su marcha hacia Tenochtitlán y llegó a sus inmediaciones el 8 de noviembre de 1519, Moctezuma en persona acudió a recibirlo, atemorizado por lo que sus emisarios le habían referido de lo sucedido en Cholula; y en pleno centro de la populosa capital azteca fuéronle proporcionados al invasor cómodo alojamiento y provisiones de boca.

Pero Cortés, bien miradas las cosas, estaba a la merced de Moctezuma, a una palabra del cual podía verse rodeado y sitiado. No pudiendo retirarse, porque habría dado con ello una señal de debilidad y siendo para él riesgosísimo permanecer en Tenochtitlán, se aprovechó del pretexto para reclamar que le dió un ataque que había llevado el jefe azteca de Villa Rica de la Veracruz a la guarnición europea dejada en ese punto. Todavía existía en Moctezuma la persuasión de que se las había con un enviado de "Quetzacoatl". Exigió Cortés satisfacciones por aquel agravio haciéndolas subir de punto hasta conseguir que el Emperador quedara prisionero de él en garantía de que los aztecas eran buenos y leales amigos. Teniéndolo consigo a Moctezuma consiguió por su intermedio cuanto quiso; siendo tanta su tranquilidad, en cuanto a haber conjurado el peligro de que se creyera amenazado, que al tener noticia de que había desembarcado en Méjico una expedición que enviaba contra él, para someterlo, el gobernador de Cuba, abandonó Tenochtitlán con una parte de sus fuerzas para presentarle batalla, dejando la ciudad y el Emperador confiados a uno de sus segundos, el capitán Alvarado. La expedición enviada por Velázquez estaba al mando del capitán Pánfilo de Narváez y fué derrotado por Cortés, que engrosó sus elementos con el efectivo en soldados y los pertrechos de la misma. Pero al regresar a Tenochtitlán encontróla excitada. Alvarado en su ausencia había producido actos irritantes para la población azteca, que amenazaba sublevarse. Cortés, a fin de aplacar los ánimos, puso en libertad a los prisioneros que hiciera Alvarado, Cuitlahuac entre ellos; y poniéndose éste a la cabeza de los elementos indígenas anhelosos de revancha, reunió al consejo elector de los Emperadores, el cual destituyó a Moctezuma nombrando en su lugar a Cuitlahuac. En

balde el conquistador apeló a Moctezuma, porque Moctezuma no era oído. Contra sus órdenes y aun contra sus ruegos Cortés vióse atacado y sitiado en el perímetro que ocupaba de la capital azteca, muriendo Moctezuma en una de las salidas que hiciera para implorar el retiro de los atacantes. La perdición de Cortés era fatal. Así comprendiólo él y resolvióse a evacuar la ciudad, costásele lo que le costase. Fué una salida heroica, emprendida a media noche y en medio de una furiosa tempestad. Pudo escapar el conquistador; pero dejando en los combates que tuvo que afrontar la mitad de su gente y casi todos sus caballos, cañones y tesoros. Este episodio tiene en la historia el nombre de la "Noche triste".

Lo que Cortés buscaba con su salida de la ciudad era el contacto con sus aliados los tlaxcalenses. Mas Cuitlahuac, que lo adivinó, concentróle un formidable ejército indígena en el valle de Otumba, por donde ncesariamente tenían que pasar los españoles. Las contestaciones que había recibido de sus aliados, al encontrarse frente a la muralla de aztecas que le cerraba el camino en Otumba, eran acentuadamente evasivas. Veíase a las claras que los tlaxcalenses estarían con Cortés, si salía con fortuna de la batalla a que los aztecas lo obligaban. En el caso de ser derrotado, el pacto de alianza no sería cumplido. Contra cuanto se podía prever, la batalla fué favorable al conquistador y sus soldados, que se batieron con el heroísmo de la desesperación. Cortés siguió para Tlaxcala, ciudad que se convirtió en cuartel general de la campaña de reconquista de Tenochtitlán que el conquistador español resolvió acometer.

Cortés atacó por agua y por tierra a la capital azteca el 21 de mayo de 1521 y le puso sitio. Este sitio constituye en la historia de América un hecho tan admirable como cualquiera de los episodios de la guerra de Troya en el pasado helénico. Duró el sitio de Tenochtitlán ochenta y cinco días, produciéndose en éstos, actos asombrosos de abnegada valentía, tanto de parte de los sitiadores como de los sitiados. Sin agua los defensores de Tenochtitlán, pues los españoles les cortaron el acueducto de Chapultepec; asolados por las pestes, una de las cuales, la de viruela, llevó a la tumba al Emperador Cuitlahuac, sucediéndole su sobrino Quauhtemoc; y sin víveres pues el asedio de la plaza manteníalo Cortés con el rigor más extremado, fueron ellos reduciéndose en número, primero; y perdiendo después barrio por barrio, calle por calle, casa por casa la ciudad, que al fin cayó cuando no era sino un montón de ruinas. El gran imperio azteca se desmoronó con esto, agregando al monumento de su larga duración el de su resistencia espartana.

La suerte del último Emperador azteca, el bravo Quauhtemoc, fué

infausta. Después de haberle hecho Cortés dar tormento en procura del secreto del tesoro de los Emperadores aztecas, tormento que Quauhtemoc soportó mudo y sin exhalar una queja, lo tuvo un tiempo a su lado hasta que por fin lo hizo ahorcar sin formación de causa tan siquiera. Cortés quedó dueño de Méjico y su primer esfuerzo como gobernante consagrólo a la reedificación de Tenochtitlán. Dictó más tarde una serie de leyes bien inspiradas que regularizaron la vida e impulsaron fuertemente el adelanto en el vasto territorio sujeto a su dominación. Se distinguió también por expediciones importantes que promovió desde Méjico, fructuosas unas, y otras estériles, mas todas reveladoras de un grande celo por el ensanche de los horizontes del mundo conocido. Las intrigas de Velázquez, que no cesaron de molestarlo, decidiéronlo a ausentarse de América en 1540, estableciéndose en Castilleja de la Cuesta, provincia de Sevilla, España, donde olvidado de todos, rindió su espíritu a Dios el 2 de diciembre de 1547.

CAPITULO V

LA CONQUISTA EN EL BRASIL Y EL RIO DE LA PLATA

El Brasil: sus descubridores. — No seríamos exactos, si dijéramos su descubridor, porque tal honor se lo disputan varios expedicionarios y motivó un pleito que duró muchos años entre España y Portugal.

La pretensión de la Corona española fundóse en las expediciones hechas al Cabo San Agustín, en el año 1500, por Diego de Lepe y Velez de Mendoza, que dieron lugar a las capitulaciones de 5 de setiembre de 1501, en cumplimiento de las cuales Vicente Yáñez Pinzón ocupó las tierras comprendidas entre el mismo Cabo San Agustín y el río Santa María de la Mar Dulce, más tarde denominado Amazonas.

El descubrimiento del Brasil sostenido para sí por Portugal, descansa en la expedición de Pedro Alvarez Cabral, salido de Lisboa y llegado a la costa brasilera, también en el año 1500, y en la de Gonzalo Coelho hecha entre los meses de agosto de 1501 y setiembre de 1502. Acompañaba a Gonzalo Coelho, Américo Vespucio, que tanto ruido haría con sus cartas y merced a las cuales concluiría por llevar su nombre el continente.

Coelho y Vespucio recorrieron la costa del Brasil hasta la actual ciudad de Bahía.

Sin embargo, en la corte de Lisboa dióse poca importancia al descubrimiento del Brasil, porque el afán de los

portugueses encaminábase entonces por los rumbos que llevaban a las Indias Orientales.

Pero el descubrimiento del Río de la Plata y la detención de las expediciones de españoles en tierra que, como la de la Banda oriental de dicho río, consideraba Portugal perteneciente a la descubierta por Cabral, alarmaron a don Juan III, soberano reinante en Lisboa en 1530, y lo decidieron a tomar posesión del territorio del Brasil y a colonizarlo.

Origen del nombre. — El nombre de Brasil diósele a este territorio por abundar en él una madera así denominada, muy codiciada por los navegantes de aquellos tiempos que la colocaban en Europa a precios grandemente remuneradores.

Los Souza y Duarte Da Costa, los Sa y Fernández Vasconcellos y los Nobriega, Francisco Javier, etc. — En las distintas etapas del esfuerzo colonizador de la corona lusitana, distinguiéronse:

Martín Alfonso de Souza, que fundó la primer colonia regular portuguesa: la de San Vicente.

Thomé de Souza, primer representante en la villa de Bahía de Todos los Santos del gobierno de Lisboa, cuando se resolvió éste a dejar sin efecto el sistema de las capitanías hereditarias, bajo el cual fué emprendida la colonización del Brasil.

Duarte da Costa, bajo cuyo gobierno, sucesor del de Thomé de Souza, fundaron los jesuítas su primer colegio en el Brasil, el que dió nacimiento a la actual ciudad de San Pablo.

Men de Sa, que combatió y dejó maltrechos a los franceses que, dirigidos por el vicealmirante Villegaignon, se habían posesionado de los alrededores de Río de Janeiro, don-

de se propusiera dicho marino, ayudado por el almirante Coligny y el rey de Francia Enrique II, reunir a los calvinistas en obra de colonización religioso - política.

Estacio de Sa, que consumó ese desalojo destruyendo el último Fuerte francés, el de "Uracunsiría" (actual "Praia de Flamengo) y que fué el fundador de la Río Janeiro definitiva.

Y Luis Fernández de Vasconcellos, a quien tocó librar reñidas acciones navales con las escuadrillas francesas y calvinistas de Jacques de Soria y Jean de Capdeville, mumiendo gloriosamente en una de ellas.

Todos estos ilustres portugueses tuvieron una cooperación activísima y utilísima, digna de la más perdurable recordación, en el sacerdocio católico, representado honrosa y gloriosamente por los misioneros jesuitas Padres Nóbrega, Rodríguez, Anchietta, Paiva y el célebre San Francisco Javier.

Bahía y Río de Janeiro. — En 1572 la colonización del Brasil habíase extendido de tal suerte, que la corte portuguesa consideró necesario fraccionarla en dos gobiernos: el del norte, cuya sede fué Bahía; y el del sur, con residencia en Río de Janeiro.

Felipe II de España, rey de Portugal. — Tres años después, en 1577, quedó la Corona de Portugal sin titular de legitimidad no discutida, por muerte del rey don Sebastián que no tenía herederos. Felipe II de España impuso por la fuerza el derecho que creía tener al trono vacante y Portugal pasó al dominio de España, creándose para el gobierno de las posesiones coloniales portuguesas un Consejo especial, por el estilo del que existía para el gobierno de las demás posesiones de España en América.

La región del Río de la Plata. — Bajo el nombre del Río de la Plata compréndese en la historia colonial todo lo relativo a nuestro país, la República Oriental del Uruguay, la del Paraguay, la de Bolivia y los primeros esfuerzos que se tentaron, desde esta parte de América, para penetrar en el Perú y Chile.

Los viajes clandestinos. — Tienen esta denominación los realizados en el Río de la Plata, sin autorización de gobiernos europeos, durante la década comprendida entre 1516 y 1526.

Solís. — Juan Díaz de Solís, hecho piloto mayor por el Rey Católico a raíz de la muerte de Américo Vespucio, fué favorecido por el mismo monarca con la comisión de recorrer el mar Caribe en busca del Estrecho, que se creía debía existir, de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico.

Si se hubiera limitado Solís a navegar en la zona que le trazaba la autorización real, no habría conseguido salir de la obscuridad. Pero los vientos arrastráronlo a las costas del Brasil y, habiéndose visto obligado a fondear en Río de Janeiro, oyó allí opiniones que le impresionaron en el sentido de que todo lo que no fuera seguir más y más hacia el sur sería tiempo perdido.

Por una parte, hallábase muy alejado de su ruta. Por la otra, la celebridad que él anhelaba no le sonreía allá por el mar Caribe. Sin preocuparse de que, saliéndose de aquello para que estaba autorizado, podría verse envuelto en desagrados y litigios, abandonó el rumbo con que saliera de España y levó anclas de Río con dirección al Sur.

Maldonado y el río de Santa María. — El 2 de febrero de 1516, llegó Solís al actual puerto de Maldonado, del que

tomó posesión y donde los sondajes denunciáronle la proximidad de un río.

Lo encontró poco después, en efecto.

Era el que baña las playas de Buenos Aires y Montevideo y que surcó Solís primero que nadie, impresionado de tal suerte por su grandeza que dijo de él era un mar dulce.

El nombre que le dió de Río de Santa María, duraría muy poco. No así el recuerdo de quien lo descubrió, que se hizo desde entonces imperecedero.

La Isla de Martín García. — Recorriendo Solís por su lado oriental el río que descubriera, avistó la isla de San Gabriel, en la que se detuvo.

De allí se dirigó a otra isla que se percibía cercana y a la que llegó dolorosamente afectado porque una fiebre maligna había concluído, durante el viaje, con la vida de uno de sus compañeros.

Llamábase Martín García este compañero de Solís, al que sepultó en la isla, la cual por tal motivo lleva desde entonces ese nombre.

Fatal desembarco. — Cumplido dicho deber humanitario emprendió Solís el regreso a San Gabriel, donde había dejado a dos de sus barcos con orden de esperarlo.

Navegaba cerca de la costa y ofrecióle ésta de improviso un espectáculo curioso. Hombres desnudos, de piel cobriza y gruesas plumas colocadas a manera de adorno sobre la cabeza, seguían por tierra a su barca, y hacían señas a sus tripulantes como de complacencia o bienvenida.

¿Quiénes eran y qué querían? Solís dirigióles la palabra. No le comprendían y contestábanle con una algarabía general, para él también ininteligible.

Solís resolvió entonces desembarcar, lo que hizo en unión de ocho de sus compañeros.

Mas apenas pusieron pie en tierra, los sujetos aquellos comenzaron a alejarse de la costa, como amedrentados. Solís y sus compañeros los siguieron, empeñados en hacerles comprender que no debían tenerles miedo. En este afán no se apercibieron de que se alejaban de su seguridad, que era la barca, más de lo que aconsejaba la prudencia; y ello les costó caro.

Cambiando repentinamente de actitud la banda aquella, rodeó a los que desembarcaran, se apoderó de ellos, y les dió muerte con excepción de uno muy joven llamado Francisco del Puerto, a la vista misma (pues se acercaron para tal efecto a la orilla) del resto de los expedicionarios embarcados, los cuales en balde hicieron uso de sus armas de fuego, porque las balas no llegaban hasta el lugar del suceso.

Solís y sus desgraciados compañeros habían caído en poder de indios en estado de salvajismo.

¿Charrúas o guaraníes? — Se ha discutido mucho acerca de si fueron charrúas o guaraníes los victimarios de Solís.

La divergencia se explica.

Los charrúas poblaban la margen oriental del Plata, desde Maldonado hasta la desembocadura del Uruguay, estando así muy próximos a la isla de Martín García. Pero los guaraníes poblaban todas las tierras que baña el río Paraná, para el cual Martín García es el paso obligado, como su zaguán de entrada y de salida.

Sea como fuere, estas dos tribus, las de los charrúas y guaraníes, son las que primero encontraron los conquistadores por este lado de la América.

Cuando la conquista avanzó, aparecieron otras ramas indígenas que también desempeñaron papel importante en la

resistencia al europeo. Sus nombres: los querandíes, establecidos en la margen occidental del Plata hasta la cordillera y el Estrecho; los guaycurúes, tobas, mocobíes y abipones, que dominaban la parte central de nuestra república; y los lules y calchaquíes, en las provincias nuestras actuales de Córdoba hacia el norte.

Magallanes: el porqué de su expedición. — La desgracia de Solís habría dejado por muchos años a estas regiones nuestras en el abandono de todo afán descubridor, sin el deseo ardoroso que continuó subsistiendo de dar con la comunicación entre los dos océanos.

La costa de América estaba recorrida toda hasta el Brasil, sin que ese paso hubiera sido hallado. Había, pues, que continuar explorándola hacia el sur; y en el sur estábamos nosotros.

Por eso vino a estas latitudes Hernando de Magallanes, autor de un memorable descubrimiento que nos corresponde reseñar.

El hombre. — Tenía ya Magallanes cierta nombradía cuando en 1517 llegó a la corte de España y ofreció a ella sus servicios, disgustado con el gobierno de su patria: Portugal.

Ocurría esto bajo el reinado de Carlos V y en el auge máximo de la influencia de su esclarecido ministro el Cardenal Jiménez de Cisneros, para el cual el descubrimiento de la comunicación entre los dos océanos requería de España todo esfuerzo, por grande que fuese.

Cisneros valoró a Magallanes apenas lo trató. Sabía de su audacia, muchas veces probada y conoció que no era un navegante cualquiera, pues tenía ciencia. Magallanes, por su parte, no disimuló ante el Cardenal su temperamento orgu-

lloso y autoritario. Era de noble linaje y creía merecérselo todo. "Si no se tuviera fe no sería el hombre", pudo decir o pensar de él, el Cardenal. El hombre para la vasta empresa por consumarse.

La expedición en marcha y su falla. — La protección decidida del ilustre Cardenal permitió a Magallanes salir con cinco naves del puerto de Sanlúcar de Barrameda, el 20 de setiembre de 1519.

Magallanes se habría sentido satisfecho del todo, por serle dado encaminarse a la realización de las aspiraciones de gloria que ardían en su pecho, a no haberle Carlos V y su gran ministro desconfiado y retaceádole por ese motivo su autoridad en la expedición.

Mandando uno de los cinco barcos navegaba, en efecto, Juan de Cartagena, sin cuyo consentimiento le había sido vedado a Magallanes adoptar resoluciones de importancia.

Disputando. — Entre Cartagena y Magallanes la armonía no prometía ser durable y no lo fué.

Una disputa entre los dos, que llegó a las vías de hecho, abofeteándose ambos jefes en presencia de la tropa, dejó el fermento de ulteriores sucesos que necesariamente tendrían que revestir gravedad.

Magallanes, ya lo hemos dicho, era portugués y los portugueses de la expedición eran sus preferidos. Con Cartagena, español, sentíanse identificados los expedicionarios de nacionalidad española.

"Montem vidi" . . . — Magallanes, sin preocuparse mucho por la incidencia que hemos narrado, continuó navegando hasta pasar el cabo de Santa María.

Haciendo reconocimientos por sus inmediaciones, uno

de los acompañantes de Magallanes exclamó: "Montem vidi" (he visto un monte) con referencia a un cerro que se divisaba próximo.

Tomó éste, con ese motivo, el nombre de Cerro de Montevideo, que fué más tarde el de la ciudad que surgió en las faldas del mismo.

Sublevación en San Julián. — Magallanes no abandonó las aguas del Río de Solís y sus afluentes, particularmente el Uruguay, hasta adquirir la evidencia de que por ahí no se encontraba el paso de comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. Puso después rumbo al sur del continente y no se detuvo hasta llegar a la Bahía de San Julián.

Aquí le esperaba uno de los momentos más críticos de su expedición. La sublevación que estaba latente en ella, estalló. La deslealtad jugó en este episodio su acostumbrado papel y Magallanes hubo un momento en que pudo considerarse perdido. Su audacia y su falta de escrúpulos salváronlo. Al engaño contestó con el engaño y al propósito criminal de los sublevados con el crimen mismo que por su propia mano consumó en la persona de un sublevado que a su invitación concurrió a conferenciar con él.

Fué también Magallanes cruelísimo en el castigar: hizo degollar y descuartizar a varios de los sublevados y abandonó a dos de los mismos, Cartagena el primero, en aquellos lugares que aun hoy los consideramos desiertos.

Lo que no está averiguado es si por otros medios habría podido Magallanes salvarse él y salvar lo que para el mundo valía más: el descubrimiento, que había de realizar, del Estrecho.

Cualquier otro que no hubiese tenido la tenacidad de Magallanes, habría abandonado su propósito con las cosas que le habían ocurrido: él, prosiguió explorando.

En lo adverso, la buena fortuna. — Fué así como descubrió el Cabo de las Vírgenes y una amplia bahía para reconocer a la cual envió dos de sus tenientes con otros tantos de sus barcos.

Una furiosa tempestad que sobrevino horas después, púsolo en intranquilidad. ¿También la naturaleza se habría aliado con sus enemigos a fin de hacerlo fracasar?

Mas aquel momento, que Magallanes pudo creer adverso, érale favorable a un grado que no podía ni sospecharlo.

Las naves que enviara, arrastradas con velocidad vertiginosa por los vientos, iban derecho a estrellarse contra los acantilados de la costa. Sus tripulantes dábanse por perdidos, cuando percibieron una hendidura por la que se lanzaron sin detenerse a medir el peligro que ello comportaba, como que huían de otro mayor. Al terminar el recorrido de aquella hendidura o canal, sorprendiólos el espectáculo de otra bahía tan amplia como la que abandonaran, y también con su garganta de salida, que atravesaron de igual modo. Al fin de ella, una tercera bahía dióles de nuevo reparo.

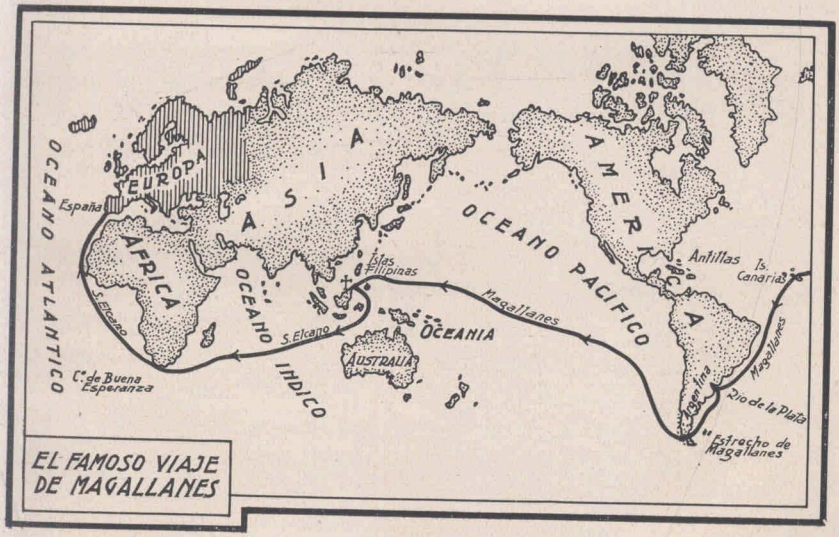
¿Qué era todo eso?

El descubrimiento del Estrecho. — Conforme fuéles posible, los enviados regresaron a donde estaba Magallanes para comunicarle la novedad; y reunidos todos los expedicionarios, dividióse la tarea del reconocimiento de los varios canales que arrancaban de la tercera bahía, ya en una, ya en otra dirección.

El piloto Estéban Gómez, que mandaba una de las naves, al realizar sin éxito la comisión que le fuera dada, decepcionóse de la empresa y, sublevando a la tripulación contra Magallanes, separóse de éste emprendiendo viaje de regreso a España.

ISAAC R. PEARSON

Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata



La búsqueda de la desembocadura del canal sudoeste dió, empero, a Magallanes el fruto anhelado, pues permitióle llegar a un cabo desde el cual se descubría el mar sin límites.

La valentía y la perseverancia habían obtenido su corona; estaba descubierto el paso de comunicación entre los dos océanos: el "Estrecho de Todos los Santos", que dijo Magallanes bautizándolo, y que más tarde quedó universalmente designado con el nombre de su descubridor, más afortunado en esto que Colón.

La fortaleza y osadía de Magallanes. — Lo que después hizo Magallanes abona, tanto o más que lo hasta ahora narrado, su fortaleza y su osadía. En vez de retornar a Europa por la vía conocida, siquiera para gozar de la gloria de su hazaña, internóse por el Pacífico misterioso a fin de llegar al viejo continente por el rumbo opuesto.

Los obstáculos que hubo de vencer y las luchas que fué menester afrontase, nos demandarían muchas páginas si hubiéramos de referirlas.

Bástenos decir que fué perdiendo sus compañeros y sus elementos; que él mismo concluyó por morir en un islote lejano, en obscuro combate con los indios; y que de las cinco naves con que salió de Sanlúcar de Barrameda en 1519, sólo una, "La Victoria", al mando de Juan Sebastián Elcano, llegó al mismo punto el 6 de septiembre de 1522.

Había dado la vuelta al mundo en tres años, confirmando así, definitivamente y para siempre, las teorías de Colón.

Loaiza. — El descubrimiento hecho por Magallanes debía suscitar otros navegantes que siguiesen su ruta.

A los dos años del arribo de la "Victoria" a Sanlúcar

de Barrameda, en 1524, salió de la Coruña otra expedición comandada por García Joffré de Loaiza y de la que formaba parte Juan Sebastián Elcano.

Si el mérito hubiera siempre influido decisivamente en las resoluciones reales, debió ser Elcano quien la mandase. Bajo su dirección había navegado la primera nave que diera la vuelta al mundo. Mas Loaiza era un caballero de gran privanza en palacio y él fué el elegido.

Su incompetencia fué causa de errores en la ruta que prolongaron mucho la expedición y la hicieron infructuosa. Al llegar Loaiza al río Gallegos, creyó encontrarse en el estrecho de Magallanes. El embicamiento de la mayor parte de sus barcos, fué la consecuencia inmediata de esta equivocación.

Salvado el inconveniente y ya la expedición cerca del Estrecho, uno de los barcos dispersados por la infaltable tormenta que allí sobrevino fué arrastrado hasta la Tierra del Fuego, de donde al regresar su jefe manifestó a Loaiza que creía haber encontrado la extremidad meridional del continente. Pero Loaiza no prestó atención al asunto, que le pareció de poca monta.

Sin embargo, era ese el único resultado práctico que había de tener su expedición.

En efecto: internándose ella en el Estrecho, que por otra serie de errores que se cometieron tardó tres largos meses en cruzar, apenas llegada al Pacífico perdió a su jefe, el almirante Loaiza; y su reemplazo por Elcano, que se produjo de inmediato, no pudo salvar la situación, porque Elcano también falleció.

El puerto de los Patos y Santa Catalina. — Cuando Juan Díaz de Solís desapareció en la forma trágica que hemos narrado, la carabela que lo había conducido puso proa

a España, naufragando en el golfo de Santa Catalina. Catorce de los náufragos de esa carabela pudieron llegar hasta la costa y el lugar donde lo hicieron fué denominado puerto de los Patos o de Santa Catalina.

Alejo García y sus compañeros. — El más animoso y avisado de estos catorce náufragos, llamábase Alejo García y bajo su dirección se colocaron todos.

La vida que hubieron de hacer los desgraciados, puede imaginarse. Solos en un territorio poblado por tribus salvajes, tuvieron que imponerse al respeto de éstos, primero; y luego conquistarse su confianza y buena voluntad. Entrambas cosas consiguiólas García, por medio de variados recursos que le sugirió su entendimiento.

Cobráronle los indígenas tanta fe que le confiaban la solución de sus pleitos entre tribu y tribu y le pedían consejo en todo. García, que llegó en poco tiempo a dominar la lengua indígena, mantenía largas conversaciones con los caciques y capitanejos de las tribus. Por ellos tuvo noticia de la existencia, al oriente de donde se hallaban, de un reino en el que abundaban extraordinariamente la plata y el oro. Tratábase del imperio de los Incas, en el Perú, que Alejo García se propuso inmediatamente conquistar.

De este temple eran los hombres que participaban en las expediciones de la época: no había dificultad que los arredrase, en presentándose a su vista una perspectiva cualquiera de adquirir riquezas y fama.

Rumbo al Perú. — En primer término consultó García su propósito con sus compañeros de naufragio. Sólo cuatro de entre ellos se animaron a correr la aventura. Pero la base de la expedición habíala imaginado García en las tribus guaraníes que poblaban la provincia de Santa Catali-

na. Con la influencia de que gozaba sobre sus jefes, fácil le fué persuadirlos de que también para ellos había conveniencia en la empresa. ¿No le habían asegurado que la riqueza del imperio incásico era superior a cuanto se conocía? Pues, habría para todos... Dos mil guaraníes prestáronse a secundar la campaña de Alejo García y partieron con él.

Una marcha estupenda. — La marcha de esta expedición es, por la distancia recorrida, una de las más estupendas que registra la historia de la conquista y la colonización españolas en el Río de la Plata.

Atravesaron los expedicionarios toda la provincia de Santa Catalina, hasta llegar a la actual Corumbá. Ha de tenerse presente que hoy mismo es ésta una travesía de las que arredran a cualquiera. Por Corumbá cruzó García el río Paraná y llegó al Paraguay, de donde pasó al Chaco. Toda esta inmensa, ardorosa y enmarañada zona atravesóla siempre a pie, hasta penetrar en la tierra de los indios chaneses. Mediante sus auxiliares los guaraníes, convenientemente reforzados con dádivas, logró García que los chaneses pactaran una alianza con él; y, eso conseguido, cayó como un alud sobre las tierras en que dominaban los indios Charcas (Bolivia de hoy), los cuales, sorprendidos, no atinaron sino a huir abandonando cuanto poseían al audaz español.

Los objetos en oro y plata de que se pudo apoderar García representáronle un valiosísimo tesoro, con el cual se apresuró a regresar al Paraguay en cuanto vió que los charcas, que eran muy numerosos y de afamada fiereza en el combatir, reaccionaban de su pánico y se preparaban a tomar la contraofensiva.

Tras el primer feliz esfuerzo, el fracaso. — García no

pensó por cierto en descansar, al verse en seguro. Su preocupación única fué organizar otra expedición que llegara hasta donde no había podido llegar en su primer avance: al corazón mismo del imperio incásico.

A este efecto escribió y envió cuantiosos regalos a los otros náufragos españoles de la isla de Santa Catalina. Pedíales en las cartas y hasta rogábales que se le incorporasen. ¿Porqué este empeño? El número tan escaso de aquellos compañeros, no podía determinarlo. Podemos inducir que García desconfiaba de los jefes guaraníes que lo rodeaban y de quienes tenía necesariamente que valerse.

Si esa desconfianza existió, tuvo, y pronto, una confirmación bien dolorosa.

Los guaraníes que acompañaban a García, tentados por el mucho metal precioso que había acumulado, tendiéronle una celada en la que perecieron Alejo García y los cuatro connacionales, náufragos como él, que le siguieron, quedando con esto inconcluso y perdido el esfuerzo conquistador del imperio de los Incas, emprendido cuando Pizarro y Almagro, a quienes les tocó más tarde realizar esta obra, no habían siquiera iniciado su carrera.

Gaboto: sus antecedentes. — Sebastián Gaboto (o Caboto) tenía antecedentes honrosos como expedicionario, cuando vino al Río de la Plata.

Al servicio de Inglaterra, había descubierto en 1497 la costa del Labrador y parte de Terranova. Entendido con Carlos V para navegar al servicio de España, salió de Sanlúcar en abril de 1524, con la travesía del Estrecho de Magallanes y las islas Molucas por objetivo.

Llegado al Brasil, las voces circulantes sobre la Sierra de la Plata despertaron su codicia y, cambiando de rumbo, internóse por el río que se aseguraba conducía a ella: el de Solís.

"Sancti Spiritus". — De este río pasó Gaboto al Paraná, fundando en la confluencia de éste con el Coronda, un fuerte: el de "Sancti Spiritus".

Siempre en busca de la Sierra de la Plata y guiándose de vagas noticias que recogía entre los indios, siguió por el Paraná arriba hasta las proximidades de la actual Itatí, penetrando luego en el río Paraguay hasta su confluencia con el Bermejo, donde supo que otros europeos andaban por los lugares aquellos.

Diego García. — Eran ellos, hombres de la expedición de un compañero de Magallanes llamado Diego García, que había salido de España, no como Gaboto hacia las Molucas, sino facultado por el Rey para expedicionar en donde estaba.

El inevitable conflicto. — Sobrevino entre ambos expedicionarios el inevitable conflicto de jurisdicción, con su corolario obligado del envío a España de comisionados recíprocos que lo ventilasen ante la Corte.

Entre tanto, por un acuerdo transitorio, prosiguieron en común Gaboto y García los reconocimientos de los ríos Paraguay y Bermejo, habiendo opiniones de que penetraron también en el Pilcomayo.

Hostilidades enconadas de que fueron objeto por parte de los indígenas, obligáronlos a regresar al fuerte de "Sancti Spiritus", al que suponían en grave peligro.

Era así, en efecto, y Gaboto por esa vez pudo salvarlo.

Todo perdido. — Pero no bien Gaboto se ausentó de nuevo, los indios cayeron sobre el Fuerte y lo destruyeron dando muerte a los que lo ocupaban.

Cuando Gaboto, sabedor del asalto, envió auxilios, ya nada restaba que hacer.

Reunióse otra vez con García y, como iba corrido un año y medio del envío a España de los comisionados de los dos, sin que tuvieran la menor noticia de ellos ni de los refuerzos y recursos que pidieran, regresaron ambos a la Corte.

Mendoza. — En 1535 llegó a España Hernando Pizarro, hermano del Conquistador del Perú, conduciendo la parte cuantiosa que correspondía a la Corona del botín hecho en aquella empresa. Como lo veremos más adelante, de todas las expediciones a América, la del Perú fué la que rindió mayor fruto en metales preciosos. No solamente enriqueció a sus autores, sino alivió considerablemente de estrecheces a las finanzas de la península. Con este motivo los expedicionarios para América no surgieron ya preferentemente de las capas sociales inferiores. Los cometidos de esta índole se los disputaron los españoles de abolengo y de fortuna.

A este número pertenecía don Pedro de Mendoza, que el 1º de septiembre del mencionado año pudo zarpar de Sanlúcar de Barrameda con once barcos y dos mil soldados, después de haber firmado unas "Capitulaciones" por las que se comprometía a explorar el Río de la Plata y sus tierras, abrir comunicación de éstas con el Perú levantando hasta tres fortalezas en el trayecto y convirtiendo al catolicismo los indígenas que poblasen el territorio; y por las que se le concedía el título de Adelantado del Río de la Plata, con jurisdicción de gobierno en la zona bañada por él, más doscientas leguas de costa hasta el Estrecho.

Con don Pedro de Mendoza embarcáronse, además de su hermano don Diego, Juan de Ayolas, Domingo Martínez de Irala y otros hombres que, como éstos, habían de alcanzar figuración señalada en la historia de la colonización rioplatense.

En nuestro actual Riachuelo. — La expedición soportó una violenta tempestad, apenas abandonó las aguas del viejo continente; y como consecuencia de ella, no pudo llegar completa al punto de destino.

Precisamente su jefe fué quien no llegó con la nave que encabezara el convoy, la cual se vió arrastrada a Río de Janeiro. Sólo en Enero de 1536 le fué dado, por esa razón, a don Pedro de Mendoza, penetrar en el Río de la Plata, donde encontró a don Diego con los demás barcos, que había ya explorado las dos costas y pudo informarlo ampliamente sobre ellas.

Don Pedro de Mendoza tomó posesión de la banda oriental a nombre del rey de España y, dirigiéndose con toda la expedición a esta orilla, fondeó en Febrero en el actual Riachuelo, frente al lugar que ocupa el barrio de la Boca de Buenos Aires.

El porqué del nombre dado a Buenos Aires. — Uno de los acompañantes de Mendoza, el capitán Sancho, parece ser que exclamó al desembarcar: "qué buenos aires son los de esta tierra!", suponiéndose que tuviera en esto origen el nombre de la ciudad.

Pero hay una circunstancia que podría explicar, no solamente con ese detalle, el referido origen.

La mayor parte de los expedicionarios pertenecían a una cofradía existente en Sevilla, en el barrio de Triana, que rendía culto a la Madre de Dios bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Aire, siendo muy posible, aun lo probable, que al pisar la tierra en que creyeron se radicarían, recordaran y quisieran perpetuar el nombre de la Virgen ante cuyas plantas se postraron al emprender la travesía, tan pavorosa entonces, del Océano.

Los indígenas, amenazantes. — Poblaban la orilla occidental del Río de la Plata los indios querandíes, que a la llegada de los expedicionarios no mostraron mala voluntad para con ellos, sino por el contrario hasta solícitamente les facilitaron víveres.

Mas, fuera que mediaran actos de torpeza por parte de la tropa (y los hubo, siendo lo imposible medirlos en su real proporción), o que los indígenas, transcurrido un tiempo, vieran en peligro el dominio que tenían del territorio, es lo cierto que comenzaron a mostrarse hostiles.

Don Pedro de Mendoza construyó entonces un Fuerte que protegiese a su gente contra todo ataque y le permitiera ir formando la ciudad que había resuelto fundar en el paraje en que se hallaba.

A orillas del Luján. — La seguridad la obtuvo. Pero ella suscitó otro problema: el de la alimentación de los expedicionarios. Los indígenas dejaron de facilitar víveres y la expedición comenzó a ser flagelada por el hambre.

En el Brasil podía don Pedro de Mendoza obtener víveres, disponiendo como disponía abundantemente de dinero; y envió con ese objeto en esa dirección a tres de sus barcos. Esto, sin embargo, sólo proveía al futuro y debía atender a las necesidades que no admitían espera. Para lo último combinó e hizo efectuar una salida del Fuerte de varios de sus capitanes y soldados, a los que dió como objetivo la obtención de pescado de un río que se encontraba cuatro leguas tierra adentro.

Fué ésta una salida infortunada, pues costó la vida a don Diego de Mendoza y otros caracterizados miembros de la expedición, entre ellos el capitán Jorge de Luján, muerto con los demás, hasta el número de treinta y cinco, a orillas del río aquel, que desde entonces lleva su nombre, en un com-

bate con los querandíes que se llamó de "Corpus Christi" por haber tenido lugar el 15 de junio, día en que cayó esa fiesta en 1536.

Bajo el hambre. — La situación de los expedicionarios hízose, con esto, penosísima: al dolor de los compañeros perdidos, agregóse el de la necesidad más extrema.

Lo que se lee en los documentos de la época, verdaderamente horroriza: los primeros pobladores de Buenos Aires, luego de concluir con las suelas de sus zapatos, para alimentarse, tuvieron que comerse los cadáveres de los que morían.

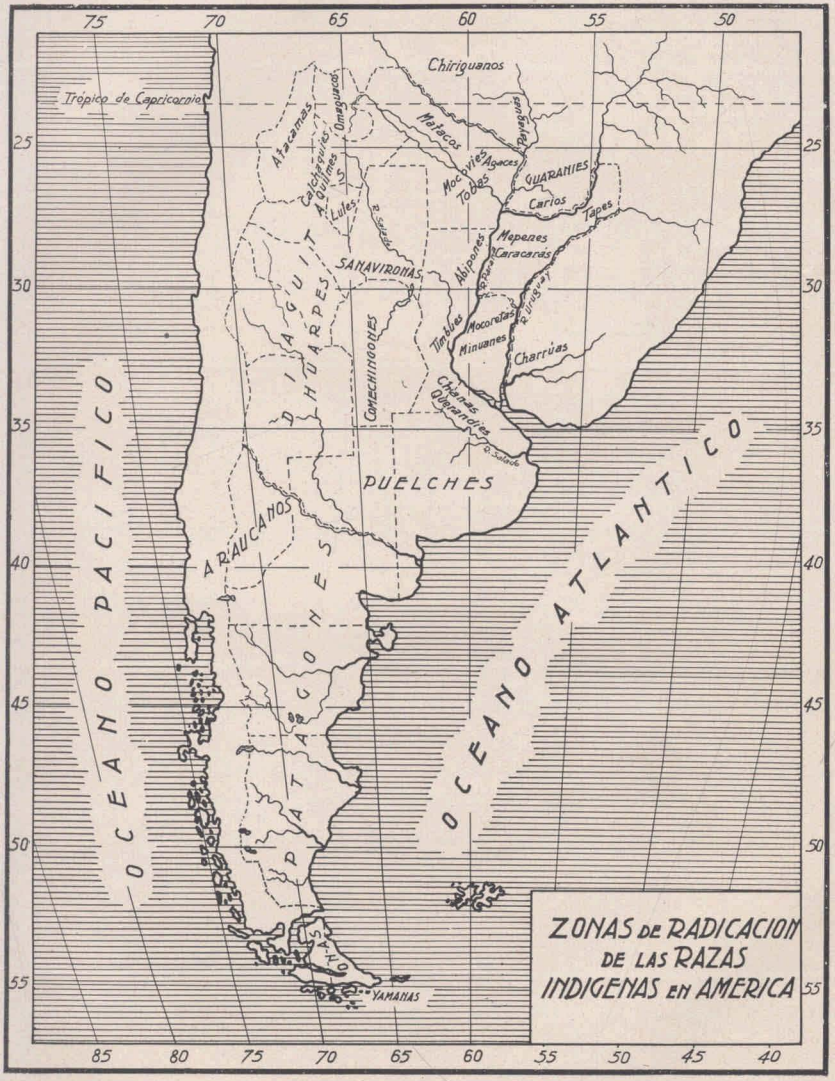
Y, entre tanto, de los barcos enviados al Brasil no se tenía la menor noticia.

Envío de Ayolas al Río Paraná. — Don Pedro de Mendoza, apremiado por esta situación, resolvióse a otro fraccionamiento de la expedición. El río Paraná era vía al parecer libre. ¿Porqué no tentar por ella la obtención de víveres? Con este objeto entregó un barco a uno de sus tenientes predilectos, Juan de Ayolas, y lo envió en ese rumbo.

Ayolas no fracasó. En las cercanías del antiguo Fuerte de Sancti Spiritus encontró a un español compañero de Gaboto, que en su largo aislamiento habíase creado contactos con los naturales y adquirido un conocimiento completo de toda aquella zona territorial. Ayudado por ese compatriota pudo Ayolas obtener lo que buscaba, no en amplia medida, que la capacidad de carga de su barco no la consentía tampoco; mas en proporción suficiente para que los riesgos y molestias corridos estuviesen compensados.

Cuando a los dos meses se presentó de regreso en el Riachuelo, Mendoza y sus compañeros pudieron considerarse salvados: tenían, al fin, qué comer.

ISAAC R. PEARSON
Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata



Los charrúas, querandíes y guaraníes, unidos. — Habíanse salvado, sí, momentáneamente, del hambre. Mas amenazábalos un peligro de otro género y también grave. Las inmediaciones del Fuerte levantado a orillas del Riachuelo, estaban siendo ocupadas por masas de indígenas que constantemente se engrosaban. ¿De dónde venían? Mendoza pudo averiguarlo. Venían de todos lados. Los querandíes habían pedido auxilio a los charrúas y guaraníes y habían sido escuchados.

Era inminente el ataque del Fuerte y la parte iniciada de la ciudad y Mendoza se preparó a resistirlo, poniendo más que nada su confianza en Dios, puesto que la desproporción de fuerzas era enorme.

No menos de veinte mil eran los indígenas que se habían reunido en torno de la primera Buenos Aires.

Ataque y destrucción del Fuerte y la ciudad. — El ataque sobrevino y fué de impetuosidad extraordinaria; mas, parapetados los españoles y con armas de fuego, pudieron rechazarlo en un principio.

Pero las municiones no tardaron en escasear y, por otra parte, los indígenas iniciaron una ofensiva que los atacados no tenían cómo contrarrestarla: arrojaban desde buena distancia piedras envueltas en paja incendiada que, al caer sobre los techos de las rústicas construcciones del Fuerte, de paja también, colocada sobre soportes de madera, les prendieron fuego.

Llegó un momento en que los españoles no dieron abasto para apagar esos incendios y la retirada de ellos se impuso.

Buscaron refugio en los barcos que conservaban fondeados en el Riachuelo, desde los cuales se hicieron respetar de los asaltantes barriéndolos con sus piezas de cañón.

Los pobladores, refugiados en la boca del Carcarañá.— Aunque los indígenas fueron al fin ahuyentados, el Fuerte estaba deshecho haciéndose menester comenzar de nuevo y la expedición hallábase debilitada y cansada. Por otra parte los víveres de que fuera portador Ayolas estaban a punto de agotarse y la reconstrucción de Buenos Aires no podría emprenderse sino soportando nuevos períodos de hambre.

Don Pedro de Mendoza, sin abandonar la empresa, pues que dejó en el Riachuelo una parte de su expedición, decidióse por el traslado de la otra parte de ella, unos setecientos hombres, al lugar en que Ayolas encontrara el principio de su buena fortuna: el antiguo Fuerte de la boca del Carcarañá, al que dió el nombre de Nuestra Señora de la Buena Esperanza o Corpus Christi, en señal, lo primero, de que desde allí habíales ido a los expedicionarios algo así como su renacimiento a la vida; y en recuerdo, lo último, del combate, para él tan sensible, en que perdiera a su hermano y varios de sus más capaces capitanes.

Ayolas explora el río Paraná. — Cuando llegó a la boca del Carcarañá, reanudó Mendoza el compromiso que tenía contraído con la Corona de abrir comunicaciones del Río de la Plata con el norte y, entregando a Juan de Ayolas tres barcos y 150 hombres, dióle la comisión de subir el río Paraná, explorándolo hasta donde pudiese.

Mendoza retorna al Riachuelo. — Tan no existía en don Pedro de Mendoza el pensamiento de abandonar la fundación de Buenos Aires, que al poco tiempo de alejarse Ayolas del Carcarañá, lo que ocurrió el 14 de octubre de 1536 regresó a unirse con los compañeros que dejara en el Riachuelo. La reincorporación hubo de serle particularmente grata, por que durante su ausencia habían retornado del Bra-

sil los barcos que enviara en ese rumbo, y retornado con gran acopio de víveres.

Esta grata impresión, sin embargo, duróle poco tiempo. A los tres meses escasos, en enero de 1537, devorábalo la inquietud por la suerte de Ayolas, del que no tenía la más leve noticia. Llamando a otro de sus tenientes predilectos, Juan de Salazar, entrególe 60 hombres y dos bergantines y lo envió en busca de Ayolas.

Enfermedad, testamento y muerte del fundador de la primera Buenos Aires. — Salazar y cuantos acompañaban a don Pedro de Mendoza tenían la impresión de que su fuerte temperamento había comenzado a decaer. No se equivocaban. Poco después de partir el primero, don Pedro de Mendoza sólo por excepción abandonaba el lecho. Sentía una tristeza y un desaliento que su voluntad no alcanzaba a vencer.

Hacia fines de abril, como continuara ese malestar, exacerbado por la carencia total de noticias tanto de Ayolas como de Salazar, resolvió Mendoza regresar a España.

Antes de hacerlo tomó sus disposiciones, dejando nombrado reemplazante suyo, como gobernador y capitán general, a Juan de Ayolas; y en defecto de éste, al capitán Francisco Ruiz Galán, bajo cuya autoridad inmediata estaba la expedición en el Riachuelo.

Don Pedro de Mendoza no alcanzó a realizar su deseo de volver a ver los patrios lares. La enfermedad que lo minaba hizo crisis fatal en el viaje rumbo a la península, cerca de las islas Azores.

Martín Alfonso de Souza. — Fundación de San Vicente. Su importancia comercial. — Al hablar de la conquista y colonización del Brasil dijimos ya quién fué Martín Alfonso de Souza y cuál es su principal título en los anales de

esa conquista y colonización: la fundación de la primer colonia regular portuguesa, la de San Vicente.

Estaba situada esta población, dos leguas hacia el sur de la actual ciudad de Santos y creció y prosperó rápidamente.

Los colonos de San Vicente dedicáronse con preferencia al cultivo de la caña de azúcar, introducida al efecto desde las Islas Madera.

El desarrollo extraordinario que alcanzó esta industria hizo pensar que San Vicente sería, con el tiempo, una de las más grandes ciudades del Brasil.

Empero al fundar a Santos el propio Souza, en procura de más fácil salida por el océano para aquella misma fundación, creó sin saberlo el centro poblado que restaría, primero, importancia, y que acabaría, luego, con aquella primera colonia que generara el esfuerzo civilizador de Portugal.

RESUMEN

El descubrimiento del Brasil se lo han disputado España y Portugal; la primera, fundada en las expediciones de Diego de Lepe y Vélez de Mendoza, en el año 1500, y Vicente Yáñez Pinzón, en 1501; y fundado Portugal en las expediciones de Alvarez Cabral, también en 1500, y Gonzalo Coelho, en 1501 y 1502. La colonización del Brasil fué iniciada en 1530, bajo el reinado de don Juan II, que se alarmó por las expediciones que salían de España para el Río de la Plata y particularmente por la posesión que ellas tomaron de la banda oriental del Río de la Plata, que consideraba ese monarca tierra perteneciente a la descubierta por Alvarez Cabral. El nombre dado al territorio de que hablamos surgió de la abundancia que había en él del palo brasil. En el esfuerzo colonizador de la Corona lusitana distinguiéronse Martín Alfonso de Souza, Thomé de Souza, Duarte da Costa, Men de Sa, Estacio de Sa, Luis Fernándes de Vasconcellos y la Compañía de Jesús representada por hijos de ella eminentes como los padres Nobriega, Rodríguez, Anchietta, Paiva y el célebre San Francisco Javier. Treinta y dos años fueron necesarios para que la colonización del Brasil fuera una realidad honrosa y auspiciosa, vencedora no solamente de la resistencia de los naturales sino de tentativas audaces y tenaces para arraigar en ese suelo, hechas por expedicionarios salidos de Francia bajo el estímulo y la protección de su rey Enrique II. El gobierno de las posesiones del Brasil fué dividido en dos zonas en 1572; la del norte, cuya sede fué Bahía; y la del sur, con Río Janeiro como capital. Cinco años más tarde, en 1577, habiendo quedado vacante el trono de Portugal y habiendo Felipe II de España impuesto por la fuerza los derechos que creía tener a esta Corona, las posesiones del Brasil pasaron al dominio de España, que creó para regirlas un Consejo especial.

Bajo el nombre de Río de la Plata compréndese en la historia colonial todo lo relativo a nuestro país, la república oriental del Uruguay, la del Paraguay, la de Bolivia y los primeros esfuerzos que se tentaron, desde esta parte de América, para penetrar en el Perú y Chile.

Tienen la denominación de viajes clandestinos los realizados en el Río de la Plata, sin autorización de gobiernos europeos, durante la década comprendida entre 1516 y 1526.

Juan Díaz de Solís salió de España con la comisión de recorrer el mar Caribe en busca del paso de comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. Habiendo cambiado de rumbo por obra en parte de los vientos y de informes que recibió en el trayecto, descubrió el Río de la Plata cuya grandeza hízole decir de él que era un mar dulce. El nombre de río de Santa María que le dió, duróle muy poco tiempo. Solís tomó posesión, a nombre del rey de España, de Maldonado, la isla de San Gabriel y otra que denominó Martín García en memoria de uno de sus compañeros así llamado que falleció en el camino y a quien sepultó en ella. En esa misma isla de Martín García murió Solís, a manos de indios salvajes que, luego de matarlo a él, mataron a siete de los ocho expedicionarios que en su unión pisaron tierra.

Supónese que los indios que dieron muerte a Solís fueron charrúas o guaraníes, porque los primeros poblaban la margen oriental del Plata desde Maldonado hasta la desembocadura del Uruguay, estando así muy próximos a la isla de Martín García; y los últimos ocupaban las tierras que baña el río Paraná, para el cual Martín García es el paso obligado, como su zaguán de entrada y salida. Había, además, otras tribus indígenas en nuestro territorio, que eran: los querandíes, establecidos en la margen occidental del Plata, la de Buenos Aires, hasta la Cordillera y el Estrecho; los guaycurúes, tobas, mocobíes y abipones, que dominaban la parte central de la hoy República Argentina; y los lules y calchaquíes en nuestras provincias actuales de Córdoba hacia el norte.

Hernando de Magallanes, portugués que entró en 1517 al servicio de España bajo el reinado de Carlos V, salió de Sanlúcar de Barrameda para descubrir el Estrecho, protegido al efecto por el gran cardenal Giménez de Cisneros, el 20 de septiembre de 1519. Por razón de su nacionalidad se le desconfió un tanto, siendo ésta la razón de que se diera el mando de uno de los cinco barcos de la expedición a Juan de Cartagena, español, sin cuyo consentimiento le fué vedado a Magallanes adoptar resoluciones de importancia. Cartagena y Magallanes hicieron en constante disputa, el trayecto hasta el Río de la Plata. Explorándolo a éste Magallanes, uno de sus acompañantes exclamó: "montem vidi" (monte, he visto), con referencia a un cerro que se divisaba próximo. Tomó éste, con tal motivo, el nombre de cerro de Montevideo, que fué más tarde el de la ciudad que surgió a sus faldas. Convencido de que ni en el Plata

ni en ninguno de sus afluentes se encontraba el Estrecho. Magallanes continuó navegando más hacia el sur. Al llegar a la Bahía de San Julián estalló la sublevación que venía fermentando, desde la salida, entre los elementos que respondían a Juan de Cartagena. La conducta de Magallanes cuando, después de grandísimos riesgos, pudo dominarla, fué dura y cruel. Los sublevados fueron, unos degollados y descuartizados, y otros, como Cartagena, abandonados en aquella soledad. Reanudando Magallanes, después de esto, su expedición, descubrió el cabo de las Vírgenes y, luego de exploraciones sumamente arduas, que motivaron el acobardamiento del piloto Esteban Gómez, jefe de una de las naves, quien emprendió con ella viaje de regreso a España, dió con el paso de comunicación entre los dos océanos que tan afanosamente buscaba. Púsole el nombre de Estrecho de Todos los Santos, pero más tarde quedó universalmente designado con el de su descubridor, más afortunado en esto que Colón. Magallanes, en vez de retornar a Europa por la vía conocida, una vez que había logrado el propósito de su viaje, internóse por el Pacífico misterioso a fin de llegar al viejo continente por rumbo opuesto al que tomara al partir. No pudo lograr este objeto, porque murió en un islote lejano, en obscuro combate con los indios; pero una de sus naves, "La Victoria", al mando de Juan Sebastián Elcano, lo consiguió llegando a Sanlúcar de Barrameda el 16 de septiembre de 1522. Había dado la vuelta al mundo en tres años, confirmando así, definitivamente y para siempre, la tesis de Colón.

García Joffré de Loaiza salió de la Coruña en 1524, acompañado de Elcano. Este y no Loaiza debió ser el jefe de la expedición, por los títulos que tenía como navegante, mas faltóle la privanza en palacio de que gozaba el otro. La expedición de Loaiza no dió más resultado que el encuentro de la extremidad meridional del continente, hecho al que Loaiza, tan falto de ciencia como de aptitud para la dirección de barcos, no dió la menor importancia. La muerte de Loaiza, ocurrida al llegar su expedición al Estrecho, hubiera podido facilitar la obtención de mejores frutos, a no haber fallecido también poco después su segundo: Elcano.

El puerto de los Patos o de Santa Catalina fué el lugar de la costa bañada por el golfo del mismo nombre, por donde se salvaron de morir ahogados catorce náufragos de la carabela que condujo al Plata a Juan Díaz de Solís. Impresionados por la trágica muerte de éste, sus compañeros regresaban a España, cuando les ocurrió el referido percance.

El más animoso y avisado de estos catorce náufragos llamábase Ale-

jo García y bajo su dirección se colocaron todos. García llegó a vincularse grandemente con las tribus indígenas del lugar, teniendo por ellas noticia de la existencia del imperio incásico. Con la ayuda de dos mil guaraníes y cuatro de sus compañeros náufragos, pues los demás no se prestaron a seguirle, emprendió una expedición al mencionado imperio a fin de conquistarlo. Es célebre y una de las más estupendas la marcha que hizo García, que atravesó a pie toda la provincia de Santa Catalina, llegando al Paraguay por Corumbá y a la actual Bolivia por el Chaco. Sorprendidos los indios charcas no atinaron sino a huir, abandonando cuanto poseían al audaz español, que regresó al Paraguay con un valiosísimo tesoro de objetos de oro y plata. Este tesoro lo perdió, porque despertó la codicia de los indígenas sus auxiliares, quienes tendiéndole una celada le dieron muerte, malogrando la nueva expedición, cuando Pizarro y Almagro no habían siquiera iniciado su carrera, para llegar hasta el corazón del imperio incásico: el Perú de nuestros días.

Sebastián Gaboto salió de Sanlúcar en abril de 1524 con rumbo al Estrecho de Magallanes y las islas Molucas, rumbo que cambió por el del Río de la Plata y el Paraná. Internándose por éste, fundó el Fuerte "Sancti Spiritus", en la confluencia del Paraná con el Coronda, siguiendo hasta las proximidades de la actual Itatí y luego hasta el río Paraguay en su confluencia con el Bermejo. Allí se encontró con otra expedición de españoles que mandaba un compañero de Magallanes llamado Diego García, facultado por el rey para expedicionar en donde estaba. Gaboto y García se unieron, mientras la Corona decidía en el conflicto de jurisdicción que surgió entre ellos. Reconocieron los ríos Paraguay y Bermejo, habiendo opiniones de que penetraron también en el Pilcomayo. Destruído por los indígenas el fuerte "Sancti Spiritus", y como no recibieran noticias ni auxilios de España, regresaron los dos a la Corte.

Don Pedro de Mendoza salió de Sanlúcar el 1º de septiembre de 1535 con 11 barcos y 2.000 soldados, con el título que le concedió el Rey de Adelantado del Río de la Plata. Detenido y desviado por tempestades, sólo en enero de 1536 llegó al punto de su destino, donde encontróse con su hermano don Diego que, más afortunado que él, hacía varios meses que lo esperaba allí. La expedición de Mendoza fondeó en febrero en nuestro Riachuelo, frente al lugar que ocupa el barrio de la Boca. Sobre el origen del nombre de Buenos Aires que se dió a nuestra ciudad, hay dos versiones: una, que lo hace nacer de estas palabras del capitán Sancho, compañero de Mendoza, al desembarcar: "¡qué buenos aires son los de este suelo!"; y otra, que interpreta el hecho como

acto de devoción a la Madre de Dios, pues los expedicionarios antes de partir de España habíanse postrado y encomendado sus vidas a la protección de la Virgen del Buen Aire, que se veneraba en Sevilla, en el barrio de Triana. Los indígenas que poblaban estas tierras mostraron al principio buena voluntad para con los expedicionarios, a los que facilitaron víveres; mas como modificaran esa actitud y se tornaran amenazadores, don Pedro de Mendoza hizo levantar un Fuerte. El problema de la alimentación surgió en seguida. Enviáronse tres barcos al Brasil en procura de víveres e hízose una salida del Fuerte hasta un río que existía algunas leguas tierra adentro y en que abundaba el pescado. Esta salida originó el combate de "Corpus Christi", de resultados fatales para la expedición, pues costó la vida a don Diego de Mendoza y varios capitanes distinguidos, entre ellos don Diego de Luján, que dió con su apellido el nombre del río referido. Después de esto la expedición se vió agotada por el hambre al grado más pavoroso, motivando ello el envío de Juan de Ayolas por el río Paraná en busca de víveres. Consiguiólos Ayolas, pero cuando regresó amenazaba a la ciudad otro peligro. Los charrúas, querandíes y guaraníes se habían unido para atacar a los españoles. Los atacaron en número de más de 20.000, e incendiaron y destruyeron a la primera Buenos Aires. Los españoles, refugiados en los barcos que tenían fondeados y que estaban armados de cañones, dividiéronse. Una parte de ellos quedó ahí y la otra partió para establecerse en la boca del Carcarañá, en el antiguo Fuerte "Sancti Spiritus". Desde allí envió Mendoza a Juan de Ayolas en viaje de exploración por el río Paraná, regresando él al Riachuelo, donde estaban ya de retorno, con víveres, los barcos mandados al Brasil. El viaje de Ayolas hízose largo y Mendoza no obtenía la menor noticia a su respecto. Comisionó entonces a don Juan de Salazar para que fuera en su busca. Como transcurridos algunos meses no supiera nada ni de Ayolas ni de Salazar, y como se sintiera enfermo, don Pedro de Mendoza resolvió regresar a España. Antes de hacerlo nombró reemplazante suyo, como gobernador y capitán general, a Juan de Ayolas y, en defecto de éste, al capitán Francisco Ruiz Galán. Don Pedro de Mendoza no alcanzó a realizar su deseo de volver a ver los patrios lares. La enfermedad que lo minaba hizo crisis fatal en el viaje rumbo a la península, cerca de las islas Azores.

Martín Alfonso de Souza fué el fundador de la primera colonia regular portuguesa en el Brasil: la de San Vicente. Estaba situada esta población dos leguas hacia el sur de la actual ciudad de Santos y creció y prosperó rápidamente. Santos, fundada por el mismo Souza, paralizó ese crecimiento por estar sobre el mar y ofrecer su salida natural al producto que se cultivaba en toda aquella región y que hizo su riqueza: la caña de azúcar.

CAPITULO VI

PERÚ, NUEVA GRANADA, QUITO, VENEZUELA Y CHILE

El nombre, el territorio y la cuna de la civilización primitiva del Perú. — Las primeras exploraciones hechas por los españoles al territorio del Perú, llegaron hasta un río que los naturales designaban con el nombre de Birú. De las tierras del Birú hablaron los informes y relatos de esos exploradores; y fuera por defecto de pronunciación en las transmisiones orales o por lo confuso de la letra de las gentes de aquella época, que apenas sabían escribir, la b se convirtió en p y el nombre que se generalizó fué el de Perú en vez de Birú.

Comprendía el Perú de la conquista, el territorio de la actual república de este nombre, los de Bolivia, Ecuador, Chile y el de las provincias hoy argentinas de los Andes.

Los pobladores del Perú al penetrar en él los españoles, tenían una civilización cuyo origen hacíanlo remontar a los tiempos iniciales de la vida del globo, en los cuales el lago Titicaca habría generado a dos seres de esencia divinal, Manco Capac y Mama Oello, fundadores del reino del Cuzco. Los descendientes de esa pareja y herederos de dicho trono, eran los Incas.

La civilización incásica: gobierno, clases sociales, comercio e industrias, religión. — En el orden o la especie de

orden social que tenía el Perú antes de la conquista, la primera autoridad, con derecho sobre bienes y vida, era la del Inca. Nada había que estuviese ni pudiera estar sobre él. No era un dios, pero descendía de dioses, pues a Manco Capac y Mama Oello suponíaseles nacidos del connubio de las aguas del Titicaca con la divinidad suprema de los peruanos primitivos: el Sol. Todo estaba organizado de manera a mantener vivo en las masas este concepto de la excelsitud del origen de los Incas. El esplendor de que se les rodeaba, sólo podía equipararse con el que se ponía para los dioses en los templos. El oro y la plata les eran brindados para los menesteres más comunes de la existencia. El Inca era el dios visible de los peruanos, visible en determinadas condiciones de tiempo y lugar solamente; pero el dios que sentían, como si dijéramos, de presente. Los demás eran los dioses lejanos, a cuyos mismos favores no se llegaba sino por la obediencia y la solícita servidumbre del que los representaba, ocupando el trono. Aun detalles aparentemente nimios, concurrían a grabar en las mentes indígenas la idea de su inferioridad con respecto al Inca: nadie, fuera quien fuese, podía comparecer ante él sino haciendo genuflexiones y llevando en las espaldas un bulto que lo encorvase.

Los altos cargos, como ser el gobierno de las provincias y el mando de los ejércitos, correspondían a los miembros de la familia del Inca reinante. Seguían en jerarquía los descendientes de familias que hubieran tenido este carácter en la sucesión de Incas originada por el tiempo, los que constituían la clase noble y se llamaban "curacas" o caciques. Venía luego la clase de los guerreros, muy semejante en su organización y modalidades a la de los guerreros aztecas.. La clase de los sacerdotes ocupaba el siguiente lugar, correspondiéndoles a ellos las ceremonias del culto y la instrucción de la juventud de sangre real o de familias encumbradas. La

plebe, que cerraba el cuadro de las escalas sociales, era la que tenía a su cargo la agricultura y las artes y los oficios.

Los habitantes del imperio incásico tuvieron un vasto comercio interno, al que llegaron por medio de una organización bastante apreciable de los servicios de correos y por sus numerosas carreteras que cuidaban mucho. Particularidad digna de ser anotada es la de que a lo largo de las vías más usuales, el Estado incásico tenía y aprovisionaba graneros con víveres para los viajantes.

Los peruanos de la época de los Incas distinguiéronse en la fabricación de alhajas de oro, plata y cobre y en la construcción de puentes y caminos. Fueron mediocres en la escultura y no dejaron señales de haber conocido la pintura.

Hemos ya dicho que su supremo dios era el Sol. Adoraban además a la luna, las estrellas y el trueno (Illapa). Admitían los sacrificios humanos, pero no eran éstos frecuentes entre ellos, limitándose en los últimos tiempos del imperio incásico a los casos de grandes calamidades públicas y los de la muerte del Inca, con quien sus mujeres y esclavos debían ir a la tumba, mansión del Sol.

Además de sacerdotes había en el imperio incásico sacerdotisas, que vivían en monasterios y se llamaban "Vírgenes del Sol".

Primeras tentativas de navegación en el Mar del Sur. — Mar del Sur había llamado Balboa al océano Pacífico cuando lo descubrió y bajo ese nombre refiérense los viejos libros y documentos a las primeras tentativas que se hicieron para navegarlo. Balboa mismo fué el que las inició y con algún resultado. La principal dificultad, la de los barcos, distante como se hallaba España y semideshechas como llegaban las naves que venían de allá, vencióla el audaz y emprendedor jerezano acometiendo la construcción de aquéllos en la pro-

pia zona territorial de su dominio y al proponerse emprender la conquista, dióse cuenta de que lo primero que había de procurarse era una flota. Montó con ese motivo en Panamá una especie de astillero y los trabajos de él estaban próximos a darle realizado su anhelo cuando chocó con Pedrarias Dávila, tuvo que entrar en batalla con él y perdió la vida. El astillero de Panamá y los barcos que había producido y estaba produciendo, pasaron a poder del vencedor.

En uno de esos barcos emprendió viaje de exploración hacia el sur, Juan de Bazurco, que alcanzó a llegar hasta el río Birú.

A Bazurco sucedió Pascual de Andagorza, que del río Birú pasó a la provincia del mismo nombre entrando en relación con los naturales y consiguiendo el sometimiento de varios de sus caciques.

Andagorza llegó en sus exploraciones hasta el río San Juan, declarando confirmadas las noticias que recibiera Balboa sobre la existencia del imperio incásico, mas advirtiendo que toda la costa del océano, por esa zona, era baja, pantanosa y miasmática.

Pizarro, Almagro y Luque. — Al regresar Andagorza a Panamá de su expedición al río y provincia del Birú, enfermó gravemente y falleció. Pedrarias Dávila, gobernador del Darién o sea del istmo, no sabía de quién echar mano para reemplazarlo, pues las órdenes que tenía de la Corona eran de explorar sin cesar, cuando recibió la visita de su amigo íntimo el canónigo don Hernando de Luque, cura párroco y maestro de escuela de la ciudad, quien se interesó para que se encargara de reanudar los trabajos del extinto a dos capitanes retirados que vivían en las inmediaciones de Panamá, llamados Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

Tenían ellos una larga carrera militar, habiendo ambos

llegado a América con Alonso de Ojeda, continuando en el servicio de Balboa hasta la muerte de éste. Como el vencedor de Balboa había sido el propio Pedrarias Dávila, se comprende que Pizarro y Almagro no se le hubieran acercado y que llevasen la vida aislada y obscura que llevaban, vida que no merecían, pues habían hecho los dos en Europa la guerra de Flandes retirándose de ella con el grado de capitanes de los tercios españoles y tenían recorrido el Darién podía decirse que de extremo a extremo, en un guerrear sin tregua que les acreditaba audacia y fortaleza.

Luque consiguió para sus recomendados lo que pretendía, poniéndose ellos de inmediato a preparar su expedición con dinero que, según se supone, les facilitó el mismo cura de Panamá.

Salieron para su destino en 1524. Tanto Pizarro como Almagro no sabían leer ni escribir, tenían cincuenta años aproximadamente y eran bastardos, nacidos en Trujillo, Extremadura, Castilla la Vieja. Pizarro, poco después de nacer, había sido abandonado en el atrio de una iglesia, recogido desde el cual por un labrador había vivido hasta los 18 años cuidando cerdos. De tan humildes trasiegos había pasado a la vida militar, para sellar en ella con Almagro el compañerismo y la amistad en que continuaban cuando la comisión que recibieron del gobernador del Darién.

El famoso contrato que precedió a la conquista del Perú. — Próximamente al año de su partida, en 1525, regresaron Pizarro y Almagro de su primer viaje de exploración. La fortuna habíales sido esquiva. Apenas habían llegado hasta donde llegara Andagorza, no trayendo otra novedad que la convicción que habían adquirido de serles indispensables, para avanzar, elementos mayores de los que llevaban.

Pedrarias Dávila mostróse frío con ellos y no hizo mis-

terio de su propósito de negarles su autorización para una expedición nueva. Surgió de aquí un esfuerzo privado poderoso, consistente en la reunión de un capital de veinte mil pesos oro que el canónigo Luque obtuvo del licenciado Gaspar de Espinosa para los gastos de la prosecución de la empresa: mediante un convenio por el que Pizarro y Almagro, que realizarían la conquista del Perú, harían tres partes de los beneficios que produjese: una para cada uno de ellos y la otra para Espinosa.

Según Oviedo, cronista de la conquista del Perú, Pedrarias Dávila fué, en forma reservada, admitido a ganancias en la empresa sin poner capital, siendo de esa manera como se consiguió que saliese de la indiferencia y prevenciones en que se hallaba contra Pizarro y Almagro.

Rastro documentado de esto no ha quedado, empero, cabiendo también la hipótesis de que el gobernador del Darién modificara su criterio y disposición de ánimo, por la interposición del amigo que tenía en el canónigo Luque.

En las islas del Gallo y de Gorgona. — Con el dinero del licenciado Espinosa consiguieron Pizarro y Almagro alistar y equipar dos navíos, los cuales condujéronlos nuevamente a la costa peruana bajo la dirección del piloto Bartolomé Ruiz. Conocieron el poblado de Atacamez, cuya extensión y noticias que recogieron afirmáronlos en la convicción que adquirieran en su primer viaje, de que sólo con mucha gente sería posible realizar la conquista del Perú.

Regresar a Panamá para decir esto, después de lo que les sucediera, era bien poco lisonjero. Convinieron, pues, Pizarro y Almagro en que solamente regresaría este último en compañía de Bartolomé Ruiz y la tripulación indispensable; y en que presentando en el Darién como iniciada la Con-

quista del Perú, trataría de allegarle, bajo la impresión del hecho, los mayores refuerzos posibles.

Tenían lugar los conciliábulos que determinaron la decisión de que hablamos, en una isla desierta llamada del Gallo, en la cual habían desembarcado los expedicionarios y donde no había perspectiva ninguna de bienestar a causa del mucho frío y la escasez de abrigos y víveres. La tropa mostrábase muy descontenta, lo que motivó enérgicas medidas disciplinarias de parte de Pizarro.

Al separarse Almagro, entregáronle varios soldados un rollo de algodón, de plantas descubiertas en la isla, el que enviaban de regalo a la esposa del gobernador Pedrarias Dávila. Almagro mismo resultó siendo el portador, por este obsequio, pues envuelta en el algodón iba una carta de quejas y protestas que se elevaban a Pedrarias contra los rigores y sufrimientos que requería la empresa y de los cuales los firmantes de la escondida misiva podían ser librados. Ya no estaba Pedrarias en Panamá cuando llegó Almagro, pues había sido substituído por otro gobernador del Darién: Pedro de los Ríos. A la esposa de éste hizo entrega Almagro del obsequio del algodón, sin imaginar que, en vez de valerle a la expedición la buena voluntad oficial, generaría como generó el inmediato envío, que resolvió el gobernador de los Ríos, de un barco que la recondujese a toda ella a Panamá.

Pizarro y sus acompañantes soportaban, entre tanto, penalidades indescriptibles. Si aquella estada en la isla del Gallo no concluyó con todos, debió ser por obra de la misericordia divina. Así y todo, cuando se le presentaron a Pizarro los comisionados del nuevo gobernador, negóse a regresar a Panamá y, reuniendo a sus soldados en la playa de la isla, arengóles de esta suerte:

"Por aquí (y señaló con su espada el rumbo del Sur) se va al Perú, a ser ricos; por acá (y señaló el rumbo opues-

to) a Panamá, a ser pobres. Escoja el que fuere buen caballero lo que más bien le estuviere."

Sólo trece hombres optaron por quedarse con Pizarro y con ellos permaneció éste en la isla del Gallo y la vecina de Gorgona, a que se trasladó después, siete largos y angustiosos meses. Su fuerte voluntad y la fe en Almagro, que le había prometido volver, no le flaquearon un instante.

Y Almagro, en efecto, volvió.

Volvió, piloteado siempre por Bartolomé Ruiz, con auxilios en hombres y armas cuya consecución no representaba una menor hazaña que la hecha por Pizarro y sus trece, al mantenerse y resistir allí.

El campo de la futura conquista. — Buenos vientos llevaron a Pizarro y Almagro hasta el golfo de Guayaquil y les permitieron seguir explorando la costa hasta los nueve grados de latitud sur. Encontraron en el trayecto numerosas villas, rodeadas de extensos campos cultivados. Hicieron algunos desembarcos con buen éxito, porque fueron recibidos tan cordialmente que pudieron embarcar en buena cantidad llamas, vasos de oro y plata y mantas de fina vicuña. Tumbez, la principal de las poblaciones que conocieron, llamóles mucho la atención. Como residencia predilecta que había sido del Inca Tupac Yupanquí, no se habían omitido esfuerzos para hacer en ella fácil y grata la vida. Tenía Tumbez acueductos, amplios templos y suntuosas casas de vírgenes del sol.

Tanto Pizarro como Almagro recibieron en estas visitas, referencias de todo género acerca del vasto y opulento imperio a que pertenecían las poblaciones de aquella costa. Habíanse presentado como amigos y como amigos se retiraron. Otra cosa, habría sido una temeridad inútil. No ha-

bía ni qué pensar en conquistar una región tan poblada, sin una fuerte expedición militar.

Vueltos Pizarro y Almagro a Panamá y persuadidos de que sin expresa resolución de la Corona no podrían obtener elementos en la proporción de que habían menester, conferenciaron con Luque y Espinosa y quedó resuelto el traslado de Pizarro a Madrid a fin de que expusiera verbalmente al Rey todo lo visto y la magnitud de la empresa de la conquista del Perú.

Pizarro en viaje a España. — No pudo quejarse Pizarro de la acogida que dispensó el monarca a sus referencias y proyectos. El resultado de ella fueron las "Capitulaciones" de Toledo, por las cuales era nombrado Pizarro capitán general del Perú y se le autorizaba para usar el escudo de su padre natural, que era un hombre de linaje, añadiéndole nuevos cuarteles con el águila imperial y símbolo del país conquistado.

Sus trece compañeros de la Gorgona fueron declarados "hidalgos de solar conocido"; y lo mismo Almagro, a quien se nombraba además teniente de la fortaleza de Tumbez y gobernador del Perú en el caso de faltar Pizarro.

A Bartolomé Ruiz nombrábale la Corona piloto mayor del sur y al canónigo Luque se le daba el título de Protector de Indias en el Perú, en tanto se gestionaba del Papa la creación del Obispado de Tumbez y la provisión del mismo en él.

Antes de abandonar nuevamente la patria, quiso Pizarro visitar a Trujillo, donde naciera y creciera. Encontró allí a sus hermanos, bastardos como él, Gonzalo y Juan Pizarro y a sus medio hermanos Martín de Alcántara y Hernando Pizarro, este último el único hijo legítimo y, acaso fundado en ello, de un natural sumamente orgulloso.

Todos se incorporaron a Francisco Pizarro y regresaron con él a Panamá.

La primera divergencia con Almagro: emprenden, no obstante, los dos, la conquista del Perú. — Informado Almagro de las "Capitulaciones" de Toledo, sobrevino la primera divergencia entre él y Pizarro. Ambos habían puesto el mismo esfuerzo en lo hecho, para los dos serían iguales en lo sucesivo la responsabilidad y la tarea, y el premio era distinto: Almagro, en concreto, sólo obtenía el derecho de reemplazar a Pizarro, en desapareciendo éste.

Las relaciones entre los socios agriáronse mucho, con motivo de estos reproches; y hubo un momento en que se hizo inminente una ruptura y separación entre aquellos dos hombres que podía decirse habían pasado unidos la vida.

Intervino en esta situación el canónigo Luque, que había sido la Providencia de entrambos.

Almagro no tenía contra Pizarro el solo motivo de queja emergente del papel secundario que se le había asignado en las "Capitulaciones". Sentíase también muy molestado por la llegada de los otros Pizarro, en quienes, como es natural, adivinaba predilectos futuros de los planes de quien, siendo su igual, habíase encumbrado a superior.

Era tan evidente la justicia de las reclamaciones de Almagro, que Pizarro no pudo desconocerla y tuvo que ceder. Por el arreglo con que consiguió el canónigo Luque soldar las diferencias surgidas, Pizarro se comprometió a no pedir para sí ni para sus hermanos merced ninguna de la Corona, hasta tanto se concediera a Almagro "una gobernación que comenzase donde acababa la suya". Comprometióse también a repartir los beneficios de la empresa sólo entre los tres socios primitivos, por partes iguales.

Los hermanos de Francisco Pizarro contra quienes

iban visiblemente la mayor parte de estas estipulaciones, no disimularon, durante la tramitación de ellas, el mal efecto que les causaban. Ellos habíanse trasladado a América, en la inteligencia de que el papel de Almagro no había sido ni tenía porqué ser en lo sucesivo sino el de un cooperador y en tal sentido se manifestaron insistente y agriadamente, particularmente Hernando que ya hemos dicho era muy orgulloso y que chocó con Almagro hasta el extremo de casi irse con él a las manos. De haberle sido posible a Francisco Pizarro obtener por sí en Panamá los elementos de que había menester para emprender la conquista del Perú, cabe pensar que no habría resistido la sugestión pertinaz de sus hermanos y que la habría acometido sólo con ellos. Mas los barcos y soldados habíalos siempre proporcionado Almagro, con quien para el efecto habíase entendido, y seguía en ello, el representante del capitalista Espinosa, canónigo Luque.

Fué ésta, según parece, la razón que impuso la aceptación del arreglo, subscripto el cual recibió Francisco Pizarro tres barcos con la tripulación respectiva y una división de soldados, partiendo con sus hermanos rumbo al Perú en enero de 1531. En la costa aquella prepararía el camino para lo que hubiera de hacerse, mientras Almagro concluía de reunir en Panamá mayores elementos y se le incorporaba.

Atahualpa: el momento en que aparece Pizarro por sus dominios. — Tenía en 1531 en el Perú el trono de los Incas, Atahualpa, hijo de Huayna Capac que falleciera seis años antes nimbado por la gloria guerrera, pues luego de combatir catorce años a las tribus quitenses habíalas vencido incorporando a su imperio los vastos territorios que ocupaban hasta Quito (Ecuador actual).

Atahualpa era el Inca, pero no indiscutido ni acatado del todo, por cuanto con más derecho que él a la sucesión

de Huayna Capaz considerábase otro de sus hijos, llamado Huascar.

Los dos hermanos habían guerreado por el trono desde la muerte de su gran padre, estando en prevalencia el primero al desembarcar Pizarro en la costa peruana, lo que hizo por las inmediaciones de un poblado que tenía el nombre de San Mateo.

Hasta allí no llegaba la división existente en el imperio incásico, por la disputa entre Atahualpa y Huascar: a este último sólo le habían quedado algunos millares de adictos, refugiados con él en lo más recóndito de las montañas y no había a su respecto sino recuerdos ocasionales, que no perturbaban ni molestaban a la autoridad del Emperador de hecho.

Pizarro encontróse, sin embargo, con una lucha regional de que era teatro el terreno que pisó al desembarcar. Las tribus de Puna ventilaban con las de Tumbez una vieja cuestión de predominio. Punenses y Tumbecinos rivalizaron en atraerse la simpatía y ayuda de aquel desconocido llegado no se sabía de dónde ni con qué fines, mas que tenía soldados que se imponían al respeto por sus caballos y por sus fusiles. Eligiendo Pizarro el bando que le pareció más fuerte, púsose del lado de los tumbecinos y combatió en favor de ellos durante un año. Y su oportunismo no se equivocó, porque Tumbez ganó esa guerra.

En lo que se equivocó Pizarro, fué en pensar que se había hecho el dueño de la situación. Con arranques jactanciosos que a los tumbecinos les sentaron muy mal, dirigióse a Tumbez para recibir los honores que creía le correspondían en su condición de aliado que había decidido la victoria sobre las tribus punenses. No pudo entrar en la ciudad porque sus habitantes se habían aprestado para resistirlo.

Retroceder habría sido demostrar temor o debilidad.

Los tumbecinos eran muchos y muy valientes; mas sus armas enteramente primitivas daban a las fuerzas europeas, no obstante ser pocas, una potencia que autorizaba a confiar ilimitadamente en ellas. Sobrevino el choque y, como fuera Pizarro el vencedor, hallóse con que tenía libre el camino hacia el interior del imperio incásico.

Avance hasta Cajamarca. — Pizarro estaba comprometido a no moverse de la costa hasta que se le incorporara Almagro; mas ya sabemos la disposición de ánimo en que, respecto a éste, hallábanse sus hermanos y acaso él mismo. Por otra parte, no se puede negar que había esperado bastantemente a su socio: más de un año.

La marcha hacia el interior fué, pues, resuelta por él y, ordenándola, tomaron sus fuerzas el rumbo de Cajamarca, la ciudad en que residía entonces el Inca Atahualpa. Dos largos meses tardó en salvar la distancia que media entre la costa y la ciudad nombrada; mas pudo considerar que había hecho una marcha feliz, pues no la vió interrumpida por acción ninguna de guerra, de las varias que calculó tendría que librar.

Obedecía esto a órdenes severísimas que había impartido el Inca de que no fueran molestados los extranjeros. Tenía Atahualpa sus temores de que fueran ellos enviados de los dioses, por lo que de su indumentaria, armas, etc., le había sido referido; y temía, sobre todo, que viéndose atacados lo tomasen por enemigo y, aliándose con Huascar, crearan una situación de peligro para su permanencia en el trono.

Pizarro llegó a Cajamarca el 15 de noviembre de 1532. La ciudad estaba abandonada y no trepidó en ocuparla. El Inca Atahualpa había tomado posiciones, con un fuerte ejército, en la falda de un cerro cercano. ¿Desconfiaba? Todo autorizaba a suponerlo así. Pizarro procuró destruir esos

recelos enviando al Inca embajadores que le presentasen sus respetos y le ofreciesen su amistad. Atahualpa contestó agradeciendo los primeros y aceptando la última, en demostración de lo cual haría una visita al extranjero en compañía de sus más encumbrados dignatarios.

Escrúpulos a un lado. — Pizarro, cuando hacía todo esto, tenía concebido un plan en que había dejado de lado todo sentimiento de lealtad, mirando sólo al éxito. Quería apoderarse de Atahualpa, para repetir, probablemente, el caso de Cortés con Moctezuma y, por medio del Inca prisionero, conquistar y consolidar el dominio de España en el Perú.

Al expresado efecto resolvió ocultar a sus soldados en formación estratégica dentro de la ciudad, cuando se presentara en ella Atahualpa.

Recibiéndolo él con todos los honores, otros de su campo acecharían la oportunidad de cometer alguna imprudencia que exacerbara a los acompañantes del Inca y provocase un desorden. Producido éste, la tropa oculta caería sobre el grupo del soberano indígena y el plan de hacerse dueño de él quedaría consumado.

Atahualpa, atacado y apresado. — Atahualpa se presentó en la ciudad en el día y hora que anunciara, pero no con una pequeña escolta cual lo imaginaran Pizarro y sus acompañantes, sino con una guardia de honor que por su número se asemejaba a un cuerpo de ejército.

Esto desconcertaba todo lo combinado y Pizarro y sus principales jefes auxiliares reuniéronse en consejo para resolver lo que había de hacerse. Las opiniones estaban divididas y, entretanto, el regio visitante se aproximaba a la plaza principal de la ciudad, frente a la cual, en la casa elegida

por el conquistador para su alojamiento, se verificaba la reunión de que hablamos. Un dominico, fray Vicente Valverde, ocupaba el sitio próximo al conquistador. "Vaya Vd., Padre, y prolongue en lo posible los preliminares de la recepción", díjole Pizarro. El Padre Valverde abandonó el local y se trasladó a la plaza, por una de cuyas calles de acceso desembocaba en ese momento el Inca, conducido en andas y rodeado de servidores y soldados.

El espectáculo de aquella realeza, imponía. Veíase a las claras que Atahualpa había procurado presentarse con todos los atributos exteriores representativos de su poderío. El Padre Valverde, al que se habían reunido los oficiales y soldados españoles dispersos por los contornos, se inclinó reverentemente ante el visitante y con el breviario en una mano y el crucifijo que pendía de su pecho en la otra, inició un discurso en que ensalzaba la fe cristiana y la soberanía debida al rey de España. Al principio Atahualpa contempló con curiosidad el espectáculo de aquel hombre vestido a usansa que él desconocía y que hablaba en un idioma que también ignoraba. Mas el orador continuaba y continuaba... y el personaje para saludar al cual llegaba el Inca, no aparecía. Aquello tomaba el aspecto de un desaire y el semblante de Atahualpa se nubló. En cierto momento en que el Padre Valverde alcanzaba la mayor vehemencia de su oratoria, el Inca perdió la paciencia y levantándose de las andas lanzó un manotón al breviario del dominico y se lo arrojó por el suelo. Al discurso, que quedó interrumpido, sucedió un vocerío de protestas de los dos bandos que amenazaban irse a las manos, con motivo de lo cual Pizarro y sus acompañantes salieron de la casa en que estaban.

Ver el conquistador lo que ocurría y juzgar ideal el momento para lo que anhelaba, fué todo uno. Los acompañantes del Inca eran muchos, mas su inferioridad en arma-

mento era muy grande y no estaban en campo abierto, estorbándose de consiguiente para alcanzar todos el lugar de la incidencia. A una orden que Pizarro impartió irrumpieron sobre la plaza todos los soldados españoles que, listos para entrar en combate, hallábanse escondidos y atacaron al Inca y sus guardianes inmediatos, haciendo entre éstos una verdadera carnicería, pues los cortaron de los demás núcleos que guardaban formación de escolta hasta el campamento del Emperador indígena.

Atahualpa, derribado en tierra durante la refriega, fué recogido y encerrado en la casa de Cajamarca que ocupaba Pizarro.

Para aumentar lo horrendo de aquel cuadro que dibujó ese primer acto, en el Perú, de los que decían y creían representar a la civilización, las sombras de la noche descendieron antes de que hubiese terminado la matanza de indígenas y, junto con aquéllas, abriéronse sobre la tierra las nubes del cielo en una lluvia torrencial.

La proposición de rescate. — Atahualpa no carecía de perspicacia. Al través de lo poco que pudo entender del idioma de sus carceleros, percibió que el sentimiento de la codicia era muy vivo en ellos. No pasó mucho sin que, procurando satisfacerla a aquella, buscase su libertad. La propuesta que hizo a Pizarro fué llenar de oro la habitación que ocupaba hasta la altura que alcanzara con la mano y de plata las dos habitaciones inmediatas hasta la misma altura.

Pactado en esa forma el rescate, pues el conquistador otorgó en el acto su conformidad, acaso dudando de que llegara a tanto el poder del Inca, envió Atahualpa emisarios por todo su imperio en requisa de las joyas de los templos, las de sus palacios y las de sus súbditos, representativas de valores de consideración. Cajamarca presenció poco después

el espectáculo de interminables recuas de llamas cargadas hasta lo máximo que traían de todos los ámbitos del Perú el precio de la libertad de su Emperador.

De haber seguido la requisa como comenzó, no es posible calcular el resultado que habría dado. Pero a vista de tanta riqueza los capitanes, oficiales y soldados europeos que enviara Pizarro acompañando a las comisiones recolectoras, perdieron toda compostura e incurrieron en toda suerte de tropelías. Surgió con este motivo la desconfianza en las tribus indígenas y comenzaron las ocultaciones que aún en nuestros días suscitan pesquisas en ciertos lugares del Perú.

Lo recogido, empero, sobrepasó la línea que trazara Atahualpa en la habitación que le servía de cárcel. Había, pues, él cumplido, por su parte, el convenio hecho.

Sin sospecharlo, da Atahualpa el pretexto de que sus enemigos habían menester. — Quien como Pizarro habíase apoderado del Inca a traición, no podía sentir repugnancia por la infidelidad al pacto de rescate. Tenía en su poder el oro del precio de la libertad de Atahualpa: mas no le abría las puertas de su prisión. El Inca formuló por esto varias veces el reclamo de circunstancias, sin conseguir otra cosa que recomendaciones de paciencia. Ya, en su tiempo, llegaría todo: la prometida libertad también, desde luego.

Pizarro, como se ve, apelaba al recurso de las dilaciones. ¿Estaba realmente en su espíritu el propósito de quedarse con el importe del rescate y, de su parte, no hacerlo efectivo? Todo autoriza a pensar que sí. La libertad de Atahualpa era la rebelión segura del mismo, en tiempo más o menos breve. Una rebelión en que podía suponerse había de acompañarlo la totalidad de la población del imperio,

adicta a él al extremo de ofrendarle sin dificultad cuanto oro le había pedido.

Empero, la felonía del no cumplimiento del convenio, tenía su riesgo; podía suscitar, por obra de la indignación, aquel mismo levantamiento. De ahí que el conquistador escondiera su intención secreta, a la espera tal vez de un pretexto que cuando menos aparentemente la justificase.

El pretexto llególe y fué el mismo Atahualpa quien lo dió. No tenía el Inca, prisionero y todo, otra preocupación que la de su hermano Huascar, en quien presentía que encontrarían los españoles un aliado, apenas se viesen en situación de necesitarlo. Algunos de los comisionados para la requisa de oro que pertenecían al círculo íntimo del Emperador indígena recibieron, pues, de sus labios, bajo la consigna de la más grande reserva, la orden de poner fin por cualquier medio a los días de su hermano. Huascar fué muerto y un rumor anónimo propaló que lo había sido por mandato de Atahualpa.

Pizarro tenía el pretexto que anhelaba. El Emperador habíase hecho reo de un crimen horrendo, que pedía justicia. Tenía su libertad por el rescate; pero la perdía de nuevo por el proceso que era forzoso entablarle, en desagravio de la población indígena misma que había perdido en Huascar a uno de sus exponentes más caracterizados, acaso el Inca legítimo...

Y el proceso de Atahualpa quedó iniciado.

Preséntase Almagro en escena. — Este es el momento en que reaparece en la escena Diego de Almagro. No había cejado en Panamá hasta reclutar, de conformidad a lo convenido, los elementos que se consideraban indispensables para emprender la conquista del imperio incásico, y los conducía consigo: soldados aguerridos en buen número y perfectamente armados, municionados y equipados.

La llegada a Cajamarca del socio de Pizarro produjo en éste y sus hermanos una contrariedad que vanamente trataron de disimular. Hernando Pizarro, ni de disimularla se cuidó; por el contrario, expresábala sin reparos en todas partes. Sobrevinieron con ese motivo, nuevos disgustos entre los socios y sus respectivos adictos. Sin embargo, no en balde era Francisco Pizarro el que hacía de cabeza en su familia. Vió con claridad que una lucha entre Almagro y él representaría el fracaso de ambos en la empresa que habían acometido y, desoyendo a sus hermanos, trató de conciliar las diferencias. Las reconvenciones por haber emprendido la conquista sin la espera convenida de su socio, tenían defensa en la oportunidad que se le había presentado para avanzar: no aprovecharla, habría sido preferir lo complicado del futuro a lo fácil realizable de inmediato. En cuanto a la partición del tesoro logrado, aunque originó grandes dificultades, pudo eliminarlas pactando la entrega de ciel mil ducados para Almagro y su gente.

Almagro, luego de recibir su parte, se alejó de Cajamarca.

El cuantioso botín logrado. — Elevada y todo como era la suma entregada a Almagro, no representó para Pizarro un gran sacrificio. El botín de la conquista del Perú ascendió, en efecto, a 1.326.539 castellanos en oro y 51.510 en plata: aproximadamente treinta y cinco millones de pesos de nuestra moneda.

Algo sin precedentes en la historia de la conquista de América, hasta entonces y después: y que hubiera podido dar testimonio no sólo de la riqueza del Perú en materiales preciosos, sino también del adelanto en que estaban sus pueblos primitivos respecto de los trabajos en oro, plata y piedras finas, a no haberse hecho fundir por los conquistadores los

materiales del rescate del Inca que representaban volumen, al efecto de que ocuparan el menor espacio posible. Es tradición que se pierde en lo remoto, la de que recibieron los conquistadores, entre otras mil curiosas piezas, las de un jardín que tenía Atahualpa constituído por representaciones en oro y plata de canteros, plantas y flores.

Juicio y suplicio de Atahualpa. — El proceso de Atahualpa seguía, entre tanto, y llegó el momento de discutir su suerte. Fué un proceso en el que no se llenaron las más elementales formas de ley. Si la sentencia que de antemano estaba dictada, tardó algún tiempo, no se debió ello a fluctuación del ánimo de los que ejercían de jueces o las exigencias, que no sintieron, del estudio de los cargos acumulados. Se debió a que Gonzalo Pizarro y Hernando Soto abogaban abiertamente por la libertad del Inca, negándose a asumir la menor responsabilidad ante la Corte por su condena. Fué, pues, necesario esperar a que los dos se ausentaran, como sucedió pronto, en virtud acaso de esa oposición misma. Gonzalo Pizarro fué comisionado para llevar al Rey de España las noticias de lo hecho y la parte que a la Corona correspondía en el botín; y a Hernando de Soto se le dió la jefatura de una expedición militar por la zona del imperio incásico próxima a su capital; la ciudad de Cuzco.

Alejados los dos defensores que le habían salido a Atahualpa, quedaron prevalentes las ideas del P. Valverde, un sacerdote que llegaba en su ardor religioso hasta sostener que los idólatras debían ser barridos de la tierra por el hierro y por el fuego. Pizarro, en quien se observa siempre una acentuada tendencia a buscar responsables de los actos que deseaba, más si los comprendía oprobiosos, pasó al P. Valverde el proceso para que opinase respecto a si había sido bien y justamente tramitado. El P. Valverde informó afirmativa-

mente y la sentencia, que era de muerte de horca y hoguera, quedó en condiciones de ser ejecutada.

Cumplióse ella el 29 de agosto de 1533, dos meses y medio después de haber oblado el Inca el precio de su rescate.

El P. Valverde, empeñado en bautizar al Emperador idólatra, sin comprender lo que enturbia a estos actos la coacción, ofrecióle insistentemente a Atahualpa librarlo de la hoguera si consentía en hacerse cristiano. El Inca se negó en frases que han perdurado, como la de que no deseaba ir él a un cielo en el que hubiera de estar recibiendo premio también quien le hablaba.

En un bosque, y de noche, al resplandor de fogatas iluminadoras, tuvo lugar el suplicio de Atahualpa, en medio de escenas que no admiten otro calificativo que el de bárbaras, producidas por el P. Valverde y los soldados de Pizarro, en la supeditación que hacían, a los intereses humanos, de la creencia en el Dios del amor, la piedad y el perdón.

Desgonzamiento del imperio incásico. — Muerto Atahualpa, los lazos que sujetaban unas con otras a las tribus constitutivas del imperio incásico, sufrieron un debilitamiento considerable. Por virtud de él sobrevinieron reyertas, entre las tribus y entre unas y otras provincias, que concluyeron por ser guerras enconadas. Los graneros públicos fueron saqueados y no hubo ley u orden en el Perú que obtuviese obediencia. La clase de los "curacas" perdió su influencia sobre el pueblo, por el alzamiento contra ellos que produjeron los yanaconas. Los mitimaes se retiraron a sus aldeas, sacudiendo las disciplinas de trabajo a que estaban sometidos. El gran imperio incásico, en suma, se comenzó a desmoronar.

El nuevo Inca Toparca y su muerte. — Pizarro com-

prendió que había que contener, y enérgicamente, aquel desquicio. Directamente, sólo habría podido él hacerse obedecer por la fuerza y sus soldados no bastaban a este efecto. Fijándose en Toparca, hermano de Atahualpa, hízolo coronar Inca y, a la sombra de su autoridad, lanzóse a rehacer el vasto imperio desgonzado.

Pero había otro hijo de Huayna Capac, hermano consiguientemente de Atahualpa, Huascar y Toparca, que se consideró con más derecho que éste al trono. Llamábase Titu Auchi y se alzó, acompañado por gran número de parciales, contra la autoridad del nuevo Inca. Sobrevinieron diversos combates, siendo de mencionar uno en que el rebelde sorprendió a la vanguardia de Pizarro y le hizo numerosos prisioneros, por la conducta humanitaria que observaron los que tenían el nombre de salvajes. Titu Auchi sólo aplicó la pena capital a aquellos de sus prisioneros que supo habían sido actuantes en el proceso o la ejecución de Atahualpa. A los demás los puso en libertad. Llevado por estos combates, encontróse Pizarro en un amenísimo valle que convidaba a la vida plácida. Fundó en él la ciudad de Jauja, que desde entonces se hizo simbólica del bienestar.

Allí recibió la reincorporación de Hernando de Soto y Diego de Almagro. Soto había hecho con mal resultado una descubierta hacia Cuzco. Batido por los indígenas, había sido arrastrado hasta los desfiladeros de Vilcacunca, donde siendo inminente su derrota habíanlo salvado Almagro y su gente.

Emprendiendo todos el regreso a Cajamarca, encontróse allí Pizarro con que Toparca había sido asesinado. Era una complicación grave, que lo dejaba como antes. Irritadísimo por el hecho, prestó fe a las voces que circulaban de haber sido el guerrero "Chalcuchina", aliado de los españoles, el asesino de Toparca y, sin preocuparse de pruebas, hízolo quemar vivo.

Manco, sucesor de Toparca. — Tomada al fin por Pizarro la ciudad de Cuzco, recibió allí emisarios de otro hijo de Manco Capac llamado Manco, el cual le pedía su ayuda para coronarse Inca, prometiéndole correspondencia a ese apoyo desde tan alta dignidad. El conquistador no hizo misterio de la satisfacción que le causaba la propuesta, para con la cual contestó que se encontraba en la mejor disposición. En una de sus expediciones por las zonas próximas, púsose en contacto con Manco y, luego de prolongadas entrevistas, dirigióse con él a Cuzco, a donde llegaron los dos el 15 de noviembre de 1533.

Manco fué coronado Inca, cual lo anhelaba: mas las humillaciones con que hubo de pagar esto fueron muy grandes.

Puede decirse que a sus propios ojos y al amparo de su autoridad, nominal más que nada, operóse el saqueo de los templos y edificios públicos de la capital del imperio incásico. Produjo este saqueo ocho millones de pesos oro, que Pizarro y sus soldados se repartieron por orden de jerarquía.

Tuvo además Manco que prestar juramento de vasallaje al rey español.

Pizarro procedió poco después a la distribución de las tierras y encomiendas, así como a la adjudicación de cargos.

El primer puesto en lo civil, el de Gobernador del Perú, lo tenía por las "Capitulaciones" de Toledo. Lo asumió.

El primer puesto en lo eclesiástico, pues el conquistador creíase habilitado para nombrar lo mismo oficiales que prelados, lo discernió al P. Valverde, al que hizo Obispo de la diócesis, que también creó él, de Santo Domingo del Cuzco, con templo fastuoso cuya construcción ordenó.

Ocupación de Nueva Granada, Quito y Venezuela. — Nueva Granada, Quito y Venezuela de la división america-

na de los días de la conquista, comprendían los territorios de las actuales repúblicas de Centro América y los de Colombia, Ecuador y Venezuela de hoy. La ocupación de estos territorios fué lenta y difícil, siendo conveniente que seccionemos su relato para la mejor comprensión de los sucesos.

Nueva Granada: su primer explorador. — El primer explorador de Nueva Granada fué Rodrigo de Bastidas, que apareció por allí en 1525 y fundó una población a la que dió el nombre de Santa Marta. Diestro Bastidas en el negociar, consiguió sellar relaciones de amistad con varios caciques indígenas, de los cuales obtuvo grandes cantidades de oro a cambio de simples baratijas. Despertada con esto la codicia de sus compañeros, que exigieron el reparto de esa fortuna, Bastidas no accedió; motivo por el cual los desoídos se amotinaron contra él e intentaron darle muerte. Bastidas consiguió dominar el movimiento y enviar prisioneros hasta Santo Domingo a los sublevados; pero no sobrevivió sino corto tiempo a las heridas que recibiera.

Nueva Granada: sus gobernadores. — Sucedió a Bastidas, con nombramiento de gobernador de Santa Marta otorgado por la Corona, García de Lerma que se internó en el territorio próximo sin éxito, pues los indígenas lo derrotaron repetidas veces; y que falleció al año, poco más o menos, de nombrado.

Designó la Corona como reemplazante de García de Lerma a don Pedro Fernández de Lugo, quien abandonando para el efecto el cargo que desempeñaba de gobernador de las Canarias, llegó a Santa Marta en compañía de dos mil soldados, con los cuales inició inmediatamente la campaña de reducción de los indígenas que tenía resuelto emprender.

Mientras, resistido y todo Fernández de Lugo, penetraba al interior del río Magdalena, por la parte opuesta de este río emprendía un esfuerzo análogo el capitán Pedro de Heredia, también con autorización real para ello. Luego de fundar Heredia la ciudad de Cartagena, sobre la espaciosa bahía del mismo nombre, redujo a numerosas tribus y obtuvo cuantiosos tributos. Pero el reparto de éstos no satisfizo a todos y los descontentos no pararon hasta obtener el nombramiento de un comisionado que sometiese a juicio la conducta de Heredia con los indígenas que redujera, conducta ciertamente nada humanitaria en muchos casos. El comisionado, que lo fué don Juan de Badillo, se preocupó más de atrapar para sí la fortuna de Heredia, que de hacer justicia a los damnificados.

Nueva Granada: su conquistador. — A tiempo que Heredia desaparecía de la zona del Magdalena que va hasta el Darién, iniciaba su primera campaña, con 700 soldados que le confiara el gobernador de Santa Marta, Fernández de Lugo, Gonzalo Giménez de Quesada, el verdadero conquistador de Nueva Granada.

Giménez de Quesada siguió el curso del Magdalena, con una parte de su gente embarcada y la otra por tierra sobre las orillas del río, afrontando sacrificios inmensos, que sorprende no le acobardasen. Las pestes, los tigres y caimanes, las serpientes venenosas y las torrenciales lluvias, crearon a estos expedicionarios padecimientos indescriptibles. Al año de haber iniciado su marcha González de Quesada, tan denodado valor tuvo su premio. Llegaron los españoles a las mesetas centrales de la actual república de Colombia, que las encontraron pobladas por gente semicivilizada o que a lo menos sabía cultivar los campos y rodearlos de buenos caminos en todas direcciones.

Muqueta, Bogotá, Tunja e Irata, poblaciones principales de la región aquella, fueron pronto sometidas a la autoridad de los europeos, que no pecaron para ello de irresolutos ni de blandos. Las riquezas de que con este motivo se apoderaron los españoles fueron muchas, particularmente en la toma de Tunja, donde —dice el propio González de Quesada— "se hizo un montón de oro tan crecido que puestos los infantes en torno de él no se veían los que estaban de frente y los de a caballo apenas se divisaban".

González de Quesada era oriundo de la provincia de Granada. A los países conquistados dióles, por eso, el nombre de Nuevo Reino de Granada, convertido por abreviación en el de Nueva Granada. No queriendo tampoco borrar del todo la tradición indígena y deseando a la vez rendir un homenaje a la religión que profesaba, llamó a la capital del nuevo reino, Santa Fe de Bogotá.

Quito: la campaña de Benalcazar. — Antes de que Pizarro ocupara la ciudad de Cuzco, en el Perú, había enviado a San Miguel de Piura, con el cargo de gobernador, a uno de sus tenientes que se apellidaba Benalcazar. Hombre de genio inquieto y anheloso de nombradía y de dinero, Benalcazar permaneció poco tiempo en la ciudad que se le había dado a regir. Habiendo tenido noticias de que por el lado de Quito había la posibilidad de conquistas fructuosas en el doble concepto de la extensión territorial y las riquezas, resolvió emprenderlas sin consultar para ello a Pizarro. Cabe en lo probable que a esta actitud de Benalcazar concurriera en alguna forma Almagro, pues él y sus tropas aparecen participando en esta expedición.

Fué ella accidentada y penosa. Las tribus quiteñas eran bravas e indómitas. Benalcazar y Almagro hubieron de hacer sus jornadas en un constante y rudo combatir, viéndose

a punto de ser deshechos en los llanos de Río Bamba por Rumiñani, el más prestigioso y fuerte jefe indígena de aquellas regiones. Mas en definitiva los españoles vencieron, pudiendo llegar hasta la ciudad de Quito, donde naciera Atahualpa, y ocuparla.

Las riquezas imaginadas resultaron un sueño para los expedicionarios. Quito no era el Cuzco. Y no sólo viéronse defraudados en el sentido de los beneficios pecuniarios de la empresa, sino que conforme pudieron considerarla a ésta consumada viéronse amenazados por otros compatriotas que les disputaban la gloria de la misma.

Quito: la expedición de Alvarado. — Eran los soldados de Pedro de Alvarado, que con éste a la cabeza llegaban a Quito casi conjuntamente con Benalcazar y Almagro, habiéndoles precedido en la toma de posesión de la mayor parte del territorio ecuatoriano de hoy. La marcha de Alvarado había sido asombrosa. Con una armada que construyera en Méjico o Nueva España, habíase trasladado él y trasladado sus soldados a la costa del Ecuador actual, de donde se internó hacia Quito librando combates casi diarios con la población aborigen. La detención de la marcha, que no habían podido operar las tribus indígenas, operóla la naturaleza, con una enorme barrera de montañas que se le presentó al conquistador a lo mejor. Eran estas montañas, de las más altas y escarpadas que ofrece la cordillera andina. Alvarado, no obstante, resolvió cruzarlas. Audacia verdaderamente temeraria. Tuvo que dejar en las alturas a la cuarta parte de sus soldados, sepultados entre la nieve luego de haber sido comidos por los cóndores. Pero había llegado por fin: había llegado a Quito, cual se lo propusiera. No le importaba nada lo sufrido. Sentíase aureolado por la gloria y esto era para él la más amplia compensación.

Quito: Benalcazar y Alvarado; el feliz arreglo que evitó se destrozaran. — Alvarado y Benalcazar estuvieron a punto de librar batalla en las inmediaciones de Quito, por el mejor derecho respectivo a esta ciudad, que no quería reconocer el primero como comprendida en la jurisdicción de los capitanes del Perú. Mas, al fin, los que iban a chocar se entendieron. Alvarado desistió de sus pretensiones, a cambio de que le adquiriese el gobierno español del Perú, la flota que había dejado fondeada en Caracas y el resto de sus fuerzas, por la suma de ciento veinte mil castellanos de oro.

Requería este arreglo la ratificación de Pizarro y con este objeto Alvarado pasó a Cuzco, donde aquél hízole objeto de una espléndida recepción y agasajos, aprobando a la vez y haciendo efectivo el pacto de Quito.

Al aparecer Alvarado en Venezuela era ya un militar afamado. Esta fama habíasela dado su actuación en Guatemala, la conquista de la cual no puede referirse, como veremos, sin mencionar su nombre de manera muy principal.

Panamá: Pedrarias Dávila y su acción. — Conocemos ya la rivalidad que se produjo entre Vasco Núñez de Balboa y Pedrarias Dávila que gobernaba en el Darién, con su epílogo doloroso de la derrota y muerte del descubridor del Pacífico. Si ambicioso fuera éste, no lo era menos el otro. Quería gobernar Pedrarias, no solamente sin émulos, sino también sin próximos censores. Para sustraerse a la dependencia y a la observación de las autoridades españolas establecidas en la isla de Santo Domingo, cruzó el istmo y en su extremo fundó en 1518 la ciudad de Panamá, que convirtió en centro y base de sus empresas.

Nicaragua: Espinosa, González Dávila y Fernández de Córdoba. — Las tres primeras expediciones a los dominios

del cacique Nicarao, de donde el nombre de Nicaragua dado despues a la región, fueron fruto de la iniciativa de Pedrarias Dávila. Estas tres expediciones, tuviéronlas bajo su dirección inmediata Gaspar de Espinosa, Gil González Dávila y Francisco Fernández de Córdoba. Espinosa salió por aguas de Panamá en 1519, llegando en sus reconocimientos hasta el lago de San Lúcar o de Nicoya; González Dávila penetró en los lagos de Nicaragua y de Managua; y Fernández de Córdoba descubrió el río de San Juan, luego de haber fundado varias ciudades, entre ellas la de León, sobre el lago de Managua.

Honduras: Olid, sus accidentadas victorias y su muerte. — El conquistador de Honduras fué un audaz y valeroso teniente de Hernán Cortés que se llamaba Cristóbal de Olid. Emprendió su campaña con elementos de que le proveyó y con autoridad que le otorgó el conquistador de Méjico. Pero Olid, a igual que la mayor parte de los capitanes de aquellos días, apenas se vió con poder quiso considerarse únicamente dependiente de la Corona, incurriendo por ello en las iras de quien lo enviara, que resolvió castigarlo. A este efecto salió de Méjico para Honduras un cuerpo de tropas al mando de Francisco de las Casas, otro oficial de Hernán Cortés. La situación en que se hallaba Olid no era en ese momento nada satisfactoria, por cuanto habíale salido al paso, disputándole el dominio del territorio de Honduras, Gil González Dávila, al que hemos ya visto actuando en Nicaragua y que con una expedición para ese país, que había organizado en Santo Domingo, había desembarcado en el territorio hondureño. Las Casas, empero, naufragó y llegó a Honduras con su expedición deshecha, cayendo él y los soldados que le restaban prisioneros de Olid; y cayó también en poder de éste, González Dávila a raíz de una derrota. Cristóbal de

Olid no tenía ya en Honduras enemigos que pudieran inspirarle recelo. Mas, en vez de ahorcar a Las Casas y González Dávila, como acostumbraban hacerlo los conquistadores con sus contrarios, los trató magnánimamente. Diéronle éstos el pago más ingrato. Poniéndose de acuerdo tramaron un complot a base del asesinato de Olid y, efectuado éste, hízose cargo Las Casas de la autoridad.

Honduras: presentación de Hernán Cortés. — En tanto se producían estos sucesos, Hernán Cortés había tenido noticia del naufragio de Las Casas y empeñado en que la rebelión de Olid no quedara impune, organizaba otra expedición y se ponía él mismo a la cabeza de ella. No tuvo esta expedición mayor papel, pues que al llegar a Honduras encontróse con que no había ya rebeldía que castigar allí, al mando como estaba esa región de Las Casas; pero tuvo una nota que ha hecho no pueda pasarla por alto la historia. En esta expedición había llevado consigo Cortés a Guatimozín, el último emperador azteca, de tan denodada conducta en la resistencia de Tenochtitlan. El conquistador dispensábale mucha confianza y le daba trato amistoso; pero habiendo recibido denuncia de que Guatimozín preparaba un alzamiento, Cortés lo hizo ahorcar sin más trámite en uno de los árboles del camino.

Guatemala: su conquista por Alvarado. — El territorio de la actual Guatemala fué conquistado por Pedro de Alvarado, soldado también de Hernán Cortés como Olid y, como éste, enviado por el conquistador de Méjico para ese esfuerzo ampliatorio de su acción en América. La primera parte de la campaña de Alvarado fué ruda porque los indígenas de la región eran muchos y muy ardorosos. Se puede asegurar que sin las aptitudes militares descollantes que de-

mostró poseer Alvarado, no se habría establecido en Guatemala el dominio español en la fecha en que se estableció (1524). Pero si el enviado de Hernán Cortés adquirió gloria con sus avances sucesivos en el territorio de Guatemala y la fundación de San Salvador con que los coronó en 1525, dejó también el recuerdo de una mano sumamente dura que, por decirlo así, anegó en sangre a la región.

Guatemala: Alvarado, adelantado y capitán general. — Pedro de Alvarado se ausentó a España, dejando el gobierno a cargo de su hermano Jorge. Regresó de allá con los títulos de Adelantado y Capitán General de Guatemala, cargo en que con un carácter menos inquieto habría podido alcanzar tranquilamente y sin esfuerzo grande honor. Pero las aventuras seducíanlo con fuerza irresistible. Oyó hablar de lo que connacionales suyos estaban haciendo en el Perú, del renombre y las riquezas que con ello adquirían, y al Perú se dirigió con un cuerpo de tropas en la expedición que ya hemos relatado. Incurría Alvarado, con esto, en una doble falta: el abandono del cargo que la Corona le confiara y la intromisión en los asuntos de un territorio donde no tenía jurisdicción y de donde no había sido llamado. Sabedor el Rey de lo que pasaba, dispuso que la Audiencia de Méjico sometiese a juicio a Pedro de Alvarado. Ya éste había regresado del Perú, pero a la llegada a Guatemala del representante de la Audiencia de Méjico, don Alfonso de Maldonado, Alvarado puso la distancia entre los dos, yéndose primero a Honduras y embarcándose luego para España.

Guatemala: el interinato de Maldonado y la acción de Fray Bartolomé de Las Casas. — Acéfalo el gobierno de Guatemala con la ausencia de Pedro de Alvarado, asumiólo el representante de la Audiencia de Méjico que fuera para

juzgarlo. Formó este interinato el contraste más resaltante con el estado de cosas que había reinado hasta entonces, por la circunstancia de ser don Alfonso de Maldonado un hombre de ley y de corazón, que por ambos motivos repudiaba toda crueldad; y por la de coincidir con su gobierno la llegada a Guatemala de Fray Bartolomé de Las Casas, preconizador nobilísimo de la conquista por medio de la bondad. El Padre Las Casas, que había aplicado su sistema en Nicaragua con un extraordinario resultado, mereciendo por ello de la Corona el título de Protector de los indios, pudo hacerlo igualmente en Guatemala y con análogo fruto. Consistía el sistema del Padre Las Casas en la penetración a las poblaciones indígenas de sacerdotes de su Orden, la Dominicana, en el carácter de vendedores de canciones sencillas y melodiosas cuya letra estaba redactada en lengua quiché. Como los frailes presentábanse acompañados de indios ya convertidos que entonaban en coro aquellas canciones, no necesitaban mucha explicación para ser comprendidos; y como letra y melodía habían sido buscadas de conformidad a las inclinaciones más acentuadas del alma del indígena, éste sentíase muy pronto cautivado y quería saber el origen de la música y de los que la vendían y enseñaban. La música —se decía a los indios— era emanación sentimental del alma humana hacia la excelsitud que perdiera y recuperaría con la muerte, si alcanzaba la gloria eterna; porque el mundo no se había hecho por sí mismo; habíalo hecho alguien que, siendo suprema potencia, era a la vez amor supremo y suprema justicia; alguien que había dado sus leyes y que era Dios. Los indios no tardaban en apreciar la superioridad de esta doctrina y sus derivaciones conocidas, sobre la torpe y bárbara que practicaban a base de los sacrificios humanos. Las poblaciones, unas tras otras, iban en Guatemala incorporándose a la conquista cristiana, con la misma amplitud que sucediera en Nicaragua.

Guatemala: reaparición de Alvarado y su muerte. — Esta era de pacífica y fructuosa labor vino a ser interrumpida por la reaparición de Pedro de Alvarado, que habiendo justificado su conducta en España regresaba dispuesto, como siempre, a imponerse por el hierro y por el fuego. Honduras hallábase en una situación no bien definida: ignorábase de qué autoridad dependía a punto fijo. Alvarado la incorporó a su Adelantazgo y, como algunos caciques se mostraran poco satisfechos de ello, hízoles apresar a todos y les dió muerte. Pero en otras provincias de las de su mando hubo no ya descontento, sino sublevaciones. Alvarado organizó tropa en seguida y marchó hacia el peligro. El Adelantado y Capitán General de Guatemala era a la sazón un hombre de muy grande corpulencia y, subiendo con sus tropas una sierra, no tuvo agilidad suficiente para esquivar el cuerpo de un caballo que rodó delante de él. Apretado por el bruto quedó tan mal herido que falleció a los tres días. Esta muerte, que permitió la reaparición de la era de paz en Guatemala, porque la Corona entregó definitivamente su gobierno a don Alfonso de Maldonado, ocurrió en junio de 1541. La capitanía general de Guatemala quedó dependiente del Virreynato de Méjico o Nueva España, engrosándose en 1573 con las provincias de Nicaragua y Costa Rica, esta última explorada, primero, en 1528, por Jorge de Alvarado, hermano del Adelantado, y definitivamente conquistada después por el sistema tan justamente célebre del Padre Las Casas.

Venezuela: su lastimoso conocimiento inicial del europeo. — Los pobladores del territorio de la actual Venezuela en la época de la conquista, no conocieron al europeo sino para sentirse forzados a odiarlo y rechazarlo. Fué el territorio de Venezuela, en efecto, el elegido para sus correrías por los negreros de la época; y fueron los indios que las expedi-

ciones de esos negreros arrebataban en la zona venezolana, los que alimentaron mayormente el comercio de esclavos que tenía como principales mercados, en América, a las islas de Cuba y Santo Domingo.

Venezuela: su primera población. — La primera población que los europeos fundaron en Venezuela fué la de Coro y se debió al capitán Castellón, enviado por la Audiencia de Santo Domingo, a indicación expresa de Carlos V, para que pusiera fin a la persecución del indígena que hacían allí los negreros. Castellón pudo hacer esto porque se había puesto al habla con el cacique Manaure y había logrado inspirarle confianza. La acción de Castellón, que acaso se hubiera ampliado de manera notable, fué interrumpida por una concesión que hizo en aquella fecha la Corona española, por el estilo de las que hiciera Inglaterra de algunos de los territorios de los Estados Unidos de hoy.

Venezuela: la concesión Welsers. — Esta concesión confiaba la conquista del territorio de Venezuela a cierta compañía que habían fundado unos comerciantes de Ausburgo, los señores Welsers, quienes se responsabilizaban de los gastos de la empresa y se comprometían a fundar dos ciudades y tres fortalezas en el término de dos años, poblándolas con 300 soldados españoles y 50 marinos alemanes. Una de las cláusulas del contrato contenía la autorización, para los Welsers, de sacar indios de Venezuela y venderlos como esclavos. Aun cuando tentativas de exploración y conquista hiciéronse varias por los representantes de los Welsers, lo único que propia y realmente les interesó a ellos fué el uso de la autorización dicha. Fueron tan grandes, con este motivo, los daños que sufrió Venezuela, que la concesión hubo de ser suspendida en 1546, a los 17 años de otorgada.

Venezuela: Alpuger, Spira y Sederman. — Ambrosio Alpuger fué el primer representante que tuvieron en Venezuela los Welsers y a quien dieron el título de gobernador. Construyó embarcaciones y en ellas o siguiéndolas por la costa reconoció el país hasta el lago Maracaibo y el río Magdalena. Lo que avanzó fué mucho; empero mayores fueron sus crueldades. Murió al regreso de su segunda expedición, a manos de los indígenas que le miraban como un monstruo de ferocidad.

Previo un interinato de dos años, que estuvo a cargo de un oficial oscuro e inactivo, pasó en 1583 el gobierno de Venezuela a Jorge Spira que expedicionó durante cinco años por el interior del país, sin éxito en el sentido de la conquista, porque jamás fué dueño sino del terreno que pisaba.

Nicolás Sederman, que reemplazara a Spira en Coro durante su ausencia, no esperó el regreso de éste para expedicionar por su parte. Sus viajes hicieron adelantar bastante los conocimientos que se tenían de la región de Venezuela y terminaron en las inmediaciones de Bogotá, donde encontrándose con Giménez de Quesada, el conquistador de Nueva Granada, pactó con éste la entrega de sus tropas y su concurso personal al mismo fin por la suma de diez mil pesos oro.

Venezuela: Urre y el país del Dorado. — La continuación de las expediciones en territorio de Venezuela estuvo a cargo de Felipe de Urre, alemán también. Saliendo Urre de Coro, en junio de 1541, viajó hasta 1545 en que falleció asesinado. El principal empeño de Felipe de Urre había sido dar con un país a que los españoles llamaban El Dorado y que los indios ofrecían constantemente a la sed de riquezas de los europeos, diciéndoles ora que estaba al

Este ora que al Oeste, a sabiendas de que no estaba en parte ninguna. En ese país denunciaban los indígenas, con la mayor imperturbabilidad, fantasías como la existencia de un ser coronado que se daba todos los días friegas con una resina odorífera hecha de polvos de oro, lo cual —agregaban— no debía causar la menor extrañeza por cuanto el oro abundaba allí como la arena de los ríos, que lo contenía en proporción de la mitad y aun más. Al lanzarse Felipe de Urre en busca del país de El Dorado, con la ineficacia que se adivinará, no fué el único europeo que prestó fué a la patraña esa, ni el que por correr tras conquista tan vana se sacrificó en proporción mayor. Fueron muchas en el siglo XVI las expediciones que se hicieron con idéntico objetivo y que obtuvieron el mismo triste resultado.

Venezuela: los que definitivamente la conquistaron. — Los que, en definitiva, conquistaron a Venezuela fueron los españoles, abarcando este fructuoso esfuerzo el período de tiempo comprendido entre los años 1546 y 1567 y destacándose en él: 1º Juan Pérez de Tolosa, primer gobernador y Capitán General de la provincia de Venezuela, en la que inició el reparto de tierras y organizó regularmente el trabajo; 2º, Juan de Villegas, sucesor de Pérez de Tolosa, que fundó nuevas poblaciones, entre ellas la de Barquisimeto o Nueva Segovia; 3º, el gobernador Villacinda, que fundó Valencia del Rey; 4º, Diego García de Paredes, que fundó a Trujillo; 5º, Francisco Fajardo que en 1560 fundó una población en el mismo lugar de la Caracas actual y, por último, el capitán Diego Losada que en 1567 fundó a la capital presente de Venezuela con el nombre de Santiago de León de Caracas.

Las guerras civiles del Perú. — La impresión causada

en la Corte de Madrid por las noticias y la parte del botín de la conquista del Perú que llevó Hernando Pizarro, no es para descripta. Todo cuanto al respecto dijéramos sería poco. El monarca, que era Carlos V, y sus más altos dignatarios, rivalizaron en atenciones para con el enviado y se desvivieron por recompensar con esplendidez a los meritorios súbditos que así ensanchaban los dominios de España y concurrían a reparar el quebrantamiento en que estaban sus finanzas.

Una resolución real confirmó el nombramiento de gobernador del Perú otorgado a Francisco Pizarro por las "Capitulaciones" de Toledo, concediéndole setenta leguas más de jurisdicción hacia el Sur sobre las doscientas que aquellas "Capitulaciones" le asignaron. Por el mismo documento otorgóse a Diego de Almagro el título de Adelantado del Perú, con doscientas leguas de jurisdicción que deberían contarse desde los límites meridionales de la zona jurisdiccional de Pizarro.

A la provincia que gobernaría éste se le daba el nombre de "Nueva Castilla"; y a la que gobernaría Almagro, el de "Nueva Toledo".

El pleito entre Almagro y los Pizarro. — Precisamente de aquí arrancó el pleito, que tan considerables consecuencias había de tener, entre Diego de Almagro y los Pizarro.

Con la medición imperfecta propia de aquellos tiempos, no era posible la exactitud. Entraba por mucho en esa clase de operaciones la apreciación individual. Fundado en cálculos de "conocedores", Almagro se persuadió de que la ciudad de Cuzco estaba fuera de las doscientas setenta leguas, contadas desde la costa, que la Corona había asignado a Pizarro; y caía dentro de las doscientas que se le habían otorgado a él. Cuzco era la más importante ciudad del Pe-

rú entonces y la que encerraba, por decirlo así, toda la tradición del imperio incásico.

Pero a Juan y Gonzalo Pizarro, que ejercían en Cuzco la representación de su hermano Francisco, a la sazón ausente, no les demandó mucho trabajo oponer a los cálculos de Almagro otros según los cuales las doscientas setenta leguas iban más allá de los límites de la ciudad aquella, dejándola de consiguiente comprendida en la zona del dominio de ellos.

Agotado el recurso de las reclamaciones pacíficas, Almagro presentóse con sus tropas delante de Cuzco, dispuesto a imponer por la fuerza lo que creía su derecho. El asalto se esperaba por momentos, cuando se presentó inopinadamente Francisco Pizarro, entrando con este motivo a conferenciar los dos socios.

Francisco Pizarro sabía halagar las ambiciones y consiguió encender las de más fama y más riquezas que existían latentes en Almagro, proponiéndole que se hiciera cargo, de manera exclusiva, de la conquista del reino de Chile, hasta entonces no emprendida.

Almagro aceptó y quedó con esto conjurado por el momento el conflicto por la posesión de la capital histórica del imperio incásico.

Francisco Pizarro como gobernador. — El período que subsiguió en el Perú a la partida de Almagro para Chile, muestra a Francisco Pizarro con aptitudes para el gobierno sorprendentes en un hombre de su precaria ilustración.

Creó y reglamentó en la vasta zona de su autoridad la administración de la justicia, organizó el trabajo de los indios en las encomiendas, activó la colonización de Puerto Viejo o Caracas, dividió en distritos el antiguo imperio colocando al frente de cada uno de ellos el respectivo funcionario responsable y fundó poblaciones que facilitaran la salida hacia el

mar de los productos del suelo: así por ejemplo, la ciudad de Lima, a orillas del Rimac; y Trujillo, como escala que, dada la distancia se hacía necesaria, entre Lima y San Miguel del Piura.

Levantamiento de Manco Inca y sus parciales. — Pero esta acción progresista, que consolidaba día por día la influencia y el dominio de los europeos en el Perú, obscurecía y debilitaba en proporción inversa la significación y la autoridad del Emperador indígena.

Manco Inca, que resultaba siendo sólo una figura decorativa en el manejo de los intereses de su pueblo, comenzó a urdir en secreto un levantamiento. El momento no podía serle más propicio para este efecto porque, coincidiendo con la expedición de Almagro a Chile, las demás fuerzas españolas habíanse dispersado para exploraciones en diversos rumbos. Sentidos empero los trabajos de Manco Inca, fué preso y encerrado cuando, muy adelantado el desarrollo de su plan, disponíase a abandonar Cuzco para ponerse a la cabeza de las masas indígenas sublevadas.

En esta situación llegó a Cuzco, de regreso de su viaje a España, Hernando Pizarro y se hizo cargo del gobierno de la ciudad, iniciando una política de atracción de la población indígena, cuyo primer acto fué la libertad de Manco. Pero el Inca, que se había mostrado muy agradecido a los propósitos de Hernando Pizarro cuando, preso aun, se los comunicó, desapareció misteriosamente de la ciudad casi enseguida. Gonzalo Pizarro entró en recelos y ordenó se indagara su paradero y se le detuviera nuevamente. Mas, ya era tarde: Manco Inca tenía formado un ejército, con el que resistió las primeras embestidas que se le llevaron y, avanzando luego, atacó a Cuzco y la puso sitio en febrero de 1536.

Sacksahuaman y Ollantantaimbo. — La necesidad de abreviar, impónenos pasar por alto los numerosos combates a que este sitio dió lugar. Bástenos decir que, en definitiva, Manco Inca fué obligado a levantarlo y, perseguido, se atrincheró en una fortaleza cuyas ruinas, que se conservan, hablan todavía de la reñida y heroica lucha que se desarrolló en ella.

Fué objeto la fortaleza de Sacksahuaman de numerosos e intrépidos asaltos, uno de los cuales costó la vida a Juan Pizarro. Su hermano Hernando consiguió en otro de ellos tomar una torre de la fortaleza: el jefe indígena que la defendía, viéndose perdido, se lanzó desde la altura al abismo inmediato, pues Sacksahuaman era una montaña fortificada, prefiriendo la muerte al deshonor de la conquista por el enemigo de aquella posición tan valiosa, fiada a su pericia y a su fiereza.

Sacksahuaman soportó después de esto, un sitio de siete largos meses; pero su conquista, que al cabo la obtuvieron los españoles, no concluyó con la sublevación de Manco. El Inca continuó dueño de una zona territorial extensísima, en la que (rasgo de previsión que llama la atención en salvajes) licenciaba temporariamente parte de sus soldados para que atendieran a las labores agrícolas, regresando luego a las filas.

Habían levantado los indígenas otra fortaleza que es en la historia no menos célebre que Sacksahuaman: la de Ollantantaimbo. Ella fué el punto de cita para las reincorporaciones periódicas de los adictos de Manco, para la recepción de las nuevas tribus que constantemente lo robustecían con su adhesión y para depósito de armas y municiones, pues los indígenas se habían adiestrado en el manejo de las armas de fuego, las buscaban preferentemente y solían, por sorpresa, conquistarlas en buen número.

Almagro regresa de Chile. — Podrá pensarse que aquella

lucha se acercaba a su fin, mas Manco Inca reapareció de pronto frente a Cuzco con un fuerte cuerpo de ejército. Cuzco había comenzado a ser sitiada nuevamente, cuando supo Hernando Pizarro que fuerzas militares, que no eran de Manco Inca, aparecían por el lado libre aun de la ciudad. ¿Serían de su hermano Francisco o de alguno de los otros capitanes adictos a él?

No resultó así. Eran las fuerzas de Diego de Almagro, que regresaba de Chile desengañado y agriado, pues su expedición por ese reino no le había proporcionado sino sufrimientos.

Hernando Pizarro envióle en el acto emisarios a fin de conocer sus intenciones y, previéndolas, ofreció al propio tiempo la paz a Manco, a quien llegábanle a la vez mensajes de Almagro, recordándole que era un viejo amigo de los indígenas y proponiéndole el establecimiento entre ellos de relaciones cordiales.

Almagro tenía ya su línea de conducta adoptada antes de aproximarse a Cuzco. No estaría ni con el Inca ni con Hernando Pizarro, sino sólo con lo que consideraba su derecho: la posesión de aquella capital.

Manco por su parte, sin pronunciarse respecto a la oferta de paz, solamente tenía una preocupación: la de impedir que pudieran unirse aquellos dos europeos, separados por una antigua rivalidad, empero dominados por el mismo pensamiento de hacerse dueño del Perú.

Mientras Almagro, pues, se preparaba para atacar a Cuzco, Manco Inca le presentó batalla.

Almagro bate a Manco Inca y toma a Cuzco. — Los cálculos de Manco no le salieron como pensó. Tenía él muchos más soldados que Almagro; mas los de éste venían con la disciplina y el adiestramiento de una prolongada y brava

campaña. Libróse la batalla en el valle de Yacay y ella fué favorable para Almagro quien, conforme pudo arrojar a las montañas, deshechos, a los parciales del Inca, y a éste, volvió sobre la ciudad dispuesto a tomarla.

La consternación en Cuzco fué general. Hernando y Gonzalo Pizarro, que mandaban en la ciudad, sólo admitían que pudiese Almagro conquistarla pasando sobre sus cadáveres. La resistencia no sería menos activa e intensa que el asalto. Resultado seguro: la destrucción de Cuzco.

Intervinieron ante Almagro los Oidores de la ciudad, pidiendo una tregua que aquel concedió. Pero, fuera que sospechara el viejo guerrero de los verdaderos móviles de los Oidores, muy ligados como estaban a los Pizarro; o que no hubiera tenido intención, al efectuar el pacto, de cumplirlo, es el hecho que lo violó en la noche del 19 al 20 de abril de 1537, penetrando en la capital incásica, tomándola y, encarcelando a Hernando y Gonzalo Pizarro.

Al tener noticia de estos hechos Francisco Pizarro, envióle embajadores a su antiguo socio, en gestión de una solución amistosa de la nueva incidencia. Pero la influencia del conquistador sobre Almagro, no se ejercitaba de presente y debía, por otra parte, estar muy debilitada. Almagro se negó a escuchar toda proposición que no reposara sobre la base del mantenimiento de su autoridad en Cuzco.

Apenas había terminado Almagro con esta negociación, tuvo que afrontar las hostilidades que Manco Inca, reorganizado y fuerte de nuevo, abrió contra él. Salió con sus soldados de la ciudad y batiólo otra vez no bien lo encontró, poniéndolo en fuga con lo que le quedó de ejército y obligándolo a refugiarse en las fragosidades de Vilcabamba.

Luego de constituir en Cuzco autoridades de su confianza, Almagro tomó el rumbo de la costa, anheloso de fundar una ciudad que rivalizase con Lima. Lo hizo; empero sin que

esa fundación hubiese de sobrevivirlo, más tal vez que por la elección del lugar de Chincha, que éste fué el nombre de la población, porque se acercaba el ocaso y fin de su carrera.

Hernando Pizarro se evade de su cárcel, organiza fuerzas, derrota a Almagro y le aplica la pena capital. — Estando todavía en Chincha, supo Almagro que Hernando Pizarro se había evadido de su cárcel en Cuzco y levantaba fuerzas contra él.

Aunque su salud estaba quebrantada, no trepidó el antiguo socio de Pizarro en acudir a conjurar ese peligro, Hernando Pizarro y él pusiéronse en contacto en los primeros días de noviembre de 1537.

Se abrieron negociaciones que fueron rotas, por imposibilidad de avenirse entrambos, el 13 del mismo mes y año. El mal estado de la salud de Almagro había continuado. Hallándose postrado en cama y grave, fué atacado por Hernando Pizarro en las Salinas. Aunque sus capitanes hicieron lo posible por reemplazarlo, debió sentirse mucho la ausencia de las vistas y el temple del expecto guerrero, porque la batalla de las Salinas le fué adversa a Almagro hasta el punto de quedar prisionero.

Siguiendo Hernando Pizarro para Cuzco, retomó la ciudad, restableció su imperio en ella y no teniendo para su rival, viejo y enfermo, el respeto que Almagro tuviera para con él, hízolo ejecutar.

Los restos de Almagro fueron depositados en la Iglesia de la Merced, de Cuzco; y su hijo Diego, que era todavía un adolescente, fué enviado a Lima.

Francisco Pizarro, su conducta ante la tragedia y la ley de la Corte de Madrid. — Francisco Pizarro pareció impresionarse mucho con la tragedia que había costado la vida a su

amigo y socio. Según algunos cronistas, lloró amargamente y reprobó la conducta de sus hermanos. Lo positivo es que adoptó al hijo de Almagro, alojándolo en su casa y resolviendo que fuese tratado como si fuera hijo suyo.

Pero, las medidas que adoptó una vez trasladado a Cuzco, no fueron de castigo ni de proceso para Gonzalo y Hernando Pizarro. Por el contrario, fueron la confirmación del primero como gobernador de la ciudad, cargo que había asumido; y el envío del segundo a la corte de Madrid, a fin de que expusiera al monarca las razones que habían determinado la horrenda ejecución.

El conquistador preveía, como se ve, que esos motivos no fuesen comprendidos allá. Y no lo fueron.

Aparte de la resolución que luego vendría a ese respecto, basta para lo afirmado la recepción fría que se hizo en Madrid a Hernando Pizarro y su confinación subsiguiente en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, de donde no salió sino para morir, después de veinte años de encierro.

Envío de Valdivia a Chile. — Entre tanto, Francisco Pizarro había regresado a Lima, donde se entregó por espacio de varios años a las tareas administrativas, promoviendo durante ellos una nueva expedición a Chile, que confió a Pedro de Valdivia.

Los almagristas. — Hallábase el conquistador en la plenitud de su grandeza y poderío; pero sentía siempre agitarse en su torno el recuerdo de Almagro: y hubo de ver formarse, sin que le fuera dado evitarlo, un partido que rodeaba cada día más desembozadamente al hijo, hecho ya hombre, del ejecutado de Cuzco.

La situación que de aquí se originó para entrambos, fácilmente se adivinará. Llegó un día en que ella hizo crisis y

el joven Almagro fué expulsado del palacio del conquistador.

Levantamiento contra Francisco Pizarro y su muerte. — Esta medida fuéle fatal a Pizarro. El almagrismo tomó pie de ella para propiciar los temperamentos de violencia y el 26 de junio de 1541 estalló una conspiración que llevó frente a la casa del gobernador una turba enfurecida.

Francisco Pizarro no era hombre de intimidarse ante peligros. Salió del interior de su casa para contener a los asaltantes; mas no tuvo tiempo ni de llegar a la puerta de calle, por ser derribado de una cuchillada que le cortó la carótida.

Bañado en sangre fué su acto postrero humedecer en ella sus dedos y trazar en el suelo una cruz que besó fervorosamente. Instantes después era cadáver.

El hijo de Almagro, gobernador del Perú. — Los conjurados lanzáronse en seguida por las calles de Lima a los gritos de "¡Viva el Rey! ¡Muerto es el tirano! ¡Póngase la tierra en justicia!" e hicieron gobernador a Diego de Almagro, que contaba a la sazón veintidos años de edad.

Intervención de la Corona. — Antes de estos sucesos, Carlos V de España había resuelto intervenir en el Perú. La muerte de Almagro parecióle que no podía ser dejada impune y a fin de levantar el respectivo juicio envió al licenciado Vaca de Castro, que tenía entre sus instrucciones la de respetar la autoridad de Francisco Pizarro empero haciéndolo colaborar en su misión y reemplazándolo en caso de que muriera.

Al llegar Vaca de Castro al Perú, encontróse con que había otro crimen de por medio y con que la desaparición de Pizarro ponialo al frente del gobierno.

Inmediatamente tomó el rumbo de Lima con las tropas que lo acompañaban, resuelto a imponer las órdenes del Rey.

Derrota y muerte del hijo de Almagro. — Los almagristas dieronse cuenta de lo que les esperaba y resolvieron resistir al enviado de Carlos V, saliendo con tal objeto de Lima hasta un lugar denominado Guamanga, en el que le presentaron batalla a Vaca de Castro.

Fué un combate renidísimo. El joven Almagro, que había heredado la intrepidez de su padre, hizo prodigios de valor: mas el fuego de los soldados de Vaca de Castro barríale las filas de manera espantosa y con el representante del Rey estaba un coronel que llegó a ser llamado, por los extraordinarios recursos que sabía poner en juego, el demonio de los Andes. Era Francisco de Carvajal. Las fuerzas del joven Almagro comenzaron a ceder y la derrota se pronunció para él.

Huyendo al verse perdido fué a dar a Cuzco, contando con que esta ciudad, en que era tan vivo el recuerdo de su padre, les respondería. Mas Cuzco estaba con el Rey. El infortunado joven encontró, pues, la cárcel donde imaginó que se salvaría y reharía.

Por orden de Vaca de Castro, fué condenado a muerte y decapitado, inhumándose sus restos en la misma Iglesia de la capital del imperio incásico en que fuera enterrado su padre y al lado de él.

Fray Bartolomé de las Casas y los indios. — En este momento adquirió resonancia en todo el Perú y repercutió hondamente en España la generosísima campaña emprendida por Fray Bartolomé de las Casas en favor de los naturales del país, los indígenas, reducidos por el régimen de las encomiendas a una situación que, sin tener el nombre, tenía la realidad de la esclavitud.

La Corona declara abolido el régimen de las "Encomiendas". — La palabra del insigne fraile culminó a tal pun-

to, para honor de la civilización humana, que el régimen de las encomiendas entró en crisis en la corte madrileña, la cual decidió su abolición junto con la prohibición del trabajo personal forzado de los indígenas, creando para entender en estos asuntos una Audiencia en Lima compuesta de cuatro magistrados y un Presidente, que lo fué don Blasco Núñez de Vela.

Batalla de Añaquito. — Núñez de Vela llegó a Tumbez en marzo de 1544, proclamó las nuevas leyes y se dirigió a Lima.

Pero la abolición de las "Encomiendas" y la prohibición del trabajo personal forzado de los indígenas, hería intereses enormes de los conquistadores y sus allegados; y estos intereses buscaron su defensa. Quedaba todavía un Pizarro en el Perú: Gonzalo. En torno de éste se reunieron todos los descontentos, que contemplaban como un despojo la resolución de la Corona.

Núñez de Vela tuvo en seguida un ejército que resistía su misión y se mostraba resuelto a impedirla. Al frente de ese ejército estaba Gonzalo Pizarro y con él el "demonio" que Vaca de Castro condujera al Perú: Carvajal.

Hubo de darse una batalla que resolviera el conflicto y fué la de Añaquito, el 16 de enero de 1546.

Derrotado y herido Núñez de Vela, emprendió el regreso a la metrópoli para declinar la comisión que se le había dado.

Gonzalo Pizarro, gobernador del Perú, en rebeldía contra la Corona. — En cuanto al vencedor, Gonzalo Pizarro, proclamóse gobernador del Perú en rebeldía contra las nuevas leyes y contra la Corona que las había dictado.

La Gazca. — El conflicto había sufrido una agravación no prevista. Ya no era el régimen de las "Encomiendas" el que estaba en crisis, sino el dominio mismo de España en el Perú.

Grandemente alarmada la Corona, resolvió revocar las nuevas leyes que había dictado y enviar otro representante para arreglar las cosas. Fué el designado un sacerdote ilustrado y recto: don Pedro de la Gazca; el hombre para el cargo, por las condiciones que reveló.

Sus primeros pasos encamináronse a propiciarse voluntades, desarrollando una política de atracción. Gonzalo Pizarro sintió pronto la destreza del adversario que tendría. Su flota plegóse toda entera al representante del Rey, que supo insinuarles a sus componentes promesas de perdón y olvido de la falta en que habían incurrido. Tras del olvido, como es consiguiente, llegarían otras cosas . . .

Al propio tiempo, comenzaron a producirse deserciones en el ejército de tierra de Gonzalo Pizarro.

Combate de "Saczahuana". — La fama de Carvajal había llegado hasta España y La Gazca, al emprender su viaje, habíase preocupado de incorporar a las fuerzas que se le dieron un guerrero que pudiera competir con aquél. Era el coronel Centeno.

El primer encuentro que tuvieron las fuerzas de Gonzalo Pizarro y La Gazca, sirvió para que se midieran sus dos respectivos jefes auxiliares. Mostróse Centeno de una bravura que justificó la elección de que había sido objeto; mas Carvajal sobrepujóle en ingenio. Resultado: Centeno fué derrotado, preso y muerto por Carvajal, que reapareció en Cuzco más prestigioso que nunca.

Gonzalo Pizarro, derrotado y ejecutado. — Empero, la acción subterránea, que diremos, de La Gazca, había continua-

do mientras Centeno combatía. Gonzalo Pizarro y Carvajal perdían elementos día por día, hora por hora. Comprendiendo ambos que debían poner fin rápidamente a esa situación, so pena de quedarse punto menos que solos, jugaron su suerte definitiva al dado de un nuevo combate. Fué el de "Sacksahuana", el 10 de abril de 1548.

La derrota esta vez fué de Gonzalo Pizarro que, junto con Carvajal, cayó prisionero de La Gazca, quien les aplicó a los dos la pena capital.

Lección que fluye de la suerte de los protagonistas de la conquista del Perú. — Hay un antiguo refrán que dice: "el que a hierro mata a hierro muere". No ha tenido ni es fácil que obtenga una corroboración más concluyente que la que le presta la suerte de los protagonistas de la conquista del Perú.

Comencemos por los Almagro. El padre fué humano con Gonzalo y Hernando Pizarro al tomarlos prisioneros en Cuzco; mas no lo fué de igual modo con otros vencidos, de donde surgió el concepto que lo acompañó en vida de hombre cruel. Cayó a su vez preso el viejo Almagro y de nada le valieron los servicios que al Perú tenía prestados, ni lo avanzado de su edad ni el estar enfermo: la sentencia del rigor inexorable se cumplió en él. El hijo del viejo Almagro participó en la venganza por la muerte de su padre: perteneció al número de los asaltantes y matadores de Francisco Pizarro. Y Vaca de Castro, poco más tarde, concluyó con él. Los restos de los dos Almagro, padre e hijo, deponen desde entonces en la catedral de Cuzco en favor de la tesis de que hasta por la propia suerte en lo humano, debe huirse en la vida del crimen y la crueldad.

Veamos ahora el caso de los Pizarro. Juan, muerto frente a la fortaleza de Sacksahuaman; Hernando, preso durante veinte años; Gonzalo, condenado por La Gazca a la última

pena; y Francisco, asesinado. Acompañante de los Pizarro en la vida y actos de ellos, con más la mancha de la sangre y el suplicio de Atahualpa, fué el P. Valverde. El P. Valverde tuvo también muerte violenta. El puñal de un indígena clavado arteramente en su pecho, durante uno de sus viajes por el territorio conquistado, puso fin a sus días.

No cabe sino repetir, ante estos sucesos, la frase consagrada: ¡justicia de Dios!

Los sucesos que se subsiguieron hasta el virrey Hurtado de Mendoza. — A pesar de la derrota y muerte de Gonzalo Pizarro, el Perú continuó revuelto. No se dió a esto mayor importancia en España y recibió orden La Gazca de promulgar de nuevo las leyes de abolición de las encomiendas y el servicio personal de los indígenas.

El comisionado de la Corona era demasiado diplomático para comprometer la situación de vencedor que se había conquistado, en la promulgación antedicha, que sabía avivaría otra vez las llamas de la rebelión.

Renunció, pues, al cargo que se le discerniera y en que sobresalió al punto de ser la primera figura española de América en esos días; y regresó a España.

Sucedióle don Antonio de Mendoza, con el título de Virrey, el cual hubo de afrontar todas las dificultades que previera su antecesor, dominándolas sólo a costa de un enorme y largo esfuerzo y merced a la cooperación potentísima que tuvo en el Arzobispo Loaiza y en fray Domingo de Santo Tomás.

El papel que asigna la historia a don Antonio de Mendoza, es el de preparador del terreno para el gran gobierno del Virrey que lo reemplazó, Hurtado de Mendoza, con el que entró el Perú en las vías del orden y la prosperidad.

Ocupación de Chile. — Fué iniciada, como ya lo mencionamos, por Almagro; la reanudaron y prosiguieron Valdivia, Aguirre y Villagran; y le tocó consumarla a don García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey del Perú de los mismos apellidos.

La conquista de Chile, como la de Méjico y como la del Perú, abunda en episodios enaltecedores del valor humano, entremezclados con negras notas de inhumanidad.

La primera campaña al mando de Almagro. — Vimos oportunamente que Francisco Pizarro consiguió desviar a Almagro de su primera reclamación por la posesión de la ciudad de Cuzco, proponiéndole tomara a su cargo exclusivo la conquista de Chile. Partió Almagro de Cuzco, con el expresado objeto, seguido de quinientos europeos bien armados y de varios millares de indios "yanaconas".

Corría a la sazón el año 1535.

Los hombres de aquellos días desafiaban las más largas distancias, con la misma naturalidad que nosotros hoy unas cuantas decenas de leguas. Júzguese de la marcha que hizo Almagro por las siguientes principales etapas de ella: 1º, de Cuzco a la laguna Titicaca; 2º, de la laguna Titicaca a Tupiza; 3º, de Tupiza a las inmediaciones de nuestra actual ciudad de Salta; 4º, de este lugar, por la Puna de Atacama, hasta el valle de Copiapó, primero, y el de Aconcagua después.

De estas etapas, las dos últimas resultáronle penosísimas, al punto de acobardar la tercera a los yanaconas que en su mayor parte se desbandaron: había debido sobreponerse la expedición a la enorme dificultad de infinidad de ríos en desborde a consecuencia de los deshielos de la cordillera. Al ascender a las alturas de la Puna de Atacama, era el frío tan intenso y tan agudo el mal de las montañas que da su nom-

bre a la región, que una buena parte de los expedicionarios no pudieron resistirlos y quedaron exánimes en el camino. Al frío y a la puna, añadiéronse terribles tormentas de viento y granizo.

No obstante, Almagro y sus compañeros sobrevivientes conservaban sereno el ánimo y firme su resolución, cuando llegaron al valle de Copiapó, en el que se tomaron todos un descanso prolongado.

Reanudada la marcha hasta el valle de Aconcagua, sufrieron los expedicionarios la hostilidad de los naturales, que parecieron ser de gran ardor combativo. Almagro, empero, logró rechazarlos; e hizo arrancar de allí exploraciones en diversos rumbos: una, a cargo de Juan de Saavedra, que debía seguir la línea de la costa y alcanzó a recorrerla hasta la bahía de Valparaíso; otra, al mando de Gómez de Alvarado, que llegó hasta el río Maure y otra, bajo su dirección personal, que saliendo del valle de Aconcagua llegó hasta el de Maipo.

Cuando las tres columnas volvieron a reunirse, sus respectivos jefes se comunicaron la misma impresión: todas las zonas recorridas eran de una pobreza desoladora. No había poblaciones; no había cultivos: sólo tierra desierta y en su mayor parte árida.

Decepcionado Almagro volvió su pensamiento a lo que por concesión de la Corona le pertenecía legalmente en el Perú y resolvió abandonar la campaña de Chile.

El itinerario que siguió para regresar al punto de su procedencia fué el siguiente: del valle de Copiapó a la Puna de Atacama, por ésta hasta Tarapacá, de Tarapacá a Tacna, de Tacna a Arequipa y de Arequipa a Cuzco.

La segunda campaña, mandada por Valdivia. — La conquista de Chile, abandonada por Almagro, reanudóla Pe-

dro de Valdivia, comisionado para el efecto por Francisco Pizarro.

Había nacido Valdivia en La Sirena (Extremadura) y había guerreado al servicio de su patria en Italia y en Flandes. Entre los auxiliares del conquistador del Perú era uno de los más animosos y tal vez el más simpático, pues tenía entre sus dones el de hacerse querer.

Sólo por la atracción que ejercía su persona se explica que consiguiera acompañantes para una expedición desprovista de estímulos remuneradores, después de los informes que Almagro y sus soldados propalaron en el Perú. Hasta 150 expedicionarios pudo reunir Valdivia en torno a la bandera de enganche que levantó en la ciudad de Cuzco, de la que partió a principios de 1540, llegando por Arequipa, Moquegua y el desierto de Atacama hasta el valle de Copiapó, de donde se trasladó casi en seguida a orillas del río Mapocho y formó campamento en las faldas de un cerro que se abría allí imponente en medio de la soledad.

Es el mismo que con el nombre de Santa Lucía, hermoseado con plantas, árboles y flores y con vías cómodas de acceso hasta su cumbre para automóviles, jinetes y peatones, llama la atención de los que visitan hoy la ciudad de Santiago de Chile, destacándose por sobre los edificios de su planta más céntrica.

Fundación, destrucción y reedificación de Santiago de Chile y otras ciudades. — Con esa altura para defensa contra cualquier asalto echó Valdivia los cimientos de la capital de Chile, que declaró fundada el 12 de febrero de 1541, con el nombre de Santiago de Extremadura. Siete meses después, el 11 de Setiembre, tenía organizado Santiago su Cabildo o Ayuntamiento, cuyo primer acto fué elegir a Valdivia gobernador de las nuevas tierras.

La primera preocupación de Valdivia fué el almacenamiento de víveres. La región era pobre y había que prepararse contra todo evento. En la construcción apresurada de grandes graneros sorprendiéronlo las primeras conspiraciones, una de ellas de una parte de sus propios connacionales encabezados por el regidor Martín de Solier, al que hizo ahorcar; y la otra de indígenas, que dominó también.

Pronto apercibióse Valdivia de que, siendo el país aquél, como era, una larga faja de costa sobre el Pacífico, le sería más fácil explorarlo y dominarlo procurándose elementos de navegación. Buscó, pues, un lugar adecuado para astillero y lo encontró en la embocadura del río Aconcagua, donde acometió la construcción de barcos. Próxima la terminación del primero de ellos, trasladóse a Santiago; mas no bien dejó el astillero cayeron sobre éste los indígenas, asesinaron a los hombres que lo tenían a su cargo y destruyeron su labor. Saber esto Valdivia en Santiago y volar para castigar aquel asalto, fué todo uno.

Pero los indígenas habían también previsto, a lo que parece, este movimiento. En marcha Valdivia para la embocadura del Aconcagua, fué atacada Santiago siendo insuficiente para defenderla con eficacia la guarnición que se le había dejado. Santiago, sus construcciones y los víveres almacenados, desaparecieron consumidos por el fuego que prendió a todo, la mano de los asaltantes

Valdivia alcanzólos a éstos al regresar. Los alcanzó y batió fácilmente. Mas nada de lo que su previsión levantara quedaba en pie.

Para colmo fué ese el momento en que llególe la noticia del asesinato de Francisco Pizarro, en quien podía haber encontrado ayuda. Al pie del cerro de Santa Lucía, donde estableciera su primer campamento, pasóse largas horas entregado a la meditación y la contemplación melancólica de las

ruinas de cuanto construyera. Estos angustiosos momentos pasados allí por Valdivia, debieron dar al Cerro, hoy de Santa Lucía, el nombre de Cerro del Huelén, o del dolor, con que durante mucho tiempo fué conocido.

En definitiva adoptó Valdivia el temperamento único que le quedaba: enviar una delegación al Perú en demanda de auxilios. Con Alonso de Monroy a la cabeza partió ella, dedicándose entre tanto Valdivia a la reedificación de Santiago. Cuando Monroy llegó a Lima estaba a cargo del gobierno del Perú el licenciado Vaca de Castro, quien se mostró indiferente con respecto a los españoles que expedicionaban en Chile. No se opuso empero a que Monroy levantase bandera de enganche para el refuerzo de Valdivia, pudiendo en esta virtud regresar Monroy a Chile, en Setiembre de 1543, con una nave y un regular contingente de voluntarios.

Entonado Valdivia por este robustecimiento de sus elementos, fundó la ciudad de la Serena en el valle de Coquimbo y organizó expediciones por tierra y mar, las primeras a cargo de Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre que llegaron hasta el otro lado del Maure, y las últimas que reconocieron toda la costa hasta el estrecho.

Valdivia regresa al Perú y en su ausencia se apodera del gobierno Villagrán. — Fuéronsele dos años en estas empresas a Valdivia, al cabo de los cuales pensó que debía dar cuenta directamente a los Reyes de lo hecho, ya que el representante de ellos en el Perú, Vaca de Castro, no se había interesado por lo que pasaba en Chile. Con el cometido de trasladarse a España y hablar a los monarcas en nombre de Valdivia salieron, pues, de Chile, en setiembre de 1545, los capitanes Monroy, Ulloa y Pastore. Monroy falleció apenas llegado al Perú y Ulloa defeccionó prefiriendo al cumplimiento de la misión que llevaba gestiones de interés personal a que se lan-

zó, con el objeto de alcanzar el cargo que su mandante desempeñaba en Chile. Estas fueron las noticias con que llegó a Chile, de regreso del interrumpido viaje, el capitán Pastore; éstas y otra aún más grave: la de la rebelión de Gonzalo Pizarro contra La Gazca y contra la soberanía de la metrópoli en el Perú.

Valdivia estaba ligado por una muy estrecha amistad con Gonzalo Pizarro, de quien parece ser habíale llegado un llamado por intermedio del mismo capitán Pastore. Consideró sin embargo en error a su amigo y, dejando el gobierno de Chile a Villagrán, trasladóse al Perú para ponerse a las órdenes de La Gazca y hacer lo que estuviera en sus manos en defensa de España y del Rey.

Por Gonzalo Pizarro, que lo patrocinara ante su hermano Francisco, había llegado Valdivia a la posición que tenía. Al ver Villagrán que no seguía su jefe la causa de aquél su tan grande amigo y protector, creyó probablemente que tampoco tenía él para con Valdivia deberes de lealtad. Olvidó que éste sobreponía a la amistad lo que conceptuaba su deber; y que no era lo mismo obrar así por un superior motivo, que por una ambición.

Villagrán aspiraba al gobierno de Chile y juzgó que la ausencia de Valdivia le daba la oportunidad de conseguirlo. Apenas aquel en el Perú fraguó, pues, una conspiración y se hizo designar gobernador, levantando una serie de acusaciones contra el ausente que se elevaron a La Gazca en justificación del movimiento.

El conflicto y su fallo por La Gazca. — La Gazca prestó al asunto una atención solícita. Cuando llegó a sus manos el expediente, había ya vencido a la rebelión de Gonzalo Pizarro y era su deseo no dejar fermentación ninguna de desunión en América. Valdivia tenía no sólo su aprecio

sino su admiración por lo que hiciera en Chile y lo que había hecho a su lado, luchando de manera distinguida en favor de la causa del Rey.

Hizo comparecer a Valdivia y dióle amplio lugar para que se defendiese de las acusaciones que se le formulaban.

La defensa de Valdivia, extensa y sólida, es una preciosísima fuente de datos relativos a la conquista de Chile. Leyéndola no se concibe otro fallo que el que dió La Gazca: absolutorio para Valdivia y confirmativo de su autoridad como gobernador de Chile.

Villagrán del lado nuestro de los Andes y Valdivia del otro. — El retorno de Valdivia a Chile tuvo lugar en enero de 1549. Llegó a Santiago en compañía de 200 soldados, que habiéndole parecido muchos al abandonar el Perú, hubo de contemplarlos escasos cuando se informó de que la resistencia indígena, lejos de haber sido dominada, se mantenía intensamente, habiendo sido arrasada, como consecuencia de ella, la ciudad de La Serena.

Por pronta medida ordenó la repoblación y reedificación de ésta, y no siéndole posible imponer a Villagrán el acatamiento de su autoridad, por cuanto éste había cruzado los Andes en compañía de Aguirre para detenerse en nuestras actuales provincias andinas, donde más adelante los encontraremos a los dos y sabremos lo que hicieron, buscó el encuentro con los indios de Copiapó y Coquimbo, que eran los que más habían estado hostilizando sus fundaciones.

No pudo hallarlos y fundó en el camino que siguiera la ciudad de La Concepción, a orillas del río Bío Bío y en la bahía de Talcahuano. Estando en esta obra fué atacado rudamente por los mapoches y araucanos. Los rechazó y luego de perseguirlos hasta que se le perdieron de vista fundó cuatro ciudades más a las que dió los nombres de Imperial, Angel, Valdivia y Villarica.

Volviendo poco después a La Concepción y considerando consumada la conquista de Chile, envió a España a Jerónimo de Alderete a fin de que diera cuenta de ello a los monarcas.

Caupolicán y Lautaro. — Sin embargo, la conquista de Chile, lejos de estar consumada, entraría a la sazón en su más dificultoso momento. Las tribus indígenas habían resistido hasta entonces al invasor, sin concierto ni plan. A fin de unirlas habíase celebrado una gran reunión de jefes indígenas, por iniciativa de Colocolo, el cacique más anciano de los mapoches.

Como consecuencia de esta convocatoria quedó pactada una alianza entre todas las tribus araucanas y se creó un jefe supremo de ellas, que fué Caupolicán. En los sucesos que vendrán hemos de ver claramente delineadas las calidades superiores del electo, que gozaba del concepto (y lo confirmó) de sagaz, valeroso y audacísimo.

La noticia de esta alianza fué esparciéndose por todo el territorio y llegó también al campamento de Valdivia. Tenía éste a su servicio un joven indígena de viveza extraordinaria, al que por esto mismo el jefe español dispensaba toda su simpatía. Deseando interrogarlo a propósito del rumor corriente, hízolo llamar. No estaba en el campamento de los europeos: se había fugado.

Tenía este joven indígena el nombre de Lautaro, que se inmortalizaría en la historia de la resistencia araucana junto con el de Caupolicán.

La resistencia araucana. — La novedad de la fuga de Lautaro coincidió para Valdivia con otra todavía más ingrata: la de un formidable ataque de que había sido objeto la fortaleza española de Tucapel.

Era la notificación a Valdivia de la alianza de las tribus indígenas y su comando único por Caupolicán, que personalmente había dirigido aquel asalto. La fortaleza de Tucapel, semideshecha, deponía sobre el vigor de la ofensiva indígena, que toda auguraba continuaría.

Valdivia recibió en Concepción este parte, que era implícitamente una demanda de ayuda; y poniéndose a la cabeza de cincuenta soldados marchó intrépidamente al sitio del peligro. Que con tan poca gente pudiera llegar a Tucapel, como llegó, es sorprendente: fué una de sus tantas hazañas. Hazaña inútil, empero, porque la fortaleza no era ya sino un hacinamiento de ruinas y se imponía su abandono.

Lo resolvió sin vacilar, más ¡qué retirada la que hubo de emprender! No había descanso para su tropa. Al amanecer lo mismo que en pleno día y por las noches, a toda hora y en todo momento era ella obligada a combatir por un enemigo que, derrotado siempre, reaparecía como si nada le hubiera pasado.

Estaba con esto en ejecución el plan que llevara Lautaro al consejo de ancianos de los indígenas y que éstos habían aprobado, consistente en la rendición de los españoles por la fatiga. Habíanse escalonado en el trayecto que hacían los españoles numerosas divisiones de indígenas, que tenían por misión el ataque continuado. Terminaba una y comenzaba la otra, no importándoseles nada a los indígenas de las bajas que estos ataques les costasen, pues lo que les sobraba era gente, a la inversa de lo que ocurría entre el elemento español.

Muerte de Valdivia. — Quiso la fatalidad que en el asedio de que hablamos cayera cierto día Valdivia prisionero de una división araucana. Su muerte era inevitable y se produjo por sentencia de la justicia indígena, dada sobre el tambor.

Las disidencias entre Aguirre y Villagrán. — En previsión de una fatalidad de esta especie Valdivia había testado en Santiago, enviando copia de ese testamento a Concepción. Disponía en el aludido documento, abierto por sus compañeros inmediatamente de conocer la suerte que le había cabido, que lo reemplazaran: en primer término Jerónimo de Alderete, que se hallaba como hemos dicho, en España; a falta de él, Aguirre que continuaba expedicionando en nuestras actuales provincias andinas; y en último término Villagrán, que era el que estaba más cerca por haber repasado los Andes y hallarse en el Sur de Chile.

Villagrán, que ya había demostrado cuanto le seducía el gobierno, apresuróse a recoger la herencia de la autoridad de Valdivia e incorporándose a las fuerzas que éste dejara en campaña, se hizo reconocer por ellas como gobernador de Chile. Su situación no era ni fué envidiable. Tuvo que ordenar por falta de soldados la despoblación de Angel y Villarrica y refugiarse en Concepción. Como le sobraba coraje no podía, empero, resignarse a vivir escondido. El enemigo no acudía en busca suya: iría Villagrán en busca de él. Y salió de Concepción con ese objeto, acompañado tan sólo de ciento ochenta soldados. Una fuerte división de araucanos encontrábase en las serranías de Marigüeñú, al mando de Lautaro, y Villagrán la atacó. Era demasiada osadía. Incomparablemente superiores en número los atacados y dueños de excelentes posiciones, Villagrán fué deshecho teniendo que huir y, abandonando la misma ciudad de Concepción, buscar amparo en Santiago.

Entre tanto, Aguirre había tenido noticia del testamento de Valdivia y, no conforme con que se le birlara la sucesión que le había sido dejada preferentemente sobre Villagrán, repasó los Andes y se detuvo en La Serena, donde se hizo reconocer como gobernador de Chile.

Había, pues, dos gobernadores, ambos con mando de fuerzas y ambos en disposición de no ceder la primacía, frente mismo al enemigo común, más fuerte que nunca.

Alarmado el Cabildo de Santiago acudió en consulta a la Audiencia de Lima, la cual orilló el conflicto suprimiendo el cargo de gobernador de Chile y ordenando que se encargasen los Cabildos de la administración en lo civil y en lo militar y que acometiesen ellos sin demora el esfuerzo de repoblar la ciudad de Concepción, destruida por Lautaro a raíz de su victoria sobre Villagrán.

La sorpresa de Mataquito. — La resolución de la Audiencia de Lima dejó subsistente en Chile la doble autoridad, porque el Cabildo de Santiago puso al frente de las fuerzas allí existentes a Villagrán y el de La Serena a Aguirre.

Pero en el cumplimiento de la segunda parte de la orden de la Audiencia, la referente a la repoblación de Concepción, fué Villagrán el que tomó la delantera.

Sólo que, no secundado por Aguirre y atacado por Lautaro que lo obligó a abandonar nuevamente la ex ciudad, con la reconstrucción de la misma iniciada apenas, la campaña de Chile quedó para los españoles en la crítica situación que se puede imaginar, agravada todavía por la creación que hicieron los indígenas, a iniciativa de Lautaro, de dos grandes cuerpos de ejército, uno para el Sur y otro para el Norte, los que mandados respectivamente por Caupolicán y Lautaro era visible que perseguían la finalidad de concluir a la vez con Aguirre y Villagrán.

El peligro era grave y la Audiencia de Lima consideró necesario rever su resolución: la concentración de la autoridad en una sola persona, se imponía. Aguirre tenía indisputablemente el mejor derecho; pero con Villagrán estaba el Cabildo más importante de Chile, el de Santiago, que disponía del

mayor efectivo militar. La Audiencia anuló su anterior acuerdo y nombró a Villagrán Corregidor y Justicia mayor en Chile.

El afán de Villagrán fué desde ese momento corresponder con actos memorables a la distinción y el favor que le habían sido discernidos. La campaña contra los indígenas cobró grande vigor. Los resultados, al principio, fueron indecisos. Pero la suerte debía tener todavía con Villagrán otro rasgo de predilección, que fué la sorpresa que logró sobre Lautaro acampado a orillas del río Mataquito.

Lautaro, vencido y muerto. — El pánico se apoderó de los indígenas al verse atacados cuando más distantes suponían a sus enemigos y, como en el empeño por dar ejemplo de serenidad debiera afrontar Lautaro casi solo la refriega y morir heroicamente, se produjo la dispersión total de aquellas fuerzas, malográndose con ello el primer intento de los araucanos para la reconquista de Chile.

García Hurtado de Mendoza. — A pesar y todo de su victoria, Villagrán no se consolidó en el cargo que ejercía. Habiendo proseguido la rivalidad con Aguirre, el gobierno de Lima continuó preocupado por ella y a la espera de la oportunidad de darle un corte definitivo.

Gobernaba en el Perú como Virrey don Andrés Hurtado de Mendoza y tenía él a su lado un hijo de 22 años para el que se comprende desease campo de acción. Aprovechando para ese su probable íntimo anhelo, la necesidad obvia de que desaparecieran en Chile las discordias intestinas, confió a su hijo don García el gobierno de este país. Partió don García para Santiago con recursos en soldados, pertrechos, caballos y armas, que no había concedido a nadie hasta entonces, el gobierno del Perú en tan crecida cantidad. No

en balde era su señor padre el Virrey, solamente débil en esto de las paternales preferencias, que en lo demás asígnale un honrosísimo puesto la historia del Perú.

Don García, que llevaba consigo acompañantes que debían hacerse ilustres, entre ellos don Alonso Ercilia de Zúñiga, autor de "La Araucana", asumió el gobierno de Chile en Coquimbo, en abril de 1557, siendo su primer acto la detención y remisión a Lima tanto de Aguirre como de Villagrán.

Prisión y suplicio de Caupolicán. — La gran pérdida experimentada por los indígenas con la muerte de Lautaro, nadie pudo valuarla tanto como Caupolicán, que se encontró solo frente al enorme campo en que tenía que desarrollarse la resistencia al invasor. A la causa, para los indígenas sagrada de la reconquista de su suelo, añadióse entre ellos otro objetivo: el de vengar aquella muerte. Con esa doble bandera Caupolicán supo hacer reaccionar de la postración en que cayera a toda la población araucana. Y don García se vió frente a nuevas murallas humanas que se le oponían donde quiera que intentaba avanzar y que acechaban sus menores descuidos para inferirle dolorosos golpes sorpresivos. Sobrellevando éstos con estoicismo, preocupóse don García de devolverlos por partida doble y no tardó en conseguirlo. Su destreza a este respecto sería encomiable, si no se hubiera hecho acompañar de crueldades sobre las cuales el juicio histórico no puede eximirse de formular la reprobación correspondiente.

Intimidados un tanto los indígenas, don García acometió la empresa de reedificar a Concepción y la consumó. Repobló al propio tiempo Villarrica y fundó una nueva ciudad a la que llamó Cañete, en recuerdo del marquesado de este nombre que tenía su señor padre. Por último, inició nue-

vas exploraciones por el Sur de Chile, una de las cuales, detenida ante un brazo de mar, alcanzó a percibir a la distancia las islas del archipiélago de Chiloé.

Caupolicán, entre tanto, espiaba su hora, y habiendo tenido noticia de que don García estaba ausente de Cañete, preparó un asalto sigiloso de esta ciudad con el propósito de destruirla y copar la fuerza que la defendía. Había quedado Cañete bajo el mando del capitán Alonso de Reinoso, a quien un traidor de los que nunca faltan dió conocimiento del intento de Caupolicán. Reinoso se trazó su plan y esperó. Cuando Caupolicán apareció frente a Cañete, nada observó que no lo confirmase en su persuasión de llegar sorprendiendo. Los arrabales de la ciudad no le ofrecieron la menor resistencia. Se internó hasta el centro de la misma y, de pronto, del interior de las casas y de todas las callejas laterales partió contra él y sus acompañantes un horroroso fuego de fusilería. Buscó el retroceso, mas le había sido cerrado el camino. Sobrevino una espantosa carnicería de indígenas, que sólo respetó a Caupolicán que fué hecho prisionero.

Valiérale más haber muerto al célebre jefe araucano. Y también habría sido ello mejor para el buen nombre de don García. El suplicio, en efecto, a que fué condenado Caupolicán supera en inhumanidad a cuantos registra la historia de la conquista, siendo acaso su más negra página.

Hurtado de Mendoza vence a los araucanos en sus últimas trincheras. — Don García, sin embargo, no había vencido todavía. La resistencia araucana continuó después de la muerte de Caupolicán, como había continuado después de la muerte de Lautaro. Distinguíanse en este bravío y porfiado defender del suelo propio, los indios mapoches que habían establecido su campamento principal en Quiapo, desde

donde organizaban asaltos constantes a las posiciones españolas.

Don García se encontró con esta situación, a su regreso de una expedición que hizo al Archipiélago de Chiloé. Con la rapidez de concepción y acción que poseía, todo fué percibir que para apagar el fuego de la resistencia había que ir directamente contra el último foco de ella y apagarlo, y organizar un ataque contra el campamento de Quiapo, en el que concentró todo el poder de que disponía.

Su plan tuvo éxito, porque los indígenas, aunque numerosos, faltos de directores de genio y de temple, fueron vencidos, desalojados y dispersados.

Don García fundó luego la ciudad "Los infantes de Angola" y, haciendo que una división de sus fuerzas pasara los Andes, echó por medio de ella los cimientos de nuestra ciudad de Mendoza.

Separación y enjuiciamiento de Don García. — Don García había consumado la conquista de Chile. Era un valioso título que tenía a la consideración de la Corona española. Mas en contra de él deponían sus crueldades y una serie de aturdimientos en que había incurrido, como consecuencia tal vez de su poca edad.

Por otra parte, en Madrid se ventilaba un pleito por Villagrán, que no se conformaba con la deposición de que fuera objeto.

Todas estas circunstancias generaron un real decreto por el que don García fué destituído del cargo que ejercía y sometido a juicio en el Perú. Este juicio le resultó desfavorable, pudiendo empero salvarse más tarde de la severa condena en que terminó, por una absolución que de esa condena obtuvo en España.

En cuanto al gobierno de Chile, el mismo real decreto que separó de él a don García, se lo adjudicó a Villagrán.

RESUMEN

El Perú, nombre derivado del río Birú, primero que descubrieron por allí los exploradores españoles, comprendió en la conquista el territorio de la actual república del mismo nombre, las de Bolivia, Ecuador y Chile y el de las provincias hoy argentinas de los Andes.

La civilización incásica, bajo la cual estaba el Perú al iniciarse la Conquista, hacíanla remontar los indígenas a los tiempos iniciales de la vida del globo, en los cuales el lago Titicaca habría generado a dos seres de esencia divinal, Manco Capac y Mama Oello, fundadores del reino del Cuzco. Los descendientes de esa pareja y herederos de dicho trono habían sido, según esa fábula, los Incas. El Inca no era un dios, pero descendía de dioses, pues a Manco Capac y Mama Oello suponíaseles nacidos del connubio de las aguas del Titicaca con el Sol, divinidad suprema de los peruanos primitivos. Era el Inca la primera autoridad, con derecho sobre bienes y vidas, no habiendo nada que estuviese ni pudiera estar sobre él. Seguían en orden de jerarquía: los miembros de la familia del Inca reinante, los descendientes de familias de Incas anteriores que constituían la clase noble y se llamaban "curacas" o caciques, los guerreros, los sacerdotes y la plebe. Tenía esta última a su cargo la agricultura y las artes y los oficios. Detalles interesantes de la civilización incásica: una organización bastante apreciable de los servicios de correo, numerosas y bien cuidadas carreteras y graneros con víveres para los viajantes a lo largo de las vías más usuales. Los peruanos de la época de los Incas distinguiéronse en la fabricación de alhajas de oro, plata y cobre y en la construcción de puentes y caminos. Fueron medianos en la escultura y no dejaron señales de haber conocido la pintura. Además del Sol, adoraban a la luna, las estrellas y el trueno (Illapa). Admitían los sacrificios humanos pero no eran éstos frecuentes entre ellos, limitándose en los últimos tiempos del imperio incásico a los casos de grandes calamidades públicas y los de la muerte del Inca, con quien sus mujeres y esclavas debían ir a la tumba, mansión del Sol. Además de sacerdotes, había en el imperio incásico sacerdotisas que vivían en monasterios y se llamaban "Vírgenes del Sol".

BIBLIOTECA NACIONAL

Las primeras tentativas de navegación en el Mar del Sur, más tarde Océano Pacífico, estuvieron a cargo de su descubridor, Vasco Núñez de Balboa. Había establecido éste un astillero en Panamá en el que construía la flota con que emprendería la conquista del imperio incásico, cuando chocó con Pedrarias Dávila, tuvo que librar batalla con él y perdió la vida. En uno de esos barcos que construía Balboa, continuó las exploraciones de éste Juan de Bazurco, que alcanzó a llegar hasta el río Birú y pasó a la provincia del mismo nombre entrando en relación con los naturales y consiguiendo el sometimiento de los caciques.

Pizarro, Almagro y Luque son las figuras que se destacan en la empresa de la conquista del Perú. Luque, que era párroco de Panamá y muy amigo de su gobernador Pedrarias Dávila, consiguió de éste que comisionara a los dos primeros para proseguir las exploraciones anteriores. El primer viaje de Pizarro y Almagro hiciéronlo en 1524. Regresaron al año siguiente, habiendo conseguido apenas llegar hasta donde llegara Andagoya. Como querían reacometer la empresa con mayores elementos y como el gobernador les hubiera perdido la fe y se resistiera a ayudarlos, hizo el canónigo Luque que sus dos protegidos se asociasen con otro amigo suyo, el licenciado Gaspar de Espinosa, que puso veinte mil pesos oro como capital para la nueva expedición. Los beneficios de ella serían distribuídos en tres partes, una para Pizarro, otra para Almagro y la tercera para Espinosa. Alistados y equipados dos navíos fueron puestos bajo el mando del piloto Bartolomé Ruiz y volvieron Pizarro y Almagro al Perú llegando hasta el poblado de Atacamez. Viendo por las noticias que adquirieron que su proyecto sólo era realizable con más gente, regresaron Almagro y Ruiz a Panamá a fin de reclutarla y quedó Pizarro a la espera de ellos en una isla desierta llamada del Gallo. En Panamá ya no mandaba Pedrarias cuando llegó Almagro, sino Pedro de los Ríos y habiendo recibido éste quejas de los acompañantes de Pizarro por los sufrimientos que padecían, envióles un barco que los recondujese a todos. Pizarro se negó a regresar y trece de sus soldados lo acompañaron en ello. Sufrieron lo indecible en la isla del Gallo y luego en la de Gorgona, hasta que reapareció Almagro con los auxilios en hombres y armas en cuya búsqueda fuera. Exploraron los dos la costa del Perú hasta los nueve grados de latitud Sur, hicieron desembarcos que les permitieron proveerse de llamas, vasos de oro y plata y mantas de fina vicuña, todo en buena cantidad, conocieron varias poblaciones, entre ellas a Tumbez, dotada de acueductos y amplios y suntuosos templos y adquirieron la convicción de que la conquista del Perú sólo podría hacerse con una fuerte expedición militar. Al dirigirse

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

nuevamente al Perú ya habían combinado un plan: Pizarro se trasladaría a Madrid para dar cuenta personalmente al Rey de lo que habían visto y demandar su apoyo.

La conquista del Perú pudo verificarse porque el monarca comprendió la magnitud de esa empresa y la estimuló como era debido. Sólo que Pizarro, en la gestión de las respectivas concesiones, acordóse de él más que de sus compañeros Almagro, Espinosa y Luque. Al regresar de su viaje a España, nombrado capitán general del Perú y en compañía de sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo y de su medio hermano Martín de Alcántara, tuvo una seria divergencia con Almagro que le reprochó su comportamiento. La intervención del canónigo Luque consiguió un avenimiento de los socios, sobre la base de que Pizarro no pediría para sí ni para sus hermanos merced ninguna de la Corona hasta tanto se concediera a Almagro "una gobernación que comenzase donde acababa la suya" y la de que los beneficios de la empresa sólo se repartirían entre los tres socios primitivos, por partes iguales. Francisco Pizarro y sus hermanos partieron para el Perú en 1531 con el compromiso de esperar allí a Almagro que continuó en Panamá organizando los elementos que aún faltaban para poder acometer la conquista de aquel reino. La espera de Pizarro duró más de un año, durante el cual intervino en luchas intestinas que libraban los indígenas del Perú. Habiéndosele presentado por un hecho de armas favorable la oportunidad de avanzar hacia el interior del reino, sin esperar más a su socio se dirigió a Cajamarca, residencia del Inca reinante, Atahualpa, a cuya ciudad llegó el 15 de noviembre de 1532. En el trayecto no había sido objeto de la menor hostilidad, obedeciendo esto a órdenes terminantes de Atahualpa, que luchaba todavía contra su hermano Huascar, que pretendía el trono, y temió que los extranjeros se aliasen con él, si los resistía. No dejaron también de influir en esta conducta del Inca las creencias esparcidas acerca de que los españoles eran enviados de los dioses. Pizarro encontró a Cajamarca abandonada por Atahualpa, el cual con un fuerte cuerpo de ejército había formado campamento en la falda de un cerro cercano. Correspondiendo al saludo que le envió Pizarro por medio de embajadores y a los ofrecimientos de amistad que le hizo, prometió visitarle en la ciudad, que los españoles habían ocupado. Al efectuar Atahualpa esta visita no hizo sino caer en una celada que le había tendido el conquistador y quedó prisionero después de una gran matanza que los españoles hicieron entre los indígenas que lo rodeaban. Ofreció el Inca llenar de oro y de plata las dos estancias contiguas hasta la altura que alacnzara con la mano, a cambio de su libertad; y esta

propuesta aceptada, salieron comisionados suyos por todo el reino en demanda de tributaciones extraordinarias al efecto. El Inca cumplió, por su parte, el convenio éste; pero Pizarro retardaba, por la suya, la libertad de Atahualpa, habiendo motivos para creer que nunca pensó en hacerla efectiva. Según parece, esperaba un pretexto que le permitiese desentenderse de lo pactado; y se lo dió, sin imaginarlo, el Inca mismo, por orden del cual Huascar, el pretendiente al trono, había sido asesinado a fin de evitar que se fuera a entender con los extranjeros. Bajo la inculpación del fratricidio Atahualpa fué sometido a proceso; y en ello estaba Pizarro cuando se presentó, frente a Cajamarca, al frente de fuerzas bien armadas y numerosas, Diego de Almagro. El socio de Pizarro llegaba de mal talante, puesto que no había sido esperado para acometer la empresa, de conformidad a lo que se conviniera; mas Pizarro logró calmarlo y satisfacerlo mediante la entrega de cien mil ducados para él y su gente, como parte que le correspondía en el botín de la conquista. Era una fuerte suma, mas que no representó para Pizarro un sacrificio, ni con mucho, puesto que el botín, el más cuantioso de los que produjo la conquista de América, ascendió a 1.326.539 castellanos en oro y 51.610 en plata: aproximadamente treinta y cinco millones de pesos de nuestra moneda. El resultado del proceso de Atahualpa —un proceso inicuo, pues que ni se llenaron las formas de la prueba y la defensa—, fué su muerte en suplicio de horca y hoguera, que se cumplió el 29 de agosto de 1533

La desaparición de Atahualpa produjo un debilitamiento de los lazos que unían unas provincias y unas tribus con otras de su vasto imperio y Pizarro hizo coronar Inca a Toparca, hermano del ejecutado. Pero contra Toparca alzóse otro hijo de Huayna Capac llamado Tito Anchi. Toparca fué asesinado y en su reemplazo Pizarro hizo coronar a Manco, que para conservar su situación tuvo que supeditarse en absoluto al conquistador y prestar juramento de vasallaje al rey español.

Habiendo reaparecido Almagro en el Perú, Pizarro consiguió calmarlo en sus protestas poniéndolo a cargo, de manera exclusiva, de la conquista del reino de Chile, hasta entonces no emprendida. Almagro aceptó partiendo para ese destino y sobrevino con este motivo para Pizarro un período de tranquilidad, durante el cual se consagró a la organización administrativa del Perú, revelando en ello condiciones sorprendentes en un hombre de su tan precaria ilustración. Este fué también el período en que fundó a Lima y Trujillo. Como cuanto mayor era el acierto que demostraba el conquistador en su labor de gobernante más se consolidaba en el Perú el dominio de los europeos, Manco Inca no pudo

contemplar con buenos ojos las perspectivas y se levantó en armas atacando y sitiando a la ciudad de Cuzco en febrero de 1536. Obligado a retirarse se atrincheró en la fortaleza de Sacksahuamán, primero, y en la de Ollantantaimbo después; y reapareció a los cuantos meses frente a Cuzco con un fuerte cuerpo de ejército. Cuando los hermanos de Francisco Pizarro, que mandaban en la ciudad, esperaban el ataque indígena, presentóse también frente a Cuzco Diego de Almagro que regresaba de Chile desengañado y agriado. Creyéndolo el enemigo más débil, Manco Inca le presentó en seguida batalla; pero Almagro lo batió y dispersó en el valle de Yucay, volviendo inmediatamente sobre Cuzco, ciudad en la que entró vencedor en la noche del 19 al 20 de abril de 1537, encarcelando a los jefes de la resistencia a su autoridad; Hernando y Gonzalo Pizarro. Manco Inca, entre tanto, habíase reorganizado y reapareció en busca de Almagro quien no rehuyó el nuevo encuentro y derrotó otra vez al Emperador indígena. Almagro, obsesionado por su rivalidad con Pizarro, quería fundar ciudades como él. Con el propósito de que no fuese solamente Lima el centro de la expansión del Perú bajo la dominación europea, fundó a Chincha. Pero mientras él realizaba esto fugóse Hernando Pizarro de la cárcel en que había sido dejado en Cuzco y, levantando fuerzas contra Almagro, le presentó batalla. Almagro no la pudo rehuir, e imposibilitado de tomar parte en ella por hallarse enfermo de gravedad, sufrió su gran derrota de Las Salinas, como consecuencia de la cual cayó prisionero y fué condenado en Cuzco a la pena capital por orden de su vencedor. Francisco Pizarro pareció deplorar esta muerte, pues recogió en su hogar al hijo de Almagro proponiéndose formarlo y educarlo; mas no removió a sus hermanos del mando en Cuzco e hizo que uno de ellos, Hernando, se trasladara a España para explicar lo que había pasado. Mientras llegaba el pronunciamiento de la Corte, Pizarro continuó en sus trabajos de la organización administrativa del Perú, siendo ésta la época en que promovió una nueva expedición a Chile, cuya dirección confió a Pedro de Valdivia. El conquistador había llegado al apogeo de su grandeza y poderío; no obstante lo cual la sangre de Almagro lo perseguía, manteniéndose viva, en el afecto popular por el hijo, la adhesión antigua al ejecutado de Cuzco. Pizarro expulsó de su casa, a consecuencia de todo esto, al joven Almagro y esta medida le fué fatal porque tomando pie de ella el almagrismo se lanzó a propiciar los temperamentos de violencia. El 26 de junio de 1541 estalló una conspiración que llevó frente a la casa del gobernador una turba enfurecida. Pizarro salió a contenerla y fué muerto, siendo designado como reemplazante suyo en el gobierno Diego de Almagro, que sólo

tenía a la sazón 22 años. Al mismo tiempo que se producían en Lima estos sucesos venía en viaje de España para el Perú el licenciado Vaca de Castro, en misión especial de la Corona. Entre sus instrucciones traía la de asumir el gobierno. El joven Almagro le presentó batalla y fué derrotado en Guamanga. Huyendo fué a dar a Cuzco, donde las autoridades, que se pusieron del lado del representante del Rey, lo hicieron prisionero. Por orden de Vaca de Castro fué condenado a muerte y decapitado. A Vaca de Castro lo sucedió Blasco Núñez de Vela, que por orden de la Corona declaró abolido el régimen de las encomiendas y prohibió el trabajo personal forzado de los indígenas. Era esto consecuencia de una generosísima campaña en favor de los naturales que había emprendido Fray Bartolomé de las Casas. Pero el régimen de las encomiendas había creado intereses enormes que, al sentirse afectados, buscaron su defensa. Quedaba todavía un Pizarro en el Perú: Gonzalo, pues Hernando no había regresado de España donde seguía confinado por orden de la Corona en un castillo que era un presidio. Los descontentos se reunieron en torno de Gonzalo Pizarro, quien levantó un ejército y resistió y venció a Núñez de Vela en la batalla de Añaquito el 16 de enero de 1546, proclamándose en seguida gobernador del Perú en rebeldía contra las nuevas leyes y contra la Corona que las había dictado. El conflicto había tomado una gravedad que alarmó a la Corona, la que resolvió dejar sin efecto las nuevas leyes y envió otro representante para arreglar las cosas. Fué el designado un sacerdote ilustrado y recto: don Pedro de la Gazca: el hombre para el cargo, por las condiciones que reveló. Valiéndose de una fina política en la que entró por mucho la astucia, consiguió minar las fuerzas de Gonzalo Pizarro hasta provocar en ellas grandes deserciones. No obstante haber sido favorables al rebelde las primeras acciones de guerra, en definitiva cayó vencido él en Sacksahuanán el 10 de abril de 1548 y, en poder de La Gazca, lo hizo éste ejecutar. Al recibir La Gazca, poco después, orden de volver a aplicar las leyes de abolición de las encomiendas y el trabajo personal forzado de los indígenas, no quiso comprometer en la nueva resistencia que adivinaba los éxitos que lograra y dimitió. Reemplazólo don Antonio de Mendoza con el título de Virrey, el cual hubo de afrontar todas las dificultades que previera su antecesor, dominándolas sólo a costa de un enorme y largo esfuerzo y merced a la cooperación potentísima que tuvo en el Arzobispo Loaiza y Fray Domingo de Santo Tomás. El papel que asigna la historia a don Antonio de Mendoza, es el de preparador del terreno para el gran gobierno del Virrey que lo reemplazó, Hurtado de Mendoza, con el que entró el Perú en las vías del orden y la prosperidad.

La ocupación de Chile, iniciada por Almagro, fué reanudada y proseguida por Valdivia, Aguirre y Villagrán; tocándole consumarla a don García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey del Perú de los mismos apellidos. Almagro, después de salvar a costa de sacrificios enormes la distancia comprendida entre Cuzco y Chile, recorrió los valles de Copiapó, Aconcagua y Maipo, organizando exploraciones por los contornos que lo convencieron de que estaba en una región de pobreza desoladora, por lo que abandonó la campaña y regresó al Perú. Valdivia, saliendo de Cuzco a principios de 1540, formó campamento a orillas del río Mapocho, en la falda del hoy cerro de Santa Lucía de Santiago de Chile, ciudad ésta que fundó el 12 de febrero de 1541 con el nombre de Santiago de Extremadura. Después de construir graneros en qué conservar víveres, formó un astillero en la embocadura del río Aconcagua que le diese barcos con qué poder recorrer más fácilmente que por tierra la extensa faja en que actuaba. Los graneros y el astillero fuéronles destruídos por los indígenas y fué éste el momento en que le llegó la noticia del asesinato de Francisco Pizarro. Requirió no obstante auxilios del Perú y, cuando los obtuvo, fundó la ciudad de La Serena en el valle de Coquimbo y organizó expediciones por tierra y mar, las primeras a cargo de Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre. Al saber la rebelión de Gonzalo Pizarro contra La Gazca y contra España, creyó que debía prestarle a ésta el concurso de su brazo y se trasladó al Perú. En su ausencia Villagrán fraguó una conspiración contra él y, haciéndose nombrar gobernador de Chile, elevó a La Gazca un capítulo de acusaciones que justificaban, a su juicio, lo hecho. La Gazca, que había tenido ocasión de apreciar lo que valía Valdivia en la ayuda que le prestara contra Gonzalo Pizarro, dióle la oportunidad de defenderse pasándole para el efecto el expediente que le había sido enviado de Chile. La defensa de Valdivia, extensa y sólida, es una preciosísima fuente de datos relativos a la conquista de Chile. Leyéndola, no se concibe otro fallo que el que dió La Gazca: absolutorio para Valdivia y confirmativo de su autoridad como gobernador de Chile. Valdivia llegó a Santiago para retomar el gobierno, en enero de 1549. La ciudad de La Serena había sido arrasada por los indígenas: ordenó su repoblación y reedificación. No siéndole posible imponer a Villagrán el acatamiento de su autoridad, por cuanto había cruzado los Andes en compañía de Aguirre, buscó el encuentro con los indios de los valles de Copiapó y Coquimbo, fundando en el trayecto de esas escursiones la ciudad de La Concepción, a orillas del río Bío y en la bahía de Talcahuano. Atacado aquí por los mapoches y araucanos, rechazólos fundando luego cuatro ciudades más a que dió los nombres de Imperial, Angel, Valdivia y Villa Rica. Creyó con esto

consumada la conquista de Chile y envió un comisionado a España, Jerónimo de Alderete, para que la comunicara a la Corona. Pero se equivocaba: la conquista no estaba, ni con mucho, consumada. Colocolo, el cacique más anciano de los mapoches, tomaba en ese momento la iniciativa para unir a todas las tribus indígenas contra el español. Nombrado jefe supremo de ellas Caupolicán, fué reciamente atacada la fortaleza española de Tucapel, con motivo de lo cual corrió Valdivia en auxilio de ella. Mas a los indígenas incorporóseles otro audaz y valeroso caudillo, que era un joven indígena que había estado al servicio de Valdivia y se llamaba Lautaro. Conocedor como era de la realidad de las fuerzas invasoras, llevó al incorporarse a las fuerzas connacionales un plan que fué aceptado: el de rendirlas por cansancio. Desde ese momento Valdivia y sus soldados viéronse asaltados día y noche por fuertes cuerpos de indígenas que se habían escalonado en su camino. Todos esos asaltos eran rechazados, con grandes pérdidas por parte de los que los realizaban; mas en uno de ellos quiso la fatalidad que Valdivia cayese prisionero de una división araucana. Su suerte no podía ser dudosa. Fué ejecutado sobre el tambor. Abierto el testamento del bravo jefe hispano, vióse que ordenaba lo reemplazasen: en primer término Jerónimo de Alderete, que se hallaba en España; a falta de él Aguirre, que continuaba expedicionando en nuestras actuales provincias andinas; y en último término Villagrán, que era el que estaba más cerca por haber repasado los Andes y hallarse en el sur de Chile. Fué Villagrán el que recogió la herencia, pero sin mejorar la situación de los españoles que además de despoblar Angel y Villa Rica tuvieron que abandonar a Concepción derrotados por Lautaro y se refugiaron en Santiago. Aguirre, entre tanto, habíase trasladado a La Serena, donde se hizo proclamar y reconocer como gobernador Había, pues, dos gobernadores en Chile, frente a un enemigo que cada día se hacía más poderoso. Para poner fin a esta rivalidad la Audiencia de Lima resolvió suprimir el cargo de gobernador de Chile y confiar sus funciones a los Cabildos de las ciudades. Mas estos Cabildos depositaron la autoridad militar, unos en Valdivia y otros en Aguirre. Y cuando el primero de éstos se lanzó a repoblar Concepción, no secundado por el segundo, fracasó. Al propio tiempo el enemigo formaba dos grandes ejércitos, uno para el sur, al mando de Caupolicán, y otro para el norte, bajo la dirección de Lautaro. La Audiencia de Lima volvió entonces sobre sus pasos y dando el mando al que tenía más poder, sin preocuparse de quien tuviera más derecho, lo depositó en Villagrán, que logró poco tiempo después sobre Lautaro la gran victoria de Mataquito, en que dicho caudillo indígena murió heroicamente. Villagrán, sin embargo, no se consolidó ni con esta feliz acción. Su rivalidad

con Aguirre continuaba siendo un obstáculo para la reunión en una sola mano de todas las fuerzas españolas existentes en Chile. Fué, pues, reemplazado, recayendo la elección del sucesor en don García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey del Perú de los mismos apellidos. Llegó don García a Chile con elementos de combate que ninguno de sus antecesores había podido obtener en tanta cantidad; y esto, y la obediencia que impuso a los parciales de Villagrán y de Aguirre, luego de encarcelarlos a los dos y remitirlos al Perú, diéronle una base inapreciable de acción, de la que, por otra parte, entraba a disponer cuando el enemigo habíase debilitado con la gran pérdida de Lautaro. Caupolicán hizo prodigios y consiguió todavía asestar a los españoles muy dolorosos golpes; mas en definitiva debía ser vencido, cual lo fué. Derrotado y prisionero Caupolicán, fué condenado a un suplicio que supera en inhumanidad a cuantos registra la historia de la conquista, siendo acaso su más negra página. Otras acciones posteriores concluyeron con la resistencia, que continuó todavía, de los mapoches; y quedó con ellas consumada la conquista de Chile por España. Don García fundó varias ciudades del otro lado de los Andes y promovió y realizó exploraciones importantes, una de las cuales abrió los cimientos de nuestra ciudad andina de Mendoza. Triunfó en lo material y fracasó en lo moral, porque era muy joven y sus aturdimientos y excesos fueron muchos. Destituído a consecuencia de éstos, fué sometido a juicio en el Perú. La severa sentencia que recayó sobre él fué más tarde modificada en España; pero perdió el gobierno que ejercía, al cual volvió nuevamente Villagrán.

CAPITULO VII

OCUPACIÓN DEFINITIVA DEL RÍO DE LA PLATA

La sucesión de don Pedro de Mendoza. — Al ausentarse para España don Pedro de Mendoza nombró, como se recordará, para sucederle en el mando a Juan de Ayolas y, a falta de éste, al capitán Ruiz Galán. De Ayolas, enviado por Mendoza en recorrida del río Paraná y sus afluentes, no se tenían noticias; ni tampoco de los capitanes Juan de Salazar y Gonzalo de Mendoza, destacados en la busca de aquél por el mismo don Pedro de Mendoza. Ruiz Galán asumió, pues, el gobierno. Empero al poco tiempo Salazar y su compañero reaparecieron en Buenos Aires. Habían conseguido informarse del paradero de Ayolas: estaba en la región de los indios Charcas (Bolivia de hoy), en la cual se había internado. Salazar, al descender por el río Paraguay del lugar a que llegara en sus investigaciones, había fundado un fuerte que fué el origen de la actual ciudad de Asunción del Paraguay.

Otra de las disposiciones de don Pedro de Mendoza prescribía que cuando regresara Salazar de la misión que se le había confiado, Ruiz Galán le entregaría el gobierno y se trasladaría a la Corte a fin de informarla a ésta ampliamente de la situación reinante en el Río de la Plata. Ruiz Galán se rehusó a este cometido, prefiriendo el que ya tenía y, embarcándose junto con Salazar, remontó el Paraná has-

ta el antiguo fuerte de Corpus Christi, donde hizo reconocer y jurar su autoridad, dirigiéndose en seguida a la Asunción.

Ayolas, Ruiz Galán, Salazar, Irala y Cabrera. — En torno de estas cinco personalidades giran los sucesos de la época a que estamos haciendo referencia. Vamos a verlas a todas ellas en su respectiva actuación.

Ayolas continuaba todavía internado en Charcas, al presentarse Ruiz Galán en la Asunción; mas ejercía allí el mando don Domingo Martínez de Irala, designado por el ausente para reemplazarlo. Ayolas no se había recibido del gobierno del Río de la Plata; quien se había recibido de él, era Ruiz Galán. ¿Podía ser, pues, válida la delegación de la autoridad que hiciera Ayolas en Irala? Sobrevino el conflicto de circunstancias, que se solucionó mediante el retiro de Irala de la ciudad y su traslado a Candelaria, donde esperaría el regreso del gobernador titular. Ocurría esto en 1538.

Ruiz Galán dedicóse desde el gobierno a impulsar el crecimiento de la Asunción por una serie de iniciativas progresistas; y, estando en ello, tuvo noticia de que los indios timbúes amenazaban el fuerte de Corpus Christi. Poniendo a Salazar como substituto suyo en la Asunción, trasladóse al sitio del peligro teniendo la suerte de batir por completo a los timbúes y el aturdimiento de hacer una cruel matanza de ellos.

Una vez afianzada la seguridad de Corpus Christi, siguió viaje Ruiz Galán para Buenos Aires. Sus compañeros de aquí no sabían cómo resolver el problema de su alimentación, cuando llegó Ruiz Galán, el cual por pronta maniobra envió con un barco a Gonzalo de Mendoza a las costas del Brasil en procura de víveres. Retornó pronto el enviado, mas no sólo con los víveres. Había encontrado en el Bra-

sil a don Alonso de Cabrera, que era portador de una real cédula extendida por la Emperatriz de España, en ausencia del Emperador, en la que se ordenaba respetar y obedecer al reemplazante que hubiera dejado don Pedro de Mendoza, si lo había dejado; y, no siendo así, reunirse todos los conquistadores y elegirlo.

Don Pedro de Mendoza había designado, no uno, sino dos reemplazantes; pero el primero de ellos estaba ausente. Como la no realización del viaje a la Corte por parte de Ruiz Galán podía haber viciado su autoridad, opinó Cabrera que convenía aplicar el temperamento electivo y así se hizo, recayendo la mayoría de los votos en el mismo Ruiz Galán. Continuó, pues, éste en el gobierno y en abril de 1539 emprendió con Cabrera viaje a la Asunción.

Había vuelto allí Irala, abandonando su retiro de Candelaria, quien invocando la misma real cédula traída por Cabrera, la cual en primer término ordenaba respetar lo que hubiera dispuesto don Pedro de Mendoza, no solamente se negó a abandonar la autoridad que ejercía, sino que exigió le fuese entregado el mando en toda la zona del Río de la Plata.

La designación de Ruiz Galán a falta de Ayolas debía entenderse, según Irala, para el caso de muerte de aquél y Ayolas estaba vivo.

Cabrera encontró ilevantable esta argumentación y en tal virtud se hizo entrega a Irala del gobierno de toda la Colonia el 31 de Julio del mismo año de 1539.

La suerte corrida por Ayolas en su expedición al Perú. — La preocupación dominante en Irala era la situación de Ayolas y, apenas transcurridos tres meses de haberse recibido del gobierno en nombre de él, partió de la Asunción tras de sus huellas. Hizo marchas muy penosas a causa de lluvias

copiosísimas que dificultaban su empresa hasta el punto de no dejarle sitio donde encender el fuego de las comidas. Mas se sobrepuso a todo y llegó hasta los límites extremos de la ruta que siguiera el ausente, sin entrar en el territorio que éste invadiera. Desgraciadamente sin éxito todo este esfuerzo. Nada ni nadie dióle a Irala siquiera un indicio de la suerte de Ayolas.

En viaje de regreso a la Asunción, procuróle la casualidad lo que no bastara a proporcionarle todo aquel empeño. Halló en el camino a un joven indio chanés que había formado parte de la expedición de Ayolas y que lo informó sobre ella ampliamente. Los chaneses, podía decirse que en su totalidad lo habían acompañado a Ayolas. Lo mortífero del clima por el ardiente sol del Chaco, no había sido óbice para que el valeroso jefe de la expedición persistiera en realizarla. Una parte de los chaneses desistió, mas otros siguieron, entre ellos el informante de Irala. Los primeros en presentar resistencia, fueron los indios caracas. Ayolas los batió y dispersó, con motivo de lo cual todo el país de los charcas entró en conmoción. Mientras se organizaban estos últimos para expulsar al invasor, dejaron indefensa una vasta zona de su territorio, aprovechado lo cual por Ayolas obtuvo la posesión de grandes cantidades de oro y plata cuyo transporte le requirió hasta veinte cargas. Hablaba el chanés de transporte, porque Ayolas resolvió emprender el regreso antes de que los charcas pudieran atacarlo. Lo escaso de sus fuerzas no le permitía hacerles frente. Hízose el regreso esquivando lo poblado hasta llegar a Candelaria, donde había pensado Ayolas que encontraría a Irala, pues allí le había dejado; y donde con la incorporación de éste esperaba colocarse en condiciones de poder volver contra los charcas. Pero Irala, ya lo sabemos, habíase trasladado a la Asunción y Candelaria estaba sin soldados ni auxilios de género ningu-

no. Disponíase Ayolas a seguir hasta Asunción, cuando fué atacado de improviso por los "payaguaes". Sólo quedó con vida de ese asalto, el indio chanés que hacía a Irala esta relación.

Se puede suponer la impresión que haría ella en quien la escuchó. No solamente se había malogrado el segundo esfuerzo tentado, por el lado del Paraguay y atravesando el Chaco, para dominar a los charcas, sino desaparecía también con la muerte de Ayolas la autoridad de Irala, quien debería reintegrarla a Ruiz Galán.

El estado de la Asunción fué el que impidió que esto último sucediera de inmediato. Durante la ausencia de Irala habíanse desatado sobre la ciudad varias pestes y producídose pertinaces ataques de los indígenas. Los pobladores que restaban hallábanse en tal estado de desánimo que no querían sino el retorno rápido a España. Sólo pudo Irala obtener el desistimiento de este propósito mediante la concentración que resolvió se hiciese en la Asunción de todos los elementos, en hombres, armas y víveres, de la colonización española en el Río de la Plata, con motivo de lo cual fué despoblada Buenos Aires el 1º de mayo de 1541.

Los Adelantados. — Alvar Núñez Cabeza de Vaca. — Entre tanto, Alvar Núñez Cabeza de Vaca era nombrado en España Adelantado del Río de la Plata. Era visible, por este nombramiento, el propósito de la Corona de poner fin al estado anormal de cosas creado por la ausencia y muerte de don Pedro de Mendoza. En efecto. El nombramiento de Cabeza de Vaca había sido hecho no sólo para el caso de que Ayolas hubiese muerto, sino aun para el de que no hubiera regresado de su expedición al Perú.

De Santa Catalina a la Asunción. — Cabeza de Vaca,

en viaje para el Río de la Plata, se detuvo en Santa Catalina, donde fué informado de lo que hacía Irala, por algunos colonos que habían huído de Buenos Aires al recibirse allí la orden de despoblarla. Ir hasta la Asunción por Buenos Aires, que ya no existía, y el Río Paraná, era poso seductor. La distancia y las dificultades eran también muy grandes, haciendo la travesía por tierra desde Santa Catalina. Alvar Núñez Cabeza de Vaca prefirió, sin embargo, este último trayecto. Hubo de escalar montañas, talar bosques, y cruzar arroyos y llegó así al Iguazú, cuyas maravillosas cataratas fué el primero en contemplar entre los europeos. Por el Iguazú salió al río Paraná y por éste puso pie en el territorio paraguayo. Varias tribus de indígenas saliéronle al paso en son de guerra. Atrayéndolas con dádivas y promesas llegó a la Asunción el 11 de marzo de 1542; cuatro meses después de su salida de Santa Catalina, hecha el 2 de noviembre de 1541.

En busca de la sierra de la Plata. — No pudo escapar a la penetración de Cabeza de Vaca el sólido arraigo que tenía en la Asunción el prestigio de Irala. Deseoso de no restar elementos a su gobierno y de no complicar el desenvolvimiento del mismo, apenas asumió el mando, nombróle su maestro de campo y comisionólo para que hiciera una descubierta hacia el Perú, preparatoria de la expedición que se proponía realizar a esas tierras en procura de la Sierra de la Plata, la obsesión de todos los conquistadores que llegaban acá.

Ausente Irala, trató Cabeza de Vaca de consumar la obra, que iniciara en su viaje, de atraerse a las tribus indígenas de los contornos. Fructuosa esta su política, había avanzado mucho en el sentido de lo que deseaba, cuando una circunstancia fortuita púsole en la situación más crítica. Es-

talló en la Asunción un incendio que no hubo cómo dominarlo en cuatro días. Con más de doscientas familias sin techo a consecuencia de dicha catástrofe, el ánimo de los colonos decayó totalmente y no quedaban esperanzas de poderlo levantar. La salvación llegó, como otras veces, con Irala que, reapareciendo, trajo excelentes impresiones de su descubierta. La expedición al Perú era perfectamente factible y ella suministraría compensación sobrada para todos los sufrimientos que los colonos llevaban pasados.

La primera dificultad a vencer era la de las provisiones. Había que asegurarlas, en proporción a la magnitud de la empresa. Cabeza de Vaca destacó en misión con ese objeto, por un lado al propio Irala y por el otro a Gonzalo Mendoza. Sólo el primero retornó airoso de ese cometido, habiendo conseguido cuanto era menester, unas veces por la bondad y otras por el rigor.

La expedición, que se organizó en seguida, alcanzó a reunir quinientos españoles, un millar de indios, diez barcos y ciento veinte canoas y partió de la Asunción en setiembre de 1543 rumbo a Puerto de los Reyes, donde la esperaba, con alguna gente más, Gonzalo de Mendoza.

Alvar Núñez destituído e Irala teniente gobernador. — La Sierra de la Plata suponíase que estaba en las tierras dominadas por los indios caracaes y hacia ellas se orientó la expedición, luego de amarrar en Puerto de los Reyes las embarcaciones mayores y de instalar allí alguna tropa que las custodiase. Pero la buena fortuna no estaba con Alvar Núñez. Al quinto día el indio guía que tenían contratado, declaró no poder seguir. ¿Qué hacer? Buscóse otro indio que reemplazara al que se había acobardado, y fué encontrado. Mas las jornadas se sucedían, unas tras de otras, sin tan siquiera un indicio de la proximidad del país de los caracaes. El guía

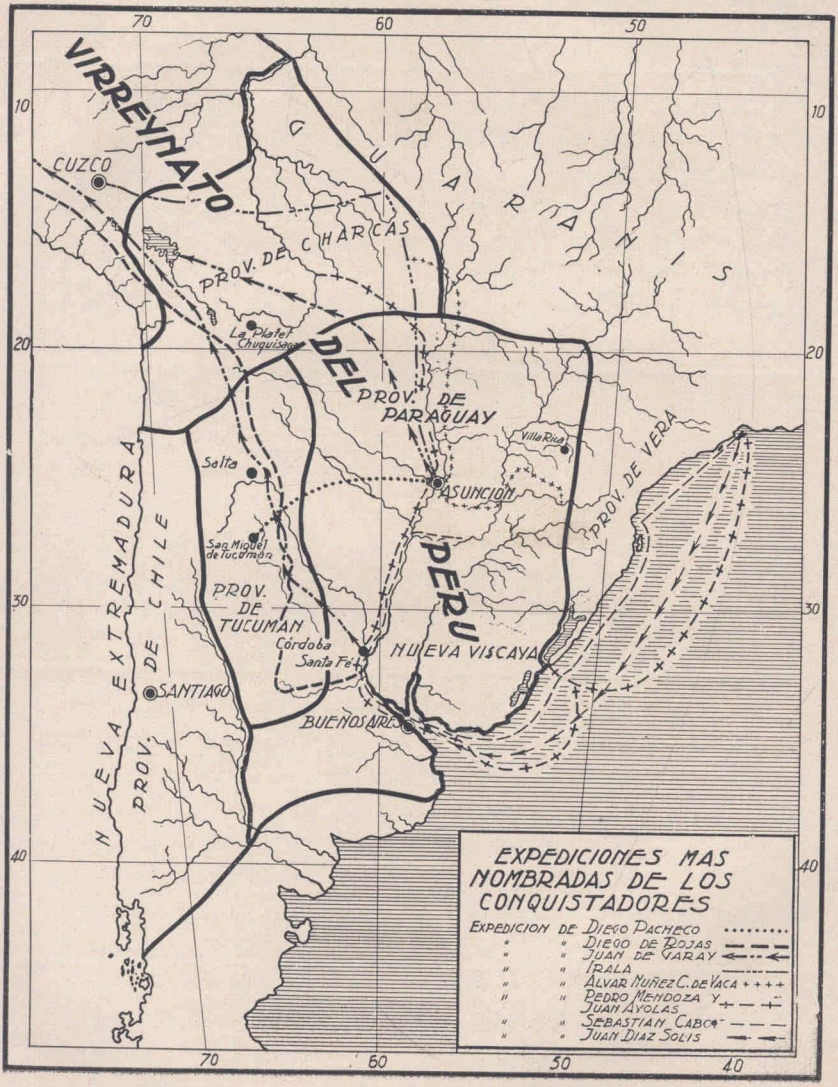
sólo respondía con evasivas a las interrogaciones de que era objeto. Como la tropa demostrábase con poca voluntad de seguir, fué menester acorralar al indio y exigirle una contestación precisa. Dióla diciendo que, según su impresión, empero con poca seguridad, debía estar todavía la expedición a diez y seis jornadas del punto de su destino. Alvar Núñez comprendió que así no podía seguir, pues era continuar a la aventura y para no hallarse, al llegar, con gente en disposición y situación de librar combates.

Emprendido el retorno, la llegada a Puerto de los Reyes fué nueva ocasión de abatimiento y dificultades. Los cuidadores de las embarcaciones, casi sin provisiones, amenazaron con sublevarse; los oficiales reales promovieron un alboroto reclamando el quinto que correspondía al Rey de cuanto la expedición traía; la desobediencia cundió, en suma, hasta hacerse general. Alvar Núñez no atinó sino a contemporizar con todos en esta sucesión de conflictos y pudo por este medio conseguir que la expedición reanudara compacta su marcha hasta la Asunción, a donde llegó el 8 de abril de 1544.

¡Ocho meses de sacrificios, para nada! Este fracaso, por una parte; y por la otra los manoseos que de su autoridad tolerara Alvar Núñez, generaron el 25 del mismo mes y año, a poco más de los quince días del arribo a la Asunción, un alzamiento de la tropa armada. La casa de Alvar Núñez fué asaltada y, depuesto éste, fué embarcado para España. Los amotinados nombraron a Irala teniente gobernador, quien se hizo cargo inmediatamente del puesto.

Esta preferencia de los sublevados, ha hecho sospechosa ante la historia la conducta de Irala. Suponiendo empero que no hubiera sido él ajeno al movimiento, su conducta, atenta la situación de cosas que reinaba, no podría ser merecedora de una reprobación muy vehemente. No podría serlo, por lo que había sucedido: la eliminación de un jefe que, bueno tal

ISAAC R. PEARSON
Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata



vez para las situaciones normales, resultaba calamitoso en aquella serie de difíciles emergencias; ni por lo que sucedió, que fué honroso en alto grado para Irala.

En efecto, las tribus indígenas, que estaban al acecho de un momento propicio para imponerse a los conquistadores, cayeron sobre la Asunción precisamente en aquella hora. No menos de quince mil fueron los indios que acometieron a los españoles. Mostrando Irala ser el hombre para el momento supo improvisar una resistencia eficaz, primero, y obtener luego la victoria total sobre los atacantes, a los que persiguió hasta en sus últimos atrincheramientos, con los cuales concluyó también.

El regreso de Irala a la Asunción, después de este éxito, llena las crónicas del tiempo como su acontecimiento más glorioso.

De nuevo hacia el Perú. — Todos los esfuerzos de Irala, una vez dominado el enemigo indígena, tendieron a consumar la empresa de la expedición al Perú.

Acaso pensó que fuera ella el medio mejor de hacer ver que el alzamiento contra Alvar Núñez no había sido obra de la simple aspiración de suplantarlo, sino de la necesidad.

Pensáralo o no, fluye lo dicho de la circunstancia de haber podido organizar Irala, en menos tiempo y con menos trabajo que su antecesor, la reanudación de aquel avance; y de la de haberlo podido llevar a buen término, puesto que Irala llegó al Perú a fines de 1547.

¡Tarde...! — Sólo que llegó cuando otros españoles ocupaban ya dicha región, y no habiéndosele anticipado en un día, sino en nueve años. Tratábase de Pizarro y sus soldados. Ayolas había llegado todavía a tiempo al país de los Charcas: un año antes que Pizarro. Mas tuvo que retroceder

para reforzarse y en este retroceso le sorprendió la muerte.

Al presentarse Irala en el Perú estaban ya fundadas sus principales ciudades, entre ellas las de La Plata y Chuquisaca, las más próximas a la ruta que llevaba el gobernador del Paraguay; y estaban también repartidos por La Gazca los minerales de Potosí, Caracara y otras ricas zonas del territorio tan soñado.

La frase de Schmidel, compañero de Irala, no ha sido ni podrá ser superada para pintar ese momento de los expedicionarios. Pone por único comentario de la tremenda decepción, estas palabras: "Nos quedamos fríos donde estábamos".

De la cumbre al llano y del llano a la cumbre en breve tiempo. — El primer acto de Irala, una vez que percibió la amarga realidad de su situación, fué destacar hacia Lima comisionados que explicaran a La Gazca, los motivos de su expedición. Estos comisionados llevaban la finalidad secreta de gestionar alguna compensación para los esfuerzos hechos.

Mas antes de que estos enviados llegaran a Lima, ya habíase tenido noticia allí de la aparición de tropa extraña en el territorio peruano; e impartídose a su jefe por La Gazca la orden de suspender todo avance bajo pena de la vida.

Aunque Irala reservó esta orden y disimuló la detención que hizo con el pretexto de la espera de sus enviados, la decepción había exasperado a los expedicionarios que no se conformaban con otros temperamentos que los de librar a la fuerza la decisión del mejor derecho a las tierras en que estaban, o retroceder a la Asunción sin pérdida de momento. Como Irala persistiera en no hacer ni una ni otra cosa, sublevósele su gente y lo depuso. Gonzalo de Mendoza tomó el mando de la expedición, que emprendió en el acto el regreso, para salvar siquiera el botín de cautivos que había logrado. Irala, abandonado y solo, la siguió a corta distancia.

En San Fernando, a donde llegaron los expedicionarios después de un año y medio de haber salido de la Asunción, hizo Mendoza el reparto de los indios cautivados, que eran doce mil. Pero apenas habíase dado fin a este reparto, súpose en San Fernando que la Asunción era teatro de grandes revueltas. Había que dominar aquello. ¿Quién para esa empresa que se presentaba asaz difícil? Volviéronse las miradas al jefe depuesto, que había seguido a la expedición tranquilo y resignado, sin una protesta. Se le suplicó que disimulara la desobediencia y destitución y que aceptara nuevamente el gobierno.

Irala aceptó y, reintegrado a sus funciones, tomó el rumbo de la Asunción.

Irala sitia a la Asunción y entra en ella. — Gobernaba a la ciudad, cuando llegó Irala frente a ella, el capitán Diego de Abreu. ¿Cómo y por qué, si el dejado en el mando cuando se emprendió la expedición al Perú, había sido Francisco de Mendoza? Irala fué bien pronto informado de lo que había sucedido. Poco después del año de la partida de la expedición, Mendoza convocó al Cabildo de la Asunción, en vista de que no había noticia ninguna del gobernador ausente, de que debía por lo tanto presumirse su muerte y de que correspondía elegir quien lo reemplazara con carácter definitivo. El propósito de Mendoza era, por supuesto, que tal elección recayese en él. Pero el Cabildo estaba trabajado con eficacia en favor de otro candidato, el capitán Abreu, que resultó con mayoría de votos. Mendoza entonces resolvió resistir al nombrado, pretextando que su elección adolecía de vicios insanables. Librado este pleito a la fuerza, favoreció ella al capitán Abreu quien, luego de hacer pagar con la vida a Mendoza su resistencia, asumió el gobierno.

Mas, he aquí que Irala, reemplazado en la suposición de

que hubiese muerto, aparecía vivo. ¿Qué haría Abreu? En la consecución del gobierno había jugado una partida demasiado difícil y riesgosa para abandonarla por esa complicación. Opúsose a la entrada de Irala en la ciudad, sosteniendo que era tan gobernador como él: ambos, por virtud de una sublevación militar.

Irala adoptó sus medidas, con la destreza que le era característica. Sitiada la Asunción, este hecho, que involucraba privaciones para los pobladores, unido al prestigio del gobernador en regreso, concluyó por imponer a Abreu el alejamiento a los bosques, desde donde, mientras la capital caía en poder de su adversario, prolongó durante dos años su resistencia, hasta ser muerto.

El régimen de las Encomiendas. — Fué Irala quien implantó, en este período de su gobierno, el régimen de las Encomiendas en el Río de la Plata.

¿Qué eran las Encomiendas? El trabajo de los indígenas, bajo la vigilancia y al servicio de los conquistadores. Confiábaseles a éstos un número de ellos por lo cual tomaban el nombre de "encomenderos", por serles "encomendados". Las órdenes reales aprobatorias de este sistema tenían en mira, por sobre todo, el interés y beneficio de los indios. Mas en la práctica lo que resultaba era que el sistema sólo favorecía el interés de los conquistadores, llegando a ser, con distinto nombre, una forma de esclavitud lisa y llana.

El régimen de las encomiendas, como lo implantó Irala sobre la base de los 12.000 indígenas de la expedición al Perú, no tuvo características abusivas al grado que posteriormente, o sea luego de haber desaparecido él. Ha de considerarse también que representó una forma de trabajo organizado, en tiempos en los cuales por acá no se conocía ninguna. Dentro de estos conceptos, la responsabilidad de quien implantó en el

Río de la Plata el régimen de que hablamos, tiene su aspecto meritorio.

A los encomendados de los días de Irala, dábaseles el nombre de "piezas" o "yanaconas". Tenían la obligación ellos, sus mujeres y sus hijos de trabajar a las órdenes del conquistador a quien eran entregados, recibiendo de éste, en cambio, alimento e instrucción. Los encomenderos no podían vender a sus encomendados: era ésta la única restricción efectiva que se les imponía. Fuera de ella, no había otra. Faltando como faltaba quien vigilase el trato que se daba a los indígenas, ya por el inconveniente de las distancias, ya por la deficiente organización del poder público, quedaban reducidas a letra muerta las prescripciones de las ordenanzas reales sobre bondad, caridad y solicitud para con los mismos. Los indígenas de las tribus que entraban en amistad con los españoles, eran, bajo el régimen de Irala, dejados en sus pueblos respectivos, sin más obligación que servir dos meses por año los varones de entre ellos de 18 a 50 años. Dábase a los indios comprendidos en esta categoría el nombre de "mitayos". El gobierno tenía, por último, la facultad de disponer, una vez por año, de un cierto número de mitayos para el levantamiento de la cosecha de la yerbamate.

Irala, gobernador en propiedad. — Inclinándose la Corona ante la situación de hecho creada por el prestigio de Irala y ante las calidades que había revelado como guerrero y administrador, confiríole el título de gobernador en propiedad. Este nombramiento fué tanto más honroso para Irala cuanto que llevó la firma de un gran Emperador: la de Carlos V. Los portadores de la real cédula que esto ordenaba, condujeron al mismo tiempo un documento pontificio de Paulo III, fechado en 1547, por el que se erigía a la Asunción en sede episcopal. A efecto de desempeñar este Obispado, para el que

había sido nombrado, llegó también de España, fray Pedro de la Torre.

Consolidado Irala como nunca, pudo desentenderse de toda preocupación que no fuese el fomento de los grandes intereses que le estaban confiados. La acción que desarrolló en este sentido fué muy fructífera. Abrió todo género de vías para el trabajo y lo impulsó con celo y firmeza, promovió la educación pública y acometió la obra de la organización municipal de los vecindarios. A medida que se cargaba en servicios al Estado iba siendo mayor su acierto por el caudal de experiencia que acumulaba y llegó a ser, sin disputa, la primera figura de su tiempo en el Río de la Plata.

Conservó el gobierno hasta su muerte, que ocurrió entre los años 1556 y 1557. No es posible precisar más a este respecto, porque los datos de los historiadores divergen y, cada uno con sus razones, sostienen todos su respectiva fecha distinta. Así, Ruy Díaz de Guzmán da por producida la muerte de Irala en 1557; Guevara en 1556; Madero, en este mismo año, el 3 de octubre; Frejeiro en 1557 y Peña (Enrique) el 3 de octubre de 1557. Lo indudable es que ocurrió en uno u otro de los dos mencionados años y que este hecho produjo un verdadero duelo público.

Los que sucedieron a Irala, después de su muerte, hasta Ortiz de Zárate. — Asumió el gobierno, a la muerte de Irala, su yerno, Gonzalo de Mendoza. Duró muy poco tiempo, porque falleció al año. Procedióse entonces a la elección del sucesor con arreglo a lo que establecían las disposiciones en vigor de la metrópoli y resultó designado gobernador don Francisco Ortiz de Vergara.

Inicióse este período administrativo en medio de la mayor tranquilidad y todo hace pensar que así habría continuado sin la presentación en la Asunción de Ñuflo de Chaves,

enviado por Irala, antes de morir, a expedicionar entre los "jarayes". Chaves había gestionado este cometido, con miras que tuvo buen cuidado de ocultar ante el viejo gobernador. Sólo buscaba la base para plantear algún litigio que pudiera resolver su pariente don Andrés de Mendoza, virrey del Perú. La región de los indios "jarayes" era limítrofe con el Perú: por ahí calculó que lograría su objetivo, como lo logró. Realizado su avance y promovida la querella con los españoles que desde el Perú expedicionaban por los mismos lugares, el virrey dióle la razón, cual lo presumiera Chaves; y declarando litigiosa la zona de los "jarayes" creó con ella una nueva provincia, para virrey de la cual nombró a su hijo don García, que dió poderes a Chaves a fin de que hiciera sus veces.

Este era el estado de las cosas de Chaves, cuando se presentó en la Asunción. ¿A qué este viaje? Ya se verá. Callando cuanto concernía a las resoluciones del Virrey del Perú, ponderó ante Vergara y ante el Obispo las riquezas que había encontrado entre los "jarayes" e insistió en el sentido de que se decidiesen los dos a visitar con él aquel territorio que, siendo lo que era y perteneciendo al Paraguay, requería la organización de especiales servicios.

Seducidos el gobernador y el Obispo, partieron con Chaves. Sólo cuando llegaron al punto de destino, hízoles conocer éste lo resuelto por Hurtado de Mendoza. Estaban en un territorio litigioso en el que tanto Vergara como el Obispo carecían de jurisdicción, no habiendo más autoridad que la de él: Chaves. Como Vergara y el Obispo se quejaran del engaño de que habían sido objeto y se negaran a producir actos de reconocimiento de lo hecho por el Virrey del Perú, Chaves puso preso al primero y lo remitió a la Audiencia de Charcas, de donde por apelación del mismo ante el Consejo de Indias, fué remitido después a España. En cuanto al Obispo, fué vuelto a la Asunción.

El Virrey del Perú, vista la ausencia del gobernador Vergara, nombró en su reemplazo a don Juan Ortiz de Zárate, con la condición de que pasase a España a gestionar su confirmación en el cargo. ¿Era esto lo que Chaves buscaba? Seguramente, no. Lo que sin duda esperó, fué ser nombrado él. Mas ésta es la suerte frecuente de los profesionales de la intriga. Tejió una red, entre cuyos hilos quedó aprisionado.

Ortiz de Zárate partió para España a fin de llenar la condición que le fuera impuesta, designando para que le substituyese en la Asunción, durante su ausencia, al capitán Felipe Cáceres.

El interinato de Cáceres y el sonado conflicto de éste con el Obispo de la Torre. — Lo que les pasara con Chaves al Obispo de la Torre y al gobernador Vergara, no podía dejar de tener repercusión en la Asunción. La vacancia del gobierno obtenida mediante medios tan inescrupulosos, fué considerada viciosa por una buena parte de los pobladores que tenían en mucho a la persona del Obispo y que, como él, esperaban que Vergara regresaría de España justificado y reintegrado en sus funciones.

El Obispo de la Torre estaba agriado y era de carácter violento. Por su parte, Cáceres entendía no poder reemplazar a Ortiz de Zárate de otra manera que afirmando, costásele lo que le costase, su autoridad. Surgió de esto un conflicto grave entre las dos personalidades, la civil y la eclesiástica; conflicto que acabó por producir hechos también graves. Cáceres, a fin de dominar la resistencia de que era objeto, encerró al Obispo en un calabozo y lo condenó al destierro. Pero los elementos que respondían a las ideas del Prelado, lejos de aquietarse con ello, enardeciéronse más. El Obispo de la Torre estaba ya embarcado cuando, prevaliéndose de la excitación pública, Martín Suárez de Toledo produjo un levantamiento militar

que depuso a Cáceres, lo encarceló y le aplicó también la pena del destierro.

Como los barcos que salían para España eran pocos, Suárez de Toledo aprovechó el que estaba a punto de partir con el Obispo.

Las dos personalidades por las cuales la Asunción no había tenido quietud, viéronse, pues, confundidas en la misma suerte; y así habrían llegado a la madre patria, si los disgustos sufridos no hubieran labrado un gran desgaste en la salud del Obispo de la Torre, quien falleció durante el viaje.

Primera presentación en escena de Don Juan de Garay. — El barco que condujera a Cáceres y al Obispo había sido escoltado hasta mar afuera, por otro que capitaneaba un oficial que debía hacerse ilustre. Llamábase Juan de Garay y había salido de la Asunción con un doble cometido: además del ya dicho de escoltar a los desterrados, el de fundar poblaciones en el trayecto del regreso.

Garay había llegado a América a los 14 años de edad, con el Virrey Blasco Núñez de Vela. Durante el tiempo que permaneciera en Charcas, había conocido y trabado amistad con Ortiz de Zárate. Suárez de Toledo, vencedor de Cáceres, no lo ignoraba; pero como Garay había tenido el tacto de no participar en las pendencias del gobernador depuesto, manteniéndose en una actitud enteramente pasiva, tuvo el aprecio, la consideración y la confianza del jefe del motín, que se había convertido en la autoridad de hecho en el Río de la Plata. Es posible que Suárez de Toledo viera también en esa vinculación de Garay con Ortiz de Zárate, un resguardo contra las eventualidades del futuro.

Fundación de Santa Fe por Garay y conflicto con Cabrera. — Regresando Juan de Garay a la Asunción, derivó

del río Paraná hacia la izquierda por uno de sus afluentes y bajó a tierra. Estaba, aproximadamente, a la mitad de la distancia entre el mar y el punto de su partida y, pareciéndole adecuado el lugar para escala, fundó a Santa Fe de la Vera Cruz el 15 de noviembre de 1573.

Combatiendo y persiguiendo algunas tribus de indígenas que se le presentaron, tuvo que detenerse cierto tiempo y tropezó a lo mejor, en esa empresa, con otros soldados españoles cuyo jefe, Jerónimo Luis de Cabrera, disputóle el mejor derecho a jurisdicción en las tierras que ocupaba.

El pleito llevaba mal sesgo y pudo concluir por quedar librado a la fuerza de las armas; mas acertó a llegar en su más álgido período Ortiz de Zárate que, antiguo amigo como era de Garay, nombróle su lugarteniente en la región de Santa Fe. Cabrera comprendió que la cuestión muy difícilmente sería fallada en su favor, vista aquella cordialidad de relaciones; y desistiendo de sus pretensiones, retornó al punto de su procedencia.

Ortiz de Zárate: su gobierno y su testamento.. — Ortiz de Zárate tenía el deseo de repoblar a Martín García antes de marchar para la Asunción y Garay lo estimuló en ese sentido. Partiendo ambos de Santa Fe realizaron el enunciado propósito en aquella isla, puerta de entrada para el río Paraná; mas la repoblación no prosperó; en pocos días arrasáronla nuevamente los charrúas.

Necesitábanse muchos soldados para mantener esa posición; o una ciudad cercana que pudiera proveer con rapidez los correspondientes auxilios en caso de ser requeridos. Ortiz de Zárate y Garay debieron percibir en este momento con meridiana claridad, la conveniencia de repoblar a Buenos Aires.

Nada quedaba por hacer en la zona en que se hallaban el gobernador y su lugarteniente, los cuales, eso visto, em-

prendieron el viaje a la Asunción, a donde llegaron el 8 de febrero de 1574.

Ortiz de Zárate habría podido dejar tras de sí una acción fructuosa, porque era hombre de inteligencia despejada y estaba animado de excelentes propósitos; pero falleció el 26 de enero de 1576, antes de los dos años de recibirse del gobierno. En su testamento instituía como heredera de sus bienes y del Adelantazgo del Río de la Plata a su hija única doña Juana de Zárate, que se educaba en un colegio de Chuquisaca, debiendo ejercer el gobierno en propiedad quien la tomase como esposa, e interinamente, mientras esto se definía, su sobrino don Diego Ortiz de Zárate Mendieta.

Garay, designado albacea de la testamentaría, partió con este motivo para el Perú a fin de conocer y dirigir a su pupila.

Interinato de Mendieta. — El sobrino de Ortiz de Zárate no le hizo honor en manera alguna. Era un irreflexivo y un aturdido, que creyó que por tener el gobierno podía permitírselo todo. Del grado a que llegarían sus excesos puede juzgarse por la apreciación siguiente que hace de Mendieta el historiador Guevara: "Joven bullicioso, de procederes ruines y costumbres perdidas, tan desenvuelto en lascivias como desenfrenado en tiranías".

El ambiente en la Asunción hízose para Mendieta a tal punto adverso, que sintió la necesidad de substraerse a él siquiera fuese por un tiempo y se trasladó a Santa Fe. Mas como en Santa Fe reincidiese en sus desórdenes y abusos, se levantó contra él la población, lo aprisionó y lo embarcó para España.

Respiraban los pobladores de la Asunción y de Santa Fe como quien se quita un enorme peso de encima, cuando entraron nuevamente, más que en alarma, en pánico, por la

noticia que les llegó: primero, de haberse el joven e indigno gobernante interino fugado del barco que lo conducía; y, luego, de que había emprendido viaje de retorno desde San Salvador, donde se produjera aquel hecho.

Por fortuna para los aludidos pobladores la muerte sorprendió al fugado en la costa del Brasil, a la altura de Santa Catalina, fracasando con ese motivo el plan que había concebido Mendieta de hacer pagar con el hierro y con el fuego los menosprecios hechos de su persona y autoridad.

Las incidencias a que dió lugar el testamento de Ortiz de Zárate. — Al llegar Garay a Chuquisaca, necesitó poco para darse cuenta de que la hija de Ortiz de Zárate se había anticipado a toda elección de esposo que le pudieran hacer otros, eligiéndolo de por sí. Era el favorecido con las preferencias de la niña, un joven Oidor de la Audiencia de la ciudad aquella, llamado don Juan de Torres de Vera y Aragón. Estos amores manteníanse secretos, a causa de haber llegado a conocimiento de la heredera del Adelantazgo del Río de la Plata, que eran otros los planes del Virrey don Francisco de Toledo. Garay se interesó en el sentido de los deseos de su pupila y, hombre práctico como era, aconsejóla suprimir de inmediato, casándose, toda posibilidad de realización para los proyectos del mencionado funcionario. Por lo que después sobrevino, cabe calificar de acertadísimo a este consejo. Doña Juana fué llamada a Lima por el Virrey, a donde la joven acudió ya casada. Al Virrey sólo le quedaba vengarse del fracaso en que veía sus intentos y lo hizo sañudamente. Torres de Vera y Aragón fué encarcelado, situación de la que no iba a salir en muchos años; pero antes pudo despachar a Garay para la Asunción como teniente de gobernador, capitán general y justicia mayor, durante el tiempo que no pudiera recoger él en persona, en su carácter de esposo

de doña Juana, la herencia del Adelantazgo del Río de la Plata.

Torres de Vera y Aragón, representado por Garay. — Llegó Garay a la Asunción el 15 de septiembre de 1578. La ciudad estaba inquieta y alarmada, porque los indígenas habían vuelto a levantar cabeza y amenazaban atacarla y destruirla. Tenían a la sazón un jefe sagaz y valeroso que se había dado el nombre de "Oberá" (resplandor). La sublevación que se temía no tardó en estallar y Garay salió a dominarla con las fuerzas que había podido organizar. No eran muchas, mas tenían disciplina y buen armamento. En los primeros choques la victoria favoreció al representante de Torres de Vera, el cual resuelto a imposibilitar para mucho tiempo toda nueva intentona indígena, persiguió a los sublevados grandes jornadas tierra adentro. Su victoria fué, en definitiva, total y aprovechóla Garay para dejar el recuerdo de ella con dos fundaciones: las de los pueblos "Pericoguazú" y "Santiago Jerez".

Repoblación de Buenos Aires. — Si como guerrero quedó Garay impuesto, luego de tan afortunadas acciones, como gobernante debía hacerse ilustre por la obra, que emprendió en seguida, de la repoblación de Buenos Aires.

Lo que viera con Ortiz de Zárate cuando el malogrado empeño de ambos por repoblar a Martín García, no se había borrado de su mente.

Salió Garay de la Asunción, rumbo a la embocadura del Río de la Plata, en marzo de 1580. Acompañábanlo 60 familias dispuestas a establecerse en el lugar que eligiera don Pedro de Mendoza para la hoy gran ciudad americana, capital de la República Argentina. Como se detuvo Garay en Santa Fe, tardó más de dos meses en salvar la distancia que

separa a la Asunción del Riachuelo, al que llegó en el mes de mayo, el día de la fiesta de la Santísima Trinidad.

La primera fundación de Buenos Aires había sido hecha, como se recordará, en la zona de la Boca. Estos terrenos eran bajos y se inundaban. Garay eligió para casco de la repoblación el pasaje alto más próximo, que fué el comprendido entre el parque Lezama y la plaza San Martín actuales.

Era una vasta planicie ligeramente accidentada, cubierta casi toda de espinillos y zarzales, matizados de trecho en trecho por gruesos talas y algarrobos. Dos grandes zanjones la cruzaban de este a oeste, el uno a la altura, más o menos, de las calles Viamonte y Córdoba de hoy; y el otro, a la de las calles Méjico e Independencia.

La ceremonia oficial tuvo lugar el 11 de junio de 1580, en el sitio de la plaza de Mayo actual, levantándose acta que firmaron todos los presentes y que se conserva todavía bajo tierra en el punto céntrico del cruce de las calles Rivadavia, Diagonal Norte y San Martín; y dándose a la nueva fundación el nombre de: "ciudad de la Santísima Trinidad, puerto Santa María de Buenos Aires".

Los indígenas se habían ido reuniendo en los contornos, con motivo de todas estas novedades; y visto lo que ocurriera cuando la fundación primera, eran de temerse. Como Garay tomó sus precauciones, no pudo ser sorprendido por el ataque que le llevaron al mando del cacique Tabobá. Ese asalto y otros que lo subsiguieron fueron rechazados, corriendo luego Garay a los atacantes hasta el Tandil, con lo que Buenos Aires quedó asegurada.

Nativos que se anticipan en varios siglos al porvenir. — Durante estos sucesos la otra ciudad que fundara Garay, Santa Fe, había sido teatro de una sublevación curiosa, porque

mostró a sus pobladores anhelosos, ya en esos días (1580), de la independencia de España; pero también lamentable, porque no sirvió sino para que se derramase estérilmente sangre humana. La sublevación, que proclamó la liberación de estos países del dominio hispano y cuyo primer acto fué el destierro de los españoles que residían en Santa Fe, tuvo como base a los indígenas sacados del salvajismo y a los mestizos de españoles e indios. Depuso a Garay nombrando en su lugar a Cristóbal de Arévalo y proclamando jefe militar de la plaza a Lázaro Venialvo.

No fué menester que el funcionario destituído acudiera a dominar este movimiento. Debía fracasar por sí solo. Arévalo y Venialvo, apenas recibidos de sus puestos, se pusieron en rivalidad y, en medio de la agitación que se puede suponer, el primero concluyó por aplicar al último la pena de muerte.

Aprovechando los españoles desterrados la oportunidad de este estado de cosas, alzáronse a su vez y no les fué difícil restablecer su dominio, como consecuencia de lo cual fueron ejecutados los principales autores de la revuelta.

La muerte de Garay. — Garay permaneció en Buenos Aires hasta la mitad del año 1543. Si hubiera continuado acá, su vida tal vez se habría prolongado mucho. Pero sólo una que otra noticia llegábale de Santa Fe, ciudad a la que su corazón estaba muy ligado, y de la Asunción que estaba también bajo su gobierno. Resolvió, pues, emprender un viaje para informarse del estado de las cosas por allá.

El barco en que salió de Buenos Aires, era uno de los más grandes de que se podía disponer a la sazón y pudo así el gobernador conducir consigo a una numerosa comitiva. Los preparativos de esta expedición fueron públicos y nadie paró mientes en que la noticia de ellos podía llegar hasta los in-

dígenas, a los que por otra parte se les suponía escarmentados para siempre. No era así, sin embargo. Los indígenas, como de costumbre, esperaban su momento. Dispersos bajo distintos jefes y con distinta organización, mantenían todos algún contacto entre sí. La noticia del viaje de Garay fué transmitida de tribu en tribu, en el trayecto que debía recorrer.

Había llegado el gobernador a las inmediaciones de la actual ciudad de San Pedro, cuando llamó su atención la laguna del mismo nombre y se le ocurrió que, internándose en ella y abandonando el río Paraná en que navegaba, podría acortar camino. Pensarlo y hacerlo fué todo uno. Pero la laguna de San Pedro no tenía boca de salida y, al comprobarlo Garay, fuéle menester desandar lo andado, en busca nuevamente del río Paraná. En este viaje de retorno tomólo la noche y, como estaba próximo a una costa llena de naturales encantos, quiso dormir a su reparo.

Ignoraba que los querandíes del cacique Manuá acechaban todos sus movimientos. Entregados al reposo Garay y los que lo seguían fueron asaltados por los querandíes, pereciendo en la sorpresa Garay y cuarenta de sus compañeros que, como él, no tuvieron tiempo de refugiarse en el barco que en mala hora abandonaran.

Llega al Río de la Plata Torres de Vera y Aragón, funda a Corrientes y se ausenta para España. — Al tener noticia de la muerte de Garay, Torres de Vera y Aragón, que continuaba preso en el Perú, nombró para que lo reemplazara a Juan de Torres Navarrete, con orden de fundar una ciudad de escala entre la Asunción y el Alto Perú o Bolivia de hoy. Torres Navarrete se encontró sin elementos, porque los disponibles teníalos a su servicio Alonso de Vera que, por encargo de Garay, había recorrido el Bermejo en casi toda su extensión, sometiendo a numerosas tribus de mocobíes y fun-

dando a Concepción de Buena Esperanza o Concepción del Bermejo, a orillas de éste y a treinta leguas de su desembocadura en el Paraguay.

Cuando el delegado de Torres de Vera y Aragón poníase en condiciones de llenar el cometido que se le confiara, supo que su propio mandante surcaba el río Paraná. En efecto, Torres de Vera y Aragón había, por fin, recuperado la libertad y acudía a tomar posesión de la herencia de su esposa.

Torres de Vera y Aragón se detuvo en Santa Fe y por las noticias que adquirió allí de la distancia que lo separaba aún de la Asunción, comprendió la necesidad de otra ciudad que sirviera de escala entre las dos poblaciones nombradas. Fué éste el origen de la fundación que hizo de la ciudad de "San Juan de las Siete Corrientes", por las siete puntas de tierra que tiene allí el río Paraná.

El fundador de Corrientes fué hostilizado de inmediato por los indígenas, con los cuales hubo de librar recios combates. En uno de éstos incendiáronse las chozas que se habían levantado. Sólo preservóse de las llamas, maravillosamente, una cruz que el fundador llevara consigo, la cual, para mayor resonancia del prodigio, era de madera. Esta cruz se venera todavía y figura, por virtud de lo referido, estampada en el escudo de la provincia de Corrientes del día. La impresión del hecho fué tan grande, en el propio seno de las masas indígenas, que entró en ellas el temor de estar resistiendo a enviados del cielo y fueron dejándose "reducir" hasta quedar sometidos.

Torres de Vera y Aragón reapareció poco después en Buenos Aires, de donde en junio de 1588 se ausentó para España, a fin de dar cuenta a los reyes del estado en que se hallaba la conquista en el Río de la Plata.

La audiencia de Charcas desaloja a los reemplazantes del

Adelantado ausente y son reemplazados ellos por Hernandarias de Saavedra. — La Audiencia de Charcas había ordenado a Torres de Vera y Aragón, que no diera puestos en el gobierno a sus parientes hasta el cuarto grado. No tomó éste en cuenta la prohibición, puesto que nombró para reemplazarlo a su sobrino Alonso de Vera, quien a su vez, como se lo pasaba de exploración en exploración, delegó las funciones que le correspondía llenar en Concepción, en otro pariente: Francisco de Vera. El substituto que puso en Guayrá no tenía, es verdad, vínculo ninguno de parentesco con él: fué Ruy Díaz de Guzmán. Pero la Audiencia de Charcas consideró que sus órdenes habían sido desobedecidas y que reinaba el nepotismo en el Río de la Plata, exigiendo con ese motivo y obteniendo la renuncia de Alonso de Vera a la delegación de la autoridad que hiciera en él Torres de Vera y Aragón.

Producida de esta manera la vacancia del gobierno, llegó el caso de proveerla de conformidad a las instrucciones que en otra oportunidad impartiera la Corona; es decir, por elección.

La elección tuvo lugar en 1592, resultando designado para el gobierno Hernandarias de Saavedra.

Orientaciones diferentes de la conquista: Asunción y Buenos Aires; otras ciudades. — La conquista estuvo orientada, por lo común, hacia todas aquellas regiones de nuestro continente que prometían más rápidos y proficuos beneficios. Esto se comprende sin dificultad: en su inmensa mayoría los conquistadores eran hombres que tentaban, lanzándose a lo desconocido, alcanzar la posición económica y la notoriedad que en las actividades normales de la época no les había sido o no les era dado conseguir.

En este extremo Sur de la América la orientación ini-

cial fué la Asunción del Paraguay y, como medio de llegar hasta ella, punto de aprovisionamiento y descanso, Buenos Aires. Así como por Buenos Aires sabíase que se llegaba a la Asunción, era creencia general que por la Asunción, tomada como base de operaciones, podría llegarse a las zonas del Perú y Bolivia actuales en que se habían recogido indicios de existir en abundancia los metales preciosos: lo único que interesaba entonces, pues que la tierra, por lo que podía dar de sí, no tenía valor.

Lo ardoroso del clima del Paraguay, los fracasos de las expediciones al Perú y la proximidad de Buenos Aires al Océano, modificaron con el tiempo la orientación inicial de la conquista, que buscó con intensidad análoga primero y luego con preferencia esta última ciudad.

Las que se habían fundado en el trayecto, con particularidad Santa Fe, ejercieron también su atracción, por el hecho de ofrecer una vida fácil, entre connacionales ya radicados, a los españoles que llegaban hasta nosotros y que, viéndose defraudados en sus esperanzas o sueños, no tenían otra opción que quedarse o salvar de nuevo, con los consiguientes riesgos y sacrificios, la valla líquida del Atlántico.

Ocupación del interior: expedición Rojas. — Diego de Rojas inició su carrera en América en las luchas del Perú contra Almagro. Vaca de Castro le cobró estimación y, deseando darle campo propio de acción, autorizólo para expedicionar del lado nuestro de los Andes, en una zona territorial inexplorada que comprendía a la actual provincia de Tucumán.

Del origen de este nombre hay rastros claros en la historia. Todo el valle calchaquí, al que pertenece Tucumán, había tenido un jefe muy famoso llamado "Tucma". Para designar el pueblo a cuya cabeza estaba este jefe, compusieron los

calchaquíes con el nombre de éste y las sílabas "ahahao", la palabra "Tuc-ahaho": en su idioma, pueblo de "Tucma". Españolizada esta expresión, fué primero "Tucumanao" y después Tucumán.

Diego de Rojas apareció en la zona de Tucumán el año 1542, debiendo afrontar, apenas llegado, la resistencia de los calchaquíes, que eran muy bravos y tenaces. Pudo recorrer el territorio en toda su extensión, aunque sufriendo hostilidades que lo pusieron en graves aprietos, particularmente cuando quiso sentar pie en las tolderías de Tucumanahaho y Capouján.

Habría consumado Rojas sus propósitos, porque consiguió intimidar bastante a los calchaquíes y no era hombre de ceder en sus empresas; pero hirióle en un combate una flecha envenenada, de resultas de lo cual murió.

Remplazado en el mando por Francisco de Mendoza, afirmó éste los anteriores avances, convenciéndose empero de que, para que fuesen definitivos, necesitaba crear contactos con otras expediciones de sus connacionales. A este efecto cruzó la sierra por el valle de Calamuchita y no paró hasta llegar al lugar del antiguo fuerte de Gaboto sobre el río Paraná. De allí intentó pasar al Paraguay, mas sin conseguirlo, por lo que emprendió viaje de retorno a Tucumán por las serranías de Córdoba.

Fué muerto en el trayecto sucediéndole Diego Alvarez, quien considerando insostenible la expedición la recondujo al Perú.

Expedición Prado. — Malograda la campaña de Diego de Rojas, el Virrey del Perú La Gasca comisiona en 1549, para reanudarla, a Juan Núñez de Prado, designando a la región donde había de operar "Capitanía de Tucumán" y concediéndole a Prado el gobierno de ella. Prado funda la

ciudad del Barco e inicia preparativos para una amplia batida de las tribus indígenas de los contornos.

En esta labor es encontrado por Francisco de Villagrán, que recorría los mismos lugares autorizado al efecto por Valdivia, que gobernaba en Chile. Villagrán reivindica para su mandante la jurisdicción de los valles calchaquíes, de conformidad a una cédula de Felipe II en poder de Valdivia y de la que exhibe copia autenticada. Prado reconoce como justa la reclamación y Villagrán, creyendo allanada toda dificultad por ese lado, sepárase de él reanudando la recorrida que tenía emprendida de la zona aquélla.

Mas apenas se ausenta el representante de Valdivia, Prado vuelve a su actitud inicial y se declara ejerciendo legítima autoridad, por considerar del Perú a los territorios en que operaba. Da a la ciudad que fundara el nombre de "Nuevo Maestrazgo de Santiago" y, emprendiendo la campaña para que se había preparado, conquista la sierra y valles de Catamarca y somete a los indios lules.

Aguirre, Ardiles y Zurita: fundación de Santiago del Estero. — Villagrán, entre tanto, había regresado a Chile, viniendo de allá Francisco de Aguirre con el nombramiento, otorgado por Valdivia, de teniente gobernador de la ciudad del Barco y cuantas se fundaran en territorio calchaquí. Aguirre ataca a Prado, lo vence, se apodera de él y lo envía a Chile, donde es sometido a juicio.

Había impuesto con esto su autoridad Aguirre, pero solamente sobre el elemento español. El elemento indígena, considerando propicia la división que había observado entre los conquistadores, alzóse amenazador y fiero. Poco adecuada para una defensa eficaz la posición en que había sido fundada la ciudad del Barco, Aguirre la trasladó a otro lugar, sobre las márgenes del río Dulce y le dió el nombre de Santiago del Estero.

Ocurría esto en diciembre de 1553, fecha en que tuvo Aguirre noticia de la gran rebelión araucana de Chile. Dejando un delegado que gobernase en su ausencia, partió inmediatamente para el otro lado de la cordillera, donde las circunstancias impidiéronle, durante un tiempo, toda comunicación y contacto con sus amigos de Santiago del Estero Cuando consiguió vencer esos inconvenientes, envió allí a su sobrino Rodrigo de Aguirre con algunos soldados y el cometido de hacerse cargo del gobierno. Pero Rodrigo, a poco de recibirse de la autoridad, fué derrocado por los partidarios de Prado, absuelto a la sazón en el juicio que se le había formado y con mandato de ser repuesto en su empleo.

Asumió el gobierno uno de los amigos más fieles de Prado, Miguel de Ardiles, que se vió a poco, con su situación complicada por la muerte de Prado, para quien retenía el mando, ocurrida en el trayecto de Chile a Tucumán; y por la sublevación de los indígenas que se había hecho más fuerte que nunca con aquel pertinaz disputar del gobierno entre los españoles.

La conquista de los valles calchaquíes peligraba y es éste el momento en que aparece en escena, para salvarla, Juan Pérez de Zurita, nombrado gobernador del Tucumán por García Hurtado de Mendoza, que había substituído a Villagrán y Aguirre en el gobierno de Chile y que, siendo como era hijo del Virrey del Perú del mismo apellido, podía contar con que no tropezaría con pleitos de jurisdicción. Zurita se destaca por su acción intrépida en este momento histórico. Luego de fundar en el valle calchaquí tres ciudades a las que denomina "Londres", "Cañete" y "Córdoba", y de cambiar el nombre de la de Santiago del Estero por "Nueva Inglaterra", en honor de Felipe II que acababa de ser proclamado rey también de la Gran Bretaña, ataca y vence a los diaguitas del Salado, a los juríes del río Dulce y a todas las

tribus indígenas del cerro del Famatina. Zurita, sin enemigos ya que batir, comunica este feliz estado de cosas al Virrey del Perú, que no lo era ya Hurtado de Mendoza (padre), sino el conde de Nieva; y éste, declarando desmembrado al Tucumán de Chile, confirma al afortunado capitán en el nombramiento que tenía de gobernador del mismo.

Subsistencia de Santiago del Estero y fundación de Tucumán. — Pero a Zurita, ya en esos mismos momentos acechábalo la adversidad. Cuanto más halagado y fuerte podía sentirse, sublevósele la ciudad de Londres. Debió ser muy viva en esta ciudad la repugnancia por la jurisdicción del Perú, en que la sublevación se fundaba, y debió ser ese mismo el estado espiritual de las demás poblaciones que gobernaba Zurita, con las consiguientes perspectivas de propagación del movimiento, porque de otra manera no se comprende su actitud, que fué la de solicitar auxilios de Villagrán de Chile ofreciéndole someterse a su autoridad.

Atendiendo Villagrán este pedido envió en apoyo de Zurita a Gregorio Castañeda, con fuerzas adecuadas para dominar la situación. Apenas llegado Castañeda lo traicionó a Zurita, apoderándose de él por sorpresa, remitiéndolo preso a Chile y asumiendo el gobierno.

La obra de Zurita no resistió a su desalojo. A pesar de todos los esfuerzos de Castañeda, las ciudades que fundara aquél se despoblaron, subsistiendo sólo Santiago del Estero.

Descorazonado Castañeda regresó a Chile, viniendo de allí, para reemplazarlo: primero, Manuel de Peralta; después, Gregorio Bazán; y luego, nuevamente, Francisco de Aguirre, quien reanudando con vigor la guerra contra los indígenas volvió a someterlos.

El principal auxiliar de Aguirre, en esta su reaparición, fué Diego de Villarroel, que para afianzar la reconquista he-

cha fundó en 1565, por orden de su jefe, la ciudad de San Miguel del Tucumán, frente al cerro Aconquija, de donde algún tiempo después fué trasladada a su lugar actual, doce leguas al Sur de la primitiva fundación.

Francisco de Aguirre debía todavía distinguirse por otra fructuosa campaña: la que posteriormente emprendió contra los comechingones. También los sometió. Pero noticias, que en esta lucha adquirieron los expedicionarios, de la existencia de fabulosas riquezas patagónicas, despertaron en los soldados de Aguirre el deseo empecinado de avanzar hacia el Sudoeste. Aguirre resistía este afán y fué depuesto y enviado a Chuquisaca. Regresó de allí absuelto y repuesto en el mando. Excesos graves en que incurrió determinaron el envío de un comisionado de la Audiencia de Chuquisaca, don Pedro de Arana, el cual como primera medida, encarcelólo a Aguirre y lo envió a Lima.

Cabrera: fundación de Córdoba. — Reemplazó a Aguirre don Nicolás Carrizo, que gobernó el Tucumán hasta 1572, año en que llegó del Perú, nombrado paar sucederle en el cargo, don Jerónimo Luis de Cabrera.

Cabrera reanuda la tradición de los gobernadores del Tucumán que no conocen la inactividad y que dejan de su acción huella imborrable. Los comechinones habían vuelto a sublevarse y Cabrera se lanzó a continuar y consumar la obra de Aguirre. En el desarrollo de esta campaña llegó a un lugar llamado por los indígenas Quinquisacate. Fundó allí Córdoba la llana, el 6 de julio de 1573, dando a la región de que sería esta ciudad cabeza, el nombre de "Provincia de Nueva Andalucía".

Espíritu de grandes condiciones combativas, Cabrera apenas permaneció en el lugar de su fundación el tiempo preciso para organizarla. Las masas indígenas pululaban por

todos los contornos, acechando la ocasión de sorprender a los expedicionarios. Saliendo Cabrera nuevamente en persecución de ellas, fué arrastrado hasta el río Paraná en su desembocadura con el Carcarañá, lugar del antiguo fuerte de Gaboto. Lo que le pasó aquí con don Juan de Garay, que gobernaba esos lugares después de haber fundado a Santa Fe, lo hemos ya referido.

Comprendiendo perdido para sus pretensiones el pleito que promoviera a Garay, Cabrera retornó a Córdoba. Es este el período en que añade a sus méritos como guerrero, los de diligente y juicioso hombre de gobierno.

Córdoba, bajo el impulso de las determinaciones de don Jerónimo Luis de Cabrera, comienza a cobrar importancia como población.

Abreu y Lerma: fundación de Salta. — En lo mejor de esta fructuosa labor, es sorprendido Cabrera por la presencia de don Gonzalo de Abreu de Figueroa, que tenía el nombramiento de gobernador del Tucumán hecho por Felipe II.

Cabrera poseía el mismo nombramiento, mas procedente del Virrey del Perú que no era sino un delegado del soberano.

Prevenido Abreu contra Cabrera por los enemigos de éste, tratólo como a delincuente. Cabrera no había ejercido una autoridad por golpe de mano y, si podían imputársele arbitrariedades, eran las de todos los hombres que se veían obligados a hacerse obedecer, velis nolis, en los inmensos y solitarios territorios en que actuaban. Abreu, luego de encarcelar a Cabrera, manchó sus manos con la sangre de él, pues le hizo dar garrote.

Esa sangre clamaba al cielo y las consecuencias no tardaría en experimentarlas el propio Abreu. Para acallar la aversión que su cruel conducta le suscitara, no le quedó más

recurso que seguir haciendo sentir la autoridad que ejercía bajo sus rigores más extremos. El progreso en que estaba Córdoba bajo el gobierno de Cabrera desapareció, porque la población, amedrantada, no tuvo más preocupación que substraerse a la férula de aquella fiera.

Hasta con la vida debía pagar Abreu el crimen con que se iniciara en el gobierno. Así como llegara él para sustituir a Cabrera, en junio de 1580 llegó a Córdoba Hernando de Lerma para substituirlo a Abreu. Era Lerma de la misma pasta que éste: duro, precipitado y caprichoso en sus determinaciones. Lo primero que hizo fué engrillar a Abreu y lo sujetó después a torturas tales que concluyeron por abrirle la fosa.

El recuerdo de Hernando de Lerma sería solamente siniestro en nuestra historia, por el sistema que implantó de humillaciones tiránicas y sistemadas para toda la gente de valía de Córdoba, si no hubiera hecho un paréntesis en sus arbitrariedades para expedicionar; y si de este paréntesis no hubiera resultado la fundación que hizo, el 17 de abril de 1582, de una ciudad en el valle de Salta bajo el nombre de Lerma, en honor de San Felipe de Lerma. Es la Salta actual.

Ramírez de Velasco: fundación de La Rioja y Jujuy. Los excesos de Hernando de Lerma llegaron a conocimiento de la Audiencia de Charcas, la que dispuso que compareciera ante ella, entregando entre tanto el gobierno a don Juan Ramírez de Velasco.

Mientras Lerma, juzgado en Charcas, era enviado a España, donde murió obscuramente, Ramírez de Velasco inicia en todo el Tucumán una política que le da justo derecho al aprecio de la historia.

Las características salientes del gobierno de Ramírez de

Velasco, fueron el apaciguamiento de los indígenas y el estímulo de la industria en los obrajes.

Tiene además Ramírez de Velasco otros títulos al respeto y el recuerdo: los de haber fundado La Rioja el 20 de mayo de 1591, a la que dió el nombre de "Todos los Santos de la Nueva Rioja"; y Jujuy, en 1593, a la que llamó "San Salvador de Jujuy".

Fernando de Zárate. — Ramírez de Velasco fué reemplazado por Fernando de Zárate, que llegó a concentrar en sí el poder más grande de estas regiones, pues tuvo a su cargo los gobiernos de Tucumán, el Río de la Plata y el Paraguay hasta 1595.

Fundación de Mendoza y San Juan de la Frontera. — De la acción de Villagrán en este lado de la cordillera, habían resultado otras fundaciones que permanecieron durante varios años ignoradas. Así la de Mendoza, hecha por Pedro del Castillo el 2 de marzo de 1561 en el valle Guantala y trasladada al año siguiente, por Juan de Jufré, al lugar que ocupó hasta el terremoto que la destruyó, próximos ya nuestros tiempos, de donde pasó a su sitio presente; y así la de San Juan de la Frontera, hecha por el mismo Jufré el 13 de junio de 1562.

Mate de Luna y Loyola: fundación de Catamarca y de San Luis. — Don Fernando de Mendoza Mate de Luna fué el fundador de la ciudad de Catamarca, la antigua Londres de Zurita trasladada por Mate de Luna al lugar que hoy ocupa. Don Martín García de Loyola fué el fundador, en 1596, de la ciudad de San Luis, en el paraje que se conocía entonces por el nombre de "Punta de los Venados".

Con estas dos fundaciones y las de Paraná y La Plata, hechas posteriormente, queda completa la historia del nacimiento de las capitales de las 14 provincias argentinas.

Paraná, capital de Entre Ríos, fué fundada en 1730 casi frente a la desembocadura del río Salado y sobre el río Paraná, en un lugar que se conocía entonces por el nombre de La Bajada. La palabra Paraná, en el lenguaje de los indios que habitaban la región, los minuanes, se descompone así: "para", río; y "ana", grande. Traducción: río grande como el mar, o río pariente del mar.

La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, fué fundada a raíz de la federalización de Buenos Aires, el 27 de abril de 1882, por el Dr. Dardo Rocha.

Corrientes conquistadoras. — Hemos visto que el afán de los conquistadores que venían de España al Río de la Plata era llegar a encontrar la Sierra de la Plata que los datos recogidos de indígenas daban por existente en el Perú; y hemos visto también que los conquistadores del Perú y Chile, ya para aumentar su nombradía propia y méritos ante la Corona, ya para satisfacer las aspiraciones o ambiciones de sus auxiliares más destacados, tenían el ojo puesto en todo territorio inexplorado e inadjudicado de que llegaban a tener noticia. Cuando el Perú, Chile y el Río de la Plata estuvieron con autoridades que los gobernasen, sólo quedó tentando a los audaces la extensión de tierra que mediaba entre la lonja dominada por los españoles desde Buenos Aires hasta Asunción, pasando por Santa Fe y Corrientes, y lo conquistado en Chile y en el Perú. De lo expuesto nacieron las tres corrientes que muestra la historia en la conquista del Río de la Plata y que son: la de Chile, la del Perú y la de la metrópoli.

La de Chile. — Formada por los enviados de los repre-

sentantes en ese país de la autoridad de los monarcas, o por expedicionarios espontáneos que, faltos allá de campo propio de acción, trataron de encontrarlo acá, son sus representantes más destacados: Juan Pérez de Zurita, fundador de Londres, más tarde Catamarca; Francisco de Aguirre, fundador de Santiago del Estero y, por medio de su teniente Villarroel, de San Miguel del Tucumán; Martín Ignacio de Loyola, fundador de San Luis; y Juan de Jufré, fundador de la segunda Mendoza y de San Juan.

La del Perú. — Formada de la misma manera que la de Chile, sus principales etapas señálanlas los siguientes nombres: Juan Núñez de Prado, fundador de la ciudad del Barco, trasladada por Francisco de Aguirre a la Santiago del Estero de hoy; Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba; Hernando de Lerma, fundador de Salta; Juan Ramírez de Velasco, fundador de La Rioja y de Jujuy; y Fernando de Mendoza Mate de Luna, fundador de Catamarca.

La de la metrópoli. — Formada por los hombres que directamente vinieron de España al Río de la Plata, destácanse entre ellos: Pedro de Mendoza, fundador de la primera Buenos Aires; Juan de Garay, fundador de Santa Fe y de la segunda Buenos Aires; Juan de Salazar, fundador de la Asunción del Paraguay; Alonso de Vera, fundador de Concepción Corrientes.

RESUMEN

Cuando don Pedro de Mendoza se ausentó para España dejó establecido que le sucedería en el mando Juan de Ayolas y, a falta de éste, el capitán Ruiz Galán. Ausente Ayolas en la recorrida que emprendiera del río Paraná y sus afluentes, asumió el gobierno Ruiz Galán. Pero entre las disposiciones de Mendoza figuraba la de que, cuando regresara el capitán Juan de Salazar de la misión que le había confiado de averiguar el paradero de Ayolas, y siempre que éste no volviera con él, Ruiz Galán le hiciera entrega del gobierno y se trasladara a la Corte para informarla de la situación reinante en el río de la Plata. Salazar regresó con noticias de Ayolas, el cual se había internado en la región de los indios charcas (Bolivia de hoy); regresó, luego de haber fundado un Fuerte que fué el origen de la actual ciudad de Asunción del Paraguay. Pero Ruiz Galán no le entregó el mando, por no aceptar el cometido que se le había dejado del viaje a España.

Dirigiéndose Ruiz Galán, en compañía de Salazar, al antiguo fuerte de Corpus Christi, primero, y luego a la Asunción, encontróse aquí con que Ayolas seguía internado entre los charcas y en su representación ejercía la autoridad don Domingo Martínez de Irala. ¿Quien debía mandar: Ruiz Galán o Ayolas? Ayolas era el designado por Mendoza, en primer término; mas ausente como había estado y continuaba, no se había recibido del gobierno: quien se había recibido de él, era Ruiz Galán. El conflicto que surgió, solucionóse mediante el retiro de Irala a Candelaria, donde permanecería a la espera de Ayolas. Ruiz Galán dió un fuerte impulso al progreso de la Asunción y, dejando después en su lugar a Salazar, trasladóse a Corpus Christi para combatir a los indios timbúes a los que batió totalmente. Siguiendo para Buenos Aires, a la que encontró padeciendo una gran escasez de víveres, envió a Gonzalo de Mendoza al Brasil en procura de ellos. Con Gonzalo de Mendoza y los víveres se presentó en Buenos Aires don Alonso de Cabrera, portador de una real cédula que ordenaba respetar y obedecer al reemplazante que hubiera dejado don Pedro de Mendoza, si lo había dejado; y, no siendo así, reunirse todos los conquistadores y elegirlo. Aplicóse este último temperamento

por si acaso la no realización del viaje a España de Ruiz Galán hubiera viciado su autoridad; y la elección lo confirmó en el gobierno.

Acompañado de Cabrera, Ruiz Galán dirigióse nuevamente a la Asunción. Abandonando su retiro de Candelaria, había vuelto a ella Irala, que esta vez se negó a entregar el gobierno. No solamente se negó a esto, sino exigió le fuese entregado el mando en toda la zona del Río de la Plata. Fundaba esta actitud en la misma cédula real de que fuera portador Cabrera. La designación de Ruiz Galán a falta de Ayolas, debía entenderse, según Irala, para el caso de la muerte de aquel y Ayolas estaba vivo Cabrera encontró ilevantable esta argumentación y, en tal virtud, se hizo entrega a Irala del gobierno de toda la colonia el 31 de julio de 1539. Tardó apenas tres meses Irala en organizar una expedición para obtener noticias del paradero de Ayolas. Penosa esta expedición en sumo grado, no le permitió saber nada. En viaje de regreso a la Asunció dióle la suerte lo que no había logrado con tan empeñoso esfuerzo. Halló en el camino a un joven indio chanés, que había formado parte de la expedición de Ayolas. Supo por él, que Ayolas había conseguido penetrar en el país de los charcas y, luego de batir a los indios caracaes, los primeros que le opusieron resistencia, apoderarse de grandes cantidades de oro y plata cuyo transporte le requirió hasta veinte cargas. Como los charcas movilizaban todos sus elementos para atacarlo a Ayolas, éste retrocedió hasta Candelaria, donde suponía que Irala le estaría esperando. Como Irala se hallaba en la Asunción resolvió marchar hasta ella. Mas fué atacado de improviso por los indios "paraguaes" que lo mataron a él y todos sus compañeros, quedando sólo con vida el indio chanés que hacía la relación. Con la muerte de Ayolas desaparecía la autoridad de Irala, quien, dispuesto a reentregarla a Ruiz Galán, se dirigió a la Asunción. Pero en su ausencia habíanse desatado sobre la ciudad varias pestes y producídose ataques tan violentos y pertinaces de los indígenas, que los pobiadores españoles, toda a una, exigían ser trasladados a España. Sólo hubo una forma de conseguir el desistimiento de esta actitud: la concentración en la Asunción que, forzado por las circunstancias, hubo de resolver Irala, de todos los elementos, en hombres, armas y víveres, de la colonización española en el Río de la Plata. Como consecuencia de esto, fué despoblada Buenos Aires el 1 de mayo de 1541.

Conocido en España este anómalo estado de cosas, nombró la Corona Adelantado del Río de Plata a don Alvar Núñez Cabeza de Vaca que llegó a la Asunción el 11 de marzo de 1542, después de un viaje asombroso que hiciera por tierra desde Santa Catalina, en el Brasil. Por este

viaje, que le requirió tres meses, fué Alvar Núñez el primer europeo que contempló las maravillosas cataratas del Iguazú. Dándose cuenta Cabeza de Vaca del sólido arraigo que Irala tenía en la Asunción, trató de ponerlo de su lado, para lo cual nombrólo su maestro de campo y confióle los preparativos de una expedición en busca de la Sierra de la Plata. Salió ésta de la Asunción en setiembre de 1543, habiendo alcanzado a reunir 500 españoles, un millar de indios, 10 barcos y 120 canoas. Cabeza de Vaca no fué feliz en la empresa. Extraviados en malos rumbos él y su gente, fuéle menester emprender en fracaso el retorno. La autoridad de Cabeza de Vaca sufrió mucho quebranto en el desarrollo de estas adversidades, porque era hombre fluctuante y débil. En el deseo de evitar conmociones, había accedido a cuanto se le pedía ya por unos, ya por otros. Concluyendo por no ser temido, a los quince días de su arribo a la Asunción estalló contra él un motín que lo depuso y embarcó para España. Los amotinados nombraron a Irala teniente gobernador.

La conducta de Irala en esta episodio, autoriza las sospechas de connivencia con el movimiento. Lo que lo defiende mejor es el hecho de que al frente del gobierno, supo responder a las exigencias de la hora. Las tribus indígenas estaban a la espera de un momento propicio para imponerse a los conquistadores. En número no menor de 15.000, atacaron a la Asunción. Irala supo improvisar una resistencia eficaz, primero, y obtener luego la victoria total sobre los atacantes, a los que persiguió hasta en sus últimos atrincheramientos, con los cuales concluyó también. El regreso de Irala a la Asunción, después de esto, llena las crónicas del tiempo como su acontecimiento más glorioso. Irala organizó acto continuo una nueva expedición al Perú, que fué afortunada en cuanto llegó al punto de su destino, pero ineficaz para los fines que perseguía, porque ya Pizarro y sus soldados tenían conquistado para España el territorio en cuestión. Los soldados de Irala querían que se librase a la fuerza la decisión del mejor derecho a las tierras en que estaban; Irala era demasiado entendido en el arte militar para no comprender que la partida le resultaría fatal y resistía aquel temperamento, mientras por medio de comisionados, que había enviado a La Gasca, trataba de obtener alguna compensación por los esfuerzos hechos. Las exigencias sobre adopción de un procedimiento inmediato crecieron; y, como Irala las resistiese, sublevósele su gente y lo depuso. Gonzalo de Mendoza tomó el mando de la expedición, que emprendió en el acto el regreso, para salvar siquiera el botín de cautivos que había logrado. Irala, abandonado y solo, la siguió a corta distancia. Había transcurrido, a todo esto, un año y medio y en la Asunción el gobernador que dejara Irala había sido depuesto. El ca-

pitán Abreu, que ejercía el mando, al saber que la expedición que se creyera perdida regresaba, resolvió resistirla. No había ni habría en la Asunción más gobernador que él. Había que dominar aquello. ¿Quién para esa empresa, que se presentaba asaz difícil? Volviéronse las miradas de los expedicionarios a Irala y se le suplicó que disimulara la desobediencia y destitución y que aceptara nuevamente el gobierno. Irala aceptó, sitió a la Asunción y la tomó, imponiendo a Abreu el alejamiento a los bosques, donde a los dos años fué muerto.

El régimen de las encomiendas, implantado por Irala en el Río de la Plata, consistía en la entrega a los conquistadores de un número de indígenas para que los hicieran trabajar. Los que tenían indígenas en estas condiciones, eran llamados encomenderos. Los "encomendados" tenían el nombre de "piezas" o "yanaconas". La obligación de trabajar, para estos últimos, no los comprendía a ellos solamente, sino también a sus mujeres y sus hijos, debiendo los primeros darles, en cambio, alimento e instrucción. Los indígenas de las tribus que entraban en amistad con los españoles eran, bajo el régimen de Irala, dejados en sus pueblos respectivos, sin más obligación que servir dos meses por año los varones de entre ellos de 18 a 50 años. Dábase a los indios comprendidos en esta categoría el nombre de "mitayos". Las ordenanzas reales sobre bondad, caridad y solicitud con los indios "encomendados", quedaban reducidas a letra muerta por falta de vigilancia sobre el trato que se les daba, vigilancia, imposible dadas las distancias. Fueron, sin embargo, las encomiendas una forma de trabajo organizado, en tiempos en los cuales por acá no se conoció ninguna.

La Corona se inclinó ante la situación de hecho creada por el prestigio de Irala y sus calidades como guerrero y administrador y le confirió el título de gobernador en propiedad. Por esta misma época Paulo III erigió a la Asunción en sede episcopal, dándole como su primer obispo a fray Pedro de la Torre. Irala conservó el gobierno hasta su muerte, que ocurrió en 1556, según unos y en 1557, según otros, y la acción que desplegó fué tan vasta que llegó a ser, sin disputa, la primera figura de su tiempo en el Río de la Plata.

El yerno de Irala, Gonzalo de Mendoza, hízose cargo del gobierno al desaparecer el primero, pero duró muy poco tiempo porque falleció al año. Reemplazólo don Francisco Ortiz de Vergara, a quien Ñuflo de Chaves envolvió junto con el obispo de la Torre en un plan maquiavélico tendiente a producir la vacancia del gobierno, calculando que lo obtendría él. Mas preso Vergara por Chaves y remitido a la Audiencia de

Charcas, de donde fué enviado a España, el gobernador que nombró el Virrey del Perú, en virtud del alejamiento de Vergara, no fué Chaves, sino don Juan Ortiz de Zárate a condición de que pasase a España a gestionar su confirmación en el cargo. Ortiz de Zárate emprendió este viaje, dejando para que gobernara en su ausencia al capitán Felipe Cáceres. Los inescrupulosos medios puestos en juego para alejar al gobernador Vergara, habían creado en favor de él un fuerte partido en la Asunción y con este partido estaba el obispo de la Torre, muy agriado con todos aquellos sucesos y que era de carácter violento. Ante la hostilidad del partido de Vergara, Cáceres resolvió intimidarlo encerrando en un calabozo al obispo. En vez de traer esto la quietud perseguida, produjo un enardecimiento mayor de los opositores. Aprovechándose de este estado de cosas, Martín Suárez de Toledo produjo un levantamiento militar que depuso a Cáceres. Las dos personalidades por las cuales la Asunción había vivido en tanta intraquilidad, fueron embarcadas para España en un mismo barco. No llegaron juntas a su destino, porque el obispo falleció durante el viaje.

El barco que condujera a Europa a Cáceres y al obispo de la Torre, había sido escoltado hasta mar afuera por otro que capitaneaba un oficial llamado Juan de Garay, quien llevaba entre sus instrucciones la de fundar poblaciones en el trayecto. Garay había vivido un tiempo en el Perú, donde había conocido y trabado amistad con Ortiz de Zárate. Era sabedor de esto Suárez de Toledo, quien por ello tal vez, o sea para resguardo contra eventualidades del futuro, le dispensó desde que subiera al gobierno la mayor consideración. Regresando Garay a la Asunción, derivó del río Paraná hacia la izquierda por uno de sus afluentes y bajó a tierra. Estaba aproximadamente a la mitad de la distancia entre el mar y el punto de su partida y, pareciéndole adecuado el lugar para escala fundó a Santa Fe de la Vera Cruz el 15 de noviembre de 1573. En las correrías contra los indígenas que hubo de emprender, tuvo la sorpresa de encontrar otros soldados españoles cuyo jefe, Jerónimo Luis de Cabrera, disputóle el mejor derecho a las tierras en que andaba. Este pleito, que estuvo a punto de ser librado a las armas, quedó cortado por la presentación de Ortiz de Zárate, que dió la razón a Garay y nombró lo su lugarteniente en la región de Santa Fe.

Ortiz de Zárate, antes de seguir para la Asunción, hizo con Garay una tentativa de repoblación de la isla de Martín García, puerta de entrada para el río Paraná. Fué infructuoso el esfuerzo, porque los indígenas que merodeaban por allí eran muchos y no daban respiro. Sólo con

un gran centro de recursos cercano, como lo habría sido Buenos Aires, si no hubiera estado a la sazón abandonada, habría sido posible mantener el dominio de aquella posición. El 8 de febrero de 1574 se presentaron en la Asunción Ortiz de Zárate y Garay y antes de los dos años de llegado, el 26 de enero de 1576, falleció el primero. En su testamento instituía como heredera del Adelantazgo del Río de la Plata a su hija única, doña Juana de Zárate, que se educaba en un colegio de Chuquisaca, debiendo ejercer el gobierno en propiedad quien la tomara como esposa, e interinamente, mientras esto se definía, su sobrino don Diego Ortiz de Zárate Mendieta. Garay, designado albacea de la testamentaría, partió con este motivo para el Perú a fin de conocer y dirigir a su pupila. Apenas llegó Garay a Chuquisaca y conoció a doña Juana, tuvo conocimiento del plan que acariciaba el Virrey Toledo de casarla, no al gusto de ella ni por elección de ella, sino por el gusto y la elección de él. La niña había entregado su corazón a un Oidor de la Audiencia de Chuquisaca llamado don Juan Torres de Vera y Aragón y el consejo de Garay fué que se celebrase de inmediato este matrimonio. Citada doña Juana por el Virrey compareció ya casada y la exasperación de aquel funcionario fué tal que encarceló a Torres de Vera y Aragón, quien sin embargo tuvo tiempo de despachar a Garay para la Asunción como teniente gobernador, capitán general y justicia mayor, durante el tiempo que no pudiera recoger en persona, en su carácter de esposo de doña Juana, la herencia del Adelantazgo del Río de la Plata.

Llegó Garay a la Asunción el 15 de setiembre de 1578. En su ausencia tanto esta ciudad como Santa Fe habían sufrido mucho, porque Mendieta, el gobernador interino, había resultado el más corrompido e intolerable de los tiranos, al punto de haber tenido que huir de la Asunción al ver inminente su derrumbe y de haber sido depuesto en Santa Fe donde se refugiara, y embarcado para España. Libres los asunceños de Mendieta, no gozaban de tranquilidad al llegar Garay. Los indígenas habían vuelto a levantar cabeza y amenazaban atacar la ciudad. Producido este ataque poco después, Garay no solamente consiguió resistirlo sino que persiguió a los indígenas grandes jornadas tierra adentro. Garay, consolidado en el gobierno, no tardó en recordar lo que viera con Ortiz de Zárate, cuando el malogrado empeño de ambos por repoblar a Martín García. Resolviendo repoblar a Buenos Aires, salió de la Asunción con 60 familias, rumbo al Río de la Plata, en marzo de 1580; y en mayo del mismo año, el día de la Santísima Trinidad, llegó al lugar que eligiera don Pedro de Mendoza para la hoy gran ciudad americana capital de la República Argentina. La primera fundación de Buenos Aires había

sido hecha, como se recordará, en la zona de la Boca. Estos terrenos eran bajos y se inundaban. Garay eligió para casco de la repoblación el paraje alto más próximo, que fué el comprendido entre el parque Lezama y la plaza San Martín actuales. La ceremonia oficial de la repoblación, tuvo lugar el 11 de junio de 1580. El nombre que figura en el acta, conservada todavía bajo tierra en el punto céntrico del cruce de las calles Rivadavia, Diagonal Norte y San Martín, fué el de "Ciudad de la Santísima Trinidad, puerto Santa María de Buenos Aires". Combates con los indígenas, que se subsiguieron, y en todos los cuales Garay resultó vencedor, corroboraron las aptitudes guerreras que revelara al hacerse cargo del gobierno en la Asunción. Garay permaneció en Buenos Aires hasta la mitad del año 1543, fecha en que sucesos que se habían producido en Santa Fe: una revolución de nativos contra el dominio español, vencida a poco de estallar empero que podía haber dejado fermentos, decidiólo a visitar dicha ciudad, con la mira de pasar después a la Asunción. No mantuvo en reserva su viaje y tuvieron así noticia de él los indígenas, los cuales la transmitieron de tribu en tribu en el trayecto que el gobernador debía recorrer. A raíz de un desembarco que hizo Garay en la laguna de San Pedro, asaltáronlo, cuando estaba entregado al reposo, los querandíes del cacique Manuá, y fué muerto junto con cuarenta de sus compañeros.

Como reemplazante de Garay nombró Torres de Vera y Aragón a Juan de Torres Navarrete, quien se vió imposibilitado para hacer cosa de provecho porque Alonso de Vera, a quien Garay tenía designado como su substituto, disponía de todos los elementos de la colonización en el Río de la Plata y con ellos, luego de reconocer el Bermejo en casi toda su extensión y de someter a numerosas tribus, había fundado a Concepción de Buena Esperanza o Concepción del Bermejo, a orillas de éste y a 30 leguas de su desembocadura en el Paraguay. A la sazón Torres de Vera y Aragón recuperó su libertad y acudió a tomar posesión del gobierno. Hallándose en Santa Fe y vista la distancia que lo separaba todavía de la Asunción, comprendió la necesidad de otra ciudad que sirviera de escala entre las dos poblaciones nombradas. Fué este el origen de la fundación que hizo de "San Juan de las Siete Corrientes", por las siete puntas de tierra que tiene allí el río Paraná. Torres de Vera y Aragón consiguió, además, un éxito decisivo sobre las masas indígenas de los contornos, para lo que ayudólo enormemente la preservación maravillosa, en un incendio general de las chozas de la ciudad que fundara, de una cruz de madera que llevaba consigo. Entró en los indios, con este motivo, el temor de estar resistiendo a enviados del cielo y fueron deján-

dose "reducir" hasta quedar sometidos. Torres de Vera y Aragón se ausentó para España en junio de 1588, dejando por reemplazante suyo a su sobrino Alonso de Vera, quien a su vez delegó las funciones que le correspondían en el Guayrá en otro pariente: Francisco de Vera. La Audiencia de Charcas, considerando que Torres de Vera y Aragón había infringido las disposiciones reinantes sobre no designación de parientes para los empleos, exigió y obtuvo la renuncia de Alonso de Vera, y producida de esta manera la vacancia del gobierno hubo de ser provista por elección, recayendo ella en Hernandarias de Saavedra el año 1592.

La conquista tuvo en el Río de la Plata, como orientación inicial, la Asunción del Paraguay, por donde se creía que podría llegarse a las zonas del Perú y Bolivia actuales, en que se habían recogido indicios de existir en abundancia los metales preciosos. Lo ardoroso del clima del Paraguay, los fracasos de las expediciones al Perú y la proximidad de Buenos Aires al Océano, modificaron con el tiempo esta orientación, haciendo que la conquista buscase con preferencia, como punto de partida para todo, esta última ciudad.

Diego de Rojas, fué el primer europeo que expedicionó, viniendo del Perú, en el territorio actual de la provincia de Tucumán, nombre éste que proviene de un jefe calchaquí muy famoso llamado "Tucma". Para designar el pueblo a cuya cabeza estaba este jefe, compusieron los calchaquíes, con el nombre de éste y las sílabas "ahahao", la palabra "Tucma ahaho": en su idioma, "pueblo de Tucma". Españolizada esta expresión fué primero "Tucumanao" y después Tucumán. A Rojas sucedió Francisco de Mendoza, a Mendoza Diego Alvarez y a éste Juan Núñez de Prado que fundó la ciudad del Barco,, trasladada más tarde, en diciembre de 1553, a otro lugar por Francisco de Aguirre con el nombre de Santiago del Estero.

Juan Pérez de Zurita, gobernador del Tucumán cuando Aguirre retornó a Chile, se destaca por su acción intrépida en este momento histórico. Luego de fundar en el valle calchaquí tres ciudades a las que denominó Londres, Cañete y Córdoba, atacó y venció a los diaguitas del Salado, a los juris del río Dulce y a todas las tribus indígenas del cerro del Famatina. Caído Zurita y reemplazado, primero por Gregorio Castañeda, luego por Manuel de Peralta y después por Gregorio Bazán, su obra se desmorona, hasta que reaparece Francisco de Aguirre que reanudó con vigor la guerra contra los indígenas, volvió a someterlos y, por medio de su principal auxiliar, Diego de Villarruel, fundó en 1565 la ciudad de San Miguel del Tucumán, frente al cerro Aconquija, de donde algún tiem-

po después fué trasladada a su lugar actual, doce leguas al Sur de la primitiva fundación.

Reemplazado Aguirre por don Nicolás Carrizo, que gobierna el Tucumán hasta 1572, sucédele don Jerónimo Luis de Cabrera, que lucha bravamente contra los comechinones y, habiendo llegado a un lugar llamado por los indígenas Quinquisacate, funda allí Córdoba la Llana el 6 de julio de 1573.

Cabrera es reemplazado por un gobernador del Tucumán con nombramiento directo de Felipe II: don Gonzalo de Abreu de Figueroa, quien comparte con el que le siguió, Hernando de Lerma, una tradición siniestra. Ambos, en efecto, abusaron de su poder en todas formas, dejando sin embargo, el último, el recuerdo no ingrato de haber fundado la ciudad de Salta el 17 de abril de 1582.

Juan Hernández de Velasco, nombrado por la Audiencia de Charcas para reemplazar a Lerma, al que por sus abusos había llamado a comparecer en juicio, desarrolló una política de apaciguamiento de los indígenas y de estímulo de la industria en los obrajes. Fundó, además, dos ciudades: "Todos los Santos de la Nueva Rioja", el 20 de mayo de 1591; y "San Salvador de Jujuy' en 1593. Sucedió a Velasco Fernando de Zárate, que llegó a concentrar en sí el poder más grande de estas regiones, pues tuvo a su cargo los gobiernos de Tucumán, el Río de la Plata y el Paraguay hasta 1595.

En el transcurso de estos sucesos, habíanse hecho otras fundaciones. Así la de Mendoza, hecha por Pedro del Castillo el 2 de marzo de 1561 en el valle de Guantala y trasladada el año siguiente, por Juan de Jufré, al lugar que ocupó hasta el terremoto que la destruyó, próximos ya nuestros tiempos, de donde pasó a su sitio presente. Así la de San Juan de la Frontera, hecha por el mismo Jufré el 14 de junio de 1562. Así la de Catamarca, la antigua Londres de Zurita, trasladada al lugar que hoy ocupa por don Fernando Mate de Luna. Y así la de San Luis, hecha en 1596 por don Martín García de Loyola en el paraje que se conocía entonces por el nombre de "La punta de los venados".

Con estas fundaciones y las de Paraná y La Plata, hechas después, queda completa la historia del nacimiento de las capitales de las 14 provincias argentinas.

Son tres las corrientes en que se encauza la conquista en el Río de la Plata: la de Chile, la del Perú y la de la metrópoli. He aquí sus representantes más destacados:

De la 1ª corriente (Chile): Juan Pérez de Zurita, fundador de Londres, máse tarde Catamarca; Francisco de Aguirre, fundador de Santiago del Estero y, por medio de su teniente Villarroel, de San Miguel de Tucumán; Pedro del Castillo, fundador de la primera Mendoza; Martín Ignacio de Loyola, fundador de San Luis; y Juan de Jufré, fundador de la segunda Mendoza y de San Juan.

De la 2ª corriente (Perú): Juan Núñez de Prado, fundador de la ciudad del Barco, más tarde Santiago del Estero; Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba; Hernando de Lerma, fundador de Salta; Juan Ramírez de Velasco, fundador de La Rioja y de Jujuy; y Fernando de Mendoza Mate de Luna, fundador de Catamarca.

De la 3ª corriente (la metrópoli): Pedro de Mendoza, fundador de la primera Buenos Aires; Juan de Garay, fundador de Santa Fe y de la segunda Buenos Aires; Juan de Salazar, fundador de la Asunción del Paraguay; Alonso de Vera, fundador de Concepción del Paraguay; y Juan Torres de Vera y Aragón, fundador de Corrientes.

CAPITULO VIII

AMÉRICA DEL NORTE

Primeras exploraciones. — Los ingleses han pretendido siempre haber sido los primeros en llegar, como exploradores, al territorio de la actual América del Norte.

Sin embargo, cuando menos una parte de este territorio, la de la Florida, fué descubierta por españoles; por un español, Juan Ponce de León. Y fueron también españoles los que trataron de conquistarla, antes que nadie.

Lo que no se discute es que fueron varias las naciones que realizaron esfuerzos de exploración, de conquista y de colonización en la América del Norte; y que esas naciones fueron, además de Inglaterra y España, Francia y Holanda.

El esfuerzo francés: viajes de Verrazzano, Cartier y Roverbal. — Los hombres que sobresalen en la primera etapa del esfuerzo francés, son Juan de Verrazano, Jacques Cartier y Jean Francois de la Roque, Sieur de Roverbal.

Verrazzano, fué un navegante florentino que entró al servicio de Francisco I de Francia. De enero a julio de 1524 costeó la actual Carolina del Norte. En un segundo viaje, que hizo al año siguiente, penetró en la bahía de Nueva York y el río Hudson y llegó por el Norte hasta Terranova. Verrazzano dió a las tierras que viera, el nombre de Nueva Francia. Con la mira de formar alguna colonia organizó un tercer viaje, mas pereció en él.

Cartier, era un marino de Saint Maló. Salió de este puerto para la América del Norte en 1524. Consiguió explorar el río San Lorenzo, tan caudaloso y extenso como nuestro Plata. Los territorios que bañaba este río, llamábanlos "Hochelaga" los indígenas y así los denominó Cartier en un principio. Posteriormente les dió el nombre de Canadá. Cartier llegó a una aldea indígena próxima a la histórica roca sobre la cual hoy se alza Quebec, desembarcó después en el sitio de la Montreal de nuestros días y, cruzando espesos bosques, descubrió un promontorio al que puso el nombre de Mont Royal. Tomólo en estas andanzas el invierno y padeció, con éste, lo que no es decible. Cuando consiguió regresar a Francia, aunque había sufrido mucho, conservaba todavía alientos para volver, como volvió, según veremos.

Roberval fué otro marino nacido en Saint Maló, de donde salió en mayo de 1541, con una flota a cuyo frente estaba, como almirante, Cartier. Roberval tenía los títulos de virrey, capitán general y señor de todas las islas y tierras que descubriese. La expedición se fraccionó y llegó Cartier solo a las proximidades de Quebec. En la espera del Virrey ausente, Cartier fundó el fuerte de Charlesbourg y exploró las cataratas cercanas a Montreal.

Ocupación francesa del Canadá. — Aunque pequeña, tenía ya Francia una zona de ocupación en el Canadá. Ella hubiera podido ensancharse y afirmarse, si Roverbal hubiera llegado por allí. Empero en junio de 1542 andaba todavía el primer Virrey del Canadá, explorando el río San Lorenzo, en busca de un paso para las Indias Orientales.

Malogro de la colonización en la Nueva Francia. — La población indígena daba señales de agitación y emprendió hostilidades contra el almirante francés. Fué este el mo-

mento en que Cartier tuvo noticias de Roverbal, quien andaba cerca y le ordenaba se sostuviese.

Por no serle posible cumplir esta orden o por haberse desavenido con el Virrey, Cartier regresó a su patria, quedando malograda, con ello, la colonización en la Nueva Francia.

La acción española: aventuras de Narváez. Cabeza de Vaca, Ponce de León, Hernando de Soto y otros. — Pánfilo de Narváez, que por encargo del gobernador de Cuba Velázquez tuvo en la detención ordenada de Hernán Cortés el deslucido papel que sabemos, emprendió en 1528, partiendo también de Cuba, una expedición hacia la América del Norte. Desembarcando en la bahía de Tampa, recorrió la costa de Tejas. Sorprendida por un huracán la barca que conducía a Narváez, fué arrastrada hasta perderse sin que jamás de ella se haya tenido noticia.

Seguía en el mando a Pánfilo de Narváez, Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Poniéndose él a la cabeza de los pocos sobrevivientes, buscó el camino del mar Pacífico. No pudo encontrarlo sin un interregno de ocho meses, que estuvo con sus compañeros cautivo de las tribus indígenas. Pero Cabeza de Vaca, después de cruzar el Estado de Chihuahua, la sierra Madre y los valles de Sonora, llegó al fin a Méjico con los restos de la malograda expedición de Narváez.

Hernando de Soto, la caballeresca figura que hemos encontrado en el capítulo referente a la conquista del Perú, consiguió ser nombrado en 1538 gobernador de La Florida, con facultad para extender su autoridad hasta las tierras inexploradas del Río de las Palmas. Salió Soto de Cuba en 1539 en nueve embarcaciones tripuladas por setecientos hombres. Hernando de Soto descubrió y recorrió detenidamente el río Mississipí y hubiera seguramente ligado su nombre a otros muchos descubrimientos si no le hubiera sorprendido la muerte

al año siguiente. En el deseo de que no fuera a ser profanado su cadáver, sus compañeros lo arrojaron al Mississipí. Costeando luego la expedición de Soto el golfo de Méjico, buscó su punto de partida, que había sido por tierra la ciudad de Tampa, llegando a ella, tan penoso fué el regreso, a los 4 años, 3 meses y 11 días de haber desembarcado allí.

Hubieron todavía otras exploraciones de españoles, a saber: la de Fray Marcos de Niza en 1539; la de Francisco Vázquez de Coronado, cuyo teniente Alarcón, descubrió la desembocadura del río Colorado; y la de Luis de Velasco en 1559.

Reanudación de la colonización francesa. Coligny. — Los protestantes, que en Francia como en el resto de Europa pasaban por momentos de grande aflicción, tuvieron un protector habilísimo y tenacísimo en el almirante Coligny, que poseía mucho ascendiente sobre el rey Carlos IX.

Mantenía Coligny un contacto estrecho con los calvinistas y, en el deseo de abrirles campo, propúsose obtenerles, para que la colonizaran, una fracción territorial en la América del Norte.

La Florida había sido descubierta por los españoles, mas éstos no estaban establecidos en ella. Coligny convenció a Carlos IX de que había conveniencia para Francia en poner el pie en dicha región y obtuvo del monarca la autorización necesaria a fin de enviar a ella la primera expedición.

La primera tentativa de colonización calvinista: Rivault. —El jefe de esta expedición, que arribó a La Florida en 1562, fué Jean Ribaut o Rivault.

Era un navegante audaz y diestro.

Venciendo todo género de dificultades, logró Rivault recorrer las costas de los actuales Estados de Florida, Georgia

y Carolinas. Fundó luego un Fuerte al que dió el nombre de "Port Royal Sound", en el que dejó, mientras se internaba río adentro, una guarnición. Como a su regreso encontrara que ésta había perecido por falta de alimentos, puso proa a Francia en busca de refuerzos.

Regresó en 1565 con mayor número de soldados y colonos calvinistas.

Españoles y franceses en choque. — Durante la ausencia de Rivault, otra expedición de hugonotes franceses, también protegida por Coligny, había aparecido en La Florida al mando de René Goulaine de Laudonniere.

Las exploraciones que realizó esta expedición no la llevaron más allá del río San Juan y en este sentido no podría haber mayor recuerdo de ella.

Pero vino a resultar de importancia porque, habiendo sufrido Laudonniere numerosas deserciones, tradujéronse éstas en el nacimiento de la piratería en las zonas próximas a La Florida.

Los españoles de Cuba, tardaron poco tiempo en sentir las molestias y perjuicios de estos elementos escapados de toda sujeción y freno.

Produjéronse con este motivo choques entre franceses y españoles, que debían generar la lucha porfiada y enconada que sobrevino a poco.

Menéndez de Avilés. — Alarmada la Corona española por lo que se le comunicaba desde Cuba, resolvió hacer valer sobre La Florida los derechos que le daba el haberla descubierto. En esta virtud, nombró gobernador de ella a don Pedro Menéndez de Avilés, dándole el título de Adelantado y la orden de exterminar a los corsarios que encontrase.

Menéndez de Avilés salió de Cádiz a la cabeza de una

expedición que se componía de 1 galera, 12 naves y 1.500 personas. En Canarias se le incorporaron otras naves con mil hombres más. Sin embargo, al llegar a La Florida, apenas alcanzaba a constar de 900 hombres la expedición de Menéndez de Avilés. Furiosas tempestades que la azotaron en el trayecto, habían dispersado varias naves y hundido otras.

El encuentro de Rivault y Menéndez. — Rivault, después de su segundo viaje, había conseguido asentar en Charlesfort una población estable. Cuando apareció Menéndez de Avilés en La Florida el jefe francés, sabiéndolo más fuerte, ordenó que la flota que poseía esquivase todo encuentro. Empero Menéndez desembarcó y, atacando por tierra a Charlesfort, lo tomó. Cambiando luego el nombre de esta población por el de Fuerte San Mateo, intimó la rendición incondicional a la flota de Rivault.

Los franceses, vencidos y masacrados. — ¿Hubo una capitulación, bajo determinadas condiciones? Preténdese así, en algunas versiones de origen francés. No se ha podido, empero, presentar la prueba de ello. Lo que parece sucedió, fué que Menéndez de Avilés, hombre de guerra como era, no atendió a más consideración que la ruina de su adversario. Rivault le hizo proposiciones, mas no las aceptó y, presentándole combate, venciólo y lo ahorcó con casi toda su gente.

Según los relatos franceses, los muertos ascendieron a novecientos.

Fué, pues, un episodio doloroso, tanto desde el punto de vista del número de las víctimas cuanto por las calidades de Rivault, que reconoce el mismo Menéndez de Avilés cuando dice en carta al rey: "Tengo por muy principal suerte que este Rivault sea muerto, porque más hiciera el rey de Francia con él y cincuenta mil ducados que con otros y quinientos mil;

y más hacia él (Rivault) en un año que otro en diez, porque era el más práctico marinero y corsario que se sabía y muy diestro en esta navegación de Indias y costa de La Florida."

La revancha. — Menéndez de Avilés regresó a España, donde fué aprobada su conducta. El campo que abandonara él en La Florida, ocupáronlo valerosos jesuítas misioneros enviados por San Francisco de Borja, todos los cuales fueron martirizados.

El vencedor de Rivault continuaba todavía en España, cuando la corte francesa entabló una demanda de reparaciones por la destrucción de Charlesfort y la muerte del marino francés que ejercía allí la autoridad. Felipe II contestó a esta reclamación, con evasivas. Carlos XI, que era a la sazón el rey de Francia, no insistió porque tenía sin duda ya proyectada su revancha. Dominic de Gourges organizaba sigilosamente, en esos momentos, una expedición que salió de Burdeos, para La Florida, el 22 de agosto de 1567.

Lo primero que hizo Dominic de Gouges, al llegar a su destino, fué pactar una alianza contra los españoles con el cacique "Saturiba", el más prestigioso representante de la barbarie en el territorio de La Florida. Con los soldados que llevara, reforzados por nutridas bandas de indígenas, Dominic de Gourges atacó y tomó por asalto el fuerte de San Mateo, ahorcando a cuantos españoles apresó.

La corte francesa aparentó reprobar esta sangrienta y brutal agresión, empero dejándola prevalente.

Con esto se confirma el juicio del historiador norteamericano Gilmary Shen, cuando dice, luego de condenar también a los españoles autores de los anteriores asaltos: "En todas mis lecturas no he encontrado un solo caso en que los franceses dieran cuartel en aguas españolas, a no ser por un pingüe rescate".

Suerte definitiva de La Florida. — Los españoles siguieron dominando en La Florida hasta el tratado de París en 1763, por el que la cedieron a Inglaterra. La recobraron en 1783, vendiendo a Francia en 1785 la parte oeste que en 1814 fué tomada por los Estados Unidos. La parte Este fué también tomada por los Estados Unidos en 1818, a quienes España se las cedió definitivamente en 1821.

Los continuadores de las expediciones de Cartier, hasta Champlain. — Dos comerciantes de Saint Maló, MM. Chauvin y Pontgravé, reanudaron en 1600 las expediciones que en el Canadá iniciara Cartier. Habían conseguido de Enrique IV, para el efecto, el monopolio del comercio de pieles. Chauvin y Pontgravé ganaron dinero, pero no hicieron la menor obra de colonización.

Siguiólos en 1603 un calvinista apellidado de Moutss, el cual no tuvo éxito y concluyó a los cinco años por abandonar la empresa.

Este es el momento (1608) en que aparece Samuel de Champlain que, habiendo tomado parte en las expediciones anteriores, conocía el territorio y no se había acobardado aún.

Champlain fué, por decirlo así, el fundador de las posesiones francesas del Canadá. La primera colonia estableciólа en el promontorio de Quebec, luego de explorar el río San Lorenzo. Fundó después a Montreal y llegó hasta el río Hurón por el Otawa.

La acción de Champlain se prolongó más allá de sus días, porque los misioneros católicos que introdujo en el Canadá, franciscanos los primeros y jesuítas los otros, continuaron conquistando palmo a palmo aquellas tierras para la civilización, en lucha que aumentó, en buena medida, el número de los mártires del cristianismo.

Consecuencia también de la acción de Champlain, de lo

que él preparó o delineó, fueron las exploraciones de Jean Nicolet, en 1654, por los actuales territorios de Wisconsin e Illinois; las de los jesuitas Allouez y Marquette, en 1763, por el río Mississipí hasta las proximidades del Estado Tennessee de nuestros días; y las de La Salle, de 1679 a 1685, quien recorrió el Mississipí hasta el golfo de Méjico, dando a esas regiones el nombre de "Louisiana", en honor de Luis XVI.

Esfuerzos ingleses: los primeros Hawkins, sus asociados y sus expediciones. — Los viajes a las Indias de los navegantes ingleses, iniciólos Williams Hawkins en 1530, llevado del propósito de negociar esclavos negros de Africa en las posesiones españolas de América.

Su hijo John formó, dos años después, una pequeña flota, con capitales de gente principal de Londres. Esta expedición de Hawkins hijo, produjo utilidades apreciables, alentado por lo cual su organizador preparó otra más importante con el concurso de los duques de Pembroke y Leicester y con la ayuda de Isabel de Inglaterra, que reinaba a la sazón, la que puso a la disposición de John Hawkins un barco, el "Jesús de Lubeck".

Los beneficios de esta última expedición, fueron todavía superiores a los de la anterior.

Con resultados de tal naturaleza, no era dudoso que John Hawkins seguiría expedicionando. Así fué. En 1567 salió de Inglaterra, en nueva excursión para las Indias, con cinco barcos, dos de los cuales eran de la rsina Isabel, llevando como segundo jefe a Francisco Drake, que había de adquirir ulteriormente tanta celebridad.

Hawkins y Drake, cargados con carne de negros, fueron desviados por los temporales de su ruta y buscaron refugio contra una tempestad en el puerto de San Juan de Ulúa, en Méjico. Encontráronse muy a satisfacción allí, por cuanto las

autoridades españolas accedieron a entrar en arreglos que les permitieron una cómoda convivencia temporaria. Pero poco después, en octubre de 1568, llegó de España a San Juan de Ulúa el Virrey de Méjico Enríquez, al frente de trece naves. Enríquez no consideró que lo atase en forma ninguna el arreglo celebrado por compatriotas de él, empero contra las normas trazadas por el gobierno de la metrópoli, y atacó a los buques ingleses. Solamente salvaron dos de éstos, que eran los que comandaban Hawkins y Drake. Los restantes fueron hundidos unos y apresados otros con sus respectivos tripulantes, los que, llevados a Méjico y sometidos al tribunal de la Inquisición, fueron condenados a diversas penas.

Hawkins y Drake, apenas llegados a Inglaterra, proclamaron con voz resonante la deslealtad de España, que llamaban; la indignación de que se mostraron poseídos, compartióla con ellos su patria toda; y, bajo la impresión de este estado de espíritu público, la reina Isabel "dejó hacer".

El célebre y grande corsario Francisco Drake. — Entre los corsarios de la historia, tendrá siempre figuración destacada Francisco Drake. Difícilmente habrá habido quien haya realizado empresas de magnitud mayor que las que acometió éste y que la mayor parte de las veces consumó de manera afortunada.

Cómo y por qué dió Drake la vuelta al mundo. — Hemos visto a Drake salvar en San Juan de Ulúa del ataque del Virrey Enríquez. Hemos visto también que, conjuntamente con Hawkins, había puesto el grito en el cielo en Inglaterra por lo que le ocurriera, interpretándolo como una traición. El eco que estas protestas encontraron en su patria, tradújose en una protección que, más acentuadamente que hasta entonces, vióse prestaba a Francisco Drake la reina Isabel. Corrió

con este motivo, por toda Inglaterra, la voz de que Drake se preparaba para vengar la afrenta y traición españolas de San Juan de Ulúa.

No muy rápidamente pero sí al fin, en diciembre de 1577, zarpó Drake de Plymouth con destino a las costas del Brasil. ¿Por qué del Brasil y no de Méjico? Porque el pensamiento de Drake era hostilizar a España, por los lugares en que le fuera a ella más difícil defenderse.

Firme en este propósito, apenas llegado Drake al Brasil, puso proa al puerto de San Julián, en el extremo sur de la América y, cruzando el estrecho de Magallanes, apareció en el Océano Pacífico. En la travesía del Estrecho había perdido dos naves y recios temporales, que tuvo que afrontar a raíz de aquélla, lleváronle otras dos. Habíale quedado un solo barco que se llamaba el "Pelicán" y al que cambió este nombre por el de "Golden Hind". Estaba frente a la costa de Chile y se le ocurrió tentar fortuna atacando a los naturales de allí. Eran los bravos araucanos, que lo hicieron reembarcar más que ligero, rechazado y herido. Huyó Drake hacia alta mar a fin de curarse en seguro y, apenas lo consiguió, con la tenacidad que había de ser su característica, cayó sobre otro lugar de la costa chilena, el que actualmente ocupa Valparaíso. La suerte, que en la tentativa anterior fuérale esquiva, favoreciólo esta vez porque pudo apoderarse de una embarcación que estaba fondeada allí con una importante carga de polvo de oro. Antes que pudiera divulgarse su ataque, cayó Drake sobre los puertos próximos de La Serena y Arica y, casi en seguida, sobre el de Callao, donde capturó un galeón con un millón quinientos mil ducados en oro.

Enriquecido con las anteriores presas, ¿cuál tenía que ser la preocupación de Drake? Evitar cualquier posible encuentro con fuerzas navales de España. Tenía noticia de que esta nación había enviado barcos en su persecución. Todos ellos, era

lo lógico que siguieran tras de su rumbo: San Julián, el Estrecho. Repasándolo a éste, tenía Drake el camino más corto para Inglaterra; pero también el más peligroso. Optó, pues, por continuar en el recorrido, si bien más largo, más seguro; es decir, optó por seguir hacia Europa por el Pacífico. Pasando por las costas mejicanas, avistó las de California y conoció la Bahía de San Francisco, a cuya tierra llamó "Nueva Albión". Y, tocando luego en las islas "Terrenate", en las de Célebes y Java y en el Cabo de Buena Esperanza, arribó al puerto de donde partiera, el de Plymouth, en noviembre de 1580.

Sin proponérselo, había Drake dado la vuelta al mundo en dos años y un mes, con el beneficio económico —tan importantes eran las presas que hiciera— de cien pesos oro por cada uno de los pesos invertidos en su expedición.

En consecuencia de la ruptura entre Inglaterra y España, funda Drake "The Great Armada" y se pone de nuevo en campaña. — Drake no reanudó sus aventuras en varios años. Tenía una desahogadísima posición pecuniaria y se entregó a disfrutarla. Pero en 1585 sobrevino la ruptura de su patria con España. Drake armó inmediatamente una flota de veinticinco naves mayores, y otras menores, a que dió el nombre de "The Great Armada": la gran armada.

Era realmente grande para los tiempos aquellos y lo que hizo corroborólo sobradamente.

Llegó Drake con su flota a la ciudad de Santiago en las Azores, y la saqueó; a Santo Domingo, y la incendió; a Cartagena de Indias, y la sitió, exigiendo, imponiendo y obteniendo cuantiosos rescates; y al Fuerte de San Agustín en La Florida, y lo arrasó.

Empleó en todo esto alrededor de un año, al cabo del cual regresó a Inglaterra con el concepto, ya hecho, de terror de las ciudades españolas con puerto al mar.

Eclipse temporario de Drake y, entre tanto, expediciones de Cavendisch, Frobisher, Davis, Hudson y Buffin. — Drake se eclipsa a raíz de la expedición que acabamos de narrar y son otros los que llenan con sus viajes las crónicas de la época.

Así, sir Thomas Cavendisch, que zarpó de Plymouth en 1586, cruzó el Estrecho de Magallanes y, luego de atacar y saquear numerosas poblaciones de las costas de Chile y el Perú, de la de Méjico y de la de California, tocó en las islas Filipinas y apareció de regreso en Inglaterra en septiembre de 1588, organizando cinco años más tarde otra expedición análoga que no tuvo tanto éxito y en la que murió.

No con fines de matanza ni destrucción ni saqueo, y por eso mismo más dignas del recuerdo, fueron las expediciones que, entre la anterior de Cavendish y otras de que hablaremos, realizaron Martín Frobisher, John Davis, Henry Hudson y William Buffin, nombres todos inmortalizados en la nomenclatura de diversos lugares de América que descubrieron.

La reina Isabel pretende haber aventajado a los españoles en la llegada al continente norteamericano: Sir Walter Raleigh. — Entre tanto, la reina Isabel planteaba en términos netos la cuestión del mejor derecho a los territorios de la América del Norte. No los había descubierto España, la primera; no. Quienes los habían descubierto, antes que nadie, eran hijos de Inglaterra, ciudadanos ingleses: los Gaboto.

En procura de que los hechos confirmaran esta teoría, prestó la reina toda ayuda a la expedición que, bajo el mando de Sir Humphery Gilbert, emprendió Sir Walter Raleigh en 1583. Releigh tomó posesión de varias tierras a nombre de Inglaterra; pero, arrastrado por una tempestad hasta las Azores, donde naufragó la nave que conducía al jefe naval de la

expedición, Sir Gilbert, tuvo que regresar a Inglaterra. Al año siguiente, sin embargo, Raleigh estaba de nuevo en América. Había organizado una segunda expedición, bajo el mando de los marinos Philip y Barlowe. Entre otras tierras que visitó Raleigh en esta segunda etapa de sus viajes, figuran las que denominó "Virginia" en honor de la reina que lo ayudara tanto. Raleigh trató de colonizar esas tierras en 1585; mas su esfuerzo duró apenas un año: no pudo evitar que se le despoblasen en 1586. Llevó otro contingente de colonos en 1587 y consiguió que no se le dispersara en cuatro años. Pero, al cabo de este tiempo, deshízosele también el núcleo básico y se operó la despoblación total.

El tercer Hawkins: Ricardo. — Un hijo de Sir John Hawkins, sir Ricardo, que había heredado junto con el título la vocación aventurera de aquel su antepasado, organizó en 1593 una flotilla de tres naves que zarpó de Plymouth rumbo a América. El tercer Hawkins llegó a las islas Malvinas, a las que reconoció y dió el nombre de "Hawkins Maideland" (tierra virgen de Hawkins) y, atravesando el Estrecho, atacó a Valparaíso haciendo a este puerto algunas presas.

Ricardo Hawkins se disponía a ser el azote de los intereses españoles en el Pacífico, pero no pudo consumar su propósito porque andaba por esas aguas la escuadrilla del Virrey del Perú Hurtado de Mendoza, la cual mandada por Beltrán de Castro lo atacó y derrotó.

Presos Ricardo Hawkins y sus compañeros fueron sometidos al Tribunal de la Inquisición de Lima.

Unidos Hawkins y Drake, llegan a poner en grave peligro la colonización española en América. — La Inquisición de Lima, temerosa de las consecuencias de una ejecución capital de persona tan calificada en Inglaterra como Ricardo Haw-

kins, envíolo a España y allí fué puesto en libertad. Hawkins reaparece en Inglaterra en 1595. ¿Cómo reaparece? Unido a Francisco Drake, deseoso a la sazón de emprender nuevas correrías.

La fama de Drake, añadida a las vinculaciones de Hawkins, dieron por resultado la formación de una flota conductora de dos mil quinientos soldados, puestos bajo las órdenes de Sir Thomas Baskerville.

Los asaltos de Las Palmas y Puerto Rico, a raíz de los cuales murió Hawkins. — Esta flota, que ponía verdaderamente en peligro la colonización española en América, zarpó para ésta y atacó los puertos españoles de Las Palmas y Puerto Rico. La tentativa se malogró en ambos casos, porque los habitantes de las dos ciudades estaban prevenidos y se defendieron con mucha bravura.

Este descalabro fué seguido de la muerte de Hawkins, que en un hombre menos resuelto que Drake hubiera determinado el abandono de sus planes.

Drake, contra Panamá y Portobello. — Pero la resolución del tremendo corsario fué, por el contrario, de continuar. Y rápidamente, como acostumbraba, desembarcó en "Nombre de Dios", puerto próximo a Panamá, a fin de atacar por tierra a esta ciudad. Este ataque prodújolo en seguida y fué muy recio; empero, cubriéndose de gloria, derrotólo a Drake Diego de Suárez.

No había tenido tiempo éste ni de comunicar su hazaña a la vecindad y ya Drake estaba atacando a Portobello. Otro Diego de Suárez, con quien Drake tropezó allí, Alonso de Sotomayor, hízole frente y lo batió, obligándolo a reembarcarse.

Muerte de Drake y de la reina Isabel, con su consecuencia inmediata: la desaparición del corso en América. — A poco de levar anclas de las proximidades de Portobello, Drake se enfermó y murió, dícese que por haberle dado, los que lo rodeaban, tósigo en una medicina. El cadáver del famoso corsario fué arrojado al mar el 28 de enero de 1596.

Desapareció con Drake el enemigo más terrible que tuvo en sus comienzos la colonización española en América. Apagados los alientos del grande corsario inglés, muertos también Hawkins y Cavendisch y fallecida la reina Isabel poco después, el 24 de marzo de 1603, desapareció el corso en América por el hecho de la terminación de las expediciones a las Indias de los navegantes ingleses: piratas para España y los españoles y héroes de la ciencia náutica y del comercio sin candados, para el juicio de los escritores de su país.

Jacobo I de Inglaterra y sus planes: la compañía de Londres; la compañía de Plymouth. — Reinando en Inglaterra Jacobo I, fué solicitado su apoyo para empresas de colonización en América que ofrecían garantías de seriedad. El monarca tenía planes a este respecto y aprovechó la oportunidad para realizarlos.

Como primera medida, dividió la costa de Norte América en dos grandes zonas: una, a la que llamó Virginia, comprendida entre los 34 y 40 grados de latitud norte; y la otra, comprendida entre los paralelos 40º y 46º, que fué denominada Nueva Inglaterra.

Habíanse constituído, en esos días, dos grandes compañías comerciales, con los nombres de "Compañía de Londres" y "Compañía de Bristol, Plymouth y otros puertos" y con el objetivo de emprender obras de colonización. A estas compañías entregó Jacobo I el cometido de poblar y colonizar las tierras que acabamos de ver delineadas, correspondiendo

las de Virginia a la Compañía de Londres y las de Nueva Inglaterra a la de Plymouth.

Jacobo I completó su resolución creando, para dirigir estas colonias, un Consejo Supremo con residencia en Inglaterra y que debería nombrar la Corona; y otro que residiría en las colonias mismas, subordinado al anterior y nombrado como él.

El gobierno ejecutivo púsolo el monarca a cargo de un gobernador representante de la autoridad real y nombrado por ella, autoridad, por lo demás, para la que se reservaría el quinto de los beneficios que la colonización produjese.

Empréndese la colonización en Virginia: fundación de Jamestown. — La compañía de Londres fué la primera en acometer la tarea que se le confiara.

No solamente anduvo con rapidez sino que, lo que hizo, lo hizo bien.

Los colonos que envió desde Londres desembarcaron en la bahía de Chesapeake, fundando la actual ciudad de Jamestown.

Por la acción de los jefes que se dió sucesivamente la Colonia, entre los cuales se destacaron el capitán John Smith, Lord Delaware y Sir George Garley, salvó ella de los peligros y dificultades iniciales y vió implantadas y en desarrollo próspero las industrias del tabaco y el algodón, que harían su riqueza futura.

Apenas pudieron considerarse consolidados en sus posiciones los colonos de Virginia, gestionaron y obtuvieron el reemplazo del régimen militar a que estaban sujetos, por un régimen de gobierno con base democrática.

Dejando subsistente al gobernador representante de la Corona inglesa, restringiéronse sus facultades en lo legislativo, pasando ellas a dos asambleas que se crearon al efecto: una

compuesta por delegados de la Compañía de Londres (especie de Senado moderno) y otra (especie de cámara popular) formada de los mismos colonos mediante elección pública.

Primeras tentativas de colonización en Nueva Inglaterra: los puritanos. — La colonización en Nueva Inglaterra, no se emprendió en mucho tiempo.

La "Compañía de Plymouth", o por menos activa que la de Londres o por ofrecer menores halagos los territorios que le fueron concedidos, no había hecho ni parecía dispuesta a hacer cosa alguna, cuando una persecución de los puritanos, iniciada en Inglaterra, y que llevó a Holanda a gran número de ellos, hízolos fijar la mirada en América.

Habiendo conseguido de Jacobo I, ya que no concesión de territorio, lo que les fué negado, autorización para emigrar hacia las tierras de la Compañía de Plymouth, partieron en numeroso lote del puerto inglés de este nombre en 1620, arribando al finalizar el año a la bahía de Massachusetts.

Soportando penalidades indecibles, los colonos de Nueva Inglaterra consiguieron en definitiva arraigar en el referido suelo. A los dos años, en 1622, obtenían ya de la tierra cosechas estimuladoras.

Fundación de Boston. — "Nueva Plymouth", como fué denominado el establecimiento puritano inicial de la colonización de ellos en Nueva Inglaterra, continuó progresando de tal suerte que los puritanos residentes en Inglaterra formaron una compañía comercial, la "Massachusetts Boy Company", que compró a la "Compañía de Plymouth" parte de los territorios que le otorgara el favor real.

Ocurría esto en 1630, y poco después otra expedición de puritanos atravesó el océano y desembarcó en Norte América, fundando en el lugar de su arribo el puerto y la ciudad de Boston.

Cuáqueros e indígenas, ante el dominio puritano. — El ejemplo de los colonos de Virginia, que habían obtenido un gobierno representativo, repercutió entre los puritanos, que establecieron también "Asambleas municipales". No hicieron esto, empero, con amplitud. Sólo a los miembros de la Iglesia puritana se les otorgó el derecho de voto.

Este espíritu estrecho acentuóse aún mayormente en las relaciones de los puritanos con los miembros de otras sectas religiosas, por ejemplo los cuáqueros, que fueron perseguidos de manera implacable, nada honrosa para el doctrinarismo en cuyo nombre se procedía.

Los puritanos tampoco se llevaron bien con los indígenas, los cuales concluyeron por confederarse en las distintas tribus que los constituían para resistir al extranjero que había invadido su heredad.

Sobrevino una guerra que duró varios años y que terminó con el exterminio de la población indígena, exterminio sobre el cual se asentó la paz en las colonias puritanas de los futuros Estados Unidos.

Rhode Island: fundación de Conneticut. — Otros territorios próximos a los de Massachusetts, los del "Maine", habíalos obtenido en concesión de la Corona real, sir Ferdinando Gorges. Un núcleo de colonos de Massachusetts compró estos derechos. A tal núcleo pertenecía Roger Williams, uno de los más descollantes perseguidos de los puritanos.

Roger Williams se puso a la cabeza de la nueva Colonia, le dió el nombre de Rhode Island y la asentó sobre la base de la libertad religiosa.

La colonización de Roger Williams siguió en parte el curso del río Connecticut; pero también en este rumbo continuó el desarrollo de las poblaciones de los colonos de Massachusetts y de Plymouth y, además, las de Hartford y New Haven.

El origen de las Universidades de Haward y Yale. — En Connecticut nació la hoy tan renombrada Universidad de Yale, en un modesto colegio fundado el año 1700, que no fué, con todo, el primer impulso educacional de los puritanos, por cuanto en 1636 habían fundado el colegio de Haward, origen de la Universidad del mismo nombre, hoy célebre también.

Cómo nació Nueva York. — Entre Virginia y Nueva Inglaterra había una grande extensión territorial desierta. Al amparo de exploraciones que hiciera el capitán Hudson, marino inglés empero al servicio de una compañía holandesa, la "East India Company", comenzaron a ocupar colonos holandeses la extensión referida.

Las colonias holandesas no tardaron en ponerse en relación con el gobierno de Holanda, el cual, deseando beneficiarse de ellas todo lo posible, concedió a otra compañía holandesa, la "Dutch West India Company", el privilegio del comercio exclusivo con sus colonias.

La "Dutch West India Company" imprimió un fuerte impulso al progreso de la región y no descuidó el asegurarla militarmente, a cuyo efecto construyó cuatro fuertes: uno, en la embocadura del río Hudson, que se denominó fuerte de Amsterdam; otro, sobre la región superior de este mismo río, llamado fuerte de Orange; otro, sobre el Connecticut, a que se le dió el nombre de fuerte Buena Esperanza; y otro sobre el Delaware: el fuerte Nassan.

El fuerte de Amsterdam fué poco a poco tomando el nombre de Nueva Amsterdam, como la región toda colonizada por los holandeses el de "New-Netherlands" (Nuevos Países Bajos).

Para los ingleses, esta colonización era incómoda y peligrosa. No tardó en verlo así Carlos II de Inglaterra, quien

reivindicando la pertenencia a su Corona de los territorios de la colonización holandesa y cediendo a su hermano el duque de York el gobierno de los mismos, preparó sigilosamente un ataque contra ellos y lo llevó a cabo con el éxito que suelen dar las sorpresas.

El gobernador holandés tuvo que capitular y Nueva Amsterdan llevó en lo sucesivo el nombre del ducado del hermano de Carlos II a quien cediera este monarca el gobierno de la región: Nueva Amsterdam fué Nueva York.

Las colonias de Nueva Jersey, Albany, Delaware y Pensylvania; William Penn; fundación de Filadelfia. — La parte sur de las colonias holandesas fué destinada por la Corona inglesa para colonias que dependerían directamente de ella y a que se dió los nombres de Nueva Jersey y Albany, título también éste, del duque de York.

A tiempo que la Corona adoptaba esta resolución, era solicitada por William Penn, en el sentido de que se le concediera el derecho a colonizar una extensa faja de territorio que existía despoblada al oeste del río Delaware.

William Penn era hijo del almirante del mismo apellido a quien Carlos II de Inglaterra era deudor de grandes servicios y, encima de ello, de dinero. Aprovechó el monarca esta oportunidad que se le presentó de retribuir en el hijo algo de lo que por la Corona y quien la llevaba hiciera Penn padre; y la concesión que se le pedía fué otorgada.

William Penn dió al territorio que se le cediera el nombre de Pensylvania y se consagró a colonizarlo con las relevantes dotes de actividad e inteligencia que había recibido del cielo.

Tuvo memorable éxito en esta empresa, lo mismo que en la fundación de una ciudad, que acometió en seguida de arribar al suelo americano, y que fué Filadelfia.

Las colonias de Maryland: lord Baltimore padre y lord Baltimore hijo. — Si los puritanos perseguidos en Inglaterra habían podido encontrar refugio tranquilo en Norte América, ¿por qué no se concedería análogo recurso a los católicos perseguidos también y muy sañudamente? Esta fué la reflexión que se hizo uno de los miembros más caracterizados de la nobleza británica, católico por tradición famílica y convicción personal: lord Baltimore.

Emprendiendo ante la Corona la respectiva gestión, lord Baltimore consiguió hacerla prosperar y eligió para colonia americana de los católicos perseguidos en Inglaterra, colonia que se llamaría Maryland en honor de la reina Enriqueta María, una extensión territorial costanera del río Potomac, a lo largo de la bahía de Chesapeake.

Acababa de obtener la concesión lord Baltimore, cuando le sorprendió la muerte.

Tocóle el honor de llevar a la práctica su proyecto, al hijo del extinto, Cecil Calvert, el segundo lord Baltimore, quien fundó en 1634 la primera villa del actual Estado de Maryland (Saint Mary) y adoptó como ley fundamental de la colonia la de la más amplia libertad religiosa.

Los mismos puritanos que no se hallaban cómodos en Nueva Plymouth encontraron acogida cordial y vida tranquila en Maryland, a cuya expansión contribuyeron —tantos fueron los puritanos emigrantes— fundando la ciudad de Annápolis.

Con el progreso material de la colonia Maryland, que fué muy rápido, corrió parejas el cultivo y crecimiento en ella del espíritu democrático, que le dió instituciones y prácticas de gobierno de las más adelantadas entre las de su tiempo.

Las colonias de la Carolina: fundación de Charleston. — Al sur de Chesapeake había un territorio no colonizado

que lo pidieron a Carlos II varios miembros de la nobleza británica, entre ellos los duques de Albermale y Charendon.

La colonización se hizo sumamente dificultosa en esta región, circunstancia por la cual se apeló a la introducción en ella de negros de Africa, de las islas Barbadas y de Bahama.

Siguióse así hasta 1680, en que se fundó la ciudad de Charleston.

La población negra acabó por superar a la blanca en la Colonia de la Carolina, que este nombre se le dió; y su extensión, que era muy grande, reclamó la división del gobierno de ella.

Hecho esto entre los años 1729 y 1731, las respectivas partes tomaron los nombres de Carolina del Norte y Carolina del Sur.

La Colonia de Georgia. — La última de las colonias inglesas en América fué la de Georgia, en una vasta región situada al sur del río Savanah.

La fundación de Georgia respondió a un propósito político: el de crear una valla defensiva de la colonización inglesa, contra la colonización española afirmada en La Florida. Pero inspiróla también en parte un pensamiento benefactor de los desgraciados que en Inglaterra eran perseguidos por sus deudas. Ofrecióseles, en efecto, a todos éstos, la perspectiva de redimirse, en Georgia, de las necesidades y de la pobreza, por medio del trabajo.

Fuéle dado a esta Colonia el nombre de Georgia, en honor de Jorge I, George en inglés.

RESUMEN

Además de Inglaterra y España, tuvieron Francia y Holanda una participación importante en los esfuerzos de exploración, colonización y conquista de la América del Norte.

En la primera etapa del esfuerzo francés, sobresalen las expediciones de Juan de Verrazano y Jacques Cartier. El primero costeó, de enero a julio de 1524, la actual Carolina del Norte, penetrando en 1525 en la bahía de Nueva York y el río Hudson. El segundo exploró el río San Lorenzo, tan caudaloso como nuestro Plata, recorriendo gran parte del territorio que éste baña, al que llamó Canadá. Cartier fué el primer europeo que llegó a la roca sobre la cual se alza hoy Quebec. Estuvo también, antes que nadie, en el sitio de la Montreal de nuestros días La ocupación que en 1541 hiciera Cartier del territorio próximo a Quebec y a Montreal, malogróse al año siguiente por una rebelión de los indígenas y el retorno a Europa de Cartier y los elementos franceses que había conducido.

El esfuerzo español tuvo como actores salientes: a Pánfilo de Narváez, que en 1528 recorrió la costa de Tejas, siendo reemplazado a su muerte por Alvar Núñez Cabeza de Vaca; a Hernando de Soto, que en 1539 recorrió el Mississipí en toda su extensión; a fray Marcos de Niza; a Francisco Vázquez de Coronado, uno de cuyos tenientes, apellidado Alarcón, descubrió la desembocadura del río Colorado; y, por último, en 1559, a Luis de Velasco.

La tentativa francesa que se malograra en 1541 fué reanudada en 1562 por elementos protestantes necesitados de salir de Europa, a los cuales protegía decididamente el almirante Coligny, que poseía mucho ascendiente sobre el rey Carlos IX. El jefe de los elementos protestantes que emigraron a América fué Jean Ribaut o Rivault, quien logró recorrer las costas de los actuales Estados de Florida, Georgia y Carolinas y logró fundar una población estable bajo el nombre de "Charlesfort". Otra expedición francesa que llegó por esta misma época a La Florida al mando de René Goulaine de Laudonniere, fracasó de la manera más

completa y las deserciones que a causa de ello sufrió dieron origen a la piratería. Los españoles de Cuba tardaron poco tiempo en sentir las molestias y perjuicios de estos elementos escapados de toda sujeción y freno. Y comenzaron de esta manera los choques entre franceses y españoles que generaron al cabo el asalto de Charlesfort por una expedición española al mando de Menéndez de Avilés, que venció a Rivault y lo ahorcó con casi toda su gente. Charlesfort tomó el nombre de Fuerte de San Mateo, al que los franceses atacaron y destruyeron más tarde, ahorcando por su parte a cuantos españoles tomaron con vida. Las expediciones de franceses a Norte América, continuáronlas Chauvin, Pontgravé, Montes y, finalmente, Samuel de Champlain, que fué, por decirlo así, el fundador de las posesiones francesas del Canadá.

Los viajes a las Indias de los navegantes ingleses, iniciólos Williams Hawkins en 1530. Siguiólo su hijo John, que obtuvo rendimientos muy estimuladores del comercio de negros africanos a que se dedicó. John Hawkins inició en estas expediciones a Francisco Drake, que luego de ser su segundo fué su asociado. Estando los dos con sus barcos en un puerto de Méjico, autorizados para el efecto por las autoridades españolas de allí, sufrieron un ataque que ellos consideraron traicionero de un Virrey nuevo que había llegado a Méjico y consideraba inconciliable con la política y resoluciones de la Corona la entente que existía entre españoles e ingleses. Hawkins y Drake escaparon con vida y, vueltos a Inglaterra, propalaron en tales términos la deslealtad hispana, que decían, y vinculáronla de tal suerte con la distinta religión de las dos naciones, que aventuras meramente lucrativas como fueron las que emprendieron, cobraron el carácter de empresas patrióticas y de apostolado religioso. Por su audacia y bravura, no menos que por su ferocidad, conquistóse Francisco Drake, en esas aventuras, una fama grandísima; y entre él, un tercer Hawkins llamado Rivcardo y la reina Isabel, que los protegía sin disimulo, hubo momentos en que hicieron peligrar a la colonización española en América.

En uno de los eclipses de Drake tomó su papel en el Pacífico, sir Thomas Cavendish, que hizo también mucho daño al comercio español.

No con fines de matanza ni destrucción ni saqueo y, por eso mismo más dignos del recuerdo, fueron las expediciones que realizaron Martín Frobisher, John Davis, Henry Hudson y William Buffin, nombres todos inmortalizados en la nomenclatura de diversos lugares de América que descubrieron.

Por último realizó también expediciones a la América, Sir Wal-

ter Raleigh, que fué quien bautizó a las tierras de Virginia con el nombre que tienen y quien organizó en ellas el primer esfuerzo de colonización.

Al subir al trono de Inglaterra Jacobo I, encontróse con el problema de la utilización de las tierras de Norte América. A este efecto dividiólas en dos zonas: una, Virginia, comprendida entre los 34º y 40º grados de latitud norte; y la otra, comprendida entre los paralelos 40º y 46º, que fué denominada Nueva Inglaterra. La colonización de la primera zona confióla Jacobo I a una compañía comercial llamada "Compañía de Londres"; y la de la segunda a la "Compañía de Bristol, Plymouth y otros puertos". Creóse para el gobierno de estas colonias un Consejo supremo con residencia en Inglaterra y otro subordinado a éste con residencia en las colonias mismas, ambos Consejos nombrados por la Corona. El gobierno ejecutivo púsolo el monarca a cargo de un gobernador nombrado por la autoridad real y representante de ella y estableciose que para esta autoridad se reservaría el quinto de los beneficios que la colonización produjere.

La compañía de Londres fué la primera en acometer la tarea que se le confiara. Los colonos que envió desde Londres desembarcaron en la bahía de Chesapeake, fundaron la ciudad de Jamestown e implantaron con buenos resultados las industrias del tabaco y algodón. Al poco tiempo fué Virginia una colonia próspera y, como la formaba gente de orden y amante de la libertad y el derecho, esta gente gestionó y obtuvo la modificación del régimen militar a que estaba sometida la colonia, por un régimen de gobierno con base democrática. Dejando subsistente al gobernador representante de la Corona inglesa, restringiéronse sus facultades en lo legislativo, pasando ellas a dos asambleas que se crearon al efecto: una, compuesta por delegados de la Compañía de Londres (especie de Senado moderno); y otra (especie de cámara popular) formada de los mismos colonos mediante elección pública.

La colonización en Nueva Inglaterra no se emprendió en mucho tiempo e inicióla la Compañía de Plymouth con protestantes de la secta puritana que, perseguidos en Inglaterra, se habían refugiado en Holanda. A fines de 1620 arribó el primer lote de ellos a la bahía de Massachussets. En 1622 obtuvieron ya los puritanos cosechas estimuladoras. La colonia siguió progresando hasta permitir que los puritanos formaran una Compañía Comercial, la "Massachussets Bay Company", que compró a la Compañía de Plymouth parte de los territorios que le otorgara el favor real. Ocurría esto en 1630 y, poco después, otra

expedición de puritanos atravesó el Océano y desembarcó en Norte América, fundando en el lugar de su arribo el puerto y la ciudad de Boston.

El ejemplo de los colonos de Virginia, que habían obtenido un gobierno representativo, repercutió entre los puritanos, que establecieron también "Asambleas municipales". No hicieron esto, empero con amplitud. Sólo a los miembros de la Iglesia puritana se les otorgó el derecho de voto. Este espíritu estrecho acentuóse aún mayormente en las relaciones de los puritanos con los miembros de otras sectas religiosas, por ejemplo los cuáqueros, que fueron perseguidos de manera implacable, nada honrosa para el doctrinarismo en cuyo nombre se procedía. Los puritanos tampoco se llevaron bien con los indígenas, los cuales concluyeron por confederarse en las distintas tribus que los constituían para resistir al extranjero que había invadido su heredad. Sobrevino una guerra que duró varios años y que terminó con el exterminio de la población indígena, sobre el que por fin se asentó la paz en las colonias puritanas de los futuros Estados Unidos.

Los perseguidos de los puritanos, encabezados por Roger Williams, adquirieron una concesión de la Corona real de los territorios del Maine, próximos a los de Massachussets. Allí fundaron otra Colonia con el nombre de Rhode Island. La asentaron sobre la base de la libertad religiosa y obtuvo un crecimiento rápido.

Entre las colonias de Virginia y Nueva Inglaterra había una grande extensión territorial desierta que la ocuparon colonos holandeses. Tomó toda esta región el nombre de "New Notherlands" (Nuevos Países Bajos). Los colonos holandeses no solamente se preocuparon de adelantar en los cultivos y en las industrias. Procuraron además asegurarse militarmente, a cuyo efecto construyeron cuatro fuertes; uno de los cuales, denominado Fuerte de Amsterdam, tomó con el tiempo el nombre de Nueva Amsterdam. Esta colonización holandesa concluyó por alarmar a Inglaterra, cuyo monarca Carlos II resolvió destruirla. Preparando sigilosamente un ataque contra los holandeses, fueron éstos obligados a capitular y retirarse. Carlos II cedió a su hermano el Duque de York el gobierno de la parte norte de estos territorios y, con este motivo, Nueva Amsterdam fué Nueva York. La parte Sur de las colonias holandesas fué destinada por la Corona inglesa para colonias que dependerían directamente de ella y a que se dió los nombres de Nueva Jersey y Albany; título también éste, del duque de York.

El mismo Carlos II concedió a William Penn, hijo de uno de

sus más íntimos amigos a la sazón extinto, una extensa faja de territorio que existía despoblada al oeste del río Delaware. William Penn dió a este territorio el nombre de Pensylvania y se consagró a colonizarlo con las relevantes dotes de actividad e inteligencia que había recibido del cielo. Tuvo memorable éxito en esta empresa, lo mismo que en la fundación de una ciudad, que acometió en seguida de arribar al suelo americano, y que fué Filadelfia.

Por empeños de Lord Baltimore, católico por tradición famílica y por convicción personal, fué entregada a la colonización de ingleses católicos una extensión territorial costanera del río Potomac, a lo largo de la bahía de Chesapeake. Denominóse esta colonia Maryland, en honor de la reina Enriqueta María y se desarrolló en prosperidad brillantísima. Fué su característica saliente la amplia libertad religiosa que proclamó y practicó; al amparo de la cual los mismos puritanos que no se hallaban cómodos en Nueva Plymouth encontraron acogida cordial y vida tranquila en Maryland, a cuya expansión contribuyeron —tantos fueron los puritanos emigrantes— fundando la ciudad de Annápolis.

Las colonias de la Carolina provinieron de la concesión, que hizo Carlos II a varias miembros de la nobleza británica, entre ellos los duques de Albermale y Charendon, de un territorio despoblado que existía al Sur de Chesapeake. Estas colonias no adelantaban y sus moradores acobardábanse pronto, por cuyo motivo se apeló a la introducción en ellas de negros de Africa. Esta población acabó por superar a la blanca. Entre los años 1729 y 1731 operóse una división de que nacieron las Carolinas del Norte y del Sur de los Estados actuales de la Unión.

La última de las colonias inglesas en América fué la de Georgia, en una vasta región situada al Sur del río Savanah. La fundación de Georgia respondió a un propósito político: el de crear una valla defensiva de la colonización inglesa, contra la colonización española afirmada en La Florida. Pero inspiróla también en parte un pensamiento benefactor de los desgraciados que en Inglaterra eran perseguidos por sus deudas. Ofrecióseles, en efecto, a todos estos, la perspectiva de redimirse, en Georgia, de las necesidades y de la pobreza, por medio del trabajo. Fuéle dado a esta Colonia el nombre de Georgia, en honor de Jorge I, George en inglés.

CAPITULO IX

PERÍODO COLONIAL ESPAÑOL

El sistema mercantil. — Con el criterio de nuestros días, cobra el aspecto de lo absurdo el sistema mercantil que estableció España en sus colonias de América durante el período de su dominación. Estudiando, sin embargo, la situación del mundo en aquella época, descúbrense ideas ambientes que, agregadas a necesidades positivas apremiantes, explican la adopción del sistema.

Lo que principalmente buscaron los reyes de España. — ¿Qué nación del mundo había mirado en sus posesiones coloniales, hasta el siglo XVII, otra cosa que las riquezas que les podía extraer? Ninguna.

Al calcar, pues, los monarcas españoles su política respecto de América en el pensamiento de hacerla producir la mayor cantidad posible de dinero para la metrópoli, no hicieron sino lo que era común y corriente en sus días.

A imponer este temperamento concurrían, por otra parte, las penurias en que se hallaban las finanzas de la Corona, en consecuencia de las dilapidaciones que se consumaban al amparo del favor de Reyes de escaso vuelo mental que le tocaron.

América debía llenar las enormes brechas que abría en las cajas reales la legión de vividores que alimentaba la Corte,

legión que luego de empobrecer a España se extendía en el funcionarismo vasto y logrero esparcido por toda la América.

El sistema mercantil de la Colonia persiguió, pues, la finalidad de asegurar para España, para la España de Europa, cuanto podía entonces ser considerado pecuniariamente beneficioso o de utilidad.

Detalles generales de la organización del gobierno colonial: la división territorial. — Los territorios españoles de América comprendían la inmensa extensión que va de los 41º 43' grados de latitud austral a los 38º de latitud boreal; y, al terminar el siglo XVIII, tenían la siguiente división:

Virreynato de Méjico. Comprendido entre los 16º grados y los 42º de latitud; y desde los ríos Rojo y Carcusson, en Tejas, hasta la faja oceánica de las Californias. Con seis millones de habitantes, doce Intendencias, tres provincias, dos Audiencias, un tribunal del Consulado y otro de minería, un Arzobispado, ocho Obispados y una Universidad.

Capitanía General de Guatemala (7º 54' grados a 17º 49' latitud norte). Comprendiendo los actuales territorios de Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Con 1.000.000 de habitantes, trece provincias, un arzobispado, tres obispados y una universidad.

Virreynato de Nueva Granada (8º grados de latitud norte y 6º grados de latitud sur). Comprendiendo parte de las actuales Colombia, Costa Rica, Ecuador, los territorios del Darien y los actuales departamentos peruanos de Cajamarca y Piura. Con 2.600.000 habitantes, ocho provincias, un arzobispado, siete obispados, una universidad y abundantes minas de oro, esmeraldas, plata y platino. Cuatro puertos fortificados: los de Santa Marta, Cartagena, Portobello y Panamá.

Capitanía General de Venezuela. Comprendiendo parte de la Colombia de nuestros días, además de la actual Vene-

zuela. Con ochocientos mil habitantes, un arzobispado, dos obispados y una universidad.

Virreynato del Perú. Con 1.400.000 habitantes, un arzobispado, cinco obispados, una universidad, valiosas minas en Pasco, Potosí, Huaylas y Huancavelica, gran desarrollo agrícola e industrial y una ciudad capital, Lima, que tenía cerca de 4.000 casas, muchos y notables palacios y ochenta mil habitantes.

Capitanía General de Chile. Con 500.000 habitantes, dos Intendencias, cinco importantes ciudades (Santiago, Concepción, Serena, Valparaíso y Valdivia), dos obispados y una universidad.

Virreynato del Río de la Plata (35º grados a los 10º de latitud sur). Comprendiendo las actuales repúblicas de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina. Con ochocientos mil habitantes, ocho Intendencias, un colegio, un arzobispado con residencia en Chuquisaca, seis obispados y dos universidades.

Capitanía General de Cuba. Con 280.000 habitantes y un movimiento comercial en café, caña de azúcar, cacao, añil, etc., que ascendía a cuarenta millones de pesos fuertes.

El Consejo de Indias. — Desde 1542 fué el Consejo de Indias la autoridad más alta representativa de los Reyes de España, creada por ellos para entender en los asuntos de América.

Del Consejo de Indias, cuyos miembros debían residir en la Corte y ser personas de respeto, dependían todos los funcionarios actuantes en América y a su fallo supremo estaban libradas, en definitiva, todas las cuestiones de ellos.

El Consejo de Indias tenía funciones legislativas, ejecutivas y judiciales y con sus acuerdos, que comprendían tan vasto campo, formóse la "Recopilación de las Leyes de los Reinos de Indias", obra famosa, que ningún erudito en leyes desconoce.

El Consejo de Indias disponía de ricos Archivos y tenía a sus órdenes un cronista que llevaba cuenta de los sucesos que ocurrían en América y un cosmógrafo dedicado a los cálculos astronómicos y los derroteros náuticos.

La Casa de Contratación de Sevilla. — Para despachar e inspeccionar las flotas y armadas que hacían el comercio con América, hacerse cargo de la parte de los beneficios que correspondía a los Reyes, tenerla en depósito, invertirla según las órdenes que se le impartiesen, etc., fundaron los Reyes la "Casa de Contratación" de Sevilla.

Aunque subordinada al Consejo de Indias, poseía una grande esfera de acción propia.

Sin ella, con la que tenían obligación de estar en contacto los propietarios y conductores de navíos y flotas, no era posible hacer operación ninguna de comercio en América; y fué ella, en todo momento, el centinela más rígido y celoso del monopolio establecido por la metrópoli para la adquisición de los productos de la América hispana y la provisión de lo que necesitaba.

La "Casa de Contratación" de Sevilla tenía un presidente, un tesorero, un fiscal, tres jueces oficiales, tres jueces letrados, un auditor y varios oficiales inferiores, dividido todo esto en dos cámaras, una de gobierno y otra de justicia.

Poseía grandes almacenes para recibir y guardar lo que estaba fiado a su custodia y, después del Consejo de Indias, fué la rueda más importante del mecanismo de la organización del gobierno de España en América.

Los Virreyes. — Como representantes de los monarcas en América y para hacer cumplir sus disposiciones y dictar todas aquellas otras que requiriese el mantenimiento del orden público, fueron creados los Virreyes.

Duraban tres años en sus funciones, presidían las "Audiencias" y eran los jefes de las fuerzas de mar y tierra en los territorios de su mando.

Ejercían además el vicepatronato eclesiástico y tenían bajo su cuidado la percepción de las rentas reales, con la obligación de procurar su aumento constante.

Las Audiencias. — Eran el tribunal que entendía en los pleitos civiles y criminales y también sobre materias administrativas y de hacienda en sesiones presididas por el Virrey.

Vacando el Virreynato, asumían el gobierno los presidentes de las Audiencias.

Ante estas últimas, además, podían apelar los desconformes con las decisiones de los Virreyes.

Las Audiencias, eran "reales" o "subordinadas".

En el primer caso, podían entenderse directamente con el monarca; en el segundo, tenían que hacerlo con los Virreyes.

Dependían de las Audiencias los gobernadores, corregidores, alcaldes mayores, etc.

Los Consulados. — Para lo comercial existían otros tribunales, que tenían el nombre de Consulados. Formábanlos periódicamente los comerciantes mismos, por elección.

Además de atribuciones comerciales, tenían los Consulados la de proponer al rey las medidas conducentes al desarrollo y la prosperidad de la agricultura y el comercio.

Los Consulados estaban autorizados para formarse fondos propios, siempre que los invirtieran en mejorar los caminos o en la fundación o ampliación de escuelas públicas.

En la misma forma que los Consulados para lo comercial, existían tribunales de minería para todo lo relativo a esta industria.

Los Cabildos. — Eran la autoridad que intervenía en lo concerniente a la policía y ornato de las ciudades, a las tasas para la contribución fiscal de las industrias y el comercio, a la inspección de cárceles y hospitales y a la moralidad e higiene públicas.

Los miembros de los Cabildos duraban dos años en sus funciones y se dividían en "Alcaldes Mayores", "alcaldes ordinarios", "regidores", "alféreces", "alcaldes de hermandad", "procuradores" y "alguaciles".

En los casos de acefalía accidental, los Cabildos podían nombrar gobernadores provisionales.

La facultad que tenían los Cabildos de convocar a la porción más capacitada de los vecindarios para resolver, en los momentos de gravedad excepcional, en reuniones que se denominaban Cabildos Abiertos, fué utilizada habilísimamente para la revolución de la independencia, como oportunamente se verá.

Las flotas periódicas. — Mientras el comercio marítimo de España con sus colonias de América fué escaso, pudo cualquiera que a ello se animaba cruzar el océano y transportar productos. Mas cuando ese comercio creció y cobró importancia, surgieron los barcos corsarios que no hacían sino acechar el paso de las embarcaciones para atacarlas y atrapar su carga.

La metrópoli comprendió entonces que debía defender su comercio y los particulares, por su parte, no podían sino mirar con buenos ojos esas defensa.

Vino con este motivo la organización del sistema de navegación en flotas, que durante mucho tiempo reinó en la Colonia.

Cada año salían de Sevilla para América dos flotas escoltadas por barcos de guerra, una para "Nueva España" (Méjico de hoy) y otra para "Tierra Firme" (Colombia, Venezuela, Perú, Chile y Río de la Plata).

Ambas flotas se dividían, en el punto más adecuado de su trayecto, para los diversos puertos preferidos de entonces: Santiago de Cuba, San Juan de Ulúa, Margarita, Santa Marta, Cartagena y Portobello.

En este último puerto había una feria que coincidía con el amarre y el desamarre de la flota de "Tierra Firme"; y otra en Veracruz, coincidente con el arribo y la partida de la flota de "Nueva España".

Duraban estas ferias cuarenta días siendo, en la monótona vida de aquellos tiempos, el suceso periódico de mayor volumen.

Ningún barco podía ir a España, ni venir de allá, sino incorporado a estas flotas, bajo penas severísimas; pero por esta legislación fueron filtrándose poco a poco excepciones como las de los "navíos de aviso", que debilitaron el sistema y que en definitiva, al finalizar el siglo XVIII, concluyeron con él.

Los impuestos. — Todo traspaso de la propiedad inmueble estaba gravado con un impuesto directo, comúnmente designado bajo el nombre de "alcabala"; existiendo además otros impuestos como el del papel sellado; el de consulado, para proporcionar fondos al tribunal de comercio; el de armada, para la defensa de las costas; los de "almojarifazgo", o sea sobre los cargamentos que salían de Sevilla (5 por %); y los de "encomiendas" (las concedidas y las que vacaban).

Percibía además el Fisco el quinto del oro, plata y piedras preciosas que se extraían de las minas; la mitad de los tesoros encontrados en las "huacas" o sepulturas peruanas; la "media anata" o mitad de lo que rentaban el primer año los empleos; y una parte de los diezmos eclesiásticos.

Los estancos engrosaban también fuertemente la renta fiscal, teniendo entre ellos importancia mayor los de tabacos y naipes.

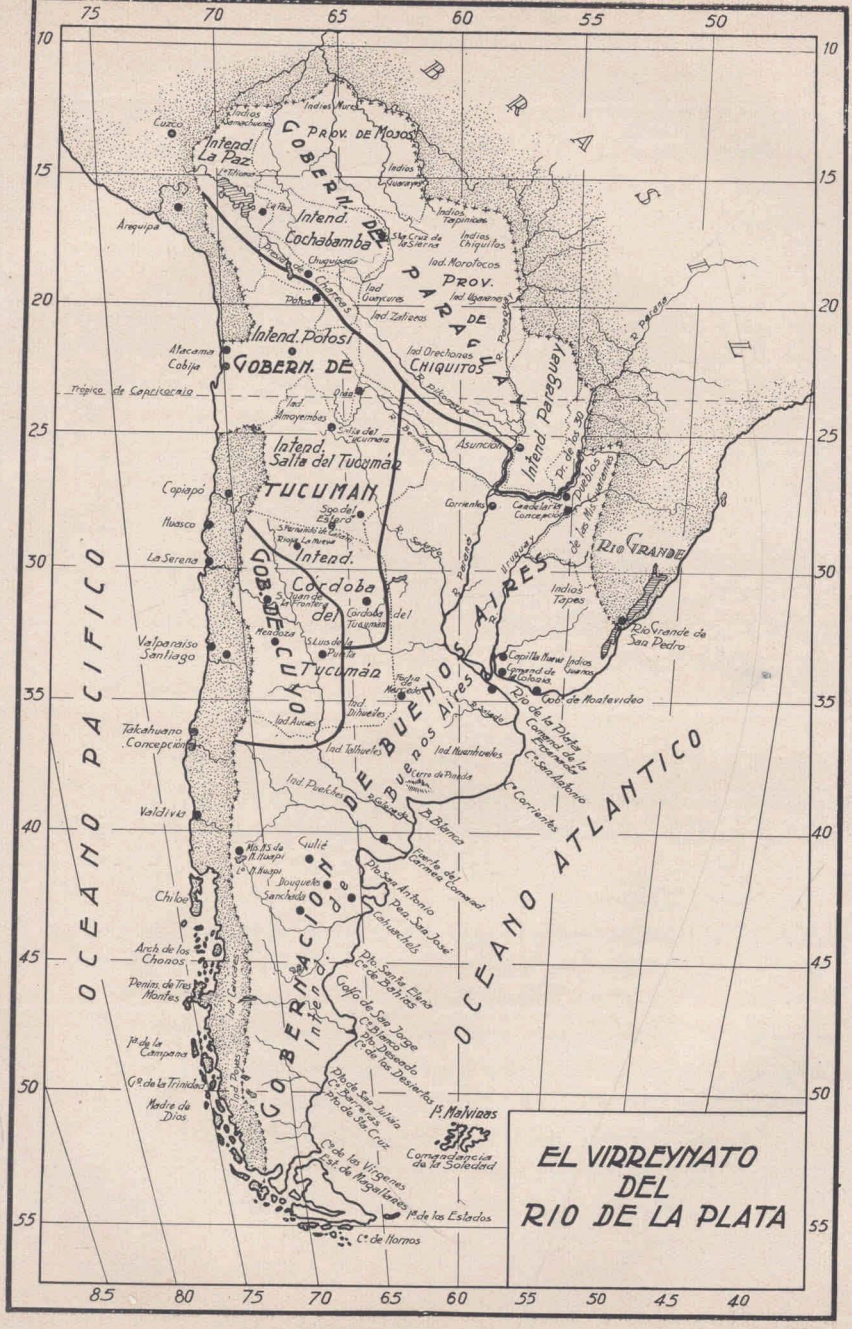
Los impuestos sobre minas producían anualmente ocho millones y medio de pesos; los de alcabalas, aduanas y encomiendas, veintitrés millones; y el estanco del tabaco quince millones.

Monto de las rentas reales americanas, a principios del siglo XIX. — El gobierno colonial recaudaba anualmente en América alrededor de cuarenta millones de pesos oro, distribuídos de esta suerte:

Virreynato de Nueva España . . .	20.000.000
,, del Perú	6.500.000
,, de Nueva Granada . .	3.800.000
,, del Río de la Plata . .	4.700.000
Capitanía Gral. de Venezuela . . .	1.800.000
,, ,, de Cuba	2.300.000
	39.100.000

Las rentas todas de la España europea, no se elevaban en la misma época del cálculo anterior (1810) a más de 35 millones de pesos oro; de lo que se desprende una de las dos siguientes conclusiones: o que el suelo de la España europea producía muy poca cosa, poca cosa que sólo consentía una debilísima tributación fiscal, o que los impuestos de América estaban enormemente recargados con respecto a los que regían allá.

En las capitanías generales de Cuba y Venezuela, los gastos de administración absorbían todas las entradas. No así en las restantes zonas de la América hispana, que arrojaban los siguientes saldos, a oro, de renta líquida para el tesoro de la Corona:


EL VIRREYNATO
DEL
RIO DE LA PLATA
OCEANO PACIFICO
OCEANO ATLANTICO
BRASIL
GOBERN. DE PARAGUAY
PROV. DE MOJOS
PROV. DE CHIQUITOS
GOBERN. DE TUCUMAN
GOBERN. DE BUENOS AIRES
GOBERNACION Intend.
Intend. La Paz
Intend. Cochabamba
Intend. Potosi
Intend. Salta del Tucumán
Intend. Córdoba del Tucumán
Intend. Paraguay
Intend. Buenos Aires
Cuzco
Arequipa
Atacama
Cobija
Trópico de Capricornio
Copiapó
Huasco
La Serena
Valparaiso
Santiago
Talcahuano
Concepción
Valdivia
Chiloe
Arch. de los Chonos
Penins. de Tres Montes
Pta. de la Campana
Gfo. de la Trinidad
Madre de Dios
Tucumán
Mendoza
Asunción
Corrientes
Rio Grande
Rio Grande de San Pedro
Montevideo
Rio de la Plata
Cerro de Pasco
Pta. Malvinas
Comandancia de la Soledad
Pta. de los Estados
Cte. de Hornos

Nueva España	6.500.000
Perú	1.500.000
Río de la Plata	1.000.000
Nueva Granada	1.000.000
Total	10.000.000

Consecuencias comerciales de la Independencia de Holanda. — Bajo el reinado de Felipe II, Bélgica y Holanda de hoy pertenecían a España. Este dominio era resistido por holandeses y belgas, que tenían, además de la diversidad de lengua respecto de los españoles, una grande diversidad de tradiciones y costumbres.

Ha de agregarse a esto, que la mano de los dominadores no era blanda.

Lo que tenía que suceder, sobrevino. Aquellos pueblos subyugados se levantaron en armas y, aunque tuvieron que sostener una guerra de largos años, consiguieron al fin, si no todo lo que anhelaban, una parte de ello.

Siete de las provincias septentrionales de Flandes formaron el reino de Holanda bajo el reinado de Felipe IV de España, al cual no le quedó más recurso que reconocer ese estado de cosas por el tratado de Westphalia.

Este hecho, no solamente originó consecuencias políticas: las produjo también, y muy importantes, en el sentido comercial.

La ruta marítima de las Indias, el comercio de las especies y el mayor número de los barcos de transporte, bajo el dominio de la nueva nación. — La guerra de los flamencos contra España, generalmente desfavorable para los primeros en tierra, habíales sido propicia en las aguas. Los corsarios holandeses habían infligido constantemente golpes formida-

bles al comercio de España, cuyos galeones cargados de toda clase de tesoros capturábanlos a cada paso.

Como además Portugal formaba parte de España, atacaron los holandeses las islas Molucas, y a Java, Ceylán, el cabo de Buena Esperanza y otras posiciones lusitanas de entonces, de las que se apoderaron y con las cuales adquirieron el dominio de la ruta marítima de las Indias.

Esto, por sí solo, no hubiera sido cosa mayor. Pero como por la ruta de las Indias se hacía el comercio de las especies; y como Holanda había llegado a ser la nación que poseía los mejores marinos y el mayor tonelaje en el transporte marítimo, impuso la ley para aquel comercio, que lo monopolizó para sí.

El espíritu holandés de expansión comercial, no se detuvo en esto. Llegó a Estados Unidos para iniciar y desarrollar allí el esfuerzo de colonización que hemos narrado en el capítulo anterior, generador de la actual ciudad de Nueva York, la Nueva Amsterdam primitiva de los holandeses; y penetró también en otras partes de América, como las Guayanas, de las cuales Holanda se adueñó; y el Brasil, donde los holandeses se establecieron formando colonias muy prósperas cuyo centro principal fué Pernambuco.

La política comercial y colonial de Europa, durante el siglo XVII. — Los progresos de la humanidad han sido siempre lentos y graduales. Estamos tan familiarizados con ciertos postulados sobre los cuales descansa hoy el movimiento comercial de las naciones, que nos parece han debido siempre imperar.

No ha sido así, sin embargo.

La política comercial y colonial de Europa durante el siglo XVII, se caracterizó, en todas partes, por el afán desembozado de las conquistas para beneficio exclusivo de la nación que las realizaba.

El Acta de Navegación y el Colbertismo. — Tal lo vemos con claridad meridiana en el "Acta de Navegación" del parlamento de Cronwell, en 1651; y en la obra, bajo más de un aspecto notable empero en alto grado egoísta, realizada en Francia por el primer ministro de Luis XIV, Juan Bautista Colbert, que dió movimiento al sistema conocido en la historia bajo el nombre de colbertismo.

Por el "Acta de Navegación" estableció Inglaterra que los productos de América, Asia, Africa y Oceanía que fuesen llevados a esa nación, deberían serlo por barcos ingleses, en el doble concepto de haber sido construídos en la Gran Bretaña y ser mandados y tripulados por ingleses.

Los barcos de las demás naciones, no podrían llevar a los puertos británicos sino los productos del país a que perteneciesen.

Es posible y aún probable que en esta resolución, haya tenido principio el engrandecimiento de Inglaterra como potencia marítima. Empero a los ojos salta que las ideas que expresa el Acta de Navegación, distan mucho de ser las que se profesan y aplican en la actualidad.

En cuanto al colbertismo, surgió también de la aspiración a las ventajas exclusivas.

El colbertismo fué un sistema económico que no contempló sino el beneficio de la nación que le dió aplicación.

No tuvo más objetivo que el sometimiento del mundo al vasallaje del comercio y las industrias de Francia, propósito que contemplaron, sin duda, con buenos ojos, los nacidos en esta nación; mas no así los perjudicados, que eran todos los no nacidos en ella.

Necesidad histórica del sistema colonial español. — Si España no hubiera encontrado en América las ventajas y beneficios que le reportó el sistema colonial por ella implantado,

es obvio que no se habría preocupado mayormente del continente que, bajo su bandera y merced al concurso de los Reyes Católicos, descubriera Colón.

En este sentido, puede sin duda afirmarse que el referido sistema fué una necesidad histórica.

Sin él, habría carecido de interés para la metrópoli el esfuerzo colonizador y, como menos que ella podrían haberlo tenido las otras naciones, para las cuales la simple posesión de la tierra americana entrañaba un conflicto, nuestra América habría continuado sabe Dios cuánto tiempo, descubierta, empero sumida en la barbarie y el aislamiento.

El contrabando. — España se había reservado el privilegio de proveer a América de cuanto artículo fuese en ella necesario. No la proveía con abundancia ni a precios equitativos y de esto nació el contrabando, consistente en la introducción de mercaderías por barcos que no ponían en regla sus papeles en la casa de contratación de Sevilla, ni abonaban las reales contribuciones, ni se incorporaban a las flotas comerciales periódicas, los cuales barcos desembarcaban su carga sigilosamente unas veces, o sea burlando toda la posible vigilancia de entonces sobre la dilatadísima costa americana, y otras a las barbas mismas de las autoridades, comúnmente accesibles para participaciones en las cuantiosas ganancias de tales operaciones.

No ha de olvidarse que en el primer cuarto del siglo XVII las Antillas Menores habían pasado a poder de Holanda, Inglaterra y Francia, al amparo de la imposibilidad de defenderlas en que se halló España por las guerras que sostenía en Europa. Todas estas islas, más la de Jamaica que en 1655 ocupó Inglaterra, fueron base fortísima para la hostilidad en el mar Caribe, al comercio de España con América, una de cuyas formas era el contrabando. No ha de olvidarse

que hacia el Sur del continente de Colón estaban las costas descubiertas por Portugal, propicias para el comercio contrario a las leyes de la península aun durante los tiempos en que Portugal formó parte de la corona española, porque nunca fué esto una unión o fusión de pueblos sino una simple conjunción temporaria que impuso la fuerza. Y no ha de olvidarse, finalmente, que la política de España en Europa tuvo desaciertos que debían necesariamente serle fatales, como las concesiones para comerciar en América hasta límites determinados (límites que en la práctica era imposible mantener) hechas en tratados internacionales ya a Inglaterra, ya a Francia.

Con todos estos antecedentes, júzguese de la importancia que llegaría a adquirir el contrabando. Formó una corriente comercial subterránea tan poderosa, que concluyó con el sistema de las flotas comerciales de la península, substituído a mediados del siglo XVIII por los "barcos de registro" que pudieron enviar sin las limitaciones anteriores los comerciantes de Cádiz y Sevilla a los puertos de América que juzgaron convenientes.

RESUMEN

El sistema mercantil implantado por España en sus colonias respondió al concepto, general en el siglo XVII, de que las posesiones coloniales de las naciones debían producir para éstas la mayor cantidad posible de dinero. A esta finalidad fué encaminado todo, en la organización económica que creó España para América.

Los territorios españoles de América comprendieron la inmensa extensión que va de los 41º 43' de latitud austral a los 38º de latitud boreal; y al terminar el siglo XVIII tenían la siguiente división política: Virreynato de Méjico, Capitanía General de Guatemala, Virreynato de Nueva Granada, Capitanía General de Venezuela, Virreynato del Perú, Capitanía General de Chile, Virreynato del Río de la Plata y Capitanía General de Cuba.

La autoridad más alta representativa de los Reyes de España, creada por ellos para entender en los asuntos de América, fué el Consejo de Indias. De este tribunal dependían todos los funcionarios actuantes en América y a su fallo supremo estaban libradas, en definitiva, todas las cuestiones de ellos.

Subordinada al Consejo de Indias, empero poseyendo una grande esfera de acción propia, funcionaba la "Casa de Contratación de Sevilla", creada para despachar e inspeccionar las flotas y armadas que hacían el servicio con América y para hacerse cargo de la parte de los beneficios que correspondía a los Reyes, tenerla en depósito e invertirla según las órdenes que se le impartiesen.

Los Virreyes eran los representantes de los monarcas en América. Tenían el cometido de hacer cumplir las disposiciones de la Corona y dictar todas aquellas otras que requiriese el mantenimiento del orden público. Duraban tres años en sus funciones, presidían las audiencias y eran los jefes de las fuerzas de mar y tierra en los territorios de su mando.

Las Audiencias eran el Tribunal que entendía en los pleitos civiles y criminales y también, en sesiones presididas por el Virrey, sobre

materias administrativas y de hacienda. Vacando el Virreynato, asumían el gobierno los Presidentes de las Audiencias.

Para lo comercial existían otros tribunales que tenían el nombre de Consulados. Formábanlos periódicamente los comerciantes mismos, por elección.

Los Cabildos eran la autoridad que intervenía en lo concerniente a la policía y ornato de las ciudades, a las tasas para la contribución fiscal de las industrias y el comercio, a la inspección de cárceles y hospicios y a la moralidad e higiene públicas. Los miembros de los Cabildos duraban dos años en sus funciones y se dividían en "Alcaldes mayores", "alcaldes ordinarios", "regidores", "alféreces", "alcaldes de hermandad", "procuradores" y "alguaciles".

El comercio entre España y América hízose, durante la mayor parte del período colonial, por el sistema de las flotas. Dos de éstas, escoltadas por barcos de guerra salían todos los años de Sevilla para América, una con destino a "Nueva España" (Méjico, de hoy) y otra para "Tierra Firme" (Colombia, Venezuela, Perú, Chile y Río de la Plata). Ambas flotas se dividían en el punto más adecuado de su trayecto para los diversos puertos preferidos de entonces: Santiago de Cuba, San Juan de Ulúa, Margarita, Santa Marta, Cartagena y Portobello. En este último puerto había una feria que coincidía con el amarre y el desamarre de la Flota de "Tierra Firme"; y otra en Veracruz, coincidente con el arribo y la partida de la Flota de Nueva España. Duraban estas ferias cuarenta días, siendo en la monótona vida de aquellos tiempos el suceso periódico de mayor volumen.

Los impuestos eran el de alcabala, sobre los traspasos de la propiedad inmueble; el de papel sellado, para las peticiones ante la autoridad y determinados documentos; el de Consulado, para proporcionar fondos al tribunal de comercio; el de armada, para la defensa de las costas; los de "almojarifazgo", o sea sobre los cargamentos que salían de Sevilla (5 %) y que desembarcaban en América (10 %); y los de "encomiendas" (las concedidas y las que vacaban). Percibía, además, el Fisco el quinto del oro, plata y piedras preciosas que se extraían de las minas; la mitad de los tesoros encontrados en las "huacas" o sepulturas peruanas; la "media anata" o mitad de lo que rentaban el primer año los empleos; y una parte de los diezmos eclesiásticos. Los estancos engrosaban también fuertemente la renta fiscal, teniendo entre ellos importancia mayor los de tabacos y naipes.

El gobierno colonial recaudaba anualmente en América alrededor de cuarenta millones de pesos oro anuales. Las rentas todas de la España europea no se elevaban en la misma época del cálculo anterior (1810) a más de 35 millones de pesos oro. De los cuarenta millones que producía América, treinta íbansele a España en gastos de administración. El beneficio líquido que le quedaba era, pues, de diez millones oro anuales.

Bélgica y Holanda de hoy pertenecieron durante un tiempo a España. Al separarse de esta nación siete de las provincias septentrionales de Flandes que formaron el reino de Holanda, sobrevino una guerra que terminó, con el tratado de Westphalia, por el reconocimiento de la nueva nación. Este hecho, además de sus consecuencia políticas, originó consecuencias comerciales de importancia. Con la guerra, los holandeses se habían hecho fuertes en los mares y se habían apoderado de las islas Molucas, Java, Ceylán, el Cabo de Buena Esperanza y otras posesiones que daban el dominio de la ruta marítima de las Indias. Por las Indias se hacía el comercio de las especies y Holanda llegó a ser la nación poseedora de los mejores marinos y el mayor tonelaje para el transporte marítimo. Impuso, pues, la ley Holanda en el comercio de las especies y lo monopolizó para sí.

La política comercial y colonial de Europa durante el siglo XVII se caracterizó en todas partes por el afán desembozado de las conquistas para beneficio exclusivo de la nación que las realizaba. Tal lo vemos con claridad meridiana en el Acta de Navegación del parlamento de Cronwell, en 1651; y en la obra, bajo más de un aspecto notable empero en alto grado egoísta, realizada en Francia por el primer ministro de Luis XIV, Juan Bautista Colbert. Por el "Acta de Navegación" estableció Inglaterra que los productos de América, Asia, Africa y Oceanía que fuesen llevados a esa nación, deberían serlo por barcos ingleses en el doble concepto de haber sido construídos en la Gran Bretaña y ser mandados y tripulados por ingleses. Y, por lo que toca al Colbertismo, fué un sistema económico que no contempló sino el beneficio de la nación que le dió aplicación.

La necesidad histórica del sistema colonial español se deriva de la necesidad que tenía América de que alguna nación se dedicase a iniciarla en la vida del trabajo y la civilización. Esta nación sólo podía ser España, por cuanto era la poseedora del territorio; y para que España se impusiese el esfuerzo dicho, tenía que sentirse impulsada a él por la perspectiva de alguna ventaja. En este sentido puede sin duda afirmarse que fué una necesidad histórica el sistema colonial español.

El contrabando formó en la Colonia una poderosísima corriente co-

mercial subterránea. Consistía en la introducción de mercaderías por buques que no ponían en regla sus papeles en la Casa de Contratación de Sevilla, ni abonaban las reales contribuciones, ni se incorporaban a las flotas comerciales periódicas, los cuales buques desembarcaban su carga sigilosamente unas veces, o sea burlando toda la posible vigilancia de entonces sobre la dilatadísima costa americana; y otras a las barbas mismas de las autoridades, comúnmente accesibles para participaciones en las cuantiosas ganancias de tales operaciones.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CAPITULO X

LA COLONIZACIÓN DE LOS INGLESES Y LA DE LOS ESPAÑOLES

Organización política, administrativa y social de las colonias españolas y de las colonias inglesas. — La colonización de la América del Norte y la del Centro y Sur, tuvo diferencias claramente perceptibles apenas se estudia el tema.

Estas diferencias comprendieron tanto la organización política, administrativa y social, cuanto las ideas que informaron a los habitantes de unas y otras colonias.

En Norteamérica, desde un principio tuvo participación en el gobierno la población arraigada en ella; en Centro y Sudamérica, no. En Norteamérica, no obstante las exigencias de la Corte de Londres, fundadas en las leyes de privilegio que regían también en Inglaterra, la administración pública consultó y defendió en general los intereses y las aspiraciones de los colonos; en Centro y Sudamérica sucedió lo contrario porque no hubo para la administración colonial española, más intereses atendibles que los de la Corona y la metrópoli. En Norteamérica la división de clases no fué honda, semejando antes bien las colonias, conglomerados de familias unidas por el parentesco o el afecto, y que no estaban unas en la holgura y otras en la estrechez, sino todas en situación económica casi análoga; en Centro y Sudamérica hubo clases sociales separadas por hondas prevenciones y antagonismos.

En cuanto a las ideas, siendo como fueron los primitivos pobladores de Norteamérica perseguidos religiosos, esto es, al par que hombres de fe hombres de lucha, tomaron aquéllas con facilidad los rumbos no trillados o que chocaban con la rutina; mientras que, en Centro y Sudamérica, todo por el contrario había concurrido, y concurrió, desde el descubrimiento, a mantener la quietud mental en quienes la poblaban, predispuestos en su mayor parte a conformarse con cuanto disponía la Corona: o por falta de hábitos de examen y discusión, o por excesivo apego a la tranquilidad imperturbada, o por convicción de la inutilidad de cualquier resistencia ante lo inmenso, entonces, del poder español.

Colonias españolas: quiénes por lo común, las gobernaron. — Dentro de una legislación cuyo objetivo único era obtener de América, para la Corona española, todo el mayor rendimiento posible, el papel de los Virreyes, primera autoridad en estas regiones, no habría podido ser nunca muy eficiente en favor de los pueblos americanos, suponiendo que lo que hubiera dominado en el espíritu de ellos hubiese sido el anhelo de favorecerlos a éstos.

Pero, ¿cómo pudo ser este anhelo más poderoso en los Virreyes que el de quedar bien con el magnate de la metrópoli por cuya influencia obtuvieron el cargo, o con el monarca mismo? ¡Todavía si los Virreyes hubieran gobernado mucho tiempo en las colonias para que se les nombraba! Pero el período de su duración legal y normal era de tres años, insuficientes a todas luces para ligarlos con estos pueblos por el cariño.

Explícase, por lo que antecede, que en la historia colonial formen una verdadera excepción los Virreyes que se preocupaban, en América, de otra cosa que asegurarse un buen retorno a la patria lejana, ya cerrando provechosamente los

ojos a la introducción furtiva de mercaderías en el territorio de su mando, ya sirviendo con celo prometedor de ulteriores compensaciones a los grandes sindicatos comerciales de la metrópoli en cuanto éstos precisaban o pretendían, ya aprovechando en otras formas su posición para salir de pobres.

Las leyes, es verdad, prohibían a los Virreyes adquirir propiedades y les prohibían también comerciar; empero los parientes y más íntimos amigos no estaban inhibidos para esto y por medio de ellos se orillaba la dificultad.

Es también verdad que al terminar su mandato los Virreyes, cualquiera de sus gobernados podía acusarlos ante jueces que venían de España para el llamado juicio de residencia. Mas este juicio, técnicamente muy bien concebido, en la práctica resultaba y resultó siempre una simple fórmula.

Como dice un historiador de nuestros días, doblemente autorizado para las aseveraciones no encomiásticas del régimen colonial por ser español y por residir y escribir en España (1) "formariamos equivocado juicio de la vida política colonial, ateniéndonos sólo para juzgarla a sus leyes y sus códigos. Los documentos de los Archivos, las relaciones de los viajeros y las obras de los historiadores de los siglos XVII y XVIII nos revelan el verdadero estado de las posesiones españolas en el nuevo mundo. Demuestran estas autoridades que no por multiplicarse en aquellas épocas las leyes y las ordenanzas reales, dejaron de cundir en América las mismas inmoralidades, los mismos escándalos, los mismos cohechos y el mismo desbarajuste administrativo que arruinaban a pasos agigantados la metrópoli. Es dificilísimo, si no imposible, juzgar en pocas líneas el gobierno y administración de las colonias españolas en América. No estaban, en general, ni mejor ni peor gobernadas que la llamada madre patria. El

(1) Carlos Navarro Lamarca. "Compendio de la Historia General de América", tomo II, pág. 342 y sig.

fraude, la lentitud e inseguridad de la justicia, la corrupción financiera, la empleomanía y el nepotismo eran vicios comunes a España y América. Aquellos Virreyes que se enriquecían con el contrabando; aquellos Oidores que negociaban descaradamente sus justicias; y aquellos Corregidores de los cuales el más recto era más repeledor que zarza espinosa que cerca el sembrado, en poco o en nada se diferenciaban de los venales exactores, asentistas, ministros y consejeros que pululaban en las corrompidas y decadentes cortes de Carlos II o Felipe IV. En España, como en América, el pueblo, el verdadero pueblo, vivía agobiado por sus gobiernos. Si comparamos la obra de los conquistadores del siglo XVI, individualista, fuerte, autonómica y desvinculada de las letales influencias del oficialismo, con la posterior del Estado español y sus monarcas, aprenderemos una vez más a amar a aquellos estupendos soldados castellanos, hijos genuinos del pueblo español, que a pesar de sus defectos, por ser independientes, caballerescos y viriles, supieron subyugar un mundo; y a aborrecer a los mandatarios despóticos o ineptos, que obedeciendo sólo a sus codicias, ahogaron con pesada losa aquellas brillantes iniciativas democráticas".

Lo que antecede, por lo que concierne a los miembros del alto funcionarismo colonial. En lo que toca al funcionarismo menor y los españoles que en general emigraban a América, gozando siempre en ella de una situación preponderante, el mismo autor que acabamos de citar reconoce que "salvo raras excepciones (virreyes, generales, embajadores, etc.) la alta aristocracia cortesana no salía nunca de España. Los que emigraban a Indias eran hidalgos sin blanca, los caballeros desbaratados, los letrados ambiciosos y los más audaces de los hijos del pueblo".

Clases sociales. — La sociedad colonial de la América es-

pañola estaba dividida en clases separadas por prejuicios y antagonismos profundos y que las componían: los españoles nacidos en España; aquellos que también eran españoles pero habiendo nacido en América y que tomaron poco a poco el nombre de criollos; los descendientes de blancos e indios, que se denominaban mestizos; los descendientes de negros e indios, llamados zambos; los indios puros y los negros esclavos.

Españoles nacidos en España. — En unas partes de América eran llamados "peninsulares" y en otras "chapetones", "gachupines" o "godos". Constituían la clase social superior, usufructuaria invariable de las altas posiciones del gobierno. Formábanla los elementos españoles llegados de Europa, que procedían de familias de linaje, o que se destacaban por su ilustración e inteligencia, o que si bien de origen humilde habíanse abierto camino y hecho fortuna. Caracterizábanse los peninsulares por el orgullo, no habiendo, (salvas las naturales excepciones) dignidad ni honores ni posición de que no se creyesen merecedores por derecho.

Españoles nacidos en América, o criollos. — Los hijos de los altos funcionarios y fuertes comerciantes peninsulares perdían, si nacían en América, la calidad privilegiada de sus padres: españoles europeos. Fueron formando ellos otra clase social, que contando con los mismos realces de la española europea: ascendencia distinguida, fortuna, y buena educación, muchas veces adquirida en la misma metrópoli, no se sometía sin violencia y sin una protesta aunque sorda constante, a la exclusión que le alcanzaba de las distinciones y los cargos públicos.

Descendientes de blancos e indios, o mestizos. — Bastante próximos por la simpatía y la camaradería a la clase de los

españoles nacidos en América o criollos. Criollos también ellos, no tenían con los anteriores sino la diferencia del nacimiento en diverso plano. Muy aptos y resistentes para el trabajo físico, poseían condiciones de llaneza y lealtad en grado tal, que relegaban a término secundario los defectos de la ligereza, de la imprevisión y de la incuria, muy arraigados en ellos también.

Descendientes de negros e indios, o zambos. — Menos vivaces que los descendientes de blancos e indios y más sumisos, humildes y dóciles que éstos.

Indios puros. — Los reales y verdaderos dueños del suelo americano, privados del señorío del mismo por virtud de su infantilidad mental y de su barbarie.

Negros esclavos. — Con los que no rezaron, en la América española, los procedimientos de crueldad que en otros países. El esclavo negro americano, por lo menos y sobre todo el de las actuales repúblicas del Plata, fué un agregado en las familias para los menesteres caseros ínfimos, al cual se le consideraba mucho dentro de los servil de su condición.

Los españoles nacidos en España formaban la aristocracia colonial, comprendiendo la masa general o pueblo todas las otras clases, con la de los nacidos en América, o criollos, a la cabeza.

Los elementos predominantes en esta masa popular fueron denominados de distintas maneras: rotos en Chile, llaneros en Venezuela y Colombia, gauchos en la Argentina, plebes en Lima.

Los indígenas, ante la legislación de la metrópoli. — Juzgando por las leyes que los monarcas españoles dictaron

relacionadas con la población indígena de América, esta población no careció de protección solícita.

Efectivamente. Aunque los indios eran considerados como menores de edad, no pudiendo tratar ni contratar, esto era en evidente beneficio de ellos porque carecían de la capacidad necesaria para comprender lo que les convenía o perjudicaba. Sacados de la barbarie, requeríanse varias generaciones para que su simplicidad dejase ser la de los niños.

Las leyes prohibían además la esclavitud de los indios, estaba discretamente reglamentado por las mismas su trabajo en las "mitas" y no se les podía vender licores bajo severísimas penas.

Hay que decir empero, de estas leyes, lo que de muchas otras del período colonial: que no se cumplían. El monarca y los jueces estaban muy lejos. Cuando llegaban a conocimiento de ellos los abusos, ya éstos, o se habían hecho tan generales que no era posible suprimirlos sino a muy largo plazo; o no cabía penalidad para sus autores, que habían tenido tiempo de llegar a la ancianidad y bajar a la tumba.

Así, pues, con una legislación que teóricamente sólo cabe admirarla por el noble humanitarismo que trasuda, la población indígena de la América española fué vejada y explotada durante la conquista y la colonización.

A la metrópoli corresponde reconocerle, sin embargo, un meritísimo título, en el hecho de no haber procurado ni consentido la destrucción de la raza indígena. Sobre la base de esta destrucción, hubiérasele simplificado inmensamente la obra que había acometido. La conquista española mostróse digna de la civilización traída al mundo por el Cristianismo, no dejándose seducir por dicha tentación de facilidad. Noble y decididamente, buscó la fusión de la raza de que provenía, con la raza americana: la buscó y la produjo.

El proceso de esta labor hubo de ser lento y no pudo

ser fácil. En este sentido, España deja la impresión de haber marchado en retardo.

Lo que la defiende, honrándola, es el no haber extinguido por el hierro ni por el veneno, como otras naciones conquistadoras, a la población aborigen; y el haberse antes bien esforzado para elevarla a ella de la condición inferior en que la encontró, hasta trasvasarla en su sangre hecha otra raza nueva, que está ya concurriendo de manera potente al mejoramiento de los destinos del mundo y que, como impulso de progreso para éste, sabe Dios hasta dónde gravitará en el porvenir.

Educación pública y estado cultural. — La educación pública, puede afirmarse que no existió en la América española hasta la época de Carlos III. Bajo este monarca no existió tampoco la educación pública, en realidad de verdad; pero se tuvo el concepto de ella, pues los Cabildos recibieron orden de fundar escuelas a las que pudieran concurrir, sin que les costase dinero, los niños de las ciudades y campañas.

Antes de Carlos III, la función educacional que no había llenado el Estado, tomáronla espontánea y noblemente a su cargo los conventos. Por ellos y nada más que por ellos hubo en la era aquella educación pública, si bien de programa muy mínimo; y por ellos y nada más que por ellos continuó habiéndola en los tiempos que se subsiguieron, hasta la independencia, por cuanto las órdenes de la Corona a los Cabildos encontraron poco cumplimiento, teniendo sólo la eficacia indirecta de avivar la acción escolar en que ya estaban las congregaciones religiosas.

Que no existiera la educación pública en la América española hasta Carlos III y que bajo Carlos III sólo se tuviera el concepto y no la realidad de ella, no ha de entenderse como significativo de la carencia total de centros o casas de

estudios en el Centro y Sud de América. Faltaba la educación para el pueblo, exceptuada la que se daba desde los conventos; pero no faltaban institutos oficiales de alta cultura: universidades, que diremos.

Había universidades en todos los Virreynatos, y en algunos de ellos más de una. En el Río de la Plata hubo dos y ambas famosas: la Universidad de Charcas y la de Córdoba.

El programa de enseñanza que se impartía en las Universidades americanas, despierta la sonrisa juzgando con el criterio de nuestros días. Sin embargo, es el hecho que con las limitadísimas materias que formaban entonces los cursos, y con la incompletísima educación básica que se puede calcular por lo que ya se ha dicho, se formaron los núcleos de excelentes jurisconsultos, prosistas, oradores, poetas y hombres de Estado que alcanzaron figuración remarcable en los días de la emancipación americana.

Hemos de moderarnos, de consiguiente, en la crítica de la educación en la era colonial, porque se podría reprochar a nuestra época que, contando con recursos incomparablemente superiores, no produzca ni haya producido, en la proporción que le correspondería, hombres del mérito intelectual de los que se destacaron en nuestra América en los dos primeros decenios del siglo XIX, concibiendo y consumando la revolución que nos hizo árbitros exclusivos de nuestra vida y destinos.

¿Necesitaremos decir, después de lo escrito, que el estado cultural general de los pueblos de América fué, durante el coloniaje, de medida escasísima? Las personas que hacían vida intelectual formaban una minoría ínfima, favorecida por el cielo con riquísimos dones, es verdad, empero minoría. El resto de los habitantes de la América hispana, ni leía ni escribía ni pensaba. Vivía para la sola parte material de la

existencia, el alimento y el sueño sobre todo; y esta situación habría sido calamitosa en lo concerniente a la mujer, totalmente abandonada en la educación de aquellos tiempos, si no hubiera compensado la mujer americana la ausencia de los conocimientos de los libros, con una no común perspicacia instintiva, una gran intuición y una solidísima virtud.

La minería, la ganadería, la agricultura y las industrias. — Durante la época colonial, nada recompensó el esfuerzo conquistador de España en la proporción que las minas. No fueron muchas éstas, pero sí de rendimiento muy crecido. Las minas que alcanzaron producción y celebridad mayores, fueron las de Potosí y Guancavelica, en el Perú de entonces; y las de Zacatecas, en Méjico. No hay concordancia completa, en los diversos cálculos hechos sobre el producto obtenido por España de las minas del territorio americano que descubrió y civilizó. Las estadísticas no se llevaban, en aquellos tiempos, como se llevarían en los nuestros. Sin embargo, aun juzgando exagerado el cálculo del barón de Humboldt, según el cual solamente las minas de plata diéronle a España, hasta 1803, 4.851 millones de pesos oro, por esa cifra cabe formarse una idea de la probable producción real.

La ganadería, no cobró desarrollo en la época colonial. Las llanuras americanas viéronse pobladas por mucho ganado, a fines del siglo XVIII; pero era ganado salvaje. Al introducir los conquistadores los primeros ejemplares, pues cuando América fué descubierta, fuera de las llamas del Perú no existían en ella animales domésticos, hiciéronlo, más que nada, para cumplir con las exigencias que contenían las ordenanzas reales sobre el particular. Aquellos primeros animales engendraron otros, que multiplicándose a su vez concluyeron por exceder de las necesidades tan limitadas de las

poblaciones de entonces. Resultado: que crecieron los animales abandonados a la naturaleza virgen, perdiendo como era consiguiente la familiaridad con el hombre. Sólo por el trabajo que demandaba el apoderarse del ganado salvaje, hubiera sido de difícil desarrollo cualquier negocio a base del mismo; mas es que, además, lo único aprovechable, entonces, de las reses, era el cuero, el sebo y a veces la lengua. La carne abandonábase a los buitres y a los perros, de tal suerte abundaba. No existió, así, y no pudo existir la ganadería en la época colonial.

La agricultura fué objeto de un interés algo mayor. No alcanzó propiamente importancia, mas movió brazos y creó una regular corriente de negocios en casi toda la América hispana. En las zonas cálidas de esta sembróse con buen éxito el arroz, el azúcar, el tabaco, el café, cultivándose también el algodón y el añil. En el Perú prosperó bastante la cascarilla y del mismo modo la cochinilla en la América Central. La vid fué también objeto de un cultivo algo intenso en Chile y el Perú, donde llegaron a producirse vinos de excelente calidad.

En el ramo de las industrias, las de tejidos desarrolláronse mucho en el Perú desde tiempos muy remotos, pues ya en 1545 aparece allí la primera fábrica establecida por una cuñada de Francisco Pizarro. A fines del siglo XVIII no bajaban de cuatro mil los telares existentes en territorio peruano, fabricándose en ellos frazadas, manteles, servilletas, alforjas. En Méjico también se produjeron tejidos en la era colonial, sobresaliendo particularmente por este concepto la ciudad de Puebla.

Entre los aciertos de la colonización española, hemos de mencionar el cuidado que puso para que no desapareciesen las aficiones industriales que encontró latentes en América al comenzar ella su obra. Así, por ejemplo, las industrias de la

platería en el Perú y Méjico, que venían allí de épocas muy primitivas y que bajo la era colonial se desarrollaron mucho. Los plateros llegaron a ser en Lima el gremio más poderoso, con la particularidad de estar constituído casi en su totalidad por elemento criollo.

Tuvo además Lima una importante fundición de artiellería en bronce; y Arequipa, otra ciudad peruana, una fundición también importante de campanas.

En el Virreynato de Méjico tomó algún impulso la fabricación de muebles y carruajes y la industria naviera contó en América con tres astilleros: uno en Guayaquil, otro en la Habana y el tercero en el puerto mejicano de San Blas.

No faltó, por último, la explotación, aunque en modesta escala, del aiceite de ballena, los cueros de lobo marino y la carne salada. Una compañía comercial fundada y radicada en Barcelona llegó a poseer cuatro establecimientos para el efecto: una en la isla Gorriti, otro en la de Lobos, otro en Puerto Deseado y el cuarto en las Islas Malvinas.

Todo, obstaculizado por el aislamiento. — Ya sabemos que los habitantes de la América española no podían adquirir sino de España los artículos que necsitaban; y no podían dar salida a lo que producían, sino también por medio de España.

Los comerciantes de Sevilla, hasta 1718, y los de Cádiz, hasta 1763, gozaron del privilegio de la exclusividad para el efecto; privilegio que aprovecharon inmoderadamente, pues cobraban por los artículos que vendían en América el triple o el cuádruple de lo que valían en España y no adquirían ningún producto americano sino malbaratado.

Se adivinará cuán fácil les era obtener esto último, careciendo como craecían de competidores. El interés de un comerciante metropolitano era el de todos ellos, de suerte que

se convenían para los precios ínfimos y no los elevaban por concepto ninguno.

Salta a los ojos el obstáculo que de este régimen surgía para la prosperidad comercial de la América española. Se mantenía en la postración y la inercia a un mundo, al solo efecto de que se enriqueciesen unos cuantos. ¿De qué servía producir en América cereales —supongamos— si ellos sólo podrían enajenarse a un precio que no compensaría ni el costo de la siembra y la recolección? La mezquindad de los comerciantes de Sevilla y de Cádiz llegó muchas veces, en efecto, al extremo que acabamos de enunciar.

Lo dicho de los cereales, corresponde aplicarlo a los demás órdenes del trabajo social.

No valía la pena tener en América sino aquello necesario para la subsistencia personal y la de la propia familia, o lo que en América misma pudiera colocarse que era bien poco, por cuanto lo que tenía un colono podían con facilidad tenerlo todos los demás.

El afán de la Corona, durante todo el período colonial, no parece haber sido otro que mantener a la América que gobernaba en el más completo aislamiento. Así como no podía comerciar América sino con España, no debía tener contactos espirituales sino con lo español. No entraban a la América hispana, sino de manera furtiva, los periódicos y libros de otros países. Con las restricciones de esta especie libróse sin duda a los centro y sudamericanos de la acción deletérea de muchos escritos positiva y rematadamente malos. Empero la prohibición en bloque de lo extranjero, solamente por ser extranjero, excedía evidentemente de los propósitos de saneamiento moral.

¿Cómo extrañar, sin embargo, que estuviesen cerradas las puertas de América hispana para los periódicos y libros no españoles, si las leyes consideraban como un enemigo a todo

extranjero? Estaba prohibido a los extranjeros establecerse en América; los que lo hacían tenían encima la espada de Damocles del mandato de la ley de deportarlos en el menor tiempo posible, a ellos y a sus familias; y si, a pesar de todo, establecíanse extranjeros en América y llegaban a poseer bienes, ellos, a su muerte, confiscábanse en beneficio de los monarcas. Sólo se salvaban de los antecedentes rigores, los extranjeros que obtenían permiso de residencia o carta de naturalización, para lo que se requería contasen con dinero, pues eran gracias costosas, y además, con altos protectores en la metrópoli.

Se explica, pues, que un célebre naturalista, Humboldt, en cinco años de viajes por Méjico sólo encontrara un alemán; que de un censo de Chile, hecho en 1809, resultase que en todo el territorio ese no había sino ochenta extranjeros; y que abundasen en América las gentes originarias de ella, para las cuales fuese difícil concebir la existencia de europeos que no hablaran español.

A la legislación de la Corona, visible y tenazmente encaminada a mantener el aislamiento de América, ha de añadirse la inmensidad territorial de ella, que de suyo aislaba, por la escasez de medios de movilidad y la falta de caminos; y ha de añadirse también lo limitado del número de sus puertos. Para aumentarlos a éstos, habría sido menester que se dejara sentir la acción de la Corona en obras que corrigiesen a la naturaleza; y ya hemos visto que la Corona, si hubiera podido, habría hecho que fuesen menos de lo que eran los puntos de acceso a los territorios americanos.

El gobierno español desconfió siempre de la fidelidad de sus colonias de América, si progresaban y si se ilustraban. Con su política de puertas cerradas, creyó conjurar el aludido peligro y no hizo sino aumentarlo. En efecto. La América española, bien satisfecha en sus necesidades, no habría sentido

la aspiración de la independencia con la vehemencia de que dió pruebas en los comienzos del siglo XIX. Pero, condenada por el aislamiento a la pobreza perenne, vióse empujada, aun por el instinto, hacia la ruptura de los lazos que la ligaban con la España descubridora y conquistadora.

La situación de los criollos. — De la situación de los criollos de la América española en la era colonial, puede juzgarse por los datos siguientes: sólo hubo cuatro virreyes americanos, sobre 170 que han sido los que la Corona nombró; sólo hubo 14 capitanes generales de provincia, sobre 602; y sólo fueron 105, sobre 706, los obispos americanos.

¿Por qué la preferencia que las anteriores línea revelan de los nacidos en España? ¿No eran igualmente españoles los nacidos en la extensión territorial de América que pertenecía a España? Habiendo, entre estos últimos, elementos preparados para los altos destinos, debían más bien haber sido los preferidos, ya que tenían que conocer mejor que los de afuera las necesidades americanas y las maneras de satisfacerlas.

Que había americanos preparados para cualquier función pública de responsabilidad, demostrólo hasta la evidencia el hecho de que pudieran improvisarse los gobiernos de la revolución y organizarse administrativamente de nuevo, de arriba a abajo, toda la América española.

Se prefirió, pues, a los nacidos en España porque, si bien las leyes prescribían la igualdad entre europeos y americanos al efecto de la provisión de los cargos públicos, esa igualdad fué, en la práctica, sencillamente irrisoria. El concepto de superioridad del europeo sobre el americano, profesáronlo la generalidad de los hombres de la metrópoli de todas las capas sociales. América y los americanos, para esos hombres, estaban y debían de estar en minoría de edad, mientras España, la dueña legítima del territorio, no desapareciera

del mapa político del orbe; y mientras existiese sobre el haz de la tierra un español europeo.

Como se comprenderá, la situación que de aquí fluye no podía ser grata para los americanos. No se veían inferiores en nada a los europeos que les enviaba la metrópoli como Virreyes, como capitanes generales, como oidores, etc.; muy a menudo sentíanse superiores a ellos, pues que poseyendo su misma ilustre cuna, fortuna o talento o cultura no tenían sus defectos, debilidades o pasiones: ¡y eran los invariables segundones, los eternos pospuestos!

Así se inició el siglo XIX en la América española: con la clase principal de los nacidos en ella, persuadida de hallarse en una condición de absurdo sistema comercial y de injusta desigualdad ciudadana; y recibiendo, por medio de esta clase, el correspondiente fermento de una resistencia intensa aunque sorda, todas las demás clases sociales del país, de que eran en cierto modo dirigentes los criollos distinguidos.

Colonias inglesas: los grupos en que se dividieron. — Las colonias inglesas de la América del Norte desenvolviéronse bajo la dependencia, unas, de la Corona de Inglaterra; y otras, de las personas o de las corporaciones y compañías a quienes esa misma Corona las otorgó en concesión.

Promediado el siglo XVIII, pertenecían al primer grupo, o sea al de las dependientes de la Corona, las colonias de Nueva York, Hamshire, Nueva Jersey, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur, y Georgia. Al segundo grupo, el de las colonias dependientes de concesionarios particulares, pertenecían la de Maryland, propiedad de la familia de Lord Baltimore; y las de Pensylvania y Delaware, propiedad de la familia de William Penn. Y al tercer grupo, el de las dependientes de corporaciones o compañías, pertenecían las de Connecticut, Rhode Island y Massachusset.

La condición moral de los que poblaron las Colonias inglesas. — Los colonizadores de la América del Norte, no emigraron a ella por espíritu de aventura. Fueron hombres sencillos de trabajo, que sólo buscaban un rincón tranquilo donde pasar la vida.

Motivos de religión, habían desatado contra ellos en su patria la persecución. Ellos amaban a Inglaterra, pero amaban también a su fe. No queriendo renunciar ni a la patria en que nacieran ni a su religión, que como emanada del Evangelio cristiano dábales fortaleza al mismo tiempo que austeridad, alzaron los brazos al cielo, agradecidos y jubilosos, desde el momento que vieron abierto para ellos el territorio norteamericano. La distancia y la despoblación, lejos de retraerlos, estimularon su decisión. Comprendían ellos que sólo estando muy distantes de Inglaterra podrían no chocar con los sentimientos allí dominantes y que únicamente formando una sociedad enteramente nueva podrían infundirle el espíritu de la religión que profesaban con no superable ardor.

¿Para qué anhelaban un lugar apartado y desierto, los ingleses que poblaron a Norte América? Para santificar a Dios por medio del trabajo y vivir la vida de la ley bíblica. No fué, pues, la sed de nombradía, no fué la avidez del enriquecimiento el acicate que tuvieron. Fué el acicate, la aspiración de la quietud y el amor por un orden social, en el que las creencias íntimas no recibieran hostilidad ni menosprecio.

Hombres de familia los pobladores de Norte América, y que no conocían la molicie, fueron de una condición moral perfectamente adecuada para formar la sociedad fuerte, honesta y laboriosa que formaron.

Participación en el gobierno. — Tuvieron las colonias inglesas, como carta fundamental de gobierno, ciertos reglamentos dictados por la Corona de Inglaterra en que se cons-

tituían para ellas dos poderes, uno Ejecutivo y otro deliberativo y legislativo.

El Poder Ejecutivo debía desempeñarlo un funcionario nombrado por la Corona, o por la persona, corporación o compañía concesionaria de la Colonia. El Poder Legislativo se componía de dos asambleas o cámaras: una, formada por un cuerpo asesor o "Consejo Auxiliar" del gobernador, cuerpo que nombraban la Corona o la persona, o la corporación o compañía a quien ésta había cedido su autoridad; y la otra asamblea o cámara, formada por representantes de los hombres libres de las Colonias; esto es, representantes de la población toda de ellas, excluídos los esclavos.

La especie de carta fundamental a que nos referimos, no había surgido en un día: habíase formado lentamente, de conformidad a lo que los primitivos pobladores de las colonias inglesas fueron proponiendo a sus monarcas con el correr del tiempo, y éstos aceptaron por juzgarlo bueno y no opuesto a las normas que regían en Inglaterra.

Los colonos ingleses, desde un principio, habían querido y reclamado un derecho de intervención en el manejo de sus intereses; empero ello sin desconocer en lo más mínimo los respetos y la subordinación que, como ciudadanos del Reino Unido, debían a la Corona de Inglaterra.

Por eso, si habían gestionado y obtenido el derecho de dictar las leyes y ordenanzas que les aconsejasen sus necesidades, habíanse también apresurado a dejar en reserva de la Corona el derecho de ella para rever y anular dichas leyes y ordenanzas, mediante el veto de las mismas que podía oponerle el representante legal de la metrópoli.

En el fondo de estas normas de gobierno asoma, sin embargo, un concepto bien visible de suficiencia para el propio manejo; y este concepto hubo de afirmarse aún mayormente en las Colonias de Connecticut, Rhode Island y Massa-

chusset, por la circunstancia de que las corporaciones o compañías que las obtuvieran en concesión, no ejercitaron los derechos de nombramiento del gobernador y su Consejo Auxiliar, pasando con este motivo a ser formadas sus autoridades todas por elección popular.

Elementos étnicos. — Compusiéronse las colonias inglesas de los siguientes elementos:

Ingleses nacidos en Europa, ingleses nacidos en las colonias mismas, negros esclavos e indios pieles rojas.

Ingleses nacidos en Europa. — Pocos en cantidad, con respecto a la restante población, desde que desapareciera la generación de los primeros emigrantes a Norte América. Al reducido número de los ingleses nacidos en Europa, ha de agregarse que no primaban en los puestos públicos, por cuanto el gobernador que nombraba la Corona no disponía a voluntad de los empleos, sino que la provisión de ellos estaba distribuída entre las diversas entidades, todas con representación de hijos del país, que formaban el organismo administrativo.

Ingleses nacidos en las colonias. — Formaban el mayor número. Entre ellos había que buscar a las personas de influencia y relieve más acentuados, excepción hecha del gobernador de cada Colonia, que era generalmente inglés de la metrópoli.

Negros esclavos. — Muy numerosos en las colonias del Sur y tratados en ellas con suma dureza.

Indios pieles rojas. — Sólo computables, como elemento componente de la población de las colonias inglesas, en las primeras décadas de la existencia de ellas. Después, por los motivos que más adelante se enunciarán, desaparecieron.

Orientación cultural. — En las colonias inglesas no faltó la escuela pública desde que existieron en ellas centros de población algo densa. Con el crecimiento de estos centros marchó paralelo el de la educación, siguiendo a las escuelas primarias los colegios de segunda enseñanza, que llamaremos, y las universidades.

Cupo el papel más destacado en la implantación y el fomento de la educación pública, a las colonias de Massachusset y Maryland. Antes de mediar el siglo XVII habíase establecido en ellas el sistema de la educación obligatoria y gratuíta, lo cual sucedió también no mucho tiempo después en las demás colonias.

El empeño que se ponía a fin de extender la educación, puede apreciarse por la parte siguiente de un decreto de aquella época: "decretamos bajo pena de multa que todo distrito de cincuenta casas establecerá una escuela pública en que se enseñará a leer y escribir y que toda ciudad de cien casas establecerá una escuela de gramática para preparar los jóvenes a la universidad".

Las colonias inglesas tuvieron la imprenta en 1638. En 1639 apareció en ellas el primer libro.

Tras de los libros surgieron, como tenía que ser, los periódicos. En la primera mitad del siglo XVIII casi no quedaba una ciudad de las colonias inglesas que no tuviera su publicación periódica, muchas de ellas diarias, cual ocurría en Boston y Nueva York.

Orientación institucional. — De lo que hemos ya dicho sobre la organización administrativa de las colonias inglesas, se desprende la orientación institucional en que ellas nacieron y se desarrollaron. Fué una orientación de amplia libertad política.

Tenían un monarca las colonias inglesas y un represen-

tante del monarca que retenía las funciones ejecutivas del gobierno más elevadas. Pero, más que otra cosa, era solamente el monarca el lazo de recuerdo con la patria distante de los fundadores de las colonias inglesas. Ese monarca no las gobernaba a ellas ni su representante tampoco. Uno y otro venían sólo a ser la prolongación sobre América de fórmulas tradicionales en el viejo mundo para la sanción legalizadora de los actos de gobierno.

¿Qué resolvía y mandaba el rey de Inglaterra, cuando suscribía algún rescripto relacionado con sus colonias americanas? Lo que éstas le habían propuesto con anterioridad, formal y oficialmente, o mediante insinuaciones discretas que le habían llevado transmisores fieles. ¿Y qué resolvía y mandaba el gobernador que para las colonias nombraba la Corona? Lo que previamente acordaban los dos cuerpos colegiados en que residía la facultad de legislar, uno de los cuales componíase exclusivamente de hijos de las colonias mismas.

Los pobladores de las colonias inglesas escribieron con los primeros actos de su constitución en organismo social, su voluntad de ser ingleses empero manejándose por sí mismos. Habiendo hecho siempre esto último cual lo hicieron, puesto que la historia colonial de Norte América no consigna un solo avance de los gobernadores sin consignar a la vez la resistencia al mismo hasta dejarlo contenido, puede decirse que las colonias inglesas tuvieron, desde que se formaron, la orientación de sus instituciones actuales, emanadas de la democracia y fundadas sobre los principios de la igualdad y la libertad.

Desarrollo comercial e industrial. — La producción de las colonias inglesas se particularizó en un comienzo con el trigo y el maíz, que daba muy bien en todas sus tierras; empero, a medida que transcurrió el tiempo, fueron encontrándose cultivos convenientes de manera especial para la climatología de cada región y adoptándose ellos.

Así, las colonias de Maryland, y en general las del Sur, se dedicaron con gran resultado a producir el tabaco, las de Virginia el algodón, las del norte en general el cáñamo y el lino y las meridionales el arroz.

Esta producción, no obstante su variedad, habría carecido de potencia para operar un amplio desarrollo comercial e industrial de las colonias inglesas, si la metrópoli hubiera aplicado a éstas la legislación restrictiva que tenía en vigor, como todas las naciones europeas del siglo XVII y parte del XVIII.

Inglaterra, por absorberla otras atenciones o deliberadamente y a designio, toleró durante gran número de años que la legislación a que aludimos fuese letra muerta respecto de sus colonias de Norte América. Esta tolerancia salvó la prosperidad de las colonias inglesas, porque colocando éstas su producción cómo y dónde les parecía mejor, consiguieron que les diese utilidades en alto grado remuneradoras, que fueron fortísimo impulso para el mayor producir. Las colonias inglesas vieron con esto aumentarse su riqueza, como se puede suponer; y su población, de tal suerte, que hacia la primera mitad del siglo XVIII no bajaba ella de dos millones de almas.

La metrópoli no guardó siempre la actitud en que la hemos visto, de tolerancia del libre comercio de sus colonias; mas cuando pretendió los privilegios que le concedían las leyes que regían, por una parte, no consiguió sino muy parcialmente hacerse obedecer y, por la otra, ya el desarrollo comercial e industrial de Norte América estaba producido.

Lo que fué la suerte de los colonos ingleses. — La suerte de los colonos ingleses estuvo en lo que para algunos de ellos cobró todos los aspectos de la desgracia. En efecto. La búsqueda de minas de oro, de plata, de cobre, de cualquier cosa,

no dejó de hacerse en las colonias inglesas; empero siempre con resultado infructuoso.

Las regiones mineras del Perú y de Méjico, en la América española, fueron con ese motivo muy envidiadas. ¡Oh, si en la América del Norte ocurriera lo mismo! Esta exclamación fué de las más corrientes, entonces, entre los pobladores de la América britana.

La verdad, sin embargo, era muy otra. Por no haber hallado los colonos ingleses las fáciles riquezas mineras dedicáronse, con el ahinco de los que no esperan el éxito sino de sí mismos, a la obtención del bienestar, primero, por las vías de la agricultura, luego de la ganadería y, por último, de las industrias.

Hubieran tenido minas, y la corriente común del esfuerzo de las colonias inglesas habría tomado ese rumbo, tardando el largo tiempo que tardaron otras en orientarse por el camino que conduce a la única prosperidad que, una vez conseguida, no tiene fin.

Aquello en que los colonos ingleses fallaron. — En lo que fallaron los colonos ingleses, fué en el trato que dieron a los indios de los territorios en que se establecieron.

Como si no tuvieran la menor obligación para con ellos; ni de compensación retributiva por lo que les arrebataban —su heredad— ni de humanitarismo, sólo se preocuparon de exterminarlos. ¡Y a qué extremos no llegaron, en esto, los colonos ingleses! Horroriza consignarlo: hasta se valieron de la propagación de enfermedades contagiosas entre los indígenas, a fin de hacer disminuir el número de ellos. ¿Para qué agregar que apenas los colonos ingleses conocieron la afición por el alcohol que sentían los indios, se la fomentaron en vez de combatirla? A todo lo cual añadieron las matanzas sin cuartel, dondequiera que una lucha dió para ellas lugar o pretexto.

Explícase, de esta suerte, que mientras en la América española hay hoy mismo tribus de indios a los que se procura reducir, educar e iniciarlas en el trabajo, además de una población numerosa que en rasgos inconfundibles tiene estampado el sello de la ascendencia aborigen, en la América del Norte no hay otra cosa que el recuerdo de que en tiempos remotos hubo por allí una raza bárbara, que desapareció sin mezclarse con el elemento blanco y civilizado que la substituyó.

La colonización inglesa se ahorró sin duda, con la destrucción del indígena, una labor penosa y difícil: la de la transformación, necesariamente ardua y forzosamente lenta, de las tribus salvajes en elemento de orden y de progreso.

Pero esta ventaja material supone un borrón moral, del que debíamos dejar constancia sin ambajes, porque en nuestro carácter de historiadores fieles no lo podíamos callar ni atenuar.

El progreso en las colonias españolas y las inglesas. — No hay comparación posible entre el progreso que alcanzaron las colonias inglesas y las españolas.

A fines del siglo XVII ya poseían, las primeras, doscientos mil habitantes y, a fines del siglo XVIII, esta población no bajaba de los dos millones.

Por lo que concierne al movimiento comercial de Norte América, dedúzcasele del siguiente detalle: el comercio de las solas colonias de Massachusset empleaba, a fines del siglo XVII, setecientas cincuenta naves.

Diferentes resultados del sistema colonial. — En Centro y Sud América, en tanto, ni obtenía la población un crecimiento apreciable ni se observaban adelantos comerciales o industriales, como no fuera cada medio siglo.

Causas. — Entre las causas principales del diferente resultado de la colonización inglesa y la española, ha de anotarse, sin género de duda, la distinta condición de los elementos europeos llegados a entrambas Américas. En los de la América española predominaron los guerreros y en los de la inglesa, ya lo hemos dicho, los hombres sencillos de trabajo, con hogar formado. ¿Qué buscan preferentemente los guerreros? Los combates. ¿Qué los hombres de trabajo? Orden y sosiego. A esta diferente condición, correspondieron los distintos resultados. La historia colonial de la América española es militar, principalmente; la de la América inglesa, económicopolítica. En la una abundan los hechos hazañosos realizados por uno, por varios o por muchos hombres; en la otra, lo que abunda, es la labor metódica y tranquila, que no da lustre, pero que da bienestar y prosperidad.

Otra causa fué seguramente, y ya también lo hemos hecho notar, la no aplicación en las colonias inglesas, durante más de un siglo, de las leyes comerciales de exclusivismo preferencial que, al igual de todas las naciones, tenía Inglaterra en esa época.

Debió también concurrir a la diferencia que nos señala la historia entre los resultados de la colonización española y la inglesa, la participación importante que, apenas afirmados en el suelo de Norte América, alcanzaron sus pobladores europeos en el manejo de los intereses que les concernían. Por de pronto, suprimió esto un antagonismo, de efectos necesariamente perjudiciales, entre los colonos nacidos en Europa y los nacidos en América. Luego, evitó que se implantasen prácticas y que se creasen corrientes de intereses contrarias a las transformaciones que traería consigo el tiempo, como las trajo al sobrevenir la independencia.

Por esta afortunada inexistencia de prácticas y corrientes como las aludidas, la ruptura de las colonias inglesas con

Inglaterra, y su inmediato ingreso en el gobierno propio, fueron una transición suave, sin otros inconvenientes que los propios de las conquistas que es indispensable hacerlas apoyar por las armas. Apenas sobrevino la independencia en Norte América, tuvo ésta la soberanía democrática que anhelaba y para que estaba preparada.

Mientras que, al producirse la ruptura de la América del Sur con España, no sólo fueron incomparablemente superiores los obstáculos que la independencia encontró, sino que el gobierno propio no pudo generar el orden y el progreso hasta después de cruentas luchas en que los pueblos sudamericanos se despedazaron, debiendo así adquirir dolorosamente la familiarización que les faltaba con las instituciones igualitarias a base de la libertad.

El comercio colonial durante el siglo XVIII. — En las colonias inglesas el comercio colonial se desenvolvió sin cortapisas hasta el gobierno de Cronwell, en que pretendió Inglaterra se le reconociera la preferencia que le correspondía por su legislación. Las exigencias éstas sólo fueron satisfechas en parte y la solución definitiva del asunto quedó aplazada para tiempos posteriores en que la veremos resurgir.

En la América española, el comercio colonial se mantuvo coartado por el monopolio durante todo el siglo XVII.

La primera reforma de resonancia, si bien no esencial, que se produjo en este régimen pertenece al siglo XVIII. Nos referimos al decreto que en 1718 dictó Felipe V cambiando de Sevilla a Cádiz el asiento del monopolio. Hemos calificado a esta reforma de no esencial, por cuanto para América daba lo mismo que el régimen económico que la impedía crecer, tuviera en una u otra ciudad su principal centro de operaciones. Lo que le hubiera interesado habría sido que dicho régimen desapareciese y tal cosa, entonces, ni siquiera se concebía como posible.

Perteneció también al siglo XVIII otra reforma que sobrevino y cuyos efectos debían de ser importantes. Fué la resolución que adoptó Carlos III, entre los años 1765 y 1773, concediendo a las colonias españolas la libertad de comerciar entre sí con cualquier puerto de España. Abrió esta medida la primera puerta para la abrogación, que vendría con el tiempo, del régimen económico colonial.

Decadencia de España: guerra de sucesión. — El rango de primera potencia de Europa a que fuera llevada España por Carlos V y en que la supo mantener, ganándole todavía nuevos lauros, Felipe II, perdiólo de la manera más lastimosa bajo los monarcas que se subsiguieron. Al descenso de calidades que se observó en Felipe III y que aumentó en Felipe IV, correspondió una política de la monarquía ibérica pródiga en aturdimientos e imprudencias. Embarcada España, como consecuencia de esta política, en una guerra con Francia y otras naciones, no cosechó sino contrastes que se tradujeron para ella en graves dificultades económicas y la pérdida de Portugal, las colonias lusitanas, el Rosellón, el Artois, el Franco Condado y los Flandes Septentrionales.

España, debilitada al punto que se ve, dejó de inspirar miedo y aun respeto. En esto, más que en otra cosa, ha de buscarse la explicación de la tentativa que hizo Leopoldo I de Alemania, con ayuda de poderosos factores de la política europeo en aquel entonces, para arrebatar la corona de España a Felipe V de Borbón.

La guerra que se subsiguió duró casi tres lustros, terminando con los tratados de Utrecht y Rastadt, por virtud de los cuales Felipe V quedó reconocido como rey de España y de las Indias, renunciando a los derechos que tenía al trono de Francia. El Emperador de esta nación tomó posesión de la parte de los Países Bajos que restaba en poder de España y,

además, de Milán, Nápoles y Cerdeña. El duque de Saboya recibió el título de Rey y se anexionó la isla de Sicilia, trocada más tarde por la de Cerdeña. Inglaterra quedó dueña de Menorca, de Gibraltar y de la Acadia, cerca de la desembocadura del San Lorenzo, en Norte América, convirtiéndose por todo ello en la primera potencia de Europa.

RESUMEN

La colonización de la América del Norte y la del Centro y Sur, tuvo diferencias claramente perceptibles apenas se estudia el tema. Estas diferencias comprendieron tanto la organización política, administrativa y social, cuanto las ideas que informaron a los habitantes de unas y otras colonias.

En la historia colonial de la América española, forman una verdadera excepción los Virreyes que se preocuparon de otra cosa que asegurarse un buen retorno a la patria lejana, aprovechando su posición para salir de pobres. Nos formaríamos equivocado juicio de la vida política colonial ateniéndonos sólo, para juzgarla, a sus leyes y a sus códigos. Los documentos de los archivos, las relaciones de los viajeros y las obras de los historiadores de los siglos XVII y XVIII nos revelan el verdadero estado de las posesiones españolas en el nuevo mundo. Demuestran estos testimonios que no por multiplicarse en aquellas épocas las leyes y las ordenanzas reales, dejaron de cundir en América las mismas inmoralidades, los mismos cohechos y el mismo desbarajuste administrativo que arruinaban a pasos agigantados la metrópoli. Si comparamos la obra de los conquistadores del siglo XVI, individualista, fuerte, autonómica y desvinculada de las letales influencias del oficialismo, con la posterior del Estado español y sus monarcas, aprenderemos una vez más a amar a aquellos estupendos soldados castellanos, hijos genuinos del pueblo español, que a pesar de sus defectos, por ser independientes, caballerescos y viriles, supieron subyugar un mundo; y a aborrecer a los mandatarios despóticos e ineptos, que obedeciendo sólo a sus codicias, ahogaron con pesada losa aquellas brillantes iniciativas democráticas.

La sociedad colonial de la América española componíanla: 1º los españoles nacidos en España, que eran llamados en unas partes chapetones y en otras peninsulares, gachupines o godos; 2º aquellos que también eran españoles pero habiendo nacido en América y que tomaron poco a poco el nombre de criollos; 3º los descendientes de blancos o indios, que se denominaban mestizos; 4º los descendientes de negros e indios, llamados zam-

bos; 5º los indios puros y 6º los negros esclavos. Los españoles nacidos en España formaban la aristocracia colonial. Todas las otras clases, con la de los nacidos en América o criollos a la cabeza, formaban la masa general o pueblo. Los elementos predominantes numéricamente en esta masa popular eran llamados "rotos" en Chile, "llaneros" en Venezuela y Colombia, "gauchos" en la Argentina, "plebes" en Lima.

Hubo en la América española una legislación protectora de los indios que no cabe sino admirarla. Hay que decir, empero, de estas leyes lo que de muchas otras del período colonial: que no se cumplían, habiendo sido a pesar de ellas, la población indígena, vejada y explotada durante la conquista y la colonización.

La educación pública no existió en la Colonia. La función ésta, no llenada por el Estado, tomáronla espontánea y noblemente a su cargo los conventos. Hubo empero en la Colonia institutos oficiales de alta cultura: universidades, que diremos. Había universidades en todos los Virreynatos y en algunos de ellos más de una. En el Río de la Plata hubo dos y ambas famosas: la universidad de Charcas y la de Córdoba.

Las minas que se descubrieron y explotaron en la era colonial, no fueron muchas; pero sí de rendimiento muy crecido. Alcanzaron la mayor producción y la mayor celebridad, las de Potosí y Guancavelica, en el Perú, y las de Zacatecas, en Méjico. Según un cálculo del barón de Humboldt, solamente las minas de plata diéronle a España, hasta 1803, 4.851 millones de pesos oro.

La ganadería no existió en la Colonia. No pudo existir, puesto que lo único aprovechable, en aquella época, de las reses, era el cuero, el sebo y a veces la lengua. La carne abandonábase a los buitres y a los perros, de tal suerte sobrepasaba la existencia a las demanda. El sistema económico, que imposibilitaba la exportación, hacía lo demás.

La agricultura fué objeto de un interés algo mayor. No alcanzó propiamente importancia, mas movió brazos y creó una regular corriente de negocios en casi toda la América hispana.

En el ramo de las industrias, desarrolláronse mucho las de tejidos y las de platería en el Perú y Méjico. Tuvieron además: Lima, una importante fundición de artillería en bronce; Arequipa, una fundición de campanas; Méjico, algunas fábricas de muebles y carruajes; y Guayaquil, La Habana y San Blas, un astillero cada una. Aunque en modesta escala explotándose también el aceite de ballena, los cueros de lobo marino y la carne salada.

Se explica que no crecieran más ni la ganadería ni la agricultura ni las industrias, por cuanto la América española no podía adquirir sino de España los artículos que necesitaba y no podía dar salida a lo que producía sino también por medio de España. Los comerciantes de Sevilla, hasta 1718, y los de Cádiz, hasta 1763, gozaron del privilegio de la exclusividad para el efecto, privilegio del que se aprovecharon inmoderadamente, pues cobraban por los artículos que vendían en América el triple o el cuádruple de lo que valían en España y no adquirían ningún producto americano sino malbaratado.

La situación de los criollos de la América española en la era colonial, puede juzgarse por los datos siguientes: sólo hubo 4 virreyes americanos sobre 170 que han sido los que la Corona nombró; sólo hubo 14 capitanes generales de provincia, sobre 602; y sólo fueron 105, sobre 706, los obispos americanos. No se veían inferiores en nada a los europeos que los enviaba la metrópoli como Virreyes, como capitanes generales, como Oidores, etc.; muy a menudo sentíanse superiores a ellos, pues que poseyendo su misma ilustre cuna, fortuna o talento o cultura, no tenían sus defectos, debilidades o pasiones: y eran los invariables segundones, los eternos pospuestos.

Las colonias inglesas de la América del Norte desenvolviéronse bajo la dependencia, unas, de la Corona de Inglaterra; y otras, de las personas ó de las corporaciones y compañías a quienes esa misma Corona las otorgó en concesión. Los colonizadores de la América del Norte no emigraron a ella por espíritu de aventura. Fueron hombres sencillos de trabajo que sólo buscaban un rincón tranquilo donde pasar la vida; y hombres de familia que no conocían la molicie; hombres de una condición moral, por consiguiente, perfectamente adecuada para formar la sociedad fuerte, honesta y laboriosa que formaron.

Tuvieron las colonias inglesas desde un principio orientado su gobierno en el rumbo de una cierta representación popular. El representante de la Corona o de la corporación o persona en quien ésta había delegado su autoridad, tenía dos cuerpos constituídos para dar las leyes y determinar los impuestos. Uno de estos cuerpos nombrábalo la Corona o quien legalmente la substituía. El otro era formado por representantes de los hombres libres de las Colonias; esto es, por representantes de la población toda de ellas, excluídos los esclavos.

Compusiéronse las colonias inglesas de los siguientes elementos: ingleses nacidos en Europa, pocos en cantidad desde que desapareció la

generación de los primeros emigrantes: ingleses nacidos en las colonias mismas, que eran los más y los más influyentes; negros esclavos, muy numerosos en las colonias del Sur y tratados en ellas con suma dureza; e indios pieles rojas, sólo computables como elemento componente de la población de las colonias inglesas, en las primeras décadas de la existencia de ellas.

Antes del siglo XVII habíase establecido en las colonias de Massachusset y Maryland el sistema de la educación obligatoria y gratuita, lo cual sucedió también no mucho tiempo después en las demás colonias. Las colonias inglesas tuvieron la imprenta en 1638. En 1639 apareció en ellas el primer libro. Tras de los libros surgieron, como tenía que ser, los periódicos. En la primera mitad del siglo XVIII casi no quedaba una ciudad de las colonias inglesas que no tuviese su publicación periódica, muchas de ellas diarias cual ocurría en Boston y Nueva York.

Los pobladores de las colonias inglesas escribieron con los primeros actos de su constitución en organismo social, su voluntad de ser ingleses empero manejándose por sí mismos. Habiendo hecho siempre esto último, cual lo hicieron, puesto que la historia colonial de Norte América no consigna un solo avance de los gobernadores sin consignar a la vez la resistencia al mismo hasta dejarlo contenido, puede decirse que las colonias inglesas tuvieron desde que se formaron la orientación de sus instituciones actuales, emanadas de la democracia y fundadas sobre los principios de la igualdad y la libertad.

La producción de las colonias inglesas se particularizó en un comienzo con el trigo y el maíz, que daba muy bien en todas esas tierras; empero, a medida que transcurrió el tiempo, fueron encontrándose cultivos convenientes de manera especial para la climatología de cada región y adoptándose ellos. Así, las colonias de Maryland y en general las del Sur se dedicaron con gran resultado a producir el tabaco, las de Virginia el algodón, las del Norte en general el cáñamo y el lino y las meridionales el arroz. Como las colonias inglesas colocaban esta producción cómo y dónde les parecía mejor, consiguieron que les diera utilidades en alto grado remuneradoras, que fueron fortísimo impulso para el mayor producir. Las colonias inglesas vieron con esto aumentar su riqueza, como se puede suponer; y su población, de tal suerte, que hácia la primera mitad del siglo XVIII no bajaba ella de los dos millones de almas.

La suerte de los colonos ingleses estuvo en no haber encontrado minas porque, merced a esto, que pareció entonces una desgracia, buscaron esos

colonos el bienestar en el cultivo de los productos de la tierra, sin desviación ni retardo ningunos; y su falla fué el trato que dieron a la población indígena, no parando hasta exterminarla.

No hay comparación posible entre el progreso que alcanzaron las colonias inglesas y las españolas. Mientras las primeras se desarrollaron en prosperidad sorprendente, las últimas tuvieron un crecimiento lentísimo. Entre las causas de este diferente resultado han de anotarse: la distinta condición de los elementos europeos llegados a entrambas Américas, guerreros los unos, simples trabajadores los otros; la facilidad que tuvieron los colonos ingleses para comerciar libremente; y la participación que se les concedió en el manejo de sus intereses.

El comercio colonial se desenvolvió sin cortapisas, en las colonias inglesas, hasta el gobierno de Cronwell; y bajo el monopolio en las colonias españolas. Cronwell quiso establecer privilegios para la metrópoli inglesa, consiguiéndolo únicamente en pequeña medida. En cuanto a la América española, sólo hubo dos reformas, y ambas del siglo XVIII, en el régimen comercial de puertas cerradas a que se hallaba sometida: la que cambió en 1718 de Sevilla a Cádiz el asiento del monopolio; y la que concedió a las ciudades americanas, entre los años 1765 y 1773, la libertad de comerciar entre sí y con cualquier puerto de España

Después de Carlos V y Felipe II, España comenzó a decaer. Bajo Felipe IV, no fué ya en Europa potencia que inspirase miedo ni siquiera respeto. Surgió de aquí el proyecto que acometió Leopoldo I de Alemania, estimulado por otras naciones, de arrebatarle la corona hispana a Felipe V de Borbón. Sobrevino con este motivo una guerra que terminó, por el tratado de Utrecht, con el reconocimiento y la consolidación de Felipe V, empero perdiendo España la parte que le restaba de los Países Bajos, además de Milán, Nápoles y Cerdeña; y quedando Inglaterra, entre otras conquistas, con la posesión de Gibraltar.

CAPITULO XI

ESFUERZOS DE ORGANIZACIÓN EN LAS DOS AMÉRICAS

El último Adelantado, reemplazado por un criollo. — Producida la acefalía del gobierno en el Río de la Plata por virtud de las resoluciones de la Audiencia de Lima desaprobatorias de los interinatos en parientes que dejara, al ausentarse para el viejo mundo, el último Adelantado don Juan Torres de Vera y Aragón —resoluciones que motivaron la renuncia de dichos remplazantes interinos, primero, y luego la del propio Adelantado titular— el vecindario de la Asunción se reunió en Cabildo Abierto a objeto de dar una autoridad provisoria.

Torres de Vera y Aragón había gobernado, más que por sí mismo, pues que su estada en el Río de la Plata fué muy breve, por intermedio de Garay, el fundador de Santa Fe y de la segunda Buenos Aires. Las huellas de la acción de Garay estaban tan hondamente impresas en la historia de aquellos días, que verémoslas reflejadas aun en la elección que hizo el Cabildo abierto de la Asunción.

Había, entre los vecinos de esta ciudad, uno muy expectable, hijo del país, es decir, nacido en el Río de la Plata; en la Asunción misma: don Hernando Arias de Saavedra. Tenía títulos para el público aprecio, pero ellos no le habrían bastado para el pronunciamiento en su favor que produjo la

mayoría del Cabildo, porque la tradición y la costumbre tenían creada y arraigada la práctica de que los hijos del pais no fuesen a las posiciones del gobierno.

El título de Hernando Arias de Saavedra que decidió de su elección, contra el óbice de su nacimiento en el Río de la Plata y el de su desconocimiento de España y desvinculación de ella, fué el estar casado con una hija de Garay y el ser, por esa razón, quien representaba la familia de tan ilustre varón ante el poderoso partido que lo acompañara y secundara en vida.

Mientras los demás candidatos tuvieron votos de simpatizantes aislados, Arias de Saavedra los tuvo de un núcleo compacto e influyente.

El criollo Hernando Arias de Saavedra fué, pues, en el Río de la Plata, el reemplazante provisorio de don Juan Torres de Vera y Aragón, el último Adelantado.

Quién era, al aparecer en escena, Hernando Arias de Saavedra o Hernandarias. — Fuera del título de su entroncamiento en la familia de Garay, dijimos que Arias de Saavedra, o Hernandarias, como se le empezó a llamar, tenía otros.

Efectivamente: siendo su edad de treinta años, ya había tomado parte en las expediciones de Garay a la costa Sur y de Alonso de Vera a las orillas del Bermejo, distinguiéndose en ambas. Había intervenido y actuado, además, en una recia campaña contra los guaycurúes; y había estado con el Adelantado Torres de Vera y Aragón en la fundación de Corrientes, a la cabeza de cuya población fué puesto durante un tiempo por aquél.

Finalmente, por parte de padre y de madre tenía en sus venas Hernando Arias de Saavedra, sangre de gente principal. Era nieto de don Martín Suárez de Toledo, que gobernara a la Asunción a raíz de la deposición del gobernador Felipe

de Cáceres; y de doña Ana de Sanabria, hija del intrépido caballero del mismo apellido, compañero de don Pedro de Mendoza.

Primer gobierno. — El primer gobierno de Hernandarias duró poco tiempo: un año y días, nada más; pues que, recibido del mando a fines de 1597, lo entregó en enero de 1599.

Sin embargo, no obstante lo corto de este período, pudo verse que era Hernandarias un hombre, cual dice el historiador Guevara, "enemigo declarado de bullicios y disturbios y prudente y celoso del bien común y de la defensa de los reales derechos".

De su celo por el bien común habla con elocuencia el convenio que gestionó y obtuvo de los PP. jesuitas Mazola y Cabaldino, para el establecimiento de las que se llamaron en su origen "misiones guaraníticas" y fueron más tarde las célebres "Reducciones" de la Compañía de Jesús. Hernandarias no estaba conforme con el trato que daban a los indios los encomenderos y, apenas fué autoridad, no trepidó en exteriorizar esto por medio del convenio, sin detenerse ante la consideración de que hería con su conducta intereses considerables y se echaba encima enemigos muy poderosos.

Zárate, Valdez y Beaumont. — Disgustado el Virrey del Perú por el nombramiento que se había hecho de Hernandarias sin consultarlo a él, dispuso que, entre tanto llegasen órdenes que pedía a la Corona, desempeñase el gobierno del Río de la Plata don Fernando de Zárate, que era a la sazón gobernador del Tucumán. Zárate se trasladó a Buenos Aires, dejando de su estada aquí el recuerdo del Fuerte primero de nuestra ciudad, construído por su iniciativa en previsión de un ataque de los corsarios holandeses.

Las órdenes que el Virrey del Perú pidiera a la Corona llegaron con la persona de don Diego Rodríguez de Valdez y de la Banda, nombrado gobernador en propiedad, quien murió a los once meses de llegado al Río de la Plata.

A su fallecimiento asumió el mando su teniente, el general don Francés de Beaumont y Navarra.

Ninguno de estos dos gobierno se hizo notar por iniciativas dignas de mención.

Segundo gobierno de Hernandarias. — Beaumont y Navarra murió en agosto de 1602, o sea al año y ocho meses de haberse hecho cargo del mando, el cual fué asumido nuevamente por Hernandarias. Esta vez hubo para él confirmación en el cargo por parte de la Corona.

Este segundo período del ya eminente criollo se prolongó por espacio de cinco años, aproximadamente; y se caracterizó por las expediciones encaminadas a librar de salvajes los territorios próximos a la Asunción, Santa Fe y Buenos Aires.

Hernandarias consiguió en parte su propósito, empero no sin sufrir contratiempos y reveses.

En la primera de sus expediciones se internó desde Buenos Aires doscientas leguas hacia el Estrecho y cayó prisionero de los indígenas, de los que sin embargo se pudo evadir.

En la segunda perdió lo mejor de sus elementos, en una grande derrota que le infligieron los salvajes.

Con todo, en definitiva Hernandarias salió vencedor y en los territorios del Chaco consiguió someter a tribus enteras.

Marin de Negrón. — Dijimos que Hernandarias había herido intereses considerables con su conducta frente a los encomenderos. Estos intereses golpearon a las puertas de la Corona y no cejaron hasta que ésta resolvió quitarle el gobierno al gran criollo e informarse de su comportamiento.

Para reemplazarlo en el ejercicio de la autoridad fué designado don Diego Marín de Negrón, que se recibió del mando en Buenos Aires el 22 de diciembre de 1609.

El nuevo gobernador no tardó en sufrir el asedio de todos los complotados para obtener el castigo de Hernandarias. Marín de Negrón, empero, no perdió el dominio de su posición y vió perfectamente claro en la bruma que se hacía alrededor de la conducta de su antecesor.

Consecuencia de los informes que Marín de Negrón envió a la Corte, fueron las medidas que vamos a ver adoptar.

El Visitador Alfaro y sus ordenanzas. — Desde cinco años a esa parte, la Corte estaba deseosa de una investigación a fondo sobre la manera cómo los encomenderos cumplían las recomendaciones de las reales ordenanzas a propósito de los indios. Viendo que Marín de Negrón, lejos de encontrar culpable a Hernandarias, lo declaraba paladín caracterizado de una causa santa, ordenó que se apresurasen todos los trámites y se procediese en el Perú a nombrar un Visitador Oficial que tomase juicio de todo y corrigiera lo que estuviere desviado.

El Visitador elegido fué don Francisco de Alfaro, con larga residencia en América, pues era desde hacía mucho tiempo Oidor en la Audiencia de Chuquisaca y lo había sido también en la de Panamá.

Llegó Alfaro a Buenos Aires a principios de 1611. Ya había visitado el Tucumán y observado "de visu" el tratamiento que los encomenderos de allí daban a los indígenas. Le faltaba conocer el Paraguay y partió para la Asunción, luego de una estada de seis meses en nuestra ciudad.

Poco después publicó sus "Ordenanzas", que se hicieron famosas. Suprimió por medio de ellas el servicio personal de

los indios, en cuanto implicaba una especie de esclavitud de los mismos respecto del encomendero; estableció bajo formas prácticas la obligación de adoctrinarlos en la religión e instruirlos y formarlos para los trabajos de su predilección y limitó a los mínimo los tributos que aquellos pobres infelices debían pagar a la Corona.

Tercer gobierno de Hernandarias. — Las ordenanzas de Alfaro habían dado la razón a Hernandarias en la cuestión que le promovieran los encomenderos; y el prestigio que esto trajo sobre su persona hizo que se impusiese nuevamente su candidatura al gobierno, cuando vacó éste por muerte de Marín de Negrón. Entró por tercera vez Hernandarias a dirigir los destinos del Río de la Plata, nombrado para el efecto por el Rey, a fines de 1614.

Se había preocupado hasta entonces de la situación de los indios: sin descuidarla a ella, preocupóse especialmente, en este período de su vida, de la de los colonos del Río de la Plata en general. Gran parte de estos colonos recibieron su visita personal, en procura del conocimiento de lo que precisaban y anhelaban; a cuyo efecto recorrió Hernandarias zonas extensísimas de Buenos Aires, Santa Fe y el Paraguay.

Con motivo de haberse presentado en el Río de la Plata un corsario holandés que apresó tres naves españolas, Hernandarias formó una escuadrilla defensora de Buenos Aires, la primera de que existe memoria y de la que comúnmente no se oye el menor recuerdo. Esta escuadrilla no llegó a dar caza al corsario, pero lo mantuvo a conveniente distancia, primero, y lo alejó en definitiva de nuestras aguas.

Lo que da más relieve al tercer gobierno de Hernandarias, es la división que propuso a la Corona, y obtuvo del dilatado territorio del antiguo Adelantazgo del Río de la Plata.

Creación de las gobernaciones del Guayrá o Paraguay y de Buenos Aires o del Plata. — Los deseos del gobernador criollo satisfízolos ampliamente el monarca por Real Cédula de 16 de diciembre de 1617, en virtud de la cual creáronse las gobernaciones del Guayrá o Paraguay y de Buenos Aires o del Plata.

La gobernación del Guayrá o Paraguay, comprendió a la Asunción, Guayrá o Ciudad Real, Villa Rica y Santiago de Jerez.

La gobernación de Buenos Aires o del Plata, se formó con las ciudades de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Concepción del Bermejo.

Capitales de las dos gobernaciones fueron declaradas la Asunción y Buenos Aires, siendo al propio tiempo nombrados gobernadores: del Guayrá o Paraguay, don Manuel de Frías; y de Buenos Aires, don Diego de Góngora.

Muerte de Hernandarias. — De los dos gobernadores nombrados, quien llegó primero fué el de Buenos Aires. Entregándole el mando Hernandarias pasó a la Asunción, en la cual permaneció ejerciendo la autoridad hasta tanto pudo traspasarla al gobernador titular del Guayrá.

De la Asunción trasladóse Hernandarias a Santa Fe, donde había resuelto pasar el resto de sus días. Anciano y prestigioso, ejerció allí una especie de patriarcado moral. Todos los reconocían benemérito y en todos grababa imborrables recuerdos con su sencillez y modestia, llevada esta última hasta el grado de molestarse si oía que le daban el tratamiento de "Señoría". Lo había sido todo en su tierra y no creía ser sino uno cualquiera de los hijos de la misma.

Prolongóse la vida de Hernandarias hasta 1634, año en que falleció rodeado de la más grande consideración pública.

Los primeros encargados de la gobernación de Buenos Aires. — No tuvo acierto la Corona en los primeros nombramientos que hizo para la gobernación de Buenos Aires.

Diego de Góngora, que inció la serie, se dejó sobornar por los empresarios del contrabandismo, hasta obligar la designación del Oidor Melo para sumariarlo. No alcanzó a ser condenado, porque se lo llevó la muerte.

Sucedieron a Góngora Francisco de Céspedes, Esteban de Avila y Enríquez y Jacinto de Lariz. Si hubieran sido enviados a América al efecto de promover y mantener reyertas, habrían hecho honor a ese cometido puesto que se pasaron sus respectivos períodos en riñas sucesivas con el Obispo.

Luis de Baigorria, sucesor de Lariz, resultó un malversador de los dineros públicos; su reemplazante, don Alonso de Mercado y Villacorta, cerró cuanto pudo los ojos al contrabando, no desinteresadamente como se supondrá; y el gobernador que le siguió, don Andrés de Robles, aventajó a Baigorria, pues no se limitó a malversar los fondos del Estdo sino que fué acusado, y con motivo, de haber intervenido en negocios fraudulentos.

Portugal en la otra banda del Plata: fundación de la Colonia del Sacramento. — Hemos hecho varias veces referencias al contrabando. Quienes por esta época lo realizaban casi exclusivamente eran los portugueses e ingleses, sirviéndose, para el efecto de la otra banda del Río de la Plata, junto a la cual fondeaban sus barcos y aun a veces descargaban su mercadería.

El riesgo de éstas a la intemperie y la necesidad de un lugar donde encontrar descanso y avíos para la navegación, determinaron la fundación por los portugueses de la Colonia del Sacramento, a diez leguas de nuestra ciudad de Buenos Aires, frente a la isla de San Gabriel.

Primer asalto y toma de la Colonia por el gobernador Garro. — Los representantes del dominio español en Buenos Aires, hubieron de apercibirse de que la fundación de la Colonia implicaba un punto de apoyo formidable para el contrabando y, al propio tiempo, un argumento en pro de los derechos a la banda oriental del Plata que alegaba la corte lusitana.

Estos derechos ,tenían en su contra el hecho absolutamente notorio de no haber realizado jamás los portugueses una sola fundación de San Vicente hacia el Sur y de San Pablo hacia al Oeste, habiendo estado siempre bajo la jurisdicción de los gobernadores españoles toda la zona territorial de la otra banda que se extendía desde la reducción jesuítica de Soriano hasta el río de la Plata y desde el río Uruguay hasta el mar. La defensa del derecho español a la banda oriental del Plata perdería, pues, uno de sus sólidos puntales, si se dejaba subsistente la fundación que había hecho de la Colonia, el almirante portugués y gobernador de Río Janeiro, don Manuel Lobo.

Don José de Garro, gobernador de Buenos Aires al producirse este hecho, comunicólo sin demora al Virrey del Perú y al Soberano español en Madrid. Consecuencia de ello fué una reclamación diplomática que desde la capital de España se entabló ante el gobierno lusitano. Pero el tiempo pasaba y no se resolvía nada. El propósito de la Corte de Lisboa de mantener su fundación al amparo de evasivas y dilaciones, pareció clarísimo a los hombres de Buenos Aires y particularmente a Garro. ¿Qué hacer? La metrópoli no se alarmaba, por más oficios que se le dirigían. El gobernador Garro se decidió a resolver por sí solo la cuestión y un buen día se presentó ante la Colonia con doscientos españoles y tres mil indios guaraníes de las Reducciones, exigiendo a los portugueses la entrega de la plaza.

La resistencia de los últimos hubiera sido temeraria y entregaron su fundación.

Garro destituído y la Colonia devuelta. — El gobernador Garro se había excedido evidentemente de sus facultades en el asalto y toma de la Colonia; empero no había hecho sino defender el derecho español. La Corona, para zafarse tal vez de algún grave conflicto con Portugal, destituyó a Garro y ordenó la devolución de la plaza tomada.

Fué todavía más allá en esta conducta: el 18 de junio de 1701 reconoció a los portugueses, por el tratado de Alfonza, la legitimidad de su posesión de la Colonia.

La Colonia es asaltada, tomada y devuelta por segunda vez. — Los tres años que transcurrieron hasta 1704, modificaron fundamentalmente las orientaciones de la política exterior española. En una coalición que se había formado en Europa contra España, apareció participando Portugal. La cancillería de Madrid decidióse, ante esta defección, por autorizar toda clase de hostilidades contra los portugueses e impartió también a Buenos Aires instrucciones en tal sentido.

Era a la sazón gobernador de nuestra ciudad don Alonso de Valdés Inclán, quien inmediatamente de recibir las instrucciones a que nos hemos referido, comisionó al sargento mayor don Baltasar García Ros para que atacara a la Colonia.

García Ros se presentó frente a ella con cerca de cinco mil hombres el 18 de octubre de 1704 y puso sitio a la plaza por tierra, hasta obtener, a los cinco meses, que la abandonaran por agua quienes la ocupaban.

Más afortunado que Garro, García Ros pudo contemplar durante varios años en efectividad a su conquista; y prestigiólo ésta hasta elevarlo al cargo de gobernador de Bue-

nos Aires. Empero el tratado de Utrecht no tardó en llegar y, por él, volvió nuevamente la Colonia a poder de los portugueses, que se recibieron de ella el 11 de noviembre de 1716, teniendo que hacer el sacrificio de la entrega el propio García Ros.

Don Bruno Mauricio de Zabala. — La sucesión de García Ros recayó en don Bruno Mauricio de Zabala, gobernador que había de hacerse ilustre por más de un concepto en la historia del Río de la Plata.

Llegó Zabala a Buenos Aires cuando más se ponía en evidencia el propósito de los portugueses de seguir produciendo actos de dominio no solamente en la Colonia y su campiña circundante hasta un tiro de cañón, cual lo había prometido la cancillería lusitana a la de Madrid.

Por las inmediaciones de Maldonado y de aquel Cerro que sugiriera a un soldado de Solís la exclamación de: "montem video" habían aparecido soldados portugueses intentando formar nuevos poblados, combinado todo ello con la expansión cada día mayor que adquiría el contrabando, fortificado en su reducto general de la Colonia.

Fundación de Montevideo. — A fines de 1723 no estuvo Zabala ya frente a meras tentativas de poblar, sino en presencia de la ocupación formal del Cerro y toda su zona inmediata, hecha por un marino francés al servicio de Portugal, llamado Esteban Moreau. La contestación que dió éste a la reclamación que en el acto entabló Zabala, no pudo ser más precisa y grave: los portugueses —dijo Moreau— ocupaban aquella zona territorial "por ser de pertenencia de la Corona lusitana".

Reuniendo con este motivo Zabala cuantos soldados, fusiles y cañones le fué posible, marchó contra Moreau. Pero

el marino, bien informado sin duda de la superioridad con que se le presentaría su contrincante, había abandonado, junto con su gente, el lugar, en los cuatro navíos que le condujeran.

Al efecto de impedir nuevos desembarcos en ese paraje, Zabala levantó allí un reducto fortificado que fué la base de la fundación que posteriormente, el 20 de diciembre de 1729, hizo el mismo don Bruno Mauricio de Zabala de la ciudad de Montevideo.

Lo que fué Zabala para la paz en el Río de la Plata. — El gobierno de don Bruno Mauricio de Zabala duró diez y siete años y quien lo presidió fué siempre un elemento moderado que ejercitó toda su influencia en bien de la concordia y la puso invariablemente al servicio de la paz.

Tocóle a Zabala el cometido de dominar por dos veces una situación de anormalidad y de violencia que se creó en el Paraguay, a consecuencia de la revolución llamada "de los comuneros". Tuvo ésta como bandera la resistencia a los nombramientos de gobernadores del Paraguay que hacían los Virreyes del Perú, sosteniendo los revolucionarios que, no habiendo nombramiento emanado directamente del Soberano, debía ser "el común" —y de ahí lo de comuneros— quien hiciese la elección.

La lucha fué recia y enconada. Dos gobernadores, Reyes Valmaceda y Antequera, dividieron a la población de la Asunción en bandos que se fueron a las manos. Comisionado para poner todo en el estado debido don Bruno Mauricio de Zabala, envió éste a García Ros con fuerzas armadas. García Ros no tuvo éxito completo y, tras él, marchó entonces Zabala en persona, quien dando libertad a unos, desagraviando a otros y colocando como gobernador a don Martín de Barúa, pareció haber pacificado a la provincia.

Empero la cuestión fundamental no estaba resuelta y resurgió ante el nombramiento de don Ignacio Soroeta, que hizo el Virrey del Perú, como gobernador del Paraguay. Los comuneros opusiéronse a la entrada de Soroeta en la Asunción, apoyándose para el efecto en Barúa; y habiendo llegado un gobernador nombrado por el rey, don Agustín de Ruyloba Calderón, dejáronlo posesionarse del mando empero para darle muerte.

Zabala, que volvió a ser comisionado para pacificar el Paraguay, vió sus esfuerzos en complicación seria con motivo del nombramiento de gobernador que hicieron los comuneros en la persona del Obispo de Buenos Aires, Fray Juan de Arregui, quien necesitó un año para desengañarse de las intenciones elevadas que le habían declarado abrigar los comuneros. Renunciante del gobierno el Obispo Arregui y retornado a Buenos Aires, Zabala avanzó sobre la Asunción con el ejército que había formado y penetró vencedor en ella el 30 de mayo de 1735.

Al año siguiente emprendió viaje de regreso a Buenos Aires, dejando como gobernador en la Asunción a don Martín José de Chauri. En Corrientes se sintió indispuesto, falleciendo en el trayecto entre esa ciudad y Santa Fe.

José de Andonaegui. — La Corona proveyó a la vacante nombrando gobernador de Buenos Aires a don José de Andonaegui, militar que había llegado a conquistarse en Europa las palmas del generalato.

El período de Andonaegui fué el de la guerra guaranítica, motivada por el tratado firmado en 1750 entre España y Portugal, por el que la primera cedía al último las provincias de Santa Catalina y Río Grande y siete pueblos de las Reducciones jesuíticas del Uruguay, a cambio de la colonia del Sacramento y el territorio adyacente en la margen septentrional del Río de la Plata.

Después de agotados todos los recursos de oposición a ese tratado, sólo explicable en realidad bajo la dirección desatinada que tenía España, el Provincial de los jesuítas de las Reducciones presentó al gobernador Andonaegui, como vicepatrono, la renuncia de la administración de ellas. Andonaegui, de acuerdo con el marqués de Valdelirios, comisionado demarcador por parte de España para la aplicación del tratado de permuta, preparó en Buenos Aires clérigos y frailes franciscanos para que reemplazaran a los jesuítas, apenas abandonaran éstos sus cargos. Empero, al quererlo hacer los jesuítas, se amotinaron los pueblos indígenas impidiéndoles por la fuerza el alejamiento. Por supuesto que tampoco consentían los indígenas en el pase a la jurisdicción de Portugal de las siete Reducciones cedidas, motivo por el cual Andonaegui tuvo que formar un ejército e iniciar una campaña militar de sometimiento.

A pesar de la debilidad de los indígenas (el ejército de Andonaegui llegó a constar de más de 2.500 hombres con 20 cañones y un excelente parque) infligiéronle algunos golpes al gobernador en los comienzos de su avance; pero finalmente fueron dominados en la acción de Caybaté el 10 de febrero de 1756.

La victoria llególe, sin embargo, al gobernador Andonaegui, por una parte cuando no tenía ya España el interés de otro momento en el cumplimiento del tratado de permuta, que luego más tarde sería anulado y, por la otra, cuando había dejado de ser persona grata a la Corte de Madrid, que le acababa de reemplazar en el gobierno de Buenos Aires.

Pedro de Ceballos. — El substituto fué don Pedro de Ceballos, que se recibió de la autoridad a fines de 1756.

Ceballos era un hombre apto para las responsabilidades del gobierno. Emprendedor y activo, tenía una despejada

inteligencia y poseía en remarcable grado la cualidad del carácter.

Proa al contrabando. — El concepto que se ganó al poco tiempo de llegado a Buenos Aires, dióle a Ceballos ánimo para dirigirse al monarca denunciándole la mala jugada que desde la Colonia estaban haciéndole a España sus aliados los portugueses.

No era posible a un gobernador de Buenos Aires hacer cosa de provecho, con aquel poderoso foco de contrabandismo montado sobre las narices. Al menosprecio cotidiano que la autoridad sufría, había de agregarse la diminución copiosa de la renta fiscal que entrañaba el abastecimiento comercial subterráneo de toda la zona del Río de la Plata que hacían los portugueses de la Colonia, en connivencia con navegantes y comerciantes ingleses.

El lenguaje del gobernador, con ser que fué muy claro, no alcanzó a torcer el criterio de tolerancia para con Portugal e Inglaterra que primaba en la Corte. Sin embargo, como tampoco sobrevino la desaprobación de las ideas del gobernador, supuso éste que ello involucraba una autorización tácita de la defensa a su juicio indispensable.

Tercer ataque y toma de la Colonia. — Había escrito Ceballos a la metrópoli proponiendo reobtener por la fuerza lo que consiguieran Garro y García Ros al rendir dos veces a la plaza en que tenía su cuartel general el contrabandismo rioplatense; no se le había contestado, ni que procediera, ni que se abstuviera de hacerlo; y súpose por entonces en Buenos Aires que habían roto sus relaciones España y Portugal, creándose entre ambos países el estado de guerra.

Ceballos no esperó instrucciones y en los primeros días de octubre de 1762 se presentó delante de la Colonia, segui-

do de 6.000 soldados, intimando a su gobernador, el coronel Fonseca, la entrega de la plaza. Como Fonseca rechazara esta intimación Ceballos procedió al asalto de la ciudad, lo que hizo brava y denodadamente. La plaza capituló al fin, entrando Ceballos en ella el 2 de noviembre siguiente.

Alentado el gobernador de Buenos Aires por este éxito, avanzó en seguida sobre los dos fuertes que tenía Portugal en la frontera: los de Santa Teresa y San Miguel. Sitiándolos y rindiéndolos pasó a la margen izquierda del arroyo a que se da el nombre de río Grande y se internó en el territorio de esta provincia. Pero tuvo noticia en el camino del armisticio que había firmado España en París el 10 de febrero de 1763 y suspendió todo movimiento.

Hizo bien porque, avanzando más, no habría hecho sino aumentar el territorio que luego tendría que devolver, cual ocurrió poco después con la Colonia y los fuertes de Santa Teresa y San Miguel.

Ceballos, gobernador de Madrid. — En la metrópoli, no cayó en desgracia Ceballos por lo que había hecho. Al contrario, la gloria militar hízole crecer en prestigio, hasta el punto de ser llamado a desempeñar la gobernación de Madrid.

Ceballos, en el Virreynato del Río de la Plata. — En dicha gobernación permaneció Ceballos varios años, al cabo de los cuales volvieron a entrar en guerra España y Portugal.

Ocurría esto, a raíz de haber hecho la Corona una nueva organización de la autoridad en el Río de la Plata, creando el Virreynato de este nombre. El recuerdo de la campaña de Ceballos contra la Colonia y Río Grande no podía dejar de sobrevenir en la metrópoli, dado el momento: y así autoriza a afirmarlo el nombramiento, que se produjo, de Ceballos como primer Virrey entre nosotros.

Una vez más, contra la Colonia y contra Río Grande.— Don Pedro de Ceballos salió de Cádiz en noviembre de 1776, al frente de una expedición formidable compuesta de 116 buques que conducían 9.000 soldados. La isla de Santa Catalina, donde Portugal tenía varios reductos artillados con numerosos cañones y defendidos por una fuerte guarnición de soldados, no pudo menos que tentar al Virrey Ceballos quien, fondeando, desembarcó tropas en ella. No fué menester que éstas combatieran. Las fuerzas portuguesas que no capitularon, huyeron ante las voces que sorrían sobre la importancia de aquella expedición española y el prestigio guerrero de su jefe.

Luego de tomar posesión oficial de la isla de Santa Catalina, Ceballos se dirigió a Montevideo para tomar noticias de las operaciones que por su orden debía haber acometido, contra Río Grande, el gobernador que había sido de Buenos Aires hasta la creación del Virreynato, don Juan José de Vértiz. Sabedor allí de que éste hallábase en acción aunque con pocos elementos, envióle un refuerzo de tropas y marchó con las que le restaban sobre la Colonia del Sacramento. En previsión de un ataque español, esta plaza había sido copiosamente abastecida de municiones y víveres por el Virrey del Brasil, coronel Gómez Freyre. No pudo, pues, sorprender a Ceballos que la intimación de rendición que le hizo, fuese rechazada. Lo que le sorprendió fué que, hechos los preparativos para el asalto general, antes de vencidas las 48 horas del plazo que había fijado, se le entregara la Colonia, cuyos defensores habíanse embarcado en su casi totalidad rumbo al Brasil.

Mientras Ceballos se recibía de la Colonia y organizaba el gobierno en ella, Vértiz rendía en la frontera a las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel, caídas por segunda vez bajo el dominio español.

La campaña de Río Grande debió tener Ceballos el pen-

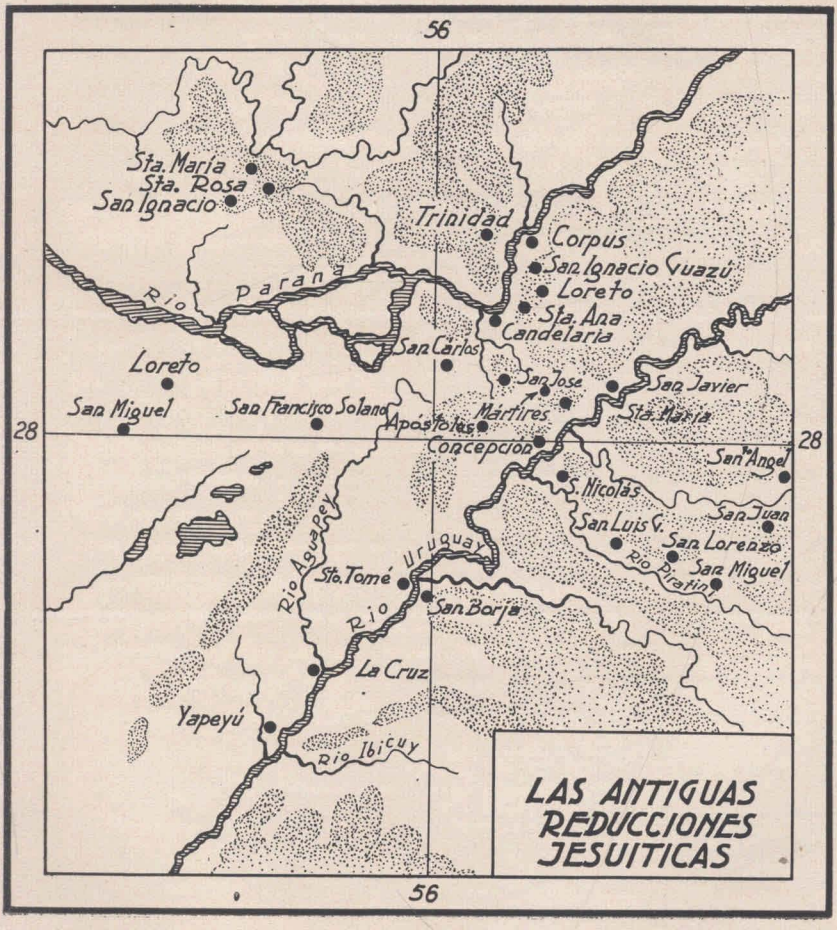
samiento de hacerla en muy vasta escala porque, apenas le fué posible abandonar a la Colonia, emprendió viaje para reunirse con su teniente Vértiz y asumir la dirección personal de las operaciones. Mas al pasar por Montevideo, yendo en aquel rumbo, encontró pliegos que le habían llegado de España promoviéndolo a capitán general y comunicándole que por el tratado de San Ildefonso se había pactado la paz con Inglaterra y Portugal.

Ceballos ordenó en el acto la suspensión del avance de Vértiz y se preparó resignadamente para la nueva devolución, que debió ver inminente, como en efecto sucedió, de cuanto había conquistado. El tratado de San Ildefonso contuvo al respecto algunas restricciones; pero la habilidad de los demarcadores portugueses las frustró, consiguiendo así Portugal las provincias de Río Grande y Santa Catalina, con los siete pueblos de Misiones que le cediera antes el tratado de permuta de 1750.

El Virrey Ceballos buscó compensación a estas ingratitudes de la fortuna, en el impulso de todas las fuerzas de vitalidad que en el Río de la Plata existían. Arregló la administración, aseguró las fronteras, consintió la entrada de manufacturas extranjeras en cierta medida, gestionó y obtuvo el establecimiento de una Real Audiencia en Buenos Aires y sometió al rey un plan de organización administrativa, del que resultó la división del Virreynato en las ocho Intendencias que encontró en el Río de la Plata la revolución de Mayo.

Llamado Ceballos a España se radicó en Córdoba, donde falleció. Ríndele cumplida justicia a su memoria el epitafio colocado sobre su tumba, que dice así: "Aquí yace en depósito el cadáver del Exmo. Sr. D. Pedro de Ceballos Cortés y Calderón, caballero de la real orden de Santiago, gentil hombre de cámara de S. M., Capitán General de los reales ejércitos y de las fuerzas de tierra y mar destinadas a la

ISAAC R. PEARSON
Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata



América meridional y Virrey de las provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, etc., de cuyas expediciones volviendo coronadas sus sienes de victorias y laureles, dejando tomadas a los portugueses varias posiciones, como destrozados sus establecimientos; alojado por su elección al paso por esta ciudad en el convento de los RR. PP. Capuchinos, falleció ejemplarmente en 26 de diciembre de 1778, a los 63 años, 5 meses y 28 días de su edad. Descanse en paz".

Francisco de P. Bucarelli. — El sucesor de Ceballos fué don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa, que llegó a Buenos Aires y tomó posesión de su cargo en agosto de 1766.

Fué Bucarelli quien realizó la expulsión de los jesuitas, de la que hablaremos detenidamente más adelante; y fué también Bucarelli quien expulsó a viva fuerza a los ingleses de las Islas Malvinas, las que sin embargo la Corona, como en los casos de la Colonia, volvería a entregar a su detentador.

Las misiones jesuíticas. — No hay en la historia colonial del Río de la Plata obra que se destaque tanto, para la mirada de los estudiosos, como las célebres Reducciones que tuvieron a su cargo, durante dos siglos aproximadamente, el XVII y casi todo el XVIII, los RR. PP. de la Compañía de Jesús.

Estas misiones han sido denostadas por unos escritores y encomiadas por otros. Pero en lo que concierne a la importancia de las mismas como tentativa de incorporación de la población indígena americana a la vida de la civilización y el trabajo, no hay sino una opinión: que es el esfuerzo más grande y más intenso de cuantos tuvieron por teatro el suelo de América en los tiempos mencionados.

Cómo nacieron. — Como todas las creaciones memora-

bles que consigna la historia, las Reducciones Jesuíticas nacieron de una necesidad social.

Es por demás sabido que junto con los conquistadores vinieron siempre al continente americano, en los tiempos del descubrimiento, frailes desde España; particular y especialmente frailes franciscanos. Así, tenemos que en 1586 los aramados San Francisco Solano y Fray Luis de Bolaños, habían recorrido lo que hoy mismo, con ser tantos los adelantos que hemos alcanzado en las comunicaciones, no conocerán seguramente, "de visu" e íntegramente, sino muy pocos argentinos: los territorios que bañan los ríos Paraná, Pilcomayo, Bermejo y Paraguay.

Los religiosos franciscanos, a los que se habían añadido otros, dominicos y mercedarios, conducíanse con una intrepidez y abnegación insuperables; pero eran muy pocos ellos y enormemente dilatadas las regiones, atestadas de indígenas, que recorrían. Estos indígenas amenazaban constantemente los planteles urbanos que creaba la espada de los conquistadores. No se les podía someter por la fuerza sino extinguiéndolos, lo que, aparte las razones de humanidad, tornábalo dificilísimo lo reducido de los efectivos militares llegados de la península. Franciscanos, dominicos y mercedarios, no podían venir más por entonces; y en el Paraguay habían establecido varias casas, con frutos copiosísimos de atracción sobre las poblaciones indígenas, los RR. PP. jesuitas.

Pues bien: gestiones del primer obispo de la diócesis del Tucumán, el dominico fray Francisco de Victoria, fueron las que determinaron la extensión de los trabajos que realizaban algunos jesuitas en el Paraguay hasta esas diócesis, a la que pertenecían entonces los actuales territorios misioneros, y esas gestiones quedaron consumadas, cuando en 1605 creó la Compañía de Jes5s su provincia del "Paraguay", independiente de la del Perú.

Territorios que abarcaron. — Los RR. PP. jesuitas obtuvieron de la corona española franquicias para establecer "doctrinas" entre los indígenas, con arreglo a un sistema de dirección que si no podría realizar el ideal del gobierno en nuestros días, señala en aquella época una diferencia inmensa respecto del sistema de los "encomenderos", en que los pobres indios eran explotados y diezmados con una crueldad inaudita.

Poco tiempo después, las "Reducciones" se extendían a una vastísima zona del sur de América. Júzguese: en el actual Paraguay abarcaron las misiones jesuíticas todo el territorio comprendido entre los ríos Tebicuarí y Paraná; en la actual República Argentina, el territorio de Misiones y parte del Norte de la provincia de Corrientes; en el Brasil, gran parte de lo que hoy constituye el Estado de Río Grande; y en el Uruguay, su zona intermedia entre las misiones que había en nuestra patria y las de dicha provincia de Río Grande.

Toda la enorme extensión de estas misiones, que los jesuitas llegaron a dirigir con el más sencillo sistema administrativo de que haya memoria, y beneficiosamente para los indígenas, los cuales aunque lentamente íbanse transformando de salvajes en civilizados y de indolentes y viciosos en hombres de trabajo; toda esta enorme extensión, hallábase rodeada y atravesada por ríos que hacían fácil y provechoso el cultivo y el pastoreo y era favorecida por un clima como no lo tiene mejor, ninguna otra zona de la América del Sur.

La población que llegaron a tener. — Habrá tal vez algunos que imaginen que las Reducciones jesuíticas creadas en tiempos tan remotos, estarían poco pobladas; con unos cuantos miles de indios, apenas.

Justamente, una de las mejores defensas de las Reducciones dála el argumento de su población. ¿Por qué se radica-

ban en ellas los indios? Evidentemente, no pudo ser sino por estar bien en las mismas. La fuerza no podía obrar el fenómeno porque, precisamente, el no disponer la autoridad de fuerza suficiente, fué la causa de que se abriera a las misiones el paso que se les abrió.

A fines del siglo XVII, la población de las Reducciones jesuíticas fué de 60.000 almas; a principios del XVIII, de 103.690; en 1717, de 121.168; en 1732 la cifra de sólo diez pueblos, da 141.242 habitantes y, en 1741, probablemente por la guerra de 9 años en que se vieron envueltas las Reducciones, esa cifra decrece a 76.690.

No fué ésta la única calamidad que azotó a las Reducciones. En 1764 estalló en ellas una epidemia que se llevó del 8 al 9 % de su población.

En el año de la expulsión de los jesuitas, con que se inicia el derrumbe de esta obra, las Reducciones tenían 93.181 habitantes.

Los indígenas de las Reducciones, son autorizados para el uso de las armas de fuego. — Las primeras reducciones jesuíticas, que fueron trece y a la cabeza de las cuales estuvieron las denominadas Loreto y San Ignacio, recibieron la hostilidad porfiada de unos conglomerados semisalvajes conocidos en la historia bajo el nombre de "mamelucos". Estas hostilidades motivaron el traslado de las Reducciones, en su casi totalidad, desde la confluencia del Paranapané con el Paraná, a nuestro actual territorio de Misiones, generando también la autorización para que pudiesen usar los indígenas las armas de fuego y ser adiestrados en el combatir.

Los ataques de los mamelucos, parte por la mayor distancia, pues provenían los tales del Brasil y parte por la resistencia eficaz que al fin se les opuso, mermaron primero y por último desaparecieron.

El trazado de las Reducciones. — Las Reducciones jesuíticas obedecían todas a un trazado idéntico: un cuadrado de terreno, con la Iglesia, el cementerio, los almacenes o depósitos y todas las casas de familia que cabían, unida esta edificación por una especie de "recoba" continuada que facilitaba la circulación durante las lluvias y daba reparo contra el sol en el verano.

Las demás casas de familia distribuíanse en cuadrados análogos, que se delineaban en torno del primero, en proporción de la extensión del vecindario que había que abrigar.

Terminado el radio de la población propiamente dicha, venían los terrenos de cultivo.

Las casas de los indios eran de piedra y constaban por lo común de una sola pieza muy amplia.

El gobierno de las Reducciones. — En cada Reducción había por lo menos dos jesuitas, que se distribuían la dirección de ella en el sentido espiritual y temporal o terreno.

Los jesuitas de todas las Reducciones estaban subordinados a un superior superintendente con residencia habitual en Candelaria, el cual dependía a su vez del Padre director de la provincia jesuítica, o sea el Provincial, con residencia en Córdoba.

Como autoridades civiles cada Reducción tenía un Corregidor, dos Alcaldes, cuatro regidores, un alguacil mayor, un procurador y un secretario, elegidos todos anualmente por el pueblo y confirmados por el gobernador, excepto el Corregidor a quien lo nombraba el gobernador, generalmente a propuesta del padre director de la Reducción.

Cómo estaban divididos la tierra y el trabajo. — Dividíase la tierra en las Reducciones, mediante la asignación a cada jefe de familia de un lote que le era entregado como en propiedad.

Decimos como en propiedad, porque no era la propiedad completa, pues el lote no podían transmitirlo los que lo recibían, ni por contrato ni por herencia.

Pero en ese pedazo de tierra el indígena obraba como dueño y señor, siendo también como de él los animales y las herramientas, que se los proporcionaba la comunidad.

De esto último y de la forma de colocación de las cosechas, es a saber, en depósitos que eran de todos, puesto que pertenecían a la Reducción, ha nacido la idea, generalizada, de que los jesuitas practicaron el comunismo en sus Misiones de América.

Fué, sin duda, una especie de comunismo; pero no del comunismo cual se le entiende por la generalidad.

Una porción de la tierra de cada Reducción era reservada, es verdad, para ser sembrada de cereales, legumbres y algodón con el trabajo escalonado y, por supuesto que obligatorio, de los indígenas. Es también verdad que el producto de esta porción proveía a las necesidades de la Iglesia y las de los impedidos, los enfermos, las viudas, los huérfanos y los niños de ambos sexos. Mas el comunismo terminaba aquí. Cada jefe de familia era dueño de la cosecha que obtenía en la tierra de su respectiva adjudicación, bien que se la administrase la dirección de la Reducción.

La porción de tierra que se adjudicaba a los jefes de familia se llamaba "Abamba", o propiedad particular; y la reservada para el culto y los impedimentos, etc., tenía el nombre de "Tupamba", o posesiones de Dios.

Porqué fueron expulsados los jesuitas. — Hay un antecedente que podría dar algún fundamento a la teoría de que los jesuitas fueron expulsados de sus Misiones de América, por el temor que llegó a inspirar su poder. Este antecedente es la resistencia que opusieron al cumplimiento del tratado de 1750.

Pero la resistencia a que nos referimos no fué de los jesuítas, propiamente: por lo menos, no lo fué a cara descubierta. Fué de los indígenas que, según los Padres que estaban al frente de las Reducciones, se negaban a seguir lo que ellos les indicaban. Sin embargo, como los indígenas conducíanse en todo lo demás en armonía con sus civilizadores y directores, resultó aquella discordancia demasiado extraña para no suscitar desconfianza.

Por otra parte, lejos de ser fuera de lugar la oposición de los Padres jesuitas al tratado de 1750, esa oposición era la que cuadraba al amor que debían de tener por lo que era su obra, obra de jesuitas y de españoles. ¿Cómo podían conformarse los jesuitas con entregar a la nación de donde procedían los mamelucos, unos pueblos que, si subsistían, era porque se había impedido, por la previsión y por la fuerza, que los saqueasen y destruyesen las hordas de aquel nombre, lusitanas puesto que el Brasil no era sino una posesión de Portugal?

Finalmente, robustecieron la idea de que en el fondo de la resistencia indígena estaba la sugestión y la impulsión de los jesuitas, malgrado el aparente empeño que pusieron en hacer que se cumpliera el tratado, ciertos conceptos de la Exposición que con referencia al mismo dirigieron ellos al Virrey del Perú. "Tenemos por infalible —habían dicho los jesuitas— que antes de caer en manos de portugueses se huirían los indios a los montes a seguir la vida brutal y selvática, perdiendo España aquellos vasallos y no lográndolos Portugal" . . . : y habían agregado: "que igualmente recelan suceda lo mismo con los habitadores de los otros cinticuatro pueblos, temiendo ser entregados a los portugueses o separados de ellos" . . . , y por último, "que no se separan de temer algún alzamiento, aunque en 130 años no han dado el menor indicio de inquietud".

Las previsiones que anteceden confirmáronlas los hechos en la guerra guaranítica, que terminó con la derrota de los indios empero después de una lucha difícil y larga, en el desarrollo de la cual modificáronse las circunstancias y el tratado de 1750 entre España y Portugal quedó anulado.

En el ánimo de muchos hombres públicos de España, relacionados con los de América, quedó la impresión de que los jesuitas habían osado resistir los mandatos de la Corona, siendo para ésta un peligro tanto mayor cuanto más fuera el tiempo que se les dejase en las Misiones, tan importantes, que habían fundado. Y como coincidió con esta impresión de muchos hombres públicos de España, un extraordinario incremento de cierto filosofismo, enemigo decidido y pertinaz de toda dominación de índole religiosa, por benéfica que fuese desde algún particular punto de vista, puede decirse que, desde ese momento, un golpe contra la acción de la Compañía de Jesús en América quedó concertado, siendo sólo el asestarlo cuestión de oportunidad.

Cómo se produjo la expulsión. — La oportunidad llegó con la supresión de la Compañía de Jesús que, uniéndose para el efecto, obtuvieron de la Santa Sede varias cancillerías europeas. Asegurado por este medio Carlos III de que lo que se proponía hacer no le comportaría un conflicto con el Papa, firmó el 27 de marzo de 1767 una real orden por la que desterraba a los jesuítas de todos los dominios españoles.

Este suceso veníanlo preparando Carlos III y su ministro Aranda desde el año anterior, motivo por el cual había sido enviado al Río de la Plata, como lo hemos dicho, con el encargo de asumir el gobierno, don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa, ya bien instruído respecto del conflicto dicho. De los colegios de Méjico y de Chile fueron expulsados los jesuítas en el mismo año 1767, en junio y agosto, respectivamente.

Bucarelli había puesto gran cuidado para que no trascendiera la noticia de la expulsión, que debía realizarla el 21 de julio en Buenos Aires y el 22 en Corrientes, Córdoba, Santa Fe y Montevideo. Pero el 2 del mes mencionado llegaron a Buenos Aires dos barcos de España, cuyos tripulantes sabían lo que allí acababa de hacerse con la Compañía de Jesús. Bucarelli, ante el peligro de la divulgación de la noticia y de que se previnieran los jesuítas del Río de la Plata, anticipó la ejecución de la real orden, que se verificó en Buenos Aires el 3 de julio a las 2 y media de la mañana, y sucesivamente en las Reducciones del Paraguay, el Uruguay y el Tucumán.

Los jesuítas fueron en todas partes sorprendidos sin la menor idea del golpe que se había resuelto asestarles, no permitiéndoseles despedirse ni llevar con ellos más libros ni objetos de su uso que el breviario. Conducidos todos a Buenos Aires, fueron embarcados para España en este puerto. Los que llegaron a la metrópoli fué para encontrarse allá con todo género de sufrimientos, siendo los afortunados de tan dolorosas horas los que, no pudiendo resistir al brusco trasplante, encontraron tumba ignorada en el fondo del mar.

Lo que se halló de las tan mentadas riquezas de los jesuítas. — Por la detención de todos los jesuítas del Río de la Plata, sin que tuvieran ellos de esto ni noticia ni sospecha, y por la simultánea incautación de sus bienes y papeles, quedó en evidencia la patraña que se había echado a rodar y según la cual los jesuítas habían logrado reunir fabulosas riquezas. Todo les fué requisado y revisado, encontrándose los curiosos —que hoy ampliamente tienen a la mano satisfacerse con la abundante documentación de los archivos— con un sistema administrativo que no dejaba rendimientos para sus directores desde el punto de vista del interés pecuniario y

que acreditaba, sí, beneficios reales de consideración para los núcleos indígenas.

Las antiguas Reducciones, en la actualidad. — "La República Argentina —dice Estrada con referencia al derrumbe de la monumental empresa de la Compañía de Jesús en América— extraña treinta ciudades industriosas en su territorio y por lo menos medio millón de ciudadanos laboriosos, hábiles en la agricultura y en las artes, iniciados en la edificación y de los cuales nos han privado causas que Carlos III se reservó en su ánimo real".

Realmente, lo que queda de las antiguas Reducciones equivale a nada.

Queda sólo lo siguiente:

Territorio de la actual República del Paraguay. — Seis pueblos: San Ignacio Guazú, Santiago y Santa María de Fe, Santa Rosa, Itapuá o Villa Encarnación y San Cosme.

Territorio de la actual República Argentina. — Tres poblaciones regularmente formadas: Santo Tomé, La Cruz y Yapeyú, y una con sólo algunas casitas, San Carlos, pertenecientes las cuatro a la provincia de Corrientes: ruinas de dos de las viejas Reducciones: Mártires y Santa María la Mayor, más nueve pueblos pequeños: Corpus, Loreto, San Ignacio Miní, Santa Ana, Candelaria, San José, San Javier, Concepción y Apóstoles.

Territorio de la actual República del Brasil. — Dos ciudades: San Borja y San Luis; cuatro pueblos que pueden llevar el nombre de villas: Santo Angel, San Miguel, San Lorenzo y San Nicolás; y una población que cabe en media docena de pequeñas casas, levantada sobre las ruinas de la que fué la Reducción de San Juan.

Lo que fueron las misiones jesuíticas en el sentido de la

civilización: juicios de Raynal y Estrada. — Se podría llenar un volumen con las apreciaciones a que ha dado lugar, acá y fuera de nuestro país, el gran ensayo civilizador de los RR. PP. de la Compañía de Jesús.

Podría pensarse que decimos mucho con decir que más de nueve mil obras manuscritas, mil de ellas en lengua guaraní, unas sobre temas geográficos y otras de índole biológica o astronómica, fueron encontradas entre los papeles de los jesuítas, perdiéndose para la civilización. Pero no se creerá que haya exageración en lo que expresado queda, cuando se vea lo que piensan dos publicistas, uno europeo, otro americano y ambos renombrados, que escogeremos entre cien.

"Cuando en 1768 salieron las misiones de manos de los jesuítas —dice Raynal— habían llegado a un grado de civilización quizás el mayor a que puedan ser conducidas las naciones nuevas; y ciertamente superior a todo cuanto existía en el resto del nuevo hemisferio. Allí se observaban las leyes. Reinaba una exacta policía. Las costumbres eran puras. Una dichosa fraternidad unía los corazones. Todas las artes de necesidad se habían perfeccionado allí; y eran conocidas algunas de las de adorno. La abundancia era universal y nada faltaba en los depósitos públicos. El número de ganado vacuno subía a 769.353; el de las mulas y caballos, a 94.983; y el de las ovejas, a 221.537, sin contar algunos otros animales domésticos" (1).

"Ignoro — dice Estrada refiriéndose a la expulsión— si existirá padrón más ignominioso para una nación civilizada, ni más torpe monumento de despotismo. Era indigno desde luego de un gobierno leal, madurar esta determinación y organizar los modos de ejecutarla, con el sigilo de un conspirador. Si Carlos quería hacer justicia, se emboscó para sor-

(1) *Raynal.* — "Histoire philosophique et politique du commerce et des etablissements des européens dans les deux Indes", tomo IV, p. 233.

prender por la espalda. No discuto aquí el instituto de los jesuítas. Señalo un hecho histórico como materia que subleva el sentido de la moral política en el hombre moderno, que pide para los poderes el contrabalanceo de la publicidad y para la administración de justicia la influencia de la opinión y la libre defensa del acusado, cuya propiedad y cuya vida no puede violar sin crimen el capricho de los gobiernos, porque Dios no ha dejado pendiente el derecho natural de "causas urgentes reservadas en el real ánimo" (decreto de expulsión) de ningún hombre nacido; porque la sociedad que lo autoriza y la civilización que lo fomenta son absurdas, injustas o prostituídas. Hiere pero escucha, se cuenta que decía un filósofo a un hombre violento que lo amenazaba. Ni aún esta palabra de resignada confianza en la justicia les era lícito pronunciar a los jesuítas, despeñados de la cumbre del poderío a la sima hambrienta de la persecución y de la ignominia... ¿Se temía la resistencia de los jesuítas? ¿Es exacto que amenazaba una perturbación social, en caso de haber dado publicidad a las voluntades del gobierno? Lo acepto en hipótesis. Digo en hipótesis, porque la oleada perseguidora no podía pasar desapercibida ante los jesuítas, que estaban en primer término en el cuadro social y acababan de ser proscriptos de Portugal y de Francia, lo cual les daba recursos y tiempo para prepararse a resistir si esto hubiera entrado en sus propósitos; pero repito que lo acepto para preguntar si la justicia puede en alguna oportunidad convertirse en tímida traidora que afila el puñal entre las sombras; si es lícito afirmar que el estado puede esquivar desponsabilidades cuando se trata de herir derechos personales; si la moral no tiene la suprema soberanía de las relaciones humanas y si, por consecuencia, no debe imperar sobre todo temor, sobre todo peligro, sobre todo interés... El señor Bucarelli entregó las misiones en brazos de la ruina, abriéndolas a la anarquía y al pillaje. Dejó exis-

tente el comunismo, quitándole el contrapeso de la teocracia, —quiero decir, privándolo de administradores fieles para los cuales el gobierno no era sino trabajo y trabajo emprendido por celo religioso bajo la presión de una conciencia delicada. La constitución jesuítica tenía todos los vicios del patriarcado pero resplandecía a la vez sobre ella toda su moral. El rey y sus ministros expulsaron al Padre, el religioso, y le dieron su asiento en el hogar al extranjero rapaz que entró, con la conciencia del expoliador y los propósitos del tirano, en lucha innoble con los curas ambiciosos por reconquistar la autoridad arrancada a los jesuítas... La vida de abnegación del comunismo no es lógica sino a la sombra del templo. Esta promiscuidad de sistema, que pretendía llevar los resortes normales de la colonia para regir una sociedad substancialmente original, y cuyo mecanismo era un misterio para los cortesanos, no podía menos de traer con el choque interior y el desborde de la corrupción, una decadencia rápida y un aniquilamiento seguro. Cuando los jesuítas abandonaron sus pueblos se vivía en ellos en paz, se daba a los niños una educación adecuada a la vida social que les ofrecía su país, se imprimían y se escribían libros, se pintaban cuadros, se esculpían estatuas, se fabricaban instrumentos músicos, se hacía azúcar, se beneficiaba yerba, se tejían algodones y vestidos; y alimentados y abrigados los cien mil guaraníes de las misiones, tenían un comercio anual cuyo valor subía hasta cinco millones de pesos moneda corriente. En sólo diez pueblos del Uruguay y nueve del Paraná cuyos inventarios he tenido a la vista, contaron las comisiones de Bucarelli cerca de nueve mil volúmenes, entre los cuales pasaban de mil los impresos en lengua guaraní; y abundaban preciosos manuscritos en que los jesuítas habían reasumido sus observaciones naturales o preparado trabajo para educar los futuros misioneros. Y en cuanto a riqueza, estos mismos inventarios demuestran la existencia en

las estancias de dichos diez y nueve pueblos, de cerca de 800.000 cabezas de ganado. Esto no era seguramente la prosperidad pero era su elemento. La emancipación del trabajo prudentemente realizada, la garantía de la propiedad, la moral administrativa y el orden interno hubieran reconstruído la sociedad decadente, si el espíritu que presidía a la reforma lo fuera de progreso y si sus agentes hubieran traído un espíritu ilustrado y una conciencia honesta. Pero cada emigrado español entraba en las colonias como en tierra de conquista, sacudía todo freno moral y sólo se ocupaba de hacer fortuna sin cuenta de los intereses públicos que era incapaz de comprender. España siguió el tumulto del siglo en este detalle de demolición y no tenía fuerzas ni recursos para reedificar lo que destruía. Los jesuítas eran un motor vivo y fogoso; la administración española fué una invasión de retroceso en las tierras guaraníes, cuando le arrancaron la cabeza que promovía y dirigía sus adelantos o neutralizaba las fuerzas disolventes de la utopía. La junta constituída para administrar las temporalidades de los jesuítas según el rumbo de la inercia, a que se plegaba también el gobierno; y el señor Bucarelli, pretenso reformador, nada hizo en la colonia; nada, sino echar en las fauces de las furias los pueblos niños de la república guaraní... Diez años después de la expulsión, las floreciente reducciones estaban desoladas. En muchos de los mejores pueblos no quedaba una sola cabeza de ganado, no quedaba una sementera, no había un instante de paz ni de justicia; los curas, los administradores locales y los gobernadores se despedazaban mutuamente, los indios eran tiranizados y emprendían en grupos inmensos el éxodo del desterrado a quien la patria prostituída arroja de su seno, rompiendo su alma con la agresión perpetua de las leyes y el delito sistemático de la tiranía. La constitución artificial de los jesuítas se desplomaba sobre su cabeza, porque en vez de la religión, la invadían el crimen y la inmoralidad."

La cuestión de límites con Portugal. — En el transcurso de este capítulo hemos referido que Portugal y España firmaron un tratado que se llamó de permuta, por el que el primero de estos países cedió la Colonia del Sacramento y recibió una extensa faja territorial que comprendía gran parte de las misiones jesuíticas. Hemos también dado cuenta de que los indígenas de las misiones fueron al fin vencidos, empero cuando ya España no tenía empeño en el cumplimiento del tratado de permuta, que se anuló posteriormente.

La cuestión de límites de Portugal volvió pues, a quedar en el punto en que se hallaba cuando se consintió la fundación de la Colonia; esto, después de una larga serie de convenios, tan pronto concertados como deshechos, en los que de parte de los gobernantes españoles no pudieron ser mayores la inconsecuencia, la ligereza y el desfibramiento.

Política europea desde el tratado de Utrecht hasta el de París. — Entre el tratado de Utrecht y el de París, la política europea obedeció a las exigencias que suscitaron los tres hechos en que culminó.

Fueron estos hechos: 1º la obra de Pedro el Grande en Rusia completada por Catalina II, que conquistó para esta nación el rango de gran potencia; 2º, la de los Hohenzollern, que creó a Prusia, si menos fuerte no menos nimbada que la anterior por la gloria guerrera; y 3º, la rivalidad entre Francia e Inglaterra con la lucha que originó entre estas dos naciones para la destrucción del recíproco imperio colonial.

La lucha ésta terminó favorablemente para Inglaterra, como veremos, la que vió consolidado definitivamente tal éxito por el tratado de París que, dejando abatido el poderío naval de Francia y de España, entregó a la Gran Bretaña el dominio de los mares, dándole con ello el señorío del globo.

Rivalidad franco - británica: repercusión que ella tuvo en Nueva Francia o Canadá. — Los franceses que poblaron la Nueva Francia o Canadá y los ingleses que hicieron lo propio en Norte América, nunca se miraron con buenos ojos. Recíprocamente se desconfiaban y se temían, teniendo motivo para esto no sólo en la rivalidad que mantenían las respectivas naciones de su procedencia, sino a un en la diferente organización que se habían dado.

Mientras en Norte América habían predominado los conceptos democráticos, cual lo hemos visto, en el Canadá Francia había establecido como sistema el absolutismo de los señores. No eran propiamente colonias las del Canadá, sino feudos. Cada concesionario era señor indiscutido de vidas y haciendas en su respectiva zona territorial. Uno de los gobernadores del Canadá, M. de Fontenac, procuró obtener en 1672 la autorización correspondiente para establecer una asamblea o congreso de los colonos canadienses que interviniera cuando menos en lo legislativo; pero opúsose a este proyecto el primer ministro Colbert y, ya adversamente impresionado al respecto Luis XIV, no hubo después cómo modificar en él ese estado de opinión. Agregando a la situación de las colonias canadienses que fluye de las anteriores líneas, los monopolios con que complicaba la vida económica de ellas la ostentosa y corrompida corte de esos días, se comprenderá sin esfuerzo por qué a fines del siglo XVII el Canadá sólo tenía una población de doce mil almas, cuando la de las colonias inglesas excedía de los cien mil habitantes.

A medida que se intensificaba por el estado de la política internacional, la aversión que se profesaban ingleses y franceses, cobraban cuerpo, como fácilmente se imaginará, las diferencias y los antagonismos entre los colonos de Norte América y los del Canadá.

Primeros choques. — Los primeros choques se produjeron en 1669 y 1670, con participación del elemento indígena en favor de los dos bandos. Los colonos de Norte América viéronse apoyados por los indios iroqueses en las hostilidades que llevaron a la fortaleza canadense de Louisburg; y los del Canadá se aliaron para la defensa con las tribus del Illinois. Louisburg cayó en 1745 en poder de los ingleses; mas tuvieron luego que devolverla, con lo que parecieron desaparecidos para el porvenir los motivos de desavenencia.

El caso de la "Compañía de Ohio". — Pero algún tiempo después la "Compañía de Ohio" apareció formando colonia en una zona que las autoridades francesas consideraban de su jurisdicción. Entablada la reclamación del caso por ese hecho, no la escuchó la compañía aquella, que persistió en su empeño de mantenerse allí. Los franceses, entonces, atacaron la población de que hablamos y, expulsando a sus moradores ingleses, se establecieron en ella.

Hazañosa aparición de Jorge Wáshington. — A la noticia de esta expulsión los colonos ingleses se exasperaron y levantaron un ejército, para dirigir el cual la metrópoli londinense envióles un militar de renombre: el general Braddock.

Asaltada por los ingleses la posición de que habían sido desalojados, sufrieron un grave rechazo: el propio general Braddock cayó mortalmente herido sobre el campo de la acción.

Todas las fuerzas que habían presentado los ingleses habrían sido destruídas o copadas, sin un joven de la Colonia de Virginia que había ido con Braddock y que, al caer éste, tomó el mando. Llamábase este joven Jorge Wáshington y con el tiempo se haría célebre. Por el sereno valor de Washington y las atinadas órdenes que impartió, lo que restaba

del ejército de Braddock pudo llegar hasta la más próxima colonia inglesa, donde el joven capitán pudo compensarse de las amarguras que sufriera sabiendo que en otra parte del Canadá, la denominada Nueva Escocia, el éxito de los colonos ingleses había sido completo, no habiendo quedado por allí un solo colono francés.

"Louisburg", "Lake George" y "Crown Point". — Pitt, que gobernaba a Inglaterra, comprendió que para doblegar a Francia era forzoso asestarle un golpe de muerte en sus posesiones del Canadá y, a tal efecto, formó un poderoso ejército que transportó a la América del Norte, donde por su orden habíanse también organizado considerables fuerzas.

Sobrevinieron, con este motivo, una serie de acciones de guerra, ora favorables, ora adversas a los ingleses, las más famosas de las cuales fueron: la de "Louisburg", fortaleza importante que perdieron los franceses; la de "Lake George", en que los ingleses sufrieron una desastrosa derrota; y la de "Crown Point", posición fuerte que tomaron los ingleses obligando con ello el retiro del general francés Montcaln a Quebec.

El Gibraltar canadense y su caída. — Quebec era el Gibraltar de los franceses del Canadá. Edificada esa ciudad sobre una roca elevadísima que estaba poderosamente artillada, y aislada por los ríos San Lorenzo y San Carlos, con pocas fuerzas que la defendiesen podía considerársela inexpugnable. Mas es que su guarnición de 2.000 hombres, habíase reforzado con los 14.000 soldados del ejército de Montcaln. ¿Cómo, pues, podía pensarse en tomar por la fuerza a Quebec?

Esto, que no podía mirarse sino como una locura, fué lo que se propuso el general inglés James Wolfe.

En su primer asalto, que hizo con nueve mil hombres,

fué rechazado con enormes pérdidas, confirmándose así el criterio que reinaba sobre la imposibilidad de tomar a Quebec. Pero Wolfe, dentro de un físico que sólo sugería la idea de la debilidad, poseía una fortaleza extraordinaria, ayudada por una gran tenacidad. Maduró un nuevo plan, combinado, por supuesto, a base de heroicidad; y este plan, que lo arrebató a la vida, lo hizo nacer a la gloria.

Dividiendo su ejército en dos cuerpos, hizo que uno de éstos atacara la plaza por su frente: un ataque vigoroso en el que no importara lo que se perdiese, a condición de conseguir que entraran a contrarrestarle la mayor parte de las fuerzas de Montcaln. Mientras el primero de los cuerpos mencionados se batía, él, Wolfe, se dejó arrastrar con sus soldados restantes por la corriente del río San Lorenzo, hasta la base misma de las formidables baterías que coronaban la máxima altura de la ciudad. Allí Wolfe y sus acompañantes treparon hasta la cúspide somo gatos y, cuando fueron sentidos, ya estaban en ella soldados suficientes para presentar combate, de suerte que los defensores de Quebec se vieron atacados por el frente y por la espalda a la vez. Montcaln hizo prodigios para dominar la situación que le sobrevino, pero el pánico se apoderó de gran parte de su tropa y la derrota se pronunció de su lado, salvando sólo en ella el honor.

Los dos generales combatientes, Montcaln y Wolfe, quedaron mortalmente heridos en este asalto, circunstancia por la que puede juzgarse de la intrepidez con que fué llevado y del denuedo con que se le resistió.

Trascendencia americana y consecuencias del tratado de París. — Caída Quebec, no tardó en ocurrir igual cosa con Montreal y todo el resto del Canadá, imperio colonial francés en el continente americano que pasó desde entonces a la historia, puesto que el tratado de París no fué, para Ingla-

terra, sino la sanción de lo que habían conquistado en la región referida sus soldados.

Además del Canadá, obtuvo Inglaterra otras posesiones por el tratado de París. Obtuvo, por ejemplo, la de la Florida, cedida para el efecto por España a cambio de la devolución de Cuba, que habían tomado en la guerra los ingleses.

Como indemnización por el sacrificio que comportaba la entrega de la extensa y valiosa posesión de la Florida, Francia renunció en favor de España a los derechos que tenía sobre la Louisiana, la cual, sin embergo, no quedaría mucho tiempo bajo el pabellón español.

Fueron las enumeradas, las consecuencias del tratado de París.

En cuanto a la trascendencia de éste, fluye del hecho de haber quedado únicamente Inglaterra dominando en el Norte de América, de donde había de resultar que para independizarse ella, cuando le llegara su momento, no tendría que luchar sino contra una nación, poderosa empero una sola, de las que componían entonces, la Europa civilizadora y dominadora.

RESUMEN

El sucesor de don Juan Torres de Vera y Aragón, último Adelantado del Río de la Plata, fué don Hernando Arias de Saavedra. Era criollo, habiendo nacido en la Asunción del Paraguay; descendía de personas de calidad; se había ya destacado por su inteligencia y energía y estaba casado con una hija de don Juan de Garay, lo que dió para la elección, que practicó en la Asunción un Cabildo abierto, el apoyo de todas las personas que con Garay habían figurado y gobernado.

El primer gobierno de Hernandarias, que así había unido la costumbre los dos apellidos del electo, sólo duró un año y días. Tan breve período de tiempo bastó, sin embargo, para revelarlo a Hernandarias como un funcionario amante del orden y celoso del bien común. En este su primer gobierno obtuvo Hernandarias el establecimiento de las "misiones guaraníticas" que fueron más tarde las célebres "Reducciones" de la Compañía de Jesús.

Disgustado el Virrey del Perú por el nombramiento que se había hecho de Hernandarias sin consultarlo a él, dispuso que entre tanto llegasen órdenes que pedía a la Corona, desempeñase el gobierno del Río de la Plata don Fernando de Zárate, que era a la sazón gobernador del Tucumán. Zárate dejó de su paso por Buenos Aires el recuerdo del Fuerte primero que tuvo esta ciudad, construído por su iniciativa en previsión de un ataque de los corsarios holandeses. Las órdenes que el Virrey del Perú pidiera a la Corona llegaron con la persona de don Diego Rodríguez de Valdez y de la Banda, nombrado gobernador en propiedad, quien murió a los once meses de llegado al Río de la Plata. A su fallecimiento asumió el mando su teniente general don Francés de Beaumont y Navarro. Ninguno de estos dos gobiernos se hizo notar por iniciativas dignas de mención.

Muerto Beaumont y Navarro al año y ocho meses, volvió a recaer el gobierno en Hernandarias, esta vez nombrado por la Corona. Este segundo período del ya eminente criollo se prolongó por espacio de cinco años y se caracterizó por una serie de expediciones importantes que se or-

ganizaron contra los salvajes, a fin de librar de ellos a los territorios de la Asunción, Santa Fe y Buenos Aires.

Los intereses considerables que hiriera Hernandarias al gestionar y obtener el establecimiento de las misiones jesuíticas, que sacaban a gran número de indígenas del poder abusivo de los encomenderos, golpearon a las puertas de la Corona y no cejaron hasta que ésta resolvió quitarle el gobierno al gran criollo e informarse de su comportamiento. Su reemplazante, don Diego Marín de Negrón, no se dejó dominar empero, por aquella grita de intereses heridos, e informó como era debido a la Corte de Madrid, la cual ordenó que el Virrey del Perú nombrase un visitador oficial que tomase juicio de lo que hacían los encomenderos y corrigiese lo que estuviese mal. El visitador fué don Francisco de Alfaro, autor de las célebres ordenanzas que llevan su nombre, por las que fué suprimido el servicio personal de los indios, en cuanto implicaba una especie de esclavitud de los mismos respecto del encomendero; se estableció bajo formas prácticas la obligación de adoctrinarlos en la religón e instruirlos y formarlos para los trabajos de su predilección; y se limitó a lo mínimo el tributo que aquellos pobres infelices debían pagar a la Corona.

Las ordenanzas de Alfaro habían dado la razón a Hernandarias en la cuestión que le promovieran los encomenderos y el prestigio que esto trajo sobre su persona hizo que se impusiese nuevamente su candidatura al gobierno, cuando vacó él por muerte de Marín de Negrón. En este tercer período preocupóse Hernandarias con especialidad de la situación de los colonos, a los que en buen número visitó personalmente en procura del conocimiento de lo que precisaban y anhelaban. Preocupado con los peligros que corría Buenos Aires de ser atacada por corsarios holandeses, formó una escuadrilla; la primera de que existe memoria entre nosotros. Por último, en este tercer período propuso Hernandarias a la Corte la división del antiguo Adelantazgo del Río de la Plata en dos gobernaciones: la del Guayrá o Paraguay, comprendiendo la Asunción, Guayrá o Ciudad Real, Villa Rica y Santiago de Jerez; y la de Buenos Aires o del Plata, comprendiendo Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Concepción del Bermejo.

Aprobada esta división, vinieron de España nuevos funcionarios para las dos gobernaciones. El primero que llegó fué don Diego de Góngora, gobernador de Buenos Aires. Entregándole Hernandarias la autoridad pasó a la Asunción, donde gobernó hasta que llegó el titular de allí, don Manuel de Frías. Hernandarias se radicó después en Santa Fe ciudad en la

que pasó el resto de sus días hasta 1634, en que falleció rodeado de la más grande consideración pública.

El monopolio establecido por España para sus posesiones de América no podía ser rigurosamente mantenido sobre las dilatadísimas y despobladas costas de ellas. Junto con el monopolio, pues, podemos decir que nació el contrabando. En el Río de la Plata quienes lo realizaban eran los portugueses e ingleses. A fin de tener un fondeadero para los barcos que contrabandeaban, fundaron los primeros la Colonia del Sacramento, frente a Buenos Aires. Viendo el gobernador de esta ciudad don José de Garro que con tal fundación no solamente se consolidaría el contrabando sino que obtendría Portugal base para discutir los derechos de España sobre la banda oriental del Río de la Plata, y como no prosperasen las reclamaciones que por su iniciativa se hiciesen desde España, atacó un buen día a la Colonia y la tomó. La corte de Madrid, accediendo a exigencias de Portugal, destituyó al gobernador, ordenó la devolución de la plaza rendida y reconoció por el tratado de Alfonza la legitimidad de la posesión de la Colonia por los portugueses. Portugal estaba, en ese momento, en buena amistad con España. Pero tres años más tarde, en 1704, esta amistad se interrumpió. La corte autorizó entonces hostilidades contra la Colonia, a la que rodeó y sitió, hasta rendirla nuevamente, el sargento mayor don Baltasar García Ros. Promovido éste por la antecedente hazaña a gobernador de Buenos Aires, pudo contemplar a la Colonia durante varios años bajo la soberanía española. Empero por el tratado de Utrecht quedó una vez más la Colonia como pertenencia de Portugal, nación que se recibió de ella el 11 de noviembre de 1716, teniendo que hacer el sacrificio de la entrega el propio García Ros.

Don Bruno Mauricio de Zabala, sucesor de García Ros, expulsó a los portugueses de otras zonas de la banda oriental que intentaron ocupar ellos, malgrado el compromiso que contrajeran de limitarse a la Colonia; y, para dificultar las tentativas de esa especie, levantó un reducto fortificado por las inmediaciones del Cerro que sugiriera a un soldado de Solís la exclamación de "montem video". Este reducto fué la base de la fundación que posteriormente, el 20 de diciembre de 1729, hizo el mismo don Bruno Mauricio de Zabala, de la ciudad de Montevideo. El gobierno de Zabala duró 17 años, siendo siempre este funcionario un elemento moderado que ejercitó su influencia en bien de la concordia y la puso invariablemente al servicio de la paz.

A la muerte de don Bruno Mauricio de Zabala, la Corona nombró gobernador de Buenos Aires a don José de Andonaegui, a quien le tocó

afrontar la guerra guaranítica. Los pueblos misioneros que se resistieron a pasar a la soberanía portuguesa, cual lo había pactado España, fueron al fin dominados por Andoneagui; pero, al suceder esto, ya España no tenía el interés de otro momento en el cumplimiento de aquel pacto y ya Andonaegui había dejado de ser persona grata a la Corte de Madrid, que le acababa de reemplazar en el gobierno de Buenos Aires.

Fué el substituto, don Pedro de Ceballos. Gobernando éste durante cerca de diez años, hizo una administración tranquila que le valió grande concepto.

Ceballos dejó la gobernación de Buenos Aires para hacerse cargo de la de Madrid y en ella estaba cuando por real cédula de 8 de agosto de 1776 fué erigido el virreynato del Río de la Plata con los territorios que hoy constituyen la República Argentina, la Oriental del Uruguay, la de Paraguay, la de Bolivia y la provincia actualmente brasileña de Río Grande. A la dificultad de gobernar un virreynato tan extenso, añadíase el momento de la política internacional, con Portugal aliado de Inglaterra y en guerra de consiguiente con España: Portugal, al que España, como consecuencia de la anulación del tratado de permuta, había devuelto la Colonia del Sacramento. Requeríase un hombre de prestigio y de condiciones para el nuevo puesto de Virrey y la Corona creyó hallarlo en Ceballos, que ya se había conducido tan bien como gobernador de Buenos Aires.

Ceballos, encumbrado a Virrey del Río de la Plata, salió de Cádiz en noviembre de 1776, al frente de una expedición compuesta de 116 buques que conducían 9.000 soldados. Deteniéndose en la isla Santa Catalina, expulsó de ella a los portugueses. Pasando luego a Montevideo, atacó Río Grande por medio de don Juan José de Vértiz, gobernador que había sido de Buenos Aires hasta la creación del Virreynato. Mientras Vértiz rendía las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel y se internaba en Río Grande, Ceballos presentóse delante de la Colonia y la volvió una vez más al dominio español. Como a raíz de esto tuviera noticia Ceballos de que España e Inglaterra habían concertado la paz por el tratado de San Ildefonso, suspendió todo ulterior avance y esperó. El tratado de San Ildefonso no fué tan favorable para Portugal como el de permuta de 1750; pero lo que no contuvo su texto diéronse maña para conseguirlo los comisarios demarcadores portugueses. Portugal consiguió que se reconociese su dominio sobre las provincias de Río Grande y Santa Catalina con los siete pueblos de Misiones que le habían sido antes cedidos. El Virrey Ceballos buscó compensación a estas ingratitudes de la fortuna en el impulso

de todas las fuerzas de vitalidad que en el Río de la Plata existían. Arregló la administración, aseguró las fronteras, consintió la entrada de manufacturas extranjeras en cierta medida, gestionó y obtuvo el establecimiento de una Real Audiencia en Buenos Aires y sometió al Rey un plan de organización administrativa del que resultó la división del Virreynato en las ocho Intendencias que encontró en el Río de la Plata la revolución de Mayo, cuando sobrevino.

Llamado Ceballos a España donde moriría al poco tiempo, sucedióle don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa, que realizó la expulsión de los jesuítas y que fué también quien expulsó a viva fuerza a los ingleses de las Islas Malvinas, las que sin embargo la Corona, como en los casos de la Colonia, volvería a entregar a Inglaterra.

No hay en la historia colonial del Río de la Plata obra que se destaque tanto, para la mirada de los estudiosos, como la que los RR. PP. de la Compañía de Jesús tuvieron a su cargo con las célebres "Reducciones", durante dos siglos aproximadamente, el XVII y casi todo el XVIII. El primer obispo del Tucumán, Fray Francisco de Victoria, fué quien hizo que las Misiones que los jesuitas habían establecido en el Paraguay se extendieran a nuestros actuales territorios misioneros y zonas próximas del Uruguay y el Brasil. Los jesuitas obtuvieron de la Corona española franquicias para establecer "doctrinas" entre los indígenas, con arreglo a un sistema de dirección que si no podría realizar el ideal del gobierno en una de las poblaciones civilizadas de nuestros días, señala en aquella época una diferencia inmensa respecto del sistema de los "encomenderos", en que los pobres indica eran explotados y diezmados con una crueldad inaudita. En el actual Paraguay abarcaron las misiones jesuíticas todo el territorio comprendido entre los ríos Tebicuarí y Paraná; en la actual República Argentina, el territorio de Misiones y parte del Norte de la provincia de Corrientes; en el Brasil, gran parte de lo que hoy constituye el Estado de Río Grande; y en el Uruguay, su zona intermedia entre las misiones que había en nuestra patria y la dicha provincia de Río Grande. A fines del siglo XVII la población de las Reducciones fué de 60.000 almas; a principios del XVIII, de 103.690; en 1717, de 121.168. En el año de la expulsión, la población de las Reducciones había decrecido mucho por guerras y pestes, siendo sólo de 93.191 habitantes. En cada Reducción había por lo menos dos jesuitas, que se distribuían la dirección de ella en el sentido espiritual y temporal o terreno. Dividíase la tierra en las Reducciones, mediante la asignación a cada jefe de familia de un lote que recibía con la sola restricción de no poder transmitirlo. Le eran facilitados tam-

bién, en las mismas condiciones, los animales y las herramientas. Una porción de la tierra de cada Reducción era reservada para ser sembrada de cereales, legumbres y algodón con el trabajo escalonado de los indígenas. El producto de esta porción proveía a las necesidades de la Iglesia y las de los impedidos, los enfermos, las viudas, los huérfanos y los niños de ambos sexos. Cada jefe de familia era dueño de la cosecha que obtenía en la tierra de su respectiva adjudicación, bien que se la administrase la Dirección de la Reducción. La porción de tierra que se adjudicaba a los jefes de familia se llamaba "Abamba", o propiedad particular; y la reservada para el culto y los impedidos, etc, tenía el nombre de "Tupamba", o posesiones de Dios. Cierta desconfianza que suscitó en el monarca y sus ministros la conducta de los jesuitas con motivo de la resistencia de los indígenas de las Reducciones al cumplimiento, en la parte que les tocaba, del tratado de permuta de 1750 entre España y Portugal, unida al extraordinario incremento que había tomado un filosofismo enemigo de toda dominación de índole religiosa, por benéfica que fuese, hicieron que se aprovechara la supresión decretada por la Santa Sede de la Compañía de Jesús para expulsar de América a los directores de las Misiones jesuíticas. El 17 de marzo de 1767 firmó Carlos III una real orden por la que desterraba a los jesuitas de todos los dominios españoles, suceso que ese monarca y su ministro Aranda venían preparando desde el año anterior, motivo por el cual había sido enviado al Río ed la Plata, con el encargo de asumir el gobierno, don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa. Bucarelli había puesto todo cuidado para que no trascendiera la noticia de la expulsión, que debía realizarla el 21 de julio en Buenos Aires y el 22 en Corrientes, Córdoba, Santa Fe y Montevideo. Pero el 2 del mes mencionado llegaron a Buenos Aires dos barcos de España cuyos tripulantes sabían lo que allí acababa de hacerse con la Compañía de Jesús. Ante el peligro de que, divulgándose la noticia, se previnieran los jesuitas del Río de la Plata, Bucarelli anticipó la ejecución de la real orden, que se verificó en Buenos Aires el 3 de julio a las 2 y media de la mañana y sucesivamente en las Reducciones del Paraguay, el Uruguay y el Tucumán. De los colegios de Méjico y de Chile fueron expulsados los jesuitas en el mismo año 1767, en junio y agosto, respectivamente. Por la detención de todos los jesuitas del Río de la Plata, sin que tuvieran ellos de esto ni noticia ni sospecha, y por la simultánea incautación de sus bienes y papeles, quedó en evidencia la patraña que se había echado a rodar y según la cual los jesuitas habían logrado reunir fabulosas riquezas Todo les fué requisado y revisado y lo que se encontró fué un sistema administrativo que no dejaba rendimientos para sus directores desde el punto de vista del interés pe-

cuniario y que acreditaba, sí, beneficios reales de consideración para los núcleos indígenas.

La cuestión de límites con Portugal, que por el tratado de permuta de 1750 pudo considerarse solucionada, retornó a su momento inicial al ser anulado dicho tratado. La Colonia que le había sido cedida a España a cambio de una extensa faja territorial que comprendía gran parte de las misiones jesutíicas, volvió, pues, a poder de Portugal y los pueblos misioneros quedaron, cual tan briosamente manifestaron quererlo, bajo la soberanía de España. Pero ni los españoles de América se conformaban con que hubiera una zona de dominio portugués en la otra banda del Plata, ni Portugal estaba satisfecho con lo que poseía, que era hasta entonces solamente la Colonia.

La política europea desde el tratado de Utrech hasta el de Paris, obedeció a las exigencias que suscitaron: 1º la obra de Pedro el Grande en Rusia que, completada por Catalina II, conquistó para esta nación el rango de gran potencia; 2º la de los Hohenzollern que creó a Prusia, si menos fuerte no menos nimbada que la anterior por la gloria guerrera; y 3º la rivalidad entre Francia e Inglaterra, con la lucha que originó entre estas dos naciones para su destrucción recíproca. Esta lucha fué favorable a Inglaterra hasta el punto de entregarle el dominio de los mares, con lo que adquirió el señorío del globo. En ella no solamente quedó abatido el poderío naval de Francia y España, sino que la primera de estas naciones vió atacadas por los ingleses sus posesiones del Canadá, con una porfía que hizo forzoso al fin el rendimiento de Quebec y Montreal.

La trascendencia americana del tratado de Paris estuvo en la sanción que ese tratado importó de la caída, impuesta por las armas inglesas, del imperio colonial de Francia en América; y fueron sus consecuencias, además del referido hecho y el señorío de los mares adquirido por Inglaterra y ya mencionado, la cesión de la Florida que le hizo España a cambio de la devolución de Cuba, que habían tomado en la guerra los ingleses.

CAPITULO XII

VIDA VIRREYNAL EN EL RIO DE LA PLATA

El Virreynato de Buenos Aires: porqué fué creado. — Dimos ya cuenta del momento en que Carlos III creó el virreynato de Buenos Aires o del Río de la Plata. No empero así, de sus motivos.

Fueron éstos, por una parte, lo inmenso del Virreynato del Perú, a que pertenecía todo el Río de la Plata, con los inconvenientes graves que de aquí se derivaban para el buen gobierno; y, por la otra, el deseo de oponer a los portugueses, que habían creado el Virreynato del Brasil, una autoridad próxima de la misma jerarquía.

Las reformas de los monarcas de la dinastía de Borbón. — Para formar el Virreynato de Buenos Aires o del Río de la Plata, fueron reunidas la provincia de aquel nombre, las de Paraguay y Tucumán, la presidencia de Charcas, el territorio de Cuyo y la costa patagónica. Centralizó con esto Carlos III el gobierno de sus posesiones americanas del Sur y aseguró la jurisdicción de las vastas costas del Atlántico abandonadas hasta entonces a la amenaza extranjera.

Límites, clima y división política del Virreynato de Buenos Aires. — Los límites del nuevo Virreynato se extendieron desde los 10 y ½ grados de latitud Sur, más allá de la

rama de montañas de donde bajaban hacia el Norte los ríos Berú y Guaporé, hasta la Tierra del Fuego; y desde las cordilleras de los Andes hasta las serranías por donde corren los más altos afluentes del Paraguay, del Paraná y del Uruguay, terminando en la boca por donde el río Grande de San Pedro desagua en el mar.

"Este territorio —dice Domínguez— equivalente a la cuarta parte de toda la América del Sur, comprendía el más hermoso sistema fluvial del mundo y podía competir por su fertilidad, riqueza y bellezas naturales con el mejor imperio del universo. Encerraba seis de los siete climas o zonas isotermas en que Humboldt ha dividido el globo; desde la región donde florece la canela y la especería, hasta más allá de la región de los cereales; de manera que producía todo lo que el hombre necesita para su subsistencia, su comodidad o su deleite. Una nave que levantase el ancla en el Alto Paraguay o en la parte superior del Bermejo, podía venir recogiendo los más ricos productos de la tierra: café, cascarilla, algodón, plata, cobre, grana, añil, azúcar, tabaco, maderas de todas clases, vinos y todos los frutos de la ganadería y la agricultura".

La división política del Virreynato de Buenos Aires o del Río de la Plata, llegó a comprender en 1803 las intendencias, presidencias, gobiernos y comandancias siguientes:

Intendencia de Buenos Aires. Capital del Virreynato y de la Intendencia, con los partidos de Santa Fe, Corrientes, Montevideo, Maldonado, Carmen de Patagones y costas patagónicas, San Miguel, Yapeyú y Concepción de Misiones.

Presidencia de Charcas. Capital La Plata o Chuquisaca, con los partidos de Yamparaes, Tomina, Pilaya y Oruro.

Intendencia del Paraguay. Capital Asunción, con los partidos de la Candelaria, Santiago, Villa Rica, Curuguaty y Villa Real.

Intendencia de Potosí. Capital la imperial villa del mis-

mo nombre, con los partidos de Porco, Chayanta, Chichas, Tarija, Lipes y Atacama.

Intendencia de La Paz. Capital la ciudad del mismo nombre, con los partidos de Sicasica, Pacages, Omasuyos, Larecaja, Chulumani y Apolobamba.

Intendencia de Cochabamba. Capital la ciudad del mismo nombre, con los partidos de Santa Cruz de la Sierra, Valle Grande, Valle de Chillón, Mizque, Clisa, Arque, Tapacari, Hayopaya y Pacaba.

Intendencia de Córdoba del Tucumán. Capital la ciudad de Córdoba, con los partidos de Mendoza, San Juan, San Luis y Rioja.

Intendencia de Salta del Tucumán. Capital la ciudad de Salta, con los partidos de Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, Jujuy, Nueva Orán y Puno.

Gobiernos. Provincias de Mojos, de Chiquitos, y 30 pueblos de Misiones guaraníticas y de Misiones de Montevideo.

Comandacias. Santa Fe de la Vera Cruz, San Juan de Vera de las Siete Corrientes, Fuerte de Santa Teresa, Plaza de la Colonia, Ensenada de Barragán, Establecimiento del Carmen de Río Negro, Isla y Presidio de Martín García e Isla y Presidio de la Soledad en Malvinas.

Poco después de 1803 se le suprimió al Virreynato del Río de la Plata la Intendencia de La Paz, agregándola al Virreynato del Perú.

Esta división política del Virreynato de Buenos Aires o Río de la Plata, duró hasta la revolución de Mayo de 1810.

La última iniciativa del Virrey Ceballos, triunfa después de retirado él de la escena. — La última iniciativa del Virrey Ceballos, había sido una proposición que hiciera a la Corona en el sentido de que el puerto de Buenos Aires fuera

habilitado para el comercio, mediante la derogación previa de los privilegios de que gozaba el de Cádiz.

Claramente había vislumbrado aquel esclarecido Virrey, el crecimiento y la prosperidad que para estas regiones sobrevendrían inmediatamente que fueran libradas de las trabas que les impedían comerciar. Los hechos corroboraron tales previsiones al poco tiempo de expedido por España el "Reglamento o Pragmática del Comercio libre", lo que ocurrió el 12 de Octubre de 1778, estando ya Ceballos retirado del escenario del Río de la Plata, empero habiéndolo probablemente alcanzado a saber, puesto que se hallaba en la madre patria y su fallecimiento se produjo tres meses después.

El reglamento del comercio libre: su implantación y sus efectos. — El Reglamento del Comercio libre abolió por completo el sistema de las flotas, autorizó el intercambio de mercaderías y productos entre veinte pueblos de América y otros tantos de España y rebajó los aranceles. Sus efectos podrán medirse por los datos que vamos a consignar a continuación.

Antes de la promulgación, sólo muy de tarde en tarde llegaba algún barco al puerto de Buenos Aires. Cuatro años después de puesto en ejecución ese Reglamento, entre 1792 y 1795, arribaron al purto de Buenos Aires, procedentes de la península, 53 buques saliendo 47 de acá para allá, habiéndose recibido además varios cargamentos con procedencia de la Habana, de Guayaquil y del Callao.

El valor de las importanciones ascendió en el mismo período, a 7.879.968 pesos fuertes, sin computar el producto de la compañía de las pescas, que elevaba la cifra a más de ocho millones, quedando a favor del comercio local más de un tercio de su totalidad. Y el de las exportaciones importó cerca de cinco millones, constituídas principalmente estas exportaciones por productos del reino animal: cueros al pelo, de

toro, de caballo y curtidos, que tenían una demanda universal: lanas de carnero, que empezaban a ser apreciadas en Europa por su largura, y carne salada (tasajo) sebo, plumas y peleterías.

Por último, al dictarse el "Reglamento del Comercio Libre", la población de Buenos Aires, ciudad y campaña, comprendidas la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, no llegaba a 35.000 habitantes; y al finalizar el siglo XVIII, es decir, en un período aproximado de veinte años, esa población se quintuplicó, pues llegó a ser de 170.000 almas.

Los virreyes del Río de la Plata subsiguientes a Ceballos. — Desde Ceballos hasta el que encontró la revolución de mayo, fueron once los virreyes de Buenos Aires, es a saber: el dicho Ceballos, Vértiz, Loreto, Arredondo, Melo, Olaguer Feliú, Avilés, Del Pino, Sobremonte, Liniers y Cisneros.

Juan José de Vértiz y Salcedo. — Destácase entre ellos por su acción beneficiosa, don Juan José de Vértiz y Salcedo, que tomó posesión del mando, como Virrey, el 12 de junio de 1778. Decimos como Virrey, porque ya había ejercido la autoridad como gobernador de Buenos Aires. Se recordará que ocupaba este cargo, cuando vino al Río de la Plata con su formidable expedición don Pedro de Ceballos y que, como gobernador de Buenos Aires, tuvo la dirección inmediata de la campaña contra Río Grande que ordenara aquél.

Vértiz era americano y es una honra, para éstos, que hiciera el progresista gobierno que hizo.

El primer censo, el primer teatro, las primeras aceras, los primeros asilos (de mendigos, de huérfanos y de niños expósitos), así como la primera imprenta en la gran capital latina actual de la América del Sur bañada por el Río de la Plata, pertenecen a la iniciativa del Virrey Vértiz.

Se preocupó también este gobernante de la educación pública, para impulsar y mejorar a la cual hizo abrir el Real Convictorio Carolino o Colegio de San Carlos, organizándole renta bastante para que se costease su funcionamiento; y le tocó presidir el florecimiento económico que sobrevino para el Río de la Plata con el "Reglamento del Comercio Libre".

Cúpole también a Vértiz la ejecución de la Real Ordenanza de Intendentes que se expidió en Madrid el 28 de enero de 1772, y por la cual se dividió el gobierno del Virreynato en las ocho intendencias que tenía cuando desapareció; y, por último, le fué dado fomentar algunas exploraciones importantes, como las de don Juan de la Piedra y don Francisco y don Antonio de Biedma, que recorrieron las costas del Sur y fundaron a Carmen de Patagones; la del piloto Villarino, que recorrió los ríos Colorado, Negro y Limay y la del franciscano R. P. Morillo, que navegó el río Bermejo entre Corrientes y Orán.

García de Olalla y Sánchez, marqués de Loreto. — Vértir se retiró del gobierno por su voluntad y pidiendo a la Corte el juicio de residencia, esto es el examen y verificación de sus procederes durante los años que ejerciera el poder. Eximido del juicio de residencia por considerarlo el monarca a Vértiz, según los honrosos términos de la respectiva resolución, "superior a toda sospecha", fué reemplazado por don Nicolás García de Olalla y Sánchez, marqués de Loreto.

Alrededor de cinco años permaneció éste en el gobierno de Buenos Aires, tiempo con el que no guarda relación lo que hizo, que aparte de algunas disputas un tanto ruidosas, fué muy poco.

En el período del marqués de Loreto se instaló en Buenos Aires la Real Audiencia que gestionara y obtuviera Ceballos y se iniciaron los trabajos de demarcación de los límites

de España y Portugal en esta zona de América, con cuyo motivo llegaron al Río de la Plata algunos hombres que alcanzarían alto concepto y renombre.

Nicolás de Arredondo. — Sucedió al marqués de Loreto don Nicolás de Arredondo, gobernador que había sido de Cuba y que fué sorprendido por el nombramiento de Virrey del Río de la Plata en viaje para América, donde habíale sido confiada la presidencia de Charcas.

Arredondo tomó posesión del Virreynato el 4 de diciembre de 1789 y consagró preferentemente su atención a las mejoras de índole municipal, que diremos, como el empedrado de las calles, que se hizo bajo su administración.

Fué también iniciativa de Arredondo la del Tribunal del Consulado, creado por la Corona a su pedido para fomento de la agricultura, el comercio y la industria. En este tribunal actuó como secretario, preparándose para su futura prominente actuación, uno de nuestros próceres: el entonces joven don Manuel Belgrano.

Otro título al recuerdo que tiene el gobierno de don Nicolás de Arredondo, es el de haber aumentado las franquicias del Reglamento del Comercio libre permitiendo a los barcos ingleses que llegaban a nuestras costas con carga de esclavos, el retorno a los puntos de su procedencia llevando frutos de nuestro país. Con este motivo, la sola exportación de nuestros cueron alcanzó la cifra de un millón por año.

Arredondo interesóse, finalmente, en el aumento de la población de nuestras costas patagónicas, para cuyo efecto prestó toda la cooperación que pudo a la organización y el desarrollo en ellas de la pesca de la ballena.

Pedro de Melo Portugal y Villena. — El Virrey que subsiguió a don Nicolás de Arredondo, fué don Pedro de Melo Portugal y Villena.

Llegaba del Paraguay, al que había gobernado durante nueve años y tenía el grado militar de teniente general. Por lo primero, pudo esperarse que la acción del nuevo Virrey dejase honda y provechosa huella.

En el gobierno de don Pedro de Melo no hay, sin embargo, sino un hecho que merezca no ser envuelto en el olvido. Nos referimos a la organización que se hizo entonces, de una escuadrilla de guerra en previsión de algún posible ataque de los ingleses, escuadrilla cuyo mando fué confiado a un marino extranjero que estaba hacía tiempo al servicio de España: el capitán de navío don Santiago de Liniers y Bremond.

Antonio Olaguer Feliú. — El fallecimiento inesperado de don Pedro de Melo Portugal y Villena, puso en vacancia al Virreynato. ¿Quién debía gobernar? Por de pronto, hízose cargo de la autoridad el tribunal de la Real Audiencia. Mas se necesitaba un funcionario que mandase, no varios. Por resolución de la misma Real Audiencia, fué llamado a ejercer interinamente el gobierno quien seguía al Virrey en jerarquía: el subinspector don Antonio Olaguer Feliú.

Hallábase éste muy bien vinculado en Buenos Aires, no carecía de aptitudes y el tiempo que gobernó fué más o menos el de Melo: alrededor de dos años. Acaso, empero, por el carácter provisorio que su autoridad revistió, no se encuentra huella que haya durado de la acción al frente del Virreynato de don Antonio Olaguer Feliú.

Gabriel del Ferro, marqués de Avilés. — No el subinspector de ejército del Virreynato de Buenos Aires, sino el subinspector de igual clase del Virreynato del Perú, don Gabriel del Ferro, fué el sucesor de don Pedro de Melo Portugal y Villena y de Olaguer Feliú.

Junto con el nombramiento de Virrey del Río de la Plata, habíale llegado a del Ferro el título de marqués de Avilés que le otorgaba la Corona, en mérito a su conducta en la represión del alzamiento de Tupac Amarú.

Cuando refiramos este alzamiento, tendremos oportunidad de vislumbrar lo que premiaba el gobierno de Madrid con la distinción dicha. Según el sentir general de aquellos días, ratificado por el concepto que fluye del estudio de los hechos un siglo después de producidos, lo que premió el gobierno de Madrid con el marquesado fué la crueldad.

Contrastando con este antecedente, el gobierno del marqués de Avilés fué tranquilo y suave. No pareció ser mano de militar la que manejaba el timón de la autoridad, que se desvivió, no por sojuzgar las voluntades, sino por hacer adelantar a la ciudad en las veredas, el empedrado, los cercos de los solares, la limpieza y, por último, en su cuerpo de policía y los servicios públicos de ella.

Si hubiera durado más el gobierno del marqués de Avilés, habría probablemente competido con el de Vértiz; pero, iniciado el 14 de marzo de 1799 terminó el 20 de mayo de 1801 por haber sido trasladado quien lo ejercía al Virreynato del Perú.

Joaquín del Pino. — Reemplazó al marqués de Avilés en el Virreynato de Buenos Aires, el ex gobernador de Montevideo y de Chile don Joaquín del Pino y Rosas.

Produjéronse, bajo este gobierno, estímulos apreciables para la cultura de los espíritus. Así, la apertura de una cátedra de Anatomía bajo la dirección del doctor Fabre y las de Medicina y Química bajo la dirección del doctor Argerich, seguidas muy luego de una escuela de pintura y otra de idiomas.

Aparecieron también, por esta época, los dos primeros

periódicos de Buenos Aires: "El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata" y "El Semanario de Agricultura y de Comercio". Dirigió al primero el coronel Francisco Cabello y ni prosperó ni se acreditó. Dirigieron al último don Hipólito Vieytes y don Pedro Cerviño. "El Semanario de Agricultura y Comercio", reflejó con bastante verdad el espíritu de la ciudad y fué una tribuna digna, del pensamiento de los hijos de ella en la era colonial.

Rebelión de Tupac Amarú. — Entre las más grandes rebeliones de indígenas americanos, cabe colocar, sin temor de magnificarla en demasía, la que promovió y dirigió en el Perú José Miguel Condorcanqui, conocido en la historia por el nombre de Tupac Amarú

El número de los sublevados y lo que costó extinguir el movimiento después de vencido y muerto quien lo encabezaba, prueban que no se trató de un acto carente de serios motivos.

En realidad, la situación de la población indígena del Perú era intolerable. Si en el Río de la Plata, donde nunca los abusos pudieron adquirir el arraigo de las cosas largamente consentidas, los encomenderos se diferenciaron poco de los negreros del comercio esclavo, puede imaginarse lo que ocurriría en el Perú, al cual los cuantiosos rendimientos de la conquista llevaron en los días de Pizarro gran número de españoles de valimiento, con altas protecciones en la metrópoli, los que formaron una clase social casi omnipotente que, lejos de debilitarse, se consolidó con el tiempo.

Se recordará cómo estuvo España a punto de perder su propio dominio en el Perú, cuando quiso abolir el régimen de las encomiendas. De una parte por tal riesgo, que aconseió a los gobernadores no llevar hasta límites de mucha severidad las exigencias; y de la otra por la fuerza de la costumbre, los

naturales e indígenas del Perú quedaron convertidos en verdaderos siervos del europeo o español.

El origen y las calidades del jefe indígena. — Tupac Amarú, jefe de la rebelión, no tenía este nombre en la vida común y normal. En el pueblo de Tinta, donde naciera, ya hemos dicho que se llamó José Miguel Condorcanqui.

Gozaba de mucha consideración entre la población indígena, porque descendía de una de las familias más antiguas y conocidas del país, que entroncaba por el parentesco con los Incas.

Condorcanqui había hecho algunos estudios en colegios de los fundados en el Perú por los españoles, estando así en un nivel de cultura muy superior al de sus connacionales, sin que empero por esto haya de entenderse que estaba a la altura de los europeos ilustrados.

Poseía cierta inteligencia natural, que no había bastado, sin embargo, para matar en él la imprevisión y los infantiles ilusionismos característicos de las gentes de su raza.

Condorcanqui era, por último, joven y bien parecido: atraía con su presencia, lo mismo que con las calidades estimables que revelaba en su conversación.

Bandera que desplegó. — La situación por tantos conceptos aflictiva de sus hermanos de raza, tenía que encontrar eco compasivo en el alma de Condorcanqui. A él, el indígena más destacado de la región de Tinta, llegaban las quejas y las protestas con los acentos más implorantes. Ya hemos dicho que aquella situación de los indígenas peruanos estaba fundada sobre el abuso. Condorcanqui no podía dejar de verlo y desplegó, por lo tanto, una bandera justa cuando se hizo el portavoz de las reclamaciones aludidas.

Gestiones ante la Corona. — Relacionado Condorcanqui desde la época de sus estudios con hijos de conquistadores que tenían posición encumbrada en Lima, cabe inducir que le correspondiera parte en las denuncias de esa procedencia que llegaron entonces a la Corte, a propósito de la forma indignante como se exigía a los indígenas el servicio de la "mita" y como explotaban su exención o atenuación los Corregidores.

Esas denuncias no fueron desoídas y motivaron la destitución de algunos de los funcionarios acusados. Pero con actos parciales de esta naturaleza, no podía curarse un mal que se había extendido por todo el Virreynato y que databa de siglos.

La clase indígena siguió, pues, esclavizada en el Perú, a pesar de todas las gestiones que se hicieron ante el gobierno de Madrid.

El acto de rebelión. — Al hacerse cargo del gobierno en la región de Tinta, el Corregidor Arriaga, hizo gala del más grande menosprecio por los indígenas y autorizó toda clase de vejaciones para con ellos.

Tinta, ya lo hemos dicho, era la región donde había nacido Condorcanqui y allí residía él con su familia.

Si la conducta de Arriaga hubiese tenido como objetivo significar a Condorcanqui que no se le temía, los hechos que se subsiguieron demuestran que lo había comprendido así el jefe indígena, que ya no esperó sino en la fuerza.

Acercábase el cumpleaños de Carlos III y, con el objeto ostensible de celebrarlo, dió un banquete Condorcanqui, al que naturalmente fué invitada la autoridad principal del lugar: el Corregidor Arriaga. Ocurría esto el 4 de noviembre de 1780. En determinado momento, que había sido convenido, irrumpió en la sala una muchedumbre indígena y Arriaga y los suyos fueron presos.

Era la señal del levantamiento, confirmando el cual a los pocos días, en la plaza de Tinta, fué ahorcado el Corregidor.

Vencedor y frente al Cuzco. — Condorcanqui se proclamó libertador de su raza y, reivindicando la sucesión de los Incas, tomó el nombre de Tupac Amarú. Seguido por enormes indiadas, que surgían de todas partes para plegársele, derrotó fácilmente al coronel Landa que, juntando en Cuzco cuantas fuerzas pudo, salióle al paso para detenerlo.

Tupac Amarú habría penetrado en la ciudad de Cuzco y restablecido en ella la autoridad incásica, sin la actitud de resistencia enérgica que adoptó el Obispo Moscoso, bajo la impulsión del cual todo el elemento europeo que allí vivía se organizó y atrincheró.

Tupac Amarú contaba con gente sobrada para el asalto. Versiones autorizadas hacen ascender a 50.000 indígenas los que se habían levantado y tomado puesto a las órdenes del caudillo de Tinta. Mas éste no conocía las ventajas del pronto obrar. De todas partes llegábanle ecos de simpatía y noticias de pronunciamientos en su favor. Creyó que, esperando, todo el Perú se pondría de su lado, llegándole con ello el triunfo final sin esfuerzo; y ese esperar en la inactividad, fué su perdición.

La derrota inesperada pero que debía preverse. — Tupac Amarú comenzó a recibir, de improviso, ecos un tanto inquietantes. Sus bandas, en más de una parte habían sido resistidas y vencidas. Era la reacción que llegaba pasado el momento de la sorpresa, únicamente al amparo de la cual podía haber tenido éxito la tentativa de Condorcanqui.

Los contratiempos fueron creciendo por virtud de los excesos a que se habían entregado los mismos revoluciona-

rios, los cuales no distinguían entre europeos buenos y malos, sino que los atacaban y ultimaban a todos, de donde, como era consiguiente, surgió la acción defensiva conjunta de todos ellos.

Eran en esos días Virreyes, del Perú don Agustín de Jáuregui; y de Buenos Aires o el Río de la Plata, don Juan José de Vértiz. La revolución indígena, aunque estallada en el primero de estos Virreynatos, habíase propagado a varias provincias del segundo: el territorio boliviano de la actualidad. Jáuregui y Vértiz se dieron cuenta de que aquello debía ser ahogado con la mayor rapidez posible y enviaron fuerzas a las zonas de su respectiva jurisdicción, las del primero al mando del mariscal de campo don José del Valle, en cuya compañía fué puesto un comisario real que entonces se hallaba en el Perú, don José Antonio de Areche.

Cuando estas fuerzas se aproximaron a Cuzco, Tupac Amarú y sus parciales tomaron el rumbo de la región nativa del primero: la provincia de Tinta; y se fortificaron allí. Del Valle y Areche no temían a nada con los diez y siete mil soldados que habían podido poner sobre las armas y marcharon tras las huellas de los sublevados hasta chocar con ellos. Aunque los indígenas resistieron bravamente, tuvieron que ir cediendo terreno: primero los desfiladeros, luego las cumbres, por último el pueblo mismo de Tinta que llegó un momento en que les fué forzoso abandonar. Tupac Amarú que había rehuído hasta entonces la batalla campal, tuvo que darla y le fué desastrosa. En completa derrota buscó su salvación en la fuga, junto con los principales miembros de su familia.

El infortunado Condorcanqui no imaginó esta derrota, de la que no podría reponerse; pero es evidente que la mereció.

La mereció, porque al inmovilizarse frente a Cuzco no

estuvo a la altura de la posición a que le habían llevado los sucesos; y por la incomprensión, que se vió en las turbas peruanas, del único objetivo que podía justificar la producción de tanto trastorno y el derramamiento de tanta sangre: el derecho de todos, lo mismo indígenas que europeos, a vivir en paz y equidad.

Algo que no fué justo ni humano. — Pero no fué ni justo ni humano el comportamiento de los vencedores. Tupac Amarú, en su fuga, sufrió la traición de los que le acompañaban, que lo entregaron, en unión de sus más próximos parientes, a las autoridades.

Del comportamiento de ellas habla, mejor que todo comentario, la sentencia misma que recayó en la causa de Tupac Amarú.

Establecióse en ella que "el jefe indígena fuese arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presencie la ejecución de la sentencia que se diese a su mujer, a sus hijos, a su tío Francisco Tupac Amarú, a su cuñado Antonio Bastidas y a algunos capitanes y auxiliadores de su inicua y perversa intención o proyecto, los cuales han de morir en el propio día, y concluidas que sean estas sentencias, se le cortará por el verdugo la lengua y después amarrado o atado por cada uno de los brazos y pies con cuerdas fuertes, y de modo que cada una de éstas se pueda atar o prender con facilidad a otras que prendan de las cinchas de cuatro caballos; para que, puesto de este modo, o de suerte que cada uno tire de su lado, mirando a otras cuatro esquinas, marchen, partan o arranquen a una voz los caballos, de forma que quede dividido su cuerpo en otras tantas partes".

Puesta en ejecución esta sentencia, "no sé si porque los caballos fuesen muy fuertes o porque el indio fuese de fierro —dice un testigo ocular citado por Barros Arana— no pu-

dieron dividirlo, después que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenían en el aire en un estado que parecía una araña. El visitador Areche, movido de compasión, mandó que le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó".

El cuerpo de Tupac Amarú fué quemado; su cabeza la expusieron durante tres días ante el pueblo de Tinta, clavada en una pica; y los brazos y la piernas fueron exhibidos de la misma manera en distintas poblaciones.

Terminación del movimiento. — Con la ejecución de Tupac Amarú, no desapareció el movimiento que encabezara el. En todas partes donde pudieron siguieron luchando los indígenas y, particular y especialmente, en las provincias del Norte del Virreynato del Río de la Plata. Peleaban los infelices como desesperados, sin fijarse en la desproporción numérica, afrontando la muerte antes que entregarse prisioneros y no trepidando en promover inundaciones espantosas, mediante la rotura de diques de contención de las aguas, para destruir al europeo y lo europeo.

Si los que combatían en defensa de la Corona hubieran necesitado de excitantes, no cabe negar que se los habrían suministrado superabundantemente los indígenas con los extremos a que llegaron. Pero hay motivos para afirmar que les bastaba a los aludidos con su dureza natural de sentimientos. Si la sublevación tuvo excesos, la represión los superó.

El último jefe indígena en armas fué un hermano de José Miguel Condorcanqui, Diego Cristóbal, el cual cansado al fin de luchar acogióse en 1782 a los beneficios de un indulto general que habían dictado las autoridades españolas. Habiéndosele recibido juramento de fidelidad, buscóse poco después un pretexto para procesarlo y se le ahorcó, terminan-

do con este nuevo ingrato acto la famosa rebelión de Tupac Amarú.

Las comisiones de límites. — Por el tratado de San Ildefonso, habían convenido Portugal y España hacer la demarcación definitiva de sus límites en América. Trajo esto la natural designación de demarcadores y vinieron con tal motivo al Río de la Plata, enviados por el gobierno de Madrid, españoles muy caracterizados, de sólida preparación científica y hechos al propio tiempo a la diplomacia.

La tarea que hubieron de afrontar, fué vasta y compleja. Diez años aproximadamente, desde 1784 hasta 1794, requirió la demarcación de que hablamos, años sin duda ninguna provechosos para el desarrollo del espíritu cultural en Buenos Aires, porque el trato con los comisionados hizo percibir a las gentes el vacío colonial a tales respectos, preparando el terreno para las iniciativas de educación superior e inferior que luego sobrevinieron.

Alvear, Cerviño y Azara. — Los demarcadores que enviara España al Río de la Plata distinguiéronse, unos, por las exploraciones, como Pasos que reconoció el río Paraguay hasta Nueva Colombia, y como Zizur que recorrió el interior de la Patagonia; y otros por sus conocimientos matemáticos como Cabrer y Oyarbide, a cargo de los cuales estuvieron, en su mayor parte, los cálculos que sirvieron de fundamento a la demarcación.

Destacáronse, también con singular relieve: por su ilustración general y dotes de sugestión e influjo, don Carlos de Alvear cuyo hijo, el después general del mismo nombre y apellido, nació durante el desempeño de esta misión; por su ánimo emprendedor y su aptitud para organizar, don Pedro de Cerviño; y por su ciencia geográfica y su dominio de la

historia natural, a las que enriqueció considerablemente, el insigne don Félix de Azara, que levantó un mapa de nuestro territorio en ímproba labor de catorce años y que hizo profundas investigaciones sobre la fauna de nuestra América, describiendo muchas especies nuevas.

Creación del Consulado: cuestiones económicas. — En los últimos tiempos del coloniaje fué palenque de debates muy resonantes un tribunal de comercio creado en 1774, bajo el gobierno del Virrey Arredondo, con el título de "Consulado", con el objeto de que propusiera al Rey las medidas que considerase convenientes para mejorar y fomentar la agricultura las industrias y el comercio.

Los debates provinieron de la composición de dicho Tribunal, en el que había españoles y criollos, y de la cuestión del comercio libre que no pudo menos que plantearse con motivo de haber hecho imprimir un tratado de economía política, en que se preconizaba dicho sistema, el secretario del Tribunal de que hablamos, don Manuel Belgrano.

Era éste a la sazón un joven de muy despejada inteligencia, que ponía gran calor en aquello de que se convencía y que se había hecho un verdadero apóstol del comercio libre. Como los partidarios del sistema colonial, modificado cual había sido en el sentido de una cierta libertad, tenían en el Consulado un intérprete también de distinguidas condiciones, don Pedro de Cerviño, los debates a que nos hemos referido cobraron mucho vuelo y tuvieron honda repercusión en la sociedad colonial.

BIBLIOTECA NACIONAL

RESUMEN

Los motivos de la creación del Virreynato de Buenos Aires fueron, por una parte, lo inmenso del Virreynato del Perú, a que pertenecía todo el Río de la Plata, con los inconvenientes graves que de aquí se derivaban para el buen gobierno; y, por la otra, el deseo de oponer a los portugueses, que habían creado el Virreynato del Brasil, una autoridad próxima de la misma jerarquía.

Para formar el Virreynato de Buenos Aires fueron reunidas la provincia de este nombre, las de Paraguay y Tucumán, la presidencia de Charcas, el territorio de Cuyo y la costa patagónica. Los límites del nuevo virreynato se extendieron así, desde los 10 ½ grados de latitud Sur hasta la Tierra del Fuego; y desde la Cordillera de los Andes hasta las serranías por donde corren los más altos afluentes del Paraguay, del Paraná y del Uruguay.

El Reglamento del Comercio Libre, dictado el 12 de octubre de 1778, abolió por completo el sistema de las flotas, autorizó el intercambio de mercaderías y productos entre veinte pueblos de América y otros tantos de España y rebajó los aranceles. Sus efectos fueron benéficos en alto grado, porque merced a ese Reglamento tuvo el puerto de Buenos Aires un movimiento de cierta consideración que elevó la renta pública, favoreció el bienestar general y aumentó la población.

Desde don Pedro de Ceballos hasta el que encontró la Revolución de Mayo, fueron once los Virreyes de Buenos Aires, es a saber: el dicho Ceballos, Vértiz, Loreto, Arredondo, Melo, Olaguer Feliú, Avilés, Del Pino, Sobremonte, Liniers y Cisneros.

Don Juan José Vértiz y Salcedo destácase, entre ellos, por su acción beneficiosa. El primer censo, el primer teatro, las primeras aceras, los primeros asilos (de mendigos, de huérfanos y de niños expósitos), así como la primera imprenta entre nosotros, pertenecen a la iniciativa del Virrey Vértiz. Se preocupó también este gobernante de la educación pública, para impulsar y mejorar a la cual hizo abrir el Real Convictorio Carolino o Colegio de San Carlos.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Don Nicolás García de Olalla y Sánchez, marqués de Loreto, gobernó alrededor de cinco años, durante los cuales se instaló en Buenos Aires el tribunal de la Real Audiencia y se iniciaron los trabajos de demarcación de los límites de España y Portugal en esta zona de América, con cuyo motivo llegaron al Río de la Plata algunos hombres que alcanzarían alto concepto y renombre.

Don Nicolás de Arredondo consagró preferentemente su atención a las mejoras de índole municipal, que diremos, como el empedrado de las calles de Buenos Aires, que se hizo bajo su administración. Fué también iniciativa de Arredondo la del Tribunal del Consulado, creado por la Corona a su pedido para el fomento de la agricultura, el comercio y la industria. En este Tribunal actuó como secretario, preparándose para su futura prominente actuación, uno de nuestros próceres: el entonces joven don Manuel Belgrano.

Don Pedro de Melo Portugal y Villena llegó al Virreynato de Buenos Aires después de haber gobernado nueve años a la provincia del Paraguay. Pudo pensarse, por lo primero, que su acción dejase honda y provechosa huella. En el gobierno de don Pedro de Melo no hay, sin embargo, sino un hecho que merezca no ser envuelto en el olvido. Nos referimos a la organización, que se hizo entonces, de una escuadrilla de guerra, en previsión de algún posible ataque de los ingleses.

Don Antonio Olaguer Feliú fué solamente Virrey interino, en tanto la Corona nombraba el reemplazante de Melo, que había fallecido inesperadamente. Olaguer Feliú hallábase muy bien vinculado en Buenos Aires y no carecía de aptitudes: pero acaso por el carácter provisorio que su autoridad revistió, no se encuentran de su acción huellas que hayan durado.

Don Gabriel del Ferro, marqués de Avilés, se desvivió por hacer adelantar a Buenos Aires en las veredas, el empedrado, los cercos de los solares, la limpieza y, por último, en su cuerpo de policía y los servicios públicos de ella. Si hubiera durado más el gobierno del marqués de Avilés, habría probablemente competido con el de Vértiz; pero terminó a los tres años

Don Joaquín del Pino y Rosas, merece recuerdo por los estímulos apreciables que arbitró para la cultura de los espíritus. Merced a ellos se inauguraron varias cátedras, una de anatomía bajo la dirección del doctor Fabre, otras de medicina y de química bajo la dirección del doctor

Argerich y otras de pintura e idiomas. Aparecieron también, en esta época, los dos primeros periódicos de Buenos Aires: "El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata" y "El Semanario de Agricultura y Comercio". Este último reflejó con bastante verdad el espíritu de la ciudad y fué una tribuna digna del pensamiento de los hijos de ella en la era colonial.

Entre las más grandes rebeliones de indígenas americanos cabe colocar, sin temor de magnificarla en demasía, la que promovió y dirigió en el Perú José Miguel Condorcanqui, conocido en la historia por el nombre de Tupac Amarú. Nacido en Tinta, en el seno de una familia que entroncaba por el parentesco con los Incas, gozaba de mucha consideración entre la población indígena. Condorcanqui se alzó en armas como consecuencia del trato indignante que se daba a los indígenas en el servicio de la "mita". Cansado de protestar contra eso sin conseguir que se le escuchase, y visto que en Tinta el Corregidor Arriaga se condujo, al recibirse, en forma aún más abusiva que de costumbre, como si se hubiese querido demostrarle a él, Condorcanqui, residente allí, que no era nadie para quejarse y que no conseguiría con la protesta sino empeorar las cosas, pretextó una celebración del cumpleaños de Carlos III para reunir en un banquete a gran número de sus parciales y el Corregidor aquel también desde luego. Ocurría esto el 4 de noviembre de 1780. Ese banquete, que terminó con la prisión y muerte de Arriaga fué la señal del levantamiento Condorcanqui se proclamó libertador de su raza y, reivindicando la sucesión de los Incas tomó el nombre de Tupac Amarú. Llegó a tener bajo sus órdenes directas alrededor de 60000 indígenas; y hubo un momento en que no pareció posible su derrota por la generalización que alcanzó el movimiento. Pero, por una parte, los sublevados no distinguieron entre europeos buenos y malos y cometieron contra ellos todo género de crueldades, determinativas, como tenía que ser, de una defensa a que obligaba el instinto mismo de la vida; y por la otra, Condorcanqui no supo obrar con rapidez. Consecuencia: que cuando menos lo imaginó tuvo encima una reacción poderosa que, en definitiva, concluyó con él. A raíz de su última derrota, en los alrededores de Tinta, Condorcanqui se puso en fuga; mas, traicionado, cayó en poder de los representantes de la autoridad colonial, quienes lo condenaron a un suplicio horroroso, el descuartizamiento atado a cuatro caballos, luego de presenciar la ejecución de su esposa, sus dos hijos, su tío, su cuñado y —agrégase en la respectiva sentencia— "algunos capitanes y auxiliares de su inicua y perversa intención o proyecto". El cuerpo de Tupac Amarú fué quemado; su cabeza expuesta durante tres días en el pueblo de

Tinta, clavada en una pica; y los brazos y las piernas, exhibidos de la misma manera en distintas poblaciones.

Con motivo de la demarcación de límites pactada entre Portugal y España por el tratado de San Ildefonso, demarcación que requirió diez años de labor, recibió el Río de la Plata la visita de españoles de sólida preparación científica, cuyo contacto fué sin duda ninguna provechoso para el desarrollo del espíritu cultural en Buenos Aires. Destacáronse, entre ellos, por títulos diversos empero todos muy valiosos, don Carlos de Alvear, don Pedro de Cerviño y don Félix de Azara.

El Consulado fué un tribunal de comercio creado en 1774 con el objeto de que propusiera al Rey las medidas que considerase convenientes para mejorar y fomentar la agricultura, las industrias y el comercio. La importancia que tuvo este tribunal en los últimos tiempos del coloniaje proviene de que, estando formado por españoles y criollos, planteáronse en su seno debates ardorosos sobre el comercio libre, como abanderado del cual aparecía el secretario entonces del Tribunal don Manuel Belgrano y cuyo contendor más destacado era don Pedro de Cerviño.

CAPITULO XIII

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES

Fisonomía social de la Colonia. — Hemos ya dado cuenta de las diferentes capas que formaban la sociedad colonial. Los antagonismos existentes entre ellas, serán materia de un análisis detenido que haremos cuando nos aproximemos a los días de la Revolución de Mayo, en otra obra que subseguirá a la presente. Nos corresponde, empero, consignar aquí una impresión de conjunto y ella es que la sociedad colonial tenía una trabazón sólida y que en su seno germinaban con facilidad las virtudes.

Cada ciudad del período colonial semejaba una familia, cuyos componentes se parecían todos, acusando la identidad de origen. El modo de hablar y de andar, la distribución del tiempo, la vida en el hogar, todo estaba como reglado por prácticas uniformes en cuya observancia no había para nadie violencia. Conocer a una familia era conocer a la población entera; y, de consiguiente, conocer a una población era conocer a toda la América colonial.

Esta fisonomía mantúvola la Colonia hasta las postrimerías del siglo XVIII, modificándose de entonces acá, pero no de manera para todos visible, y particularmente en el orden de las ideas, por sucesos resonantes que habían ocurrido, como la revolución francesa y la independencia norteamerica-

na; y por otros que, como las invasiones inglesas, sobrevinieron muy luego.

La enseñanza pública: Universidades y colegios. — Con la enseñanza pública primaria lmiitada a una que otra escuela, surgidas todas ellas a la sombra de las casas religiosas; y con una universidad y colegio superior para cada millón de kilómetros cuadrados de superficie territorial, más o menos, obvio es que la sociedad colonial no podía contar en abundante proporción con elementos ilustrados. Formaron éstos un núcleo selecto cuya influencia hubo necesariamente de ser grande y que correspondió en buena parte al clero, por el hecho de coincidir ciertas asignaturas de la carrera eclesiástica con las que se requerían para el doctorado en leyes y ser así muy numerosos en la era colonial los sacerdotes que eran a la vez universitarios diplomados.

En el Virreynato del Río de la Plata, ya sabemos que las universidades eran dos: la de Córdoba y la de Charcas; y los colegios superiores dos también: el de Montserrat en Córdoba; y el "Real Convictorio Carolino" o "Colegio de San Carlos" en Buenos Aires.

La propaganda periodística. — Hemos ya nombrado los dos primeros periódicos que tuvo Buenos Aires. El único de ellos que alcanzó a influir sobre el ambiente y en los sucesos, mas sólo de una manera relativa, fué el "Semanario de Agricultura y Comercio".

Belgrano, secretario del Consulado a la sazón, diseñó y analizó en el referido periódico, bajo el barniz de lo comercial, cuestiones de índole política que interesaron al elemento más calificado de la ciudad y que por una parte lo impulsaron hacia el estudio y por la otra le prepararon el espíritu para el anhelo de reformas y mejoras.

Los escritores de la época: grupos literarios. — Aun cuando la sociedad colonial no gozó de los elementos contributivos para la cultura del espíritu que pudo y debió haber tenido, existió en ella el gusto por la literatura y tuvo cultores de ésta a muy justo título distinguidos.

Así don Juan Manuel de Labardén, que desde muy joven fué la figura intelectual descollante en los salones porteños por su abundante y a menudo inspirada producción lírica, de la que forman parte su "Oda al Paraná" y su tragedia "Siripo", célebres en nuestros anales literarios; así Fray Cayetano José Rodríguez, cuyos versos corrían de familia en familia recitados por los jóvenes que mostraban mejores disposiciones para este efecto; y así don Vicente López y Planes, iniciado apenas en la vida como Labardén y, como él, a temprana edad contemplado por sus convivientes con mirada admirativa.

Labardén, moriría a poco de nacida nuestra patria a la vida libre, tronchándose con ello una carrera que, por lo que prometía, no podía ser más lisonjera; Fray Cayetano Rodríguez sería el cantor oficial y laureado del triunfo de Buenos Aires sobre los ingleses; y López y Planes se inmortalizaría escribiendo las vibrantes estrofas de nuestro Himno Nacional.

Ya por estos días habíanse presentado en la escena, atrayendo sobre sí la atención pública, otros intelectuales cuyos nombres también haríanse famosos. Fué uno de ellos don Bernardo de Monteagudo, en quien la pluma fué una espada y que puede ser considerado como el escritor más vehemente y pomposo de su tiempo; y otros fueron el canónigo don Gregorio Funes, que era al comenzar el siglo XIX la primera personalidad intelectual de Córdoba; y, volviendo a Buenos Aires, don Mariano y don Manuel Moreno, don Juan M. Rojas, don José M. García y don José Tomás Guido.

En torno de la mayor parte de los escritores nombrados

formáronse con el tiempo núcleos de admiradores e imitadores, que también con el tiempo se fueron haciendo ilustres y son los que llamamos los grupos literarios de nuestro viejo pasado.

El penúltimo Virrey, don Rafael de Sobremonte. — El Virrey del Pino falleció inesperadamente y estaba designado para reemplazarlo en los casos de necesidad don Rafael de Sobremonte, quien asumió interinamente el gobierno y consiguió posteriormente este cargo en propiedad.

Era el marqués de Sobremonte, en la época en que le encontramos, un hombre todavía joven, que si bien no gozaba de gran concepto intelectual tenía en su favor una tradición de buenos servicios. Como secretario del virreynato habíase conducido con toda diligencia, haciéndose notar, luego, al frente de la intendencia de Cuyo, segundo cargo que desempeñó, como administrador probo y de iniciativa. Córdoba, capital entonces de la Intendencia de Cuyo, debíale grandes mejoras, alguna de las cuales, como el paseo que lleva su nombre, se conserva todavía.

Como subinspector general del Virrynato y gobernador de Montevideo, ya no mostró tanto acierto. Verdad es, que fundó el pueblo de San Fernando y comenzó la obra del canal; pero, sin mentar su comportamiento en el rechazo de una de las invasiones portuguesas sobre la banda oriental, comportamiento del que no se manifiestan satisfechos sus mismos compatriotas, su carácter comenzó a resentirse de ligero y vano. Sólo merecieron su preocupación las superficialidades de la vida social, no interesándole asunto ninguno que requiriese un esfuerzo de estudio o de comprensión.

Las invasiones inglesas en el Río de la Plata. — Sobraban en 1806 los motivos para temer que los ingleses trajeran

una invasión al Río de la Plata. España, en efecto, había luchado con Francia contra Inglaterra, y el desastre de Trafalgar no había hecho sino estrechar moralmente aquella alianza por los lazos de la comunidad en la desgracia. Pero es que además Inglaterra, en vez de preocuparse de atraer a España hacia sí, acababa de forzarla, por decirlo así, a unirse más que nunca con Francia, por el apresamiento que hiciera, en plena paz, de cuatro fragatas españolas que conducían a Cádiz, desde Montevideo, el "situado" del Alto Perú y los caudales que el comercio de Buenos Aires remitía a sus corresponsales de dicho puerto español. Y es que Inglaterra mantenía una fuerte escuadra en aguas no muy distantes del Río de la Plata, escuadra que se había apoderado de la colonia holandesa del Cabo, incorporándola al dominio británico.

Eran antecedentes éstos que justificaban todo recelo, por cuanto no solamente el interés político sino también el interés comercial de Inglaterra hablábale de Buenos Aires y de Montevideo con lenguaje tentador.

Por qué y cómo se produjeron. — El jefe de la escuadra inglesa que se había apoderado de la Colonia del Cabo era Sir Home Popham, que había tenido intimidad en Londres con el venezolano Francisco Miranda, primer propagandista de la independencia americana en Europa. Confundiendo Miranda los anhelos personales suyos con la realidad de las cosas, había pintado ante Popham a las colonias españolas de América como prontas a sacudir, a la primera ayuda extraña, el dominio de Espña; olvidando que si los americanos tenían motivos para quejarse de la madre patria, la idea de la independencia no era todavía otra cosa que una vislumbre para muy pocos, vislumbre de la que éstos mismos, en lucha con la tradición, apartaban vacilantes el espíritu; y olvidando también que si sola y en toda la fuerza de su seducción encon-

traba escollos aquella idea, tenía que encontrarlos mayormente, vinculada con su imposición por una nación que, como Inglaterra, tenía en aquel entonces la desconfianza y la aversión de los americanos.

Empero, lo real, era que Popham tenía muy trabajado su espíritu por lo que oyera a Miranda, acerca de lo cual había mantenido largas conversaciones con el primer ministro Pitt, antes de acometer su empresa del Cabo; y lo real es también que allí, en el Cabo, recibió de un capitán mercante norteamericano llegado de Buenos Aires, noticias del Río de la Plata que le interesaron mucho y que se referían, entre otras cosas, al estado indefenso en que se hallaban dicha ciudad y Montevideo.

Sir Popham dependía del jefe superior de las fuerzas inglesas del Cabo, mayor general sir David Baird, con quien deliberó largamente y en secreto varios días. El 9 de abril de 1806 dirigió un oficio, desde a bordo, a personajes influyentes de Londres con los cuales estaba siempre en comunicación, diciéndoles que en vista de ser muy improbable, dado el tiempo transcurrido desde las primeras noticias, que la escuadra enviada desde Francia para reconquistar el Cabo, fuera hasta donde se hallaba él, se proponía ponerse en marcha inmediatamente con destino al Río de la Plata, aguas en las cuales era probable anduviera dicha escuadra, "por cuya consideración —agregaba— pienso que emplear la escuadra en cruzar por poco tiempo sobre esta costa en vez de permanecer ociosa, será una disposición que producirá algunas ventajas y que espero parecerá tan evidente a Sus Señorías que los inducirán a aprobar la medida". Concluía Popham su oficio insinuando hábilmente que esas no eran las únicas razones del viaje; que había otras "adicionales" que las expresaría no bien tuviera "oportunidad de conducto".

Estas razones "adicionales" son sin duda las que aduce,

días después, sir Baird en la carta que sigue, dirigida por él a Lord Castereagh, del gabinete de Londres: "Capetown, 14 de abril de 1806. Milord: La noticia últimamente obtenida de una variedad de orígenes, del presente estado indefenso de los establecimientos españoles en el Río de la Plata, me ha inducido, después de muy madura consideración, a destacar una fuerza, con la mira de intentar la posesión de ellos, conjuntamente con la escuadra bajo el mando de sir Home Popham. Al formar esta determinación, tengo la perfecta certeza, que el comodoro y yo mismo hemos contraído una alta responsabilidad; pero la grave importancia del objeto, en un punto de vista nacional, espero que nos servirá de apoyo y nos escusará ante su Majestad por emprender un servicio sin haber previamente recibido sus órdenes especiales. El débil e indefenso estado del enemigo ciertamente que me ha impulsado a muy fuerte tentación; pero a no ser por un tal fundamento, no me podría justificar del paso que he dado. La posesión de un establecimiento sobre las costas de la América del Sur, la considero henchida de incalculables ventajas, tanto para nuestra nación en general, como para la colonia en particular; y no necesito indicar a vuestra Señoría el beneficio peculiar que ha de derivarse de la apertura en nuestras manos, de un nuevo y proficuo canal para la exportación de nuestras manufacturas nacionales, que tanto ha estudiado y deseado obstruir y disminuir el actual gobierno francés".

La escuadra que, a raíz de esto, salió del Cabo para el Río de la Plata, componíase de las fragatas "Diadema" y "Raisonable", de 64 cañones; la "Diomedes" de 50; y las corbetas "Leda", "Narcisus" y "Encounter", más cinco grandes transportes. Estos barcos conducían en junto de 1.600 a 1.800 hombres. Mandaba personalmente la expedición sir Home Popham, que tenía como segundo al brigadier Guillermo Carl Béresford, de probado valor y pericia militar.

Conquista de Buenos Aires por Béresford. — Según el plan que traían adoptado Popham y Béresford, Montevideo debía recibir sus primeras hostilidades. Era lo natural, puesto que era Montevideo la primera ciudad que encontrarían y la más próxima al Cabo, de donde únicamente les pudiera llegar refuerzo en caso de adversidad. Pero, poco antes de llegar a su destino, la expedición apresó un buque que iba rumbo a Europa, y obligado su capitán a optar entre la muerte o la delación de lo que hubiese visto en las dos ciudades que baña el Plata, refirió, entre otras cosas, que estaban prontos en la capital del virreynato para ser remitidos a España, el "situado" del Perú y los caudales de la Real Compañía de Filipinas: "más de un millón de dólares —dice Groussac— en un solo rebato! Los ojos del noble aventurero echaron llamas, y fué resuelto el ataque a la capital — al "capital".

El desembarco de los ingleses tuvo lugar en los alrededores del pueblo de Quilmes, llamado entonces de la Reducción. Para impedirlo había acudido desde la ciudad una ligera fuerza reunida en medio del desconcierto consiguiente al abandono de Buenos Aires que había hecho el Virrey Sobremonte, en marcha hacia el interior para levantar un ejército, según dijera a sus íntimos, empero para salvar el bulto según el sentir popular.

Béresford batió sin mayor trabajo a la fuerza que lo había querido detener y avanzó rumbo a Buenos Aires. Llegó frente al Riachuelo antes de la noche y, como encontrara incendiado el puente que comunicaba ambas orillas, resolvió acampar allí hasta el siguiente día. Apenas amaneció se apoderó de varias embarcaciones, uniendo a las cuales por planchadas improvisó el paso para su tropa de que había menester. Con una defensa bien organizada de la ciudad, es obvio que todo esto le habría costado una pérdida inmensa o no lo habría podido hacer. Pero las únicas órdenes que diera Sobremonte habían sido de replegarse hacia la Fortaleza y lo que

pasaba en ésta explica cuanto vendría luego. Un grupo considerable se revolvía amenazador dentro y alrededor de ella, clamando: "¡guerra! ¡guerra! ¡no queremos entregarnos! ¡queremos morir peleando!". Se había exigido al pueblo la entrega de las armas, a título de estar convenida y firmada una capitulación; y el pueblo se resistía. Como el tumulto creciera cada vez más, dos militares salieron al balcón diciendo: —¡Pena de la vida al que no obedezca la orden del señor Virrey!— "Costó mucho —dice un testigo ocular— hacer retirar a aquellas gentes, que en su desesperación hacían pedazos, para que no cayeran en poder del enemigo, las armas que habían recibido".

El general inglés, conforme concluyo de hacer pasar el Riachuelo a sus soldados, formólos a éstos en orden de marcha y penetró en columna por las calles de la ciudad en dirección a su parte céntrica. En el camino acercósele un oficial de los de la defensa, pidiéndole algunas horas para enviarle el texto de una capitulación. Béresford prometió que la firmaría después porque no podía dilatar su marcha y siguió avanzando hasta llegar a la Fortaleza e instalarse en ella.

"Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres —dice don Mariano Moreno en sus "Memorias"— por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806 vi entrar 1.560 hombres ingleses, que apoderados de mi patria se alojaron en el Fuerte y demás cuarteles de esta ciudad".

Torrente, por su parte, añade:

"El dolor y la irritación se apoderaron a porfía del corazón de los habitantes: corridos de vergüenza no sabían atinar el modo con que un puñado de extranjeros había dado la ley a una ciudad de más de 50.000 almas, bien provista de armas y artillería, y dotada de recursos y brazos, capaces de haber sepultado en aquellas playas a cuantos hubieran tenido la temeridad de profonarlas".

Aunque el desembarco de los enemigos se hizo de improviso, sin que de parte de la autoridad se hubiesen tomado medidas de prevención; a pesar de todo eso, con los cañones que había en ella, con los recursos de fusiles y municiones que tenía y con los seis o siete mil hombres que se pudieron poner en combate defensivo, poseyó en verdad Buenos Aires elemento sobrado para rechazar a Béresford, si a tales elementos se hubiera dado una dirección inteligente y resuelta; y esto se verá absolutamente comprobado, cuando en situación menos ventajosa, sin la posesión de la ciudad, las mismas gentes que la entregaron vuelvan por su honor con otra organización y con otros jefes.

La ciudad, bajo el general inglés. — El general inglés procuró desde el primer momento de su gobierno de la ciudad, inspirarle confianza a ella y ganarse su simpatía. A ese efecto apresuróse a proclamar, como lo más graciable intención de Su Majestad Británica, que "la gente de Buenos Aires y cualesquiera otras provincias en el Río de la Plata que puedan eventualmente caer bajo su protección, gocen del entero y libre ejercicio de su religión católica, y que se prestará todo respeto a sus santos ministros"; y que "se abra un comercio libre y permitido a la América del Sur, semejante al que disfrutan todas las otras colonias de S. M., particularmente la isla de la Trinidad, cuyos habitantes han conocido los beneficios peculiares de estar bajo el gobierno de un soberano bastante poderoso para darles aquellas ventajas comerciales de que no podrían gozar bajo la administración de ningún otro país".

Así estas resoluciones como otras de parecido carácter que se subsiguieron, causaron en el pueblo buen efecto, empero sin conformarlo con el cambio de dominación.

Aun cuando el régimen del monopolio, tan perjudicial para Buenos Aires, desapareció de inmediato; y aunque por

virtud de esto mismo bajaron los precios de los artículos y cobró una intensidad extraordinaria el movimiento comercial, "el sentido práctico de los hijos del país, dice sesudamente don Vicente F. López, comprendía bien que todo eso era ilusorio y deceptivo, porque a un país conquistado por la fuerza militar y colocado en insurrección natural contra el conquistador, no le sirven las libertades y las franquicias sino después que se le ha absorbido en el seno de la raza, de la lengua y de los intereses de los conquistadores".

Por otra parte, no todas las medidas de Beresford podían ser gratas para la población. Algunas tenían que contener exigencias molestas y aun duras. Tal, por ejemplo, la que obligó al Cabildo a gestionar del Virey ausente, la entrega de los caudales del tesoro real. Estos caudales, no estaban en la ciudad cuando la tomó Beresford: iban camino de Córdoba, junto con el Virrey; pero el general inglés fué inflexible en la reclamación de tal tesoro y, comunicado esto a Sobremonte, éste que había dado tantas pruebas de no saber resistir, dió una más entregándolo.

Los caudales en oro de que se apoderaron los invasores. — Debidamente acatadas las disposiciones del Virrey, los caudales fueron entregados a la altura de Villa de Luján a las partidas que con tal objeto destacó Béresford, sin pérdida de tiempo.

Alcanzó lo entregado allí a un valor de 544.674 pesos fuertes, distribuidos como sigue:

114	zurrones con $ 3.000 cada uno	$	342.000
2	cajones de vajilla	,,	5.932
1	texo de oro	,,	563
71	barras de plata	,,	115.000
21	cajones de doblones y pesos	,,	76.354
1	,, ,, ,, ,, ,,	,,	4.825
		$	544.674

Añadiéronse bien luego a esta suma otras no menos importantes, que el general británico exigió de los representantes de la autoridad que permanecieron en la ciudad.

Así:

A don Félix Casamayor, que guardaba fondos del tesoro, arrancóle	$ 208.519
Al apoderado de la Compañía de Filipinas	,, 238.720
Al correo	,, 55.872
A la administración de tabaco	,, 94.325
A la Aduana	,, 57.000
Al consulado (fondos de propiedad de privados)	,, 208.176
A los comisarios de presos	,, 40.230
Idem	,, 544.673
Total	$ 1.447.515

Este dinero (deducidos $ 30.279 que se acreditaron a sir Home Pophan y cuya inversión no se ha justificado hasta la fecha, 198.170 devueltos al Consulado, 31.000 de gastos del ejército inglés autorizados y comprobados y 91.130 que se recuperaron con la Reconquista), fué embarcado inmediatamente para Londres en la fragata de S. M. B., la Narcissus.

Los caudales —dice Mitre— "entraron a Londres en medio de una pompa triunfal, en carros tirados por seis caballos pintorescamente adornados. El primer carro iba cubierto con la bandera real de España tomada en la fortaleza, y en cada uno de ellos se leía en letras doradas la palabra: *Tesoro*, haciendo flamear banderolas con las inscripciones: *Popham, Beresford, Buenos Aires, Victoria!* Precedían y seguían al convoy dos destacamentos de marineros, de los que habían combatido en Buenos Aires, llevando dos de los cañones tomados en Quilmes y las banderas de las milicias pro-

vinciales de la ciudad conquistada. Con esta solemnidad, fué depositado el dinero en el Banco de Londres, en medio del entusiasmo popular que aclamaba los nombres *Popham* y *Beresford*, imaginándose que el Río de la Plata era el antiguo *Eldorado*, según la expresión de un historiador de la época".

La reconquista de Buenos Aires. — La propaganda en pro de la resistencia al inglés, puede decirse que fué iniciada en Buenos Aires desde el momento mismo en que penetró Béresford al Fuerte. No dejó de verlo éste a los pocos días; mas sólo habría podido impedirlo encarcelando y pasando por las armas a lo más granado de la población, con lo que, en definitiva, no habría hecho sino preparar un más violento estallido. Si el ejército adueñado de la ciudad hubiera constado de un mayor efectivo, podría Béresford haberse despreocupado de las consecuencias de una política de rigorismo extremo. Pero con sólo mil seiscientos o mil setecientos hombres a sus órdenes, y con el punto más próximo para refuerzos a la distancia de la Colonia del Cabo, todo le aconsejaba proceder con suma cautela y rehuir en lo posible cuanto pudiera dar carácter o aspecto de dureza a la nueva autoridad.

A lo expuesto debióse, sin duda, que el general inglés no tomara al principio en seria consideración las noticias que tuvo de reuniones que se verificaban en diversos lugares, con el objeto de preparar un levantamiento. Cuando comprendió que la táctica de la contemporización le podía ser fatal, fué al ver que al mayor vigor cotidiano que alcanzaban los planes de los conspiradores agregábase el debilitamiento propio por una siempre creciente deserción en las filas de sus soldados. Produjo con este motivo Béresford sus primeros decretos fulminadores, de una severidad que no excluyó la pena de muerte para cualquier hijo del país que fuese visto tan siquiera en compañía de cualquier soldado o marinero inglés.

Pero ya todo lo que debía sobrevenir, estaba concertado y en desarrollo. Liniers estaba en Montevideo, donde había tomado la dirección de una expedición que vendría de allí y que no podría mandar el gobernador de aquella plaza, como se había pensado, a causa de haberse sabido que preparaban los ingleses un ataque contra ella; y en la campaña próxima a la ciudad, un joven calificado que se haría ilustre, don Juan Martín de Pueyrredón, ayudado por el comandante Olavarría y otros, sublevaba y organizaba al gauchaje en contra del dominador inglés.

Las fuerzas de Pueyrredón sufrieron en los alrededores de la chacra de Perdriel la primera embestida de los soldados de Béresford, embestida que les fué muy dañosa; pero casi al mismo tiempo la expedición de Liniers arribó a Las Conchas con 260 marineros europeos, 286 dragones y blandengues, 150, miñones, 90 granaderos, 100 artilleros veteranos, 270 orientales voluntarios y 79 marineros de un corsario francés que se hallaba a la sazón en el puerto de Montevideo; en junto, 1235 hombres, trescientos y pico de los cuales habían emigrado de esta banda para la otra, al efecto de poderse organizar sin estorbos.

Llegada a Las Conchas la expedición de Liniers el 2 de agosto de 1806, el 5 estaba en marcha para Buenos Aires, constantemente engrosada en el camino por las partidas de Pueyrredón que se le incorporaban. Ya en los alrededores de la ciudad, por el rumbo de la actual plaza del Retiro. Liniers preparó un ataque a las posiciones de Béresford para el 12 a mediodía. Mas en la madrugada sintióse ruido de fusilería, llegando a poco a Liniers una demanda de auxilio. ¿Qué pasaba? Un puñado de hombres del más esforzado espíritu había resuelto de su cuenta y riesgo entrar a la plaza por la calle actual de la Reconquista, para quitar al enemigo el cañón que en esa esquina de la plaza mayor tenía apostado.

Ejecutan ellos el atrevido proyecto y apenas puede imaginarse cómo pasaron por entre los fuegos sin ser todos víctimas de su arrojo; pero atacados impetuosamente se veían precisados a pedir ayuda...

Ningún relato sobre lo que se siguió, superable en colorido al que hace el Cabildo en su "Informe" al Rey.

"Vuela por los aires en pocos instantes —dice— la voz del empeño de estos valerosos hasta nuestro campamento, que distaba un cuarto de legua de la plaza. Decide el general Liniers anticipar el ataque al tiempo que tenía meditado. Su ejército viene al auxilio de los compañeros, y ¿quién de ellos que se acuerde del temor, ni se sorprenda a la vista del peligro? Corren presurosos a sostenerlos, émulos de la gloria de los primeros. Un grito general de ¡avance!, ¡avance!, es el único alarma que despreciando el terror de la muerte, lleva adelante la competencia con que se disputan unos a otros el empeño.

"Nuestro general intrépido, anima a todos con su presencia y serenidad, y persuade con su ejemplo: expone al frente su persona, que las balas y cascos de metralla respetan sin ofenderle ni aterrarle, hiriendo solamente en más de tres partes su vestido. Este heroico ejemplo difunde en todo el ejército la confianza, aviva el ardor de la acción, y no hay un instante, no se da un paso que no señale un prodigio de valor. Arrímanse a las cuadras de entrada a la plaza; ven de cerca al enemigo, y reuniendo el esfuerzo y el furor se dicen unos a otros: ¡a ellos!, ¡a ellos! allí, allí están los que insultaron nuestro honor, los que atentaron nuestra lealtad, los que usurparon nuestros derechos! Hay un estro irresistible, y el vivo incendio del cañón y del fusil arde sin cesar casi dos horas.

"El estruendo no se intermite; enardecen más y más los dos partidos, y crece en el inglés la resistencia en razón del

empeño que adelanta el acometedor; éste no pierde un punto de terreno, ni cede de su intento, aunque llueva un granizo de balas y metralla; irrita más su cólera ese mismo estrago, y tal vez rechazado, vuelve con más ardor a cargar al enemigo; nuestra artillería acierta a obrar en ellos un destrozo que obliga a las fuerzas a dejar el puesto. Caen entonces los nuestros con la furia de su enojo, y haciendo una irrupción violenta en la plaza, no hay resistencia capaz de detener su ímpetu. Abandonan los enemigos este asilo de su defensa, y batidos de nuestros fuegos, corren con precipitación desordenada a esconder en la fortaleza el terror que los acompaña.

"Débil resguardo para defenderlos de la saña de nuestros vengadores: persíguenlos éstos en el ímpetu de su retirada hasta la puerta mayor de la real fortaleza y pie de sus muros: arriman al instante las escalas: trepan osados, y en el momento de tomar la última satisfacción se eleva bandera parlamentaria. Besa el general inglés su espada y arrojándola a los pies de los que ninguna otra cosa quieren escuchar, se rinde a discreción con toda su tropa prisionera de guerra".

El enemigo había perdido en el combate —escribe Mitre— cerca de 300 hombres, entre muertos y heridos, y rindieron las armas frente a las casas consistoriales 1.200 soldados, que quedaron prisioneros de guerra, dejando por trofeos de esta victoria sus banderas y estandartes, 35 cañones de batir y 4 morteros de la fortaleza, 56 desmontados y 29 piezas de tren volante (de las cuales siete inglesas) además de 1600 fusiles. El ejército reconquistador perdió como 200 hombres entre muertos y heridos".

Destitución de Sobremonte. — Buenos Aires estaba reconquistada, empero esto planteaba un problema grave: el de la persona que se pondría al frente del gobierno. Aquel a quien le correspondía esto por nombramiento del Rey, el mar-

qués de Sobremonte, había abandonado su cargo en procura de una defensa lejana y tardía que, una vez reconquistada la ciudad, se hacía innecesaria; y Liniers, bajo cuya dirección habíase operado el mencionado acontecimiento, no podía mandar como lo exigía el sentimiento público, sin que desapareciera la autoridad aquella, que era la única legal.

La opinión de todo el mundo, era que debía convocarse a Cabildo Abierto al vecindario. Tratábase de una situación que las leyes no habían previsto y para la que era indispensable arbitrar una solución. La Audiencia, olfateando un peligro en el recurso del Cabildo Abierto, lo resistía. Tuvo, al fin, sin embargo, que consentir en la convocatoria de dicho Cabildo y que hacerla.

Concurrieron 196 vecinos que alarmaron todavía más a la Audiencia, por cuanto quisieron resolver la organización militar inmediata de todos los elementos del Virreynato. La dirección de esta organización tendría, evidentemente, que recaer en los hombres que habíanse destacado en la Reconquista, ninguno de los cuales debería esa posición a la Corona, sino al pueblo, de cuya voluntad complacíanse públicamente en declararse intérpretes y ejecutores. No animándose la Audiencia, ni a cargar con la responsabilidad de la destitución y el reemplazo del Virrey, ni a pretender la reasunción del mando por Sobremonte, del que ni buscándolo con candela se encontraba un partidario en la ciudad, sugirió un procedimiento dilatorio que fué aceptado, con lo que el Cabildo Abierto terminó.

Mas apenas los miembros de éste se levantaron de sus asientos, dejóse oír frente al edificio una gritería ensordecedora, coreada con apóstrofes violentos. Era el pueblo, que acababa de saber lo sucedido y no se conformaba. "¡Queremos a Liniers! ¡Liniers! ¡Liniers! ¡Fuera Sobremonte!", clamaba la muchedumbre. Asustados los miembros del Cabildo Abierto,

se replegaron a la sala de que salían. Un alto funcionario de aquella época, el Fiscal del Supremo Consejo de Indias, don José Gorvea y Badillo, propone en tal situación salir llevando a la cabeza el retrato del Rey, ante el que en su opinión se contendría seguramente el pueblo. A pesar de lo informal y extraño del procedimiento, es aceptado y sale Gorvea seguido de otros. Era el momento en que, vencida la resistencia de los guardias, invadían algunos grupos las galerías y patios de la casa. La procesión con retrato y todo, tuvo que volver caras en desorden, corrida y silbada por aquella gente que no escuchaba razones. Resistir hubiera sido agravar las cosas, tan grande era la excitación. El Cabildo volvió, pues, a reunirse y resolvió, como lo pedía el pueblo, que asumiera el mando Liniers y que se procediera a poner la ciudad en pie de resistencia.

Fué el primer paso en la senda que condujo a las colonias rioplatenses al rango de naciones libres. Entonces no se comprendió así, sino por muy pocos; los tiempos eran confusos; los partidos no habían aún definido sus banderas; españoles y criollos, procedían siguiendo más los impulsos instintivos del momento que las sugestiones del cálculo; pero el hecho del desconocimiento del funcionario en quien la metrópoli había delegado la representación de la autoridad, quedaría grabado en el alma de la multitud y daría más tarde sus frutos, como la semilla que en los misteriosos procesos de la naturaleza hace surgir, a su debido tiempo, sobre la tierra, la sazonada mies.

Volviendo los ingleses sobre lo perdido, se apoderan de Montevideo. — La primera preocupación de Liniers, una vez a cargo del gobierno de la ciudad, fué prepararla a ella para rechazar los nuevos ataques que debía preverse le traería el enemigo. Popham y sus barcos no habían abandonado el Río

de la Plata. ¿Por qué? Era evidente que el almirante inglés tenía que haber pedido refuerzos a la Colonia del Cabo y que los esperaba.

Es en este período preparatorio de la resistencia para las jornadas de la defensa, donde hay que buscar, principalmente, el mérito y la trascendencia de la acción de Liniers.

Popham recibió refuerzos, en efecto. Los primeros que le llegaron, 1.400 hombres al mando del coronel Backouse, sirviéronle para atacar a Maldonado, en la otra banda, y asentar allí su dominio, preparándose así para el asalto de Montevideo.

No le tocó empero a él resolver este asalto ni dirigirlo. Quien lo resolvió y dirigió fué el general Sir Samuel Auchmuty, que llegó al Plata, en aquellos días, con 4.300 soldados y la orden para Popham de trasladarse a Londres, donde sería juzgado en consejo de guerra.

Los ingleses, después de varias acciones preliminares, atacaron la ciudad en las primeras horas del día 3 de febrero. La muralla que rodeaba a Montevideo fué embestida entre la tiniebla por el lado del portón de San Juan, claro éste que había sido cerrado con cueros. Sonó un disparo y luego otro y otro de los cañones que miraban hacia aquella parte, echáronse las campanas a rebato y, propagada la alarma como una chispa en un reguero de pólvora, Montevideo quedó envuelto, como dice López, "en un círculo tremendo de fuego que no interrumpía ni por un segundo sus espantosos resplandores y estampidos. Todo el Oeste y el Norte estaba batido por la escuadra; el Sur, el naciente, por la artillería de tierra. En las murallas, el fuego era igualmente violento del uno al otro extremo".

"La noche era en extremo oscura—léese en el parte de Auchmuty— la cabeza de la columna erró la brecha y, cuando se acercó, estaba tan cerrada que se engañó no pudiéndola

tocar. En esta situación permanecieron las tropas un cuarto de hora, bajo un fuego vivo, hasta que se descubrió la brecha por el capitán Remy, del 40 de infantería ligera, quien se dirigió y cayó gloriosamente muerto al montarla. Nuestros valientes soldados la acometieron y por dificultoso que fuese el acceso, forzaron el camino hacia la ciudad. A la boca de las calles principales se habían colocado cañones y su fuego por un corto tiempo fué destructor; pero las tropas avanzaron en todas direcciones limpiando las calles y baterías con sus bayonetas y derribando los cañones. El regimiento 40 con el coronel Browne le siguió después; ellos también erraron la brecha y dos veces pasaron por el fuego de las baterías antes de encontrarla. El regimiento 87 estaba apostado cerca de la punta del N., la que debían abrir las tropas que entrasen por la brecha, pero su ardor era tan grande, que no pudieron esperar, escalaron las murallas y entraron en la ciudad, cuando las tropas de adentro se acercaban. Al ser de día todo estaba en posesión nuestra, excepto la ciudadela que hizo una muestra de resistencia y por la mañana bien temprano la ciudad estaba quieta, y las mujeres paseaban pacíficamente por las calles".

¡Qué cuadros empero, los que se habían presenciado!

"El aspecto de ciudad tan reducida, como era entonces Montevideo —escribe Lobo— fué el más a propósito, durante varias horas, para deplorar y cobrar aborrecimiento a los azares de la guerra. Sembradas las calles de cadáveres y de heridos, muchos de éstos en lucha con la muerte exhalando los ayes más lastimeros, empapado el suelo en sangre; fragmentos de armas, mezclados en el mismo suelo con los muebles de las casas saqueadas por la tropa; personas de ambos sexos, que impulsadas por la desesperación no se cuidaban de los desmanes de la soldadesca, para buscar entre los muertos y heridos a los más caros objetos del corazón; soldados vence-

dores dando libertad al vicio de la embriaguez y dejándose también arrastrar de la tentación del pillaje y de la conscupicencia. Tal fué, aunque por breve espacio, el cuadro de la ciudad de Zabala, en el trance del 3 de Febrero".

Defensa de Buenos Aires. — Tomada Montevideo, tenían los ingleses una base para operar contra Buenos Aires y la aprovecharon bien. Mientras por la prédica y la práctica de las doctrinas económicas opuestas al régimen español de las puertas cerradas, creaban en ambas orillas del Plata una fuerte corriente de intereses propicia a su dominación, reforzaban más y más sus barcos y sus tropas. En mayo de 1807, con el último contingente de soldados que se esperaba, arribó a Montevideo el general Sir John Whitelocke, nombrado en Londres gobernador y comandante de las fuerzas de S. M. Británica en la América del Sur. En la última quincena de junio comenzaron a ser embarcadas las tropas que guarnecían a Montevideo, con la única excepción de las indispensables para la seguridad del orden público. Formaron un convoy de noventa transportes, defendidos por veinte barcos de guerra. El punto de destino sólo se dió después de emprendida la marcha: fué la Ensenada de Barragán, lugar próximo a nuestra actual ciudad de La Plata.

El desembarco tuvo lugar el 28 de junio y el mismo día avanzó el ejército hacia la capital bajo la dirección inmediata del general Gower, segundo de Whitelocke y fraccionado en cuatro grandes cuerpos al mando de los generales Crawfurd, Anchmuty y Lumley y del coronel Mahon. En cifras exactas ascendían estas fuerzas, según Domínguez, a 11.771 hombres, constituyendo el ejército más formidable que había pisado hasta entonces nuestro suelo.

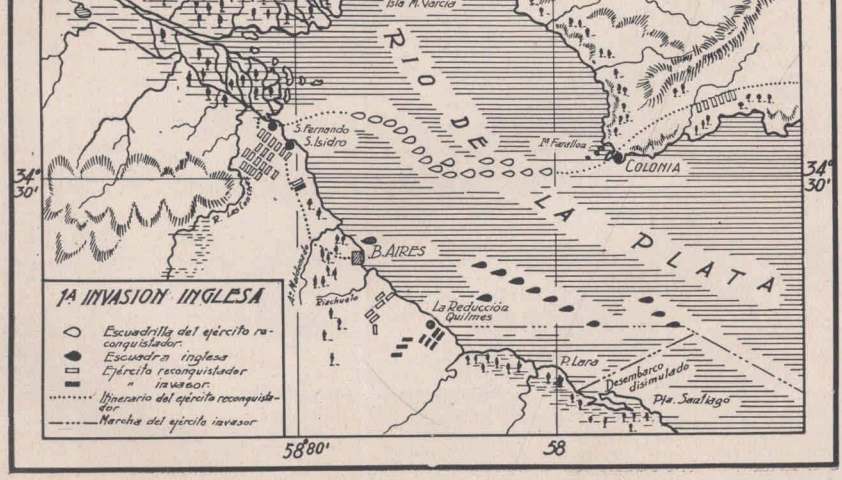
El 1 de julio Gower llegaba a las lomas más cercanas de la ciudad, donde tropezó con fuerza enemiga. Era Liniers

que le había salido al encuentro con todas las fuerzas de que disponía, cometiendo una evidente imprudencia por cuanto dejaba abandonada a la ciudad, a la que bien podía amenazar un ataque simultáneo por el lado opuesto; porque se colocaba, además, con el Riachuelo a las espaldas, lo que podía hacer muy crítica su situación en el caso de un contraste; y porque despreciaba, finalmente, la única ventaja con que podía contrabalancear la superioridad indiscutible que tenían sobre sus tropas, menores en número y bisoñas, los veteranos de Whitelocke: la de pelear parapetado. Gower, que no quería comprometer acción definitiva, se guardó bien de aceptar la batalla que le ofrecía con insistencia el genio audaz de Liniers. Yendo a su objeto, que era descubrir un paso del río, destacó una sección de su ejército en la dirección del puente que llamamos de Barracas, hacia donde voló en el acto el jefe de la Reconquista con lo mejor de su tropa, en marcha penosísima por la cenagosa costa del Riachuelo. Pero, a mitad de camino no más, vió Liniers que había sido víctima de un engaño. Otra sección del ejército inglés, ocultándose tras de las lomas del lugar, había avanzado, mientras el jefe de la Reconquista retrocedía hacia el puente, en dirección al Paso chico, allá por Flores, punto indefenso por el que los ingleses habían comenzado en el acto a vadear el río.

Obligado Liniers a desandar el camino que tan trabajosamente recorriera, puede imaginarse el estado de cansancio y desorganización en que llegaron sus fuerzas a los Corrales del Miserere, plaza actual del 11 de Setiembre. La sección del ejército inglés que vadeara el río por el Paso Chico tenía ya algunas avanzadas en dichos Corrales, cuando se presentaron los defensores de la ciudad. Abierto en seguida un fuego de guerrillas, las avanzadas inglesas fueron replegándose rumbo a Flores, haciendo pie en el Caballito por encontrarse ahí el grueso de la fuerza a que pertenecían. El combate se gene-

ISAAC R. PEARSON

Historia de América y del Período Colonial en el Río de la Plata



ralizó entonces, siendo batidas por completo las tropas de Liniers.

El momento que subsiguió al desastre de los Corrales. — Viéronse bien claramente, en este momento, las consecuencias que es susceptible de acarrear la imprevisión. Deshecha la parte más numerosa y florida del ejército de Buenos Aires; con lo que restaba de su artillería, del otro lado del puente: sin autoridad, porque el caudillo que la ejercía o había sucumbido o estaba en fuga, ya que nada se sabía de él; sin obras de defensa, porque ni fosos que detuvieran cualquier avance habíanse construído, en la persuación de una victoria segura en batalla campal; y con un barrio, por añadidura, que tomado por sorpresa y aterrorizado con toda clase de brutalidades, no atinaba a otra cosa que a huir y desesperarse, ¿qué habría podido hacer Buenos Aires, en el caso de que los ingleses no se hubiesen detenido, sino aumentar estérilmente la sangre que ya corría?

Es precisamente por eso, que nuestros padres vieron claramente señalada la acción de la Providencia en los sucesos de esos días. Ella, no sólo había hecho que el ejército invasor se presentara dividido, siendo así que pudo, avanzando con todo su efectivo, casi asegurar su victoria, sino que ponía además sobre los ojos del general Gower la venda que le hizo no darse cuenta de que toda defensa por el Oeste había sido descuidada; y que, por consiguiente, la misma noche, que se temió facilitara e hiciera invencible la resistencia, hubiera sido el mejor auxiliar del éxito de un avance. La Providencia haría más aún: iba a suscitar el hombre fuerte que aquella crítica situación pedía, y que lo fué don Martín de Alzaga.

Don Martín de Alzaga. — Era éste un vascongado pres-

tigioso y de fortuna, duro de carácter y adusto de maneras, pero con un espíritu templado para el peligro y una capacidad organizadora indiscutiblemente superior al nivel general de los hombres de su época. Cuando Liniers se trasladó al otro lado del puente con todas las tropas, la voz de Alzaga se había levantado, la primera, para recordar que la ciudad no podía quedar desguarnecida; y aun cuando la malicia suponga que a tal actitud no fué extraña la rivalidad que le separaba del caudillo de la Reconquista, es lo cierto que tuvo el efecto práctico de hacer que regresara al Fuerte un batallón de trescientas y tantas plazas, única fuerza organizada fuera de la división Balbiani (todavía en el puente) que quedaba en la ciudad después del desastre del Miserere.

Por lo demás, lo que hizo Alzaga durante esa triste noche de la historia del Río de la Plata, presta verdadero relieve a su personalidad.

Bajo la influencia de su palabra y de su ejemplo, recobran los espíritus el ardor que les hiciera perder la terrible desilusión de momentos antes. La primera dificultad con que se luchaba era la falta de luz, que no sólo impedía todo trabajo y podía ser interpretada como muestra de desorganización, sino que mantenía además a la población bajo el temor constante de un súbito asalto: las providencias de Alzaga proporcionan lo necesario y toda la ciudad aparece, de improviso, iluminada.

La división Balbiani recibe, al mismo tiempo, orden de replegarse. En toda la extensión comprendida desde la Iglesia de la Merced hasta San Miguel, desde San Miguel hasta la esquina formada por las calles Suipacha y Alsina, y por ésta hasta Perú y desde aquí hasta encerrar dentro de la línea el templo de Santo Domingo, comienzan las palas y picos, movidos a un tiempo por cuadrillas a cada instante más numerosas, a improvisar un foso que queda terminado al ama-

necer. La artillería que estaba distribuida en los suburbios en baterías aisladas, es conducida a la plaza Mayor, a la que se fortifica además en todas las formas imaginables. Y finalmente, junto con las primeras luces del alba, aparecen las azoteas coronadas de gente y abundantemente provistas de cuanto podía ser arrojado con probabilidad de causar daño: era el vecindario que, organizado y enardecido por aquella alma esforzada, se mostraba resuelto a disputar el terreno, casa por casa, cerco por cerco, palmo por palmo.

El ataque. — Como hemos visto, el general Gower quedó inactivo en el Caballito después de su éxito sobre Liniers. ¿La causa de esta actitud, sin la cual la ciudad habría sido suya? Que esperaba la incorporación del general en jefe, Whitelocke, sin cuyas órdenes no se había atrevido y no se atrevería a proceder. Whitelocke llegó al Caballito el 3 de agosto, convocando en seguida un consejo de generales del que resultó fijado el 5 para el ataque, visto que las intimaciones de rendición hechas habían sido rechazadas.

Llegó la aurora del día 5. A media luz viéronse en el campo de los invasores, grandes masas que tomaban silenciosas la respectiva colocación que se les había señalado. A las 6 ½ sonó un cañonazo, seguido instantáneamente de veinte más. Era una salva con que el ejército inglés saludaba su avance.

Las calles por donde las fuerzas de Whitelocke penetraron en la ciudad. — Este avance fué hecho, a un tiempo, por las tres brigadas en que se habían dividido las fuerzas que realizarían el ataque; brigadas que llevaban a su frente, la del Norte, que penetró por el perímetro comprendido entre las que son hoy calles Paraguay, Charcas, Santa Fe, Arenales y Juncal, al general Auchmuty; la del centro, que hizo lo

propio a la altura de las que son hoy calles de Cangallo, Sarmiento, Corrientes y Lavalle al general Lumley; y finalmente la del Sur, que penetró por la parte de la ciudad comprendida entre las calles Méjico, Venezuela, Humberto I y San Juan, al general Crawfurd.

La línea del río: incertidumbre que generó. — Auchmuty, aunque con pérdidas enormes, pudo llegar hasta la plaza de Toros (Retiro actual) y la tomó, lo mismo que la iglesia de las Catalinas; Lumley, rechazado de la iglesia de San Miguel y puntos próximos, logró acantonarse sobre las azoteas de la manzana comprendida entre las calles Lavalle, Corrientes, Reconquista y 25 de Mayo: y Grawfurd, luego de hacer ocupar el edificio de la Residencia (contiguo a San Telmo) envió tropas a la iglesia de Santo Domingo y tomó su azotea y torre.

Al penetrar los ingleses en el templo de Santo Domingo, no tardaron en descubrir las banderas que les habían sido tomadas el año anterior, colgadas de las paredes de la nave central. Abalanzándose sobre ellas, las arrancaron, subieron a la torre e izando una con los semblantes transfigurados, dieron un ¡hurra! entusiasta y atronador.

¡Hurra! —repitieron todos los soldados alrededor.

¡Hurra! —contestaron los cañones de la escuadra en una salva ordenada por el almirante Murray, al ver flameando la bandera de su patria en la Residencia, en Santo Domingo, en la posición de Lumley, en las Catalinas y en la plaza de Toros.

Se pronuncia la derrota de los asaltantes. — En vez de una victoria había, sin embargo, tenido ya iniciación la derrota de los ingleses. En efecto. La línea de pabellones británicos que se había formado del lado del río, no quería de-

cir, como pareció, que la ciudad estuviese tomada hasta ahí por los ingleses. Habían pasado éstos por entre las fuerzas defensoras y nada más: dichas fuerzas defensoras habían vuelto a formar cordón, haciendo imposible la comunicación entre los invasores de la línea del río y las tropas restantes que mandaba en el Caballito Whitelocke. Esta incomunicación, momento más, momento menos, tenía que imponer a los asaltantes la rendición.

Viólo así, el primero, el general Lumley que, al saber deshechas dos de sus columnas auxiliares, frente a San Miguel la una y frente a la Merced la otra, comprendió que sólo podía salvarse uniéndose con Auchmuty, dueño de la plaza de Toros y de la iglesia de las Catalinas. Reuniendo Lumley los soldados que le quedaban, señalóles la bandera británica que flameaba en esas dos posiciones y lanzólas heroicamente a que se abrieran paso. El general inglés logró su objeto y se reunió con Auchmuty, pero dejando el camino sembrado de cadáveres. Y desapareció con esto una de las banderas que formaran la línea inglesa del río: la izada en la manzana de Lavalle, Corrientes, Reconquista y 25 de Mayo.

Por su parte el general Crawfurd, a quien dejamos parapetado en Santo Domingo, tuvo pronto noticia de que una de sus columnas auxiliares había sido rendida después de refugiarse, diezmada, en la casa de la Virreyna (Moreno y Perú); y casi junto con esta nueva ingrata llególe una intimación de rendición subscripta por Liniers. ¿Rendirse él? Jamás. E hizo arreciar el fuego desde la torre y la azotea del templo, en tanto los de la plaza se preparaban para el ataque con que amenazaran. Todavía la torre de Santo Domingo muestra huellas de ese ataque, que fué terrible. Llovían las balas del Norte, del Sur, de todos los balcones, de todas las puertas, de todos los escondrijos de los alrededores, y los heridos caían desde lo alto en una proporción que horrorizaba,

como precipitados por mano invisible que los estrellase implacable, por si conservaban un resto de vida, sobre el enrojecido pavimento. Por grande que fuese la fe de Grawfurd en el valor de sus soldados, tuvo al fin que reconocerse en grave aprieto. Resolvióse a tentar una salida, empresa que confió al mayor Trotter a la cabeza de una fuerte columna. Apenas pudo ésta dar algunos pasos: el fuego fué tal, que en breves minutos tendió por tierra cuarenta hombres, el mayor Trotter entre ellos. Crawfurd dispuso sostenerse entonces donde estaba, hasta el último extremo. Y peleó así, con admirable valor, ocho horas consecutivas. Al fin, con sus municiones semiagotadas, con sus fuerzas reducidas a menos de la mitad y sin indicio alguno que le permitiese alentar una esperanza de socorro, convocó a sus oficiales, les expuso la situación y, con su acuerdo, levantó sobre la torre la bandera de parlamento y rindióse, sin otra cláusula que la garantía de su vida y la de sus soldados. Cuando entregó sus armas, vióse que habían quedado reducidos a seiscientos los mil y cincuenta hombres que habían entrado a la ciudad a sus inmediatas órdenes.

De la línea del río formada por pabellones británicos izados, no quedó, pues, sino uno de ellos: el que mantenía todavía Auchmuty en la plaza de Toros.

La acción de Whitelocke. — ¿Qué hacía, entre tanto, Whitelocke? ¿Cuáles eran sus esfuerzos para informarse de sus tenientes, y poder enviarles ayuda si la necesitaban? Es aquí donde los cargos formulados contra dicho general adquirieron mayor gravedad. Durante la primera parte de la acción permaneció en la casa de un inglés llamado Mr. White, situada a espaldas de los corrales del Miserere y donde había establecido su despacho. Envió desde allí algunos ayudantes en busca de noticias; pero, habiendo regresado esos ayudantes

sin poder penetrar a la ciudad, no se preocupó de organizar tentativa seria alguna. Recién horas después de iniciado el ataque, aquella inconmunicación comenzó a ponerle en cuidado; y dispuso entonces que una columna de dragones y carabineros, al mando del coronel Kingston, se internara por la parte más céntrica de la ciudad, despejando el camino, si era necesario, con dos piezas ligeras de cañón que al efecto se le entregaron.

Dicho coronel no tuvo mejor suerte que los jefes de las columnas que le habían precedido: acorralado y deshecho frente al cuartel de los Patricios, donde cayó él mismo, entre los primeros, herido de gravedad, tuvo que rendirse. Fué él quien dispuso, al morir, que su cadáver fuese sepultado en aquel cuartel, "para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que lo habían vencido".

La capitulación: su texto. — Libre de enemigos el centro de la ciudad, Liniers, que había reaparecido a tiempo para participar en la resistencia, quiso poner fin a tanto estrago y comunicó a sus amigos la idea que tenía de enviar un parlamentario al general Whitelocke. La personalidad del ilustre caudillo se caracterizaba por los sentimientos del corazón. Toda la energía y todo el ardor, que acababa de demostrar siendo el primero en los sitios de peligro y en las órdenes de: ¡victoria o muerte!, eclipsáronse, como por arte de magia, no bien la compasión por el vencido comenzó a producir en su alma el efecto de costumbre. "En tales circunstancias —narra Mitre— Liniers se disponía a proponer al general inglés la devolución de todos sus prisioneros, ofreciéndole el libre reembarco del resto de sus tropas, cuando se presentó el Alcalde don Martín de Alzaga, oponiendo su voto a estas proposiciones que esterilizaban la victoria. En cambio exigió que se le ofreciese eso mismo, pero a condición de

evacuar la plaza de Montevideo. "Oh, dijo Liniers, eso no es del caso, eso perjudicaría al negocio". "¡Pongámoslo!", insistió al enérgico Alcalde, y así se puso . . ."

Después de los trámites y conciliábulos de práctica en estos casos, la capitulación quedó concertada en los términos que consignamos a continuación:

TEXTO INGLES	NOTAS DE LINIERS
1º. Habrá desde este día cesación de hostilidades en ambas Bandas del Río de la Plata.	1º. Acordado en todos sus puntos.
2º. Las tropas de S. M. B. conservarán, durante el tiempo de cuatro meses desde el día de la fecha, la fortaleza de Montevideo, y como país neutral se tirará una línea desde San Carlos, al Oeste, hasta Pando, al este, y no habrá hostilidades en ninguna parte de esta línea.	2º. Acordado sólo por el término de dos meses, entendiendo la neutralidad únicamente en que ambas naciones puedan vivir libremente bajo sus leyes respectivas, y que los vasallos españoles serán juzgados por las suyas, lo mismo que los ingleses por sus respectivas.
3º. Habrá de ambas partes una restitución recíproca de prisioneros, incluyendo no solamente los que se han tomado desde la llegada de las tropas del mando del teniente general Whitelocke, sino también todos los súbditos de S. M. B. tomados en la América del Sur desde el principio de la guerra.	3º. Acordado.
4º. No se pondrá impedimento en los abastos de víveres que se pidan para Montevideo.	4º. Acordado, por el más pronto despacho de sus buques.
5º. Se dará el término de diez días, para el reembarco de las tropas de S. M. B., para pasar	5º. Acordado. .

a la Banda del Norte del Río de la Plata, con todas sus armas (las que en la actualidad las tengan) cañones, municiones y equipajes, en los puertos más convenientes que se escojan; y durante este término podrán vendérseles víveres.

6º. Durante el término de cuatro meses no se pondrá impedimento al comercio de los ingleses.

Fuerte de Buenos Aires, julio 6 de 1807| — J. Lewison Gower, Mayor General.

6º. Es inadmisible, por ser enteramente contrario a las leyes del país.

7º. Que llegado el caso de la entrega de la plaza de Montevideo, se hará en los términos y con la artillería que tenía.

8º. Se entregarán mutuamente tres oficiales de graduación hasta el cumplimiento de lo acordado por ambas partes, debiéndose -ntender que los oficiales de S. M. B. que han estado bajo su palabra, no podrán servir contra la América del Sur, hasta su regreso a Europa. Buenos Aires, Julio 6 de 1807. — Santiago Liniers.

En consecuencia de esta capitulación, las fuerzas inglesas que habían invadido a Buenos Aires procedieron a reembarcarse, quedando totalmente libre de ellas la ciudad el día 12 del mismo mes y año del documento.

Los excesos de la soldadesca. — Durante el tiempo que las fuerzas inglesas fueron dueñas de los conventos y tem-

plos de Santa Catalina y Santo Domingo, incurrieron en excesos indignantes de toda clase.

Las religiosas del convento de Santa Catalina padecieron las afrentas más dolorosas en sus personas y en los símbolos del culto para ellas más sagrados. En cuanto a lo que sucedió en Santo Domingo y otros lugares de Buenos Aires, pinta ello también al carbón la índole moral de gran número de los que asaltaron, con Whitelocke, a nuestra ciudad.

"Cuando se observan —dice don Gregorio Funes— las atrocidades que en esta casa (Santo Domingo) cometió la soldadesca enemiga, es preciso concluir que la ferocidad y la barbarie ocuparon la plaza de su corazón. No contentos con haber cebado su codicia, dando al saco esas pobres celdas de estos religiosos, y despedazando sus humildes muebles, tuvieron al placer brutal de manchar sus manos en la sangre de algunos de ellos. El donado fray Martín de Esparza murió entre sus manos homicidas. El lego fray José Jame y el corista fray Rufino Roche, aunque escaparon con vida, probaron el trago amargo de sus balas, sus bayonetas y sables. Los demás fueron insultados con unos tratamientos y miradas en que se pintaba al mismo tiempo el desprecio y el nervio de la fuerza. Reuniendo estas crueldades a las que se cometieron en los arrabales de la ciudad, donde murió el sacerdote dominicano fray Francisco Moramillán, y donde más de una vez se vieron degollados los ancianos, las mujeres y los niños de pecho, éramos inducidos a creer que se había declarado esta guerra no tanto a la nación cuanto a la misma humanidad. . ."

El juicio en Londres de los vencidos. — La capitulación que acabamos de consignar, por la que se permitió al ejército inglés evacuar la ciudad de Buenos Aires, y especialmente la cláusula de abandonar la plaza de Montevideo, no fué perdo-

nada en Inglaterra a los que la aceptaron. Fué sin duda un pacto muy doloroso para el orgullo y los planes de la poderosa Albión.

"Con este desgraciado suceso —dijo en Londres el honorable Reyder, fiscal, abriendo el proceso que se hizo al general Whitelocke— se han desvanecido todas las esperanzas que, con tanto fundamento y generalidad, se abrigaban de abrir nuevos mercados para nuestras manufacturas, de dar mayor ensanche al espíritu de empresa de nuestros comerciantes, de descubrir nuevas fuentes de tesoros y nuevos campos que explotar en llenar las rudas necesidades de países que salían de la barbarie o las demandas artificiales y crecientes del lujo y refinamiento de aquellas remotas regiones del globo. Importantes como deben ser para este país, en todos tiempos, esos fines, el estado de la Europa y las tentativas que día a día se habían estado haciendo para excluirnos de nuestra acostumbrada comunicación con el continente, han aumentado la importancia de esos objetos y el desvanecimiento de esas esperanzas.

"Este revés también ha sido cruelmente acibarado con la deshonra que, bajo todas faces, ha acompañado las armas británicas. La disminución de nuestra reputación militar debe considerarse siempre como una gran calamidad nacional, pero en ningún tiempo tan severamente como en esta crisis del mundo, en momentos en que nuestro carácter militar se hace más esencial que nunca, no sólo por nuestro honor y nuestra gloria, sino por la independencia, las libertades y la existencia de la Gran Bretaña.

"No obstante, es un gran consuelo el que cualquiera que haya sido la mancha que ha recibido nuestra reputación militar, ninguna participación ha tenido en ella la conducta de las tropas. Creo que cuanto más se examina ese ataque del 5 de julio, tanto más claro se verá que jamás tropas algunas

desplegaron más valor; que ningunos oficiales, exceptuando los complicados en estos cargos, y ojalá que el resultado de esta información haga desaparecer la excepción inmerecida, pero aun así mismo, que ningunos oficiales jamás manifestaron más frialdad, más celo, mejor conducta, más anhelo a la causa común durante el mayor peligro de la acción, que la que manifestaron los oficiales británicos en toda esa jornada de destrucción."

La excepción inmerecida a que se refiriera sir Reyder, no desapareció para los ingleses. La sentencia que el honor británico ofendido descargó sobre el general Whitelocke, es de lo más severo que registra la historia. Textualmente reproducida esa sentencia, dice así:

"Consideradas debidamente por el Consejo de Guerra las razones en que se sustentan los cargos contra el preso, teniente general Whitelocke, su defensa y las razones por él expuestas, opina que es culpable en la totalidad de dichos cargos, excepto en la parte del segundo, referente a la orden para que las columnas llevasen descargadas las armas, y que por ningún estilo se permitiese hacer fuego.

"Desea vivamente el Consejo no quede duda ninguna de que en lo más mínimo censura las precauciones tomadas para evitar innecesario fuego, mientras las tropas avanzaban a los puntos de ataque designados; y por lo tanto, absuelve al teniente general Whitelocke de esa parte del expresado cargo.

"El Consejo condena al teniente general John Whitelocke a la pérdida del empleo (be cashiered) y a que se le declare incapaz (unfit) e indigno (unworthy) de gozar de empleo militar, de cualquier especie que sea, en el servicio de su Majestad."

Al confirmar este fallo la Corona, dispuso que fuera leído a la cabeza de cada uno de los regimientos del ejército inglés, "a fin de que quedase como duradero testimonio de las

fatales consecuencias a que se exponen los oficiales que en el desempeño de los importantes deberes que se les confían no desplegan aquel celo, juicio y decisión personal que, tanto su Soberano como su Patria, tienen derecho a esperar de aquellos a quienes se cometen mandos elevados".

Las consecuencias, en el Río de la Plata, de las invasiones inglesas. — La primera consecuencia de las invasiones inglesas en el Río de la Plata, fué el concepto del propio valer que sembró en los nativos. No habían sido éstos solos los autores de la hazañosa resistencia al extranjero; ni de la victoria final sobre el mismo. Al elemento español correspondía en ello una participación muy activa y principal. Pero el representante de la autoridad de la metrópoli no había sabido responder dignamente a lo crítico de las circunstancias. Era el pueblo en su composición criolla el que había tomado la dirección de las cosas, pues había sido menester que todo se plegase a su inspiración y a sus decisiones. Y esta inspiración y estas decisiones no habían fallado. Por ellas había podido lavar Buenos Aires la afrenta de la rendición primera. Por ellas adquiría el dictado de heroica e invencible. Por ellas se había visto que, sin la Corona, era capaz la ciudad de desenvolverse en medio de cualquier dificultad.

La segunda consecuencia, muy importante también, generóla la prédica y demostración que hicieron los ingleses de las ventajas del comercio libre. En Buenos Aires, Béresford dictó algunas medidas cuya excelencia pudo comprobarse a pesar de lo breve de la dominación del general mencionado. Y en Montevideo apareció un periódico, "La Estrella del Sur", que alcanzó gran difusión en esta banda, el cual hizo una propaganda intensísima enderezada a poner de manifiesto la necesidad de concluir con el régimen económico restrictivo que pesaba sobre estas regiones. Dice bien el historiador Bau-

zá, cuando expresa que la influencia moral ejercida por dicha propaganda fué muy grande; y que sin que ella hiciera más simpáticos a los ingleses en el concepto de las gentes, fué enfriando el sentimiento de amor al gobierno español. Y dice mejor cuando agrega que se comprendió que tenía razón "La Estrella", y bien que nadie sintiese deseo de cambiar de soberano, cuando menos pensó alguien que podía pasarse el país sin ninguno.

Otra consecuencia igualmente trascendental de las invasiones inglesas, fué la preparación militar que representaron ellas para los hombres más destacados de la población criolla, los cuales añadieron a los títulos de influjo que ya tenían sobre ésta, el prestigio de los galones, haciéndose además elementos necesarios para el orden público. Sin el núcleo de jefes militares criollos que se formaron en las jornadas de la Reconquista y de la Defensa, no habría podido surgir más tarde, como surgió, la aspiración de una fuerza armada del país: esa fuerza en que tuvo la revolución de la independencia una base difícil de conmover, desde el momento mismo en que estalló.

Las industrias y el comercio. — Aunque en su estado apenas inicial, estaban ya implantadas en el Río de la Plata, durante los últimos tiempos de la dominación colonial, las industrias que hoy le dan lugar destacado entre las zonas del globo productoras de riqueza.

La ganadería y sus derivados ocupaban a la mayor parte de la población de Buenos Aires y de Montevideo. Los alrededores de la primera por su lado sur, habíanse poblado de barracas en que se preparaban los cueros de las haciendas que se sacrificaban y en que se salaba la carne para el tasajo. Y en la parte céntrica, abundaban las talabarterías y fábricas de toda clase de artículos relacionados con la equitación.

Las industrias del vidrio, de la loza y de la plata tenían también cierto desarrollo en Buenos Aires, hacia la expiración de la era colonial.

Pasando al interior, Córdoba producía mantas, frazadas de lana y géneros de abrigo en general; en Catamarca y la Rioja hacíanse tejidos renombrados; Salta y Tucumán producían alfombras y tapices; y de San Juan y Mendoza llegaban a Buenos Aires excelentes vinos, aguardientes y frutas seças.

De todo esto generábase una corriente comercial bastante activa entre el interior y la capital del Virreynato.

En cuanto al comercio exterior, no salía de la exportación de cueros, lanas, astas, huesos, cerdas y tasajo, sin sospecharse tan siquiera, en aquellos días, lo que llegarían a ser las provincias del Río de la Plata como exportadoras de cereales y de ganado en pie.

La representación de los hacendados. — Después de Liniers que, a raíz de sucesos cuya narración no corresponde en este volumen, hubo de hacer entrega del gobierno a don Baltasar Hidalgo de Cisneros, último Virrey del Río de la Plata, sobrevino para estas colonias, imposibilitadas de comerciar con España a causa de la invasión napoleónica, una situación económica difícil. Los gastos de la administración importaban una suma aproximada a los doscientos cincuenta mil pesos por mes y, reducido a su expresión mínima el movimiento de barcos, no había entradas fiscales que permitiesen hacer frente a los mencionados gastos, cuya supresión no podía hacerse sin suprimir el gobierno y, de consiguiente, el orden.

Había un recurso: autorizar el comercio con Inglaterra, cuyos barcos rondaban siempre nuestras costas atestados de mercaderías y eran los que alimentaban el contrabando. Pero tratábase de una medida grave, que no entraba en las facul-

tades de Cisneros. Urgido empero por la necesidad, hallábase éste dispuesto a dictarla, si encontraba para el efecto un pretexto que no fuese baladí.

A los hacendados de Buenos Aires y de Montevideo interesábales en grado sumo la autorización para el comercio con los ingleses; y debieron ellos tener noticia de la disposición de ánimo en que se hallaba el Virrey, por cuanto pusiéronse al habla los unos con los otros y redactaron una solicitud en aquel sentido que llegó a reunir más de veinte mil firmas.

Precedíala una exposición sobre el asunto, que los hacendados habían encomendado al doctor Mariano Moreno, joven abogado que ya gozaba de cierto renombre en Buenos Aires. Este documento se hizo célebre por el doble concepto de su texto, tan vigoroso cuanto brillante, y de sus efectos, que fueron de extraordinaria importancia.

Examinado el asunto por el Tribunal del Consulado que, asintiendo a las elocuentes y persuasivas razones del alegato, se expidió de conformidad con sus conclusiones, Cisneros autorizó el libre comercio con Inglaterra, con el resultado de que, en vez de un déficit, tuviese el poder público, por el nuevo sistema, un muy apreciable excedente mensual de ingresos.

RESUMEN

La sociedad colonial tenía una trabazón sólida y en su seno germinaban con facilidad las virtudes. Cada ciudad del período colonial semejaba una gran familia cuyos componentes se parecían todos, acusando la identidad de origen. El modo de hablar y de andar, la distribución del tiempo, la vida en el hogar, todo estaba como reglado por prácticas uniformes en cuya observancia no había para nadie violencia. Conocer a una familia, era conocer a la población entera; y, de consiguiente, conocer a una población era conocer a toda la América colonial

La sociedad colonial no contó en abundante proporción con elementos ilustrados. Formaron éstos un núcleo selecto cuya influencia necesariamente hubo de ser grande. En el Río de la Plata las universidades eran dos: la de Córdoba y la de Charcas; y los colegios superiores dos también: el de Montserrat en Córdoba y el "Real Convictorio Carolino" o "Colegio de San Carlos" en Buenos Aires.

De los dos periódicos que tuvo Buenos Aires al fenecer la era colonial, sólo uno de ellos, el "Semanario de Agricultura y Comercio" alcanzó a influir sobre el ambiente y en los sucesos, empero de una manera relativa. Belgrano diseñó y analizó en el referido periódico, bajo el barniz de lo comercial, cuestiones de índole política que interesaron al elemento más calificado de la ciudad y que por una parte lo impulsaron hacia el estudio y por la otra le prepararon el espíritu para el anhelo de reformas y mejoras.

En la sociedad colonial existió el gusto por la literatura y tuvo cultores, ésta, a muy justo título distinguidos Así don Juan Manuel de Labardén, Fray Cayetano José Rodríguez y don Vicente López y Planes. Labardén, moriría a poco de nacida nuestra patria a la vida libre, tronchándose con ello una carrera que, por lo que prometía, no podía ser más lisonjera; Fray Cayetano, sería el cantor oficial y laureado del triunfo de Buenos Aires sobre los ingleses; y López y Planes se inmortalizaría escribiendo las vibrantes estrofas de nuestro himno nacional. Ya para estos días habíanse presentado en la escena, atrayendo sobre sí la atención pú-

blica, otros intelectuales cuyos nombres también harianse famosos. Fué uno de ellos don Bernardo de Monteagudo, en quien la pluma fué una espada y que puede ser considerado como el escritor más vehemente y pomposo de su tiempo; y otros fueron el canónigo don Gregorio Funes, que era al comenzar el siglo XIX la primera personalidad intelectual de Córdoba: y, volviendo a Buenos Aires, don Mariano y don Manuel Moreno, don Juan M. Rojas, don José M. García y don José Tomás Guido. En torno de la mayor parte de los escritores nombrados, formáronse con el tiempo núcleos de admiradores e imitadores que también con el tiempo se hicieron ilustres, y son los que llamamos los grupos literarios de nuestro viejo pasado.

Don Rafael de Sobremonte, penúltimo Virrey del Río de la Plata, llegó a este cargo por fallecimiento inesperado de su antecesor el Virrey del Pino, quien lo tenía designado como su reemplazante para los casos de necesidad. Sobremonte tenía una tradición de buenos servicios al hacerse cargo del gobierno y a ellos se debió sin duda que fuera confirmado por la Corona en el cargo que interinamente asumiera.

Las invasiones inglesas al Río de la Plata trájolas sir Home Popham desde la colonia del Cabo, que acababan de conquistar los ingleses. Para el mando de las tropas en tierra vino, como segundo de Popham, el brigadier Guillermo Carl Béresford, que tomó a Buenos Aires, sin resistencia por haber huído el Virrey, el 27 de junio de 1806. El general inglés procuró captarse la simpatía de la población, gobernando con suavidad salvo en una exigencia que severa y firmemente mantuvo: la de que le fueran entregados, como al fin lo consiguió, los fondos del tesoro real, por un valor que llegó a $ oro 1.447.515. Pero la resistencia no desapareció con la política aquella de Béresford, quien el 12 de agosto del mismo año 1806 es decir, al mes y medio de dominar en Buenos Aires, tuvo que rendirse a las fuerzas que se levantaron para reconquistarla al mando de Liniers. Comprendiendo éste que el enemigo no se conformaría con este desalojo y que volvería sobre la ciudad, consagróse a prepararla a ésta militarmente, luego de asumir el gobierno interino de ella por mandato del pueblo. Los ingleses, que continuaban en el Río de la Plata evidentemente a la espera de refuerzos, apenas los recibieron atacaron a Montevideo y la tomaron el 3 de febrero de 1807. Dueños de esa base pudieron preparar con facilidad un nuevo ataque a Buenos Aires, que se produjo a los 5 meses. Embarcados en noventa transportes que defendían veinte barcos de guerra, desembarcaron los ingleses en la Ensenada en número, según Domínguez, de 11.771 hombres: el ejército más formidable que había pisado hasta

entonces nuestro suelo. Una parte del ejército atacante llegó el 1º de julio a las inmediaciones de la ciudad, al mando del general Gower. Incurriendo Liniers en una imprudencia salió de la ciudad con cuanta fuerza habíase podido levantar en ella y quiso dar batalla a los que llegaban. Amagando Gower un ataque por el puente del Riachuelo, que obligó a Liniers a marchar atropelladamente a ese lugar, hizo avanzar escondido tras de las lomas próximas a lo principal de su tropa hasta el Paso Chico, allá por Flores y comenzó a vadear el río por esa parte.. Cuando Liniers se dió cuenta de esto, contramarchó de nuevo en dirección del Oeste de la ciudad. En los Corrales del Miserere, plaza 11 de Septiembre actual, encontró ya avanzadas del enemigo, que se replegaron sobre el Caballito al verle. Liniers, con sus soldados fatigados y todo, presentó al enemigo la batalla a que lo venía provocando, la cual, aceptada por éste, le fué fatal al héroe de la Reconquista cuyo ejército, deshecho en media hora de combate, desapareció. Si a raíz de esto hubiera penetrado en la ciudad el general Gower, habríase adueñado de ella sin más sangre. Pero la Providencia lo cegó haciéndolo optar por la espera del general en jefe, que venía a pocas jornadas detrás de él con más fuerza. La Providencia haría todavía más: suscitaría el hombre fuerte que aquella crítica situación pedía y que lo fué don Martín de Alzaga. Bajo el influjo de la palabra y los actos de éste la ciudad, que estaba a obscuras, fué inmediatamente iluminada: trabajándose toda la noche, improvisáronse fosos defensivos y, junto con las primeras luces del alba, aparecieron las azoteas coronadas de gente y abundantemente provistas de cuanto podía ser arrojado con probabilidad de causar daño: era el vecindario que, organizado y enardecido, se mostraba resuelto a disputar el terreno, casa por casa, cerco por cerco, palmo por palmo. El ataque de los ingleses produjose en la madrugada del 5 de agosto, penetrando las tropas enemigas a la ciudad en tres grandes cuerpos que llevaban a su frente: el del Norte, en avance por el perímetro comprendido entre las que son hoy calles Paraguay, Charcas, Santa Fe, Arenales y Juncal, al general Auchmuty; el del centro, que hizo lo propio a la altura de las que son hoy calles de Cangallo, Sarmiento, Corrientes y Lavalle, al general Lumley; y el del Sur, que penetró por la parte de la ciudad comprendida entre las calles de Méjico, Venezuela, Humberto Iº y San Juan, al general Crawfurd. Estos tres cuerpos, aunque con pérdidas muy grandes, pues avanzaron sin hacer fuego y soportando las hostilidades de la gente de las azoteas, consiguieron posesionarse, el primero, de la plaza de Toros (Retiro actual) y la Iglesia de Santa Catalina; el segundo, de la manzana comprendida entre las calles Lavalle, Corrientes, Reconquista y 25 de Mayo; y el tercero de la Residencia (contigua a San Telmo) y

del templo de Santo Domingo. En todos estos lugares izóse el pabellón británico, lo que hizo creer al almirante Murray, que esperaba en los barcos el resultado del ataque, que la ciudad había sido tomada. Sin embargo, en vez de una victoria, había tenido ya iniciación la derrota de los ingleses. Cerrándose detrás de las fuerzas inglesas que avanzaran la línea de los defensores de la ciudad, habían quedado aquellos incomunicados con Whitelocke que estaba con la reserva por las proximidades del 11 de Setiembre y Caballito. Cuando Whitelocke se dió cuenta de esto y envió una columna de tropa en exploración al mando del coronel Kingston, no pudo ésta llegar sino hasta donde los defensores quisieron, que fué la plazoleta de Perú y Alsina, donde la rindieron luego de muerto su jefe. Fué este quien dispuso al morir, que su cadáver fuese sepultado en el cuartel del frente, el de Patricios, "para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que lo habían vencido". Atacado formidablemente Crawfurd en Santo Domingo, tuvo que rendirse también después de siete horas de heroica resistencia, desapareciendo con ello del horizonte los pabellones ingleses de Santo Domingo y de la Residencia; y como Lumley no había podido sostenerse en su posición de los alrededores de la Merced, viéndose obligado a buscar a costa de un sacrificio inmenso de vidas su incorporación con Auchmuty, sólo quedó en poder de los ingleses una pequeña parte de la ciudad: la de la plaza de Toros o Retiro. La capitulación, que sobrevino poco después, comprendió no solamente el desalojo de Buenos Aires de las fuerzas invasoras, sino también la devolución de Montevideo. Buenos Aires quedó totalmente libre de soldados ingleses, el 12 de agosto de 1807. Durante el tiempo que las fuerzas inglesas fueron dueñas de los conventos y templos de Santa Catalina y Santo Domingo incurrieron en excesos indignantes de toda clase. Las religiosas del primero padecieron las afrentas más dolorosas en sus personas y en los símbolos del culto para ellas más sagrados. En cuanto a lo que sucedió en Santo Domingo y otros lugares de Buenos Aires, pinta ello también al carbón la índole moral de gran número de los que asaltaron, con Whitelocke, a nuestra ciudad.

Las consecuencias de las invasiones fueron el concepto del propio valer que sembraron en los nativos, la prédica y demostración práctica a que dieron lugar de las ventajas del comercio libre y la preparación militar que representaron para los hombres más destacados de la población criolla, los cuales añadieron, a los títulos de influjo que ya tenían sobre ésta, el prestigio de los galones, haciéndose además elementos necesarios para el orden público.

Aunque en su estado apenas inicial estaban ya implantadas en el Río de la Plata, durante los últimos tiempos de la dominación colonial, las industrias que hoy le dan lugar destacado entre las zonas del globo productoras de riqueza. La ganadería y sus derivados ocupaban a la mayor parte de la población de Buenos Aires y de Montevideo. Córdoba producía mantas, frazadas de lana y géneros de abrigo en general. En Catamarca y La Rioja hacíanse tejidos renombrados. Salta y Tucumán producían alfombras y tapices y de San Juan y Mendoza llegaban a Buenos Aires excelentes vinos, aguardientes y frutas secas. En cuanto al comercio exterior, no salía de la exportación de cueros, lanas, astas, huesos, cerdos y tasajo, sin sospecharse tan siquiera, en aquellos días, lo que llegarían a ser las provincias del Río de la Plata como exportadoras de cereales y de ganado en pie.

Con motivo de la invasión napoleónica en España, sobrevino en el Río de la Plata, bajo el gobierno de Cisneros, una situación económica difícil. No entraban ni salían barcos y no producían de consiguiente los impuestos la suma necesaria para los gastos de la administración, que importaban doscientos cincuenta mil pesos por mes. Cisneros incitó a los hacendados a que buscaran y le propusieran un remedio para esta situación y los hacendados confiaron el encargo a un abogado joven, pero que ya gozaba de cierto renombre: el doctor Mariano Moreno. El documento que éste produjo es célebre en la historia y se llamó "Representación de los Hacendados". Como consecuencia de esta "Representación" fué autorizado por Cisneros el libre comercio con Inglaterra, con el resultado de que, en vez de un déficit, tuviera el Estado en sus entradas, al primer año de regir el nuevo sistema, un muy apreciable excedente mensual.

INDICE

CAPITULO I

EL MUNDO AL FINALIZAR LA EDAD MEDIA

La historia de América anterior al descubrimiento 11
Situación política y económica de Europa 11
Los imperios 12
Los reinos 12
Los principados 13
Las repúblicas 13
Las ciudades libres 13
Centros comerciales 14
Vida industrial 14
Declinación del feudalismo y consolidación del poder real 14
El descubrimiento de la pólvora 15
La invención de las armas de fuego 15
La pólvora y los chinos y árabes 16
Etapa recorrida por las armas de fuego 16
La brújula 16
La imprenta 17
Caster y Guttemberg 17
El primer libro impreso 18
Efectos sociales del descubrimiento de la imprenta 18
Importancia política de las ciudades libres 18
Descubrimientos marítimos de los portugueses 19
Don Enrique el navegante 19
González Zarco, Vaz y Perestrello 20
Yáñez y Vasco de Gama 20
Lo que pudo hacer y no hizo Portugal 20
Resumen 22

Gaboto, Vespucio y Ojeda 55
Pinzón, Lepe, Niño, Bastidas y Cabral 57
Tierras descubiertas y exploradas 57
Resumen 58

CAPITULO IV

LA CONQUISTA DE MÉJICO

La conquista española y sus hombres 63
Ocupación del Darién: descubrimiento del mar del Sur 65
Conquista de Cuba y de Boriquen 67
La civilización azteca 68
Quiénes eran los aztecas 69
De dónde probablemente procedieron 69
La historia de los aztecas, anterior al descubrimiento de América ... 70
Organización política: el trabajo entre los aztecas. Organización social 71
Creencias 72
Conquista de Méjico: Hernán Cortés 74
Cortés joven y en España 74
Hacia América 75
Guerrero, minero y funcionario en Cuba 76
Porqué pidió Cortés la comisión de una expedición a Méjico 76
Características salientes, en este momento, del futuro conquistador .. 77
El desembarco 78
Aguilar y doña Marina 78
Plan de Cortés 79
Fundación de Vera Cruz 79
Capitán General y Justicia Mayor 79
Quemando las naves 80
En los campos tribales de Tlaxcala 80
Moctezuma 81
Una vieja tradición azteca que favoreció a los invasores 81
La acción concurrente de otros siniestros vaticinios 82
Los consejos de resistencia, son desoídos 82
Cortés en Cholula 83

En marcha hacia Tenochtitlán 84
Cortés, vencedor e impotente 84
El pretexto de circunstancias 85
Moctezuma, prisionero de Cortés 86
Las diversas versiones de este suceso 86
El que parte y reparte 87
Cortés, con sus soldados descontentos, es atacado por Narváez 87
Los atacantes, batidos e incorporados a las fuerzas de Cortés 88
Tenochtitlán excitado 88
La hora de Cuitlahuac 89
El furor azteca en desborde 89
La 'noche triste" 91
La esperanza última: los tlaxcalenses 92
Batalla de Otumba 92
Tlaxcala, cuartel general para el esfuerzo reconquistador de Tenochtitlán 93
La capital azteca, sitiada 94
Muerte de Cuitlahude y su reemplazo por Quantemoc 94
La suerte infausta del último Emperador azteca 94
Cortés en su acción de gobernante y sus vicisitudes hasta morir 95
Resumen 97

CAPITULO V

LA CONQUISTA EN EL BRASIL Y EL RÍO DE LA PLATA

El Brasil: sus descubridores 105
Origen del nombre 106
Los Souza y Duarte da Costa, los Sá y Fernández Vasconcelos y los Xobriega, Francisco Javier, etc. 106
Bahía y Río de Janeiro 107
Felipe II de España, rey de Portugal 107
La región del Río de la Plata 108
Los viajes clandestinos 108
Solís 108
Maldonado y el río de Santa María 108

La isla de Martín García 109
Fatal desembarco 109
¿Charrúas o guaraníes? 110
Magallanes: el porqué de su expedición 111
El hombre 111
La expedición en marcha y su falla 112
Disputando 112
"Montem vidi..." 112
Sublevación en San Julián 113
En lo adverso, la buena fortuna 114
El descubrimiento del Estrecho 114
La fortaleza y osadía de Magallanes 115
Loaiza 115
El puerto de los Patos y Santa Catalina 116
Alejo García y sus compañeros 117
Rumbo al Perú 117
Una marcha estupenda 118
Tras el primer feliz esfuerzo, el fracaso 118
Gaboto: sus antecedentes 119
"Sancti Spiritus..." 120
Diego García 120
El inevitable conflicto 120
Todo perdido 120
Mendoza 121
En nuestro actual Riachuelo 122
El porqué del nombre dado a Buenos Aires 122
Los indígenas, amenazantes 123
A orillas del Luján 123
Bajo el hambre 124
Envío de Ayolas al río Paraná 124
Los charrúas, querandíes y guaraníes, unidos 125
Ataque y destrucción del Fuerte y la ciudad 125
Los pobladores, refugiados en la boca del Carcarañá 126
Ayolas explora el río Paraná 126
Mendoza retorna al Riachuelo 126
Enfermedad, testamento y muerte del fundador de la primera Buenos Aires 127
Martín Alfonso de Souza; fundación de San Vicente; su importancia comercial 127
Resumen 129

CAPITULO VI

PERÚ, NUEVA GRANADA, QUITO, VENEZUELA Y CHILE

El nombre, el territorio y la cuna de la civilización primitiva del Perú 136
La civilización incásica: gobierno, clases sociales, comercio e industrias, religión 136
Primeras tentativas de navegación en ei Mar del Sur 137
Pizarro, Almagro y Luque 138
El famoso contrato que precedió a la conquista del Perú 139
En las islas del Golfo y de Gorgona 140
El campo de la futura conquista 142
Pizarro en viaje a España 143
La primera divergencia con Almagro: emprenden, no obstante, los dos, la conquista del Perú 144
Atahualpa: el momento en que aparece Pizarro en sus dominios 145
Avance hasta Cajamarca 147
Escrúpulos a un lado 148
Atahualpa, atacado y apresado 148
La proposición de rescate 150
Sin sospecharlo, da Atahualpa el pretexto de que sus enemigos habían menester 151
Preséntase Almagro en escena 152
El cuantioso botín logrado 152
Juicio y suplicio de Atahualpa 154
Desgonzamiento del imperio incásico 155
El nuevo Inca Toparca y su muerte 155
Manco, sucesor de Toparca 157
Ocupación de Nueva Granada, Quito y Venezuela 157
Nueva Granada: su primer explorador 158
Nueva Granada sus gobernadores 158
Nueva Granada: su conquistador 159
Quito: la campaña de Benalcázar 160
Quito: la expedición de Alvarado 161
Quito: Benalcázar y Alvarado: el feliz arreglo que evitó se destrozaran 162
Panamá: Pedrarias Dávila y su acción 162

Nicaragua: Espinosa, González Dávila y Fernández de Córdoba . . 162
Honduras: Olid, sus accidentadas victorias y su muerte 163
Honduras: presentación de Hernán Cortés 164
Guatemala: su conquista por Alvarado 164
Guatemala: Alvarado, Adelantado y Capitán General 165
Guatemala: el interinato de Maldonado y la acción de Fray Bartolomé de las Casas 165
Guatemala: reaparición de Alvarado y su muerte 167
Venezuela: su lastimoso conocimiento inicial del europeo 167
Venezuela: su primera población 168
Venezuela: la concesión Welsers 168
Venezuela: Alpugen, Spira y Sederman 169
Venezuela: Urre y el país del Dorado 169
Venezuela: los que definitivamente la conquistaron 170
Las guerras civiles del Perú 170
El pleito entre Almagro y los Pizarro 171
Francisco Pizarro como gobernante 172
Levantamiento de Manco Inca y sus parciales 173
Sacksahuaman y Ollantantaimbo 174
Almagro regresa de Chile 174
Almagro bate a Manco Inca y toma a Cuzco 175
Hernando Pizarro se evado de su cárcel, organiza fuerzas, derrota a Almagro y le aplica la pena capital 177
Francisco Pizarro, su conducta ante la tragedia y la de la corte de Madrid 177
Envío de Valdivia a Chile 178
Los almagristas 178
Levantamiento contra Francisco Pizarro y su muerte 179
El hijo de Almagro, gobernador del Perú 179
Intervención de la Corona 179
Derrota y muerte del hijo de Almagro 180
Fray Bartolomé de las Casas y los indios 180
La Corona declara abolido el régimen de las encomiendas 180
Batalla de Añaquito 181
Gonzalo Pizarro, gobernador del Perú, en rebeldía contra la Corona 181
La Gazca 182
Combate de Saczahuana 182
Gonzalo Pizarro, derrotado y ejecutado 182
Lección que fluye de la suerte de los protagonistas de la conquista del Perú 183

Los sucesos que se subsiguieron, hasta el Virrey Hurtado de Mendoza 184
Ocupación de Chile 185
La primera campaña al mando de Almagro 185
La segunda campaña, mandada por Valdivia 186
Fundación, destrucción y reedificación de Santiago de Chile y otras ciudades 187
Valdivia regresa al Perú y en su ausencia se apodera del gobierno Villagrán 189
El conflicto y su fallo por La Gazca 190
Villagrán del lado nuestro de los Andes y Valdivia del otro 191
Caupolicán y Lautaro 192
La resistencia araucana 192
Muerte de Valdivia 193
Las disidencias entre Almagro y Villagrán 194
La sorpresa de Mataquito 195
Lautaro, vencido y muerto 196
García Hurtado de Mendoza 196
Prisión y suplicio de Caupolicán 197
Hurtado de Mendoza vence a los araucanos en sus últimas trincheras 198
Separación y enjuiciamiento de don García 199
Resumen 200

CAPITULO VII

OCUPACIÓN DEFINITIVA DEL RÍO DE LA PLATA

La sucesión de don Pedro de Mendoza 209
Ayolas, Ruiz Galán, Salazar, Irala y Cabrera 210
La suerte corrida por Ayolas en su expedición al Perú 211
Los Adelantados: Alvar Núñez Cabeza de Vaca 213
De Santa Catalina a la Asunción 213
En busca de la Sierra de la Plata 214
Alvar Núñez destituído e Irala teniente gobernador 215
De nuevo hacia el Perú 217
¡Tarde! 217
De la cumbre al llano y del llano a la cumbre en breve tiempo 218
Irala sitia a la Asunción y entra en ella 219

El régimen de las encomiendas 220
Irala, gobernador en propiedad 221
Los que sucedieron a Irala, después de su muerte, hasta Ortiz de Zárate 222
El interinato de Cáceres y el sonado conflicto de éste con el Obispo de la Torre 224
Primera presentación en escena de don Juan de Garay 225
Fundación de Santa Fe por Garay y conflicto con Cabrera 225
Ortiz de Zárate: su gobierno y su testamento 226
Interinato de Mendieta 227
Las incidencias a que dió lugar el testamento de Ortiz de Zárate 228
Torres de Vera y Aragón, representado por Garay 229
Repoblación de Buenos Aires 229
Nativos que se anticipan en varios siglos al porvenir 230
La muerte de Garay 231
Llega al Río de la Plata Torres de Vera y Aragón, fundó a Corrientes y se ausenta para España 232
La Audiencia de Charcas desaloja a los reemplazantes del Adelantado ausente y son reemplazados ellos por Hernandarias de Saavedra 233
Orientaciones diferentes de la Conquista: Asunción y Buenos Aires; otras ciudades 234
Ocupación del interior: expedición Rojas 235
Expedición Prado 236
Aguirre, Ardiles y Burita: fundación de Santiago del Estero 237
Subsistencia de Santiago del Estero y fundación de Tucumán 239
Cabrera: fundación de Córdoba 240
Alven y Lerna: fundación de Salta 241
Ramírez de Velazco: fundación de La Rioja y Jujuy 243
Fernando de Zárate 243
Fundación de Mendoza y San Juan de la Frontera 243
Mate de Luna y Loyola: fundación de Catamarca y de San Luis .. 243
Corrientes conquistadoras 244
La de Chile 244
La del Perú 245
La de la metrópoli 245
Resumen 246

CAPÍTULO VIII

AMÉRICA DEL NORTE

Primeras exploraciones 257
El esfuerzo francés: viajes de Vessazzano, Cartier y Riberbal 257
Ocupación francesa del Canadá 258
Malogro de la colonización en la Nueva Francia 258
La acción española: aventuras de Narvaez, Cabeza de Vaca, Ponce de León, Hernando de Soto y otros 259
Reanudación de la colonización francesa: Coligny 260
La primera tentativa de colonización calvinista: Rivault 260
Españoles y franceses en choque 261
Menéndez de Avilés 261
El encuentro de Rivault y Menéndez 262
Los franceses, vencidos y masacrados 262
La revancha 263
Suerte definitiva de la Florida 264
Los continuadores de las expediciones de Cartier, hasta Champlain 264
Esfuerzos ingleses: los primeros Hawkins, sus asociados y sus expediciones 265
El célebre y grande corsario Francisco Drake 266
Cómo y por qué dió Drake la vuelta al mundo 266
En consecuencia de la ruptura entre Inglaterra y España, funda Drake "The great Armada" y se pone de nuevo en campaña 268
Eclipse temporario de Drake y, entre tanto, expediciones de Cavendisch, Trobisher, David, Hudson y Buffin 269
La reina Isabel pretende haber aventajado a los españoles en la llegada al continente norteamericano: Sir Walter Raleigh 269
El tercer Hawkins: Ricardo 270
Unidos Hawkins y Drake, llegan a poner en grave peligro la colonización española en América 270
Los asaltos de Las Palmas y Puerto Rico, a raíz de los cuales murió Hawkins 271
Drake, contra Panamá y Portobello 271
Muerte de Drake y de la reina Isabel, con su consecuencia inmediata: la desaparición del corso en América 272
Jacobo I de Inglaterra y sus planes: la compañía de Londres; la com-

pañía de Plymouth 272
Empréndese la colonización en Virginia: fundación de Jamestown .. 273
Primeras tentativas de colonización en Nueva Inglaterra: los puritanos 274
Fundación de Boston 274
Cuáqueros e indígenas, ante el dominio puritano 275
Rhode Island: fundación de Connectieut 275
El origen de las universidades de Haward y Yale 276
Cómo nació Nueva York 276
Las colonias de Nueva Jersey, Albany, Delaware y Pensylvania; Wiliam Peun; fundación de Filadelfia 277
Las colonias de Maryland: lord Baltimore padre y lord Baltimore hijo 278
Las colonias de la Carolina: fundación de Charleston 278
La colonia de Georgia 279
Resumen 280

CAPÍTULO IX

PERIODO COLONIAL ESPAÑOL

El sistema mercantil 285
Lo que principalmente buscaron los reyes de España 285
Detalles generales de la organización del gobierno colonial: la división territorial 286
El consejo de Indias 287
La Casa de Contratación de Sevilla 288
Los Virreyes 288
Las Audiencias 289
Los Consulados 289
Los Cabildos 290
Las flotas periódicas 290
Los impuestos 291
Monto de las ventas reales americanas, a principios del siglo XIX .. 292
Consecuencias comerciales de la independencia de Holanda 293
La ruta marítima de las Indias, el comercio de las especies y el mayor número de los barcos de transporte, bajo el dominio de la nueva nación 293

La política comercial y colonial de Europa, durante el siglo XVII .. 294
El Acta de Navegación y el Colbertismo 295
Necesidad histórica del sistema colonial español 295
El contrabando 296
Resumen 298

CAPÍTULO X

LA COLONIZACIÓN DE LOS INGLESES Y LA DE LOS ESPAÑOLES

Organización política, administrativa y social de las colonias españolas y de las colonias inglesas 303
Colonias españolas: quienes, por lo común, las gobernaron 304
Clases sociales 306
Los indígenas, ante la legislación de la metrópoli 308
Educación pública y estado cultural 310
La minería, la ganadería, la agricultura y las industrias 312
Todo, obstaculizado por el aislamiento 314
La situación de los criollos 317
Colonias inglesas: los grupos en que se dividieron 318
La condición moral de los que poblaron las colonias inglesas 319
Participación en el gobierno 319
Elementos étnicos 321
Orientación cultural 322
Orientación institucional 322
Desarrollo comercial e industrial 323
Lo que fué la suerte de los colonos ingleses 324
Aquello en que los colonos ingleses fallaron 325
El progreso de las colonias españolas y las inglesas 326
Diferentes resultados del sistema colonial 326
Causas 327
El comercio colonial durante el siglo XVIII 328
Decadencia de España :guerra de sucesión 329
Resumen 331

CAPÍTULO XI

ESFUERZOS DE ORGANIZACIÓN EN LAS DOS AMÉRICAS

El último Adelantado, reemplazado por un criollo 337
Quién era, al aparecer en escena, Hernando Arias de Saavedra o Hernandarias 338
Primer gobierno 339
Zárate, Váldez y Beaumont 339
Segundo gobierno de Hernandarias 340
Mavin de Negron 340
El Visitador Alfaro y sus ordenanzas 341
Tercer gobierno de Hernandarias 342
Creación de las gobernaciones del Guayrá o Paraguay y de Buenos Aires o del Plata 343
Muerte de Hernandarias 343
Los primeros encargados de la gobernación de Buenos Aires 344
Portugal en la otra banda del Plata; fundación de la Colonia del Sacramento 344
Primer asalto y toma de la Colonia por el gobernador Garro 345
Garro destituído y la Colonia devuelta 346
La Colonia es asaltada, tomada y devuelta por segunda vez 346
Don Bruno Mauricio de Zabala 347
Fundación de Montevideo 347
Lo que fué Zabala para la paz en el Río de la Plata 348
José de Andonaegui 349
Pedro de Ceballos 350
Proa al contrabando 351
Tercer ataque y toma de la Colonia 351
Ceballos, gobernador de Madrid 352
Ceballos, en el Virreynato del Río de la Plata 352
Una vez más, contra la Colonia y contra Río Grande 353
Francisco de R. Bucarelli 355
Las misiones jesuíticas 355
Cómo nacieron 355
Territorio que abarcaron 357
La población que llegaron a tener 357

Los indígenas de las Reducciones, son autorizados para el uso de las armas de fuego 358
El trazado de las Reducciones 359
El gobierno de las Reducciones 359
Cómo estaban divididas la tierra y el trabajo 359
Por qué fueron expulsados los jesuítas 360
Cómo se produjo la expulsión 362
Lo que se halló de las tremendas riquezas de los jesuítas 363
Las antiguas Reducciones, en la actualidad 364
Lo que fueron las misiones jesuíticas en el sentido de la civilización: juicios de Raynal y Estrada 364
La cuestión de límites con Portugal 369
Política europea desde el tratado de Utrecht hasta el de París 369
Rivalidad francobritánica: repercusión que ella tuvo en Nueva Francia o Canadá 370
Primeros choques 371
El caso de la Compañía de Ohio 371
Hazañosa aparición de Jorge Wáshington 371
"Lowisburg", "Lake George" y "Crown Point" 372
El Gibraltar canadense y su caída 372
Trascendencia americana y consecuencias del tratado de París 375
Resumen 375

CAPÍTULO XII

VIDA VIRREYNAL EN EL RÍO E LA PLATA

El virreynato de Buenos Aires: por qué fué creado 383
Las reformas de los monarcas de la dinastía de Borbón 383
Límites, clima y división política del Virreynato de Buenos Aires 383
La última iniciativa del Virrey Ceballos, triunfa después de retirado él de la escena 385
El Reglamento del Comercio Libre: su implantación y sus efectos .. 386
Los Virreyes del Río de la Plata subsiguientes a Ceballos 387
Juan José de Vértiz y Salcedo 387
García de Olalla y Sánchez, marqués de Loreto 388
Nicolás de Airedrado 389

Pedro de Melo Portugal y Villena 389
Antonio Olaguer Feliú 390
Gabriel del Ferro, marqués de Avilés 390
Joaquín del Pino 391
Rebelión de Tupac Amarú 392
El origen y las calidades del jefe indígena 393
Bandera que desplegó 393
Gestiones ante la Corona 394
El acto de rebelión 394
Vencedor y frente al Cuzco 395
La derrota inesperada pero que debía preverse 395
Algo que no fué justo ni humano 395
Terminación del movimiento 398
Las comisiones de límites 399
Alvear, Cerviño y Azara 399
Creación del Consulado: cuestiones económicas 400
Resumen 401

CAPÍTULO XIII

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES

Fisonomía social de la colonia 405
La enseñanza pública: universidades y colegios 406
La propaganda periodística 406
Los escritores de la época: grupos literarios 407
El penúltimo Virrey, don Rafael de Sobremonte 408
Las Invasiones Inglesas en el Río de la Plata 408
Porqué y cómo se produjeron 409
Conquista de Buenos Aires por Béresford 412
La ciudad, bajo el general inglés 414
Los caudales en oro de que se apoderaron los ingleses 415
La Reconquista de Buenos Aires 417
Destitución de Sobremonte 420
Volviendo los ingleses sobre lo perdido, se apoderan de Montevideo . 422
Defensa de Buenos Aires 425

El momento que subsiguió al desastre de los Corrales 427
Don Martín de Alzaga 427
El ataque 429
Las calles por donde las fuerzas de Whitelocke penetraron en la ciudad 429
La línea del río: incertidumbre que generó 430
Se pronuncia la derrota de los asaltantes 430
La acción de Whitelocke 432
La capitulación: su texto 433
Los excesos de la soldadesca 435
El juicio en Londres de los vencidos 435
Las consecuencias, en el Río de la Plata, de las Invasiones Inglesas 439
Las industrias y el comercio 440
La representación de los hacendados 441
Resumen 443

DEL MISMO AUTOR

HISTORIA DE ORIENTE, GRECIA Y ROMA

Con sujeción estricta al programa oficial de la materia

Algunos de los juicios emitidos por diarios de la capital e interior y por personas que ejercieron el profesorado:

"La Razón". — Buenos Aires, Marzo 23 de 1934. — Con la historia de Roma, complemento de su historia de Oriente y de Grecia, etc., (hasta el final).

"Nueva Provincia". — Bahía Blanca, Marzo 12 de 1934. — El señor Isaac R. Pearson, prestigioso escritor... etcétera.

"El Pueblo". — Buenos Aires, Marzo 29 de 1934. — En dos manuales de excelente presentación tipográfica,... etc.

Doctor Manuel Carlés, que ha sido profesor de historia, durante más de un cuarto de siglo, en el Colegio Nacional Central. — Además del mérito literario, etc.

Doctor Santiago Moritán, ex profesor de la Escuela Nacional de Paraná. — Estos tomos de historia, etc.

Monseñor Dionisio R. Napal, vicario general de la Armada y eminente escritor y comentador de la historia. — La historia de Oriente, Grecia y Roma de Pearson, etc.

Señora Teodolina Sanabria de Kiernan, profesora de la materia en la Escuela Normal de Bahía Blanca. — Esta obra aventaja, etc.

Monseñor Nicolás Esandi, prestigioso salesiano obispo de Viedma. — Nicolás Esandi, inspector de los Colegios Salesianos, saluda, etc.

Hermano Sixto, director del Colegio Champagnat. — Espero, mi ilustrado señor,... etc.

El momento que subsiguió al desastre de los Corrales 427
Don Martín de Alzaga 427
El ataque 429
Las calles por donde las fuerzas de Whitelocke penetraron en la ciudad 429
La línea del río: incertidumbre que generó 430
Se pronuncia la derrota de los asaltantes 430
La acción de Whitelocke 432
La capitulación: su texto 433
Los excesos de la soldadesca 435
El juicio en Londres de los vencidos 435
Las consecuencias, en el Río de la Plata, de las Invasiones Inglesas 439
Las industrias y el comercio 440
La representación de los hacendados 441
Resumen 443